HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 3**



Centro Editor de América Latina

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

HISTORIA DEL
MOVIMIENTO OBRERO
Volumen 3**

Centro Editor de América Latina

Centro Editor de América Latina S.A.
Junín 981, Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

ISBN 950 25 0953 6

Los capítulos de esta "Historia del Movimiento Obrero" han sido preparados por los especialistas que se indican en la tercera columna.
El asesoramiento general estuvo a cargo de Alberto J. Pla.

CAPITULOS Y COLABORADORES DE ESTA OBRA

Huelga general en Gran Bretaña	**Haydée Román**
El movimiento obrero argentino en la Década Infame	**Hugo Rapoport Laura Golbert**
El socialismo de los países escandinavos	**Silvia Korenfeld**
El movimiento obrero norteamericano entre la crisis y la guerra	**Rodolfo Hodgers**
Aprismo y socialismo en Perú	**Silvia Cragnolino**
Del fascismo a la revolución frustrada	**Eduardo Viola**
Marcha de hambre sobre Londres	**Haydée Román**
Las movilizaciones obreras en España (1914-1936)	**Perla L. Haimovich**
El Frente Popular en Francia	**Hugo Moreno**
La revolución española	**Perla Haimovich**
El socialismo austríaco	**Enrique Bourges Fernando Suárez**

Huelga general en Gran Bretaña

Haydée Román

"El laborismo se ha transformado, de un grupo representativo de los intereses de clase de los trabajadores manuales, en un partido político con miras nacionales."
Sidney Webb.

Los primeros años de la guerra casi no afectaron al movimiento obrero británico. Este, al no sufrir los efectos desintegradores de un reclutamiento forzoso, ganó en número e influencia. Además, la escasez de municiones obligó a movilizar todos los recursos disponibles y las mujeres entraron en las fábricas de material bélico. En 1915 el gobierno consiguió que los sindicatos se comprometieran a suspender temporariamente las huelgas en las fábricas de armas y a abstenerse de aquellas prácticas sindicales que obstruyesen la producción masiva de armamentos, a condición de restablecer esos derechos al finalizar la guerra. Se dio a este compromiso fuerza de ley —Acuerdo del Tesoro y Ley de Pertrechos de guerra—, que fue desafiada de inmediato por los mineros del sur de Gales quienes declararon una huelga por aumentos de salarios y la ganaron, ante la imperiosa necesidad de carbón destinado a la marina británica. Para evitar estos conflictos, que crecerían al compás del alza de los precios, el gobierno emitió "bonos de guerra" que servían como adelanto para pagar los salarios. Sin embargo, los problemas no cesaron, agravados por la "dilución" de la mano de obra (reemplazo de los obreros calificados por los no calificados).

Para asegurar el normal funcionamiento de la economía, desde mediados de 1915 el gobierno de Asquith había intervenido los ferrocarriles colocándolos bajo el control del estado, al igual que las fábricas de material ferroviario. A fines de 1916 Asquith fue reemplazado por Lloyd George, quien extendió rápidamente el control estatal a las minas y otras industrias, a medida que escaseaban los suministros y la mano de obra debido a las necesidades creadas por la ofensiva submarina alemana. Al mismo tiempo se generalizó la conscripción obligatoria, que ya se aplicaba a los solteros desde marzo de 1916, y los obreros partieron hacia el frente; sus lugares fueron ocupados por las mujeres y los hombres mayores incapacitados para el servicio militar.

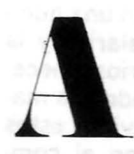
El movimiento de los delegados de fábrica

En febrero de 1915 estalló una huelga entre los trabajadores de las fábricas de municiones de Clyde, quienes habían decidido elegir sus propios representantes —extraoficiales— para dirigirla. Estos delegados formaron un Comité Central de Control de la huelga, del cual surgiría un organismo permanente: el Comité de Trabajadores de Clyde. Muy pronto se produjeron en otras regiones movimientos similares, caracterizados por las funciones y facultades independientes que asumían sus delegados. Sin embargo, lo más novedoso consistía en la aparición misma de estos delegados no oficializados, elegidos directamente por los trabajadores de las plantas en conflicto y sin la intervención de los sindicatos reconocidos. En muchos casos se establecieron comités de delegados, integrados por representantes de los obreros de todas las categorías que trabajaban en una misma fábrica. Los "delegados de fábrica" se dieron una organización propia que comprendía los comités locales, constituidos por delegados de todas o casi todas las fábricas de una misma región, y la federación de estos comités locales o regionales en un movimiento nacional dispuesto a desafiar la dirección oficial de los sindicatos reconocidos. Sus dirigentes e inspiradores —socialistas revolucionarios— rechazaban la "tregua laboral" y las limitaciones impuestas por el Acuerdo del Tesoro y la Ley de Pertrechos de Guerra y acusaban a los sindicatos que las habían aceptado de traicionar la causa de los trabajadores y de abandonar el principio de la lucha de clases. En un principio este movimiento creció a expensas de los conflictos surgidos a raíz de la "dilución" del trabajo y la suspensión de la lucha sindical; a partir de 1916 capitalizó la resistencia contra la creciente severidad del reclutamiento obligatorio de los obreros y fue adquiriendo un matiz netamente político.

El fin de la Gran Guerra determinó la desmovilización de las tropas y la desocupación de los trabajadores empleados en la industria bélica. A fin de evitar que se formara un gigantesco ejército de desocupados —situación que podría explotar en una rebelión obrera— el gobierno británico otorgó subsidios a los soldados desmovilizados y a los obreros despedidos hasta que pudieran ser reabsorbidos por las necesidades industriales del tiempo de paz.

Después de la Revolución Rusa de febrero lograron en junio de 1917, que la Conferencia de Leeds —donde prevaleció el espíritu revolucionario— resolviera hacer un llamado a la formación de **soviets** de trabajadores y soldados. Sin embargo, aunque el movimiento huelguístico de mayo de ese año —que se extendió a varios centros industriales— había logrado alarmar seriamente al gobierno, al movimiento de delegados de fábrica, dirigido cada vez más por la izquierda revolucionaria, sólo logró molestarlo y crearle problemas parciales. Nunca fue lo bastante fuerte como para obtener el control de los sindicatos o, por lo menos, desplazar de la dirección de los mismos a la burocracia sindical.

Los "años revolucionarios"

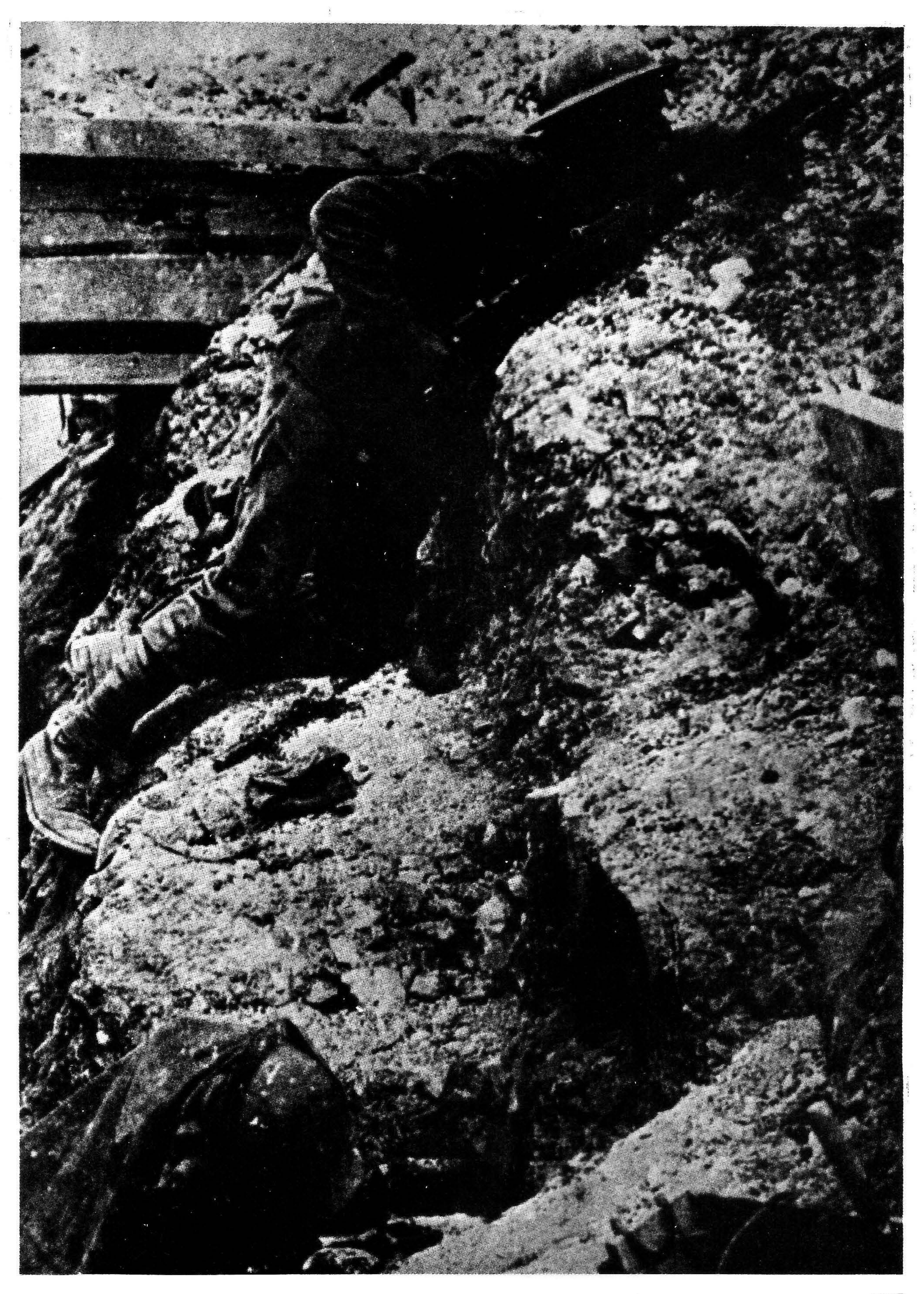


Al término de la guerra una amenazadora crisis se cernía sobre Gran Bretaña. Adelantándose a los múltiples problemas que surgirían con la desmovilización de las tropas y el desempleo en las fábricas de petrechos Lloyd George convocó a elecciones generales antes de que esos fenómenos estallaran. Se presentó como el salvador de la Nación, cabeza de un gobierno de coalición en el que también figurara el partido Laborista. Pero éste decidió apartarse y presentarse solo. Las elecciones de diciembre de 1918 dieron el triunfo a la coalición de Lloyd George, integrada por sus partidarios liberales y una gran mayoría de **tories** dispuestos a formar un gobierno de reconstrucción nacional para la etapa de posguerra.

Durante los primeros tres meses de 1919 el capitalismo británico se mantuvo haciendo equilibrios al borde de un abismo. El estallido "revolucionario" que amenazaba desde 1914 ahora parecía próximo a irrumpir, en momentos de aguda tensión y en circunstancias aún más peligrosas para el orden social existente.

Por primera vez millones de obreros se habían entrenado en el uso de las armas y un gran número se hallaba aun bajo banderas. Los soldados reclamaban insistentemente la desmovilización mientras esperaban las nuevas viviendas que el gobierno les había prometido. Hasta principios de 1919, a la par que crecían las demandas obreras, el gobierno amplió la lista de concesiones temporarias. En casi todas las industrias los sindicatos presionaban con el fin de obtener la reducción de la jornada de trabajo, el aumento de los salarios y el restablecimiento de la legalidad de las luchas sindicales. El gobierno se apresuró a estabilizar por un tiempo las tasas de salarios y a otorgar subsidios de emergencia a los soldados desmovilizados y a los obreros despedidos de las fábricas de pertrechos bélicos, hasta que pudieran ser absorbidos por las necesidades industriales de tiempo de paz. En los primeros días de 1919 parecía que la explosión era inevitable. La desmovilización se producía demasiado lentamente como para satisfacer a las fatigadas tropas. A ello se sumaba el envío de hombres de refresco al nuevo frente abierto al norte de Rusia, con la invasión antisoviética de Arcángel. Se produjeron motines en una serie de campamentos, especialmente en los comandos del sur de Londres. Miles de hombres de los cuerpos de servicio del ejército, al volante de sus camiones, avanzaron sobre Londres para presentar sus quejas ante el gobierno. Pero esta rebelión de las tropas carecía de toda coordinación con las acciones del movimiento obrero. Fueron estallidos espontáneos y mutuamente independientes. Ante la falta de acción concertada por parte de los grupos rebeldes el gobierno pudo maniobrar con astucia, empleando, indistintamente, la fuerza —en realidad, la amenaza de usarla— o el engaño, y así fue enfrentando a cada uno de sus adversarios por separado y pudo neutralizarlos.

El primer signo del nuevo sesgo que estaban tomando los acontecimientos fue la huelga por la semana de cuarenta horas que estalló en Clyde entre el 27 de enero y el 11 de febrero de 1919. No queda duda de la determinación y unanimidad que reinaba entre los maquinistas y obreros de los astilleros, y que pronto tuvo eco entre los demás trabajadores. En la



preparación de la huelga los dirigentes locales de los sindicatos oficiales trabajaron conjuntamente con los delegados de fábricas. Se sucedían las manifestaciones en Glasgow. La bandera roja fue izada en el mástil municipal. La batalla de la plaza de Jorge dio muestras del temple combativo de los trabajadores: una manifestación que avanzaba por el centro de la ciudad fue atacada por la policía, que cargó contra sus líderes; sin embargo, la multitud enfrentó la represión sin dispersarse y demostrando lo que era capaz de hacer. Las autoridades temieron francamente una insurrección y rápidamente despachacharon refuerzos hacia Clyde. Eran tropas elegidas y frescas, provistas con tanques y ametralladoras, que ocuparon la zona un día después de la batalla y procedieron a arrestar a los dirigentes de la huelga. William Gallacher —más tarde miembro del parlamento por el P. C.— ha dicho de él y de los otros líderes que intervinieron en Clyde: "estábamos dirigiendo una huelga cuando debíamos estar haciendo una revolución". Imbuidos de la convicción de que solo contaba la organización y la acción en el campo económico, el movimiento de delegados de fábrica —decía Gallacher— contemplaba "la política" con desprecio y su "fracaso en comprender la necesidad de un liderazgo continuo y consistente, que abarcase todas las fases de la actividad, representó una fatal debilidad que iba a conducirnos a nuestro completo eclipse". Simultáneamente, la huelga de Clyde había quedado aislada, resistida por los dirigentes nacionales de los sindicatos oficiales, que se oponían a ella invocando la disciplina sindical. Su influencia fue suficiente para impedir que los obreros de otros centros metalúrgicos y de los astilleros, a excepción de Belfast, se plegaran en solidaridad con el movimiento de Clyde.

Aunque pudo conjurarse el peligro inmediato, todo hacía prever que el descontento del movimiento obrero se extendería peligrosamente y que las perspectivas serían funestas para las clases dominantes si el gobierno no actuaba rápida y eficazmente a fin de controlarlo. Y el gobierno se apresuró, en febrero convocó a una Conferencia Industrial Nacional de representantes de todos los sindicatos, asociaciones patronales y organismos conjuntos, como los Consejos Whitley, integrados por empleadores y obreros, para considerar los medios capaces de mejorar las relaciones laborales y procurar la paz social. Los sindicatos miembros de la Triple Alianza —mineros, ferroviarios y trabajadores del transporte—, al igual que los maquinistas, se negaron a participar en la Conferencia alegando que, por su parte, ya habían iniciado sus propias negociaciones. Pero la mayoría de los organismos patronales y el resto de los sindicatos asistieron a la Conferencia, que estableció un comité conjunto encargado de redactar un informe acerca de las cuestiones que se le remitieran: duración de la jornada de trabajo, salarios mínimos, etc. Este comité actuó hasta mediados de 1921 y su verdadera función consistía en alargar las discusiones y negociaciones hasta que desapareciera el peligro de los disturbios laborales fermentados por la agitación de posguerra y las proyecciones de la Revolución Rusa. Por otra parte, la tensa situación se fue aflojando a causa del **boom** de la inmediata posguerra, que estimuló el aumento de la demanda de la producción industrial. La desmovilización apenas incidió en el desempleo y, si bien en algunas industrias se redujo la jornada, los salarios mantuvieron sus niveles y debido a la continuada inflación, incluso tendieron a elevarse.

Los mineros



Aun antes de que la explosión de Clyde resonara en toda la nación, los trabajadores de las minas de carbón se habían estado preparando para dar su batalla. En una conferencia celebrada en Southport en enero de 1918, la Federación de Mineros había resuelto exigir el 30 % de aumento, la jornada de seis horas, la nacionalización de las minas y la

Las elecciones de 1918 dieron el triunfo a la coalición de Lloyd George, integrada por los liberales y un importante sector de los conservadores.



participación de los trabajadores en la dirección de las mismas. Estas demandas fueron rechazadas por el gobierno, que las controlaba directamente, y la Federación expuso el problema ante la totalidad de sus miembros, los cuales, por abrumadora mayoría, decidieron ir a la huelga. Frente a este ultimátum, el gobierno se hallaba en una posición difícil. Todas las ventajas estaban del lado de los mineros. Escaseaba el carbón y Londres sólo contaba con existencias para tres días. Simultáneamente, los otros miembros de la Triple Alianza se hallaban en tratativas con los mineros y habían presentado sus propias demandas. Los ferroviarios aceptaron la promesa de una semana de 48 horas y se habían iniciado negociaciones en torno a las 47 ó 48 horas en varias industrias. En cuanto a los mineros, el gobierno dejó en claro que llegaría a usar las tropas para reprimir la huelga. Por otra parte y a condición de que no la hicieran, les prometió una investigación completa acerca de la industria minera a cargo de una Comisión Real donde la federación estaría representada. Los mineros accedieron y nombraron la mitad de los miembros de la comisión, cuyo presidente era el juez Sir John Sankey. Los comisionados designados por la federación incluían a tres dirigentes de los mineros (uno de ellos Robert Smillie, presidente de la federación), y a Sidney Webb, el historiador R. H. Tawney y Sir Leo Chiozza Money, un economista afiliado al Partido Laborista.

En los meses siguientes la Comisión Sankey del carbón concentró la atención pública. Se expidió en marzo de 1919 recomendando el aumento de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo a siete horas, a modo de compromiso entre las demandas de la federación y las concesiones de los propietarios de las minas de carbón. El dictamen fue aceptado por el gobierno y la federación, que dispuso retirar los anuncios de huelga. Luego la comisión procedió a investigar la cuestión de la propiedad. Los representantes de los mineros convirtieron las sesiones en un verdadero tribunal inquisitorial acerca de los inconvenientes de la empresa privada. Por último, recomendaron la nacionalización de la industria y su control por un consejo nacional minero en el cual la Federación poseería una fuerte representación. Los representantes del sector capitalista —propietarios de minas y los otros patrones— se opusieron a la nacionalización, pero Sankey, quien presentó su informe por separado, inclinó la balanza hacia el lado de la federación recomendando "que el principio de la propiedad de las minas de carbón por parte del estado debía ser aceptado". También establecía la representación, aunque minoritaria, de los trabajadores en la dirección de la industria. Otro representante patronal, Sir Duckham, presentó un proyecto que establecía la consolidación regional de varias compañías mineras privadas, en cuyo control los mineros tendrían una participación minoritaria. En vista de que la mayoría se pronunciara por la nacionalización, la federación exigió al gobierno que procediera de inmediato a concretar la transferencia. El gobierno, que no estaba dispuesto a ir tan lejos, se limitó a presentar una nueva propuesta en favor de la consolidación de la propiedad basada en el informe de Duckham. Los mineros la rechazaron y apelaron al Congreso de Sindicatos (T. U. C.) en busca de apoyo. A fines de 1919 el T. U. C. y el Partido Laborista lanzaron una campaña conjunta con el lema "Las minas para la Nación" con el objeto de ganar la opinión pública, pero tuvieron muy poco éxito.

Cuando, al año siguiente, los mineros reclamaron al T. U. C. que decretara la huelga general para obtener la nacionalización su demanda fue rechazada y en su lugar se decidió favorecer "la acción política" a través de una intensa propaganda, como preparación para las elecciones generales. La táctica dilatoria de Lloyd George había logrado posponer la crisis llevando a los mineros a diversificar temporariamente sus energías.

A causa de las demandas de la Federación de Mineros contra las actitudes de los propietarios de minas la Comisión Sankey dictaminó en 1919 que la jornada de trabajo en ese sector laboral se reduciría a siete horas.

Arriba: Comité Ejecutivo de la Federación de Mineros, 1925. En la fotografía de abajo: Latham y Finney, miembros del Parlamento, representan al gobierno británico durante el conflicto minero de 1921.

Los ferroviarios y los trabajadores del transporte

Entre tanto, a lo largo de 1919 el gobierno había enfrentado a los ferroviarios y a los trabajadores del transporte, que exigían el pleno reconocimiento de sus derechos sindicales y la nacionalización de los ferrocarriles bajo un sistema de administración controlado por los trabajadores y el estado, por partes iguales. Además, en momentos en que los precios subían aceleradamente, el presidente del Tribunal de Trabajo, Sir Auckland Geddes, aconsejó la reducción de los salarios provocando una huelga nacional ferroviaria en setiembre de 1919. Un rasgo novedoso de este movimiento consistió en el esfuerzo que realizó el Sindicato Nacional de Ferroviarios, asistido por el Departamento de Investigaciones Laborales —creado por la Sociedad Fabiana—, para exponer su caso ante la opinión pública mediante avisos en los diarios y la difusión de un film sobre el problema. El paro se levantó a los siete días gracias a la intervención de un comité de negociación establecido a instancias de la Federación de Trabajadores del Transporte y otros sindicatos. Desplegóse una variedad de recursos diplomáticos, que no excluyeron las amenazas de acción solidaria, hasta que se sentaron las bases para un acuerdo por el cual el gobierno se comprometía a mantener por el término de un año los niveles de salarios existentes. La cuestión de la nacionalización de los ferrocarriles no entraba directamente en los términos del acuerdo y, bajo la dirección derechista de J. H. Thomas, los ferroviarios permitieron que el problema fuera dejado de lado una vez satisfechas las demandas más inmediatas.
En 1920, mientras los precios seguían en alza y antes de que hiciera crisis la efímera prosperidad de posguerra, los trabajadores de los muelles de Londres reclamaron aumentos de salarios y el mejoramiento de las condiciones de trabajo. El conflicto se resolvió favorablemente para los estibadores, sin necesidad de llegar a la huelga, gracias a la intervención de Ernest Bevin, que persuadió a la Federación de Trabajadores del Transporte de que refiriera sus demandas al arbitraje de los tribunales del trabajo recientemente creados. Ante uno de ellos Bovin abogó brillantemente por la causa de los estibadores. El tribunal concedió a los trabajadores la semana de cuarenta y cuatro horas y los dieciséis chelines diarios que reclamaban como salario mínimo y Bevin se convirtió súbitamente en uno de los principales dirigentes del movimiento obrero inglés y pasó a encabezar la asociación obrera que poco después llegaría a ser la más poderosa del país y la más grande del mundo: el Sindicato General de Trabajadores del Transporte, constituido sobre la base de la amalgama de muchos sindicatos que habían formado la Federación de Trabajadores del Transporte.

El "viernes negro"

En esos momentos se aceleraron las tratativas con vistas a reactualizar la triple alianza entre los mineros, los ferroviarios y los trabajadores del transporte, proyecto que databa de los años 1914 y 1915, pero que no había podido concretarse a causa de la guerra. Los mineros, empeñados en obtener nuevos aumentos de salarios, consiguieron el apoyo de sus aliados y en octubre de 1920 lanzaron una huelga con ese objetivo; los ferroviarios y los trabajadores del transporte amenazaron con seguirlos. El gobierno reaccionó rápidamente frente a esta amenaza y, pasando por encima del parlamento, dictó un decreto de poderes de emergencia que le confería la autoridad necesaria para asegurar el cumplimiento de los servicios esenciales. Simultáneamente entabló negociaciones con los dirigentes de los ferroviarios y de los obreros del transporte. Las tratativas culminaron para los mineros con un aumento transitorio por el tér-

mino de seis meses. Aunque esta primera escaramuza sirvió para demostrar el poder efectivo de la Triple Alianza, apenas si consiguió posponer la crisis por medio año. El gobierno sólo procuraba ganar tiempo mientras seguía adelante con sus proyectos de abandonar la administración de las minas y de los ferrocarriles.

En un principio el gobierno había decidido dejar el control de las minas y los ferrocarriles el 21 de agosto de 1921. Sin embargo, las fuertes pérdidas registradas en la industria del carbón lo llevaron a adelantar en cinco meses —para el 1º de abril— la fecha de la transferencia a la propiedad privada.

Los propietarios de las minas anunciaron que sería imprescindible aplicar fuertes reducciones en los salarios y aumentar las horas de trabajo tan pronto como el gobierno les devolviese las minas. Los mineros, por su parte, sostenían que, dado que el gobierno se negaba a nacionalizar las minas, debía crearse "un fondo nacional" para pagar los salarios necesarios en las áreas de recursos mineros menos ricos.

El 1º de abril de 1921 los mineros iniciaron un paro general, a nivel nacional, negándose a trabajar en las condiciones propuestas por los propietarios de las minas. La federación recurrió a sus aliados y estos accedieron a apoyarla, acordándose iniciar la huelga a partir del 16 de abril. Muy poco antes de la fecha fijada se reiniciaron las negociaciones entre la federación y el gobierno, pero volvieron a romperse abruptamente cuando los mineros rechazaron la propuesta oficial de mantener transitoriamente los salarios si aceptaban posponer la creación del Banco Nacional y de la Oficina Nacional de Salarios. Un día antes de lanzar la huelga solidaria —el viernes 15 de abril— J. H. Thomas (dirigente ferroviario) requirió a los mineros que reanudaran las negociaciones sobre esa base y, ante la negativa de la federación, él y Robert Williams (de los trabajadores del transporte) cancelaron las instrucciones para la huelga impartidas a sus respectivos sindicatos y traicionaron a los mineros dejándolos que continuasen la lucha solos. Ese día, que en lo sucesivo se conocería como el "viernes negro", marcó el ignominioso y rotundo fracaso de la Triple Alianza y contribuyó a cerrar la etapa ofensiva que el movimiento obrero inglés mantuviera desde el final de la guerra. Su muerte puso de manifiesto las dificultades inherentes al funcionamiento de toda alianza, en especial con respecto al aseguramiento de una acción conjunta en los momentos de crisis cuando no existe simultáneamente el control conjunto de las negociaciones.

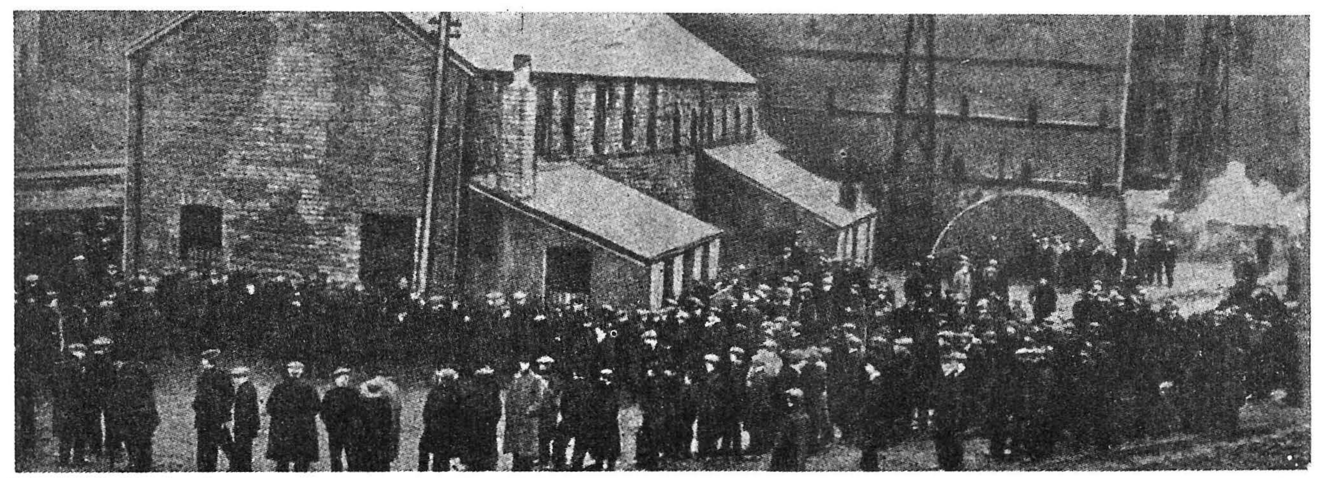
Ya antes del colapso de la Triple Alianza los dirigentes de los trabajadores del transporte habían comenzado a ocuparse de estructurar un mecanismo efectivo, capaz de coordinar la acción de todos los sindicatos, a manera de una dirección central permanente con carácter nacional. Ernest Bevin propuso la formación de un consejo general que reemplazara al inoperante comité parlamentario, demasiado apegado a las directivas del ala política del movimiento. Aceptado el plan de Bevin prosiguieron los trabajos en este sentido hasta que en 1921 se constituyó un Consejo general de treinta miembros, con amplias facultades, aunque sin llegar a trabar la autonomía de los sindicatos. Sus funciones consistían en "coordinar la acción obrera", promover la acción común de los sindicatos, ayudarlos en sus tareas organizativas, evitar las disputas intersindicales y mantener relaciones con el movimiento obrero de otros países.

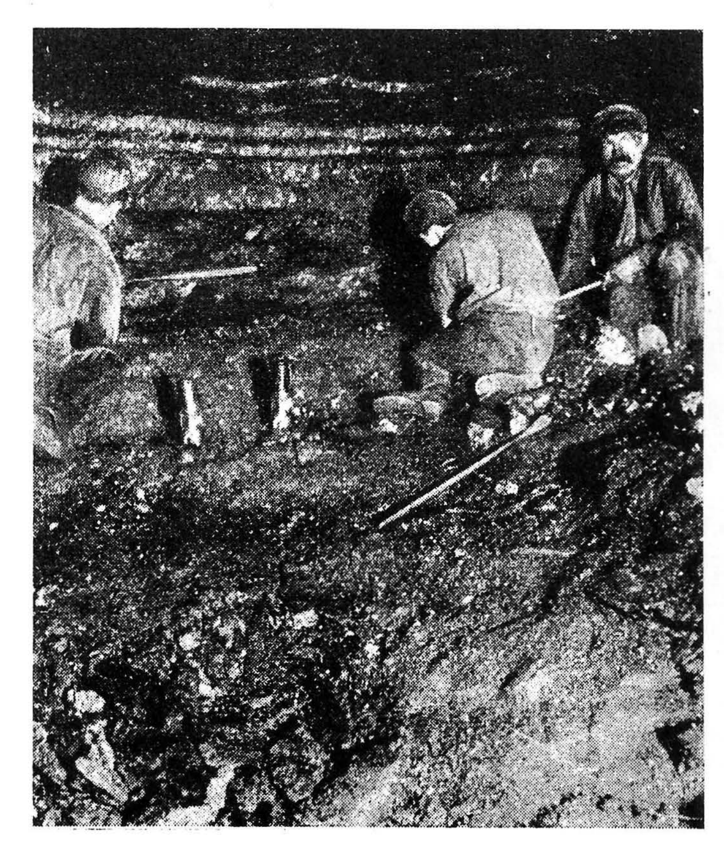
Las consecuencias del "viernes negro" y el colapso de la Triple Alianza, sumados a la recesión industrial, llevaron al movimiento obrero británico a posiciones estrictamente defensivas, mientras tendía a declinar la agitación sindical. Presionados por el creciente ejército industrial de reserva, los trabajadores se vieron obligados a aceptar fuertes reducciones de salarios. El desempleo, que en 1920 alcanzaba al 5 %, subió al 17 % en 1921. Las tasas de salarios, que hacia fines de 1920 se mantenían de un 170 a 180 % por encima de los niveles de preguerra, cayeron al 65 ó 70 % por encima de esos mismos niveles en 1923. El total de

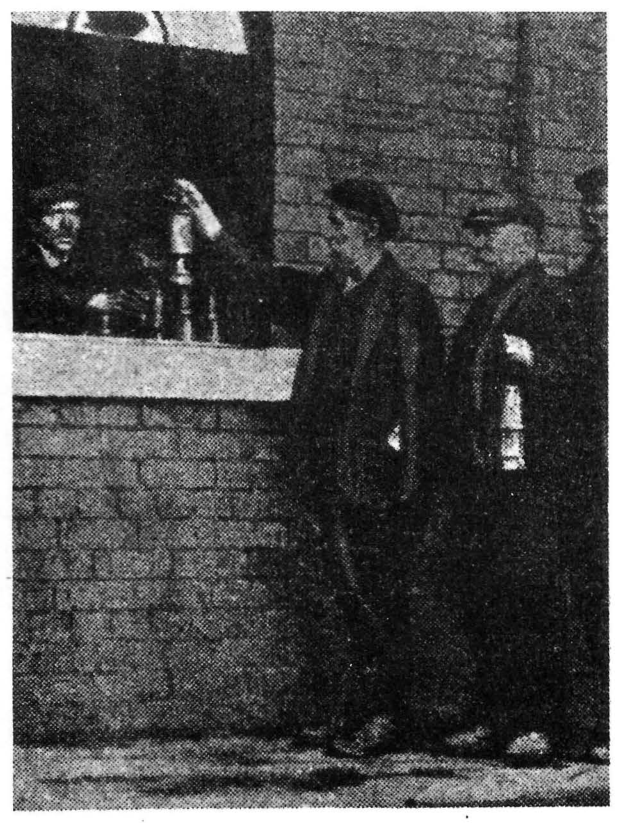
Imágenes de la huelga de mineros según "Caras y caretas" de Buenos Aires, 1921.













Sylvia Pankhurst en un discurso en la Federación Socialista del East End de Londres. Esta organización, surgida en 1918 para defender los derechos electorales femeninos, apoyaba la unidad de los partidos comunistas ingleses.

obreros sindicalizados bajó de 8.334.000 en 1920 a 4.328.000 en 1923. La pérdida de muchos de sus miembros llevó a varios sindicatos a amalgamarse entre sí para formar grandes corporaciones. Se impuso así el recurso de la consolidación, fuertemente resistido hasta entonces a raíz de la actitud conservadora de los obreros calificados.

La depresión movió al gobierno a lanzar una campaña de "economía nacional" procurando restringir los gastos públicos. Al reducirse los subsidios para desempleo, los desocupados comenzaron a organizarse en todas las zonas industriales, generalmente liderados por dirigentes extraoficiales que provenían de los sectores más radicalizados de la clase obrera, como los ex miembros del movimiento de delegados de fábrica, muchos de ellos integrantes de recién fundado Partido Comunista Británico. El Movimiento Nacional de Desocupados organizó "marchas del hambre" sobre Londres a fin de presionar al gobierno y al Partido Laborista, al que acusaban de manifiesta tibieza en el apoyo de sus demandas.

La lucha política del movimiento obrero

La agudizada politización del movimiento de delegados de fábrica había desconcertado a las organizaciones sindicales oficiales, que lo aislaron y lo dejaron morir escudadas en la fidelidad a una disciplina que apenas disimulaba su tradicional política tradeunionista, circunscripta a la lucha puramente económica.

El armisticio y el consecuente cese de la fabricación de pertrechos bélicos asestaron el golpe definitivo al movimiento de delegados, facilitando a los patrones, deseosos de suprimir personal, el despido de los principales activistas. La aguda desocupación de la década de 1920 terminaría por quebrarlo definitivamente. Algunos de sus líderes contribuyeron a organizar el comité del movimiento nacional de trabajadores desocupados. Los militantes más activos, que habían dirigido la huelga en Clyde y otros centros, se incorporaron al P. C. británico fundado en 1921. Otros elementos integraron la Liga Nacional de Gremios, movimiento organizado por los "socialistas gremiales" con el objetivo de obtener paulatinamente el control de las fábricas o talleres individuales por los trabajadores. La Liga permaneció vinculada al Partido Laborista o a la sección del Partido Laborista Independiente.

La Revolución Rusa y la instalación del primer estado obrero habían sacudido a la clase trabajadora británica, llevándola a protagonizar la primera lucha por un objetivo exclusivamente político después de casi un siglo de tradeunionismo.

Desatada en 1920 la invasión polaca contra la Unión Soviética el gobierno británico colaboró con este nuevo ataque a la Revolución Rusa enviando pertrechos al ejército de Polonia. Los estibadores se negaron a cargar las armas y municiones en el **Jolly George** e impidieron su salida, mientras el T. U. C. junto con el P. L., denunciaban públicamente la política del gobierno. Cuando a principios de agosto de 1920 arreciaban los rumores de que Gran Bretaña estaba dispuesta a intervenir en la guerra del lado polaco, el movimiento obrero convocó a una conferencia especial para instalar un consejo de acción centralizado y 350 consejos de acción locales, que cubrirían todos los centros urbanos importantes, a fin de controlar la situación. Simultáneamente se advirtió al gobierno que cualquier intento evidente de agresión a la Unión Soviética se estrellaría con la resistencia de los obreros ingleses, que estaban dispuestos a ir a la huelga general para dar su apoyo solidario a la Revolución Rusa. Aparentemente la presión surtió efecto: cesó la ayuda oficial a Polonia y Lloyd George declaró que nunca había abrigado la intención de hacer la guerra a la U. R. S. S. No obstante, hay que tener en cuenta que por entonces, los polacos no corrían peligro y ayudados por Francia, habían logrado detener la contraofensiva soviética; pero sin olvidar los estrechos límites del espacio político en que se movía el gobierno británico, ja-

Arthur Henderson fue una de las personalidades más importantes del Partido Laborista.

queado internamente por la ofensiva económica del movimiento obrero. De todos modos, la primera y única amenaza de usar la acción directa como recurso supremo y con objetivos exclusivamente políticos —apoyada por una sólida falange de 6.500.000 trabajadores sindicalizados— fue coronada por el éxito más completo.

El Partido Comunista Británico

Los múltiples esfuerzos de los pioneros del movimiento socialista inglés —William Morris, Tom Mann, John Burns, Eleanor Marx y otros— orientados al establecimiento de un poderoso partido socialista revolucionario integrado y dirigido por el proletariado británico, aún no habían dado sus frutos. Fue necesario el **shock** producido por la Revolución Rusa y el establecimiento de la Tercera Internacional, junto a la prolongada y concienzuda intervención personal del mismo Lenin, para que los elementos revolucionarios lograran fusionarse en un partido.

Después del congreso constituyente de la Internacional Comunista, en marzo de 1919, los grupos revolucionarios británicos comenzaron a trabajar para organizar un Partido Comunista unificado. Un referéndum del Partido Socialista Británico —incidentalmente el único de los grupos socialistas que estaba afiliado al Partido Laborista desde 1916— aprobó la afiliación a la Tercera Internacional por 98 votos de las secciones locales contra 4. El sector más influyente del ultraizquierdista Partido Socialista Obrero (organización revolucionaria marxista, formada en Escocia en 1903 por un grupo de socialdemócratas de izquierda que se separó de la Federación Socialdemócrata y que tenía su apoyo en el cinturón industrial de Escocia, especialmente en Clyside) y la Federación Socialista Obrera (una organización femenina del East End de Londres, surgida en mayo de 1918 de la Sociedad en Defensa de los Derechos Electorales de la Mujer, liderada por la ex sufragista Sylvia Pankhurst) apoyaban la unidad comunista. Sin embargo, los proyectos de unificación se verían obstaculizados por las divergencias surgidas en torno a cuestiones teóricas y tácticas. En una carta a Sylvia Pankhurst, de agosto de 1919, Lenin puntualizaba que nunca debía permitirse que estas divergencias (por ejemplo, acerca de la participación, o no, en el parlamento) "retrasaran la formación de un vigoroso Partido Comunista de los trabajadores en Inglaterra". Lenin procuraba que los revolucionarios ultraizquierdistas británicos comprendieran su concepción de **partido:** "Es esencial para el Partido Comunista —escribía— que permanezca íntima y continuamente asociado con las masas de trabajadores, a fin de que sea capaz de llevar adelante la agitación permanente entre los trabajadores, participe de todas las huelgas, responda a todos los interrogantes de las mentes de los trabajadores. Esto es necesario, sobre todo, en un país como Inglaterra (y, en realidad, en todas las potencias imperialistas), donde hasta ahora el movimiento socialista y el movimiento obrero en general han sido guiados exclusivamente por camarillas extraídas de la aristocracia obrera, integradas por una mayoría de personajes total —y definitivamente— corrompidos por el reformismo, cuyas mentes están esclavizadas por los prejuicios imperialistas y burgueses."

En una convención reunida en Londes se constituyó, a principios de agosto de 1920, el Partido Comunista de Gran Bretaña. Durante el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú, Lenin había discutido los problemas de partido en Inglaterra con los representantes de diversos grupos británicos que se hallaban presentes. Dijo entonces: "Nosotros queremos partidos nuevos, y no partidos como el Socialista Británico actual, queremos partidos que estén en estrecho contacto con las masas y comprendan cómo conducirlas". Simultáneamente se dedicó a convencer de sus errores a los sectores de extrema izquierda que se oponían a trabajar en el parlamento o que eran hostiles a cualquier intento de ligarse a las

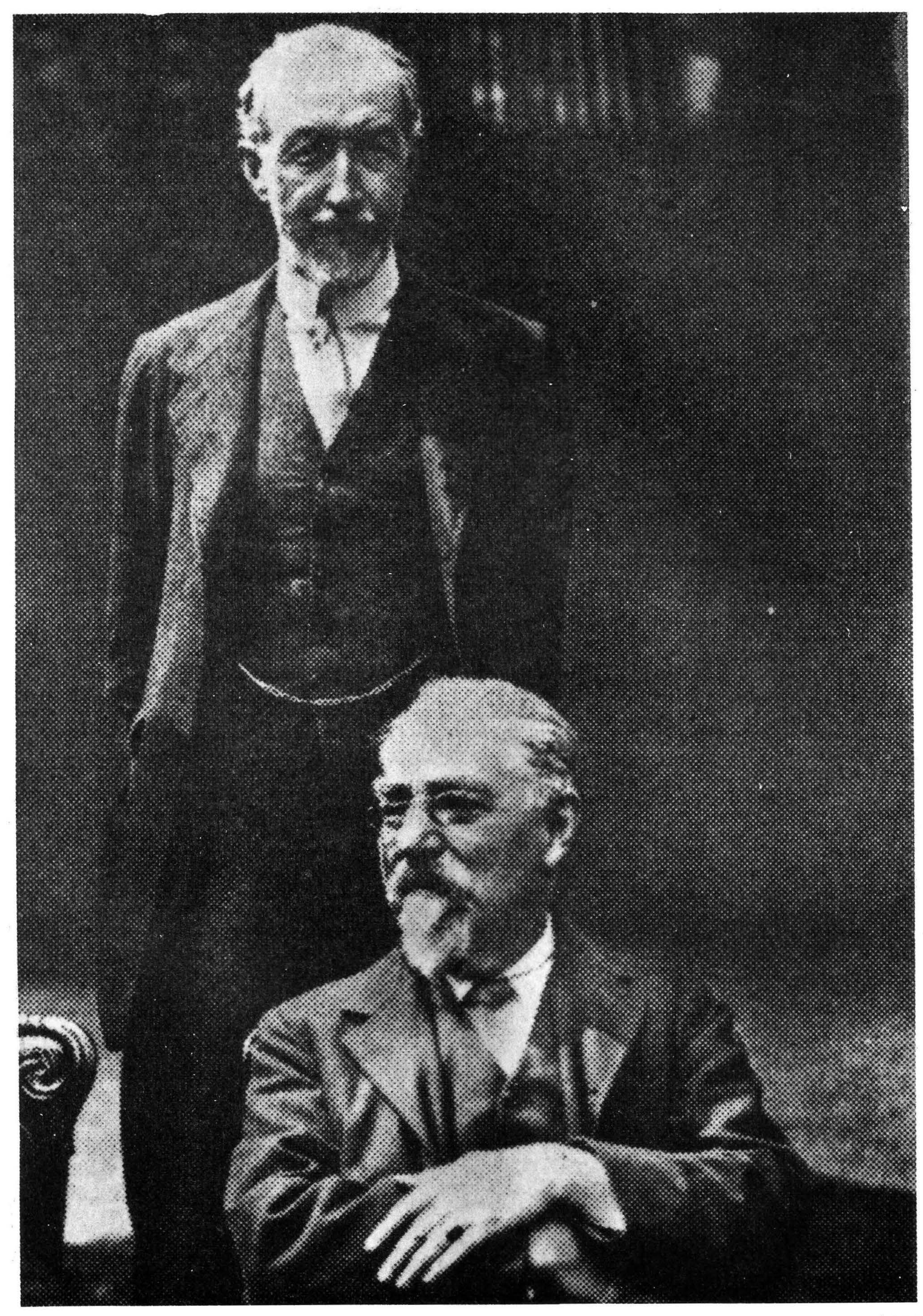


masas mediante la afiliación al Partido Laborista.
Estas discusiones contribuyeron a clarificar el proceso para completar la unión de todas las fuerzas comunistas. En 1921 se adhirieron la activa Sociedad Socialista de Gales del Sur y los citados elementos del movimiento de delegados de fábrica, un sector de los socialistas gremiales y el ala izquierda pro-comunista del Partido Laborista Independiente.
A pesar de los repetidos intentos que hizo el P. C. inglés para ingresar al P. L., este rechazó su incorporación sectorial, aunque más tarde permitió la afiliación individual de sus miembros.
En 1922, a instancias del Komintern, el P. C. británico fue completamente reorganizado con el objeto de convertirse en un mecanismo eficiente para la lucha de clases "ya que su tarea", como escribía Lenin, "no consistía en crear una sociedad de propaganda o un club revolucionario".

El Partido Laborista

Hasta la primera guerra el Partido Laborista era fundamentalmente el partido de los sindicatos, en asociación con algunos pequeños núcleos como el Partido Laborista Independiente y la Sociedad Fabiana, integrados por intelectuales y pequeños burgueses reformistas y antimarxistas.
Al igual que el TUC, el Partido Laborista había sido admitido en la Segunda Internacional porque, pese a no ser socialista, ya que ni siquiera aceptaba la lucha de clases, representaba un importante movimiento obrero de masas que era imposible dejar de tomar en cuenta. Ramsay MacDonald ocupaba desde 1915 el puesto más importante dentro del Partido Laborista Independiente y, a pesar de sus críticas a la acción diplomática que había llevado a Gran Bretaña a la guerra, se mantuvo alejado de los sectores antibelicistas más intransigentes del partido. Este atravesó una dura crisis durante la guerra, acentuada después del estallido de la Revolución Rusa. Hacia 1920, mientras su extrema izquierda se integraba a los comunistas, el ala derecha ingresaba al Partido Laborista. El mismo MacDonald había participado activamente, junto con Sidney Webb y Arthur Henderson, en la reorganización del PL y en la redacción de su nuevo programa. Hasta 1918 la mayoría de los miembros del Parlamento del P. L. eran antiguos dirigentes sindicales, mientras el P. Laborista Independiente actuaba como sección de miembros individuales. Durante las campañas electorales se apoyaba en la acción de los consejos laborales locales. En la práctica debía casi todos sus asientos al apoyo liberal, y hasta 1914 se comportó, en todas las cuestiones, como un satélite obediente del gobierno liberal. A partir de 1918, al darse una organización propia en cada uno de los distritos, sobre la base de afiliaciones individuales, se convirtió, de una federación flexible de socialistas y sindicatos, en un partido netamente político, con apoyo sindical. Su nueva declaración de principios, **Labour and the New Social Order (El Trabajo y el Nuevo Orden Social),** inspirada en el socilismo fabiano de Sydney Webb, hacía algunas concesiones reformistas, como la participación de los trabajadores en el control de las industrias, comprometiéndose a llevarlas a cabo por medios "democráticos y parlamentarios", y aclarando que sus propuestas no eran clasistas. La misma reorganización partidaria favorecía el ingreso masivo de los sectores de clase media ya que, como afirmaban los mismos Webb, "el partido se había transformado, de un grupo meramente representativo de los intereses de clase de los trabajadores manuales, en un partido político con miras nacionales". En octubre de 1922, cuando los conservadores retiraron su apoyo a Lloyd George, se deshizo el gobierno de coalición. En las elecciones generales los laboristas ganaron 142 bancas: 85 correspondían a sindicalistas y 32 eran representantes del P. L. I. Al reunirse la nueva Cámara de los Comunes, MacDonald fue elegido presidente de la bancada laborista con el apoyo de los parlamentarios del Clydeside, que, erróneamente, veían en él a un represen-

Sidney Webb, líder del liberalismo fabiano, integró —junto a Ramsay MacDonald y Henderson— la plana mayor del laborismo.



tante de sus aspiraciones socialistas. Esto le permitió convertirse en el líder de la oposición en los Comunes, ya que por entonces el P. L. contaba con más representantes que el conjunto de los dos fragmentos del dividido Partido Liberal.

Primer gobierno laborista



A fines de 1923 Stanley Baldwin, el nuevo primer ministro conservador, decidió apelar al electorado para introducir un nuevo sistema de protección arancelaria. Al descontento creciente de la clase trabajadora, acosada por la desocupación, se sumó la alarma del conjunto de los consumidores ante las medidas anunciadas y la elección favoreció a los laboristas, que lograron 191 bancas contra 258 de los conservadores y 158 de los liberales, otra vez reunidos. Los conservadores habían perdido su mayoría y Asquith —el líder liberal— declaró que su partido estaba dispuesto a apoyar a un gobierno laborista. En enero de 1924 el rey llamó a MacDonald para que formara gobierno. La sostenida crisis económica, el desempleo y los problemas que éste creaba presagiaban una nueva etapa ofensiva del movimiento obrero. Por otra parte, el rápido aumento de los votos laboristas auguraba una mayoría neta en las próximas elecciones generales de 1926-27. En las condiciones previstas todo indicaba que una mayoría laborista podía resultar sumamente molesta para los detentadores de la propiedad. De ahí que la mejor solución para las clases dominantes inglesas, capaz de evitar los riesgos futuros, era dar el gobierno de inmediato a la minoría laborista, que gobernaría por gracia de los liberales. La clase dirigente británica especulaba, ante todo, con la desilusión que provocaría en la clase obrera un gobierno laborista, maniatado por las difíciles circunstancias internas y externas que debería sortear. Sin embargo, el solo hecho de que la clase dirigente considerara necesario dar el gobierno al laborismo, aun co-

Objetivos del movimiento Minoritario según Harry Pollit

Nosotros no hemos salido a desorganizar los sindicatos o a crear otros nuevos. Nuestro único objeto es unir a los trabajadores en las fábricas mediante la formación de comités de fábrica; trabajar para la formación de un sindicato para cada industria; fortalecer los consejos laborales locales para que sean representativos de cada fase del movimiento de la clase obrera, con sus raíces firmemente hundidas en las fábricas de cada localidad. Nosotros sostenemos la creación de un verdadero consejo general que tenga el poder de dirigir, unir y coordinar todos los conflictos y actividades de los sindicatos y así hacer posible el fin del presente caos y avanzar en un ataque conjunto para asegurar, no sólo nuestras demandas inmediatas, sino también ganar el completo control de la industria por los trabajadores.

(De: Allen Hutt: *The Post-war History of the British Working Class.*)

La única garantía con que contaba el Consejo General para levantar la huelga general

Pugh era continuamente presionado e interrogado por Herbert Smith, por mí mismo y mis colegas acerca del carácter de las garantías que habían mencionado y quién se las había dado. No obtuvimos respuesta. Pero J. H. Thomas me dijo personalmente, cuando le pregunté si el gobierno aceptaba las propuestas de Samuel y cuáles eran sus garantías: "Puedes no confiar en mi palabra, ¿pero no aceptarás la palabra de un caballero británico que ha sido gobernador de Palestina?"
Nuestro presidente, mis colegas y yo planteamos otras varias cuestiones; preguntamos cuál era la posición de otros trabajadores respecto a la decisión unánime que se tomara de regresar al trabajo todos juntos para protegerse mutuamente de las represalias y asegurar para los trabajadores el retorno al trabajo en las mismas condiciones en que lo habían abandonado. Nos informaron que "eso estaba bien".

(Relato de A. J. Cook, secretario de la Federación de Mineros, de la entrevista con los miembros del Consejo General en la que éstos instaron a los dirigentes de la federación a aceptar el memorádum extraoficial de Samuel. De: Allen Hutt, *The Post-war History of the British Working Class.*)

mo simple maniobra, era un signo de la debilidad del orden tradicional, en el cual el poder político se había mantenido como prerrogativa de las clases altas y medias. Por lo demás, todos los cálculos habrían fallado si MacDonald y sus colegas tan solo se hubieran comportado como un gobierno representativo de la clase obrera, es decir, actuando en favor de los intereses de la mayoría trabajadora de la población y, por lo tanto, contra los intereses de la minoría privilegiada. Pero la clase dirigente corrió el riesgo y no se equivocó.

Dentro del movimiento laborista se discutió largamente si el P. L. debía aceptar el gobierno en esos términos y también sobre la política a seguir en el caso de aceptarlo. La mayoría estaba de acuerdo, pero consideraba que era necesario introducir un programa socialista drástico, que, al ser rechazado por el parlamento, obligara a apelar al electorado. Pero MacDonald solo estaba dispuesto a sostener un programa reformista, sumamente moderado, de modo que los liberales no encontraran pretexto alguno para hacerlo caer. Con ese propósito, MacDonald formó su equipo de gobierno con muchas figuras extrapartidarias. De los veinte miembros del gabinete, solo siete provenían de los sindicatos. Pronto se hizo evidente, aun para la burocracia sindical, insospechable de simpatías socialistas o posturas revolucionarias, que el gobierno de MacDonald estaba muy lejos de asumir una política favorable a la clase trabajadora. Por el contrario, antepuso siempre los "intereses nacionales", que en los países centrales son los de la burguesía, la cual como clase dirigente de la sociedad se identifica con la nación desde su acceso al poder. Y no tardaría en demostrarlo, ante la ola de conflictos laborales que estallaron en 1924 —710 en total— inmovilizando de 405 a 613.000 trabajadores. En febrero se declaró una huelga que paralizó a 110.000 estibadores. Duró apenas tres días; el gobierno ya había dispuesto el uso de las tropas para la provisión de suministros esenciales. Pocas semanas después tuvo lugar una huelga entre los tranviarios londinenses, que reclamaban un aumento de salarios. Cuando el conflicto amenazaba extenderse a los trabajadores de las líneas subterráneas el gobierno contempló la aplicación de las facultades extraordinarias, a cuya promulgación los líderes laboristas se habían opuesto vigorosamente hacía menos de cuatro años. Tanto el Consejo General del T. U. C. como el ejecutivo del P.L. protestaron contra esta medida, que no llegó a ponerse en vigencia porque las partes llegaron a un rápido acuerdo.

Se sucedieron las huelgas; si bien menos importantes que las anteriores, igualmente contribuyeron a aumentar las fricciones entre los sindicatos y el gobierno laborista hasta su caída, en noviembre de 1924.

Del balance de su gestión solo quedaba como saldo favorable la Ley de Viviendas, promulgada a instancias de John Wheatley, único representante del ala izquierda que ocupó un cargo en el gabinete como ministro de Salubridad. También se aceleraron los trámites de recepción de los subsidios por desempleo y se restableció el salario mínimo para los trabajadores agrícolas.

La corta experiencia del gobierno ejercido por el ala política de su propio movimiento fue suficiente para convencer a los dirigentes sindicales, de acuerdo con las palabras que W. J. Brown pronunciara en el Congreso Sindical de 1925, de que "aun con una completa mayoría en la Cámara de los Comunes, y con un gobierno laborista que fuera estable y seguro existiría una diferencia permanente de opiniones entre el gobierno, por un lado, y los sindicatos por otro [. . .] Las funciones que deben cumplir los sindicatos son distintas a las funciones del gobierno".

En todo caso, el gobierno laborista no había sido capaz de sancionar ninguna importante legislación laboral y el problema de la desocupación mantenía su gravedad alarmante.

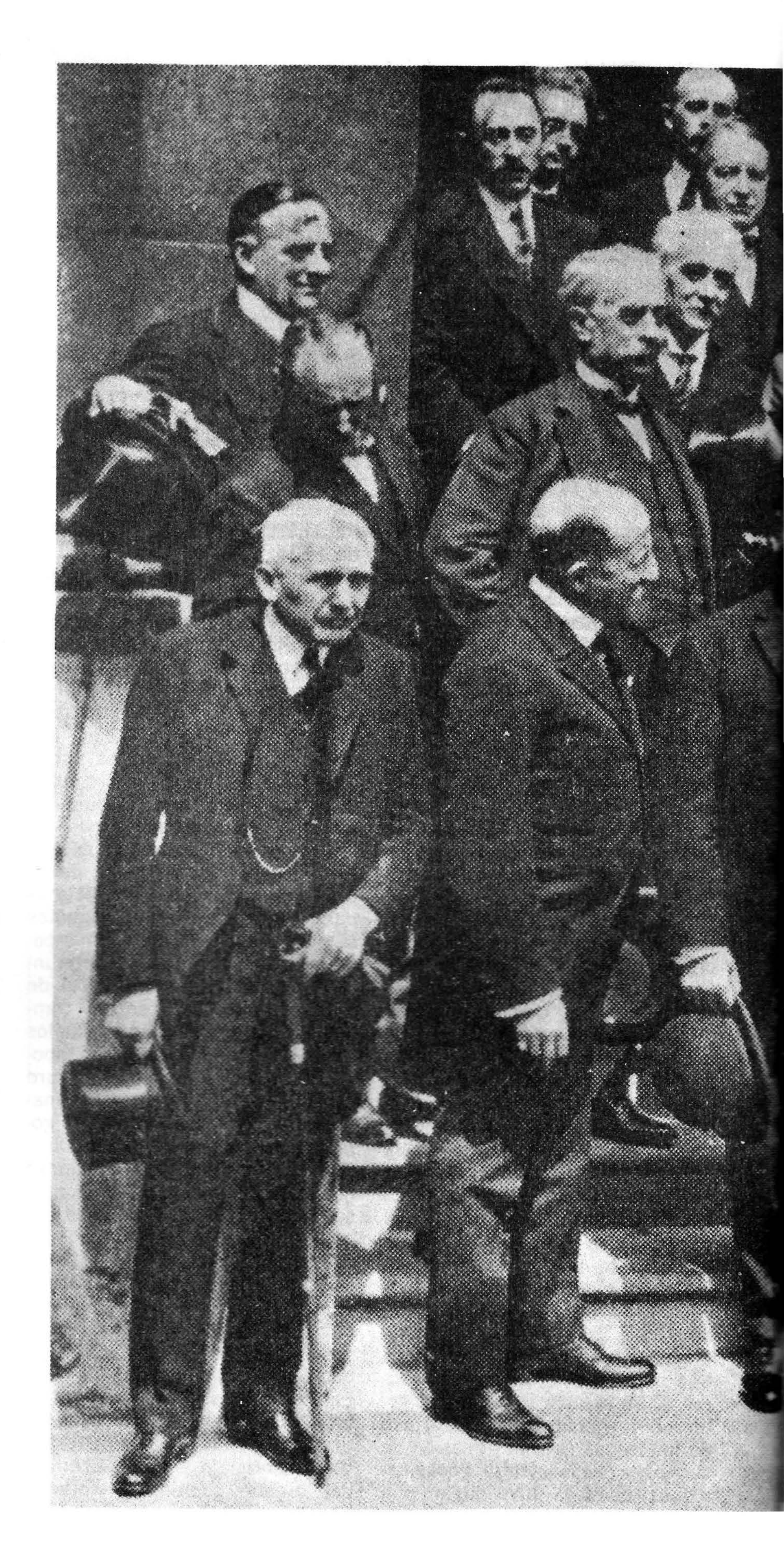
En agosto de 1924 el gobierno de MacDonald se había colocado en una situación delicada al arrestar, bajo el cargo de sedición, al editor del órgano comunista **Workers' Weekly** —J. R. Campbell—, retirando poco después la acusación ante las protestas de los sectores obreros. Este incidente derivó en una investigación parlamentaria cuyos resultados permitieron a la oposición derrotar al gobierno, atacándolo por no haber sostenido la acusación contra Campbell y por haber proyectado otorgar un préstamo a la U.R.S.S., reconocida diplomáticamente por el gobierno de MacDonald.

Antes de las elecciones generales se explotó un nuevo incidente —el "**affaire** Zinóviev" o la "carta roja"— con el propósito de debilitar al laborismo. Se dio a publicidad una supuesta comunicación del Komintern al P. C. británico ordenándole conspirar e incitar a la rebelión a las Fuerzas Armadas. Las vacilaciones de MacDonald ante la actitud oficiosa del Foreign Office, que solicitó al gobierno soviético que disciplinara al Komintern, colocó al P. L. en una situación insostenible frente a sus propios electores de izquierda y canceló sus oportunidades de mantener, siquiera, las ventajas electorales del año anterior. Los conservadores obtuvieron un éxito considerable al ganar una mayoría sustancial de bancas mientras las del P. L. se reducían a un total de 151.

Radicalización del movimiento sindical

Baldwin volvió a ser primer ministro y designó a Winston Churchill al frente de la Tesorería. Ambos colocaron nuevamente a Gran Bretaña dentro del patrón oro en términos de paridad con la libra, ocasionando un severo perjuicio para su comercio exterior.

La depresión se extendió a muchas industrias de exportación, que no podían competir con los bajos precios internacionales de la renaciente industria alemana, y la situación de los obreros, aun de aquellos que conservaban su trabajo, empeoró notablemente. Por otra parte, la derrota política del laborismo auguraba un largo período de gobierno conservador. Por eso no es sorprendente que los trabajadores se inclinaran a



El gabinete laborista en pleno. En las elecciones generales de 1922 el Partido Laborista ganó 142 bancas: 85 del sindicalismo y 32 del Partido Liberal.



En las ilustraciones de la parte superior: A. J. Cook, secretario de la Federación Minera, y Herbert Smith, presidente de la agrupación entre 1922 y 1929. Abajo puede apreciarse un dibujo aparecido en un periódico obrero, referido a la huelga general de 1926: "Si no haces huelga serás aplastado."

confiar exclusivamente en la lucha sindical, llevando a sus dirigentes a implementar una acción efectivamente coordinada a través del recién creado Consejo General del T. U. C. Además, la actitud francamente conservadora del gobierno laborista había contribuido a reforzar las tendencias combativas del movimiento obrero, que parecía más inclinado hacia posiciones de izquierda. En cuanto al P. C., continuaba usando los métodos tradicionales de las viejas sectas socialistas, pese a las insistentes críticas de Lenin, quien en 1921 escribió a Thomas Bell: "hasta ahora en Inglaterra tenemos algunas escasas y muy débiles sociedades de propaganda comunista (inclusive el propio P. C. británico), pero no un verdadero movimiento comunista de masas". Sus progresos parlamentarios eran muy limitados —solo consiguió dos bancas en 1922, para perderlas al año siguiente—, aunque se iba consolidando en el campo sindical.

Desde 1921 un grupo de sindicalistas militantes había formado la sección británica de la Internacional Roja de Sindicatos, fundada en Moscú ese mismo año, para oponerse a la reformista Federación Sindical Mundial que funcionaba en Amsterdam. Entre las asociaciones mineras, sobre todo de Fife y Gales del Sur, se desarrolló un fuerte sentimiento de apoyo a la Internacional Roja.

Entre los mineros, desde 1923, comenzó a destacarse un grupo militante cada vez más amplio —el Movimiento Minoritario—, que al año siguiente se convertiría en la espina dorsal de la campaña que llevó a Arthur J. Cook a la secretaría de la Federación de Mineros. En este sector militaban socialistas veteranos como Tom Mann y jóvenes luchadores del calibre de Harry Pollit.

En 1923 el Consejo General del T. U. C. accedió a constituir un comité conjunto con el Movimiento Nacional de Desocupados, en gran parte liderado por comunistas, que duraría hasta 1926.

Privaba entre los sindicatos la opinión favorable al mantenimiento de relaciones con la U. R. S. S. y fue evidente la presión ejercida sobre MacDonald para que las estableciera.

En las cuestiones internas se observaba una creciente militancia en el frente laboral y los mismos sindicatos que habían quebrado la Triple Alianza, en 1921, comenzaban a proyectar un nuevo acuerdo sindical.

El "viernes rojo"



El acuerdo tuvo oportunidad de ponerse a prueba durante la nueva crisis minera que comenzó a mediados de 1925. La crisis del Rhur, en 1923, había reanimado la minería británica y al año siguiente los propietarios prometieron un aumento de salarios; pero en 1925, luego de reabrirse las minas de carbón alemanas, la transitoria prosperidad de las minas inglesas llegó a su fin. La adopción del patrón oro había hecho caer las exportaciones y los propietarios reclamaban la sustitución de los acuerdos nacionales por acuerdos locales, anunciando una drástica reducción de los salarios y la extensión de la jornada de trabajo a ocho horas diarias. La Federación de Mineros, ya recuperada de su derrota de 1921, rechazó la demanda patronal, pero comprendiendo que se hallaba en desventaja para lanzar una huelga solo de mineros, dado el abundante acopio de carbón, decidió apelar al resto del movimiento obrero a través del Consejo General, y su solicitud fue ampliamente acogida. A requerimiento del C. General, los ferroviarios y trabajadores del transporte acordaron paralizar el movimiento de carbón en todos los puertos y líneas férreas de Inglaterra. El 30 de julio, durante una reunión con los representantes mineros, Baldwin los urgió a que contribuyeran a superar la difícil situación de la industria minera afirmando que "todos los trabajadores de este país tienen que aceptar reducciones en sus salarios para ayudar a que la industria se recupere". No obstante, la inminencia del embargo decidido por los trabajadores del transporte, que amenazaba paralizar el tráfico del carbón —ya bastante escaso—, hizo que el gobierno cambiara súbitamente de





WAGE CUTS

IF YOU DON'T STRIKE, YOU'LL BE STRUCK

opinión y el viernes 31 de julio, pocas horas antes que se iniciara el paro, ofreció un subsidio temporario, que funcionaría durante nueve meses, para mantener los salarios y la jornada de trabajo en las minas a los niveles existentes, mientras una comisión real se encargaría de investigar las posibilidades futuras de la industria. El **Daily Herald** encabezó la noticia con este sugestivo título de dos palabras: **Red Friday!** (¡Viernes Rojo!), y como tal lo celebraron los trabajadores, que habían alcanzado la victoria gracias a su acción coordinada. Sin embargo, como dijera acertadamente A. J. Cook, ese "era el primer **round**" y debían prepararse "para la batalla final".

El gobierno había girado 180 grados porque la adhesión total del movimiento obrero a la causa de los mineros lo había tomado desprevenido y no estaba en condiciones de enfrentar las consecuencias de una huelga minera capaz de producir a corto plazo la paralización general de los transportes. Necesitaba tiempo para organizar la resistencia capitalista y poder asegurar los suministros esenciales. Con esa intención accedió, por el momento, a otorgar el subsidio durante los nueve meses siguientes. Estos le bastarían para poner a punto un sistema defensivo capaz de hacer frente y rechazar la ofensiva sindical concertada.

En vísperas de la huelga general



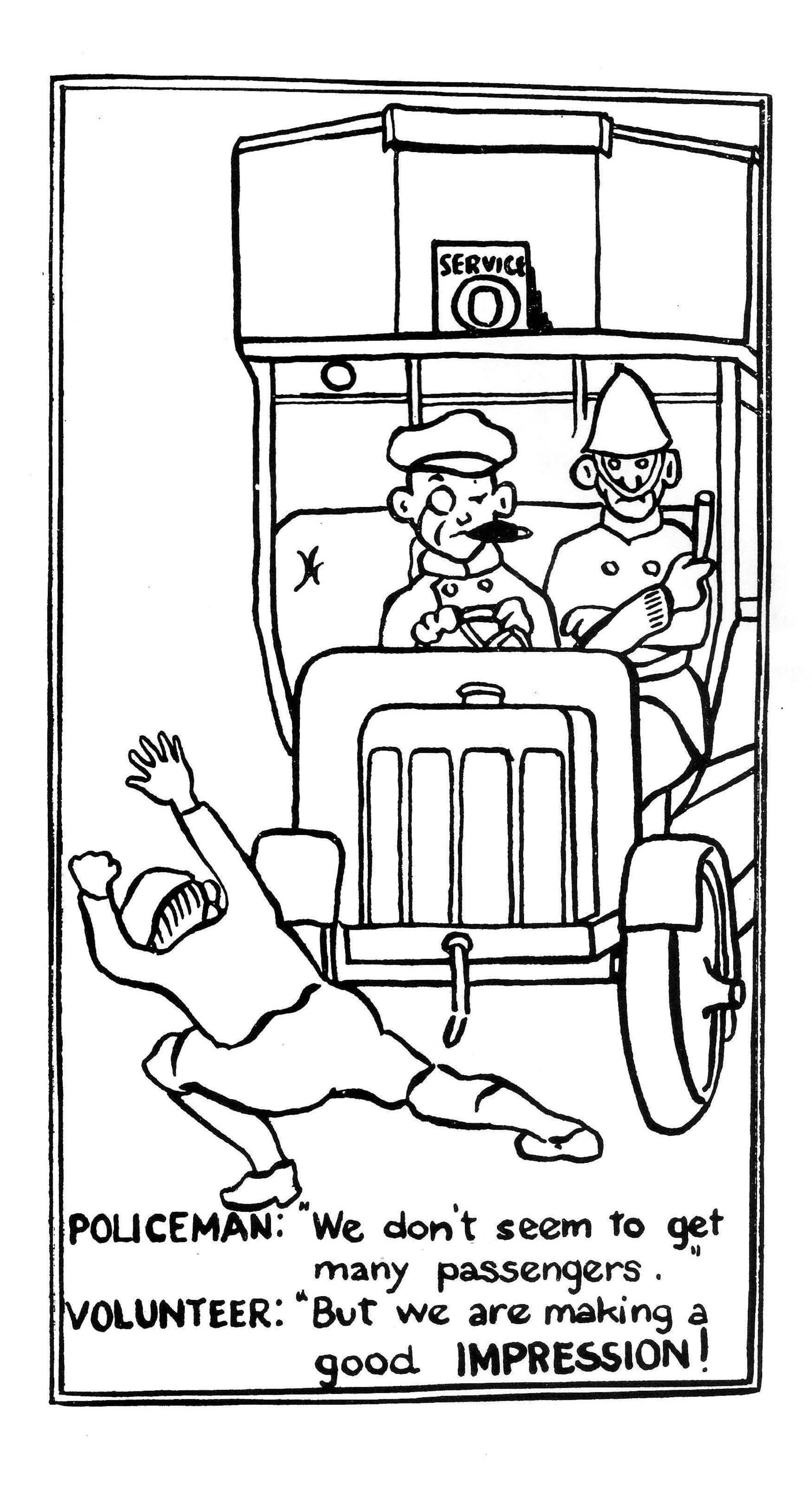
n un discurso pronunciado en diciembre de 1925, Winston Churchill, refiriéndose a la actitud del gobierno durante el "viernes rojo", afirmó cínicamente que habían decidido "posponer la crisis con la esperanza de prevenirla o, en caso de no poderla prevenir, de hacerle frente eficazmente cuando llegue el momento".

Mientras tanto, desde fines de setiembre el gobierno había establecido la Organización para el Mantenimiento de Suministros (OMS), encargada de reclutar entre las clases medias voluntarios dispuestos a actuar como rompehuelgas si se declaraba una huelga general. La OMS se encargaba sigilosa y extraoficialmente de entrenarlos en la conducción de locomotoras y camiones y para operar en telégrafos y teléfonos. El país fue dividido en regiones, cada una de ellas a cargo de un delegado en carácter de comisionado civil, que contaba con la colaboración de un equipo de funcionarios para resolver todos los problemas que afectaran al transporte, los alimentos, los servicios postales y el combustible. Todos ellos poseían los amplios poderes conferidos al gobierno por la vigencia de la ley de facultades extraordinarias.

A fines de abril, y antes de que se hubiera declarado la huelga general, los comisionados y sus empleados ya se hallaban al frente de sus respectivas cabeceras. Era la hora cero y todo estaba listo. La señal convenida sería un telegrama de una sola palabra: "Acción". Durante la madrugada del 2 al 3 de mayo el telegrama fue despachado y la maquinaria se puso en funcionamiento.

Esta fría y calculada preparación para la batalla, por parte del gobierno, carecía de contrapartida del lado enemigo. En el movimiento obrero no se dio la menor tentativa para organizar la lucha que se avecinaba, pese al fortalecimiento de las masas de trabajadores sindicalizados, cuya militancia combativa quedaría demostrada en el congreso sindical de 1925. Su presidente, A. B. Swales (de los maquinistas), expresó: "Estamos entrando en una nueva fase de desarrollo en la ascendente lucha de nuestra clase. A nuestro alrededor hay signos evidentes de que en los pueblos de todos los países se despierta la conciencia de que el presente sistema social está condenado". Por primera vez, y con amplia mayoría, se aprobaron declaraciones condenando al imperialismo y se resolvió: 1) apoyar a los trabajadores de cualquier lugar del imperio británico para que organizaran sindicatos y partidos políticos; 2) apoyar el derecho a la autonomía de los pueblos del imperio, inclusive el derecho a elegir su separación completa del mismo. En todo sentido, este congreso signi-

En el "Saint Pancras Bulletin" aparece este dibujo que alude a la acción de los rompehuelgas, que recorrían las calles en camiones para transportar a los obreros hasta el lugar de trabajo. El texto registra el siguiente diálogo:
– No parece que tengamos muchos pasajeros.
– Pero estamos causando una buena impresión.


SERVICE
O
POLICEMAN: "We don't seem to get many passengers."
VOLUNTEER: "But we are making a good IMPRESSION!

Dos imágenes de la huelga general. Pueden verse en ellas a Smith, Cook y Richardson.

ficaría el punto más alto alcanzado por la izquierda dentro del movimiento sindical.
Un mes después, la conferencia del Partido Laborista celebrada en Liverpool también llegaría al punto más alto de los avances, pero de la derecha, representada por MacDonald y los laboristas veteranos. Pese a sus inflamados discursos, el congreso tampoco hizo nada en materia de preparativos.
Aunque estaban dispuestos a apoyar a los mineros, los dirigentes temían que toda medida orientada a organizar la huelga fuera considerada revolucionaria. Tal vez la experiencia del "viernes rojo" los inducía a creer que el gobierno volvería a ceder antes que ellos lanzaran la huelga general; quizá suponían que, una vez declarada, podían vencer al gobierno sin necesidad de traspasar los límites de la más estricta legalidad. En todo caso, se mostraban paralizados ante el curso de los acontecimientos que los estaban superando y nada hacían porque no sabían qué hacer. Los sectores sindicalistas de izquierda, al igual que los comunistas, reprochaban su inercia al consejo general. En octubre de 1925 el gobierno hizo asaltar las oficinas del P. C., arrestando a varios dirigentes acusados de "incitar a acciones ilegales". Entretanto, la comisión real presidida por Sir Herbert Samuel preparaba su informe. Esta vez no figuraban entre sus miembros dirigentes mineros ni representantes designados por la federación. Se expidió en marzo de 1926 recomendando "la reducción de los salarios o la prolongación de la jornada de trabajo, esenciales para que la industria fuese lucrativa" y manifestándose totalmente contraria a mantener el subsidio. La federación de mineros se mantuvo consecuentemente aferrada a la consigna que lanzara su secretario, A. J. Cook: **"Not a penny off the pay, not a second on the day"** (ni un centavo menos de salario, ni un segundo más de trabajo) y rechazó de inmediato las recomendaciones del informe Samuel, apelando a la ayuda prometida por el movimiento sindical. Simultáneamente decidió prepararse para el lock-out de las minas anunciado por los patrones para el 1º de mayo, cuando cesara la vigencia del subsidio gubernamental.
El consejo general del T. U. C. en una carta firmada por el secretario Walter Citrine reiteró su apoyo a la causa de los mineros, pero consideraba que la cuestión aún no había llegado a la etapa en que se impusiera una declaración definitiva del consejo general acerca de la política a seguir. Era indudable que la burocracia sindical aún esperaba que la reanudación de las tratativas condujese a una transacción más o menos aceptable para los mineros, sin necesidad de recurrir a la lucha, aunque ésta parecía cada vez más inminente. La justa intransigencia de los mineros, por una parte, y la de los patrones, por otra, llevaba la situación aceleradamente hacia un callejón sin salida.
Los mineros contaban con la completa solidaridad de las bases. El 20 de marzo el Movimiento Minoritario había celebrado una conferencia para la acción donde estuvieron presentes 883 delegados, representantes de casi un millón de trabajadores organizados. Se propuso a los consejos laborales de distrito que cada uno se constituyera en un consejo de acción para movilizar todas las fuerzas del movimiento de la clase obrera en su localidad, mientras el consejo general convocaba a un consejo de acción nacional.
A fines de abril se mantuvieron encuentros entre la federación y los representantes de la patronal, quienes anunciaron su intención de reiniciar las negociaciones a nivel local con las asociaciones mineras de cada distrito. Esta iniciativa del sector capitalista endureció la actitud del consejo general: su comité industrial "reiteró sus declaraciones previas de dar a los mineros su apoyo total para resistir la degradación de su nivel de vida".
Inmediatamente comenzó una intrincada serie de negociaciones entre el comité industrial, el gobierno, los mineros y la patronal. Se sucedían los desacuerdos, si bien entre el gobierno y los propietarios existía un arreglo tácito, reforzado por la "voluntad de llegar" al conflicto por parte del gobierno. Las clases dominantes inglesas necesitaban librar un decisivo combate frontal con las fuerzas laborales para encauzar la

racionalización y reorganización de la industria y restablecer así los niveles de ganancia y de acumulación de capital que permitieran la reproducción del sistema. De ahí los minuciosos preparativos durante los nueve meses anteriores. Ahora había llegado el momento de lanzar la ofensiva aunque especulaban con la ventaja estratégica de forzar al movimiento sindical a que iniciara las operaciones.

Los nueve días que conmovieron a Gran Bretaña

Recién el 27 de abril, y según una propuesta de Bevin, el consejo general decidió elaborar los planes para una acción en gran escala por si se interrumpían las negociaciones. Dos días después los ejecutivos de los sindicatos resolvieron avalar los esfuerzos del consejo general para lograr un acuerdo y subrayaron, específicamente, la necesidad de asegurar el retiro de los avisos de lock-out para que pudieran proseguir las tratativas. Desde esa noche del 29, hasta pasadas las once de la noche del 30, el comité industrial, los mineros y el primer ministro deliberaron asiduamente a fin de acordar las bases para la negociación.
Entre tanto, los ejecutivos permanecían reunidos a la espera del resultado. Aunque pasaron el tiempo entonando canciones populares, la demora hizo más aguda la tensión.
Por fin, los negociadores regresaron para informar que se había llegado a un **impasse** en las discusiones a raíz de la entrada en vigencia de la ley de las facultades extraordinarias.
Cada uno de los ejecutivos presentes recibió un memorándum del consejo general con el plan que debía seguirse durante la huelga. El 1º de mayo se volvieron a reunir para tratarlo y lo aprobaron por unanimidad. Bevin anunció que desde la medianoche del lunes 3 de mayo debían parar las industrias que el memorándum

La nueva constitución del P. L. (1917-1918)

Objetivos:

Asegurar para los productores manuales e intelectuales el fruto íntegro de su trabajo y la distribución más equitativa posible, sobre la base de la propiedad común de los medios de producción y el mejor sistema que pueda obtenerse de administración y control popular de cada industria o servicio.
Promover en general la emancipación política, social y económica del pueblo y en particular de aquellos que dependen directamente de sus propios esfuerzos manuales o intelectuales para su subsistencia.

El trabajo y el nuevo orden social

Necesitamos precavernos de los remiendos. La opinión del Partido Laborista es que lo que haya de reconstruirse después de la guerra no sea este o ese Departamento de Gobierno, o esta o aquella pieza de la maquinaria social; sino, y hasta donde le concierna a Gran Bretaña, la misma sociedad [...] reconocemos en la presente catástrofe mundial, si no la muerte de la civilización misma en Europa, en todo caso la culminación y el colapso de una civilización industrial característica, que los trabajadores no procurarán reconstruir [...] El sistema individualista de la producción capitalista [...] con la monstruosa desigualdad de circunstancias que produce y la degradación y embrutecimiento, tanto moral como espiritual que de él resulta, esperamos que, en realidad, haya recibido un golpe de muerte. Con él deben desaparecer el sistema político y las ideas que naturalmente lo expresaban. Nosotros, los del Partido Laborista, sea desde la oposición o llegado el momento llamados a formar gobierno, ciertamente no le tenderemos nuestra mano para que reviva. Por el contrario, haremos todo lo posible para comprobar que sea enterrado con los millones a quienes ha llevado la muerte

(De: Allen Hutt: ***The Post-war History of the British Working Class.***)

clasificaba de primer grado o primera línea: transportes (en todas sus ramas), imprenta (incluyendo los diarios), industrias productivas (hierro, acero, química y metalúrgicas) y la de la construcción. Los trabajadores de las compañías de gas y electricidad cooperarían negando el suministro de energía a las industrias paralizadas. Se mantuvo en reserva una segunda línea —maquinistas, astilleros e industrias navieras en general— para utilizarlas cuando la situación lo requiriese. Se encomendó a los sindicatos que asumieran la responsabilidad del funcionamiento continuo de los servicios sanitarios, de salud pública y alimentación, y se recabó el apoyo de los consejos laborales locales para organizar y efectivizar la huelga. Por último, el presidente del consejo general —Pugh— puntualizó específicamente que para poner en marcha la acción era necesario que la federación de mineros dejara la conducción del conflicto en manos del consejo general, en lo cual los mineros estuvieron de acuerdo. Pero mientras el consejo general deseaba el poder para negociar en nombre de los mineros, aun aceptando las reducciones salariales propuestas por el Informe Samuel, los mineros autorizaron al consejo general para actuar en su nombre, solo sobre la base de las declaraciones de solidaridad para resistir cualquier reducción de sus niveles de vida. Levantada la reunión, los ejecutivos se lanzaron a las soleadas calles de Londres, que ya desbordaban de excitación, mientras en Hyde Park se congregaba la manifestación del 1º de mayo más concurrida desde la posguerra. La tradicional demostración asumió el carácter de una verdadera "vela de armas", donde la solemnidad dejó su lugar a la exaltación.

Mientras el ejército marchaba a pasos rápidos, dando múltiples muestras de su alta moral y disposición para la lucha, los generales se hallaban reunidos en cónclave con el estado mayor enemigo. A media tarde el consejo general había notificado al primer ministro que ya tenía poderes para actuar en nombre de los mineros. Por la noche, el comité industrial se encerró con Baldwin mientras A. Cook protestaba vehementemente contra la reanudación de las negociaciones por considerar que se las conducía a espaldas de los mineros, cuyos ejecutivos habían partido hacia sus respectivos distritos para tomar a su cargo las urgentes tareas que se desprendían de la resolución del paro general. Eventualmente, el gobierno y los negociadores del T. U. C. parecieron llegar a un acuerdo sobre la base de la aceptación del Informe Samuel. Para conseguir el aval de los mineros, sus ejecutivos fueron urgentemente citados a Londres por telegramas.

Los generales proponen, pero a veces sus tropas disponen, y mientras se sucedían estos acontecimientos, en los talleres del diario **Tory Daily Mail** se producía un incidente capaz de trastornar toda la situación. La edición del diario estaba lista para imprimirse, con un artículo de fondo que afirmaba que la huelga general era un "movimiento revolucionario encaminado a infligir toda clase de sufrimientos y penurias a la gran masa de personas inocentes de la comunidad. . ." y que debía ser detenido con todos los recursos con que ésta contaba. **"Por el Rey y por la patria"**, rezaba el título.

Los cajistas se negaron a componer el periódico si se mantenía el artículo, y esa noche el **Daily Mail** no apareció.

Al enterarse de lo sucedido el gobierno actuó de inmediato. Citó a los negociadores del consejo general para comunicarles que el episodio del **Daily Mail** era una "acción abierta" de guerra, rehusándose a proseguir las tratativas a menos que levantaran incondicionalmente la huelga general. El ultimátum desconcertó a los representantes del T. U. C., que procedieron a redactar una carta, dirigida al primer ministro, repudiando la acción de los hombres del **Daily Mail.** Cuando retornaron a Downing Street con su misiva fueron fríamente recibidos por un asistente del ministro que les anunció que Mr. Baldwin se había retirado a descansar, dándoles a entender que su presencia era totalmente innecesaria. Tal como lo describió el **New Statesmen and Nation,** "el T. U. C. se sintió como un combatiente que había sido forzado a entrar en una guerra que tenía miedo de ganar". El consejo general, por sobre todas las cosas, temía que el movimiento se escapara de su control, desarrollándose en un sentido revolucionario. Solo esto explicaría su actitud al declarar la huelga y, aún más, al levantarla, después de una apresurada capitulación. En el periódico de su organización Bevin escribió: "no debe olvidarse que, independientemente de los errores y aciertos del lanzamiento de la huelga general, existía un sentimiento de lucha extraoficial que se había extendido a todos los rincones del país y que hubiera podido generar la anarquía dentro del movimiento". Aún más franco fue Charles Dukes, de los trabajadores municipales, quien denunció que "día a día, mientras duró la huelga, la autoridad y el control del conflicto fueron pasando de manos de los ejecutivos responsables a las de otros hombres que no tenían autoridad ni control". El diálogo entre un funcionario del consejo general y un prestigioso sindicalista holandés que investigaba el hecho es suficientemente ilustrativo de las apreciaciones del T. U. C. acerca del peligroso rumbo que tomaban los acontecimientos:

P.: ¿Se levantó la huelga porque —según se decía— estaba decayendo?

R.: No.

P.: ¿Hubo algún signo de debilitamiento?

R.: Oh, no, la huelga estaba en su punto más alto, absolutamente en su punto más alto.

P.: Y sin embargo, ¿se levantó pese a que no mostraba signos de declinación?

R.: Bien, usted verá, había algunas personas en el consejo general que pensaron que estaba yendo demasiado lejos.

Desde un principio existió un completo abismo entre la actitud y las miras de los dirigentes del conflicto y los propios huelguistas. Estos respondieron sorprendentemente y en forma total a la movilización sindical, y así se mantuvieron hasta el fin. El 4 de mayo decía un comunicado del consejo general: "recibimos informes de todo el país que han superado todas nuestras expectativas". El gobierno no tardó en mostrar sus garras. Comprendiendo que

Arriba: los delegados obreros abandonan Russel Square después de una conferencia minera. Abajo: la huelga provocó un impresionante despliegue de tropas. Incluso se dio el caso de grupos civiles armados que colaboraron con la policía, como la patrulla que se ve en esta fotografía.

la propaganda directa era vital para debilitar la moral del enemigo tomó las radios y ocupó las plantas del **Morning Post** para sacar su propio boletín —la **British Gazette**—, dirigido por Winston Churchill. Desde esta hoja caracterizaba a la huelga como un ataque a la Constitución, como una lucha por el poder que insinuaba potencialmente el objetivo de la guerra civil. Además, usó todos los recursos de su poder militar. Londres fue testigo de una impresionante movilización de tropas.

La represión no se hizo esperar. La policía cargaba contra los piquetes de huelga. Bajo el "estado de emergencia" cualquier forma de actividad huelguística podía ser, y era, considerada ilegal. Los arrestos sumaban cientos. Llovían las sentencias de prisión, que el consejo general se abstenía de dar a conocer para "no emponzoñar el conflicto". Día a día el tono del gobierno se volvía más amenazador mientras el consejo general, siempre a la defensiva, rogaba a Mr. Baldwin que se convenciera de que la huelga —ahora llamada nacional para despojarla de todo matiz subversivo— "no es una amenaza contra el parlamento ni un ataque contra el gobierno constitucional".

A nivel local, la organización de la huelga estaba a cargo de los consejos laborales, que en todo momento demostraron su vigor e iniciativa. La militancia no estaba reñida con el humor que campeaba en los boletines informativos y en los afiches y hojas de propaganda.

Al entrar en la segunda semana de huelga recién comenzó a sentirse toda la fuerza del pronunciamiento obrero, el cual imponía sus propias organizaciones: piquetes, grupos de autodefensa, propaganda, comisariados, federaciones de los consejos locales sobre áreas cada vez más amplias. La huelga asumía un definido carácter político a través de los cuerpos de huelga locales, que progresivamente se estaban convirtiendo en autoridades alternativas. Los únicos transportes que circulaban por las calles y carreteras, fuera de Londres, ostentaban franjas amarillas impresas con grandes letras negras: "Con permiso del T. U. C.".

A medida que el conflicto se fortalecía sus dirigentes a nivel nacional se aproximaban rápidamente a la claudicación, ansiosos por reanudar las tratativas con el gabinete. La oportunidad se presentó por intermedio de Sir Herbert Samuel, encargado extraoficialmente de entrar en contacto con el comité de conciliación del consejo general, integrado por Thomas y Pugh, entre otros. Samuel confeccionó un memorándum donde puntualizaba las bases para el arreglo según las líneas de su informe anterior. No obstante el rotundo rechazo de los mineros, el comité de conciliación prosiguió su cometido dispuesto a negociar por su cuenta, prescindiendo de toda consulta a la federación. Pronto persuadió al consejo general para que levantara la huelga sobre la base del acuerdo propuesto extraoficialmente por Samuel y, por lo tanto, sin contar con ninguna garantía por parte del gobierno, a quien apresuradamente comunicaron su decisión el 12 de mayo.

La rendición imprevista del consejo general tomó a las bases por sorpresa. En muchos casos, al reintegrarse a su trabajo, los huelguistas fueron objeto de represalias por parte de los patrones. Se reiniciaron los paros parciales y durante algunos días la tensión no decreció. Pero pronto los obreros comprendieron y aceptaron que sus nueve días de solidaridad habían terminado en una humillante derrota. En cuanto a los mineros, que habían quedado solos, prolongaron su lucha hasta noviembre de 1926.

La experiencia de la huelga general, sin abandonar los moldes formales de la conducta tradeunionista, atacaba sus fundamentos. Las implicaciones políticas del fortalecimiento de la unidad combativa de las bases no escaparon a la burocracia sindical, apresurando su rendición. Sin embargo, limitada durante casi un siglo a la lucha económica según las pautas de la tradición tradeunionista, era improbable que la clase obrera inglesa alcanzara a superarlas a través de esa primera experiencia para asumir los contenidos revolucionarios latentes en la práctica de la huelga general.

Por otra parte, como escribió



Rosa Luxemburgo a propósito de la revolución rusa de 1905, "no es la huelga de masas la que produce la revolución sino la revolución la que produce la huelga de masas". Y en 1926 las clases dominantes británicas habían logrado sortear los peligros de la situación revolucionaria abierta en la inmediata posguerra. Ante la pérdida de la hegemonía de los sectores burgueses liberales las clases dominantes habían admitido la participación del laborismo en el bloque de poder. Su fracaso como representante de los intereses de la clase obrera llevó a ésta a depositar toda su confianza en la organización sindical que enfrentara al gobierno laborista y devolvió la iniciativa política a los sectores conservadores, responsables del triunfo estratégico de la burguesía en este proceso.

El "Mondismo"

El fracaso de la huelga general afectó el prestigio del T. U. C. y especialmente el de su consejo general. Entre 1925 y 1927 el T. U. C. perdió cerca de medio millón de afiliados mientras su crítico más implacable —el Partido Comunista— veía aumentar rápidamente el número de sus miembros, sobre todo entre los mineros. A través del Movimiento Minoritario el P. C. procuraba crear una alternativa de oposición al sindicalismo tradicional, pero el fracaso final de la lucha minera en noviembre de 1926 también logró restarle adhesiones.

Para consolidar su triunfo sobre el movimiento obrero el gobierno lanzó en 1927 la ley de sindicatos y disputas laborales, que declaraba ilegales las huelgas generales, restringía el derecho a la huelga solidaria, limitaba severamente el funcionamiento de piquetes de huelga, prohibía a los empleados y trabajadores del estado pertenecer al T. U. C. o afiliarse al P. L. y golpeaba a este último directamente al disponer que los sindicatos solo podían cobrar las cuotas destinadas a fines políticos a aquellos trabajadores que expresamente firmaran un documento comprometiéndose a pagarlas De este modo se redujo la participación sindical afiliada al P. L. de 3.338.000, en 1926, a 2.077.000 en 1928. Sin embargo, la oposición conjunta a esta legislación tuvo el efecto de fortalecer las deterioradas relaciones entre el T. U. C. y el P. L.

La fracción monopolista de la burguesía, que ya predominaba en el terreno económico, procedió con más lucidez y se abstuvo de aprovechar las ventajas de la derrota obrera. En lugar de tratar de suprimir o debilitar al sindicalismo procuró crear las condiciones para controlarlo más fácilmente.

Entre 1928 y 1929, y a iniciativa de Sir Alfred Mond, presidente de la Imperial Chemical Industries, se celebraron repetidos encuentros entre los representantes de este sector capitalista y los del T. U. C. Duramente criticadas por los sectores de izquierda del movimiento obrero, estas tratativas inauguraron el "mondismo" como tendencia dominante de la burocracia sindical, encaminada a transformar a las organizaciones obreras de armas del proletariado en instrumentos auxiliares de la gran industria moderna, cooperando en su racionalización mediante acuerdos conjuntos de fijación de salarios, etc.

El "mondismo" fue la primera manifestación del proceso de involución del sindicalismo británico, el cual desde sus tradicionales posiciones de reformismo obrero retrocedía a las del reformismo burgués, que en la década siguiente lo llevarían a insertarse en el estado, cada vez más hegemonizado por la fracción monopolista.

Bibliografía

R. Page Arnot: **The Miners. Years of Struggle.** Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1953.
Allen Hutt: **The Post-war History of the British Working Class.** Nueva York, Coward-MaCann, 1938.
Henry Pelling: **A History of British Trade Unionism.** Londres, Penguin Books, 1963.
G. D. H. Cole: **Historia del pensamiento socialista.** México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
Rosa Luxemburgo: **Huelga de masas, partido y sindicatos.** Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 13. Córdoba, 1970.
Nicos Poulantzas: **Hegemonía y dominación en el estado moderno.** Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969.
Maurice Dobb: **Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.** Siglo XXI. Buenos Aires, Argentina, 1971.

El movimiento obrero argentino en la Década Infame

Hugo Rapoport
Laura Golbert

Entre los movimientos nacionales de Yrigoyen y Perón, se alza una etapa de entregas y negociados a la que el periodista José Luis Torres caracterizó como "la década infame".

En 1930 cae Hipólito Yrigoyen. En 1945 surge Perón como líder de las mayorías populares. Cada uno de ellos se constituyó en eje de movimientos nacionales que pretendieron representar al conjunto del pueblo. Sin embargo, profundas diferencias hay entre uno y otro movimiento. Mientras son las clases medias la base social del radicalismo, es la clase obrera quien posibilita la conquista del poder del peronismo. Es en ese breve período que separa el fin de una experiencia popular del comienzo de otra donde se encuentra la clave para entender el pasaje.

Agotadas por la crisis de 1930 las posibilidades del radicalismo, son los sectores más privilegiados de la oligarquía terrateniente quienes retoman el poder político y el control de la economía. Reordenan al país a su imagen y semejanza y de acuerdo a sus necesidades de sobrevivencia. Para ello no se detendrán ante ningún límite: los asesinatos, las torturas, el fraude electoral, los negociados, el remate del patrimonio nacional, caracterizan lo que un periodista, José Luis Torres, bautizara como la "década infame". Pero por debajo de esto hay una política inflexible a la cual todo se subordina: la negociación de un pacto con el imperialismo que posibilite la recuperación del sistema, debilitado por los efectos de la crisis.

Pero, al mismo tiempo, es el último acto protagónico de la oligarquía. A partir de entonces su hegemonía sin disputas se quiebra y, hasta el presente, su participación en el poder se realiza como socio o aliado subordinado al imperialismo.

Es que, al mismo tiempo que llega a la cima de su poder, las condiciones generadas por la crisis del 30, unidas al desarrollo interno del país, desatan un particular proceso de industrialización por sustitución de importaciones que en las décadas siguientes cambiará la faz de la Argentina.

Es en esos años iniciales donde, junto con las inversiones industriales del imperialismo y de los grupos tradicionales de las clases dominantes, surge un sector nacional de empresarios medianos y chicos interesados en el mercado interno, que multiplica las fábricas.

Al mismo tiempo se acelera la formación del proletariado, que deja de ser fundamentalmente de origen inmigratorio externo para dejar paso a los migrantes del interior del país, expulsados de sus lugares de origen por el reordenamiento oligárquico.

Es en ese marco donde se inscribe la evolución de la clase obrera, sometida a la vez a una tenaz explotación por parte de la burguesía y el imperialismo y a una dura represión respecto de su forma de organización y de acción.

La caída del yrigoyenismo

La crisis mundial de 1929 afecta de manera decisiva la estabilidad que, con altibajos y mediante correctoras presiones, caracterizará la vida política y económica argentina durante muchas décadas. Sus efectos, ineludibles por estar el país íntimamente ligado a la economía capitalista mundial, a la vez que desprovisto de mecanismos defensivos o reguladores, serán achacados a la ineptitud de la administración radical, conducida por Hipólito Yrigoyen. Este, que había llegado por segunda vez al gobierno en 1928, en una elección en la cual casi duplica la suma de votos de sus adversarios, no atina a conducir a su partido por una senda que conforme las expectativas del conjunto o, por lo menos, que neutralice a su principal adversario: la burguesía terrateniente, representada políticamente por los partidos conservadores y los pequeños grupos nacionalistas oligárquicos.

En efecto, los sectores terratenientes —que habían conservado intacta su posición económica predominante a lo largo del interregno radical— fueron directamente afectados por la nueva situación derivada de la crisis. No solo caen drásticamente los precios internacionales de los cereales y carnes, sino que disminuyen

Embarque de carnes argentinas hacia el exterior. Agotadas las posibilidades del radicalismo por la crisis del 30, la oligarquía terrateniente agroexportadora retoma el poder político y el control de la economía.

los volúmenes físicos que el mercado externo puede absorber.

Al mismo tiempo, en parte como consecuencia de la interrupción de la llegada del capital extranjero, inmovilizado por la crisis, pero sobre todo como consecuencia de la disminución de las exportaciones, se restringe la capacidad importadora del país y, con todo ello, no solo disminuyen las recaudaciones aduaneras, sino que se contrae la totalidad del sistema productivo. Esta contracción produce el aumento de la desocupación y la caída de los salarios, lo cual afecta al conjunto de los trabajadores, incluyendo a los empleados del estado. En síntesis: la crisis afecta prácticamente a todas las clases sociales.

La imposibilidad de superar la situación por parte del gobierno de Yrigoyen hace que la oligarquía terrateniente se decida a retomar la totalidad del poder político, cedido al radicalismo en 1916 ante el empuje de las masas radicales lideradas por las capas medias.

La oligarquía, que no había podido tolerar lo que entendía como la irrupción de los "recién llegados" en el manejo de la cosa pública ni cierto calor oficial hacia el reclamo de los grupos populares, encontró entonces la oportunidad para recuperar el poder sin tener que enfrentar una gran oposición.

Por el contrario, los partidos conservadores, que se coaligan en su acción parlamentaria, pronto encuentran aliados. Por un lado, los Socialistas Independientes, quienes se habían desprendido del tronco socialista en 1927 y eran conducidos por Federico Pinedo y Antonio de Tomasso. Ellos pasarán a la historia como el grupo más brillante en la defensa de los intereses de la oligarquía y el imperialismo. Por otro lado, pronto se acercan a la coalición opositora los radicales "antipersonalistas" —antiyrigoyenistas—, que se habían apartado de la UCR, bajo la conducción de Alvear, poco tiempo antes de las elecciones presidenciales. Además, aunque de manera algo inorgánica, pero muy efectiva, se suman a la práctica opositora los grupos nacionalistas, todos ellos de origen y orientación oligárquica —aunque con un eco efectivo en sectores pequeñoburgueses— y altamente influidos por las experiencias fascistas europeas de esos años. Estos grupos fueron quienes de una manera más abierta proponían no solo una política antipopular y aristocratizante, sino también un abierto racismo contra el inmigrante extranjero y los sectores más marginados de la sociedad. Su propuesta del voto calificado apunta a superar los males que supone dejar la posibilidad de decisión en manos de la "chusma", el "obrerismo", la "plebe", la "gentuza", tal como calificaban a las bases del radicalismo en el poder. La gran tragedia de estos grupos —tragedia, por otra parte, recurrente— es que más allá de su verbal "antiliberalismo" solo actuaron como punta de lanza de los sectores más marcadamente liberales, que los usaron una y otra vez. Es que vertientes de una misma clase compartieron la necesidad de defender la existencia de un orden social en el cual constituían el sector dominante.

Es necesario agregar a esta conjunción de grupos políticos representantes de los grupos terratenientes, la presencia de los intereses petroleros norteamericanos, sobre todo la Standard Oil, interesados en la caída rápida del Yrigoyenismo, que en esos momentos empujaba en el parlamento un proyecto de nacionalización del petróleo y del correlativo desarrollo de YPF.

En forma paralela, desde distinta plataforma, aunque coincidiendo en los efectos políticos, otros grupos —los partidos Socialistas, Demócrata Progresista y Comunista, la Federación Universitaria Argentina y los restos del anarquismo— completan el círculo opositor al gobierno radical. El socialismo y el demoprogresismo basan su crítica en los abusos del poder yrigoyenista, en episodios electorales e intervenciones provinciales y en la arbitrariedad de la mayoría parlamentaria, únicas áreas de la realidad por los que sienten preocupación.

El Partido Comunista, minúsculo, atado a la política dictada por la Tercera Internacional, considera que todo lo que no es un irrestricto



alineamiento con la URSS es fascismo. Por eso, nueve meses **después** del golpe de 1930 insistirá en que... "si Uriburu representa una dictadura militar con una base social restringida y con algunos aspectos fascistas, el yrigoyenismo representa un movimiento que tiene en su seno a todos los elementos para un movimiento fascista de masas, con sus tentáculos extendidos hasta el movimiento obrero".

La acción parlamentaria, la acción callejera, a cargo fundamentalmente de los grupos estudiantiles y la mayoría de los diarios habían ido desgastando la imagen y la popularidad del gobierno y convirtiendo a Yrigoyen en el chivo emisario de todos los males que aquejaban al país. Pero, por otra parte, es necesario señalar que, más allá de la acción opositora, el deterioro de la Unión Cívica Radical y de su viejo líder era real, incapaces de enfrentar la crítica situación económica con otra cosa que no fuera la esperanza en una cosecha salvadora.

Fuera del espectro de la "civilidad", en el ejército hallan lógico eco la división y el enfrentamiento político. Si bien el yrigoyenismo contaba con un sector adicto —cuya existencia se comprobará en las ocho frustradas insurrecciones radicales posteriores al golpe uriburista— se desarrollan diversas logias, dispuestas a usar de su fuerza para deponer al gobierno. Dos son las tendencias que polarizan a los golpistas de la esfera militar: la liderada por José Félix Uriburu y la reunida en torno a Agustín P. Justo.

Uriburu, miembro de una patricia familia salteña y vinculado a la más fuerte tradición aristocrática, estaba influido por la prédica mussoliniana. Por un lado, impugnaba la ineficacia del sufragio universal, fundándose en la "ignorancia" de las masas populares. "Con singular desconocimiento de los hechos —señala Halperín— el general asignaba al padrón electoral un 60 % de analfabetos." Por otro lado, consideraba necesario modificar el sistema de representación política e instituir un régimen corporativo que hiciera desaparecer la existencia parasitaria de los políticos profesionales que, según él, formaba un filtro artificial entre el país y el ejercicio del poder. Nunca pudo explicar congruentemente cómo, si la falla se encontraba en la "ignorancia" de las masas, se la podía superar sustituyendo la democracia parlamentaria por la corporativa.

El general Justo, en cambio, contaba no sólo con el apoyo de un sector del ejército, del cual había sido ministro durante el gobierno de Alvear, sino también con el necesario respaldo civil de la mayoría de los grupos antiyrigoyenistas. Uriburu resulta ser el caudillo de la revolución, aunque para lograr el acuerdo debe transigir: abandona sus propuestas corporativistas en favor de los presupuestos de los grupos conservadores, que propugnan un gobierno provisional que reconstituya el deteriorado cuadro institucional y administrativo para luego dar cauce a elecciones generales.

Con el golpe triunfante del 6 de setiembre de 1930 no solo se quiebra la normalidad constitucional sino que se hace evidente que es necesario y posible hacer uso de la fuerza armada —el ejército— para mantener la vigencia del sistema en los casos en que este comienza a tambalear. No solo esto, sino que, reconociéndola como última instancia defensiva, se le concede el derecho de decidir quiénes cumplen y quiénes violan el orden constituido, inaugurando así una función proscriptiva y persecutoria que se acrecentará con el correr de los años. La constitución del nuevo gabinete inaugura otra constante de la década, que resurgirá después de 1955: la presencia de representantes del imperialismo en el gobierno. "El ministerio, intelectual y socialmente no puede ser mejor, pero llama la atención que tres de los ocho ministros están vinculados a las compañías extranjeras de petróleo y todos, salvo dos o tres, a diversas empresas capitalistas y yanquis", anota Manuel Gálvez en su "Vida de Hipólito Yrigoyen".

Pocos días más tarde, el 10 de setiembre, la Corte suprema produce una acordada trascendental que sentará jurisprudencia en el problema del reconocimiento de los gobiernos "de facto". Mediante ella prácticamente se reconoce la legalidad de cualquier acto emanado del gobierno de fuerza.

En los primeros días de gobierno Uriburu no cuenta con la oposición activa de ningún sector representativo, excepto el del yrigoyenismo, cuyos dirigentes son encarcelados. Por el contrario, logra el consenso de la democracia progresista, cuyo jefe, Lisandro de la Torre, es amigo personal de Uriburu, y el socialismo, que en su manifiesto del 11 de setiembre acepta la revolución "como un hecho consumado". Un tiempo después, el 4 de noviembre, la dirección socialista recuerda en una carta al ministro del Interior, Matías Sánchez Sorondo, que había declarado: "de nuestra parte no crearemos al gobierno provisional la más mínima dificultad para el cumplimiento de una tarea que considerábamos ardua e indispensable". Sobre la actitud de la clase obrera nos detendremos más adelante, pero es necesario señalar que de ninguna manera fue opositora.

No obstante la expectativa esperanzada inicial, bien pronto aparece clara la imposibilidad práctica de superar la crisis que sacude al país: seguían bajando tanto las exportaciones como el valor de la moneda. Uriburu reduce drásticamente los gastos estatales para evitar el aumento del déficit —llega incluso a rebajar los salarios—, pero con ello no hace, en lo inmediato, sino acrecentar la penuria. Como corolario de esa política antipopular se hace necesario asegurar el orden y el general Uriburu prohija oficialmente a la Legión Cívica, cuerpo paramilitar organizado según el modelo de los camisas negras de Mussolini. Desde el estado se le garantizan medios, instrucción militar e impunidad. En su declaración de fines afirmaba la Legión: "Estar siempre pronta para acudir en defensa del orden público amenazado o alterado, cuando así lo sea requerido por las autoridades constituidas de la Nación. En 1934 estos principios se modifican: "I. Colaborar permanentemente con las autoridades constituidas en el mantenimiento de la seguridad pública y del orden in-

terno en todo los casos que ellas lo requieran. II. Trabajar por el afianzamiento de la argentinidad y el culto a la patria, luchando contra todo factor que atente contra la unidad social y moral del pueblo argentino." Verdadera fuerza de choque, pronto demostrará ser un apéndice en el accionar de la sección Especial de Represión del Comunismo, cuerpo policial también creado por Uriburu y dedicado a la represión de cualquier militante popular. En ella hace su aparición la picana eléctrica —destinada a difundirse en el mundo entero—, que complementa la acción de un sofisticado sistema de tormento.

Sin embargo, el frente de la revolución del 30 no se quiebra por efectos de la resistencia popular sino por la incompatibilidad de los proyectos de sus vertientes constitutivas. Pocos días después de asumido el poder Uriburu vuelve a la carga con su proyecto corporativista. Solo pequeños núcleos de las clases dominantes le prestan su apoyo: los grupos nacionalistas. El resto de los sectores políticos tienen muy en claro que el fin del movimiento no es ese. Se distancian entonces los socialistas independientes, los radicales antipersonalistas (disminuidos en su peso por la reincorporación, tras Alvear, de un importante sector a la UCR) e incluso gran parte de los partidos conservadores.

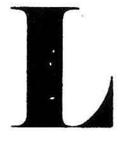
Tanto la situación económica como la oposición política hacía evidente que la propuesta fascistoide de crear una Argentina corporativa mediante una reforma constitucional moriría antes de nacer. Se imponía otra solución, y todo empujaba hacia las elecciones. El gobierno lanza entonces un programa de elecciones provinciales, a las que seguirían las parlamentarias y, por último, las presidenciales.

La primera prueba se realizó el 5 de abril de 1931 en la provincia de Buenos Aires, donde la UCR se impuso a la fuerza conservadora. El resultado sorprendió al gobierno y provocó en él una grave crisis. Uriburu anula entonces el triunfo radical y convoca a elecciones generales. Pero cuando el radicalismo nomina a la fórmula Alvear-Güemes el gobierno decide inhabilitarla a la vez que deporta a los principales dirigentes radicales. La UCR decide entonces no presentarse a los comicios. En éstos terminarán por enfrentarse la Alianza Civil de los partidos Demócrata Progresista y Socialista, con la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto, y el partido Conservador, ahora llamado Demócrata, que presenta como candidatos al general Agustín P. Justo y a Julio A. Roca (h.) y que es apoyado por los Socialistas Independientes y los antipersonalistas, ligados todos en el frente que se llamara la Concordancia. La fórmula oficialista resulta triunfadora, en comicios donde hace su aparición, todavía discreta, el fraude.

No continuaremos el relato de la historia política del período, que sigue mostrando el predomonio ininterrumpido de la Concordancia. Esta vuelve a triunfar en las elecciones de 1938 con la fórmula Ortiz-Castillo, quienes derrotan al binomio Alvear-Mosca, candidatos del radicalismo una vez que éste levanta la abstención electoral, en 1935. Durante todos estos años el partido radical pierde, jirón a jirón, la fuerza, la sensibilidad por lo popular, cierta tendencia antimperialista y nacionalista e incluso la intransigencia respecto a la vigencia de las libertades democráticas, elementos todos derivados de la línea trazada por Yrigoyen. Será recién a partir de la Segunda Guerra Mundial, pero en especial después del golpe de 1943, que se modificarán con el consiguiente reacomodamiento de sus actores, los ejes sobre los que gira la política argentina.

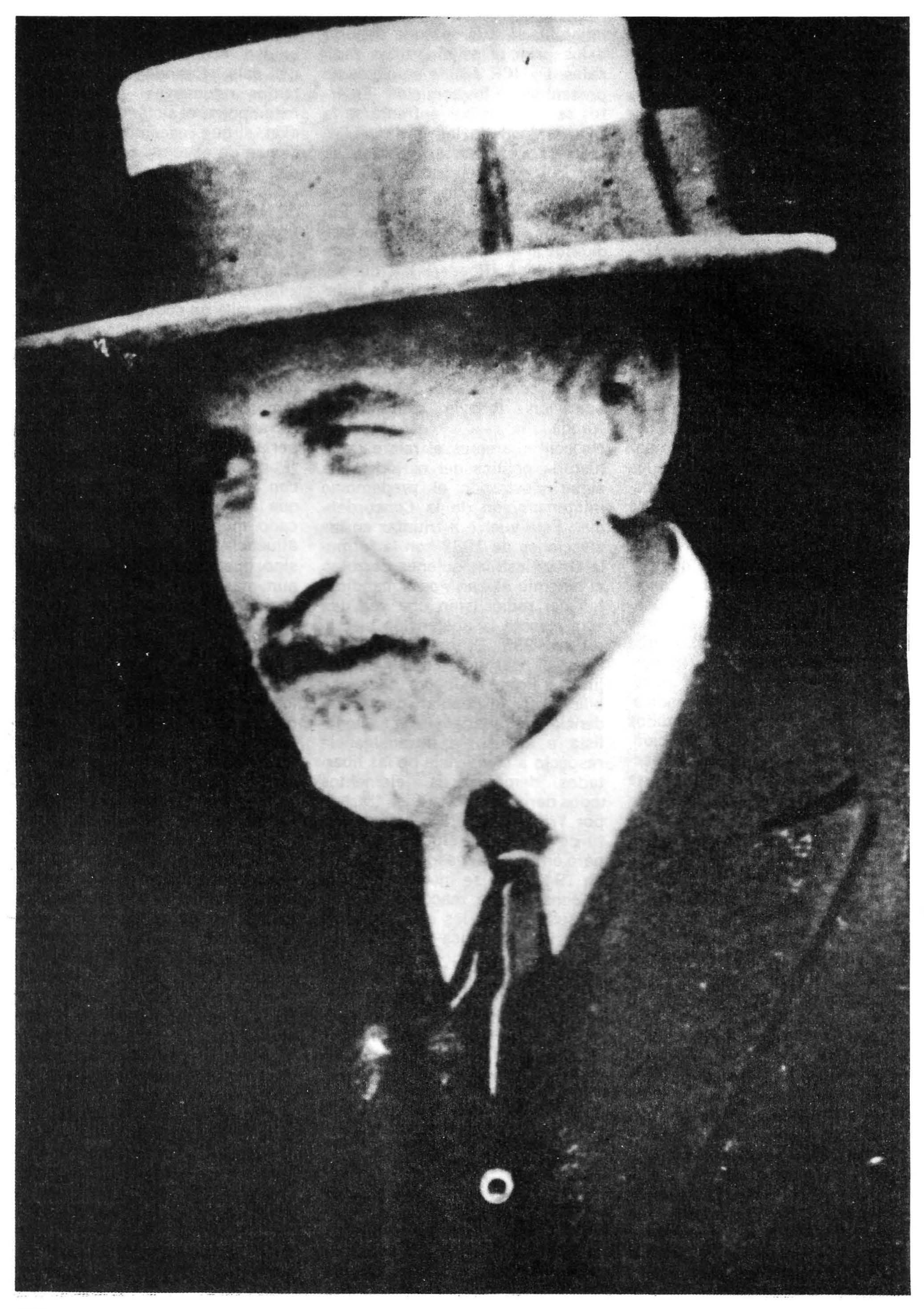
Detengámonos ahora sobre algunos aspectos del golpe de 1930 que, como ya apuntamos, se constituirían en constantes del período: la presencia dominante de la oligarquía y el imperialismo, la violencia, la represión y el fraude.

La Década Infame



La recuperación del poder político por parte de la burguesía tradicional se produce en momentos nada favorables para la estabilidad económica del conjunto del país. Cuando sus representantes retoman el poder deben recomponer el sistema de dominación, al que reacomodan y perfeccionan de acuerdo a las necesidades de ese momento.

Dos vertientes tiene este proceso de restauración oligárquica: se profundiza la alianza con el imperialismo inglés —mientras comienza a surgir el poder norteamericano en la Argentina —y se desarrolla un complejo sistema de explotación económica y de violencia política y social. Ambos hechos son necesarios para asegurar el mantenimiento de un sistema que privilegie a los sectores terratenientes aliados con el imperialismo. Veámoslo por partes. ¿Por qué se profundiza el pacto con el imperialismo? Ya dijimos que la crisis descompagina el mercado mundial. No solo corta la afluencia del capital extranjero sino que tiene una consecuencia aún más grave: dificulta la colocación de los productos exportables (carne, lana y cereales), sobre los cuales se basa lo más desarrollado de la economía argentina, al mismo tiempo que bajan los precios. Entonces, para mantener en marcha el conjunto de la economía, es necesario asegurar un mercado estable. Se llega así al Tratado Roca-Runciman, que liga a la Argentina con el imperio inglés de manera tan total. Bastan para señalarlo las palabras del vicepresidente argentino, firmante del tratado: "la Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del imperio inglés". Más adelante volveremos sobre el Tratado. Por ahora señalemos que implicaba: 1) dejar el manejo de las exportaciones de carnes en manos inglesas; 2) privilegiar las industrias inglesas radicadas en la Argentina, y la importación de productos británicos; 3) controlar la producción, para lo cual se crean diversas juntas reguladoras que favorecerán aún más a los grupos privilegiados. Por añadidura, y para coronar el sistema, se procede a reformar el sistema monetario: se desvaloriza la moneda —con lo cual se privilegian los



precios internos de los productos de exportación— y se crea un Banco Central para regular lo concerniente a moneda y crédito. El Banco Central, cuyo proyecto fue preparado por un especialista de la banca británica, Sir Otto Niemeyer, era una sociedad mixta en la cual el estado era minoritario frente a los intereses privados.

Para remachar lo que Jauretche bautizara como el "estatuto legal del coloniaje", el imperio exige también una legislación especial para la coordinación del transporte urbano que favorezca a las empresas inglesas en desmedro de la incipiente competencia de los "colectivos" nativos. Todo este complejo aparato tuvo como objetivo avanzar la estabilidad económica y financiera; pero al mismo tiempo profundizó las desigualdades de las estructuras en favor de los grupos económicos y sociales más privilegiados, es decir, de la clase propietaria, frente a los sectores asalariados, cuyos ingresos sufrieron una pronunciada baja y cuya estabilidad ocupacional se vio en muchos casos afectada. En síntesis: la estabilidad se logró mediante el acrecentamiento de la dependencia y de la explotación.

De la decisión de mantener a toda costa esta organización no hay mejor ejemplo que el que proporciona la investigación sobre el comercio de las carnes que llevara adelante con singular profundidad Lisandro de la Torre. Este liberal consecuente, ex presidente de la Sociedad Rural de Rosario y furibundo antiyrigoyenista, sale en defensa de los intereses de los ganaderos medianos, perjudicados por la política de carnes. Desnuda tanto su carácter atentatorio contra la independencia nacional como las trampas y estafas en las que se ven comprometidos desde los frigoríficos hasta funcionarios y ministros. La manera final de acallarlo es drástica: en una agitada sesión del Senado nacional se lo agrede a tiros. De la Torre sale ileso, pero a su lado cae mortalmente herido su correligionario, el senador electo Enzo Bordabehere.

Este episodio nos lleva hacia otra constante de la década: la violencia, la violencia abierta o solapada, necesaria para mantener cohercitivamente el sistema.

Ya se mencionó la aparición oficial de cuerpos de choque paramilitares, copiados del modelo fascista, como la Legión Cívica, cuyo objetivo fue preservar el orden de la "Sección Especial", presuntamente especializada en la caza de comunistas, pero que afectó a militantes de cualquier ideología opuesta al régimen y que habría de sobrevivir a la dictadura uriburista, e incluso a la Década Infame.

Señalemos también que Uriburu no solo gobernó con ley de Estado de Sitio —fenómeno luego recurrente— sino también con Ley Marcial. Las únicas bajas que producirá esta última pertenecerán al movimiento obrero: en 1931 son fusilados tres anarquistas, De Giovanni, Scarfó y Penina. Pero también son frecuentes, durante todo el período, los confinamientos en la cárcel patagónica de Ushuaia y la aplicación de la ley 4144, que permitía la deportación de los extranjeros que se oponían al régimen.

Durante todo el período son comunes los ataques armados a los movimientos huelguísticos o reivindicativos. Cuando no los realiza la policía son los patrones. Un caso entre muchos: el 10 de octubre de 1933, durante un paro de los obreros ladrilleros y sin que mediara ninguna provocación, es asesinado por agentes patronales el obrero Jorge Pichio. El asesino sólo recibe como pena cinco días de detención. Como consecuencia de ese mismo paro se procesa y condena a prisión perpetua a cinco obreros de San Martín. Otro activista, Mario Montegilo, es tan brutalmente torturado por la policía que debe ser internado en el Hospital Melchor Romero con las facultades mentales alteradas.

Otro elemento del sistema coercitivo y violento impuesto por la restauración oligárquica es el fraude electoral, justificado como "patriótico" por uno de sus beneficiarios.

Sus teóricos son muchos. Ya mencionamos al mismo Uriburu como enemigo de que se le otorguen derechos electorales a los analfabetos. Ibarguren habla de la "incapacidad de las mayorías" para

Lisandro de la Torre, activo defensor de los intereses de los pequeños ganaderos nativos.

Dos imágenes de la caída de Yrigoyen: efectivos del regimiento I de Caballería patrullan las calles de Buenos Aires.
Abajo, la multitud congregada en la Plaza de Mayo el 8 de setiembre de 1930.

darse un gobierno "inteligente y armónico". Ya en el equipo justista, Pinedo opina sobre la "minoridad" de las clases populares y la necesidad de una "tutela institucional"; Rodolfo Moreno se inclina a admitir el voto calificado para resolver los diversos grados de "madurez ciudadana". Mucho más desembozado, Manuel Fresco justifica el "voto cantado", al que consideraba una "lección pública de coraje ciudadano" de la cual serían incapaces las masas, teniendo en cuenta su "hipócrita educación cívica de extracción liberal y demagógica, fuente indudable del ateísmo, del socialismo, del cosmopolitismo en todas sus formas y del comunismo judeomarxista".
De cualquier manera, sea cual fuere su justificación, lo cierto es que, en la práctica, el fraude se hace costumbre: votan los muertos, los opositores se encuentran con que alguien ya ha depositado su voto, desaparecen o se cambian las urnas. Para mantener este sistema de coerción política era necesario encontrar quienes se encargaran de hacerlo efectivo. Aparece entonces un definido sector lumpen que se especializa en tales menesteres a la vez que regentea garitos, prostíbulos, cuando no forma los grupos de matones patronales dedicados a romper huelgas y reprimir protestas obreras. Ruggierito al servicio de Barceló, es uno de los ejemplos más famosos. Todo este sistema es controlado por la cúpula de los partidos de la Concordancia Conservadora, pero es cohonestado por quienes se integran a las reglas del juego, aceptándolo en la práctica, aunque intenten la crítica en el parlamento. Cuando la Unión Cívica Radical de Alvear abandona la abstención electoral, el círculo se cierra: la totalidad de los sectores de la burguesía quedan integrados al sistema. Solo pequeños grupos seguirán denunciando la entrega y la corrupción política y económica. El más importante de ellos está constituido por una minoría radical que recoge y profundiza la mejor tradición yrigoyenista: FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Enfrentados con la dirección del partido, los integrantes de FORJA continuarán como afiliados a él hasta 1940. Luego, como organismo independiente, seguirán su lucha contra la penetración imperialista y la dominación oligárquica hasta los días inmediatamente posteriores al 17 de octubre de 1945, en que FORJA se disuelve considerando que "el pensamiento y las finalidades perseguidas al crearse FORJA están cumplidas al definirse un movimiento popular en condiciones políticas y sociales que son la expresión colectiva de una voluntad nacional". Sus integrantes quedan entonces en libertad y muchos de ellos ingresan al peronismo.

La crisis de 1929 y su repercusión en la economía argentina

La crisis de 1929 cuestiona seriamente el esquema productivo de la Argentina, estableciendo nuevas condiciones para el desarrollo de su industria, modificando por consiguiente su esquema de clases y permitiendo el fortalecimiento de los sectores urbanos ligados a ella, fundamentalmente el proletariado y la burguesía.
Hasta ese momento el sistema económico argentino se basaba en la exportación de productos agropecuarios y en la importación de bienes de consumo industrial. La política proteccionista puesta en práctica por los países centrales (principal mercado para los productos agropecuarios), la caída de los precios agropecuarios y la disminución de la inversión extranjera echan por tierra las pretensiones de mantener este modelo de desarrollo.
Ante esta situación las clases dominantes argentinas, hegemonizadas por la oligarquía terrateniente, se enfrentan con un serio dilema. Como lo puntualizan Murmis y Portantiero, se ven ante la disyuntiva de optar entre dos políticas económicas: 1) reducir la participación de la oferta global y condenar a la economía a una paralización virtual en espera de una coyuntura más favorable para



aumentar en ese momento su coeficiente de integración en el mercado mundial; 2) modificar en parte la estructura productiva, reduciendo ciertos rubros de las importaciones y sustituyéndolos por medio de la producción local.
En los meses inmediatamente posteriores a la crisis la administración de Uriburu adoptó la primera de las dos alternativas planteadas. La política económica elegida por el gobierno fue así sintetizada por el doctor Pérez, primer ministro de Hacienda del gobierno de Uriburu: "Hoy por hoy, lo esencial es poner en orden las finanzas y la administración, arreglar las deudas y sanear el mercado monetario." (**La Fronda**, 19 de octubre de 1930). En definitiva, se trata de salir de la crisis sin modificar en lo más mínimo el sistema productivo existente. Conforme a los lineamientos expuestos, el gobierno de Uriburu pone en práctica las siguientes medidas: reducción de sueldos, contratación de nuevos empréstitos, retiro de oro de la Caja de Conversión. Sin embargo, los magros resultados obtenidos por esta política impulsan a Uriburu a buscar nuevas soluciones. Se establece entonces un impuesto aduanero a ciertos productos importados y, a principios de 1931, se crea la Junta de Fomento Industrial, que se propone "el mejor desarrollo de las industrias nacionales existentes, la implantación de otras nuevas y la acertada diversificación de los productos de cada región, de acuerdo con sus condiciones naturales" ("La Nación", 16 de enero de 1931).
Con estas medidas, tibiamente industriales, el gobierno pretendía estabilizar la economía nacional y paliar la grave crisis ocupacional que se vivía en el país.
La profundización de esta política industrialista estará a cargo del gobierno justista, pero para que pueda ponerse efectivamente en práctica se debe contar con el aval de los sectores dominantes de la economía argentina, y esto se consigue una vez firmado el pacto Roca-Runciman.

El pacto Roca-Runciman

Hasta la crisis de 1929 la hegemonía de las clases dominantes argentinas la ejercen los invernadores y los sectores ligados a la actividad exportadora-importadora. En posición subordinada, aunque enrolado también dentro de la oligarquía terrateniente, se encuentra el grupo de los criadores. La distinción entre invernadores y criadores estriba en la diferencia de calidad de la tierra que ambos poseen. La tierra de los criadores no es apta para el cultivo de buenos pastos y por eso se ven obligados a vender sus animales a los invernadores, poseedores de mejores tierras y por ende más aptas para el alfalfado, el engorde y la posterior venta a los frigoríficos. De esta manera la relación entre criadores y frigoríficos es mediatizada por la presencia del invernador.
La sustitución de la carne congelada por la enfriada, que se produce alrededor de la década de 1920, había contribuido a profundizar la división entre invernadores y criadores, ya que la corta vida de la carne enfriada, que debe ser consumida entre los 40 ó 45 días posteriores al faenamiento del animal, exige de una oferta constante que solo el invernador puede satisfacer. De esta manera se fueron creando lazos cada vez más estrechos entre el invernador y los frigoríficos y acentuándose la brecha con el criador.
La crisis del comercio internacional y la puesta en práctica de una política proteccionista por parte de las metrópolis pone en serio peligro los intereses del conjunto de las clases dominantes, pero fundamentalmente la del sector ligado más a la exportación e importación. La pérdida del mercado extranjero, sobre todo del inglés, cuestiona las bases mismas de su dominación.
Este peligro se ve acrecentado cuando en 1932 el Reino Unido concierta un pacto con sus dominios, conocido como el tratado de Ottawa. A partir de este pacto, que sienta las bases de la política proteccionista del Reino Unido, este país inicia la firma de acuerdos para la colocación de determinadas cantidades de productos ingleses a cambio de cuotas prefijadas de exportación a Inglaterra.
Ante la amenaza de perder su mejor mercado, los invernadores se apresuran a concertar un tratado con los ingleses. El propio vicepresidente de la Nación, doctor Julio A. Roca, viaja en 1933 a Inglaterra para lograr un acuerdo. Mediante este tratado, conocido como el pacto Roca-Runciman, la Argentina se asegura la exportación de una cuota estable de carne enfriada.
La Argentina, por su parte, otorgaba al gobierno inglés el 85 % de las licencias de importación de las carnes argentinas en Inglaterra. El 15 % del monto exportable restante quedaba a disposición del gobierno argentino siempre y cuando éste no la entregara a firmas independientes para su comercialización.
Otras de las obligaciones impuestas (a la Argentina) por este pacto eran la de mantener libre de gravámenes el carbón y otras importaciones inglesas, no incrementar el aforo ya existente sobre algunos productos y dar trato preferencial a las inversiones inglesas. El Reino Unido también se reservaba el derecho de imponer una barrera restrictiva a la importación de ciertos artículos elaborados o semielaborados provenientes de la Argentina.

El proyecto de sustitución de importaciones

La firma del pacto Roca-Runciman, al asegurar una cuota de exportación fija para la carne enfriada, satisface las aspiraciones del sector hegemónico de las clases dominantes argentinas. Sin embargo, la situación de la economía en su conjunto sigue siendo caótica.
La disminución del volumen físico de las exportaciones, que cae en más de un 50 % entre 1928 y 1933, junto con el descenso de

los precios de estos mismos artículos, que alcanza a un 43 % en este mismo período, provoca el deterioro del campo y la expulsión de la población agraria, que se ve obligada a emigrar a la ciudad. Este proceso transforma cualitativamente la realidad demográfica del país, convirtiéndola en una sociedad eminentemente urbana. Dado que este es un dato de suma importancia para la comprensión del período 1930-45 nos parece conveniente detenernos en este punto y detallar sus características más salientes.

En 1895 sólo el 37 % de la población —en cifras absolutas, 1.488.200 personas— habita en centros urbanos; en 1914 esta cifra aumenta a 4.152.400 —el 53 % de la población— y, en 1947, ya asciende a 9.932.100, es decir, el 62 % de la población total.

Las estadísticas nos muestran que el proceso migratorio y de urbanización se inician entonces a principios de este siglo, pero durante el período que analizamos adquiere características especiales. Nos detendremos sobre dos de ellas, las más importantes:

1) Durante el período 1895-1914 la mayor parte de la inmigración es de origen extranjero. En la primera década de este siglo arriban a la Argentina 1.120.200 extranjeros mientras que en los quince años posteriores a 1930 solo lo hacen 106.000. Esto significa que el aumento de la población urbana durante este período proviene fundamentalmente de la inmigración interna.

2) La concentración de la población en determinados centros urbanos. Es el momento de la formación de las grandes ciudades. De acuerdo con los datos de Germani, mientras en 1914 solamente el 24 % de la población vivía en centros de más de 100.000 habitantes, en 1947 esa proporción alcanza al 40 %; por el contrario, la proporción de personas radicadas en centros medios y pequeños había disminuido del 20 al 15 % en el mismo lapso.

Pero el proceso de urbanización no ha sido el mismo en todas las regiones del país. Hay provincias y territorios donde se mantiene el predominio rural. Las zonas de prevalencia urbana, hacia 1947, están restringidas al Litoral, Gran Buenos Aires, Mendoza y Tucumán. En realidad, es en el Gran Buenos Aires y el Litoral donde se concentra el 85 % de los habitantes urbanos del país, mientras que todo el resto del territorio apenas incluye el 15 %.

Este proceso de urbanización, si bien pone en disponibilidad una importante masa de mano de obra susceptible de ser contratada en la industria, actualizaba un problema vigente ya desde la crisis de 1929: el de la desocupación. En 1935 la desocupación alcanza al 11 % de la población económicamente activa.

Esta situación impulsa al gobierno de Justo a adoptar nuevas medidas económicas, que a la vez que permitan solucionar el grave problema ayuden a nivelar el saldo de la balanza comercial. Es así que en diciembre de 1933 se anuncia un plan de reestructuración económica que incluye las siguientes medidas: control de cambios, creación de Juntas Reguladoras de la Producción y desarrollo de un plan de obras públicas.

A pesar de que, como señalan Murmis y Pontantiero, el plan traía aparejada la devaluación de la moneda, medida que solo beneficiaba a los sectores exportadores, este proyecto fue calurosamente apoyado por los sectores industriales. Las causas de este apoyo son fácilmente comprensibles. El plan implicaba, fundamentalmente, la puesta en práctica de una política que, en su conjunto, podía evaluarse como proteccionista y favorable al desarrollo de la industria.

Por su parte, los grandes ganaderos, asegurada su cuota de exportación gracias al pacto Roca-Runciman, estaban dispuestos a aprovechar las posibilidades que les abría el proceso de sustitución de importaciones: diversificar su inversión, desarrollar el mercado interno, equilibrar la balanza de comercio exterior en un marco económico que continuara bajo su hegemonía.

Pero ¿qué significa el hecho de que, a pesar del impulso dado a un proyecto de tipo industrialista, el conjunto de la economía argentina siguiera estando hegemonizada por los grandes hacendados?

Todo proyecto industrial supone la elección entre dos posibles tipos de industrialización: 1) el limitado al desarrollo de las etapas finales de la industria; 2) el que trata de desarrollar todas las etapas del proceso, incluyendo las industrias de base.

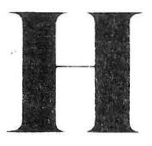
Esta alternativa, presente en todos los países que inician un proceso de desarrollo industrial, se presenta de manera particular entre aquellos que lo inician en forma tardía y que mantienen lazos de dependencia con los centros imperiales. Por su relativamente bajo nivel de acumulación, expresado en una infraestructura insuficiente y en un escaso desarrollo de sus fuerzas productivas, y por el control monopólico ejercido sobre el mercado internacional por las grandes metrópolis —por no citar más que las características fundamentales de este proceso— estos países se encuentran en una situación desfavorable para competir con los capitales imperialistas en el mercado internacional. Les resulta más rentable canalizar su esfuerzo productivo en el mercado interno, el cual, por su escaso desarrollo, por lo menos durante un primer período, no absorbe más que productos de consumo. La operación más beneficiosa es entonces la creación de una industria de bienes de consumo familiar.

La Argentina de la década de 1930 se encuadra en este conjunto de países. Los sectores ligados a la actividad agroexportadora, únicos con capacidad de acumulación, se veían enfrentados con las dificultades anteriormente señaladas para llevar a cabo un proceso de industrialización integral, hecho que era agravado por la existencia de un mercado interno de reducida dimensión. Su actividad principal y más lucrativa, la exportación, los ligaba estrechamente al imperialismo; estaban interesados, por lo tanto, en competir con su socio mayor. Preferían mantener asegurada su cuota de exportación y aprovechar de las posibilidades que les abría la sustitución de importaciones. Este proceso, además de permitirles diversificar su inversión, reforzaba su dominio sobre el conjunto de la economía

En la foto superior: desfile de tropas, 8 de setiembre de 1930. Abajo: el solemne juramento de José Félix Uriburu.

argentina, ya que al no cumplirse en el país todas las etapas de la industrialización se necesitaba importar del exterior todas aquellas mercancías no elaboradas en el país. Para ello se debía contar con divisas, que solo podían provenir de las inversiones extranjeras o de las exportaciones.
Otra variable que hay que tener en cuenta es el comportamiento del imperialismo frente a este proceso de sustitución de importaciones. A partir de la Primera Guerra Mundial, pero con mucha más intensidad luego de la crisis de 1929, se produce un cambio en el equilibrio de fuerzas del mundo capitalista: el debilitamiento relativo de Inglaterra frente a la expansión de Alemania, Japón y los Estados Unidos. Este proceso implicó profundos cambios para los países dependientes, específicamente para América Latina, en la medida en que Inglaterra y Estados Unidos tenían intereses diferentes sobre esta zona. "Inglaterra —señala M. Peralta Ramos— estaba solo interesada en invertir en los sectores de materias primas y en la infraestructura que permitiera la comercialización de dichos productos. Estados Unidos, en la medida en que se hallaba en un estadio diferente del desarrollo de sus fuerzas productivas, y por consiguiente en un nivel de acumulación diferente, y provisto además de enormes recursos como para satisfacer en gran medida su necesidad de productos primarios, está interesado en invertir capitales en otros sectores no tradicionales, como el industrial."
Este proceso se cumplió efectivamente en la Argentina. A pesar de que disminuye el conjunto de las inversiones extranjeras, la inversión norteamericana en industrias sustitutivas, como veremos más adelante, se incrementa. También se incrementan los lazos de dependencia con el imperialismo gracias al proceso de sustitución de importaciones: la Argentina "necesita", cada vez más, de inversión extranjera para desarrollar su industria, aumentando así su ingerencia en la economía argentina.
De esta manera, a pesar de los cambios producidos en el sistema productivo del país, los sectores exportadores continúan controlando los resortes básicos de nuestra economía y se refuerzan los lazos de dependencia, aunque ahora bajo un signo diferente.
Surge entonces un nuevo interrogante: ¿por qué la Unión Industrial Argentina, entidad que agremia al empresariado industrial argentino, presta su apoyo a un proyecto de desarrollo industrial de corto alcance, que coarta sus posibilidades de expansión sectorial?
Lo que sucede es que en esos años la U. I. A. es hegemonizada por un grupo de empresas —entre ellas la Standard Oil— directamente ligadas al capital monopolista y que, como ya lo señalamos, están interesadas en un desarrollo limitado de la industria argentina. De ahí que su comportamiento en esta coyuntura sea solo aparentemente contradictorio con los intereses que defiende.
Lo dicho anteriormente no significa desconocer la existencia de un sector industrial de capital nacional cuyo origen se remonta a los años de la primera guerra mundial e incluso a años anteriores. Sin embargo, su bajo desarrollo e incidencia en el sistema productivo lo coloca en una posición subordinada y marginal con respecto a los grupos dirigentes de la Unión Industrial.
Es gracias a este proceso de sustitución de importaciones, sin embargo, que este sector comienza a desarrollase con mayor fuerza, aumentando por consiguiente su capacidad de decisión frente a otros grupos industriales, por los cuales se ve, al mismo tiempo, limitado.

La evolución de la industria


Hasta ahora hemos analizado las motivaciones y orientaciones de los principales grupos que llevan a cabo el proceso de sustitución de importaciones. Corresponde completar el panorama de la industria argentina durante el período 1930-45 analizando las características específicas que asume este proceso.
La primera que debemos destacar es la incidencia cada vez mayor

Tras la caída de Yrigoyen se abre un período de violencia: la represión policial se endurece, aparecen oficialmente cuerpos paramilitares copiados del modelo fascista —recuérdese la Legión Cívica— y se establecen la ley del Estado de Sitio y la ley marcial.

Nivel de ocupación y salario real en Buenos Aires

Base: 1929 = 100

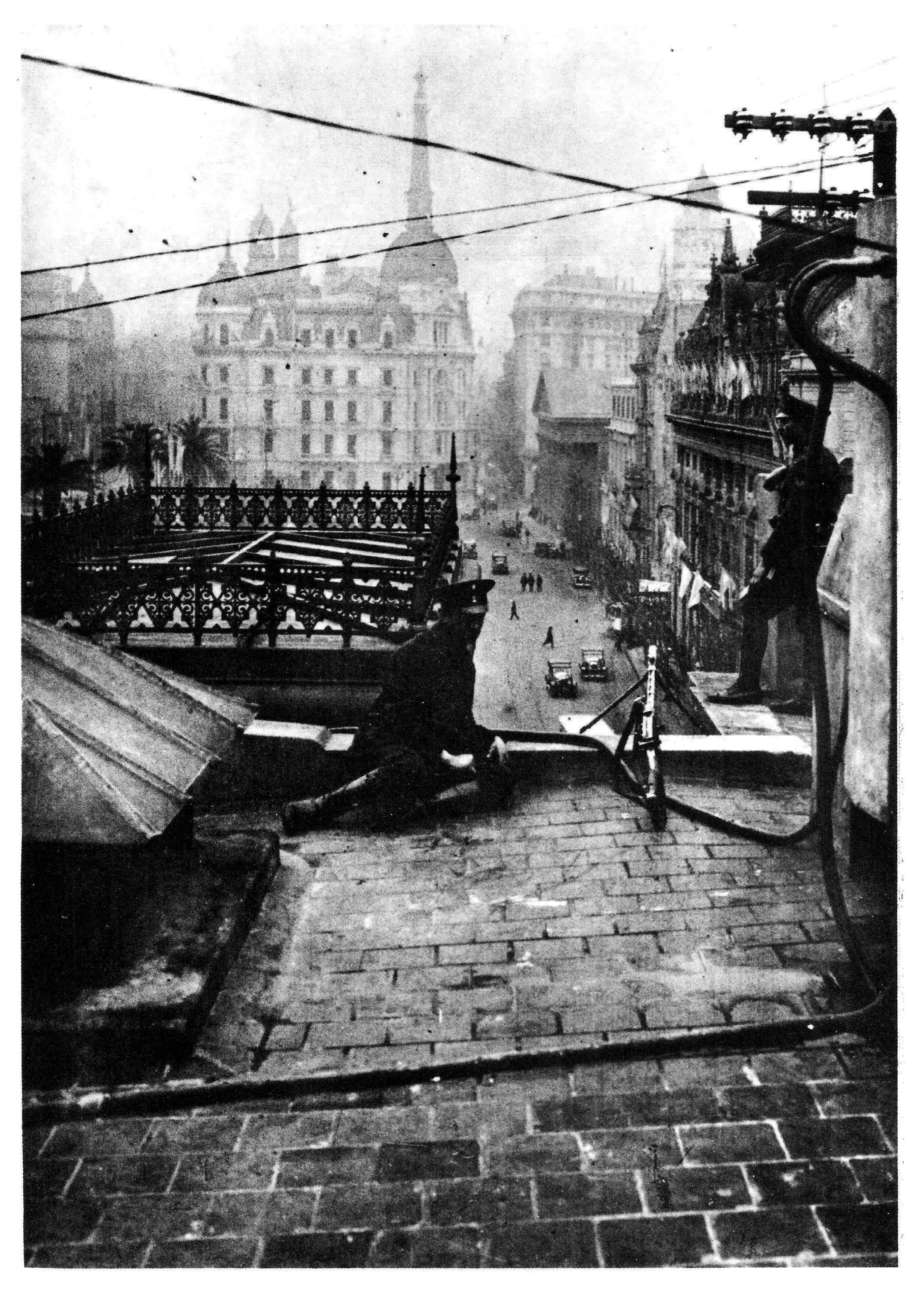
1929	*Ocupación*	*Salario real*
1929	100	100
1930	100,92	91
1931	97,83	98
1932	94,18	104
1933	98,22	96
1934	104,40	99
1935	113,21	101
1936	119,51	95
1937	126,11	96
1938	129,51	96
1939	132,10	97
1940	129,18	98
1941	135,01	98
1942	140,63	101

Fuente: Dirección Nacional de Trabajo, Investigaciones Sociales, años 1940 y 1943/45.

Distribución del ingreso neto interno

(En % sobre el total, según los ingresos de los factores)

Años	*Remuneración del trabajo* (a)	*Ingresos netos de empresarios, propietarios, profesionales, intereses, etc.* (b)	*Ingreso neto interno* (c) = (a) + (b)
1935	46,8	53,2	100,0
1936	46,9	53,1	100,0
1397	44,4	55,6	100,0
1938	46,6	53,4	100,0
1939	46,3	53,7	100,0
1940	46,0	54,0	100,0
1941	45,3	54,7	100,0
1942	43,1	56,9	100,0
1943	44,1	55,9	100,0
1944	44,8	55,2	100,0
1945	45,9	54,1	100,0
1946	45,2	54,8	100,0
1947	46,6	53,4	100,0
1948	50,2	49,8	100,0
1949	56,1	43,9	100,0
1950	56,7	43,3	100,0
1951	52,8	47,2	100,0
1952	56,9	43,1	100,0
1953	54,6	45,4	100,0
1954	56,4	43,6	100,0







Hipólito Yrigoyen. Además de la presión de los grupos políticos dependientes de sectores terratenientes debió soportar la ofensiva de algunas corporaciones extranjeras —como la Standard Oil—, que se sentían agraviadas en sus intereses por los proyectos de nacionalización del gobierno radical.

que, a partir de la crisis de 1929, tiene el sector industrial en el producto bruto interno. En 1935 su participación en el total de la producción es de 14,8 %; nueve años más tarde esta cifra asciende a 23,1 %.
Dado que se trata de un proceso de sustitución de importaciones este desarrollo de la industria no se verifica con la misma intensidad en todas las ramas de la producción: las más desarrolladas son las dedicadas a la producción de bienes de consumo: textiles, químicas y metales. En cuanto a alimentos y bebidas, si bien mantienen el liderazgo, disminuyen su importancia relativa frente al avance del resto de las industrias.
Si comparamos el desarrollo de la industria a través de los datos censales observamos que en 1935 el total de establecimientos censados aumenta solo en un 3,6 % con respecto de 1914, mientras que el número de obreros empleados en la industria aumenta en un 37,3 %, la fuerza motriz utilizada en un 308,2 %, el valor de la materia prima un 81,6 % y el de los productos elaborados en un 79,1 %.
De acuerdo con estas cifras, se ha producido, aparentemente, en el período señalado, un proceso de concentración, puesto que con aproximadamente la misma cantidad de establecimientos y un aumento no demasiado elevado de obreros y empleados con respecto a 1914, se ha conseguido duplicar la producción empleando para ello cuatro veces más fuerza motriz y combustible.
Sin embargo, esta tendencia a la concentración no se da con la misma intensidad en todas las ramas de la industria. Es en rubros como frigoríficos, ingenios azucareros, industria harinera, electricidad, fábricas de papel y petróleo, donde realmente se verifica esta tendencia a la concentración y a la centralización. En otras subramas enteras, como es el caso de textiles, metalúrgicas y químicas, este proceso se da en forma mucho más atenuada, repartiéndose la producción en un número grande de empresas.
La mayor parte del capital extranjero invertido en esta década lo hace justamente en las ramas más concentradas. Tomando como base el censo de 1935, Dorfman llega a la siguiente conclusión:
"Tomemos solo las empresas más notables y más notoriamente respaldadas, directa o indirectamente, por capitales formados en el extranjero. Las usinas de electricidad ocupan el primer puesto en cuanto a su importancia, sumando unos 1.200 millones de pesos moneda nacional. Las siguen los frigoríficos, con unos 150 millones, compañías de petróleo con 110, talleres de ferrocarril con 100, compañías de gas con más de 90, fábricas de cubiertas para automotores y artículos de caucho en general con unos 20 millones. Los talleres que arman en el país automóviles y camiones que proceden de sus casas matrices, ubicadas del otro lado de las fronteras argentinas, concurren con un capital apoximado de 10 millones, talleres de tranvías 4 millones, compañías mineras de plomo y estaño arriba de un millón, cemento dos millones, etc., etc. En conjunto suman arriba de 2.000 millones o sea la mitad del capital total de la industria argentina, a pesar de que la información suministrada es evidentemente trunca."
Sobre el total del capital extranjero se destaca la participación norteamericana, cuyo capital invertido en la industria asciende en 1935 a 332 millones de dólares.
En el quinquenio posterior a 1935 se observa un aumento importante en el número de establecimientos, que pasan de 40.606 a 57.978. El número de obreros empleados en la industria asciende a 734.263,260.000 más que en 1935. Este aumento de 17.353 unidades empresarias se produce por la multiplicación de empresas chicas —hasta 25 obreros— que absorben casi el 90 % de este aumento. Las empresas de más de 1.000 obreros también sufren un aumento importante que duplican la cantidad de obreros que en ellas trabajan.
En definitiva, el proceso de sustitución de importaciones, si bien se da en forma muy concentrada en ciertas ramas de la industria y coincide con la inversión de capital extranjero, posibilitó el desarrollo de una burguesía industrial nativa y de una poderosa clase obrera, que, como veremos más adelante, constituirán la base social del movimiento peronista.

Orientación y participación obrera en los sindicatos


A pesar de la importancia cada vez mayor que va asumiendo como clase social, el proletariado industrial es un sector permanentemente relegado y superexplotado durante todos estos años. Su salario real se mantiene durante todo el período prácticamente en niveles inferiores al de 1929 y su participación en el ingreso nacional oscila entre un 43 % y un 46 % en los mismos años. Es recién a partir de 1948 cuando los trabajadores comienzan a percibir más del 50 % del total del ingreso.
Frente a la política de superexplotación que caracteriza a la década la clase obrera no consigue articular una respuesta adecuada. "Con la desocupación obrera, total en unos casos, parcial en otros, el movimiento sindical, que estaba resentido por luchas internas agudizadas en su última década, había venido a menos", afirma el dirigente sindical Marotta.
A fines de septiembre de 1930 se crea la Confederación General del Trabajo como resultado de la fusión de la Confederación Obrera Regional (COA), de tendencia socialista, la Unión Sindical Argentina (USA), sindicalista, y sindicatos independientes. La FORA, de orientación anarquista, aduciendo cuestiones de principios se niega a participar de esta fusión.
La creación de la central única no consigue poner fin a las disidencias internas existentes en la clase obrera y que en pocos años provocan un nuevo cisma en el movimiento obrero organizado.
En la base de unificación de la CGT se señala el principio de prescindencia del organismo con respecto a los partidos políticos. Este punto va a constituirse en el eje de la discusión sindical del período provocando incluso nuevas divisiones.
Una vez constituida la C. G. T., la

La C. G. T. y el gobierno de facto vistos por un anarquista

Frustrada la materialización de la huelga general, y en vista de la amenaza pendiente por efecto del conocimiento que hubiese podido tener el gobierno de los propósitos alentados, la U. S. A. y la C. O. A. resolvieron la fusión, a fines del mismo mes de setiembre. Los ferroviarios, según las informaciones de la prensa, acudieron a la Casa Rosada a ofrecer su apoyo y su cooperación al general Uriburu. La Confederación General del Trabajo, resultante de la fusión de las dos organizaciones mencionadas, decía en su manifiesto explicativo:
"La C. G. T., órgano representativo de las fuerzas sanas del país, convencida de la obra de renovación administrativa del gobierno provisional, y dispuesta a apoyarla como está en su acción institucional y social... Convencida esta Confederación de que el gobierno provisional no mantiene en vigencia la ley marcial, sino para asegurar la tranquilidad pública... Los actos de los sindicatos no han sido molestados... No se conoce el caso de militantes ni miembros de los cuerpos centrales de la C. G. T. que hayan sino detenidos ni perseguidos en virtud de la acción sindical..."
Del fusilamiento de Penina, un militante obrero de alma franciscana, y de otros hechos similares, no se hace ninguna mención. Y cuando se hacían aquellas declaraciones, el diario *La Protesta* había sido clausurado, sus redactores y administradores encarcelados, la cárcel de Villa Devoto y otros lugares de detención se hallaban abarrotados. Las prisiones y las deportaciones asumieron proporciones mucho más vastas que las de 1910 y las de 1919. Personalmente hemos intervenido en el descenso a tierra en el Uruguay de unos 300 deportados de los sindicatos obreros, destinados a España, a Italia, etc.; muchos otros llegaron a destino, por no haber tomado el barco en que eran remitidos a aguas uruguayas. La cifra de los deportados obreros se sumó a la de los deportados y refugiados políticos. Peor aun fue la suerte de los militantes obreros y libertarios en Villa Devoto, en Martín García, en el transporte "Chaco", en Ushuaia, que conocieron horrores y torturas, que no tienen nada que envidiar a los que se denunciaron en 1943-55. La picana eléctrica se ensayó en vasta escala en 1930 contra los presos políticos y sociales y el mayor Rosasco, en Avellaneda, adquirió por ello triste celebridad.

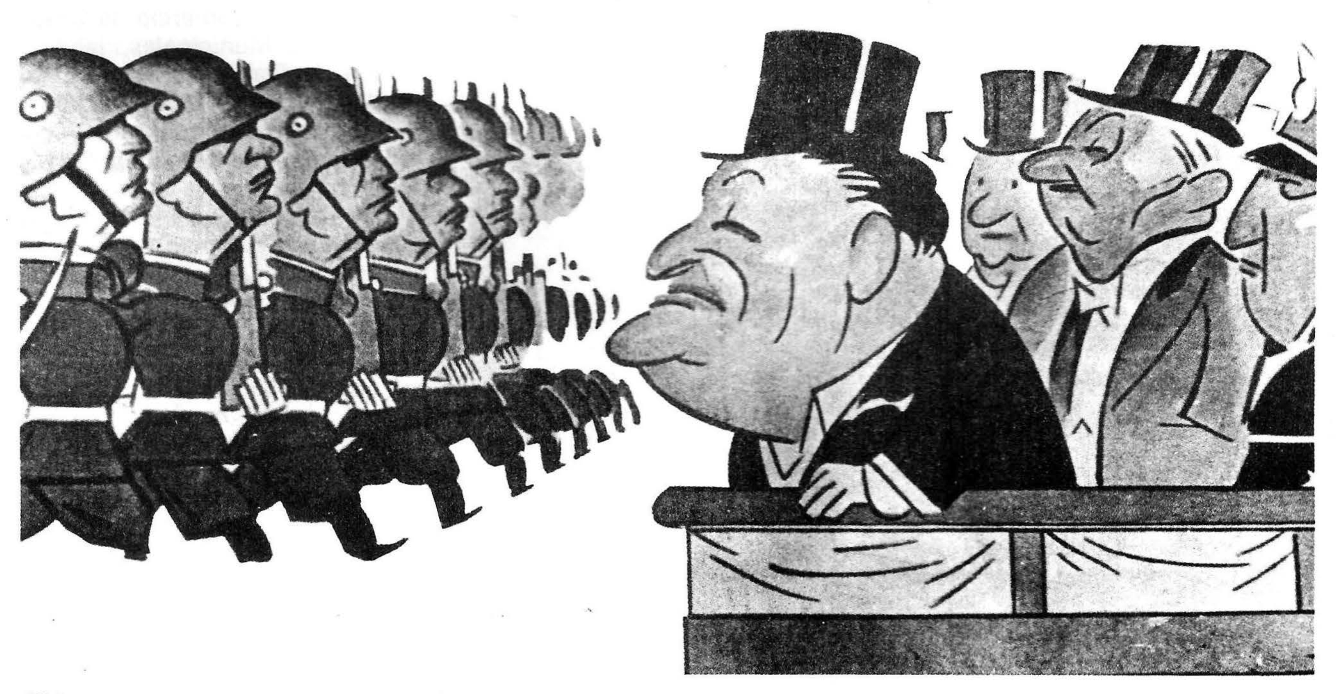
Diego Abad de Santillán, en *La crisis de 1930*. Revista de Historia Nº 3, Buenos Aires, 1958.

dirección, al igual que el Partido Socialista, da su apoyo al gobierno de Uriburu justificándolo por la situación "normal" en que se desarrollaba el movimiento obrero, cuyos sindicatos "salvo rarísimas excepciones, y no reiteradas, no han sido molestados". Una declaración en la cual la dirección de la CGT parece "ignorar" la represión sistemática ejercida por el gobierno militar contra dirigentes sindicales, que son deportados, torturados e incluso fusilados.
La dirección de la CGT parece ignorar también las necesidades de la clase obrera a quien dice representar. Las pocas luchas que se desatan en ese período, entre las que se destacan las de los trabajadores rurales, calzado, telefónicos, empleados de comercio, fueron impulsadas desde sus respectivos gremios mientras la CGT asumía un papel prescindente, de espectadora del proceso, sin proponerse en ningún momento conducirlo.
Entre otro de sus olvidos figura la convocatoria al Comité Central Confederal y al Congreso general de la C. G. T. Hasta 1935 el movimiento obrero tiene una dirección no elegida democráticamente, surgida de un acuerdo entre dos tendencias. En ese año un grupo de sindicatos, entre los que se encuentran gremios tan importantes como la Unión Ferroviaria, La Fraternidad, la Confederación de Empleados de Comercio, la Unión de Obreros Municipales, la Asociación de Trabajadores del Estado, deciden poner fin a esta situación. En un acto de fuerza deponen a la dirección cegetista y designan una nueva Junta Ejecutiva con el objetivo inmediato de convocar el Congreso Confederal, tantas veces postergado. Participan de esta medida militantes obreros socialistas y comunistas. Varios sindicatos disconformes con este procedimiento se separan y constituyen una CGT paralela en el local de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos, situado en la calle Catamarca 577. Conformaron esta nueva CGT los siguientes sindicatos: Federación Obrera Marítima, Federación de Oficiales de la Marina Mercante, Asociación de Trabaja-

Comparación entre las cifras correspondientes a los censos de 1935 y 1914, por grupos de industria

Grupos de industria	Establecimientos				Empleados y obreros			
	1935 [2]	1914	Aumento (+) o disminución (—)		1935 [2]	1914	Aumento (+) o disminución (—)	
			Número	%			Número	%
Total	**40.613**	**39.189**	+ **1.424**	+ 3,6	**526.495**	**383.508**	+ **142.987**	+ 37,3
Substancias alimenticias, bebidas y tabaco	11.846	14.390	— 2.544	— 17,7	123.097	125.983	— 2.886	— 2,3
Textiles y sus manufacturas	4.727	4.872	— 145	— 3,0	82.834	49.497	+ 33.337	+ 67,4
Productos forestales y sus manufacturas	4.225	5.193	— 968	— 18,6	37.420	51.597	— 14.177	— 27,5
Papel, cartón y sus artefactos	246	75	+ 171	+ 228,0	7.463	3.189	+ 4.274	+ 134,0
Imprenta, publicaciones y análogos	2.194	999	+ 1.195	+ 119,6	26.896	12.023	+ 14.873	+ 123,7
Substancias y productos químicos y farmacéuticos, aceites y pinturas	942	754	+ 188	+ 24,9	13.134	8.857	+ 4.277	+ 48,3
Petróleo y carbón y sus derivados	18	1	+ 17	+ 1.700,0	3.861	220	+ 3.641	+ 1.655,0
Caucho y sus manufacturas	46	15	+ 31	+ 206,7	3.184	154	+ 3.030	+ 1.967,5
Cuero y sus manufacturas	1.087	1.414	— 327	— 23,1	19.519	21.885	— 2.366	— 10,8
Piedras, tierras, vidrios y cerámica	2.259	2.230	+ 29	+ 1,3	17.915	28.827	— 10.912	— 37,9
Metales y sus manufacturas, exclusive maquinaria	4.072	6.206	— 2.134	— 34,4	46.919	38.141	+ 8.778	+ 23,0
Maquinaria y vehículos	4.719	1.890	+ 2.829	+ 149,7	45.947	14.766	+ 31.181	+ 211,2
Fábricas de electricidad	905	305	+ 600	+ 196,7	16.599	9.916	+ 6.683	+ 67,4
Empresas de construcción	1.550	382	+ 1.168	+ 305,8	33.324	11.272	+ 22.052	+ 195,6
Yacimientos, canteras y minas	199	—	+ 199	—	13.516	—	+ 13.516	—
Varios	1.578	463	+ 1.115	+ 240,8	34.867	7.181	+ 27.686	+ 385,6

Fuente: Censo industrial de 1935



dores de la Comuna, Federación de Obreros y Empleados Telefónicos, Unión Obrera del Mimbre y Sindicato de Obreros y Pasteleros. Posteriormente, en el año 1937, estos sindicatos reconstituyeron la USA, disuelta en la década anterior, manteniendo la misma orientación: la separación del quehacer gremial de la acción partidaria.
La CGT realiza su congreso constituyente en los primeros días de abril de 1936 y se eligen las nuevas autoridades. La secretaría general recae sobre José Domenech y entre los integrantes de la Comisión Directiva figuran Angel Borlenghi, luego ministro del Interior del gobierno peronista, y Francisco Pérez Leirós, enrolado luego en las filas del gorilismo más recalcitrante.
Esta nueva dirección de la CGT no se va a diferenciar demasiado de su predecesora. Los conflictos obreros que se suceden en este período, algunos tan importantes como el de la construcción, son dirigidos directamente desde los gremios, y la CGT confiere su apoyo cuando ya se han desencadenado.
Por otra parte, si bien el momento de ruptura de la C. G. T. coincide con el crecimiento de la demanda de fuerza de trabajo, ya analizado en párrafos anteriores, la mayor parte de las huelgas de este período están destinadas al fracaso. Esta tendencia se mantiene como constante durante toda la década. Los fracasos, producto de una actitud intransigente de la patronal y de una posición defensiva y conciliatoria de la dirección de la CGT, revierten sobre esta quitándole sustentación de masas.
Llegamos así a 1939. En el mes de julio de ese año la CGT llama a su primer congreso. El temario, además de abarcar puntos referentes a problemas gremiales como la defensa de la ley 11.729 (indemnización por despido), trabajo de la mujer y los jóvenes, derogación de la Ley de Residencia, se pronuncia sobre puntos políticos de candente actualidad: contra el racismo y el antisemitismo, a la vez que reafirman su adhesión a la democracia contra cualquier gobierno totalitario.
Estas propuestas fueron apoyadas por el conjunto de los militantes de la CGT tanto comunistas como socialistas. Sin embargo, a partir de la firma del pacto nazi-soviético los comunistas no colaboran en los intentos de declaraciones o movilizaciones antinazis. Recién en junio de 1941, a raíz de la invasión alemana en territorio soviético, los comunistas argentinos vuelven a cambiar de línea retomando posiciones de años anteriores: declaran a Hitler y al nazismo enemigo fundamental de la clase obrera y promueven la creación de Frentes Populares —la clase obrera en alianza con otros sectores sociales— para luchar contra él.
En realidad, la posición frente al conflicto bélico fue causa de profundas discusiones y enfrentamientos en el movimiento obrero organizado. Mientras dura el Pacto Molótov-Ribentrop, los militantes comunistas son sancionados por la CGT por no observar las declaraciones y movilizaciones antinazis dispuestas por la central obrera. Dos años más tarde, los comunistas se enfrentan con ciertos dirigentes gremiales acusándolos de adoptar una actitud neutral frente al conflicto bélico.
Estas divergencias políticas, sumadas al estado de sitio decretado por el gobierno de Castillo, determinan que se postergue la convocatoria del Comité Confederal de la CGT y Segundo Congreso Ordinario.
Este, finalmente, se reúne el 15 de diciembre de 1942. La elección de las autoridades demuestra que Domenech, secretario de la CGT que cuenta con el aval de la Unión Ferroviaria, está en minoría. Solo obtiene 60.069 votos contra los 117.457 obtenidos por Borlenghi, apoyado por socialistas y comunistas. Esta elección se confirma en junio de 1943, cuando se reúne el Comité Confederal para elegir las nuevas autoridads. Se presentan en esa oportunidad dos listas: la Nº 1, encabezada por José Domenech, y la Nº 2, por Francisco Pérez Leirós. El resultado, sumamente ajustado, otorga el triunfo a la lista Nº 1, que obtiene 23 votos contra 22 de la lista opositora.
Esta elección provoca un nuevo cisma en el movimiento obrero organizado. La CGT se divide en CGT Nº 1 y CGT Nº 2. La primera

El presidente Ortiz en una caricatura de "Caras y Caretas", 1939.

"La Argentina es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Reino Unido."
Julio Roca, vicepresidente de la Nación.

Congreso Constituyente de la C. G. T.

Se reunió los días 31 de marzo y 1º y 2 de abril de 1936. Entre sus resoluciones dice el Preámbulo de los Estatutos.
"La Confederación General del Trabajo declara:
Que el actual régimen social capitalista, fundado en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, es para la clase trabajadora una permanente causa de explotación, injusticia y miseria.
Que la evolución de la sociedad capitalista puede ser acelerada por la clase trabajadora, teniendo en ésta también un modo de evidenciar su importancia social, técnica y económica, y de acentuar su influencia en el gobierno de los intereses colectivos.
Que los antagonismos existentes en la sociedad capitalista obligan al proletariado a organizarse para defender sus intereses de clase y preparar su emancipación, creando un nuevo régimen social fundado en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio.
Sin excluir ningún medio eficaz de lucha, la Confederación General del Trabajo llama a la clase trabajadora a organizarse en el terreno sindical para conquistar, desde luego, mejores condiciones de trabajo y remuneración, hacerse respetar por la clase patronal y bregar por la completa emancipación del pueblo productor de acuerdo con el siguiente Estatuto.

Fuente: Secretaría de Asuntos Económicos: *Producto e Impreso de la República Argentina* (1935-1954). Buenos Aires, 1955.

Resultado de las huelgas ocurridas en la Capital Federal entre 1934 y 1943, por grupo de actividad

Grupo de actividad	*Ganadas*	*Perdidas*	*Transigidas*	*Falta dato*	*Total*
Químicas	4	19	8	2	33
Confección	32	28	29	—	89
Construcción y Materiales	61	21	39	7	128
Madera	40	45	32	—	117
Metales	13	31	23	6	73
Textil	28	40	20	4	92
Alimentación	6	11	8	4	29
Gráficas, Prensa, Papel	10	13	5	9	37
Comercio, Bancos Seguros	5	4	—	1	10
Transp. Terrestres	1	7	—	—	8
Hostelería	—	—	—	1	1
Electric., Gas, Agua	—	—	—	2	2
Espectáculos Públicos	—	—	—	2	2
Servicios Sanitarios	2	2	6	—	10
Transp. no terrestres y Servicios Portuarios	—	—	1	—	1
TOTAL	202	221	171	38	632

Tomadó de Durruty, Celia: *Clase obrera y peronismo.* Ed. Pasado y Presente, Córdoba, 1969.



Arriba: trabajadores de la época en su pieza de conventillo. Abajo: El paro activo del 7 de enero de 1936 produce enfrentamientos masivos entre la policía y las columnas obreras. Este tranvía en llamas se usó como barricada para impedir el paso de las unidades móviles policiales.

contará entre sus sindicatos más importantes a los ferroviarios, tranviarios y cerveceros; la segunda a la Federación Obrera Nacional de la Construcción, la Fraternidad, la Federación Obrera Gráfica, la Federación de Empleados de Comercio, la Federación de la Alimentación, la Federación Nacional Metalúrgica, la Unión Obreros Municipales, la Federación de Trabajadores del Estado y el Sindicato Unico Obreros de la Madera.

Los motivos de esta división aparecen como bastante confusos. Incluso algunos militantes continúan perteneciendo a ambas organizaciones. Sin embargo, había una idea de fondo que estaba en juego y que fue una propuesta vigente durante toda la década: la de la prescindencia partidaria.

La CGT Nº 2, constituida por sindicatos comunistas y socialistas, lógicamente tendía a una mayor integración entre partidos y sindicatos. La CGT Nº 1, por el contrario, si bien era liderada por Domenech, de extracción socialista, buscaba alejar a la CGT de la órbita de los partidos políticos. Tampoco fueron ajenas a este conflicto las distintas posiciones existentes en el seno de la CGT con respecto a la guerra: los comunistas y los socialistas se inclinaban por la ruptura de relaciones con los países del eje, mientras los otros grupos eran más proclives a una política de neutralidad.

El gobierno del 4 de junio encuentra entonces una clase obrera dividida, que en su pasado inmediato había sufrido enormes fracasos, tanto por la debilidad e inconsecuencia de su dirección como por la política represiva de las clases dominantes; con una práctica de lucha esencialmente economicista —la mayor parte de los conflictos obreros durante este período fueron por causas reivindicativas y sobre todo por aumento de salarios, postergando luchas tan importantes como la de la abolición de la Ley de Residencia o la del estado de sitio—, y carente de una conducción política.

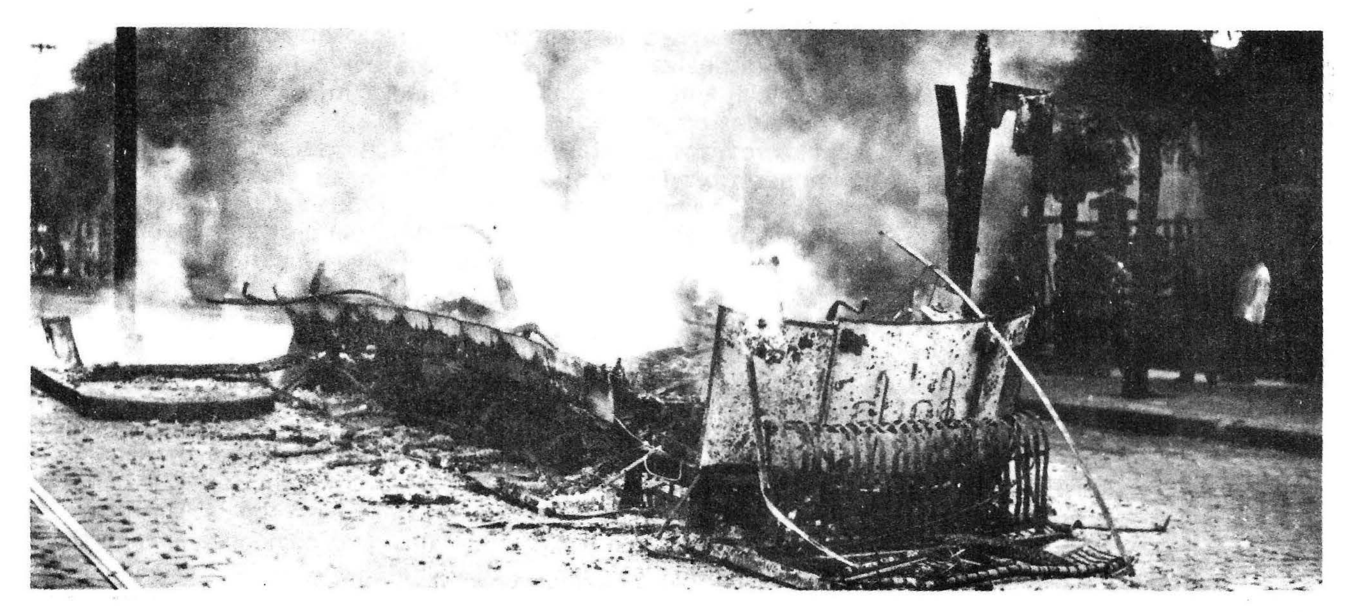
Sin embargo, a medida que va creciendo numéricamente y aumenta su importancia en la producción va tomando mayor conciencia de su postergación y comienza a surgir en ella la necesidad de participar como clase en la toma de decisiones tanto políticas como económicas. Es entonces cuando, establecidos ya algunos contactos con la clase obrera, el coronel Perón se hace cargo del Departamento Nacional del Trabajo. Pero antes de entrar en este proceso volvamos atrás y analicemos en detalle uno de los conflictos más importantes de la década: la huelga de la construcción.

La huelga de la construcción

Entre fines de 1935 y principios de 1936 se desarrolla una de las huelgas más importantes del período, la del Sindicato de Obreros Albañiles, Cemento Armado y Anexos. No la podemos tomar como una huelga típica del período por las siguientes razones: 1) está dirigida por militantes comunistas, que no llegan a ser predominantes en el movimiento obrero; 2) por el uso de la violencia; 3) por el apoyo popular que obtuvo gracias a la convocatoria a las masas; 4) por los logros organizativos que siguieron a su fin, y que significan el paso, concretado años más tarde, de la organización de gremio por oficio a la organización del gremio por industria; 5) por la intervención mediadora del estado, actitud desacostumbrada para la época.

A pesar de todo ello nos detendremos en este prolongado conflicto porque es uno de los más combativos y nos permite ejemplificar concretamente el tipo de problemas que se daban en ese momento en la lucha obrera.

El sindicato de Obreros Albañiles, Cemento Armado y Afines se constituye en febrero de 1935 con el propósito de abarcar a los trabajadores de las empresas de construcción de la capital. Los militantes iniciales eran comunistas, que se propusieron construir una organización masiva que agrupara a todos los trabajadores de la rama en un solo sindicato. Dicha propuesta recién se concreta, en la Capital Federal, en 1938. Cabe recordar que la primitiva orienta-



ción anarquista había dotado a cada actividad (albañiles, yeseros, marmolistas, electricistas, picapedreros, etc.) de una organización propia.

Pese a lo reducido del núcleo promotor, la dirección del sindicato comienza la organización gremial mediante la preparación de una huelga de albañiles y peones. El éxito se hace evidente cuando inician la huelga, el 23 de octubre: el Departamento Nacional del Trabajo informa que ya en los primeros días había hecho abandono de las tareas el 95 % de los obreros. Según el testimonio de los antiguos militantes que participaron en el proceso —recogido por Celia Durruty en **Clase obrera y Peronismo**— el resultado sorprendió a los organizadores de la huelga, ya que los grupos anarquistas, que controlaban varios gremios, se habían pronunciado en contra de la huelga.

El movimiento no estuvo precedido por una fase de negociación: el 17 de octubre, en una asamblea, deciden la huelga; el 22 presentan ante la empresa el pliego de condiciones y al día siguiente se inicia la huelga.

A través del resumen del pliego de condiciones podemos observar el tipo de pedidos más o menos comunes en esta etapa del movimiento obrero:

1) reconocimiento del sindicato; 2) agremiación obligatoria de albañiles y peones; 3) salarios mínimos (oficiales: $ 1,00 la hora, peones: $ 0,66; 4) jornada de ocho horas, cuatro de mañana y cuatro de tarde; 5) descanso dominical absoluto. Supresión de las horas extras, salvo casos de fuerza mayor, en los cuales se debía pagar un recargo del 75 %. Este recargo ascendía al 100 % en días feriados; 6) viáticos en los casos en que fuera necesario salir a trabajar fuera de la Capital; 7) abolición del trabajo a destajo; 8) que el constructor fuera responsable de los accidentes de trabajo, debiendo pagar al trabajador desde el día del accidente; 9) pago quincenal en obra y durante las horas de trabajo; 10) en caso de suspensión de trabajo por lluvia o falta de materiales se exigía un pago de acuerdo a una escala especial; 11) que el constructor hiciera los pedidos de personal al sindicato; 12) que en cada obra hubiera un delegado para controlar el cumplimiento de lo estipulado y nombrado por el personal con acuerdo del sindicato; 13) que el constructor no despidiera a los obreros sin causa justificada. Además se especifican las normas de seguridad exigidas, relaciones entre el número de oficiales y de medio oficial y garantías contra represalias a los participantes en la huelga.

Las entidades no contestaron directamente el pliego sino que colocaron en las obras un comunicado en el que se comprometían a elevar los jornales teniendo en cuenta el alza del costo de la vida: oficiales: 0,80 por hora y peones: $ 0,50. Según estimaciones del Departamento Nacional del Trabajo los salarios mínimos eran: $ 0,70 por hora para oficiales y $ 0,47 por hora para peones. Se comprometían además a pagar quincenalmente y en obra y a "seguir cumpliendo la vigente ley de accidentes de trabajo".

"El sindicato —observa Durruty— no cuestiona la magnitud de los salarios ofrecidos, pero insiste en su propaganda en que toda mejora será ilusoria si no se cuenta con una organización sindical que exija y vigile su cumplimiento." Justamente es la parte referida al reconocimiento del sindicato, con la secuela de agremiación obligatoria y convenios colectivos, donde la patronal también aparece irreductible.

La actividad sindical de los militantes, mientras tanto, se dirige a organizar actos de violencia y a conseguir el apoyo de otros grupos para la huelga.

La violencia, antes que ser dirigida contra las empresas, se dirige hacia los remisos a acatar la huelga impuesta por la mayoría, pero también se orienta hacia afuera del conflicto; por ejemplo, atacando a la policía. Con esta forma de violencia se intentaba, indudablemente, dar seguridad a los participantes, al mismo tiempo que se buscaba disuadir de intervenir a la fuerza pública y los grupos mercenarios al servicio de la patronal.

La búsqueda de apoyo no se orienta hacia afuera de la clase —parlamento, partidos políticos—, de acuerdo a las prácticas de la época, sino hacia otras organizaciones obreras. Se dirigen, sobre todo, a las organizaciones anarquistas que predominan, como sindicatos de oficio, en actividades complementarias de la construcción, para que se plieguen a la huelga. Esta campaña tiene éxito pues, excepto el gremio de los plomeros, todas las organizaciones intervienen en el conflicto.

No se obtiene equvalente eco en la CGT, que se limita a designar a uno de los miembros de la Junta Ejecutiva para que se ponga a disposición de los huelguistas con el fin de iniciar tratativas con los patrones. Pero su actuación no satisface a los trabajadores y pronto desaparece de la escena.

Cuando se cumple casi un mes de huelga, el gobierno, a través del Departamento Nacional del Trabajo, interviene en el conflicto e invita a las partes a asistir a una reunión conjunta para considerar su vía de solución.

Esta propuesta mediadora era un procedimiento común en esa época, sobre todo si se considera que no hubo solicitud de ninguna de las partes. Como lo señaló en ese momento el diario **La Nación**, introduce una nueva pauta en las relaciones obrero-patronales. Por otra parte, todavía no se había producido ningún contacto entre las partes, dada la negativa patronal de reconocer al sindicato Es justamente esta negativa la que traba la posibilidad del diálogo, ya que para el sindicato dicho punto es esencial.

La parte empresaria reitera su propuesta inicial de aumentos y agrega un aumento de 5 centavos por hora, a hacerse efectivo nueve meses después del fin de la huega, aduciendo que en ese período se terminarán las obras en construcción presupuestadas según los salarios anteriores. Declara también admitir la intervención del Departamento a efectos de controlar la aplicación de la tarifa de salarios.

La huelga continúa, sin variantes, pero en su transcurso se unifican los gremios de oficios —controlados por los anarquistas— en la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción. "A partir de entonces —señala Durruty— la dirección comunista abandona sus pretensiones de reconocimiento

de su sindicato, condicionando la misma a la previa unidad de las fuerzas obreras, y el conflicto queda centrado exclusivamente en el monto de los salarios mínimos."
Mientras el Departamento Nacional del Trabajo continúa proponiéndose como intermediario y control de los posibles acuerdos, la patronal no transa sobre los aumentos ya ofrecidos.
La creación del Comité de defensa y solidaridad con la huelga, formado por diversas organizaciones obreras, con predominancia comunista, contribuye a provocar un vuelco en la situación. Convoca a un mitin popular en una plaza pública, que resuelve un paro general en la Capital en solidaridad con los huelguistas.
El paro se realiza el día 7 de enero de 1936 y se constituye en un hecho de envergadura, en especial por la paralización de los transportes en las áreas obreras (se queman varios colectivos y tranvías).
El desarrollo del paro es cada vez más masivo y activo, pues se organizan varias columnas de trabajadores que salen a la calle, y se torna cada vez más violento puesto interviene la policía y se producen muchos enfrentamientos. Con ello resurge una práctica que después de las primeras décadas del siglo había caído en el olvido.
"En Villa Urquiza fue muerto por la policía el compañero Santiago Beneker, el que había respondido a la agresión hiriendo a tres policías. En Nueva Pompeya fue baleado y muerto por un sargento de policía el obrero panadero Gerónimo Osechuz. En Liniers fue herido mortalmente el obrero Jaime Chudi, durante un tiroteo con la policía. Defendiendo su libertad, el compañero C. Bonometti se tiroteó con la policía, cayendo muerto un agente. Detenido y procesado días después fue condenado a prisión perpetua", informa Rubens Iscaro, dirigente del gremio de la construcción durante ese período.
Como respuesta a la reacción desatada el paro es prolongado por otras veinte y cuatro horas. La huelga continúa pese a haber sido detenida su conducción, y en vista de la gravedad de lo sucedido el poder ejecutivo nacional decide intervenir. Tras un mensaje del presidente Justo, que indica a la patronal la conveniencia de solucionar el conflicto "en vista de los intereses generales que podrían estar comprometidos en un movimiento cuya prolongación puede degenerar en conflictos de otras clases o facilitarlos", se llega, después de 96 días, al término de la huelga.
La base del acuerdo fue un aumento de salarios por jornadas de ocho horas: oficiales $ 6,40, medioficiales $ 5,20 y peones $ 4,50. El acuerdo especifica además un aumento de $ 0,40 por día, a efectivizarse nueve meses más tarde. Por otra parte se convienen garantías sobre el cumplimiento del acuerdo y la estabilidad de los participantes en el conflicto.
La entidad sindical sale fortalecida del conflicto y pocos meses después, en noviembre de 1936, logra constituir la Federación Obrera Nacional de la Construcción, que engloba en su seno a la mayoría de los gremios de oficios constituyendo así un verdadero sindicato de industria.

La clase obrera y el peronismo


partir de la Revolución de 1943, pero también por efecto del estallido del conflicto bélico, se hace evidente que la Argentina ha sido enchalecada en un molde que oprime a demasiados sectores al mismo tiempo. La crisis del sistema hace eclosión por esos años y solo será superada, con importantes cambios, por el nuevo proceso que culminará con el peronismo en el poder.
El aflojamiento de las casi asfixiantes relaciones con el imperio inglés que produce la Segunda Guerra Mundial hizo evidente la posibilidad de continuar, con mejores perspectivas, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Se fortalece entonces el sector independiente de la burguesía, el menos ligado al imperialismo y el más perjudicado por su presencia: el de los industriales medianos y pequeños.
Por otro lado, las masas populares, postergadas durante un largo período y sometidos a una cruda explotación, comienzan a presionar en búsqueda de reivindicaciones políticas y económicas.
En la esfera de lo político la guerra supuso profundos cambios. El país se agitó por la contienda. La mayoría optó por el alineamiento junto a las potencias aliadas. Junto a este sector estaba también el imperialismo norteamericano, que veía la posibilidad de englobar a la Argentina en su esfera de influencia. Esta posibilidad era también entrevista por el embajador inglés, que no realizó gestiones serias para que el gobierno rompiera su inicial política de neutralidad.
Pero al mismo tiempo otros grupos, particularmente los sectores militares, veían con agrado la causa del Eje, sea por simple adhesión ideológica, sea por presentir la posibilidad de que un cambio en la correlación mundial de fuerzas hiciera de la Argentina el centro dominante en América Latina mediante un pacto con los presuntos triunfadores. Otra línea optó por la neutralidad, desde una perspectiva que tenía como objetivo debilitar los lazos de la dependencia.
Al mismo tiempo, el fraude oligárquico ya levantaba demasiadas protestas. Incluso desde el mismo gobierno —gobierno elegido mediante el fraude más escandaloso— se intentó, sin éxito, devolverle la pureza al comicio. Pero, también desde el mismo gobierno el proyecto fue saboteado y se dio la paradoja de que el presidente Ortiz obtuviera en ese intento el apoyo de la oposición mientras que sus mandantes se inclinaban por el vicepresidente Castillo.
Por otra parte, la "opinión pública" —sobre todo la de las clases medias— fue conmovida por la denuncia de fabulosos negociados que beneficiaban desembozadamente a las grandes empresas, nacionales y extranjeras. Negociados convalidados desde el gobierno, pero que, en algunos casos como sucedió con la prórroga de los contratos eléctricos, contaron con la complicidad de los principales grupos parlamentarios, incluidos los radicales.

Los generales Rawson y Ramírez en el balcón de la Casa de Gobierno, el 4 de junio de 1943.







Juan Perón sintetiza y canaliza hacia 1945 las aspiraciones de la mayor parte del proletariado, contando también con el apoyo de sectores militares y de la pequeña burguesía industrial.

El golpe militar de 1943 vino, según lo expresó en sus proclamas, a terminar con la corrupción y a poner orden. Pero la esperanza de hacer desaparecer al régimen, englobados oficialistas y opositores, necesitaba de un plan político para concretarse. Y eso no lo tenía la revolución de 1943. Aquí vale citar la descripción de la acción revolucionaria realizado por un testigo de la oligarquía, Federico Pinedo: "Después vino el drama oscilante en que todavía nos encontramos. Período de nazismo fanático; período de nacionalismo 'renovador', que bastante se parece a aquel; período de fino amor y respeto por la causa aliada, con declaración de guerra a las moribundas potencias del eje; período de exaltación rosista y antisarmientista y período de abandono del rosismo y de rehabilitación de la minoría de Sarmiento; período de iracundo catolicismo ultramontano y período de displicente liberalismo; período de violenta represión, con encarcelamiento de todo lo que hay de más distinguido en todo orden en la sociedad argentina, y período de apertura general de las cárceles; período de 're-publicanismo', en que quedó excluida la palabra democracia y período de frenético democratismo; estado de sitio, normalidad, otra vez estado de sitio; censura periodística, libertad de prensa garantizada por las embajadas, nuevamente censura periodística; invocación plañidera a los estudiantes y diatriba contra los mismos, al grito de 'alpargatas sí, libros no', todo eso es un ambiente de demagogia desenfrenada y de despilfarro sin precedentes."

Es que, más allá de la ausencia de un plan político que tuviera que ver con la realidad, este fue un período de surgencia y encuentro de muchos intereses contradictorios que, con enorme fluidez, componían, destruían y reconstruían. Es el entonces coronel Perón quien diseña una propuesta y un nuevo bloque de fuerzas que, al triunfar, impondrá una original forma de nacionalismo popular.

No es posible entrar en el detalle del proceso, que será analizado en el capítulo correspondiente; solo señalamos las tendencias sobre las que se apoya: el aflojamiento de las relaciones de dependencia con el imperialismo; el desarrollo industrial que genera un sector de la burguesía industrial, nativo, interesado en continuarlo (y aprovecharlo) más allá del fin de la guerra; cierto grado de descomposición de los grupos tradicionalmente dominantes (entre los cuales hemos dicho que, a lo largo del período, hay beneficiados y perjudicados según estén más cerca o más alejados del mercado externo); un enorme descrédito de los partidos tradicionales, obedientes los más al dictado oligárquico e inoperantes y marginales el resto; la disposición de los militares para buscar una nueva salida que, a la vez que disimule el fracaso de la revolución de 1943, suponga el desarrollo industrial del país en forma independiente en especial por las necesidades de defensa nacional; las necesidades de participación económica, social y política de una clase obrera que venía de un proceso de marginamiento y explotación y que aumentaba en tamaño y en concentración geográfica.

En este punto es que nos vamos a detener, pues sobre la participación obrera en el peronismo confluyen una serie de elementos históricos de la etapa anterior sobre los cuales se generan diversos equívocos. De hacerlo seguiremos algunas líneas trazadas por Murmis y Portantiero en **El movimiento obrero en los orígenes del peronismo.**

La cuestión central admite varios planteos, el más descarnado de los cuales es: **¿por qué la clase obrera se "hace" peronista?**

Una respuesta bastante habitual parte del supuesto de una quiebra generacional en la clase obrera: el proceso rápido de urbanización e industrialización genera un nuevo proletariado, poco integrado a las estructuras tradicionales del sindicalismo y a las ideologías más netamente obreras. Esta no comprobada teoría es esgrimida tanto por los que ven la participación obrera como una **alienación** en favor del proyecto "autoritario" o burgués, como por los que piensan a estos obreros nuevos como virginales continuadores de las luchas montoneras del siglo pasado, papel que solo ellos pueden cumplir por su reciente incor-

poración a la vida urbana, cargados por el resentimiento antioligárquico de las masas populares del interior.
Muchos supuestos hay implícitos en esta teoría. En primer lugar, si bien es indudable que hay una importante incorporación de migrantes del interior a la vida urbana e industrial, también es indudable que la existencia de un sistema sindical tan desarrollado como el argentino en el período 1930/45 algo habrá tenido que ver en la socialización política de los obreros que apoyaron al peronismo, sobre todo si se tiene en cuenta que las luchas sindicales no cesaron durante la Década Infame, aunque sus éxitos no hayan sido muchos.
En este sentido es necesario destacar la importancia que tuvieron las estructuras sindicales existentes como apoyo político del proyecto peronista, incluso **antes** de 1945. Aunque hubo reestructuraciones y se crearon algunos sindicatos, éstos no aparecieron masivamente después del triunfo, tal como sucedió, por ejemplo, en el Brasil, donde los sindicatos que apoyaron la gestión de Vargas fueron creados desde arriba, por el estado. Mencionemos también la importancia que en el mismo proceso tuvieron las direcciones sindicales —anteriormente orientadas hacia el sindicalismo, el socialismo e incluso el comunismo— y que en la lucha política se volcaron en favor del peronismo.
En segundo lugar, la teoría mencionada supone en la nueva clase obrera un rasgo, la "ingenuidad", que explicaría su participación masiva en el proyecto de Perón, su apoyo a una opción no-proletaria, en tanto que policlasista. Para otros, este apoyo fue el producto "intuitivo" de los recién llegados del campo o del monte, quienes habrían sido seducidos por la figura carismática del líder.
Para poner las cosas en su lugar, para recuperar la racionalidad histórica de la clase obrera en su decisión de apoyar a Perón, es necesario observar cuáles eran las opciones reales que se le presentaban en los momentos previos a las elecciones de 1946.
Por un lado, la propuesta de la Unión Democrática, con la participación del radicalismo, la democracia progresista, el socialismo, el comunismo y los partidos conservadores, con el apoyo explícito y estentóreo del imperialismo norteamericano. Conviene aclarar el por qué de la presencia del socialismo y el comunismo en el bloque oligárquico: en el Partido Socialista porque era coherente con su integración al régimen, frente al cual solo concebía la oposición parlamentaria; en el comunismo, porque era coherente con lo que asumía como correcta división del mundo: por un lado los aliados, por otro el nazismo, caracterizado éste como el enemigo principal y contra el cual por consiguiente había que unificar al mayor número de fuerzas posibles.
Frente a esto, un agrupamiento algo inorgánico de ex radicales, ex conservadores, ex socialistas y militares, pero, por sobre todo, de la clase obrera, que veía la posibilidad de participar ella misma en el proceso a través de la movilización o de la organización sindical. Dicha participación fue facilitada, e incluso promovida, por el propio Perón, mediante su acción en el Departamento Nacional del trabajo, oscura oficina que él transformaría en secretaría de estado.
Es la acción de Perón y de las masas que va nucleando lo que posibilita logros tan importantes como el reconocimiento de sindicatos, beneficios sociales, mejoras salariales, etc., todos objetivos tras los cuales la clase obrera había luchado tenazmente desde el comienzo de la oganización sindical. Y es justamente la postergación económica, social y política de los años anteriores a la aparición de Perón, el proceso de intensa explotación a que se había visto sometida la clase obrera —sin desconocer los otros factores políticos ya mencionados— lo que mejor explica el por qué de su opción por el peronismo frente a la alternativa oligárquica plasmada en la Unión Democrática.

Bibliografía

López, Alfredo: **Historia del movimiento social y la clase obrera argentina.** Buenos Aires, Ed. Programa, 1971.
Marotta, Sebastián: **El movimiento sindical argentino.** Buenos Aires, Editorial Calomino, 1970.
Iscaro, Rubens: **Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino.** Buenos Aires, Editorial Anteo, 1958.
Durruty, Celia: **Clase Obrera y Peronismo.** Córdoba, Editorial Pasado y Presente, 1969.
Portantiero, Juan Carlos, y Murmis, Miguel: **El movimiento obrero en los orígenes del peronismo** y **Crecimiento industrial y alianza de clases en Argentina.** Documentos de Trabajo del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella. Buenos Aires 1969/70. (Hay edición de Editorial Siglo XXI Argentina.)
Germani, Gino: **Estructura Social de la Argentina.** Buenos Aires, Editorial Raigal, 1955.
Dorfman, Adolfo: **Historia de la industria argentina.** Buenos Aires, Editorial Solar-Hachette, 1970.
Jorge, Eduardo F.: **Industria y concentración económica.** Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 1971.
Peralta Ramos, Mónica: **Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970).** Buenos Aires, Editorial Siglo XXI Argentina, 1972.
Halperín Donghi, Tulio: **Argentina en el callejón.** Montevideo, Editorial Arca, 1964.
Ciria, Alberto: **Partidos y poder en la Argentina Moderna (1930-46),** Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1964.
Ciria, Alberto, Areces, Nidia, y otros: **La Década Infame.** Buenos Aires, Editor Carlos Pérez, 1969
Pinedo, Federico: **En tiempos de la República.** Buenos Aires, Editorial Mundo Forense, 1946.

El socialismo de los países escandinavos

Silvia Korenfeld

El tardío proceso de industrialización operado en los países escandinavos condicionó en gran parte el crecimiento de los partidos obreros.



Hasta mediados del siglo XIX los países escandinavos se habían mantenido relativamente marginados con respecto al desarrollo industrial de los demás países europeos. Este tardío proceso de industrialización condicionó en gran parte el lento y difícil crecimiento de los partidos obreros.

Los tres grandes países nórdicos —Dinamarca, Suecia y Noruega— eran todavía, a fines del mismo siglo, esencialmente agrícolas y solo habían registrado un escaso o incipiente desarrollo industrial. Sin embargo, el impulso de la tremenda expansión del mercado mundial había provocado en ellos importantes cambios en su estructura económica.

En Suecia se habían producido, en la década de 1870 y en la de 1890, dos grandes olas de industrialización. Pero se puede decir que recién después de la Primera Guerra Mundial este proceso tuvo la profundidad suficiente como para cambiar la fisonomía de la antigua sociedad agraria.

Esta sociedad estaba constituida fundamentalmente por una pequeña minoría de grandes terratenientes pertenecientes a la nobleza y de prósperos burgueses de las ciudades y, frente a ellos, por una gran masa de pequeños campesinos, la mayor parte propietarios de sus tierras. Junto a estas dos clases fue creciendo durante el siglo XIX una capa de campesinos sin tierra, parcialmente desempleados y casi nómades. Este grupo social comenzó a convertirse paulatinamente en un peligroso factor de perturbación social para las clases dominantes, pero fue neutralizado por obra de dos procesos que se iniciaron casi simultáneamente: el proceso migratorio y el de industrialización.

La importación masiva de productos alimenticios baratos de los países transoceánicos provocó en Europa, entre los años 1870 y 1880, una baja de precios que afectó gravemente a la agricultura. Muchos campesinos emigraron de los distritos agrícolas a las ciudades y hacia América. La corriente migratoria sueca se dirigió principalmente hacia los Estados Unidos, donde se formaron importantes comunidades de colonizadores. Desde 1860 hasta la Primera Guerra Mundial el número de emigrantes suecos llegó casi al millón, en una población que no llegaba a los seis millones.

La masa de campesinos sin tierra que no fue arrastrada por la emigración fue absorbida por la reciente industria, que se instaló en las zonas donde se podían explotar fácilmente las riquezas naturales del país: los bosques, los ríos y los yacimientos minerales.

La industrialización sueca no provocó, como en Inglaterra, una migración hacia las fuentes de trabajo porque se localizó, por el tipo especial de explotación, en las zonas rurales del Centro y Norte de Suecia, donde se encontraba el grueso de ese campesinado.

La explotación agrícola se transformó después de la crisis. A impulso de la gran demanda internacional de productos alimenticios los campesinos introdujeron nuevos métodos de cultivo, que facilitaron un gran aumento de la productividad. Se reemplazó el cultivo del trigo por el de la remolacha, por la cría de ganado y la industria lechera. Los campesinos propietarios de tierras se enriquecieron considerablemente y, mientras crecía su poder económico, veían más necesaria su participación en el poder político, monopolizado por las clases dominantes. La antigua representación de los cuatros estados —nobleza, clero, burguesía y campesinado—, basada en el sistema de estamentos, excluía del parlamento (Riksdag) a la mayor parte de la población. En 1866 se consiguió reformar la Constitución sueca estableciendo un Riksdag bicameral. La Cámara Baja se elegía en forma directa, y la Cámara Alta en forma indirecta, pero en ambas cámaras el voto era calificado de acuerdo con la propiedad o el ingreso, de modo que esta democratización de la estructura política solo beneficiaba a los propietarios de tierras.

El Partido Campesino logró entonces la mayoría en ambas cámaras, pero, en el momento en que obtenía el ansiado poder político, ya la agricultura estaba siendo desplazada por la industria como eje del crecimiento económico sueco, que se articuló, en primer

Inmigrantes en el puerto de New York. Entre los años 1870 y 1880 la crisis de la agricultura europea determinó que una importante corriente de campesinos suecos emigrara hacia los Estados Unidos.

lugar, sobre la explotación de los bosques. Esto hizo que muchos campesinos fueran beneficiados con la industria forestal, por ser también propietarios de bosques. La explotación de madera sueca con destino a países de industrialización más avanzada fue cada vez mayor a medida que crecía la demanda de pulpa de madera y papel.

También se desarrolló la industria del mineral de hierro, especialmente en el Norte, por la gran demanda de hierro de alta graduación y acero. Por último, este mismo impulso de la exportación fomentó el desarrollo de la manufactura de esos productos en el mismo país y poco a poco los productos siderúrgicos y forestales suecos fueron capaces de competir en el mercado mundial.

En cuanto a los demás países escandinavos, el proceso fue similar, pero con algunas características peculiares. En Dinamarca se vio crecer el número de medianos propietarios rurales, fomentado en gran parte por el Hedeselskabit, una sociedad de reclamación de tierras baldías que incorporó al cultivo una gran cantidad de tierras y estableció granjas. Creció mucho más el número de pequeños agricultores y medianos que el de los grandes y, con la caída de los precios del trigo en el año 1870, las granjas danesas se volcaron al cultivo intensivo y a la producción de leche, manteca y tocino para la exportación.

El desarrollo industrial de Noruega y Finlandia se basó, como en Suecia, en la explotación forestal y minera y en el aprovechamiento de la energía eléctrica y comenzó a fines del siglo XIX. Noruega creó una gran marina mercante y creció la inversión de capitales en la industria maderera, mientras que Finlandia desarrolló la industria lechera extendiendo cooperativas agrícolas.

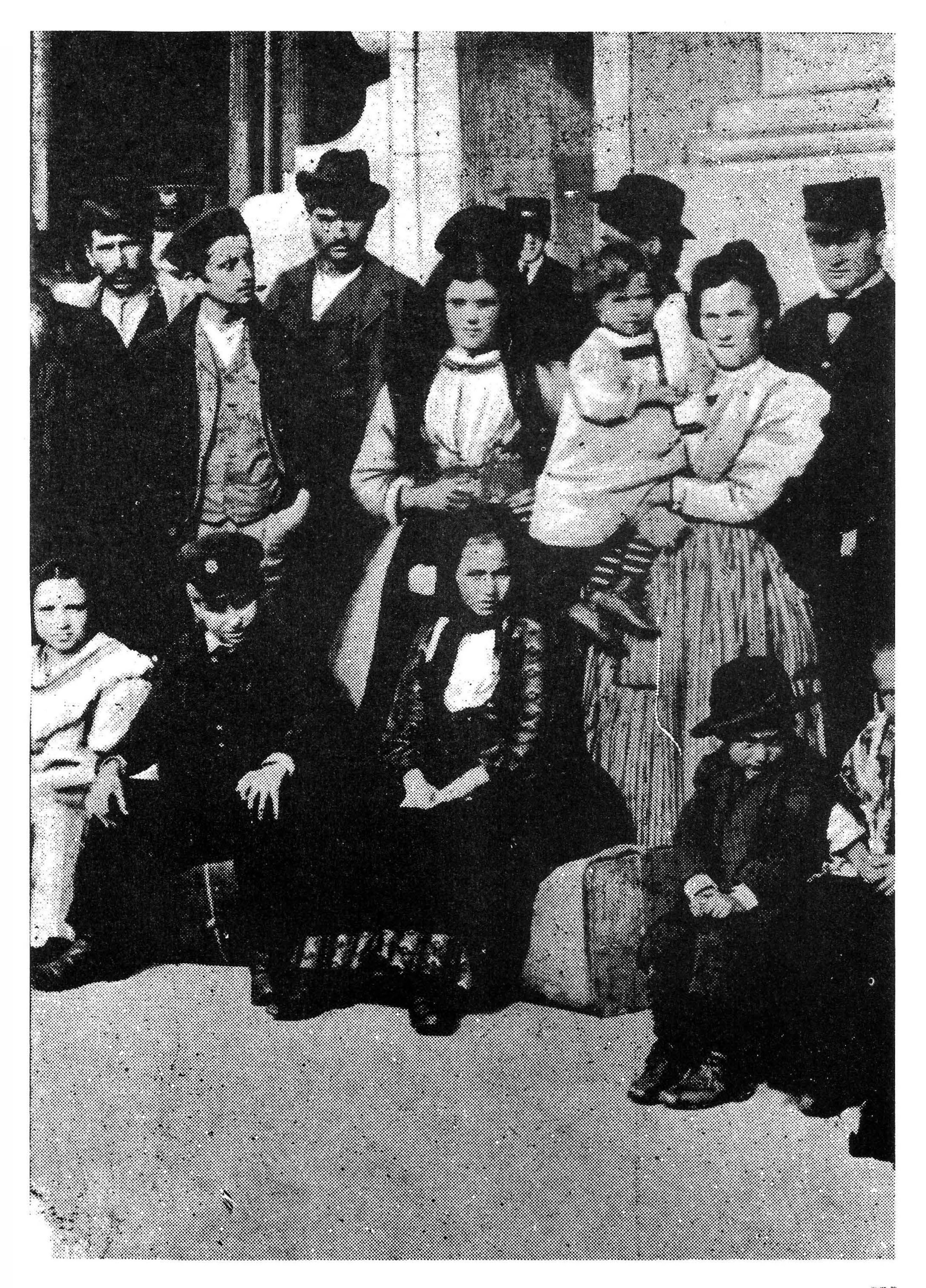
A medida que el proceso de industrialización se fue consolidando se cristalizó también la nueva estructura de clases, con las contradicciones propias del sistema capitalista en el contexto especial de cada país. Los nuevos grupos sociales surgidos de este proceso —obreros industriales urbanos, trabajadores de la industria maderera y del ferrocarril, los sectores medios, formados por empleados y funcionarios del comercio y la industria— constituirán posteriormente, junto con los asalariados rurales y un gran sector de pequeños propietarios agrícolas, la base social sobre la cual se apoyarían los partidos socialdemócratas.

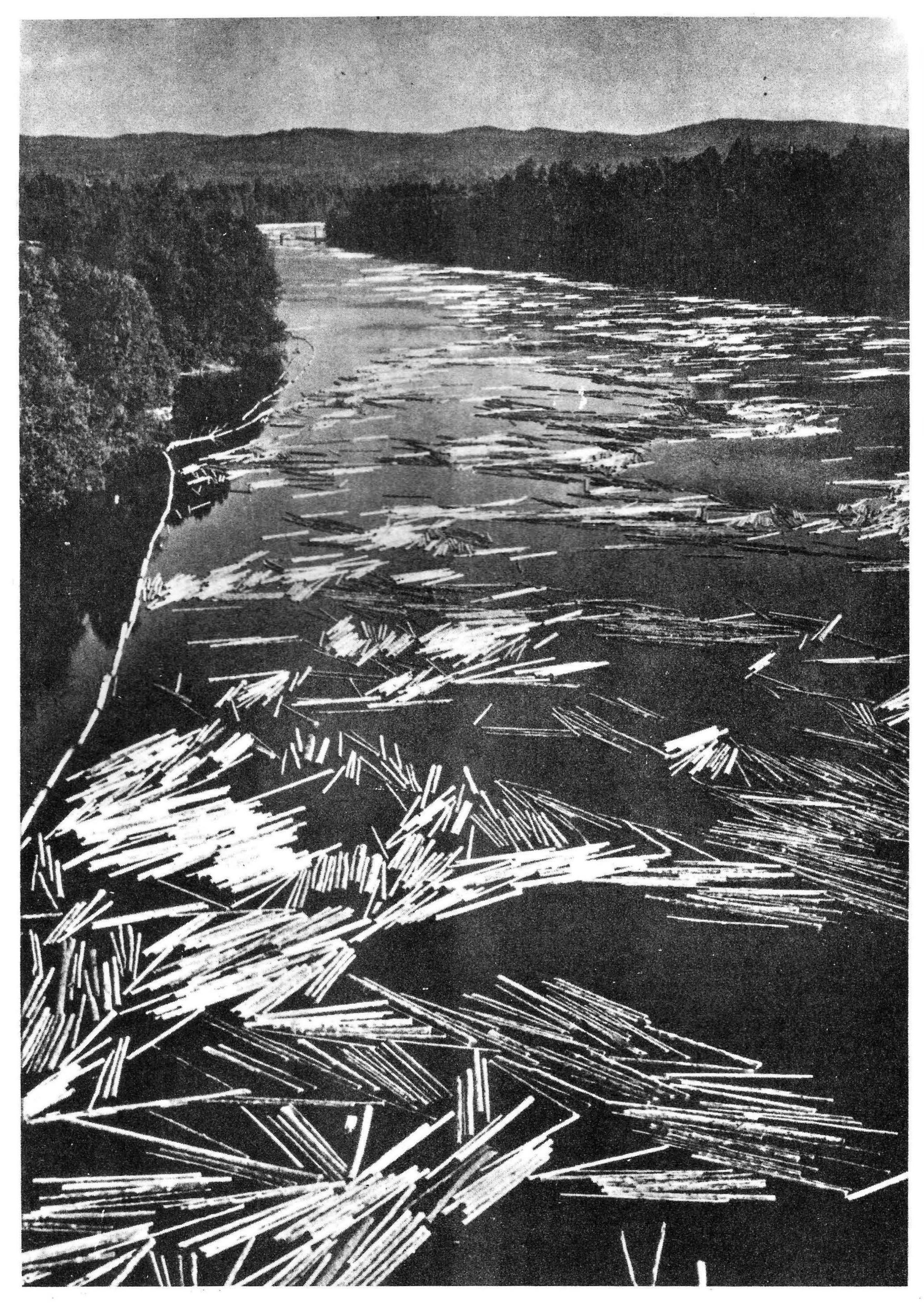
Primeras organizaciones obreras

La nueva clase proletaria, formada por el proceso de industrialización, había comenzado a organizarse bajo la influencia de grupos religiosos, como las escuelas populares de artes y oficios del pastor Grundtvig (en Dinamarca), las asociaciones de defensa obrera (en Noruega)o los sindicatos de tendencia liberal y tradeunionista. En Noruega, Markus Thrane había fundado, a partir de 1848, asociaciones de trabajadores que reivindicaban el sufragio universal y la protección de obreros y campesinos. Estas asociaciones se basaban en ideales religiosos de fraternidad y se acercaban mucho a las posiciones del socialismo utópico.

Las condiciones para la formación de un movimiento obrero independiente se fueron creando con la progresiva consolidación del desarrollo industrial y con la asimilación de las concepciones del marxismo propagadas por la Primera Internacional. que mostraban la necesidad de que el proletariado se constituyera en partido político para actuar como clase a través de una acción consciente y masiva.

En 1871 Louis Pio, empleado de correos e hijo de un inmigrado francés, creó, después de la experiencia de la Comuna de París, el Partido Socialista como sección danesa de la Primera Internacional. Se crearon algunos sindicatos entre los obreros calificados de Copenhague (impresores, panaderos y obreros de la construcción). Esta ciudad, que concentraba la mayor cantidad de obreros, fue el centro de organización





del movimiento obrero danés, pero iba a resultar difícil extender su influencia al resto del país.
Una serie de huelgas de trabajadores de la construcción culminó al año siguiente con el encarcelamiento de los dirigentes obreros y la disolución de la organización.
Después de su liberación, Pio consiguió reunir un congreso político y sindical, que adoptó las posiciones del programa de Gotha en 1876, pero al año siguiente la persecución lo obligó a emigrar con otros dirigentes.
Sin embargo, socialistas y sindicalistas pudieron reorganizarse, constituyendo un año después la Unión Socialdemócrata. Esta organización recibió un impulso muy grande del congreso del Partido Socialdemócrata Alemán de 1893, que, a causa de las leyes de excepción contra el partido, tuvo que celebrarse en Copenhague. En 1889 el número de miembros llegaba a 20.000 y seguía creciendo paulatinamente.
Por su parte, los sindicatos de Copenhague formaron en 1886 una nueva Central sindical independiente, pero aliada al Partido Socialdemócrata. Con el surgimiento en los años siguientes de centrales sindicales en otras ciudades danesas se constituyó una central sindical nacional.
En Suecia las ideas del movimiento socialista fueron introducidas por August Palm, quien, junto con Hjalmar Branting, se dedicó a organizar grupos socialistas y a la difusión por medio del periódico **El Socialdemócrata.** Palm, que había trabajado en Dinamarca y Alemania, definió el primer programa, inspirado en el Programa de Gotha. En 1889 se funda formalmente el Partido Socialdemócrata Sueco.
Este partido surgió del seno de los sindicatos y su relación con ellos fue muy estrecha durante muchos años. Hasta ese momento los sindicatos eran grupos locales de oficios que no formaban uniones nacionales, sino cámaras de trabajo locales para todas las industrias. Cada sindicato que pertenecía a una cámara de trabajo local se afiliaba masivamente al Partido; de este modo cada cámara de trabajo constituía prácticamente la unidad local del Partido Socialdemócrata.
Si bien esta integración no perduró mucho tiempo, y a pesar de que no todos los sindicatos se afiliaron en forma masiva, la ligazón se mantuvo en el hecho de que los miembros de los sindicatos participaban de la actividad partidaria, aun después de la creación en 1898 de la Lands Organization (L. O.), la Confederación General de Trabajadores Suecos.
Idéntica relación se dio entre los sindicatos y el partido político en Noruega. Más aún, en 1889 se había formado una única organización: la Federación Central Socialista y Sindicalista, basada en cámaras de trabajo locales como en Suecia.
El Partido Noruego de los Trabajadores (D. N. A.) se creó en 1887 y presentó un programa limitado a puntos como el sufragio universal, el derecho de huelga, el impuesto progresivo, etc., manteniéndose ligado a los sindictaos.
Las antiguas centrales locales por oficio fueron progresivamente reemplazadas por federaciones nacionales por industria y en 1897 los sindicatos fundaron la Confederación General del Trabajo (A. F. L.).
El desarrollo de los partidos socialdemócratas, muy relacionados con la actividad sindical, unificó la lucha económica y política del movimiento obrero por largo tiempo, pero posteriormente el campo sindical y el político se separaron manteniendo simplemente la "colaboración" o la "solidaridad moral".

La socialdemocracia

Los partidos socialdemócratas escandinavos recibieron desde sus comienzos hasta la Primera Guerra Mundial una influencia política muy grande del Partido Socialdemócrata Alemán, que era considerado el partido obrero más importante de Europa y gozaba de mucho prestigio por su fuerza y su organización.
Hasta 1890, cuando estalló la crisis interna del revisionismo, el PSDA sostuvo las posiciones del

Salidos del aserradero, los troncos son transportados por la corriente. El desarrollo industrial de los países escandinavos se basó en gran medida en la explotación forestal.

En 1871 Louis Pio crea el Partido Socialista, como sección danesa de la Primera Internacional.

marxismo, por las que el partido obrero tenía la misión de organizar y dirigir la lucha de clases hasta la conquista del poder político por el proletariado y la instauración de una sociedad socialista.

La aparición y consolidación de las tendencias reformistas en el PSDA se reflejó en la política de los partidos escadinavos, que fueron abandonando también la concepción del carácter violento de la revolución socialista por la de una evolución progresiva y pacífica del sistema capitalista hacia el socialismo.

Partiendo de esta base, la acción política del partido obrero debía tender a lograr la aplicación de reformas que no solo elevaran el nivel de vida de la clase obrera sino también que extendieran el control obrero en la sociedad, lo cual aceleraría el tránsito a la nueva sociedad.

El programa de Gotha de 1875, como el de Erfurt de 1891, cuyas conclusiones fueron adoptadas por los partidos escandinavos, dejaban un amplio margen para la política reformista, a pesar de la ortodoxia de sus enunciados. Las reformas precisadas en el Programa de Erfurt —sufragio universal, impuesto progresivo sobre los ingresos, jornada de ocho horas, etc.—, se constituirían en los objetivos fundamentales para la política socialdemócrata.

En la **Crítica al Programa de Erfurt** Engels señaló que el partido obrero debía apoyar "todas las reivindicaciones encaminadas a mejorar la situación de la clase obrera", como también participar de la acción electoral y parlamentaria dentro del estado burgués, pero que esa lucha política podía conducir al oportunismo si se transformaba en un fin en sí misma y perdía de vista la perspectiva revolucionaria.

Fue al perder esta perspectiva revolucionaria cuando los partidos socialdemócratas concentraron todas sus fuerzas en la lucha parlamentaria y el logro de las reformas electorales y el sufragio universal se volvieron requisitos indispensables para el acceso al poder político.

En esta lucha los partidos burgueses que dominaban el aparato estatal no pudieron ser enfrentados por los partidos socialdemócratas en forma aislada. Estos tuvieron que aliarse con los partidos liberales o radicales, que, desde la oposición, buscaban también democratizar la estructura política. También fueron necesarios pactos con partidos campesinos o agrarios para lograr la mayoria en los parlamentos y el apoyo brindado por ellos a las medidas de seguridad social obligaron a la socialdemocracia a hacer concesiones programáticas de gran importancia.

La constitución danesa establecía un Riksdag de dos cámaras: el Folketing, electo por votación amplia, y el Landsting, que estaba controlado por los grandes terratenientes y que, a través de su alianza con la corona, dominaba al parlamento.

La lucha del Partido Socialdemócrata danés se centró, hasta la Primera Guerra Mundial, en la obtención de un gobierno parlamentario que dependiera del Folketing. Desde 1884, en que consiguieron dos bancas en el Riksdag, buscaron aliarse al Partido Liberal para enfrentar la política del gobierno conservador de Estrup. Las cuestiones comunes que unían a los dos partidos eran la oposición al aumento de los gastos militares y la reforma constitucional. En las elecciones generales de 1913 el Partido Socialdemócrata, en alianza con el Partido Radical, formado en 1905, obtienen la mayoría en el Folketing, y logran en 1915 la aprobación de una nueva constitución que establecía el sufragio universal y una reforma parlamentaria con representación proporcional. A partir de esta reforma estos dos partidos aumentan considerablemente su poder parlamentario en las siguientes elecciones.

La colaboración en Dinamarca entre la socialdemocracia y los radicales fue un hecho muy importante. El Partido Liberal, llamado también Liberal-Agrario, representaba los intereses de los propietarios rurales; en cambio, el Partido Radical, surgido en 1905 de su propio seno bajo el liderazgo de C. T. Zahle, comprendía a gran cantidad de intelectuales y empleados urbanos y tenía el apoyo

de pequeños propietarios rurales. Fue por esta razón que los socialdemócratas mantuvieron un acuerdo mucho más duradero con los radicales, con los cuales compartían muchas reivindicaciones, mientras que el Partido Liberal buscaba una democratización, pero no estaba dispuesto a llevar más allá un enfrentamiento con el rey y el Landsting.

Las decisiones de la Segunda Internacional, que se había pronunciado en contra de la participación en los gobiernos burgueses, fueron respetadas por el partido danés, pero no impidieron que diera su apoyo pleno al gobierno radical de Zahle (apoyo que sería retribuido durante el gobierno socialdemócrata).

Noruega estuvo hasta 1905 bajo el dominio de la monarquía sueca, pero con una relativa autonomía interna. La lucha por la independencia nacional se dio muy ligada a la lucha por la democratización ya que la clase dominante noruega tenía en el rey sueco el apoyo más grande para la conservación de su poder.

El Partido Radical, creado y dirigido por Johan Sverdrup, fue el que llevó adelante las reivindicaciones de extensión del sufragio y gobierno democrático en el parlamento noruego (Storthing). Con el apoyo de los pequeños agricultores, sectores medios y grandes personalidades literarias, centralizó la lucha por la independencia. El gran peso político que adquirió obligó al rey a nombrarlo primer ministro en 1884.

En 1905 el Storthing declaró la independencia y el rey sueco envió patrullas a Noruega. La amenaza de huelga general de los sindicatos suecos y noruegos paralizó la ocupación militar y obligó al rey a ceder finalmente, reconociendo la separación de la corona sueca. La forma de gobierno decidida por una votación popular fue una nueva monarquía con facultades limitadas, manteniéndose también el sistema unicameral.

El establecimiento del sufragio masculino permitió a los socialistas aumentar el número de asientos en el Storthing, llegando a diez en 1906. Ese año se lanzaron junto con los radicales a en-

Cronología de Suecia

1800 2,3 millones de habitantes; 1900: 5,1 millones de habitantes (aumento del 122 %).

1809 Se promulga la Constitución, aún hoy vigente; Suecia establece sus actuales fronteras, cediendo Finlandia a Rusia.

1810 El mariscal Bernadotte es elegido príncipe heredero. Ley sobre la libertad de prensa e imprenta.

1813-14 Suecia participa en la guerra contra Napoleón.

1814 Paz de Kiel. Dinamarca cede Noruega a Suecia. Unión de Suecia y Noruega.

1848 Pacto militar entre Suecia y Dinamarca ante el conflicto germano-danés.

1864-66 Reforma del sistema parlamentario: se crean dos cámaras, que sustituyen los cuatro estados. Una es elegida en forma directa y la otra en forma indirecta. El nuevo Partido Campesino obtiene la mayoría.

1872 Política de neutralidad proalemana. Se desarrolla la industria de la madera y el hierro, se construyen plantas hidroeléctricas. La crisis agrícola provoca una emigración en masa a los Estados Unidos.

1888 Se establecen aduanas para los productos agrícolas en la batalla del libre cambio.

1889 Se crea el primer partido político socialista sueco: El Partido Socialdemócrata.

1893 El sufragio universal es exigido por los socialdemócratas y los liberales.

1898 Se funda la Confederación General de Trabajadores (LO).

1901 Establecimiento del servicio militar obligatorio.

1902 Se organiza la S A F: Confederación Patronal Sueca. Huelga general por la ley del sufragio universal.

1905 Noruega se independiza de Suecia y recibe el apoyo del Partido Socialdemócrata y de los sindicatos suecos.

1906-9 El cuerpo electoral se amplía considerablemente con el sufragio universal masculino.

1909 Huelga general. Serio enfrentamiento entre la S A F y L O.

1914 Suecia se mantiene neutral frente a la Guerra Mundial.

1917 Los socialdemócratas forman parte de un gobierno de coalición. Conferencia de Estocolmo.

1918 Sufragio universal para hombres y mujeres.

1919 Ley sobre la jornada de ocho horas.

1920 Primer gobierno de dirección socialista. Suecia ingresa en la Sociedad de Naciones.

1928 Legislación sobre los convenios colectivos y sobre el tribunal del trabajo.

1931 La corona se desliga del patrón Oro.

1932 Suecia es afectada económicamente por la depresión mundial. Triunfo socialista en las elecciones generales. Per Albin Hansson forma un gobierno socialdemócrata.

1938 Se firma el acuerdo de Saltsjöbaden entre la S A F y L O.

1939-40 Per Albin Hansson preside un gobierno de unidad nacional, en el que participan todos los partidos políticos, excepto el Partido Comunista.

1945 Se constituye un nuevo gobierno socialdemócrata.

frentar a los liberales y conservadores en la disputa acerca de las concesiones a capitales extranjeros. Las leyes impulsadas por ambos partidos defendieron los recursos nacionales, especialmente los forestales, de la indiscriminada concesión para la explotación extranjera.
En las elecciones de 1912 el Partido Laborista dobló el número de representantes, llevando veintitrés miembros al nuevo Storthing, que el año siguiente estableció el sufragio universal, eliminando los requisitos de propiedad.
En Suecia la organización partidaria socialdemócrata era muy débil como para quebrar la dominación de los grandes terratenientes. Por este motivo se alió con el Partido Liberal, que estaba en la oposición y a favor de una reforma electoral. Hasta 1896 —año en que Hjalmar Branting, principal dirigente del Partido Socialdemócrata, obtiene un asiento en el Riksdag— la lucha conjunta de socialistas y liberales se ve entorpecida por diferencias entre ambos partidos con respecto a la huelga general. Los socialistas estaban dispuestos a utilizarla como arma en caso de que el gobierno se negara a otorgar el sufragio universal, pero los liberales se oponían.
En 1902, en respuesta a una propuesta de ley de voto limitado presentada por el gobierno conservador, el partido socialdemócrata, apoyado por los sindicatos, llamó a una huelga general por el sufragio universal. La huelga iba a tener el carácter de demostración, mientras la ley se discutía en el Riksdag, pero, aunque la ley no fue aprobada, la demostración agrupó a 120.000 obreros y tuvo una reperscusión importante.
La lucha de Noruega por su independencia obtuvo en Suecia una adhesión completa del Partido Socialdemócrata y los sindicatos, que amenazaron con una huelga general si el gobierno no aceptaba la reclamación noruega. La corona y el gobierno cedieron, dando lugar a una crisis política que culminó con el reemplazo del gobierno conservador por uno liberal, que propugnó la aprobación del voto universal masculino.

Las luchas sindicales


En 1887 los sindicatos daneses declararon una serie de huelgas locales por aumento de salarios y mejoras sociales. También pedían el reconocimiento de los convenios colectivos y el empleo exclusivo de obreros sindicalizados. La patronal, que había formado una confederación para hacer frente a los sindicatos, respondió con despidos en masa, que afectaron a 43.000 obreros, para forzar a los trabajadores a renunciar a sus reivindicaciones, pero éstos resistieron con ayuda del exterior.
Finalmente los patrones consintieron la firma de un acuerdo, que se llamó "Acuerdo de Septiembre", en el cual ambas organizaciones aceptaban los convenios colectivos. Los sindicatos debían avisar antes de recurrir a la huelga y agotar las negociaciones, y un juzgado arbitral controlaría en caso de incumplimiento de alguna de las partes. En realidad este acuerdo dejaba abierta la posibilidad de utilización tanto de la huelga general como del lock-out, ya que este juzgado no poseía autoridad para decidir en las disputas laborales.
En 1908 hubo un nuevo enfrentamiento entre sindicatos y patrones, que volvieron a utilizar los despidos masivos ante las demandas salariales. La lucha culminó con un nuevo acuerdo, que corregía el anterior y establecía la creación por ley de un juzgado de arbitraje para resolver los conflictos y también el cargo de mediador público con los mismos fines. Este acuerdo creaba las condiciones para las futuras negociaciones colectivas pacíficas.
Los sindicatos daneses se fueron fortaleciendo cada vez más en los años siguientes y obtuvieron concesiones importantes. A comienzos de la Primera Guerra Mundial los obreros daneses tenían los salarios más altos y la organización más fuerte de los países europeos.
Por su parte, los sindicatos suecos organizados en la L. O. tuvie-

Arriba: cantera de granito en el Báltico, explotada por firmas danesas.
En la fotografía inferior: instalaciones del aserradero sueco Ostersund.

Junto a los terratenientes y los pequeños propietarios campesinos creció en Suecia una capa de trabajadores rurales nómades y sin empleo fijo, que comenzó a convertirse en un peligroso factor de perturbación social para las clases dominantes.

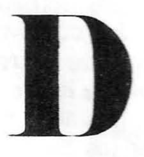
ron que enfrentar, ya al año siguiente de su creación, en 1899, la negativa de los patrones del Norte de Suecia a reconocer los derechos de asociación y contrato colectivo.

Los patrones entonces organizaron sus fuerzas en 1902 en una Confederación llamada S. A. F. (Svenska Arbetsgivere Föreningen), que, iderada por Hjalmar von Sydow, se proponía responder a las organizaciones obreras con la política del lock-out generalizado, imitando a los patrones daneses.

En 1905, mientras se desarrollaba la lucha de Noruega, la S. A. F. enfrentó con despidos masivos una gran huelga metalúrgica que, sin embargo, duró seis meses y consiguió finalmente obtener un salario mínimo.

En vista de esto, en el Riksdag se propuso una ley para limitar el derecho de huelga, pero no pudo ser aprobada por la actitud decidida de la L. O., que amenazó con otra huelga general. A partir de entonces la S. A. F. se propuso consolidar y fortalecer su organización para poder pasar a la ofensiva. Obligó a todos sus adherentes a aplicar el principio de libre contratación, contra el cual habían luchado los sindicatos y por el cual los patrones evitaban contratar obreros sindicalizados.

La huelga general de 1909



Desde el año 1907 la situación económica de Suecia pasó por una seria depresión. Se produjo una caída de los salarios, aumentó la desocupación y los obreros intentaron llevar a cabo huelgas en varias empresas para resistir la crisis.

La organización patronal decidió entonces amenazar con despidos en masa si los sindicatos no modificaban su actitud. La respuesta obrera al ultimátum no se hizo esperar y la L. O. convocó a la huelga general en el verano de 1909.

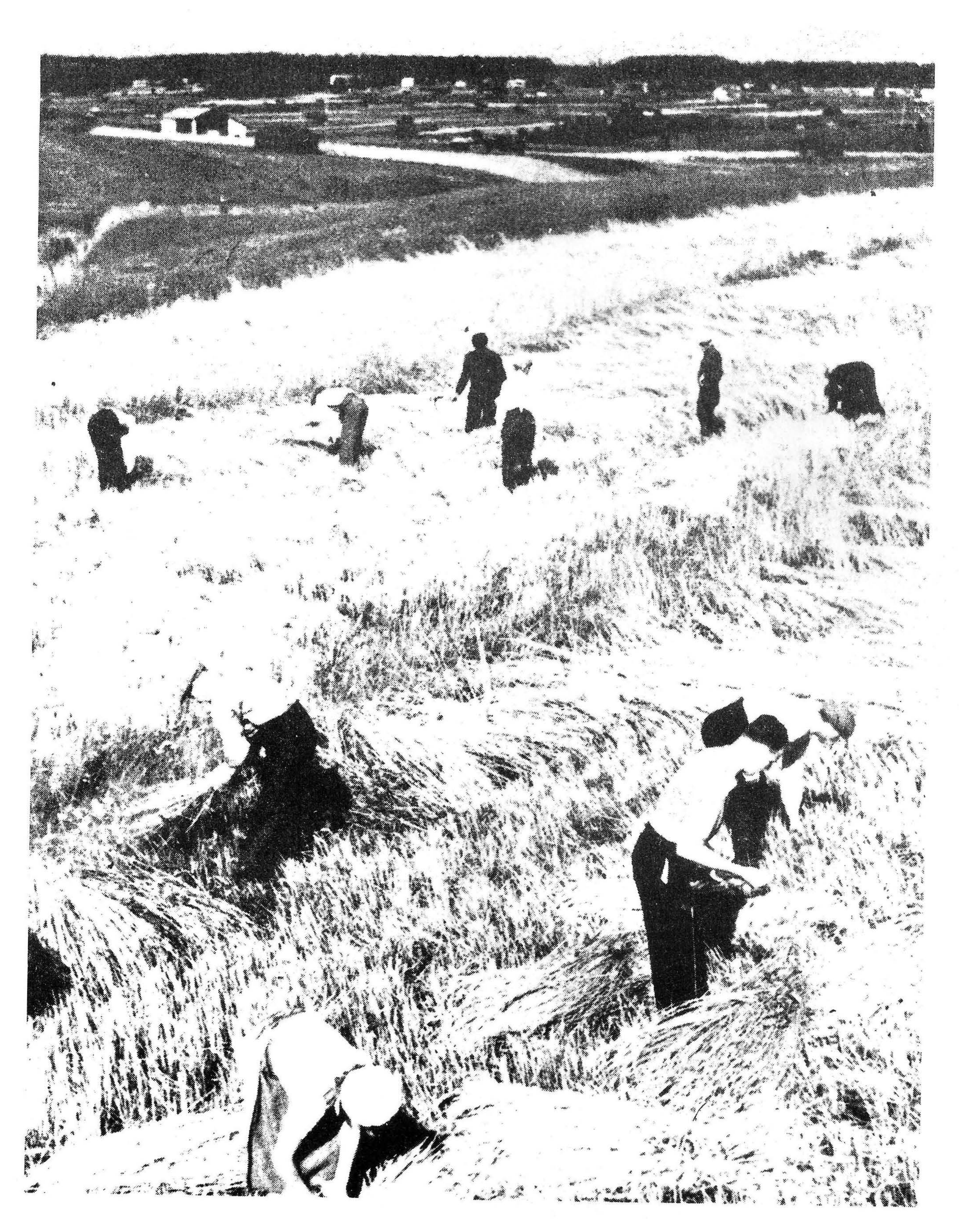
Los dirigentes sindicales eran conscientes de que la huelga se declaraba en una situación totalmente desfavorable para el movimiento obrero y que las probabilidades de triunfo eran escasas. Sin embargo, eligieron tomar la iniciativa antes que esperar los despidos masivos, basándose en el sentimiento general entre los trabajadores de resistir a la S. A. F. Por otro lado, si se esperaba más, se agotarían las reservas económicas de los sindicatos y no podrían sostener la huelga por mucho tiempo.

La huelga general duró todo un mes y abarcó a gran cantidad de trabajadores, inclusive de sindicatos no afiliados a la L. O. que también adhirieron a la medida de fuerza. Un periódico llamado **Svart** (La respuesta) se editó especialmente para la huelga. Los sindicatos noruegos, daneses y de otros países enviaron fondos, pero no fueron suficientes. A fin del mes la situación se hizo insostenible y volvieron al trabajo los obreros no directamente afectados por el conflicto. Los restantes resistieron un tiempo más, pero finalmente la derrota fue inevitable.

Un incidente producido durante la huelga fue utilizado posteriormente para desacreditar a los sindicatos y al Partido Socialdemócrata. A raíz de que los patrones traían esquiroles de Inglaterra para romper la huelga, en Malmö (Skane) un pequeño grupo de jóvenes sindicalistas intentó volar una embarcación donde se los transportaba. Fueron descubiertos y apresados, y aunque la L. O. mostró su desacuerdo con ese hecho, lo mismo que el Partido Socialdemócrata, no pudieron impedir que fuese utilizado contra ellos.

El efecto más grave de la derrota de 1909 fue la disminución de miembros de los sindicatos. Las cámaras de trabajo locales habían sido reemplazadas por uniones nacionales, y 45 de estas uniones, que en 1907 agrupaban a 230.000 miembros, bajaron a 114.000 después de la huelga. Las 28 uniones afiliadas a la L. O., que contaban con 186.000 adherentes, redujeron el número de éstos a 80.000.

Lo mismo ocurrió con el Partido Socialdemócrata, ya que debía gran parte de su fuerza numérica a las afiliaciones sindicales: pasó





de 112.000 afiliados en 1905 a 55.000 en 1910.

Estos retrocesos expresaron la desmoralización que provocó la derrota de la huelga, que tuvo las características de una grave confrontación entre la clase obrera y la capitalista. Los dirigentes dieron a la huelga un carácter defensivo, de resistencia, y en esta lucha desigual la mala situación económica facilitó el triunfo patronal. (Un grupo de sindicalistas se separó de la L. O. después de la huelga y creó en 1910 una unión sindicalista independiente que agrupó a obreros forestales, principalmente, y que no tuvo mayor trascendencia, pero que puso en evidencia la controversia creada en los sindicatos acerca de la huelga general.)

Posteriormente, durante la Primera Guerra Mundial, las organizaciones obreras volvieron a fortalecerse y a fines de la guerra los sindicatos suecos se encontraban con el mayor poderío de toda su trayectoria.

El movimiento cooperativista

En las sociedades cooperativas escandinavas, tanto socialistas como sindicalistas tuvo una gran participación Väinö Tanner, dirigente socialdemócrata finlandés,que fue al mismo tiempo un gran líder cooperativista. Sin embargo, y a pesar de su importancia como movimientos nacionales, se mantuvieron al margen de los sindicatos y los partidos socialdemócratas.

Dinamarca era a fines del siglo XIX el país que poseía la organización de cooperativas más importante del mundo. Desde 1870 se había desarrollado un movimiento de consumidores, tanto en el campo como en la ciudad, y años después crecieron cooperativas agrícolas para la producción de leche, manteca y carne. Las granjas eran abastecidas por sociedades de venta al por mayor, que relacionaban a las cooperativas locales de consumo.

Finlandia estableció una organiza-

Cronología de Dinamarca

1800 0,9 millones de habitantes; 1900: 2,5 millones (aumento del 177 %).
1814 Por la Paz de Kiel es cedida Noruega, que formaliza su unión con Suecia. Bancarrota del Estado y crisis agraria.
1844 El teólogo y pedagogo Grundtvig organiza el movimiento de la Escuela Superior Popular.
1848-50 Primera guerra Germano-Danesa.
1849 Federico VII firma la primera constitución libre: sufragio universal, libertad de oficios.
1864 Guerra contra Austria y Prusia en la que se pierden Schleswig, Holstein y Lauenburgo.
1871 Creación de la sección danesa de la Primera Internacional.
1875 Gobierno de Estrup, con mayoría liberal y campesina en el Folketing (cámara baja).
1878 Creación de la Unión Socialdemócrata.
1879 Las cooperativas agrícolas aumentan la exportación de productos agrarios.
1898 Organización de una central sindical nacional.
1901 El nuevo gobierno Cristensen inicia un programa de reforma agraria.
1912 Reforma constitucional y parlamentaria.
1915 Voto femenino.
1918 Islandia se convierte en un reino en unión con Dinamarca.
1920 Dinamarca determina sus fronteras actuales. Gobiernos Socialdemócratas (Stauning).
1933 Política de reforma social.
1939 Pacto de no agresión con el Tercer Reich dirigido contra la URSS. Rechazado por Noruega, Suecia y Finlandia.
1940 Alemania ocupa Dinamarca.
1944 Islandia se separa de Dinamarca.
1945 Una vez terminada la ocupación alemana, Dinamarca ingresa en las Naciones Unidas.

Cronología de Noruega

1800 0,9 millones de habitantes; 1900, 2,2 millones (aumento del 144 %).
1814 Convenio de Moss: unión dinástica con Suecia. Oposición del Parlamento al derecho de veto del rey sueco.
1850 Comienzo de la expansión económica.
1884 El ministerio Sverdrup (izquierda campesina) democratiza el parlamento. Este exige una política exterior independiente de Suecia para defender mejor los crecientes intereses marítimos noruegos.
1887 Creación del Partido Socialdemócrata: Partido Noruego de los Trabajadores (DNA).
1897 Se funda la Confederación General del Trabajo (AFL).
1905 Disolución de la unión con Suecia; culminación de la lucha por la independencia.
1907 Los países europeos reconocen al nuevo reino. Se sustituye el danés por un idioma neo-noruego: el Landsmal.
1914 Neutralidad de Noruega frente al conflicto mundial. Tranmael organiza soviets de soldados durante la guerra.
1919 Adhesión a la Tercera Internacional.
1923 Ruptura con el Comintern. Escisión de la izquierda del DNA, que constituye el Partido Comunista.
1928 Primer gobierno socialista minoritario dirigido por C. Hornsurd.
1932 J. Nygaardsvold, Primer Ministro. Gobierno socialista en alianza con el Partido Agrarista.
1934 Acuerdo general entre patrones y sindicatos para la negociación colectiva regular de condiciones de trabajo.
1940 Noruega es invadida por los alemanes.
1945 Vuelve de Londres el gobierno de coalición que había abandonado el país.

Monumento al trabajo en Estocolmo. En 1919 se sancionó la primera ley que establecía la jornada de ocho horas para los trabajadores suecos.

Producción de sulfuro en una planta elaboradora sueca. La minería es otra de las grandes ramas productivas de los países nórdicos.

ción central de cooperativas agrícolas en 1899 y, en 1903, una sociedad cooperativa de venta al por mayor (S. O. K.) que relacionaba sociedades de consumidores rurales.
En Suecia el cooperativismo se desarrolló bajo influencia danesa. La Kooperativa Förbundet (K. F.) se creó en 1899 como movimiento de consumidores contra los monopolios. (Se apoyaba en los propietarios rurales, obreros industriales y sectores medios. El número de sus miembros pasó de 100.000 en 1913 al doble en 1917.) Su primera lucha antimonopolista contra el **cartel** de la margarina fue exitosa ya que provocó su quiebra en 1911. Johansson fue su dirigente principal. Enfrentó tàmbien el **cartel** de los molinos de harina y reorganizó cooperativas de propietarios rurales. Estas cooperativas habían creado bancos propios y se habían encargado de la exportación de sus productos, pero decayeron económicamente durante la guerra. También tuvieron gran importancia las cooperativas de seguros y de viviendas, independientes de la K. F., y una sociedad de venta al por mayor, la Nordiak Andelsforbund, que se estableció en 1918 conjuntamente con Dinamarca y Noruega.
Este gran movimiento cooperativo tuvo siempre como objetivo principal defender a los consumidores de la explotación monopolista, y se concentró en la producción. Sus dirigentes se opusieron sistemáticamente a todo intento de ligazón con los sindicatos o de dar un carácter político a sus reivindicaciones.

El reformismo del P S D Sueco

Como consecuencia de la huelga general de 1909 el Partido Socialdemócrata había disminuido considerablemente el número de sus afiliados; sin embargo, su caudal electoral siguió aumentando. Después de la reforma electoral de 1909 del gobierno liberal, que otorgara el sufragio universal masculino, miles de nuevos votantes se incorporaron al cuerpo electoral, y en las siguientes elecciones generales, de 1911, el partido consiguió llevar al Riksdag 87 representantes sobre 230 en la Cámara Baja.
Las relaciones con los sindicatos se fueron aflojando, manteniéndose a nivel de "colaboración", principalmente en el terreno de la educación, en la que el partido buscó el medio de reconstruir su organización. Se crearon las bases de lo que sería la Asociación Educativa de Trabajadores suecos (A. B. F.), donde colaboraron el partido, los sindicatos y el nuevo movimiento cooperativista.
Después de la huelga de 1909 el partido había experimentado grandes modificaciones internas. Las tendencias de izquierda que eran partidarias de la huelga general habían sido desplazadas a partir de la derrota y Hjalmar Branting se había transformado en líder indiscutido de la nueva orientación moderada. Desde 1897, en que había sido elegido primer representante del partido en el Riksdag, luchaba por las reformas en la legislación laboral y social, pero su concepción del socialismo no iba más allá de la concepción del estado benefactor. Sostenía la indisoluble relación entre la democracia parlamentaria y el socialismo, lo cual implicaba la transformación del estado a través del sufragio universal, las instituciones democráticas, la intervención estatal en la economía y la legislación social y la participación de los obreros en la gestión económica y técnica de las empresas.
Esta posición llevaba implícita la concepción reformista del estado, según la cual éste no constituía un instrumento de dominación de una clase por otra, en tanto producto del carácter irreconciliable del antagonismo de clases, sino un órgano que, situado por encima de las clases, servía a la conciliación de sus intereses. Consecuentemente, el proletariado podía conquistar poco a poco el poder político a través de la lucha sindical y parlamentaria, limitando gradualmente la explotación capitalista, extendiendo la influencia socialista en la economía y "extinguiendo" el estado burgués.




Th. Bartholdy



Plaza del mercado en Copenhague, 1910. En este año se creó una unión sindical independiente de la Lands Organization que agrupó a los obreros forestales.

El Congreso de la Internacional en Berna, febrero de 1919

A. *Resolución Branting sobre el bolchevismo:*
Plenamente de acuerdo con todos los congersos de la Internacional, la Conferencia de Berna permanece inquebrantablemente en el terreno de la democracia. Una reoganización social, siempre más profundamente penetrada de socialismo, no puede ser ni realizada ni estabilizada si no reposa en las conquistas de la democracia y no hunde sus raíces en los principios de libertad. Estas instituciones constitutivas de toda democracia, la libertad de palabra y de prensa, el derecho de reunión, el sufragio universal, el sistema parlamentario con las instituciones que garantizan la colaboración y las decisiones populares, el derecho de asociación, etc... son, para el proletariado, los instrumentos de su lucha de clase. El socialismo auténtico implica un desarrollo metódico en las diferentes ramas de la actividad económica, bajo el control de la nación democrática. Una toma de posesión arbitraria de algunas explotaciones por pequeños grupos de obreros no es el socialismo: no es otra cosa que un capitalismo con numerosos accionistas.
En el pensamiento de la Conferencia no es posible un desarrollo socialista efectivo más que bajo la ley de la democracia; de ello se sigue que es necesario, desde el principio, eliminar todo método de socialización que no tuviese posibilidad alguna de ganar la adhesión de la mayoría del pueblo. El peligro sería mayor aún si tal dictadura se apoyara tan sólo en una parte del proletariado. La consecuencia inevitable de tal régimen no podría ser más que la de paralizar todas las furezas del proletariado por una guerra fratricida. El fin sería la dictadura de la reacción.

B. *Moción presentada por Adler y Longuet:*
Nosotros ponemos el proletariado en guardia contra toda especie de vilipendio que se intente aplicar a la República rusa de los Soviets, porque no tenemos una base suficiente para pronunciar nuestro juicio. A ciencia cierta sólo sabemos que se trata de la vergonzosa campaña de difamación en la que han rivalizado la prensa y los órganos de los imperios centrales, así como la de la Entente durante la guerra y que continúa hoy sin cambio alguno.
Nosotros no queremos, formulando un juicio prematuro sobre los métodos políticos, ser víctimas de las maniobras y calumnias interesadas de los gobiernos burgueses.

(Tomado de P. Renaudel, *L'International de Berne*, Paris, 1919.)

Esta concepción de la transición gradual al socialismo limitaba la lucha del proletariado a la conquista de concesiones por parte del estado, en lugar de impulsar su organización como clase para la toma violenta del poder político.
Kautsky lo expresaba claramente caundo sostenía: "La tarea de la huelga de masas no puede ser nunca la de **destruir** el poder estatal, sino simplemente la de obligar a un gobierno a ceder en un determinado punto o la de sustituir un gobierno hostil al proletariado por otro dispuesto a hacerle concesiones [...] Pero jamás, ni en modo alguno, puede esto (es decir, la victoria del proletariado sobre un gobierno hostil) conducir a la destrucción del poder del estado, sino pura y simplemente a un cierto **desplazamiento** en la relación de fuerzas **dentro** del **poder del estado** [...] Y la meta de nuestra lucha política sigue siendo la que ha sido hasta aquí: conquistar el poder del estado ganando la mayoría en el parlamento y hacer del parlamento el dueño del gobierno".
Es evidente que aquí ya el estado burgués ha perdido su carácter de clase para transformarse en una institución "democrática" en la que el partido debe ganar posiciones a través de la acción parlamentaria.
No era ésta la concepción del marxismo, según la cual, si bien el partido, dentro del estado burgués, no debía eludir la lucha electoral y parlamentaria, apoyando todas las reivindicaciones legales que elevaran materialmente el nivel de vida de la clase obrera, éste no constituía el único centro de la lucha, ya que no perdía de vista que las relaciones de explotación no podían ser superadas más que con la destrucción del estado burgués y la constitución del proletariado en clase dominante.
Desde este punto de vista la democracia burguesa facilitaba a la clase obrera medios útiles para su organización: el parlamento como tribuna política, las campañas electorales para la agitación y la propaganda, el sufragio para medir las fuerzas; pero esta democracia seguía siendo "burguesa", por lo cual la defensa de la

"democracia en general" constituía un ocultamiento de la verdadera esencia del estado.
Esta defensa de "los principios de la democracia", entendiendo por esto la libertad de palabra, de prensa, de reunión, el sufragio universal, el sistema parlamentario, etc., la realizó Branting al presidir el Congreso de Berna de la Segunda Internacional en 1919, en el que ataco a la "dictadura bolchevique".
Lenin respondió entonces con sus "Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado", en las que demostraba cómo en el estado burgués la democracia es la dictadura de la burguesía y cómo en el estado obrero la dictadura que se ejerce sobre una minoría explotadora es democracia para la gran mayoría de la población. De este modo mostraba que era absurdo hablar de "democracia" o "dictadura" en abstracto, sin referirse a qué intereses de clase representaban, ya que, además, la perspectiva del estado obrero era la de su desaparición como estado, conjuntamente con toda dominación de clases.
Al estallar la Primera Guerra Mundial los socialdemócratas constituían el partido político de mayor influencia en la política sueca. En los años precedentes a la guerra se habían opuesto sistemáticamente al aumento del presupuesto para gastos militares del gobierno liberal. Branting sostuvo una posición fuertemente neutralista, que por otra parte predominaba en la mayoría de la población, a pesar de estar las simpatías divididas.
La campaña llevada a cabo por la derecha para aumentar los gastos militares no prosperó, y el gobierno conservador surgido de las elecciones de 1914 mantuvo la neutralidad de Suecia.
Durante los años de guerra, se desarrolló una disputa dentro del Partido Socialdemócrata. Sus dirigentes habían planteado su interés en participar de un gobierno de coalición al terminar el conflicto. Un sector del partido se opuso a la posibilidad de colaboración con gobiernos burgueses adoptando las conclusiones de las conferencias de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916), donde se buscó unificar a los movimientos obreros europeos contra la guerra.
La controversia culminó en 1917, cuando Branting entró a formar parte del gabinete de coalición del liberal Nils Edén, junto con otros tres socialdemócratas. Este gobierno, en el que participó hasta 1920, otorgó el sufragio femenino, completando la reforma electoral.

La escisión del Partido Socialdemócrata

Para las elecciones de 1917 una quinta parte de los miembros del partido se separó formando el Partido Socialista Independiente. El nuevo partido estaba dirigido por Z. Höglund, ex dirigente de la Juventud Socialista, y Carl Lindhagen; inmediatamente se relacionaron con los bolcheviques rusos y con el nombre de Partido Comunista entraron a formar parte del Komintern.
Höglund dirigió el nuevo Partido Comunista Sueco hasta 1924, en que fue separado del partido por el Quinto Congreso del Komintern por negarse a seguir las directivas centralizadas de Moscú. Esta separación, que siguió a la de Martin Tranmael en Noruega, como a la de otros dirigentes socialdemócratas europeos, se debió a la rigidez de la Internacional en la disciplina y centralización de su política "contra el oportunismo". Tal actitud se fundaba en la convicción de que el triunfo de la Revolución Rusa se debía a la dirección y la disciplina política del partido. La carencia de esos elementos explicaba la derrota del movimiento obrero europeo.
Una parte de los afiliados al P. C. sueco se separó con Höglund y el resto quedó bajo la dirección de Karl Kilbom. Este grupo fue aumentando su fuerza hasta que en 1930 se repitió la escisión quedando conectado con la Internacional solamente un pequeño sector.
Los disidentes crearon entonces un Partido Comunista Indepen-

Al estallar la Primera Guerra Mundial el Partido Socialdemócrata Sueco sostuvo la neutralidad en política exterior. En 1919 Branting atacaría, en el Congreso de Berna, a la "dictadura bolchevique".

En los años posteriores a la guerra se produjo una fuerte industrialización en todos los sectores, pero la crisis mundial perjudicó los precios de las materias primas y el precio de los productos agrícolas bajó de manera alarmante.

diente, que perduró hasta que en 1937 volvieron al Partido Socialista.

A pesar de la ruptura de 1917 el Partido Socialdemócrata siguió progresando. Después de participar en el gobierno de coalición de Nils Edén, Branting presidió un gabinete socialista en 1920, siendo sucedido luego por un gobierno conservador. La característica de Suecia entre los años de 1920 y 1930 es su gran inestabilidad política: los gobiernos se sucedían y las alianzas entre los partidos se modificaban constantemente sin lograr estabilizar una mayoría en el Riksdag.

La depresión de posguerra creó las condiciones para que en las elecciones generales de 1921 Branting consiguiera formar un nuevo gabinete socialista apoyado por los liberales. Sin embargo, por la forma de encarar la política de subsidios a los desocupados, que no agradó a la mayoría del Riksdag, volvieron los conservadores al poder, siendo a su vez derrotados en el parlamento por su política de defensa.

Branting murió en 1925, después de formar otro gabinete socialista, y fue reemplazado por Richard Sandler como primer ministro; este gabinete cayó al año siguiente por la oposición de los demás partidos a la política de subsidios al desempleo, que seguía siendo un problema candente.

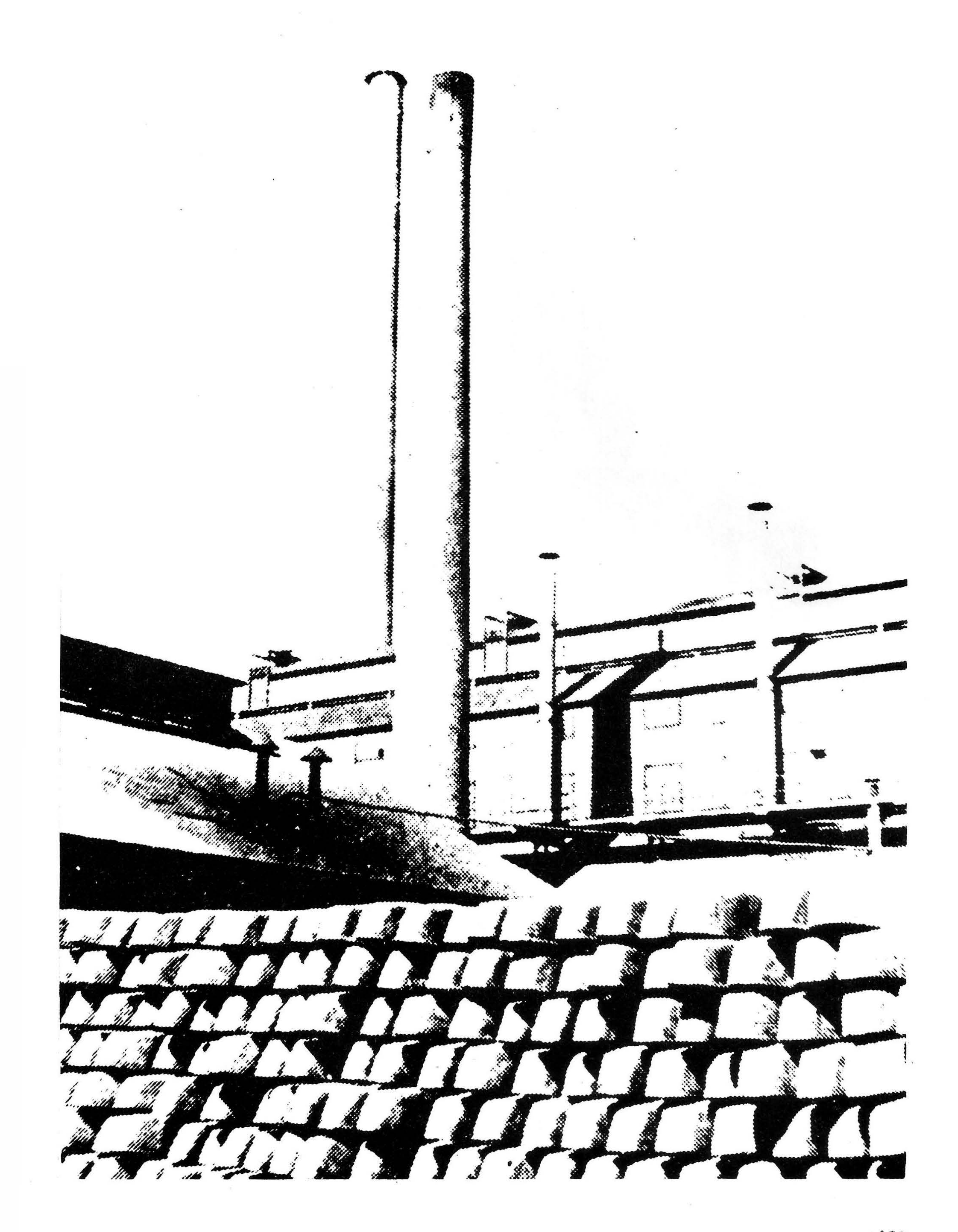
Las elecciones de 1928 constituyeron un gran retroceso para la socialdemocracia y su nuevo dirigente, Per Albin Hansson. Lograron 90 asientos en la Segunda Cámara, sobre 230, mientras que en 1924 tenía 105. Pero a partir de 1930 comienza a recobrar fuerzas en las elecciones locales y en 1932 obtiene un amplio triunfo en las elecciones generales, con la llamada "alianza verdirroja", formada por el partido socialdemócrata y la Union Campesina. Este partido había sido conservador en su origen, pero aumentó progresivamente su influencia entre los pequeños campesinos y granjeros, acercándose a los objetivos de la socialdemocracia. La Federación de la Juventud Socialista y la Federación Campesina habían unido sus fuerzas en la lucha contra los patrones de obreros y campesinos.

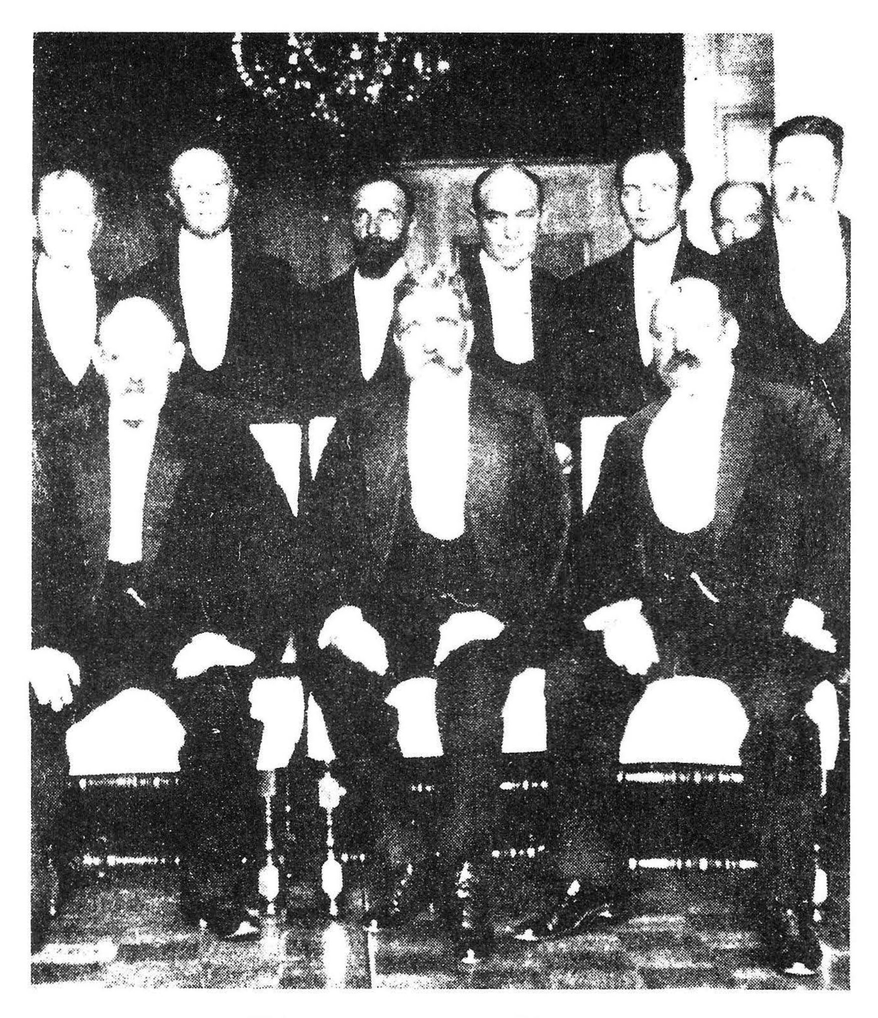
Dos hechos que conmovieron la vida política sueca deben tenerse en cuenta como factores que favorecieron la victoria socialdemócrata, además de la crisis mundial de 1929. En primer lugar, el escándalo en torno a la muerte dramática del financista Iván Kreuger. El crack financiero que la siguió constituyó para gran parte de la opinión popular una revelación de la crisis del capitalismo. El otro hecho importante lo constituyen los llamados "sucesos de Adalen". La presencia de rompehuelgas en los conflictos había provocado manifestaciones obreras contra ellos. En una de esas manifestaciones los militares dispararon contra los obreros asesinando a varios de ellos. Este hecho ocurrido en 1931 no dejó de recordarse en los debates parlamentarios de los diez años siguientes.

Suecia y la crisis mundial


uecia fue afectada también por la crisis económica mundial que había comenzado a fines de 1929. Pero sus efectos no fueron allí tan terribles como en otros países, donde el paro general dio pie a la ofensiva patronal en lo referente al nivel de salarios y los derechos sociales de los obreros. Suecia se encontró en una mejor situación para superar la crisis porque desde la Primera Guerra Mundial se había producido una gran aceleración de la expansión industrial, como también un acrecentamiento del volumen del comercio exterior. Los productos de exportación suecos —pulpa de madera, papel y otros productos forestales— no habían bajado su precio y la demanda se mantuvo creciente. La reducción de la producción en ese lapso se debió a la disminución de la jornada de trabajo, que constituyó una mejora en el nivel de vida de los trabajadores suecos.

Sin embargo, la repercusión de la crisis sobre las exportaciones fue muy violenta. La fuerte baja en la demanda dio lugar a que el ritmo







de expansión de la producción no fuera seguido por un aumento similar en el volumen de exportaciones. La demanda de hierro de alta calidad creció por el programa de rearme de Alemania, aunque las dificultades de la balanza de pagos de este país también perjudicaron esta exportación. La reducción de las importaciones suecas se hizo sentir especialmente en las materias primas semielaboradas para uso industrial. Fuera de ellas, la industria sueca pudo abastecer el mercado interno y la relativa autarquía de este período la benefició grandemente.

Una medida importante que brindó la posibilidad de seguir una política económica independiente fue la que desligó en 1931 a la corona sueca del patrón oro. La gran reserva de oro y la balanza de pagos favorable de estos años permitiría posteriormente al gobierno socialdemócrata emprender con éxito su política de obras públicas estatales.

Los dos problemas básicos que debían ser enfrentados a consecuencia de la crisis eran la desocupación y la crisis agrícola. El desempleo había aumentado agudamente llegando el número de desocupados a 187.000 en 1933, lo cual, en el caso de Suecia, era índice de una grave situación.

La lucha contra la desocupación llevada a cabo por los gobiernos anteriores había recibido serias críticas por su insuficiencia. Existía una comisión de desocupación que contrataba los desocupados en trabajos emprendidos por el estado, pero los salarios pagados estaban por debajo de los salarios normales, y esta comisión se transformó en el blanco de los ataques de la oposición al gobierno conservador.

Con respecto a la situación del agro se produjo a pesar de la creciente industrialización un fuerte crecimiento de la productividad, pero la crisis mundial perjudicó gravemente los precios de las materias primas y los productos agrícolas.

Durante la década de 1920 el precio de los productos agrícolas bajó de manera alarmante en el mercado mundial. Las consecuencias debieron ser soportadas por los campesinos suecos.

Lenin: la abolición del parlamentarismo

"La Comuna —escribió Marx—, no había de ser un cuerpo parlamentario, sino un organismo activo, ejecutivo y legislativo al mismo tiempo..." "En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y reprimir (*ver und zertreten*) al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo, organizado en comunas, para encontrar obreros, inspectores y contables con destino a su empresa, de igual modo que el sufragio individual sirve a cualquier patrón para el mismo fin."

Esta notable crítica del parlamentarismo, hecha en 1871, también figura hoy, gracias al predominio del socialchovinismo y del oportunismo, entre las "palabras olvidadas" del marxismo. Los ministros y parlamentarios profesionales, los traidores al proletariado y los "mercachifles" socialistas de nuestros días han dejado por entero a los anarquistas la crítica del parlamentarismo, y sobre esta base asombrosamente juiciosa han declarado que *toda* crítica del parlamentarismo es ¡¡"anarquismo"!! No tiene nada de extraño que el proletariado de los países parlamentarios "adelantados", lleno de asco al ver a "socialistas" como los Renaudel, los Henderson, los Vandervelde, los Stauning, los Branting, los Bissolati y Cía., haya puesto cada vez más sus simpatías en el anarcosindicalismo, a pesar de que éste es hermano carnal del oportunismo.
Sin embargo para Marx la dialéctica revolucionaria no fue nunca esa vacua frase de moda, esa bagatela en que la han convertido Plejánov, Kautsky y otros. Marx sabía romper implacablemente con el anarquismo por su incapacidad para aprovechar hasta el "establo" del parlamentarismo burgués —sobre todo cuando se sabe que no se está ante situaciones revolucionarias—, pero, al mismo tiempo, sabía también hacer una crítica auténticamente revolucionaria, proletaria, del parlamentarismo.
Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino también en las repúblicas más democráticas.
Pero si planteamos la cuestión del estado, si enfocamos el parlamentarismo —como una institución del estado— desde el punto de vista de las tareas del proletariado en *este* terreno, ¿dónde está, entonces, la salida del parlamentarismo? ¿Cómo es posible prescindir de él?
Hay que decirlo una y otra vez: las enseñanzas de Marx, basadas en la experiencia de la Comuna, están tan olvidadas, que para el "socialdemócrata moderno" (léase: para el actual traidor al socialismo) es sencillamente incomprensibe otra crítica del parlamentarismo que no sea la anarquista o la reaccionaria.
La salida del parlamentarismo no está, naturalmente, en abolir las instituciones representativas y la elegibilidad, sino en transformar las instituciones representativas de lugares de charlatanería en organismos "activos". "La Comuna debía ser, no un cuerpo parlamentario, sino un organismo activo legislativo y ejecutivo al mismo tiempo."
"No un cuerpo parlamentario, sino un organismo activo"; ¡este tiro va derecho al corazón de los parlamentarios modernos y de los "perrillos falderos" parlamentarios de la socialdemocracia!

(Tomado de Lenin: *El estado y la revolución*.)

Arriba: el gabinete socialdemócrata en traje de etiqueta. En el centro, H. Branting. En la foto inferior: represión policial sobre los huelguistas en 1931.

Los trabajadores bajo la ocupación nazi: obreros noruegos trabajan en una fábrica de municiones.

Estos vieron empeorar su situación económica rápidamente y el éxodo del campo a las ciudades se hizo masivo. Se planteaba como necesidad una protección al cultivo de la remolacha azucarera, a los cereales, a la leche. Las medidas deberían proteger a los productos suecos en el mercado interno y al mismo tiempo garantizar a los agricultores una cierta compensación.

En esta cuestión los socialdemócratas no se mostraban partidarios de estas medidas porque temían oponer los intereses de obreros y campesinos ya que esas medidas podían impedir que los productos alimenticios bajaran sus precios, cosa que los consumidores hubieran visto con agrado; por otro lado consideraban que no conciliaban con sus principios librecambistas. Sin embargo, en 1929 el gobierno se vio obligado a acordar una subvención para el cultivo de la remolacha y a alzar los derechos de aduana frente a la grave situación de los agricultores.

El programa y la política económica del gobierno socialdemócrata

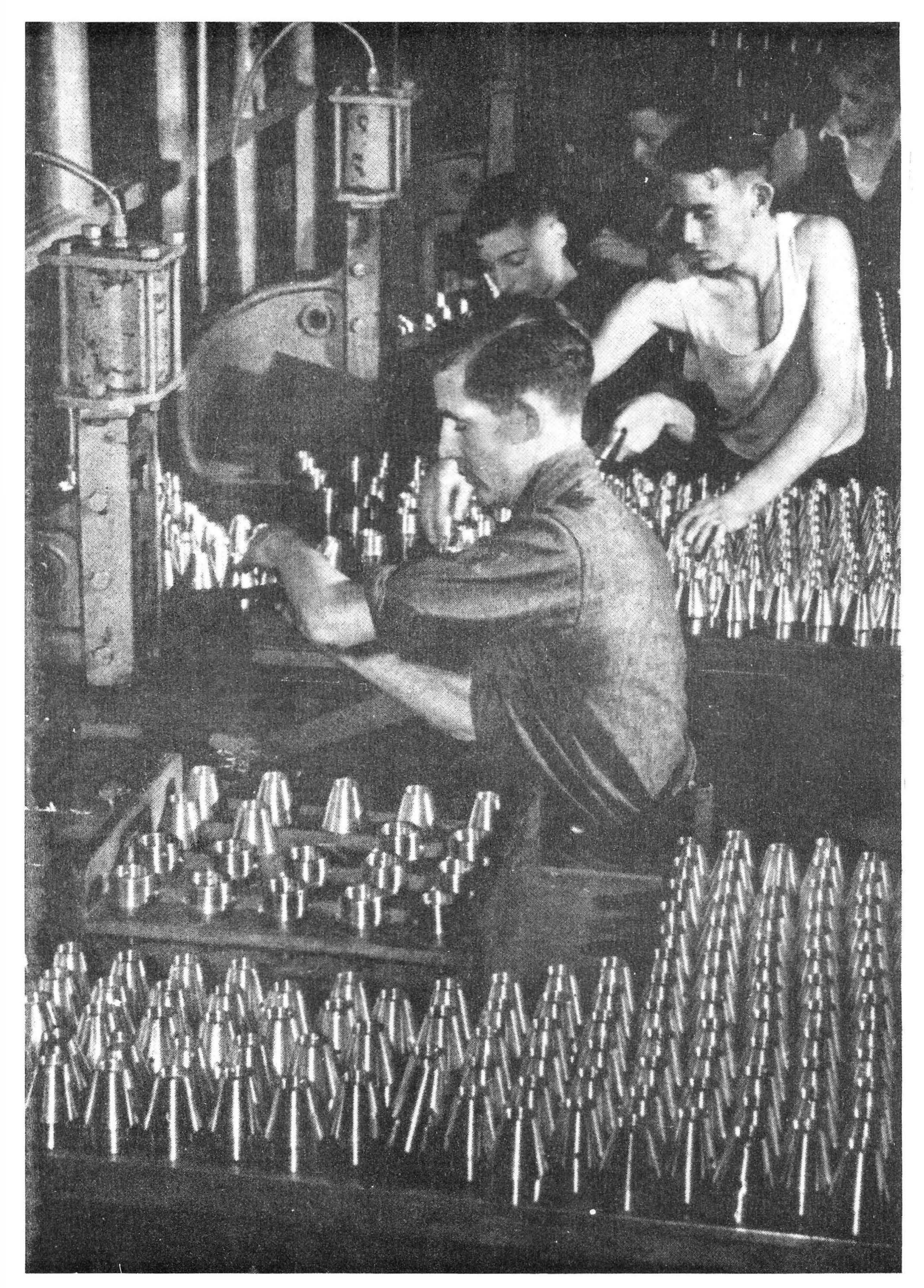
El programa que llevó al Partido Socialdemócrata y a la Unión Campesina al poder en 1932 era extremadamente moderado, ya que su objetivo principal era la lucha contra la crisis, en la cual otorgaban un papel fundamental al estado. Se proponía una expansión de las inversiones públicas, que compensaría la reducción de las inversiones privadas causada por la crisis. Se buscaba de este modo sostener el nivel de ocupación y mantener estable el poder adquisitivo de la población. Esta posición para superar la crisis se oponía totalmente a la adoptada por los gobiernos precedentes, que consideraban la inflación como el peligro principal y se esforzaban por reducir las inversiones de capital manteniendo los gastos mínimos en obras públicas con la finalidad de combatir la desocupación. Esta política deflacionista hizo caer el nivel de vida y aumentó la desocupación sin conseguir la recuperación económica.

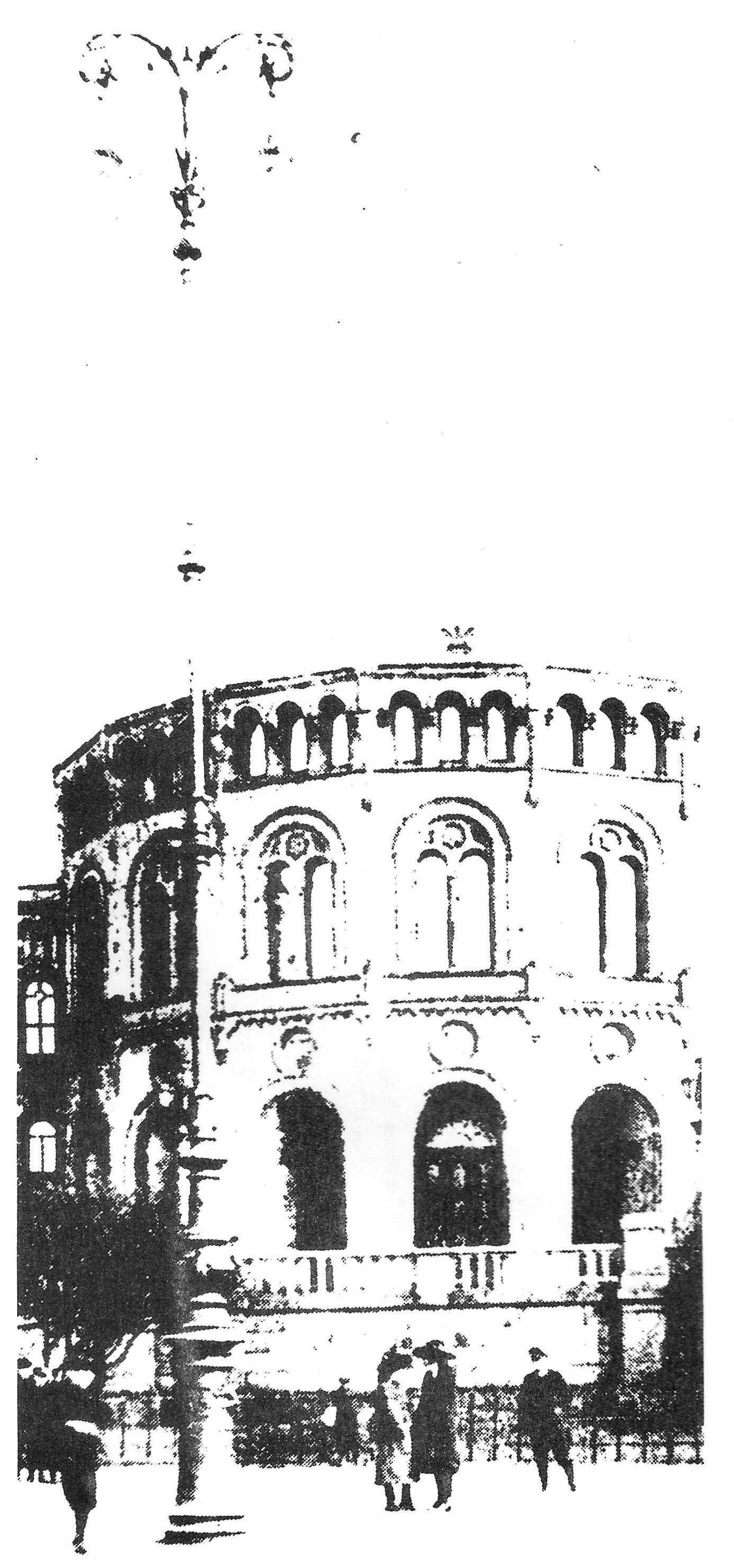
Los otros objetivos importantes eran el apoyo a los agricultores a través de una política de precios que los beneficiara y la implantación de una política integral de ayuda familiar y seguridad social. Este programa había sido ya bien recibido al ser presentado en el Riksdag cuando el Partido Socialdemócrata estaba en la oposición, e incluso los partidos burgueses habían apoyado algunos de sus puntos. Esto favoreció a los dos partidos de tendencia comunista —P. C. y P. C. I.—, que en las elecciones absorbieron a un sector de izquierda de la socialdemocracia obteniendo un número apreciable de votantes.

Los socialdemócratas obtuvieron 104 bancas sobre 230, en la primera cámara, y 60 sobre 150 en la segunda cámara. Por ser el partido más importante en el Riksdag fueron invitados a formar un gabinete, que fue encabezado por Per Albin Hansson como primer ministro. A fines de 1932 asume el poder y acompaña a Hansson, como ministro de finanzas, Wigforss, quien sería el principal responsable de la política económica del gobierno. Este llevó como asesores a dos famosos dirigentes de la ilustre Escuela de Estocolmo: Gunnar Myrdal y Erik Lindahl.

Poco tiempo después se iniciaron gran cantidad de obras públicas, cuyo objetivo principal era, más que emplear desocupados, promover la reactivación económica estimulando el consumo y la producción en general. Estas obras fueron costeadas por medio de empréstitos del estado ya que el gobierno no quería aumentar los impuestos para no reducir el poder adquisitivo de la población.

La tradición ortodoxa en política económica era la de mantener a toda costa un equilibrio anual entre los ingresos y egresos del estado. De este modo las medidas económicas en períodos de depresión tendían a reducir los gastos, disminuyendo aún más e poder adquisitivo, y en período: de alza, a aumentar las inversio





nes estatales, acelerando así el auge económico.

Por el contrario, la política económica de los socialdemócratas estaba basada en las tearías de Gunnar Myrdal, quien sostenía que, si se abandonaba el principio del equilibrio presupuestario, el estado podía compensar con el excedente obtenido en los años de auge el déficit creado en los años de depresión. De este modo el desequilibrio del presupuesto se creaba deliberadamente para el financiamiento de las obras estatales.

Esta nueva concepción rompía con la tradición de considerar a las crisis económicas como "leyes naturales" cuyos efectos no se podían evitar. A este respecto el ministro de finanzas, Wigforss, expresó acerca de un proyectado empréstito de 160.000.000 de coronas para obras públicas: "El presupuesto se basa en el supuesto de que la situación internacional no sufrirá cambios apreciables, y de que en Suecia no habrá ninguna tendencia espontánea al restablecimiento económico, salvo en la medida en que la política del estado ayude a provocarlo [. . .] En la realización de este objetivo es obvio que la política monetaria del estado ha de desempeñar un papel importante".

Los socialdemócratas encontraron ciertas resistencias y tuvieron algunas dificultades para lograr una mayoría parlamentaria que apoyara esa política. Los campesinos pedían un aumento de los precios agrícolas que el gobierno no estaba muy dispuesto a conceder, por defender los intereses de los consumidores; pero teniendo en cuenta la importancia del apoyo campesino se firmó finalmente un acuerdo que contemplaba los intereses de la industria y la agricultura por igual.

Los bancos también mostraron su oposición a la política del gobierno subiendo la tasa de interés; pero, aunque esto ponía en peligro la política estatal, tuvieron que ceder muy pronto al no poder desviar los planes trazados, los cuales contemplaban, entre otras cosas, la construcción de viviendas en gran escala, para lo cual había una gran demanda.

A mediados del año 1933 ya co-

Programa del Partido Laborista noruego en 1949

. vimos en una era de transición; un orden social antiguo está a punto de transformarse en uno nuevo. Con este desarrollo el mismo carácter del Partido y del movimiento laborista ha cambiado ...Ya no es el representante de una sola clase o de un único grupo de la nación. Representa a todos aquellos que quieren encontrar su sitio en una sociedad construida sobre los principios de la cooperación y de la comunidad de interés.

Socialismo significa actualmente un estado de cosas en el que todas las actividades útiles a la sociedad estarán organizadas de forma que las verdaderas necesidades de la población serán satisfechas. Todos los seres humanos tendrán las mismas oportunidades de participación en el progreso hacia una mayor prosperidad y una vida más abundante...

La socialización y la economía planificada son los elementos indispensables del trabajo de las reconstrucciones sociales. La meta puede considerarse alcanzada cuando los seres humanos sean capaces de satisfacer sus necesidades y desarrollar su personalidad en un contacto armonioso con los demás. El objetivo de todo progreso económico será, pues, la creación de una vida más bella en el seno de la comunidad...

El problema reside en cómo impedir a nuestra sociedad moderna, tan compleja, el estancarse en una burocracia. Haremos frente a este peligro afirmando la inviolabilidad de las libertades y de los derechos democráticos; promoviendo la vida cultural en la atmósfera en la que crecen hombres y mujeres capaces de pensar y poseyendo una activa conciencia social; dando una oportunidad equitativa a todos los que dan muestras de iniciativa útil para la ciudad y el campo, ocupen el lugar que ocupen; permitiendo de esta forma a la democracia el desarrollarse mediante las organizaciones del mismo pueblo.

(Tomado de D. Philip, *Le Mouvement ouvrier en Norvège*, París, Les Éditions ouvrières, 1968.)

Palacio del Parlamento de Noruega. Este país tiene su primer gobierno socialista en 1928, bajo la dirección de C. Hornsurd.

Trabajadores agremiados y comprendidos en convenios en Suecia (1929-1940)

Años	*Trabajadores comprendidos en convenciones colectivas de trabajo*	*Cantidad de adherentes a la L. O.*	*Cantidad de adherentes a la S. A. C.*
1929	541.400	567.700	
1930	580.900	613.600	28.200
1931	618.000	647.900	
1932	636.100	655.900	
1933	596.600	647.600	
1934	674.700	667.800	
1935	719.400	712.600	35.500
1936	769.200	722.700	
1937	910.900	856.600	
1938	1.015.500	911.200	
1939	1.047.800	972.100	
1940	1.066.800	980.400	25.300

(Tomado de A. Sjoberg, op. cit.)

menzaban a advertirse síntomas de recuperación por el aumento de la producción y la reducción del desempleo. Especialmente en este terreno los resultados fueron notables. De 1933 a 1934 los desocupados pasaron de 164.000 a 115.000. En 1937 la cifra solo llegaba a 18.000 y en 1938 se puede decir que en Suecia prácticamente no había desocupados. El costo de la vida se mantuvo estacionario entre 1929 y 1939, mientras que los salarios reales aumentaron cada vez más, elevando el nivel de vida de la población de manera extraordinaria.

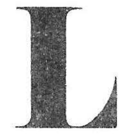
La evolución económica favorable logró que el gobierno reembolsara en pocos años las deudas contraídas durante la lucha contra la crisis y pudiera extender los beneficios sociales, y a través de una eficaz política fiscal promoviera una redistribución de ingresos más igualitaria.

El éxito del gobierno socialdemócrata fue minimizado por la oposición, que argumentaba que la carrera armamentista, con el consiguiente aumento de las exportaciones, era lo que había conseguido el mejoramiento de la situación económica. Por su parte, los partidarios del gobierno afirmaban que no era la política económica lo que había disminuido el número de desocupados sino las obras públicas. Es indudable que la política económica del gobierno se basó en gran parte en una favorable balanza de pagos y en el hecho de que sus exportaciones no fueron demasiado afectadas, pero también es cierto que el papel activo del estado frente a la crisis fue fundamental para el restablecimiento económico.

El apoyo popular brindado a esta política se expresó en las elecciones generales de 1936, donde la socialdemocracia llegó a obtener casi el 46 % del total de votos. Per Albin Hansson formó un nuevo gabinete y retomó su política de colaboración con el partido campesino, lo cual le aseguró la mayoría en el Riksdag. Este nuevo gobierno no varió fundamentalmente la política anterior, y se limitó a fortalecer la legislación social y laboral.

La posición del partido frente al rearme fue reconsiderada teniendo en cuenta la tensa situación mundial previa a la Segunda Guerra Mundial y se aprobaron algunas medidas en este sentido. Sin embargo, y a pesar de la invasión alemana a Noruega y Dinamarca, Suecia mantuvo su neutralidad. En 1940 los socialdemócratas lograron una moyoría parlamentaria absoluta y al finalizar la guerra Hansson volvió a presidir otro gobierno socialista.

El movimiento obrero y el gobierno socialdemócrata



La relación entre las organizaciones sindicales y el gobierno socialdemócrata fue, en general, de colaboración. Sin embargo, la autonomía que habían ido adquiriendo los sindicatos con respecto al partido socialdemócrata les permitió llevar adelante una política independiente.

En 1930 existían, además de la L. O., federaciones sindicales independientes y otras adherentes a la S. A. C. (Sveriges Arbetares Centralorganisation), que era la organización central del movimiento anarco-sindicalista sueco. Los repetidos intentos de lograr una acción común entre las dos organizaciones no tuvieron gran éxito ya que las diferencias entre ellas eran grandes. La acción de los comunistas se dio a través de una agrupación de oposición sindical muy activa, la R. F. O. (Röda Fackföreningsoppositionen), especialmente después de los acontecimientos de Adalen en 1931.

Dos huelgas importantes por conflictos salariales se declararon durante el gobierno socialdemócrata: la huelga de los marinos en 1933 y la huelga de los obreros de la construcción de 1933-1934. Con respecto a esta última, es evidente que resultaba un obstáculo para la política gubernamental de obras públicas, ya que afectaba no solo a la industria de la construcción sino también a las industrias anexas. Se atribuyó a la patronal un interés en fomentar esta huelga como un modo de sabotear el programa de construcción del gobierno. Los conflictos laborales se produjeron cada vez que los obreros vieron amenazadas sus posibilidades de trabajo. También el movimiento sindical tuvo una posición independiente en política exterior. En las conferencias de 1933 la Internacional Socialista y la Fedaración Sindical Mundial habían decidido llevar a cabo un boicot contra Alemania, como protesta por las medidas tomadas por Hitler contra el movimiento obrero. Tanto los delegados socialdemócratas como los de la L. O., participaron de estas conferencias y estuvieron de acuerdo con esta decisión.

Sin embargo, cuando la L. O. incitó a la población sueca a no comprar productos alemanes el gobierno no lo aprobó y tomó posición en contra del boicot en un discurso del ministro Sandler.

Esta actitud fue muy criticada por la organización sindical, que mostraba mayor interés por los problemas obreros internacionales que el Partido Socialdemócrata en el poder.

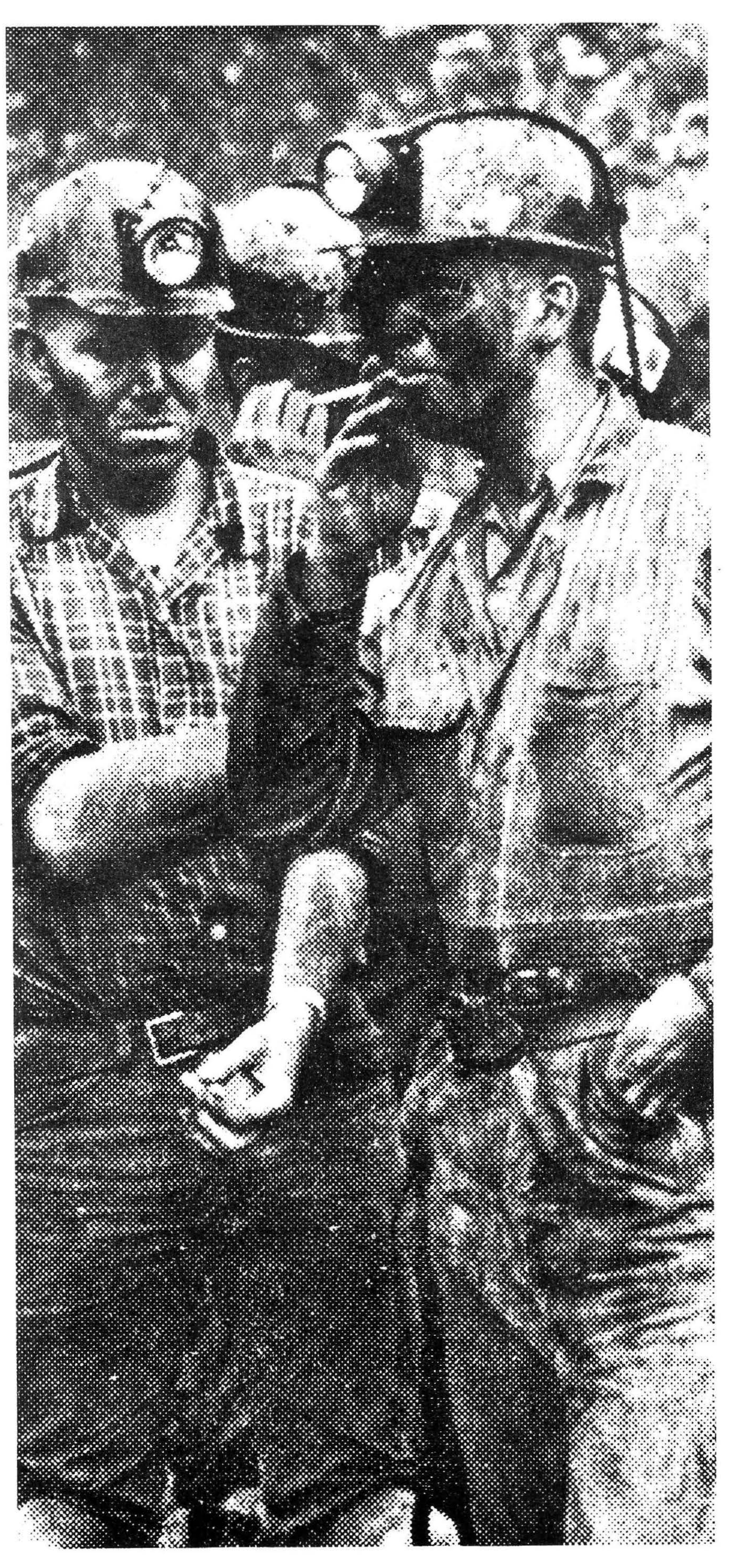
A pesar de los conflictos, los obreros aceptaron en general la política salarial seguida durante la crisis. Los ministros participaban de los congresos sindicales informando sobre las medidas que eran tomadas. En 1936 Forslund, presidente de la L. O., entró a formar parte del gobierno, fortaleciendo el acuerdo con los sindicatos.

El número de adherentes a la L. O., siguió aumentando regularmente, hasta pasar los 980.000 en 1940, y, si bien se pudo advertir una tendencia a la burocratización y al aumento de miembros inactivos, la fuerza de esta organización se consolidó en ventajosas negociaciones con la patronal.



Arriba: entrada del ejército alemán en Noruega.
Abajo: planta industrial dinamarquesa. Después de la guerra Dinamarca inauguró un sistema de seguridad social completo y unificado.

Aparentemente la protección del Estado en los países escandinavos y el gran bienestar económico disminuyeron la intensidad de los enfrentamientos clasistas. Es en razón de esto que los partidos socialdemócratas fueron elogiados por los grupos reformistas de entreguerras, que creyeron ver en los países nórdicos un tránsito pacífico del capitalismo al socialismo.



Las relaciones laborales en Suecia

En 1928 se realizó en Estocolmo una conferencia organizada por el gobierno liberal para tratar los asuntos relativos a las relaciones obrero-patronales. Esta conferencia, a la que asistió la L. O., estaba, a pesar de las críticas de sindicalistas y comunistas, dominada por la ideologia del "mondismo". Se llamaba así a la posición de sir Alfred Mond, que se propagó en Suecia en la década de 1920 y que impulsaba la conciliación entre patrones y obreros.

De esta reunión surgió una ley que creaba un tribunal del trabajo para el arbitraje de los conflictos laborales y otra que especificaba claramente el dominio de los convenios colectivos, que ya existían desde 1908 y que regularían las condiciones de trabajo en cuanto a salario, horario, duración del trabajo, admisión y despido de obreros, vacaciones, etc. Las federaciones que firmaban los convenios estarían obligadas a respetarlo y las disposiciones alcanzarían también a los obreros no sindicalizados.

La lucha por la seguridad en el empleo había sido uno de los objetivos por los cuales habían luchado los sindicatos durante mucho tiempo, junto con la lucha contra el famoso "artículo 23" de los estatutos de la S. A. F., en el cual el derecho de despido no tenía ninguna limitación. Las bases de la futura legislación social se iniciaron con la obtención, en 1916, de una ley sobre accidentes de trabajo, en 1929 de una ley sobre enfermedades profesionales, y finalmente de una ley sobre los convenios colectivos.

Sin embargo, a partir de 1934 obreros y empleadores buscaron celebrar sus convenios en forma directa, sin intervención estatal. Se pensaba que la reglamentación del trabajo debía ser realizada, antes que por la legislación del estado, por la negociación entre las confederaciones para evitar conflictos y proteger la independencia sindical.

En 1936 fue presentado el informe de un comité para el estudio del mercado de trabajo, cuyas conclusiones fueron aceptadas. Las dos confederaciones se reunieron en Saltsjöbaden, suburbio de Estocolmo, y los acuerdos aprobados allí tomaron ese nombre a partir de entonces.

La Convención de Saltsjöbaden establecía en sus puntos principales la creación del Consejo del Mercado de Trabajo, compuesto por seis personas, de las cuales una debía ser jurista y otra experta en cuestiones sociales, que se encargaría de la interpretción de los convenios colectivos y determinaría las modalidades de aplicación de las disposiciones de la convención. También fijaba los procedimientos de preaviso y despido y decidía si, en caso de conflicto, las partes debían intentar las negociaciones antes de que el conflicto fuera tratado por el tribunal del trabajo.

Entre 1938 y 1948 se firmaron una serie de "acuerdos de Saltsjöbaden": sobre el mercado de trabajo y la limitación de los conflictos en 1938, sobre la organización de la seguridad del trabajo en las empresas en 1942, sobre el aprendizaje y las escuelas profesionales en 1946 y sobre los estudios de tiempo y movimiento en 1948. Estos acuerdos fueron firmados por la Confederación Patronal (S. A. F.) y la Confederación Obrera (L. O.) solamente, ya que la T. C. O. —la confederación que agrupa a los empleados y funcionarios— no participó de esas negociaciones.

A partir de 1945 las palabras del presidente de la L. O., expresaban la orientación de las futuras reivindicaciones sindicales: "¿Cómo esperar que los obreros trabajen lo mejor que puedan en una empresa donde nada tienen que decir? El trabajador nunca puede saber las consecuencias que tendrá un aumento de la productividad del trabajo; eso puede llevarlo simplemente a ser descartado de la producción. Vive en la más completa ignorancia de todo lo que interesa a la producción; nada sabe del precio de los productos que fabrica [. . .] No puede regocijarse de los progresos ni ayudar a la empresa si sobrevienen dificultades. **Se sabe al margen de la empresa".**

Al año siguiente la L. O. la S. A. F. y la T. C.O. aprobaron un convenio por el cual se creaban los comités de empresa, con la participación de igual cantidad de representantes de la patronal, de los obreros y de los empleados. Su función era la de establecer una cooperación constante entre el empleador y el personal dentro de la empresa, con el fin de aumentar y mejorar la producción.

El comité ejerce el papel de intermediario: recibe del patrón la información acerca de la producción y sus métodos, los cambios técnicos, etc., y los trasmite al personal. Por su parte, los obreros se dirigen al comité de empresa para proponer modificaciones en la estructura de la empresa, ya sean técnicas, administrativas o económicas.

Se encarga también del cuidado de las condiciones de higiene y seguridad en el trabajo y de estimular la capacitación profesional. En este aspecto se organizan conferencias, cursos, se proyectan películas educativas, se visitan empresas vecinas, se publican folletos de divulgación profesional, etc. La L. O. y la S. A. P. colaboran en la enseñanza de confección de balances y dirección de empresas.

El empleador está obligado a convenir con el comité de empresa en todo lo relativo a despido y toma de nuevo personal, especialmente en los casos en que una aplicación de medidas de racionalización o mayor tecnificación amenazan la seguridad del empleo. En caso de que el patrón no respete las decisiones del Comité de empresa éste puede apelar al Comité del Mercado de Trabajo, que tiene funciones de conciliación y arbitraje.

En 1949 el número de empresas que tenían comités llegaba a 2.650. Esto significa que había 700.000 obreros que participaban en la gestión económica y técnica.

Los servicios sociales



partir del año 1930 se fue perfeccionando en Suecia un amplio sistema de ayuda familiar por el cual se brinda ayuda económica a las familias con hijos. Existe una asignación familiar por cada hijo hasta los 16 años, un subsidio por estudios hasta los 20 años, ayuda estatal o municipal para el pago del alquiler, comidas escolares gratuitas, etc. Estas ayudas están condicionadas al tamaño de la familia y a su situación económica. La atención médica y social de las futuras madres y de los lactantes es gratuita en los dispensarios materno-infantiles.

El seguro social por vejez ya existía desde 1913, pero se fue ampliando y extendiendo sus beneficios a toda la población. Existen también un seguro de accidentes de trabajo, un seguro de enfermedad, y el seguro de desempleo, que no es obligatorio. Como éste, muchos de los servicios prestados tienen base voluntaria, suscribiéndose los interesados a sociedades controladas por el estado o independientes de él. En el caso del seguro de desempleo, éste es subsidiado por sociedades constituidas por los sindicatos y hay ayudas económicas en caso de paro.

El estado financia los servicios sociales con los ingresos obtenidos de los impuestos, pero estos servicios se complementan con los de las autoridades locales y organismos voluntarios. Dinamarca, en cambio, posee un sistema de seguridad social más completo y unificado, con un seguro único que abarca enfermedad, vejez, maternidad y paro.

El estado benefactor

En el período comprendido entre las dos Guerras Mundiales la socialdemocracia escandinava logró implantar con éxito una política de amplias reformas sociales. La implantación del sufragio universal y la introducción de reformas democráticas en la estructura política permitieron a los partidos socialdemócratas aumentar y consolidar su fuerza parlamentaria a partir de la década de 1920. Esto posibilitó la constitución de gobiernos socialistas de corta duración, principalmente en Suecia, donde el Partido Socialdemócrata se mantuvo en el poder casi ininterrumpidamente desde 1932 hasta la Segunda Guerra Mundial.

Las medidas económicas impuestas por estos gobiernos en Dinamarca, Suecia y Noruega, o aprobadas por su iniciativa, fueron posibles gracias al gran desarrollo industrial y a la expansión general económica, favorecida por la política de neutralidad frente a las dos guerras, durante las cuales prácticamente abastecieron a los países beligerantes con la exportación de hierro y acero y productos agrícolas.

Las medidas de seguridad social, la legislación laboral, las ventajosas negociaciones colectivas de los sindicatos elevaron extraordinariamente el nivel de vida de la población, que actualmente se encuentra entre los más elevados del mundo.

Aparentemente, en estos "estados del bienestar" los conflictos de clase no existen, ya que patrones y obreros tienden a solucionar sus diferencias por la negociación y la colaboración antes que por el enfrentamiento. Además, el estado benefactor brinda grandes garantías de seguridad social y laboral y la nivelación de las condiciones materiales atenúa las diferencias.

Por estos objetivos los partidos socialdemócratas dejaron de ser partidos de clase para buscar apoyo popular en distintos grupos sociales y pasaron a ser también representantes de sectores medios de profesionales y empleados, de pequeños y medianos agricultores, de trabajadores calificados, cuyos intereses no conciliaban con las medidas de nacionalización o con los intentos de socializar los medios de producción. Los programas partidarios renunciaron a estos objetivos y pasaron a utilizar el impuesto progresivo como medio para redistribuir los ingresos. En su preocupación por conciliar su acción con las fuerzas políticas y sociales existentes dejaron de cuestionar la estructura de producción capitalista, no diferenciándose mayormente del punto de vista ideológico de los demás partidos. La política de los partidos socialdemócratas escandinavos fue muy elogiada por parte de los grupos socialreformistas de entreguerras, que vieron en los países nórdicos un ejemplo de "camino pacífico al socialismo". Esta concepción del socialismo que no va más allá del estado benefactor y de una cierta planificación económica, no se plantea el hecho de que la elevación del nivel de vida y la participación obrera en las empresas no suprimen de ningún modo la explotación derivada de la estructura de producción del sistema capitalista.

Es evidente que la estructura económica, politica y social de estos países está lejos del socialismo y es producto de un conjunto de condiciones especiales que permitieron constituir un capitalismo socialmente modificado, basado en un gran bienestar económico.

Bibliografía

Droz, Jacques: **Historia del socialismo.** Barcelona, Edima, 1968.

Dolleans, Edouard: **Historia del Movimiento Obrero.** Buenos Aires, Eudeba, 1960. Tomo III.

Cole, G. D.H..: **Historia del pensamiento socialista.** Mexico F. C. E. 1959. T. IV-VI y VII.

Sturmthal, Adolf: **La tragedia del movimiento obrero.** Edit. Huella.

Sjoberg, A.: **La vie sociale et les mouvements travaillistes en Suède de 1929 à 1939.** Upsala.

Herz, Ulrich: **Suecia, evolución histórica.** Publicaciones del Instituto Sueco.

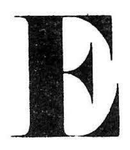
Lenin, V. I.: **El estado y la revolución.** Polémica, 1973.

Abendroth, Wolfgang: **Historia social del movimiento obrero europeo.** Barcelona, edit. Estela, 1970.

El laborismo inglés entre 1929 y la Segunda Guerra

Haydée Román

"Desarmados como estamos, la introducción de la milicia entrañará un baño de sangre de obreros. Estamos decididos a permanecer en la planta." Telegrama enviado por los ocupantes de la General Motors al gobernador de la ciudad de Flint.


n los Estados Unidos, la inmigración iniciada masivamente a fines de la primera mitad del siglo pasado fue la principal proveedora de mano de obra para la industria. En un principio se componía de inmigrantes procedentes de zonas de población afines a la de Estados Unidos. Fueron en su mayoría ingleses, irlandeses, alemanes y escandinavos, en ese orden, los que formaron la más importante corriente migratoria por más de cuarenta años.

Cuando hacia 1890 la procedencia de los inmigrantes cambió, y pasaron a ser mayoría los italianos, polacos, rusos o españoles, los grupos anteriores ya se habían asimilado totalmente al medio.

La inmigración europea meridional y oriental, tenía idiomas, hábitos y religiones muy diferentes a los de su nuevo país; tenía, además, menos preparación cultural. Su adaptación al medio se fue haciendo muy lentamente, a través de los intersticios del cuerpo social. Para esa adaptación necesitaba plazos más prolongados, durante los cuales permanecía agrupada en minorías según el origen nacional. Constituían sectores más o menos marginados de la sociedad.

El cambio en la calidad de la inmigración tenía su causa interna en el cambio en la calidad de la producción. Se iniciaba ya la era de la producción en masa y, para esta, las necesidades de mano de obra eran diferentes.

Con la introducción de las máquinas desaparecían las aplicaciones que los talleres daban a las artesanías. La fuerza de trabajo requerida por las fábricas en su nuevo estadio no era especializada.

A esta exigencia respondía la nueva inmigración: satisfacía las necesidades de producción, pero, en tanto no calificada y sin instrucción, ocupaba el peldaño más bajo de la sociedad.

Correspondiendo a esto, el tronco central de la población —nativos e inmigrantes ya adaptados— reservaba para sí todas las otras jerarquías. El sector de este tronco que componía la clase obrera se había especializado en las diferentes artesanías y constituía, en relación a los recién llegados, una especie de aristocracia del trabajo.

La inmigración se desarrolló como sistema a lo largo del período que va desde mediados del siglo pasado hasta 1930. En ese lapso la mayor parte, de aproximadamente 30.000.000 de extranjeros, engrosó en las huestes del proletariado industrial, que fue alcanzando dimensiones gigantescas.

Pero el constante afluir de centenares de miles de brazos a los centros manufactureros, concretado por empresas fundadas con ese fin —la inmigración en sí misma era un negocio—, era un peligro objetivo para la estabilidad de los obreros ya asentados. Muchos de los inmigrantes llegaban con contrato firmado: una forma más de regular el precio de la mano de obra. La mayoría de los recién llegados ocupaba las plazas más bajas y peor pagadas de las fábricas y el resto pasaba a engrosar las filas de los desocupados o se asentaba en el campo.

La zozobra que embargaba a la clase obrera se tradujo en las actitudes que asumieron sus organizaciones. Desde el siglo pasado, los Caballeros del Trabajo primero y luego la Federación Norteamericana de Trabajadores combatieron sistemáticamente la política de inmigración.

En realidad, el mantenimiento de tal política era inalineable para los monopolios: que con ella satisfacían sus demandas cada vez más fuertes de mano de obra, mantenían bajo su precio y ensanchaban el mercado consumidor de sus productos.

De hecho, la incorporación de millones de inmigrantes a la vida económica del país debía hacerse en plazos relativamente breves. Y durante décadas así ocurrió. De 1900 a 1915 la tasa de desocupación fue de un promedio de 4,7 %, porcentaje realmente bajo, sobre todo si se tiene en cuenta que en el decenio de máxima prosperidad (190-29) la tasa media fue de casi el 5 %. Si además se observa que en los primeros quince años del siglo entraron más de 13.000.000 de inmigrantes resulta claro que el desarrollo de la industria permi-

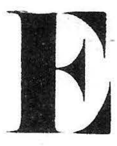
tía la incorporación efectiva de los nuevos habitantes. Por supuesto que ella se producía en las peores condiciones posibles. Las empresas sometían a sus obreros a una explotación despiadada; más intensa para los extranjeros, que llegaban sin preparación alguna y a los que se asignaban los trabajos más peligrosos e insalubres.
Pero también era inalineable para el sistema porque, desde los orígenes de la moderna industria, permitió introducir de manera casi"natural" un fuerte elemento de división y dominio sobre la clase obrera: el prejuicio social. Cada nuevo aporte migratorio era recibido con recelo y hostilidad por los residentes nativos y por los inmigrantes asimilados, y frecuentemente desembocaba en verdaderas masacres de extranjeros. En una clase obrera de formación reciente y, sobre todo, muy rápida y sin la tradición de luchas sindicales y políticas que tenía la europea, la inmigración se convirtió en una cuña que alentó su desorganización.
El fin de la marea migratoria advino con la Primera Guerra Mundial. Las corporaciones fabriles se vieron obligadas a buscar nuevas fuentes de aprovechamiento. Una de ellas fue la de dar trabajo a los desocupados, cuyo porcentaje bajó del altísimo 9,7 %, en 1915, al 4,8 % en el año siguiente. Otra consistió en recurrir al excedente de población rural.
En efecto, la incorporación al agro de nuevas técnicas y máquinas en gran escala había sido la causa de un gran incremento en la productividad agrícola. Su consecuencia fue que el número de asalariados rurales bajara relativamente desde las últimas décadas del siglo XIX y absoluta y relativamente a partir de 1910. A la vez, la alta tasa de crecimiento de la población campesina incrementaba el excedente de fuerza de trabajo. Este excedente permaneció subempleado hasta 1915, pero desde esa fecha en adelante, con la aparición de la demanda de guerra, el desplazamiento de trabajadores rurales a los centros industriales se hizo masivo.
Esta manera de resolver el problema produjo la entrada del negro en la economía manufacturera, pues de todas las regiones rurales las que contaban con mayor cantidad de desocupados y subempleados eran las del Sur, y en ellas eran los negros los que sufrían más intensamente las consecuencias del paro y la superpoblación relativa.
La emigración de negros a las ciudades comenzó no bien cayera derrotado el esclavismo. Primero se dirigieron a los centros urbanos del mismo Sur; y luego, sobre todo con la crisis del algodón, hacia 1890, más de un cuarto de millón de negros buscó trabajo en las fábricas. Este movimiento ya no se detendría. Los negros hasta 1914 desempeñaban un papel insignificante en la economía del Norte, pero entre 1915 y 1929 se volcaron en un número mayor al millón en los centros industriales del Norte y el Oeste.
En conjunto, alrededor de 1930 la cantidad de negros que se aglomeraban en ghetos urbanos superaba los 2.000.000: cubrían los peores trabajos y sufrían el desempleo antes que ningún otro obrero. Pero, además, al viejo mecanismo de prejuicio contra los recién llegados se había agregado una cualidad más objetiva y durable, que no desaparecía por el mero hecho de la adaptación al lugar ni en una segunda generación: el color de la piel. Neta línea divisoria en el seno de los asalariados, fue usada por las corporaciones como una de las más eficaces armas para desarticular el movimiento obrero en la década del 20.
Vista la posibilidad de alimentar a la industria con fuerza de trabajo nacional, no hubo ya razón para proseguir con la inmigración, que se había reiniciado vigorosamente una vez terminada la guerra. El gobierno, consecuente instrumento de los monopolios, adoptó en 1924 un resistema de cuotas por países que, prácticamente, significó el cierre de la inmigración. A partir de allí los inmigrantes fueron individuos altamente calificados, que no engrosaron el proletariado.
Alrededor de 1930 la clase obrera norteamericana se componía de una serie de minorías, extranjeras o de color, mal integradas al me-

Arriba: manifestación de los trabajadores textiles en la ciudad de Atlanta, 1925. En esta época la actividad sindical decae, registrándose los porcentajes más bajos en lo que se refiere a huelgas y luchas obreras. Abajo: desocupados en la vía pública. En 1924 se comenzó a trabar la inmigración, ya que la demanda de mano de obra había sido superada por el inmenso caudal de ofertantes nativos e inmigrantes.

El presidente Calvin Coolidge y Herbert Hoover, en ese momento ministro de Comercio y futuro presidente de los Estados Unidos. La prosperidad vivida durante la "era Coolidge" se vio interrumpida poco después por el crack financiero de 1929.

dio social, claramente diferenciadas y a menudo opuestas a los obreros descendientes del viejo tronco inglés, irlandés o alemán.

La AFL y la clase obrera



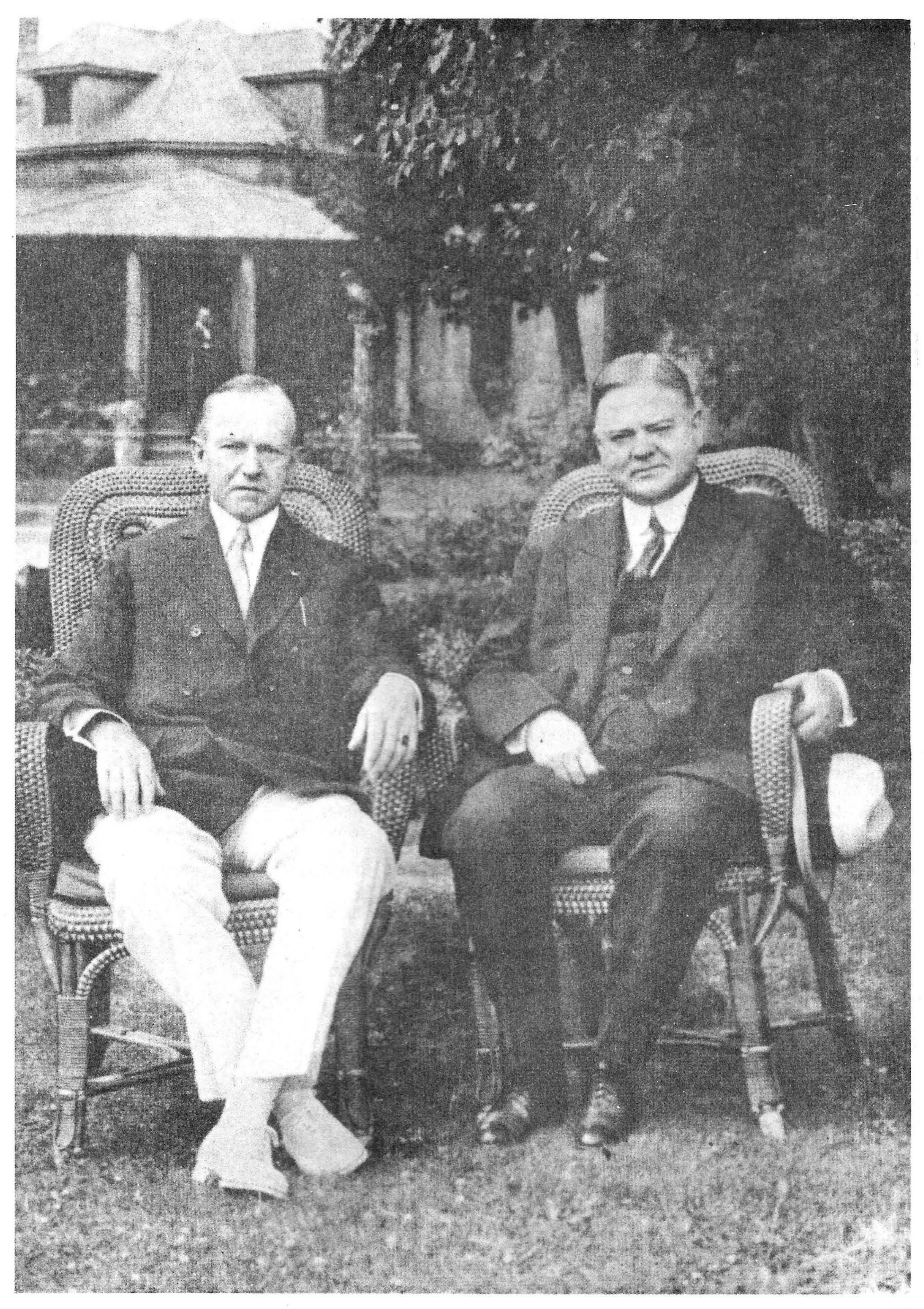
En la Norteamérica de fin de siglo, individualista y pragmática, se fundó la Federación Norteamericana de Trabajadores. La integraban obreros artesanos, descendientes en su mayoría del antiguo tronco nacional engrosado por la inmigración británica y del Norte de Europa. Sus fundadores y posteriores dirigentes llamaron "voluntarismo" a la filosofía que la nutrió. Samuel Gompers, su primer presidente, decía que la propuesta de su movimiento era simple: ganar más y más. Sostenía que sólo el poderío económico de los trabajadores podía promover su progreso y que debían demostrar su capacidad, fuerza y eficacia estructurando su propio gremio sin ayuda exterior, para recién ser admitidos en la organización obrera.

En los albores de los monopolios los gremios artesanales todavía pesaban en la economía. Dichos gremios fueron la espina dorsal de la AFL.

Los artesanos son "trabajadores que tienen idénticos tipos de habilidad y de práctica y que realizan una serie de tareas hasta completar todo el proceso de trabajo" (C. Wright Mills). Tal tipo de trabajador era producto de un largo aprendizaje, durante el que se gestaba una sólida conciencia del propio valor en el proceso productivo, la que naturalmente tendía a hacer vender el trabajo al mejor precio posible. Los gremios que dichos obreros constituían eran los más fuertes y mejor organizados; pero, de hecho, formaban una verdadera aristocracia dentro de la clase obrera, distanciada y antagónica con respecto a los obreros sin especialización. Apoyados en una teoría que exaltaba lo profesional y sobrevaloraba lo económico, y faltos de una tradición de luchas políticas, se desinteresaron de todo lo que no fuera gremial. Así, en los estatutos de la AFL se afirmaba: "la política partidaria, sea ella demócrata, republicana, socialista o populista [. . .] nada tiene que hacer en las convenciones de la AFL". Con el tiempo, vistas las carencias que el apoliticismo implicaba, algunos dirigentes presionaron para formar un partido basado en la organización obrera; pero se mantuvo la posición original defendida por Gompers, quien en 1902 declaró: "lo que corresponde remediar es la vida económica [. . .ello] debe hacerse a través de la propia vida económica y no por otros medios". De tal manera, la actividad política de la organización obrera se limitó a recomendar a sus afiliados el voto por alguno de los partidos tradicionales por el que prometiera o tuviera los mejores servicios para las uniones gremiales.

Sin embargo, en el plano específico de las luchas obreras por las reivindicaciones inmediatas el método preciso y concreto de la AFL demostró ser muy eficaz. Los esfuerzos por conseguir reducciones en los horarios de trabajo, protección al trabajo femenino e infantil, o por mejoras en los salarios, fueron constantes y exitosos en un largo plazo. La Federación no rehuía la huelga o el boicot si eran necesarios. Estaba muy bien capacitada para llevarlos adelante; sus uniones eran ricas, cobraban elevadas cuotas a sus afiliados y ello les permitía formar importantes fondos de huelga; contaban con una administración eficiente y una sólida dirección. Por supuesto, las conquistas se lograban para un núcleo privilegiado, que con el correr del tiempo, por el desarrollo de las industrias de producción en masa y el aumento de la inmigración, fue siendo cada vez menos significativo tanto con respecto a la clase obrera como con respecto a la producción económica en su conjunto.

Junto al crecimiento de la AFL se consolidó la burocracia dirigente. La organización contaba con 550.000 miembros en 1900, con 2.000.000 en 1915 y con 4.100.000 en 1920. Estos representaban un exiguo 12 % del total del proletariado y, cualitativa-



mente, eran poco importantes en la producción. Es que el éxito, limitado pero real de la AFL, era posible precisamente porque consistía en la consolidación del movimiento sólo en determinadas áreas de la clase obrera. Dicha consolidación se lograba con el simple cumplimiento de los postulados del unionismo comercial: obtener la mayor cantidad de mejoras posibles para los obreros de oficios; y esto, a su vez, redundaba en beneficio, primero, de las uniones adheridas, que se mantenían fuertes y disciplinadas; y segundo, de las direcciones respectivas.

El crecimiento de la AFL y las mejoras que conseguía para sus afiliados ahondaban la brecha existente entre los obreros de oficios integrantes de la Federación y los obreros industriales, totalmente desorganizados. Esa fue una de las claves del largo reinado de la AFL: surgida como organismo de un sector de privilegio, ignorante de la suerte de los obreros no especializados, engendró una burocracia que se nutrió del mantenimiento y acrecentamiento de aquellos privilegios. A medida que lograba dichos objetivos más se afirmaban los cuadros dirigentes y, también, más se alejaba la AFL, base y burócratas, de los obreros sin oficios, pues la dirección era tanto menos vulnerable cuanto más privilegiado fuera el núcleo obrero de base. Por tanto, un primer principio irrenunciable de los dirigentes era la defensa de sus bases, y, porque lo respetaron, fue que líderes como Gompers, Hutcheson, Frey o Green se perpetuaron a la cabeza de sus sindicatos.

No obstante, había algo más. A lo que realmente temía la burocracia de la Federación era a la organización de las masas no calificadas. De producirse esto, dado su número, su peso sería tan grande que acarrearía un vuelco en la estructura de poder de la organización obrera y provocaría el desplazamiento de los viejos dirigentes de los oficios en beneficio de los nuevos cuadros surgidos de aquellas.

Así, en la medida en que los burócartas estaban tan interesados en mantener los privilegios de las uniones de oficios como en impedir la organización de los no calificados, pasaron a constituirse en una especie de asociados menores de los monopolios y del gobierno. La retórica en torno a la "colaboración de clases" que se adoptó, y que comprometía y corrompía a un sector del movimiento obrero, enumeraba métodos directos y efectivos de control de las posibles rebeliones del sector a cuyas expensas se cumplía dicha colaboración. Así, los líderes de la AFL estaban siempre a mano para condenar o sabotear una huelga "salvaje", o para anatematizar y perseguir a los militantes combativos. Fueron una suerte de guardianes del frente obrero del sistema. La particular fisonomía del proletariado, con su pobre tradición, y dividido en multitud de minorías de distinto origen e idiomas, se prestaba magníficamente a esas prácticas.

La relativa facilidad con que los burócratas cumplieron su cometido, la larga preeminencia de la AFL en el panorama sindical, cuando por sus postulados y su accionar era tan solo un anacronismo, no terminan de explicarse si no se las relaciona con las excepcionales condiciones de un país que, aun entrado el siglo XX, permitía mantener el mito de su frontera Oeste; que siguió repartiendo tierras a colonos durante el primer decenio del siglo; que contó con una industria siempre ávida de mano de obra, que además era comparativamente cara; un país en donde las oportunidades individuales parecían no tener fin.

Al ubicarse claramente a la zaga del capitalismo, la AFL dejaba peligrosamente expuesto su flanco obrero. Aprovechando ese vacío, aparecieron en 1905 los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), encabezados por el sector más progresista del sindicalismo. Libraron batallas importantes y obtuvieron las victorias más resonantes de la historia obrera norteamericana. Pero aunque conmovieron a la AFL no consiguieron organizar de manera permanente a los obreros industriales. En la práctica, desaparecieron en 1917.

La corta trayectoria de los IWW no los hace menos importantes. Mostraron la posibilidad de orga-

"Wall Street", una visión satírica de la economía norteamericana según un grabado de Leopoldo Méndez.





nizar a los no calificados y de superar las crónicas divisiones de las minorías extranjeras, incorporándolas a la lucha común. En conjunto, dejaron una riquísima experiencia, que sería aprovechada veinte años después para la formación del CIO.

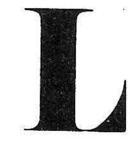
La AFL combatió encarnizadamente a los IWW. Condenaba el sindicalismo "dual" (obreros de oficios e industrias juntos en un mismo gremio), apoyada en su teoría de la organización por oficios. La realidad era que, a esa altura, la ideología de los oficios se había convertido, antes que nada, en un pretexto para evitar las movilizaciones imprescindibles para imponer la organización de los obreros sobre bases industriales y preservar su burocracia.

En la práctica, la AFL aceptaba en su seno sindicatos de obreros no especializados desde hacía tiempo. Los mineros del carbón, con una organización industrial, eran su gremio más importante, y, según consigna L. Huberman en 1915, de 133 uniones nacionales, la mayoría de las cuales pertenecían a la AFL, solamente 28 de ellas podían considerarse uniones gremiales puras; todas las demás eran, en diferentes grados; combinaciones de oficios e industrias gremios amalgamados; múltiples, semi-industriales o industriales. La ideología había sucumbido ante los cambios habidos en el aparato productivo.

Los IWW obligaron a la AFL a hacer explícitas las concesiones que ya habían hecho en la práctica, a reconocer la necesidad de encarar la organización de los no especializados.

Desde el punto de vista de la historia del movimiento obrero, los IWW mostraron hasta qué punto el desarrollo de las fuerzas productivas del país imponía otras formas de organización a su clase obrera. A dichas formas, que debían comprender a todo el proletariado, la AFL solo podía acceder violentando profundamente su particular estructura.

La década de 1920 y la clase obrera



La Primera Guerra permitió que se manifestara plenamente la tremenda capacidad de la economía norteamericana. Fue esta capacidad la que decidió el conflicto en favor de los aliados y permitió a los Estados Unidos reemplazar a Inglaterra en el dominio mundial.

En el decenio que siguió a la guerra comenzó a rendir a pleno la sucesión de cambios e innovaciones que el desarrollo de capitalismo había ido introduciendo en la producción: fabricación en serie, organización científica del trabajo de acuerdo a los principios de Taylor, aplicación de nuevos principios técnicos descubiertos en investigaciones financiadas por las corporaciones. La industria alcanzó dimensiones colosales.

El gigantesco crecimiento de la producción industrial —en esos diez años fue casi del 100 %— era paralelo al acelerado proceso de concentración de capital. En 1930 la mitad del capital total de las corporaciones pertenecía al 10 % de ellas; los 200 mayores consorcios recibían el 43 % de los ingresos totales.

El estado llegó a estar dominado por los monopolis, y a través de él se archivaron las medidas que la ideologia liberal de la libre competencia económica había consagrado en la legislación.

Pero, además necesitaban implementar mecanismos que, en lo social, les permitieran desarrollar sus planes. Para ello, basados en la prosperidad general de la década, embarcaron a la clase media en una política conservadora y chauvinista que produjo casa de brujas, persecuciones, purgas ó deportaciones de agitadores, represión de los comunistas y, sobre todo, que le opuso franca y abiertamente, al movimiento obrero.

La época dorada del reconocimiento por la complicidad de la AFL había terminado. El último episodio importante fue el pro-

Dos imágenes del "viernes negro" en la Bolsa de Valores de Nueva York. La crisis de 1929 puso en peligro la supervivencia del capitalismo en el mundo entero.

Venta de manzanas en la vía pública. Los trabajos temporarios o irregulares fueron uno de los más utilizados paliativos a la miseria por parte de los desocupados. Los despidos alcanzaron a tres millones en 1930.

grama común para solventar el esfuerzo de guerra. Concluida esta, los planes para la reconstrucción presentados por la AFL —que incluían una serie de reivindicaciones para el sector obrero— no pasaron de ser una muestra de ingenuidad, reveladora de la total falta de perspectivas de los dirigentes obreros. Dichos planes eran sencillamente incompatibles con las necesidades del lúcido sector monopolista, que tenía su feudo en la industria pesada y la banca asociada a ella. La negra reacción que se abatió sobre la clase obrera fue la respuesta. Los monopolios ya no podían coexistir con organismos que, aparte de estorbar sus planes, ni siquiera servían de freno a los intentos de resistencia de los obreros; para eso estaba la prosperidad sin límites que auguraba el sistema y la persecución y represión, susceptibles de llevarse a puntos extremos.

Desde 1920, año en que alcanzó el máximo de afiliados de su trayectoria, el retroceso de la AFL se hizo constante. El número de conflictos disminuyó en forma notable: de más de 4.000.000 de huelguistas en 1919 se descendió a 330.000 en 1926 y, de 1927 a 1931 el promedio anual de huelgas fue de 763, de huelguistas, de 275.000. La derrota signaba las movilizaciones obreras y retraía bases y líderes.

Los medios empleados contra el sindicalismo fueron múltiples. La complicidad de las cortes de justicia brindaba la posibilidad de la interpretación torcida de las leyes. De tal manera se aplicaron contra los obreros leyes como la Sherman, originalmente sancionada para evitar las prácticas monopolistas; el método no era nuevo, pero la frecuencia con que se lo usó hizo que prácticamente no hubiera huelga que fuera legal y que los dirigentes que las encabezaban corrieran peligro de ir a la cárcel. La falta de legislación laboral permitía también la política de **open shop** (taller abierto), por el que cada fábrica tenía derecho a contratar obreros pertenecientes a distintos sindicatos, y la práctica de los contratos de no afiliación **(yellow dogs contracts)**, que impedían legalmente a sus firmantes la afiliación a los sindicatos.

El cierre de la inmigración en 1924 no tuvo como objetivo satisfacer el viejo reclamo de la A F L sino asentar sobre bases internas, de hecho más controlables, el mercado de fuerza de trabajo; pero, sobre todo, se trataba de evitar la contaminación de la clase obrera con inmigrantes portadores de la ideología comunista, que, en la década, protagonizaban las revoluciones europeas.

En lo económico, dicha medida ilustraba también acerca de un nuevo cambio del aparato de producción: el provocado por la automación, que requería una creciente cantidad de personal muy calificado, en desmedro de la mano de obra sin especialización. Si en 1910 se necesitaban 60 ingenieros por cada 10.000 obreros, y en 1920, 70, para 1930 la necesidad era de 110 ingenieros para igual número de obreros. Esto implicaba una disminución del capital variable destinado al pago de salarios en beneficio del capital fijo invertido en maquinarias, lo que se traducía en una creciente desocupación. Así se explica que, pese a la prosperidad general del período, los desocupados nunca fueran menos de 1.600.000.

La desocupación, combinada con la división en múltiples minorías del proletariado, fue la principal arma que blandieron los monopolios. La minoría negra desempeñó allí un papel significativo. Las corporaciones hallaron en los negros una reserva de mano de obra que podía ser usada contra el movimiento obrero en función de rompehuelgas.

Los negros no se resistían a ese papel. En primer lugar, en su nueva condición, en las ciudades, disfrutaban de inmensas ventajas respecto de su anterior vida; y, como herencia de la esclavitud, veían al patrón como su benefactor y amigo y al trabajador blanco como su enemigo natural. La inmensa mayoría desconocía todo lo innerente al sindicalismo y la solidaridad de clases. Pero, por sobre toda otra razón, fue la actitud racista de la A F L la que empujó a los negros a romper al movimiento obrero. Explícitamen-


UNEMPLOYED
BUY
APPLES
5 EACH

te o no, las uniones de oficios actuaban discriminatoriamente y la A F L avalaba tal actitud. Desde 1890 se había negado a condenar las prácticas racistas de sus gremios y, además, trataba de organizar a los negros separadamente, en débiles sindicatos por ciudades, dependientes de la misma federación y sin conexión con los gremios locales. Así, los negros no podían sentir solidaridad ante semejantes sindicatos, y su oposición era tanto mayor cuanto mayor fuera su conciencia de clase.

Pero la historia de la clase obrera en general se explica a partir de este estadio de la evolución del capitalismo sobre todo por la especificidad de las estructuras que se intentó crear para enmarcarla. En esas tentativas se inscribe el "fordismo", al que A. Gramsci definió como "el punto extremo [de los intentos] realizados por la industria para superar la ley tendencial de la caída de la tasa de beneficios". En la práctica consistía en la extrema organización del proceso de producción tendiente al aprovechamiento máximo del esfuerzo de hombres y máquinas. Teóricamente tendía al cumplimiento de una de las premisas básicas del sistema: la racionalización extrema, sistemática y progresiva de los procesos parciales de producción.

No obstante, la implantación del taylorismo, (organización científica del trabajo humano) sólo podía hacerse sometiendo a los obreros a "hábitos de orden, exactitud y precisión que tornen posible las formas siempre más complejas de vida colectiva que son la consecuencia necesaria de desarrollo del industrialismo". Entonces, y siempre siguiendo a Gramsci, "la racionalización del trabajo y el prohibicionismo están íntimamente ligados: las encuestas de los industriales sobre la vida íntima de los obreros, los servicios de inspecciones creados en algunas empresas para controlar la moralidad de los obreros, son necesidades del nuevo método de trabajo. . . [son] también el mayor esfuerzo colectivo verificado hasta ahora para crear, con rapidez inaudita y con una conciencia de los fines jamás vista en la historia, un tipo nuevo de trabajador y de hombre".

Ese esfuerzo sólo podía ser efectivo a condición de paliar la coerción que implicaba. Primero, con una política de altos salarios que asegurara la estabilidad de los obreros en el trabajo y garantizara su eficiencia. El aumento de jornales que otorgaron "voluntariamente" primero Ford y después otras industrias debe ser entendido en ese sentido. Segundo, apoyando las ventajas económicas con medidas a cargo del estado que garantizaran la vigencia efectiva de la templanza y métodos en la vida obrera; en otras palabras, evitar que los obreros gastaran sus salarios en nada que no fuera lo necesario para vivir; la sanción de la enmienda 18ª y el prohibicionismo fueron las más espectaculares de las medidas tomadas. Por último, usado la persuación para convencer a los obreros y realzar las relativas ventajas que se les otorgaban, se empleó por un lado la publicidad a nivel general —que cacareó la prosperidad de los años 20, prosperidad que solo rozó al conjunto de la clase obrera—; por otro, muchas empresas comenzaron a financiar programas de salud, recreo y seguros, que inauguraron la etapa del capitalismo "filantrópico", destinados también a alejar a los trabajadores de la militancia sindical, pues ofrecían los mismos beneficios que los sindicatos de la A F L.

Fue en la oposición A F L monopolios de la industria pesada donde se produjo una situación crucial. En la medida en que la Federación representaba formas atrasadas de producción, y su teoría condicionaba en cierto modo su actividad, pasó a operar como freno del desarrollo del aparato productivo. Esa era su oposición a la racionalización del trabajo, a la introducción de novedades técnicas que reducían costos, a una mayor y más perfecta automación. La decadencia de la A F L, que bajó de 4.000.000 de afiliados en el comienzo a 2.500.000 en 1932, y la proliferación y crecimiento de sindicatos de empresas, desvinculados entre sí y enteramente al servicio de la patronal, que llegaron a nuclear a más

En la foto de arriba: los carteles del Partido Comunista en las calles de Saint Louis exigen una solución al "programa de hambre" propuesto por el gobierno. En la foto inferior: enfrentamiento entre los militantes comunistas y la policía en 1937.

de 1.500.000 obreros, hallan su mejor explicación en la necesidad que tenía el capitalismo de liquidar sindicatos que, según la afirmación de Gramsci, luchaban todavía "por la propiedad del trabajo contra la "libertad industrial [. . .] El sindicato obrero americano es más la expresión corporativa de la propiedad de los oficios calificados que otra cosa, y por ello su destrucción, planteada por los industriales, tiene un aspecto progresista".

Frente a necesidades tan definidas la A F L no pudo hallar respuesta. En realidad hacía mucho tiempo que estaba condicionada por la práctica de las negociaciones y los cabildos. Temerosa de las movilizaciones de base haber llegado "a la adopción de un programa de colaboración de clases [. . .] la colaboración obrero patronal fue enaltecida como principio cardinal y reemplazó a la beligerancia como programa del voluntarismo. El nuevo sistema consistió en colocar el sindicalismo al servicio del patrono [. . .] Entonces el sindicato se convirtió en una entidad a su servicio, igualmente interesada en su propio bienestar y en el del empleador" (Louis Hacker).

Naturalmente, tal posición, que en su momento arrojó dividendos, no podía seguir siendo eficaz frente a una patronal que despreciaba la colaboración y descarga sobre el sindicalismo sus más poderosas armas. La falta de militancia de la A F L alejó a los obreros de la organización completando así la tarea emprendida por los monopolios.

En los comienzos de la década los militantes comunistas intentaron un replanteo de la práctica sindical desde el seno de la A F L. Lanzaron un programa de organización por fábricas que superaba la distinción entre oficios y no especializados por medio de fusiones entre ellos. Para no chocar con la burocracia dichas fusiones debían ser voluntarias. No tardó en ser torpedeado por la A F L. El fracaso del programa estribó en que los comunistas confundieron los planos político y sindical, y subordinaron este a aquél. Además se embarcaron en una apología de la revolución rusa. En un medio que se alimentaba de las persecuciones ideológicas dichos planteos les resultaron fatales. Sus enemigos empalmaron la reacción de la burocracia obrera y el prejuicio anticomunista y antiobrero de la pequeña burguesía y aislaron fácilmente a los marxistas de las bases; barrerlos de los sindicatos fue solo cuestión de tiempo.

El Partido Comunista era el único que podía proveer a sus militantes de una ideología y métodos a la altura de las circunstancias; sin embargo, no logró forjar un programa que se adaptara a la realidad norteamericana. La prematura embestida sufrida los separó de las masas y les impidió enraizarse en su seno.

1924 fue el año cumbre de la marea reaccionaria. En las elecciones presidenciales de ese año participó un tercer partido, que llevaba como candidato al senador liberal La Follette. Había surgido por la agitación reinante en el agro —en crisis crónica desde fines de la guerra—, y se constituía en una alternativa independiente que trataba de torcer el rumbo que la administración republicana imprimía al gobierno. Empalmó con la resistencia obrera expresada a través de la A F L, que apoyó oficialmente al candidato, contrariando el apoliticismo de toda su historia. La Follette obtuvo 5.000.000 de votos, que no alcanzaron para superar a ninguno de los candidatos de los partidos políticos tradicionales, ambos dominados por la Banca Morgan. Esta actitud oportunista de la A F L estaba dictada por su impotencia y, coronada por la derrota, hizo que se replegara sobre sí misma como si se resignara a un destino inevitable.

De allí en adelante los monopolios no hallaron oposición de importancia por parte de la clase obrera. Hacia fines de 1929 ningún enemigo parecía amenazar el cumplimiento de sus proyectos totalitarios.

Sin embargo, sobre la suerte de sus complejos planes informa mejor que nada lo sucedido el "viernes negro" de octubre en la Bolsa de Valores de Nueva York. La premisa de racionalizar a cualquier precio todos y cada uno de los procesos de producción, en pos del objetivo máximo del sistema: la ganancia, halló su exacto opuesto dialéctico: la irremediable irracionalidad del sistema como un todo, el cual, al estallar en la crisis del 29, puso en peligro el destino del capitalismo en el mundo entero.

La sociedad, la crisis y el New Deal



Si en los períodos de bonanza la burguesía podía negar derechos elementales a su proletariado, en los períodos de crisis no podía permitirse esos lujos. Hasta 1930 el capitalismo había podido apartar al grueso de su proletariado de la militancia de clase, sin correr riesgos, merced al espejismo del "american way of life". Pero con la depresión que siguió a la crisis del 29 el panorama cambió. Los millones de desocupados aumentaban sin cesar y el fantasma comunista, tan agitado en la década anterior, podía tornarse real, montarse en la ola de desesperanza y amargura y plantear seriamente el problema del poder como problema de clases enfrentadas.

En 1930 la tasa de desocupación era del 8,7 %; en 1931 saltó al 15,9 % y en 1932 al 23,6 %. En 1933, en lo más hondo de la crisis, los desocupados eran casi el 25 % del total de trabajadores del país. Entre doce y quince millones de personas, aptas para el trabajo carecían de ingreso alguno.

La política del presidente republicano Hoover, de dejar que la crisis se solucionara sola, podía entenderse como un último y tremendo esfuerzo que hacían la gran banca y la industria pesada para controlar totalmente la economía nacional, aprovechando una depresión que no controlaban. Pero esta tentativa, aparte de hacerse a expensas de importantes sectores capitalistas, era demasiado peligrosa.

El sector de empresas, trustificadas o no, de la industria liviana y del comercio al menudeo salió

al cruce de esa política. Directamente vinculado al consumo de las masas, su interés era restablecer el poder adquisitivo de estas para poder restablecer su propio nivel de ventas.
Un importante sector liberal del Partido Demócrata estaba convencido, desde tiempo atrás, de la necesidad de la intervención estatal en la economía. Seguidores de Keynes, el problema del pleno empleo ocupaba un lugar prominente en su teoría. Ambos grupos empalmaron su accionar y se conformó así el sector más lúcido y dinámico de la burguesía, que se impuso en las elecciones presidenciales de 1932.
En la cima de la depresión comenzó Franklin D. Roosevelt a gobernar y a forjar su Nuevo Trato **(New Deal).** Si bien la oposición, vencida politicamente, no lo advirtió, era la única alternativa frente a la revolución social.
El objetivo central del **New Deal** fue salvar al sistema de su derrumbe. En esencia, su programa no existió. Toda su acción estribó en una serie de marchas y contramarchas impuestas por la experiencia de cada día. Sin embargo, en todas esas idas y venidas hubo dos constantes: una fue el papel protagónico que se adjudicó a sí mismo el estado, en las medidas económicas que propiciaba. La otra, el acento permanentemente puesto en el problema social del pais. Y aqui hallamos al núcleo verdaderamente irrenunciable de su politica.
Que se interesaran desde los más altos niveles estatales por la suerte de los desposeídos era un hecho nuevo e insólito en la historia norteamericana. No se trataba de revolución ni de altruismo. Dicho de una manera general, Roosevelt y su equipo veian que habia llegado la hora en que el capitalismo debia ceder algo de su inmensa riqueza para poder seguir subsistiendo.
Más precisamente, el **New Deal** debia responder a un núcleo bastante definido y restringido de intereses; pero, como estos se beneficiaban con el aumento del nivel de consumo de los sectores populares, la politica de Roosevelt debió orientarse a lograr tal aumento y, una vez conseguido, mantenerlo en la medida de lo posible.
A lo largo de su primer mandato legisló sobre salarios, precios, seguros sociales, horarios de trabajo. Financió programas de socorro y obras públicas, que dieron trabajo a 4.000.000 de desocupados. Estas medidas le granjearon la adhesión de las masas.
Pero a medida que tal política se definía y se aliviaba la situación de los sectores populares la oposición se fortalecía, y no tardó en desatar una ofensiva en toda la línea. Esta contaba a su favor con dos elementos centrales: 1) pese a las millonarias cifras gastadas en socorro y obras públicas, el hambre subsistía y los desocupados eran multitudes. Es cierto que hubo un alivio en el primer año del **New Deal** (del 24,9 % de desocupados se pasó al 21,7 % en 1934), pero con el amago de crisis la tendencia a bajar se detuvo, en 1935, en 20,1 %; 2) fracasaba la política de reflojar a la industria a través de la Ley Nacional de Recuperación Industrial (N.I.R.A.). También la industria había repuntado, en 1933, pero aun en 1935 casi un tercio de su capacidad estaba ociosa. Para peor, no se avizoraba la fase propicia del ciclo y los industriales no invertían.
Es decir que, para suerte de la oposición encabezada por las grandes finanzas, los dos principales problemas seguían en pie.
Pero aunque la reacción lo tenia todo a su favor no podia ganar el apoyo de las masas. Los sectores seguian conmovedoramente fieles a Roosevelt, pese a haber recibido tan poco de su política.
No obstante, este apoyo debia transformarse para que pudiera servir a los planes del **New Deal.** En una sociedad de instituciones sólidas y arraigadas como la norteamericana el apoyo popular desembocaba siempre en elecciones triunfales. Luego el pueblo se iba a sus casas. Los funcionarios electos no podian cambiar una estructura de gobierno que llevaba siglo y medio de adecuación a los intereses de una clase. Pero tampoco se podia recurrir a las movilizaciones masivas del pueblo pues los demócratas no tenian aparato para conducirlos y el peligro de la profundización de las luchas era real.
La salida natural fue la de movilizar a la clase obrera en pos de su derecho a organizarse sindicalmente, negado durante tanto tiempo. Se daba así un objetivo preciso y sin contenido político a las luchas obreras y a la vez se enmarcaba y controlaba a las masas con organismos que podían ser institucionalizados fácilmente.
En un punto tal solución coincidía con objetivos concretos del **New Deal:** la mayor cantidad de obreros trabajaba en las fábricas de la industria pesada, al fomentar su organización, el gobierno golpeaba en el corazón de su principal opositor.

El CIO y la clase obrera


s el año de 1933: Como hemos visto, los obreros de la producción en masa no participaban de la A F L. Pero había en esta pequeños gremios que agrupaban a los obreros especializados que serían llamados a cumplir un papel de importancia en los años venideros.
El Sindicato de Mineros Unidos, principal sindicato de base industrial de la A F L, habia sufrido, en la década anterior, las consecuencias de la politica de los republicanos, agravadas por la crisis de la industria del carbón, que no participó de la prosperidad. Resultado de estos elementos combinados fue el debilitamiento del sindicato, que, para la época del **New Deal**, tenia apenas 100.000 afiliados, frente a los 400.000 de 1920. Además, las prácticas antidemocráticas y gangsteriles de su burocracia lo habian desprestigiado totalmente. Este sindicato era el feudo de John Lewis, y fue la plataforma desde la que partió el impulso inicial del movimiento obrero que cambió la faz del sindicalismo norteamericano.
El entronque de Lewis con el **New Deal** no fue casual. Ya desde 1928 advirtió que la crisis del carbón no se solucionaba aisladamente del conjunto. Lewis era un lider criado a la zaga de Gompers

Arriba: "¡Por el seguro de desempleo, de edad avanzada y servicios sociales!" Carteles en el local del Partido Comunista de Nueva York.
Abajo: Un sindicalista habla a sus compañeros en 1931.

Volante de la Federación del Trabajo de Kentucky repartido durante la campaña de agremiación de John L. Lewis en 1933

"El gobierno de los Estados Unidos ha dicho que los TRABAJADORES DEBEN ORGANIZARSE [. . .] Hay que olvidar los embargos, los contratos de "perro amarillo", las listas negras y el temor de las cesantías. Los patronos no pueden ni se atreven a acudir al gobierno en busca de privilegios si puede demostrarse que han negado el derecho de organización a sus empleados. TODOS LOS TRABAJADORES ESTAN COMPLETAMENTE PROTEGIDOS SI DESEAN UNIRSE A UN SINDICATO."

(Citado por Arthur Schlesinger en *La Llegada del Nuevo Trato*. Ed. Uteha.)

Del Acta Nacional de Relaciones Laborales —Ley Wagner— Julio 5 de 1935

Art. 8.— Serán, en lo que se refiere al empleador, prácticas laborales ilícitas:
1) La interferencia, restricción o coerción, respecto de los empleados, en el ejercicio de los derechos garantizados por el artículo 7.
2) Dominar o interferir en la formación o administración de cualquier organización laboral o dar apoyo financiero o de otra índole a esta [. . .]
3) La discriminación en lo concerniente a la contratación o tenencia de empleos o a cualquier término o condición de empleo para alentar o desalentar la participación en calidad de miembro de cualquier organización laboral [. . .]
4) Despedir un empleado o discriminar de otra forma en su contra a causa de que ha presentado cargos o dado testimonios bajo la presente acta.
5) Negarse a las tratativas colectivas con los representantes de sus empleados, sujetas a las provisiones del artículo 9º.

(Tomado de Leo Huberman *Nosotros, el pueblo*, Editorial Palestra.)

Fragmentos de la resolución del bloque industrialista sindical en la Convención de la AFL de 1935

. . ."Declaramos que ha llegado el momento en que el sentido común exige que las políticas de organización de la AFL sean amoldadas para llenar las necesidades de la hora presente. En las grandes industrias de producción en masa y en aquellas en las cuales los obreros son mecánicos mixtos y están especializados y dedicados a clases de trabajo que no los califican enteramente para la afiliación en uniones gremiales, la organización industrial es la única solución [. . .] Las pretensiones jurisdiccionales sobre pequeños grupos obreros de estas industrias impiden la organización, al engendrar el temor de que, una vez organizados, los trabajadores de estas plantas serán separados, destruyéndose la unidad de acción y su poder económico al requerir que diversos grupos se transfieran a uniones nacionales e internacionales, organizadas según lineamientos gremiales."

(L. Huberman, obra citada.)

En la foto de arriba: Franklin D. Roosevelt, electo presidente en 1932. Abajo: los dos dirigentes sindicales más importantes de la década del 30, Green y Lewis, se entrevistan durante una sesión del N. I. R. A.

y hasta ese momento había sostenido su ideario y sus tácticas, pero desde ese año comenzó a pedir la intervención del gobierno en las actividades de la industria. Si en 1932 apoyó a Hoover fue porque había sido republicano de toda la vida o porque no había grandes diferencias entre el programa de aquel y el de Roosevelt. Pero la depresión lo separó definitivamente del liberalismo y en los comienzos del New Deal era ya un convencido partidiario de los controles estatales en la economía.

Había formado un equipo con Sid Hillman y Dave Dubinsky, presidentes ambos del sindicato del vestido, para hombres y mujeres, respectivamente, y juntos comenzaron a presionar a los distintos factores de poder. En estos seis primeros meses de **New Deal**, ante la disensiones que provocan las primeras medidas de Roosevelt, el grupo comienza a distanciarse de la A F L. Esta, que había arriado algunas de sus viejas banderas, se mostraba reacia a aceptar medidas. Aún se seguía oponiendo a la ley del salario mínimo. Pero la presión era grande y colaboraba con el gobierno.

La sanción de la Ley Nacional de Recuperación Industrial (N.I.R.A.) el 16 de junio de 1932, con su punto 78, ofreció la primera posibilidad de acción. El punto 78 garantizaba la contratación colectiva de obreros, horarios máximos y salarios mínimos y consagraba el derecho de los asalariados a organizarse libremente.

Pero una cosa era decirlo en el papel y otra concretarlo en hechos, sobre todo porque la ley era confusa en su letra y los funcionarios del gobierno la interpretaban de distintas maneras.

Lewis entendía que la ley se cumpliría si los obreros la imponían por la fuerza. Lanzó entonces su primera campaña de agremiación. Apoyado en lo que quedaba de su sindicato desarrolló una vertiginosa actividad a lo largo de las cuencas carboníferas. Destacó un verdadero ejército de organizadores que en los mitines invocaban al **New Deal** y exhortaban a la sindicalización. La campaña tuvo un éxito espectacular. Pero en agosto empezaron las huelgas. Los patrones se negaban a aceptar los sindicatos, y la misma resistencia hallaba el gobierno, que simultáneamente negociaba con ellos la implantación de los códigos de la N I R A en la industria del carbón. Ya todas las empresas importantes habían aceptado los códigos respectivos. Pero una cosa era aceptar lo consignado en un papel cuya aplicación se vería más tarde y otra muy distinta, hacerlo bajo la presión militante de las bases obreras. La patronal se negó y las huelgas continuaron y se hicieron cada vez más enconadas. Los guardias de una mina de Pennsylvania dispararon sobre una concentración de mineros y mataron a varios: La repuesta fue la organización de huelgas de brazos caídos, anticipando las técnicas que después consagraría el C I O. En setiembre el movimiento triunfaba en toda la línea y más de 100.000 obreros volvieron al sindicato, que en corto lapso recuperó su fuerza primera.

El éxito de Lewis no entusiasmó mucho a la A F L. Seguía desconfiando del gobierno y, sobre todo, temía a las movilizaciones de base.

De los altos dirigentes, sólo Hillman y Dubinsky se plegaron al ensayo de Lewis, y ambos consiguieron para sus sindicatos notables crecimientos.

Lewis había obtenido un éxito espectacular, pero apoyado en un gremio muy especial, con un pasado de luchas tremendas y una conciencia de clase a toda prueba. Además se lanzó solo, sin calcular (o, por lo menos, sin calcular bien) las posibilidades de éxito que tendrían los movimientos que lo imitaran. Indudablemente, las industrias de masas a cuya organización apuntaba Lewis, y que eran las que más importaba, no tenían nada del pasado militante de los Mineros Unidos y, lo que era peor, tenían en su seno la quintacolumna de los oficios de la A F L.

Las consecuencias de la sanción de la N I R A fueron inmediatas. El ejemplo de Lewis intentó ser imitado y la agitación obrera creció en todo el país. Pero rápidamente el proletariado debió pasar a la defensiva. La oligarquía industrial, aleccionada por las lu-

chas que libraron los mineros, decidió hacer de la necesidad una virtud. Aceptaron los códigos, y en una vuelta de 180° comenzaron a organizar sindicatos de empresas en sus fábricas, similares a los que proliferaron en la década del 20, pero ahora con mayor intensidad. Desde julio a noviembre el sistema se extendió. Se cumplía con la letra y se traicionaba el espíritu del inciso 78.

Los obreros trataban de ejercitar el derecho que les daba la ley. En junio hubo 137 nuevas huelgas; en julio, 240; en agosto, 246; y en setiembre, más de medio millón de obreros se hallan en huelgas, que se extienden casi hasta fin de año. La A F L se conmovía. Debía atender a las movilizaciones para no ser desbordada por sus bases. Verdaderos ríos de obreros se volcaban en los sindicatos. Prácticamente, la ola se extendió a todas las industrias de producción en masa. Para el fin de ese año la A F L estimaba haber recobrado la fuerza de 1920. Un conflicto de uno de sus sindicatos, los Trabajadores del Hierro, el Acero y la Hojalata, contra la Weirton Steel Co., en diciembre, se convirtió en la piedra de toque para que los patrones comenzaran a desconocer explícitamente las disposiciones de la N I R A.

Como la ley no estaba reglamentada, los distintos organismos que el gobierno formó para aplicarlos se hallaron atados de manos. Además, como las medidas tomadas habían producido una mejora real —por primera vez había descendido el índice de desocupación desde 1929—, la alta burguesía arreció su ofensiva contra la política que la había salvado.

1934:

En los comienzos de su segundo año el programa del New Deal parecía a punto de naufragar. No obstante, el camino de la clase obrera estaba trazado. El inciso pareció iniciar una nueva época. En todo el país los obreros estaban decididos a organizarse independientemente. Hubo muchas más huelgas que el año anterior. Lo significativo era que se hacían por el derecho a la organización y no por objetivos económicos.

Una verdadera lucha se desarrollaba en torno a los revitalizados sindicatos de la A F L correspondientes a la industria de producción en masa. El año anterior, los obreros de esos sindicatos habían sido apresuradamente agrupados en "sindicatos federales", sobre la base de la industria; pero, como no eran de los "oficios", dependían directamente de la Federación, que se abrogaba todas las funciones correspondientes a aquellos. La A F L trataba luego de separar por oficios a las distintas categorías de obreros. Estos se resistieron y consiguieron organizarse en sindicatos nacionales por industria, arrancando el reconocimiento de los burócratas.

Pero, si la A F L no podía resistir la pujanza de las bases, pudo en cambio aprovechar el enfrentamiento que se produjo entre los recientes sindicatos industriales y los sindicatos amarillos que formaban las empresas, también de acuerdo al inciso 78.

Saboteó sistemáticamente y con éxito la posición obrera en los conflictos planteados en las principales industrias. Hacia fines del año los sindicatos federales habían sido vencidos, sus huestes raleadas, y otra vez dominaban los raquíticos sindicatos de oficio. La clase obrera se batía en retirada en la industria pesada (acero, automóvil, caucho). A su derrota había contribuido poderosamente la A F L.

Dos grandes huelgas se destacaron con caracteres propios en la primera mitad de ese convulsionado año, y ellas fueron, en cierta forma, paradigmáticas. Desarrolladas para lograr el reconocimiento de los sindicatos, ambas se prolongaron durante meses, con diversas alternativas de calma y violencia, y ambas finalizaron con el triunfo de los huelguistas. Ambas mostraron también las virtudes y limitaciones de las movilizaciones obreras. Nos referimos a la huelga de los camioneros de Minneapolis y a la de los portuarios de la costa Oeste, con sede en San Francisco.

En las dos ciudades los obreros salieron a las calles y chocaron con la policía reptidas veces. Hubo heridos y muertos. El movimiento canalizó el malestar genera y la indignación causada por la brutalidad de los guardianes

Una imagen de la "gran depresión de los años 30": la señora de Roosevelt reparte comida entre los hijos de obreros desocupados, 1933.



del sistema irritó al pueblo. Se paralizaron ambas poblaciones. Al frente de cada una de las huelgas hubo militantes revolucionarios: Harry Bridges, del P. C., con los portuarios, en San Francisco, y los hermanos Dunne, trotskistas, en Minneápolis. Pero ellos solo aportaron una mayor capacidad a la organización. De hecho, el movimiento le rebasó y la acción combativa de las masas excedió con largueza los aportes ideológicos que habían recibido.
Es que, a esa altura, la profundidad de las luchas obreras trascendía todos los marcos anteriores y derribaba las barreras que dividían al proletariado. Comenzaban a incorporar a los militantes radicalizados y los convertían en dirigentes. Pero también mostraban que estaban necesitados de cuadros militantes capaces; que los métodos de lucha empleados eran hijos del típico pragmatismo norteamericano, y sobre todo, que las movilizaciones podían ser muy profundas, pero carecían de ideología y de objetivos políticos propios. En ambas huelgas los obreros, por puro impulso, fueron los verdaderos dueños de las ciudades sin saberlo y sin que pudieran aprovechar convenientemente su triunfo.
Por supuesto, la A F L condenó los dos movimientos. Estaba realmente aterrorizada, como aterrorizados estaban los gobiernos y las plutocracias locales.
No solo San Francisco y Minneápolis fueron testigos de luchas violentas ni las víctimas allí cobradas fueron las únicas. La ola de huelgas continuó hasta setiembre y arrojó elevado saldo de muertos. En Carolina del Sur la policía mató a seis obreros. En Georgia, el reaccionario gobernador Talmadge instaló un campo de concentración para los huelguistas textiles. Los ejemplos se multiplicaron. Salvo Minneápolis y San Francisco, las luchas arrojaron un saldo de derrota. A fines del año la brutalidad de la represión obligó al proletariado a replegarse. A la luz de esa derrota habría que estimar los alcances de las luchas libradas: quiénes fueron los protagonistas centrales y cuáles sus planes verdaderos.
Mientras la mentalidad provinciana de los alcaldes vociferaba pidiendo la intervención de las tropas federales y la A F L se apuraba a ponerse de su lado, la clase obrera se inmolaba y los empresarios la masacraban fríamente. Las grandes corporaciones no estaban asustadas porque el sistema no se había conmovido. Una depresión podía paralizarlos, pero a esas rebeliones sabían cómo tratarlas. "Unas cuantas centenas de funerales tendrán una influencia tranquilizadora", dijo cínicamente, comentando una refriega, un vocero de los magnates. Era solo una primera línea de defensa; de cualquier manera, las huelgas no cuestionaban el sistema. Por encima de los problemas y de los intereses enfrentados, mientras San Francisco hervía, Lewis permanecía inmutable y Roosevelt paseaba en barco por el Pacífico. Más cerca de la tierra, parcial pero objetivo y sagaz, el conservador Walter Lippmann pudo decir sobre la huelga de San Francisco: "vemos un arma revolucionaria en manos de los que no quieren la revolución".
De la serie de huelgas habidas ese año surgía con nitidez la línea divisoria trazada entre el grupo de Lewis y la burocracia de la A F L. Sus actitudes traidoras hacia los obreros planteaban, de hecho, una separación que solo faltaba concretar. A partir de ese momento la permanencia de los partidarios del sindicalismo industrial en la AFL solo podía servirles para estorbar sus movimientos.

1935:

Año de relativa calma. Dentro del gobierno, trabajaban los partidarios del sindicalismo industrial. Asimilada la experiencia del fracaso del N I R A, el senador R. Wagner, líder de esta fracción, preparaba el proyecto de su ley. Entre las filas de funcionarios del **New Deal** las luchas habían operado como depuradoras. Ciertos elementos se habían ido y sobre todo se habían aclarado posiciones y métodos respecto a la política obrera.
El 5 de julio el presidente Roosevelt firmó la Ley Nacional de Relaciones del Trabajo, más conocida por el nombre de su creador, el senador Robert Wagner. Se apoyaba en los mismos principios del inciso 78, pero le agregaba elementos que permitirían aplicarlos. Su aprobación significaba el triunfo legal de los principios del sindicalismo industrial.
En el proceso de gestación de la Ley Wagner la A F L colaboró ativamente a través de W. Creen. En las sesiones parlamentarias que la consagraron la A F L actuó en su favor como influyente grupo de presión. Pero antes había estado en contra de la aplicación de los principios del inciso 78, que tenían el mismo espíritu de la Ley.
La aparente paradoja se explica por las características de la Federación. Era un sector minoritario del proletariado. Su incidencia en la producción era cada vez menor. Declinaba numéricamente, y hubiera desaparecido de no mediar el empuje de las bases. Una suerte de prejuicio racial contra las minorías que no hablaban inglés, basado en la correspondencia de las artesanías con la vieja inmigración, se encubría bajo su teoría de la organización por oficios y la alejaba de las masas. Todo la definía como un cuerpo anacrónico que, a la vez, era una fuerza política. Sus uniones debían ser tenidas en cuenta, en especial en esos momentos en que el avance del sindicalismo empujaba miles de obreros hacia ellos. Y, por encima de todo, era la única organización que tenía alcances nacionales. Sobre ellos convergían las miradas de los monopolios y los asalariados.
En realidad se encontraba entre los fuegos de dos enemigos gigantescos: los magnates industriales y la clase obrera. La A F L no servía ya a ninguno de ellos. La solución que convenía a los antagonistas la excluía. En la interpretación del inciso 78 ambos contendientes confluían en el sindicalismo industrial: ya fuera en los "sindicatos federales" de los obreros, ya en los de "empresa" de los patronos, y ninguna de esas soluciones convenía a la A F L ni la tenían en cuenta. Esta había luchado a favor del inciso 78, pero contribuido, sin que se lo pidieran, a impedir su aplicación. Es que a medida que se debilitaban sus bases de sustentación económica desaparecía su conexión con la realidad y su oportu-

Declaración de delegados obreros en la convención de Atlantic City.

Delegación Lilly. Unión de Obreros Distribuidores de Gas nº 15268

"...Venimos nosotros y organizamos nuestra industria y luego han venido los gremios de ustedes y han exigido su libra de carne. A mí mismo me tocó esta experiencia en carácter de presidente de mi local. Nosotros habíamos organizado a estos hombres y aparecieron después los gremios y exigieron que ellos les fuesen entregados dentro de un plazo de tres meses. Ni uno solo de los que le quitaron a mi sindicato pertenecía a unión alguna, pero mataron mi sindicato."

Delegación Addes de la Unión Internacional y de los Trabajadores de Automóviles Unidos:

"...Cuando organizamos por primera vez nuestro local entramos en disputa con los mecánicos. Trabajamos juntos durante un tiempo hasta que quisieron tomar posesión de todo el mundo, dejándonos los barrenderos de las plantas. Una vez que hicimos entrega de nuestros hombres a la unión de mecánicos ¿qué sucedió? No hay un solo miembro que esté en buena relación con el sindicato local."

Delegación Mortimer de los Trabajadores Automovilísticos Unidos:

"...Todo parece muy bien a ciertas uniones gremiales que insisten en un determinado procedimiento que vienen siguiendo desde que Colón descubrió América. Pero las cosas han cambiado, y aquello que considerábamos bueno treinta o cuarenta años atrás ya no lo es en la actualidad. Ninguno de los caballeros presentes pensaría concurrir aquí en una carreta tirada por bueyes, pero eso esperan de nosotros. No cabe duda alguna, señores, la industria automovilística va a ser organizada, sino por nosotros entonces por algún otro, porque la presión económica en la industria es tan grande, tan terrible, que impulsa inexorablemente a todos los trabajadores a la organización. No entrarán en organizaciones gremiales por cuanto abrigan la creencia y, a mi entender, están en lo cierto de que el unionismo gremial significa confusión en la industria."

Declaración de Dan Tobin, dirigente de los camioneros y uno de los líderes de la fracción conservadora en la convención de Atlantic City, 1935:

"A nosotros se nos dio una carta constitucional de la Federación Norteamericana del Trabajo, y Gompers, McGuire, Duncan [...] y los otros dijeron: Construiréis sobre la roca de la autonomía de los oficios —de los oficios profesionales— la iglesia del movimiento obrero y no prevalecerán en su contra ni las puertas del infierno ni el industrialismo gremial."

Fragmento de la primera declaración oficial del Comité de Organizaciones Industriales. 10-11-1935

"...Alentar y promover la organización de los trabajadores desorganizados en la producción en masa y en otras industrias, sobre una base industrial [...] intensificando en otras formas los esfuerzos de los grupos de obreros de las industrias del automóvil, del aluminio, de la radio y muchas otras comprendidas en el orden de la producción en masa, con el objeto de hallar ubicación dentro del movimiento laboral organizado según lo representado por la Federación Norteamericana."

(Edward Levinson: *Labor on the March.*)

nismo de toda la vida perdía vigencia.

La participación de algunos de sus dirigentes —Mathew Woll, William Green, aparte de los del grupo de Lewis— en el gobierno, buscaba por Roosevelt, se debía al poco conocimiento que tenían este y todo su equipo con respecto al movimiento obrero y al pragmatismo oportunista de los políticos norteamericanos.

Los verdaderos mentores del gran movimiento de masas que se inició con el **New Deal** fueron Lewis y su equipo y los demócratas liberales encabezados por el senador Wagner. Eran movidos por una moción bastante clara de los cambios traídos por el capitalismo y un sincero interés por las necesidades de la clase obrera. Lewis, por una especie de mesianismo que no excluía su identificación con los asalariados. Pero, independientemente de estos móviles, pesaba el papel que el sindicalismo debía desempeñar en los planes del gobierno, en los que no cabían los sentimentalismos. Wagner no tenía contacto con las masas. La puesta en vigencia de su ley quedó entonces en manos de Lewis, aliado, más que ejecutor del **New Deal,** aunque fuertemente condicionado por las necesidades del sector de la burguesía en el gobierno.

Los golpes sufridos no habían quebrado la natural combatividad de los obreros. Además, el **New Deal** imprimía a su gestión una vivacidad que llenaba de euforia al pueblo. En tanto se rehacía y reagrupaba, en la cúspide de la AFL se daba una última batalla.

En la convención de Atlantic City celebrada en octubre se produjo la crisis que separó definitivamente de la AFL al bloque de sindicatos industriales. El grupo encabezado por John Lewis, Sidney Hillman, David Dubinsky y Charles Howard se constituyó en Comité de Organización Industrial (CIO) a mediados del mes siguiente. Los sindicatos que lo integraban se abocaron a la tarea de organizar a los obreros de las industrias de masas.

1936-1937:

La tarea no era fácil. La campaña debía dirigirse contra los monopolios de la industria pesada.

Fragmentos de declaraciones de John Lewis

"No me interesan las clases [...] Estoy muy lejos de fomentar los complejos de inferioridad en los trabajadores, tratando de hacerles creer que pertenecen a alguna clase especial. Esto ha ocurrido en Europa, pero todavía no sucede aquí [...ante la desaparición de la igualdad de oportunidades]. Es concebible que si se permite que continúe ese peligroso estado de cosas no solo habrá *conciencia de clase* sino también revolución, pero esto puede evitarse. Los patronos no están haciendo gran cosa para impedirlo, pero los Mineros Unidos están haciendo todo lo que pueden para que el sistema funcione y evitarlo de ese modo. ¡Ya veremos!"

....

"El laborismo puede y exige tener voz en la determinación de las políticas que afectan al elemento humano de la industria [...] Quiere un sitio en la mesa del consejo donde se toman las decisiones que afectan la cantidad de alimentos que comerá la familia de un trabajador, la extensión de la instrucción de sus hijos, la clase y cantidad de ropa que vestirán y los escasos placeres que puedan disfrutar."

....

"La industria no debe quejarse si toleramos a los comunistas en nuestra organización porque ella misma los emplea [...] Nunca hay que rehusar trabajar con alguien que esté deseoso de hacerlo con nosotros."

(Fragmentos citados por Arthur Schlesinger en *La llegada del Nuevo Trato*. Editorial Uthea.)

Arriba: Walter Reuther, líder de los trabajadores de la industria del automóvil, es detenido por los vigilantes de la Ford durante una huelga. abajo: una caricatura de 1934 presenta la política del "New Deal".

Listas de contribuciones obreras a la campaña demócrata en 1936

Trabajadores Unidos de Minas Norteamericanas ..	u$s	469.668
Partido Laborista Norteamericano	„	133.534
Sindic. Internac. Trabajadores del Vestido	„	5.000
Sindic. Fusionado Trabajadores del Vestido	„	5.000
Fraternidad Interna. Trabajadores de la Electricidad	„	1.000
Fraternidad de Fogon. y Maquin. de Locomotoras	„	1.000
Orden de telegrafistas de Ferrocarril	„	1.000
Alianza Internacional de Empleados Teatro y Operadores cinematográficos	„	10.000
Sindicatos Varios	„	144.016
	u$s	770.218

(Citado por F. Lundberg en *Las 60 Familias*. Ed. Palestra.)

Telegrama enviado al Gobernador Murphy por los ocupantes de la planta Nº 1 de la General Motor en Flint

"Hemos dirigido esta ocupación más de un mes para lograr que la General Motors Corporation obedezca la ley se comprometa a un convenio colectivo [...]Desarmados como estamos, la introducción de la milicia, alguaciles o policías con armas asesinas entrañará un baño de sangre de obreros desarmados [...] Estamos decididos a permanecer en la planta. No nos hacemos ilusiones acerca del sacrificio que nos ocasionará esa decisión. Estamos convencidos de que, si se emplea la violencia para desalojarnos, muchos de nosotros serán asesinados y tomamos los medios para que sea conocido por nuestras esposas, por nuestros hijos, por el pueblo del estado de Michigan y del país que, si ese es el resultado siguiente al intento de expulsarnos, usted es el único que debe ser considerado responsable por nuestras muertes."

(Edward Levinson: *Labor on the March*.)



I HOPE THIS WILL MAKE ER WORK

WHEE-EE-EE

THE NEW DEAL PUMP

F.D.R

7 THOUSAND MILLIONS MORE

THE TAXPAYER

LEAK

LEAK

LEAK

LEAK

LEAK

LEAK

LEAK

Aviso publicado en 375 periódicos del país por el Instituto del Hierro y el Acero (dependiente del Trust) ante la publicitada campaña de afiliación que iniciara el CIO. Agosto de 1936

"Una campaña para sindicalizar a los obreros de la industria del acero ha sido anunciada. A fin de que los obreros y el público puedan conocer la posición de la industria del acero frente a la amenazante campaña, la industria hace esta Declaración a través del Instituto del Hierro y del Acero Americano:

Personas y organizaciones no vinculadas con la industria han tomado a su cargo la campaña. Hay muchos signos inquietantes de que los promotores de la campaña usarán coerción e intimidación sobre los obreros de Industrias y fomentarán huelgas.

El objetivo de la campaña es el *closed shop* que prohíbe el empleo a cualquiera que no sea miembro del sindicato. La industria del acero se opondrá a cualquier intento para compeler a sus obreros a unirse al sindicato o pagarle contribución para tener derecho a trabajar.

Ningún obrero de la industria tiene que unirse a ninguna organización para conseguir o mantener su puesto. El empleo en la industria no depende de ninguna afiliación. El progreso depende del esfuerzo y mérito individual. Estos son los fundamentales principios norteamericanos a los que la industria resueltamente adhiere.

La industria del acero cree en el principio del convenio colectivo y este está en vigencia en toda la industria.

La abrumadora mayoría de los obreros en la industria del acero participó recientemente en las elecciones anuales bajo su propios planes de representación y eligió sus delegados para contratar colectivamente. Las elecciones fueron decididas por los obreros por voto secreto. Uno de los propósitos de la anunciada campaña es echar abajo aquellos planes y a los delegados electos.

La industria del acero se está recuperando de seis años de depresión e inmensas pérdidas y ahora sus obreros están empezando a recibir los beneficios del incremento de operaciones. Cualquier interrupción en el avance perjudicará gravemente a los obreros y sus familias y a todos los negocios que dependen de la industria comprometiendo el bienestar del país.

La campaña anunciada, acompañada por agitación y lucha en la industria, amenaza con tal interrupción. La industria del acero usará sus recursos y lo mejor de su capacidad para proteger a sus obreros y sus familias de la intimidación, coerción y violencia y para ayudarlos a mantener su contrato colectivo libre de interferencias de cualquier origen."

(Citado por Galenson Walter en: *The CIO Challenge to the AFL*.)

que eran los enemigos más enconados del sindicalismo, y también los que empleaban la mayor cantidad de obreros. Trabajo duro y caro, había escasos equipos para hacerlo. Los fondos surgieron de los sindicatos de mineros y de los trabajadores del vestido. Los cuadros fueron provistos por el sindicato de mineros, habituados al trabajo de masas, y por las distintas fracciones de izquierdistas y radicales a quienes el alza del movimiento obrero atrajo a su seno. Estos militantes experimentados —comunistas, trotskistas, socialistas— se dedicaron a la tarea de sindicalización de los obreros industriales con la esperanza de darle otro contenido a las luchas. Lewis sabia dónde golpear. Las minas de carbón pertenecientes al trust del acero (minas cautivas) eran **open-shop** (taller abierto). Su existencia amenazaba directamente al mismo sindicato minero. Pero estos mineros eran sólo un apéndice de la industria del acero. Por lo tanto, el primer objetivo debia ser la organización de los obreros metalúrgicos.

La gran presión de las bases decidió el inicio de la lucha. En Ackron (Ohio), los obreros del caucho, sobre los restos de los "sindicatos federales", se declararon en huelga en enero. Poco después, los del automóvil, en Flint (Michigan), los imitaron.

Los dos movimientos se iniciaron por la presión de las bases y superaron con mucho las posibilidades de organización y dirección de los equipos que el CIO destinó para atenderlos. La combatividad de los obreros promovió sus propios líderes e impuso y consagró métodos de lucha nacidos de su condicionamiento a las formas de producción más tecnificadas del mundo. Una absoluta precisión dominó la organización de los conflictos, coordinando y racionalizando al máximo los movimientos de los huelguistas. Era el resultado y el opuesto dialéctico al taylorismo aplicado a los obreros para incrementar la producción. Pero aún habría de manifestarse una negación más grave para los capitalistas: la del derecho de propiedad. Acostumbrados a ejercerlo irrestrictamente en sus empresas, haciendo en ellas lo que

querian con los obreros, no pudieron evitar que estos desconocieran ese derecho, se apoderaran de las fábricas y detuvieran la producción. Se impuso en las modernas fábricas la técnica de la huelga de brazos caídos.

Las huelgas del caucho, alternándose en las distintas fábricas, duraron tres meses y terminaron con la capitulación del trust. Las huelgas del automóvil se prolongaron por más tiempo. Aquí la patronal era más fuerte y aún no había aprendido la lección. En Flint, Detroit, Cleveland, y distintos centros del automóvil se vio a los obreros desarrollar a pleno sus nuevas armas de combate. Era una industria que figuraba a la cabeza de la producción por el altísimo grado de nuevas técnicas en que se basaba. También por dicha razón era especialmente sensible a las recién descubiertas técnicas de lucha de los obreros. La huelga de brazos caídos que se ejercía en una planta repercutía en todas las demás y podía paralizar la producción de todas las fábricas. De hecho fue lo que hicieron los obreros repetidas veces.

Finalmente los monopolios cedieron a principios de 1937. La industria del automóvil quedó organizada y los sindicatos reconocidos. Hacia el fin de la campaña estos contaban con alrededor de 375.000 afiliados. Sólo Ford —especie de zar paranoico de la industria— se mantuvo en su negativa hasta 1941.

En tanto Lewis se preparaba para organizar las acerías. Un último intento de lograr el concurso de la AFL, que fracasó, lo decidió a comenzar las campañas. A mediados de 1936, y después de copar el viejo sindicato de la Federación, se formó un comité de Organización del Acero (SWOC), que sobre la base del trabajo de centenares de organizadores batió todo el terreno y hasta logró afiliar a los "sindicatos de empresa" de los trusts. En menos de seis meses el viejo sindicato de 3.000 afiliados saltó a 125.000. Estas cifras, alcanzadas a fines de 1936, llevaron al monopolio a iniciar tratativas. En marzo de 1937 la United States Steel firmaba un convenio con el SWOC

Reproducción de la decisión del trust del acero de reconocer al Comité Organizador de Trabajadores del Acero, según el informe reservado de Myron C. Taylor, Presidente de la United States Steel en Marzo de 1937

"...Sentí que era mi deber como director de nuestros accionistas y como ciudadano de una comunidad honorable que debíamos asegurar la continuación del trabajo, premios y beneficios. Descubrí que el señor Lewis estaba igualmente dispuesto y tuvimos una informal charla preliminar. Echamos la base de los acuerdos de las minas de carbón cautivas, que preservaron el principio de los delegados vinculado con los contratos sindicales. Ellos han trabajado muy bien [...]

La primera charla con el señor Lewis fue el 9 de enero en Washington. Entramos en el asunto bastante a fondo aunque a grandes trazos. Apenas volví de Nueva York discutí toda la situación con los directivos disponibles, y la opinión unánime fue que yo debía seguir adelante con las conversaciones para alcanzar algún acuerdo. El señor Lawis y yo seguimos nuestras charlas el 13, pero no alcanzamos una conclusión que concordara con nuestra política.

El 18 de febrero en una reunión de los principales funcionarios de nuestras subsidiarias discutí los principios involucrados y pregunté a cada presente si en el caso de que la ocasión se presentara negociarían con el SWOC, y todos ellos contestaron afirmativamente. También les pregunté acerca de que si se alcanzara un acuerdo, querrían firmar un contrato en consonancia con la práctica establecida con los grupos de representación obrera en las plantas de acero en noviembre del 36. También contestaron afirmativamente.

El señor Lewis estaba entonces en Nueva York y expresó el deseo de estudiar nuevamente el asunto conmigo, pero nosotros no tuvimos más reuniones hasta el 25 de febrero, cuando en mi casa, en Nueva York, nuestras conversaciones fueron resumidas sobre las bases de esta fórmula, la que le mostré por primera vez:

La Compañía reconoce el derecho de sus obreros a negociar colectivamente a través de sus delegados libremente elegidos por ellos, sin presión, coerción o intimidación de ninguna especie u origen. Negociará y contratará con los delegados de cualquier grupo de sus obreros, así elegidos y con cualquier organización como la representativa de estos miembros, sujeta al reconocimiento del principio que el derecho a trabajar no depende de la agremiación o no agremiación en organización alguna y sujeta al derecho de cualquier obrero a negociar libremente de dicha manera y a través de dichos delegados..."

(Reproducido por W. Galenson, obra citada.)


THE PATRIOTIC APPEAL
SPENDING MONEY



Caricatura de Herbert Low referida a la política de Roosevelt. El movimiento obrero a mediados de la década del 30 se organizó no solamente en base a reivindicaciones económicas sino en pro de una estructura combativa de mayor eficacia.

Cuatro rostros en el movimiento obrero norteamericano de la década del 30. Arriba, a la izquierda: William Green. A su derecha: John Lewis, el dirigente principal de los United Mine Workers. En el centro: Walter Reuther distribuye paquetes con panfletos para volantear las fábricas Ford. Abajo: Hugh Johnson, administrador del N. I. R. A., Frances Perkins, secretaria de Trabajo y otros miembros del Consejo Nacional de Trabajo, 1934.

Alcance de la Organización Gremial en los Estados Unidos

	1933	*1935*	*1937*
Obreros organizables	35.026.093	35.026.903	35.026.903
AFL	2.126.796	3.045.347	3.441.340
Uniones no afiliados	655.500	571.500	518.397
CIO			3.727.350
Total obr. organizados	2.782.296	3.616.847	7.687.087

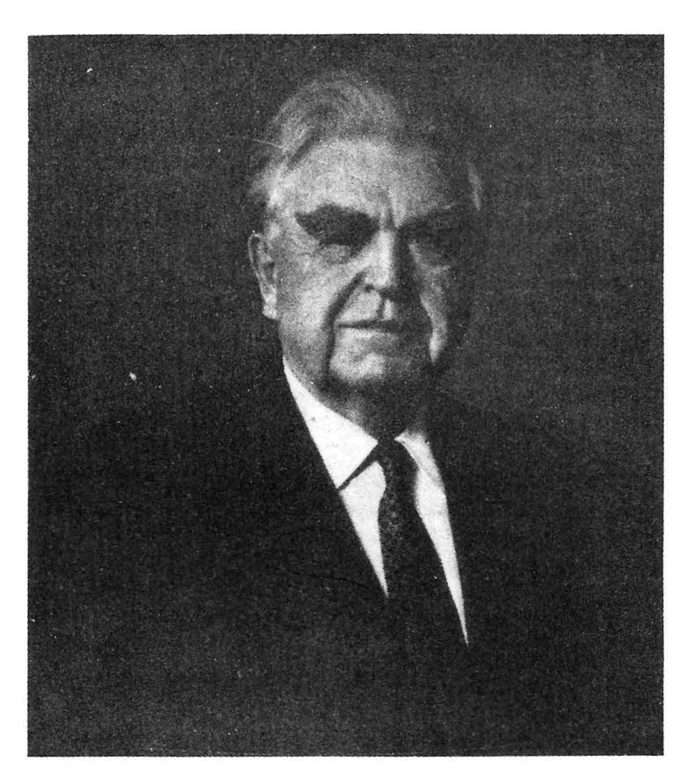
(Tomado de Edward Levinson: *Labor on the March.*)

Canciones entonadas por los obreros en las campañas de sindicalización de 1936

"El bebé de mamá adora una fábrica sindicada
¡Apresúrense!, dice el patrón.
¡Trabajen como bestias!
Me quedaré con las utilidades y les dejaré las pérdidas.
¡Tengo el cerebro y tengo el dinero!
¡El Señor mismo lo decretó así!
Han tomado incontables millones que nunca se ocuparon de ganar.
Pero sin nuestro cerebro y nuestros músculos no girará una sola [rueda.
Podemos destruir su altivo poderío y conquistar nuestra libertad [cuando sepamos
Que el sindicato nos hace fuertes.
¡Solidaridad eterna!
¡Solidaridad eterna!
¡Solidaridad eterna!
¡Porque el sindicato nos hace fuertes!
¡Porque el sindicato nos hace fuertes!"

(Citadas por Arthur Schlesinger, en *La llegada del Nuevo Trato.*)









y con ello daba el espaldarazo final al CIO, que, sin disparar un solo cartucho, lograba su objetivo máximo.

Según H. Faulkner, con este acto el Consorcio del Acero "modificó, para sorpresa de todos, una política de toda la vida". ¿Qué había ocurrido? Independientemente de que algunos industriales del acero no llegaran a acuerdos con el CIO (al igual que Ford en el automóvil), y que incluso lo derrotaran en conflictos posteriores, el trust del acero, verdadero amo del rubro y mentor del sistema, sabía lo que hacía. Su alto sitial lo obligaba a una mejor visión de conjunto. Por un lado, conocía los nuevos vientos políticos. El Congreso había votado el año anterior una ley que declaraba felonía el traslado de rompehuelgas, el empleo de espías y el ataque al ejercicio de los derechos obreros de organización. El mismo Roosevelt, antes cuidadosamente prescindente en los asuntos laborales, apoyaba públicamente la Ley Wagner. Por lo demás, acababa de ganar su reelección en forma aplastante. Se avecinaba una guerra en Europa y los beligerantes exigirían entregas regulares.

Pero también tenían noción exacta de sus limitaciones. Habían visto que las luchas obreras del caucho y del automóvil lograban desnudar con sus huelgas de brazos caídos una de las más profundas contradicciones del capitalismo en la etapa de la automación.

En efecto, las modernas industrias se mueven en base a complicadas y costosas maquinarias cuyo plazo de amortización es riguroso y perentorio. Es en función de esto que se elaboran los planes de producción que deben ser cumplidos con toda precisión. Es decir que, cuanto más tecnificada sea una fábrica, cuanto más inversión en maquinarias demande, tanto más débil y vulnerable se torna.

Una cosa era ocupar una mina e impedir la extracción y otra muy diferente detener una línea de montaje o apagar un alto horno. Por este camino la clase obrera podría llegar a arrebatar el control de la producción de manos de los industriales y, siempre, y en el mejor de los casos (para la industria), su acción acarrearía pérdidas tremendas a las empresas. Las huelgas de brazos caídos de Flint, punto máximo de la combatividad de masas, hicieron que los monopolios del acero arriaran sus banderas y se plegaran a lo inevitable: la organización de sus obreros en sindicatos industriales independientes.

1937:

Alrededor de 200.000 obreros se hallaban en huelga en los primeros meses. El triunfo en el automóvil y en el acero representaron sólo un paso adelante. Aun en estas industrias quedaban miles de obreros sin agremiar. Todavía más, en el conjunto del país el grueso del proletariado no tenía ese derecho. Tampoco el reconocimiento del sindicalismo era el único problema. Era sólo un medio para la clase obrera. En realidad, se peleaba por un derecho del que el proletariado europeo gozaba desde hacía más de cincuenta años.

No obstante, pese a que los sindicatos tenían mucho menos del 20 % del total de obreros del país —y eso incluyendo a los de la AFL— las campañas del CIO comenzaron a detenerse. Después del triunfo sobre el trust del acero, en marzo, pierden su espectacularidad hasta llegar a no ser más que una tarea rutinaria dentro de las tantas que cumplía la organización. A partir de allí, las huelgas, frecuentes todavía, comenzaron a ser "salvajes". Estaban funcionando los controles que imponían Lewis y su estado mayor. Ya tenían la retaguardia asegurada, y disponían en setiembre, de una relumbrante y aceitada organización con 3.715.000 afiliados. Se trataba ahora de cortar las alas de las movilizaciones obreras y evitar el sesgo radical que alcanzaban. Había que volver a entronizar los principios sagrados del sistema. A partir de aquí las huelgas de brazos caídos habían de desaparecer. Era imperativo frenar o domesticar a los izquierdistas que se atrincheraban ahora en importantes y nuevos sindicatos y crecían y se afirmaban con la continuación de las luchas. Sobre todo, había que impedir que las ideas socializantes empalmaran a nivel masivo con la conciencia de su nuevo poder que tenían las masas.

Todo ello era necesario y también posible. Las huelgas de brazos caídos no eran bien vistos por la clase media ni por los funcionarios del **New Deal.** Tampoco los "rojos". Roosevelt empezó a hacer las paces con los monopolios, después de haberse mellado los dientes.

La clase obrera, cansada de luchas, aún castigada por la depresión que no cedía, vuelve a replegarse, como conformándose con lo logrado.

A fines de 1937 los asalariados afiliados a la AFL y el CIO no llegaban a 8.000.000. Los asalariados que quedaban fuera de los sindicatos eran casi 40.000.000. Pero el sindicalismo industrial se había incorporado a las instituciones norteamericanas. Para el caso de que los millones no agremiados se desmandaran siempre quedaba a mano la bandera de Lewis. "Dejemos que los trabajadores se organicen. Dejemos que se unan y que sus voces cristalizadas proclamen sus injusticias y exijan sus privilegios. Dejemos que todos los ciudadanos conscientes los apoyen, "porque el futuro del laborismo es el futuro de los Estados Unidos".

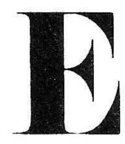
Bibliografía

Historia Condensada del Sindicalismo Norteamericano. Servicio de Informaciones de los Estados Unidos.
Gompers, Samuel. **70 Años de Vida y Trabajo - Autobiografía.** México. Ed. Intercontinental.
Pelling, Henry. **El Sindicalismo Norteamericano.** Madrid., Tecnos, 1961.
Heffener, Richard. **A Documentary History of EE. UU.** N. York, The New American Library, 1952.
Johnson, Charles. **The Negro in American Civilization.** N. York, H. Holt and Co., 1930.
Reuther, Walter. **Ideario de un Sindicalista.** Bs. Aires, Vea y Lea, 1964.
Lundberg, Ferdinand. **Las Sesenta Familias.** Bs. Aires, Ed. Palestra, 1965.
Guerin, Daniel. **Dónde va el pueblo norteamericano.** Buenos Aires. Ed. Arayú, 1954.
Huberman, Leo. **Nosotros, el pueblo.** Bs. Aires. Ed. Palestra, 1965.
Clough, Shepard. **Bases Económicas del Sistema Norteamericano.** Bs. Aires. Ed. Sudamericana, 1956.
Hacker, Louis M. **El Desarrollo de la Economía de los EE. UU.** Bs. Aires. Ed. Troquel, 1967.

Aprismo y socialismo en Perú

Silvia Cragnolino

Mientras se suceden gobiernos represivos y políticas sindicales ineficaces, apristas y comunistas pujan por asumir la conducción del movimiento obrero peruano.



l movimiento obrero en Perú está signado, como sucede en el resto de América Latina, por los grandes acontecimientos que sacuden al mundo y a América en el decenio que va desde 1910 a 1920: el conflicto interimperialista que lleva a la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana.

A diferencia de otros paises de América Latina —como Argentina, Brasil y Chile— Perú es objeto, durante toda esta etapa de entreguerras, de un desarrollo industrial muy precario, producto de su estructura económica tradicional, basada en el agro. No obstante ello, se organiza, a partir de la aparición de ciertas industrias de inversión imperialista, un movimiento obrero que conforma sus primeros sindicatos de clase y crea la C. G. T.

La Revolución Rusa estimula el desarrollo de corrientes ideológicas críticas en medio del proceso de expansión del imperialismo norteamericano y de la consolidación de la dictadura de Leguía. Esta influencia lleva a la creación del Partido Socialista y del Partido Aprista Peruano, de hondas repercusiones en el movimiento obrero en una etapa de ascenso de sus luchas en toda América Latina. El PAP, además, tiene mayor eco en el campesinado y en sectores de la pequeña burguesía, que son quienes experimentan más profundamente la radicalización de la sociedad durante este periodo, y no sólo en el Perú sino también en el resto de los paises latinoamericanos. Ejemplos de esto son la Revolución Campesina Mexicana y el movimiento de la Reforma Universitaria en la Argentina. La fusión del movimiento universitario con las luchas obreras en el Perú origina uno de los primeros movimientos antiimperialistas del continente: el aprismo. Su doctrina de reivindicación indigenista y su programa agrario le dan un gran apoyo campesino y a pesar de que hacia la Segunda Guerra Mundial cambia radicalmente sus posiciones aliándose con la oligarquia en el Frente Democrático proyanqui, la inexistencia de una alternativa revolucionaria estructurada le permite por años, seguir manteniéndose como la única organización con base popular a escala nacional.

El Perú agrario y campesino

Perú es un pais predominantemente agrario y campesino. Según el censo de 1961, el 62 % de su población vive de la actividad agricola. En torno a esta estructura agraria y a la situación del campesino derivada de ella, se articulan los problemas fundamentales del pais.

El 49 % de la población total está constituida por indios y el 37 % por mestizos. Este peso de la población indigena es similar al de otros paises del Pacífico como Bolivia o Ecuador. La situación económica, social y politica del indigena también puede ser parangonada con la de otros paises latinoamericanos. Su historia: la usurpación y el despojo permanente de sus tierras a partir de la conquista y de la colonización española. Su opción: la migración a la selva o el sometimiento y la explotación por parte de los grandes propietarios. Muchas veces la respuesta al hambre, al analfabetismo, a la desocupación fue la espontánea violencia campesina, sin que ésta jamás lograra modificar la situación de explotación y el acrecentamiento del poder por parte de los grandes dueños de la tierra. Esta violencia del opresor nos la hace sentir en toda su intensidad Ciro Alegria cuando, refiriéndose a uno de los personajes de **El Mundo es Ancho y Ajeno,** dice: "Benito Castro piensa en los muertos. En esos y en todos los muertos que están cobijados bajo la tierra hablando con los duros dientes, con las negras cuencas, con las rotas manos, con los blancos huesos [. . .] Benito arrodilla su voz frente a un gran himno y se enciende las sienes con su recuerdo y se hunde en su gran noche iluminada. Porque ellos han muerto de la muerte de cuatro siglos y con el dolor,

con el dolor total que hay en el tiempo. Y por el amor de la tierra, voraz, cordón umbilical del hombre".

Es después de la segunda postguerra y de la revolución cubana que la respuesta campesina va a tener en Perú una resultante distinta: la sindicalización, las guerrillas y las invasiones sistemáticas y planificadas a las haciendas crean situaciones de hecho que llevan al gobierno de Belaúnde a dictar la Ley de Reforma Agraria (1965). Ley que, en sus objetivos, en su articulado y más aún en su "aplicación", será totalmente cuestionada.

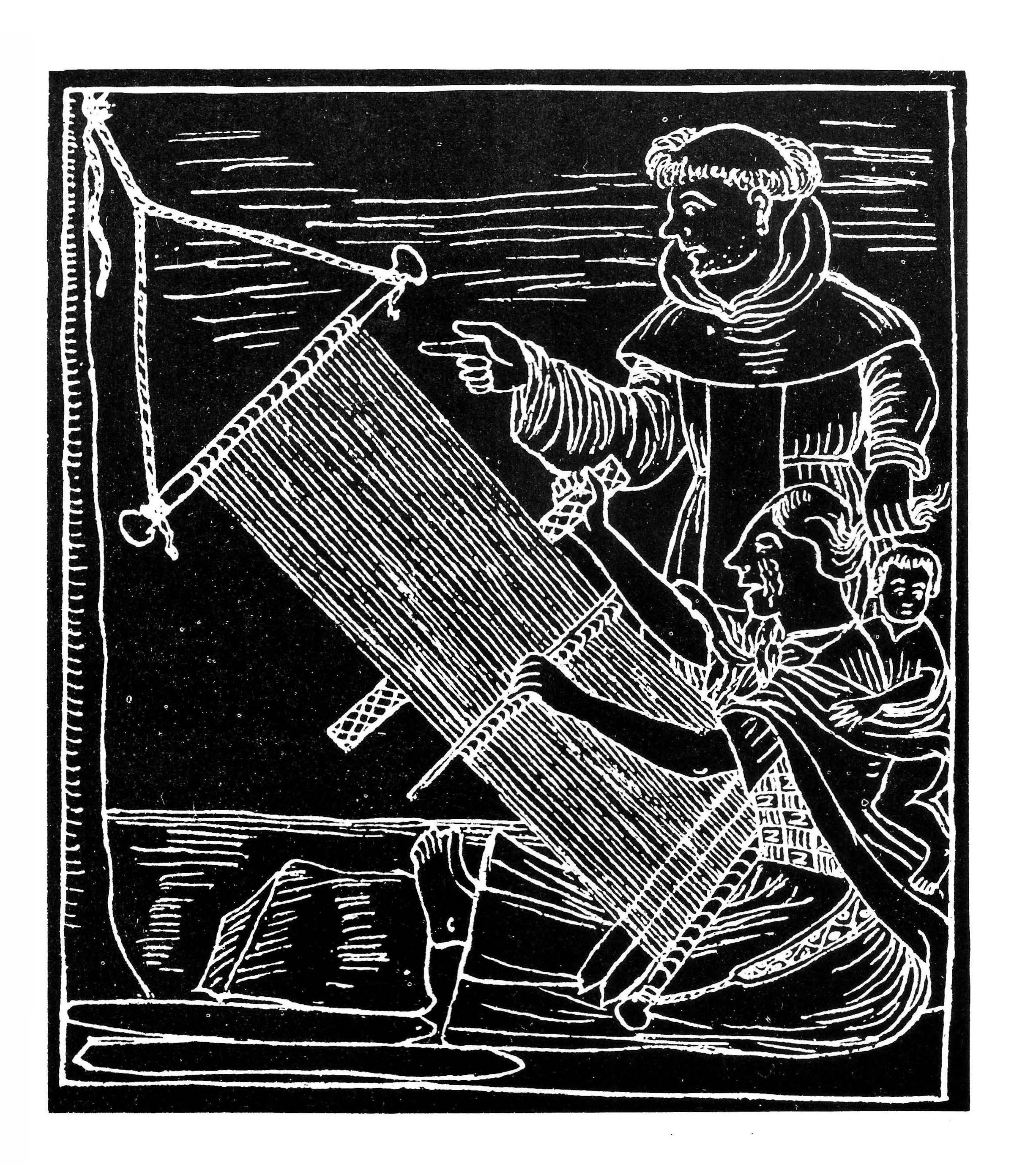
Hasta entonces, las soluciones para el llamado problema indígena tienen, con matices, una misma base ideológica en la medida en que plantean como un problema racial, sujeto a "solución" de integración o asimilación, lo que es un problema social. Con todo, habrá que distinguir entre las reivindicaciones indigenistas propuestas por grupos de extracción pequeño burguesa, que en su momento llegan a tener una significación histórica importante por el amplio apoyo de masas, y los derivados de los sectores ligados directamente con el imperialismo. Los movimientos de reivindicación indigenista soslayaron la cuestión de fondo, ya que las pautas culturales o étnicas son elementos de una realidad en la que lo determinante y básico son las diferenciaciones sociales. Es decir, el problema del indio no es un problema racial, sino social, el de una clase que explota a la otra. Juan Carlos Mariátegui, es el primero en plantear en Perú (en **Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana**) que el problema del indio es el problema de la tierra y de la existencia de una estructura económico-social y política tradicional.

Una estructura agraria basada en la gran propiedad cuyas características fundamentales son, en la mayoría de los casos, las del latifundio típico, en que gran parte de su suelo permanece sin cultivo, con una técnica arcaica y una organización del trabajo basada en el colonato, llamado también —según Mac Lean Estenés— "feudatario". Por este sistema "el colono (con su familia) ocupa un área determinada de la hacienda [...] Cada familia tiene la obligación de cuidar y hacer pastar mil cabezas de ovinos, propiedad de la negociación". A cambio de su trabajo, el colono recibe una hectárea de tierra cada seis habitantes y percibe un sol sesenta centavos diarios, o sea cinco centavos de dólar. "La pérdida de un animal se castiga doblemente: con flagelación y pagando el doble de su valor. Deben también pagar al latifundista con su trabajo personal el pasto que consume el ganado de los campesinos. Y las deudas, que van creciendo, se arrastran de generación en generación. Se impone también el 'pongaje', o sea el trabajo gratuito, por turno, en los servicios domésticos de la casa del patrón". Algo similar ocurre en la agricultura. Esta y la ganadería son las actividades económicas predominantes en la región de la sierra. Otro tipo de latifundio es aquel en el cual se dan formas de relaciones sociales particulares como el "yanaconazgo", la "aparcería", los "arrendires". En este último caso, "los arrendires" perciben del propietario una porción de sus tierras para ser cultivadas en provecho propio. A cambio de ello deben trabajar cierta cantidad de días (de 15 a 18 jornadas) en la propiedad del dueño y, a veces, pagar un canon. En algunos casos su situación económica les permite el contrato de peones para realizar el trabajo en la hacienda, a cambio de un jornal de 5 a 10 soles.

El dueño del latifundio, ausentista, preocupado sólo de la rentabilidad y no de la productividad de la tierra, tiene en la sierra su instrumento de explotación: los gamonales, "señores de la horca y el cuchillo".

Las haciendas agrícolas de la costa son, en muchos aspectos, diferentes: son altamente industrializadas y capitalizadas (inversión de capitales alemanes y británicos, y luego norteamericanos), dedicadas casi exclusivamente al cultivo del algodón y de la caña de azúcar y ligadas al comercio de exportación. Las relaciones sociales con respecto a los asalariados encubren un sistema de

Con la conquista española la sociedad incaica se disolvió en comunidades dispersas e inconexas. En los cincuenta años posteriores a la llegada de los europeos la población indígena se redujo casi a la décima parte.



endeudamiento permanente, a través del "enganche" y de otras formas similares de relación semiservil.

Al lado del latifundio, el minifundio es su contrapartida necesaria tanto en la costa como en la sierra: una pequeña propiedad que no alcanza al campesino para su subsistencia y que lo transforma en mano de obra de la gran propiedad circundante. Su situación es similar a la de los integrantes de las comunidades.

Las estadísticas hablan de mediana propiedad, pero ésta, como consecuencia del predominio latifundio-minifundio, no "progresa" y termina adquiriendo las características del minifundio. Según la S.I.P.A., el "75 % de estas pequeñas propiedades están trabajadas por las comunidades indígenas, cuyo número sobrepasa a 5.000 en el Perú".

Junto a esta forma, característica del predominio de una estructura agraria "tradicional", con una estructura de clases rígida, polarizada, encontramos otra forma, también tradicional, pero cuyo origen es anterior a la conquista y a la colonización española. Su raíz se halla en el "ayllú" de la época preincaica y, con algunas variantes, es la llamada "comunidad indígena". La forma de producción es similar a la de entonces: la tierra pertenece a la comunidad; cada miembro recibe una franja de tierra que trabaja en forma individual durante un año; la técnica sigue siendo primitiva: por rotación (sistema típico de las civilizaciones precolombinas, que, por falta de abono, van rotando la zona destinada al cultivo). El producto de la cosecha pasa a manos de la comunidad, y no al individuo, y es ella quien lo reparte según las necesidades.

Este funcionamiento comunal de alguna manera preexiste en algunos casos, aunque cada vez en menor medida, debido a que la mayor parte de las tierras de las comunidades han ido pasando a manos de los grandes propietarios, y sus miembros se han ido transformando en mano de obra de la gran propiedad aunque sigan viviendo en forma comunitaria.

En síntesis: podemos decir que la forma que predomina es la gran propiedad, con su contrapartida, el minifundio, y tierras en poder de comuneros y comunidades. Y que existen otras formas, que son tierras en arrendamiento, en aparcería y yanaconaje. (Ver cuadros)

Esta situación del agro peruano sufrirá una serie de cambios a partir de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria del 24 de junio de 1969, la cual afecta la estructura tradicional.

Industrialización, imperialismo y oligarquía


a industrialización en Perú es un proceso reciente, que se da a partir de la segunda posguerra. El crecimiento de la industria y minería en el período que va de 1950-60 es mayor al experimentado en el sector agropecuario (ver cuadros). Tomando como base el índice 100, el aumento en la industria es del 100 al 500 % y en la minería del 100 al 300 %, tanto que en el sector agropecuario es del 100 al 140 %.

Pero este crecimiento industrial no va a determinar un cambio fundamental en la estructura económica del país. Lo básico seguirá siendo la estructura agraria, con las características mencionadas.

Se trata de un crecimiento relativo de la industria que se da por la inversión de capital extranjero (norteamericano), especialmente en la industria química. Las fábricas de fertilizantes actuarán como complementarias de la actividad agraria, con el objetivo de mejorar la tierra y obtener una mayor productividad, pero permitirán una cierta diversificación industrial. Junto a esto se dará un proceso de concentración de la mano de obra y de centralización de la industria; de crecimiento desmesurado de una sola ciudad, Lima, o de la línea que va de Lima al Callao, pues Lima seguirá siendo centro administrativo y el peso industrial se derivará hacia el Callao. Esta centralización de la industria producirá un fenómeno de migración de campesinos hacia la zona industrial en busca de fuentes de trabajo. Según las cifras dadas por el censo de 1940, el 51 % de la población de Lima había nacido fuera de la ciudad. El censo de 1961 consigna que, desde 1940 a 1961, Lima triplica su población. Esta población migratoria, mano de obra de la industria formará las "barriadas" (villas miserias), fenómeno típico de toda América Latina que refleja a nivel social el tipo de "desarrollo" producido por la presencia del imperialismo.

La planta de procesamiento siderúrgico y la producción de petróleo en la sierra no provocarán una integración de la economía de la zona a la del resto del país, aun cuando la haya acercado un tanto. Se trata de un desarrollo combinado que no permitirá, en estas condiciones, el salto cualitativo que posibilite el surgimiento de una burguesía industrial "nacional" fuerte e independiente que lleve a cabo el proceso de industrialización modificando las relaciones sociales de producción.

A partir de 1968 se abre una nueva etapa en la que se trata de estructurar una política industrialista que, a pesar de sus limitaciones, tiende a ser independiente. Esta industrialización dependiente y tardía y las características de su estructura agraria muestran en alguna medida cómo Perú, a diferencia de otros países latinoamericanos, no pudo aprovechar la oportunidad creada por las guerras para desarrollar una manufactura nacional protegida y amparada de hecho por dicha situación.

Por el contrario, las características de economía monocultora dependiente hacen que este país, al igual que otros de América Latina, como Venezuela, sea más afectado por los flujos y crisis de la economía mundial y por el hecho de que sus productos sean o no absorbidos por las metrópolis.

Durante la primera postguerra en Perú se reorganiza y reequipa la industria azucarera y aumenta la producción de algodón, caucho y minerales. Las inversiones y créditos "otorgados" por Inglaterra luego de la entrega de los ferrocarriles del Estado a los banque-

Area total de tierras cultivadas y % de sus propietarios

Area cultivada	en %	en Ha.	% propietarios
Gran propiedad	62,8 %	1.522.750 Ha.	1 %
Mediana propiedad	11,8 %	285.700 Ha.	4 %
Pequeña propiedad	25,4 %	614.753 Ha.	95 %

(El criterio utilizado por las estadísticas oficiales es el de considerar gran propiedad a las que tienen más de 100 Ha., mediana propiedad entre 11 y 100 Ha. y pequeña propiedad menos de 10 Ha.)

Régimen de tierras

Tierras en propiedad	12.767.214 Ha.
Tierras en arrendamiento	2.446.477 Ha.
Tierras en poder de comuneros y comunidades	2.240.256 Ha.
Tierras en aparcerías y yanaconaje	220.222 Ha.
Tierras explotadas en otras formas	930.331 Ha.

Renta nacional por ramos de actividad en millones de soles

Año 1942

Ramos	Soles	%
Agricultura y ganadería	949	32
Minería	354	12
Industria	375	13
Servicios	368	12
Comercio	445	15
Finanzas	85	3
Diversos	124	4
Gobierno	260	9
Total	2.960	100

Fuente: Banco Central del Perú: *Renta Nacional del Perú* (1942-1960).

Exportaciones en % sobre el total

Países	1898	1923	1926
a Inglaterra	56,7 %	33,2 %	28,5 %
a E.E.U.U.	9,5 %	39,7 %	34,5 %

Importaciones en % sobre el total

de Inglaterra	44,7 %	19,6 %	15,6 %
de E.E.U.U.	10,0 %	38,9 %	46,2 %

ros ingleses (Contrato Grace) y la inversión de capital norteamericano en petróleo y cobre (Cerro del Pasco) reorganizan la economía peruana de acuerdo a las nuevas necesidades del imperialismo. Poco a poco los Estados Unidos van ganando terreno a Inglaterra. En cuanto al comercio, son elocuentes las cifras transcriptas en los cuadros.

La política aduanera elaborada por la oligarquía, detentadora del poder económico y político, fortalece el hacendismo y la relación de dependencia. Antes de la Primera Guerra, el 35 % del valor de todas las importaciones no estaba gravado: solo los textiles, sombreros, jabones, fósforos, manteca, harina y productos lácteos estaban protegidos. En 1910, el gobierno, a fin de obtener recursos fiscales, dicta una ley de aduanas aumentando las tarifas de los artículos del país. Aún seguía vigente la ley de 1840 en materia de exportación, que fijaba un gravamen por veinticinco años a los minerales de plata para estimular su fundición en el país, y al guano y el hule para evitar aumentos adicionales. Es precisamente en estos rubros de interés para el exterior donde el capital extranjero hace préstamos primero y luego invierte capitales. Completando este breve panorama, desde 1887 a 1929 la recaudación de impuestos aduaneros en El Callao es arrendada a una compañía francesa.

Es evidente que estas medidas aduaneras, lejos de favorecer el desarrollo de una industria nacional, refuerzan la estructura económica existente: 1) porque los capitales ingleses a través de empréstitos son destinados a ferrocarriles, minería, puertos; 2) porque, cuando a fines del siglo XIX y durante la guerra hay un resquicio para un cierto desarrollo manufacturero, entra a desempeñar su papel el imperialismo norteamericano; 3) porque los intereses de la oligarquía son contrarios a la industrialización; 4) porque la burguesía es sumamente débil como para hacerlo por sí sola y 5) porque el poder político está en manos de la oligarquía.

En 1842 los yacimientos de guano fueron declarados propiedad del estado, pero pocos años después se concede a la Corporación Británico-Peruana el derecho exclusivo de exportación. A lo largo del siglo XIX la dependencia comercial con respecto a Inglaterra se fue acentuando progresivamente. En la fotografía se ve a un grupo de trabajadores peruanos ocupados en la recolección de guano.





El intento de San Martín de proteger fiscalmente a los extranjeros que instalaran manufacturas en el país fue uno de los primeros pasos en el proceso de sindicalización.

Los primeros pasos hacia el sindicalismo

Durante el período colonial se desarrolla en Perú, fundamentalmente en Lima, la organización de la artesanía en talleres y gremios con características similares a las del medievalismo europeo. Esta actividad se incrementa con la crisis española del siglo XVII. Entonces comienza a predominar el taller de confección de telas bastas de lana.

Hacia fines del siglo XVIII, paralelamente a este proceso, habían ido surgiendo un mercado local y una débil burguesía mercantil urbana. Por entonces la población de Lima era de 53.000 habitantes, de los cuales 1.000 eran artesanos organizados por gremios (plateros, herreros, zapateros, sastres, carpinteros).

Los intentos de San Martín (1821) para proteger fiscalmente (Reglamento de Comercio) a los extranjeros que instalaran manufacturas en el país, fracasaron, como así también los proyectos de protección a los artículos del país (Reglamento de 1826). La independencia política de España selló el triunfo de la oligarquía latifundista y de los intereses comerciales y financieros de Inglaterra.

Durante el primer gobierno de Castilla (1844-51), máxima y última expresión del caudillismo militar, se establece la primera fábrica de hilados y tejidos de algodón. A los pocos años fracasa por la diferencia en el precio del algodón y en los jornales entre Lima y Europa. En el mismo periodo se instala la primera fábrica de papel, una fábrica de velas y blanqueo de cera y una de cristales. Y a los pocos años, tres fábricas de cerveza, dos de tejidos e hilados de lana y las primeras fábricas de fideos, manteca y chocolate, según lo consigna Malpica en **Crónica del hambre en el Perú.**

La mayoría de estas fábricas eran pequeños establecimientos con poca o ninguna maquinaria, que funcionaban de manera bastante similar al taller artesanal. Los aprendices debían trabajar de diez a catorce horas diarias, además de desempeñar tareas domésticas en la casa del "patrón". A cambio recibían un mísero jornal o no percibían nada. El dueño del taller establecía cuándo el aprendiz pasaba a ser oficial y le aumentaba el jornal. En estas condiciones el oficial podía competir y reemplazar al operario.

Acorde con esta situación en la actividad industrial —predominio del taller artesanal y de la organización gremial— surge la primera asociación de los trabajadores artesanos, "Sociedad Mutua", que, como el nombre lo indica, era de tendencia mutualista, al igual que en todos los países del continente. Se organiza en 1834 la "Confederación de Artesanos Unión Universal" (C.A.U.U.), constituida sólo por los artesanos agrupados en gremios y con objetivos exclusivamente de defensa de los trabajadores manuales. La forman los gremios de carpinteros, sastres, albañiles, panaderos, pintores, choferes, maestros, peluqueros, horticultores, cigarreros y propietarios de taller.

Desde fines del siglo XIX las ideas anarquistas comienzan a adquirir importancia a través de la propaganda que realizan grupos de tendencia ácrata, quienes contribuyen, en gran medida, a crear el movimiento sindical peruano. Uno de sus principales voceros, Manuel González Prada, funda el partido Unión Nacional y desde distintos periódicos inicia su combate por la renovación del país. Su rebeldía social se alza en son de protesta y juicio crítico del proceso histórico y de la situación imperante en el Perú contemporáneo. Ataca al catolicismo como factor regresivo. Ataca a la dictadura como forma de imposición y servidumbre. Ataca a la oligarquía como generadora de los padecimientos de las masas populares. Hacia principios de siglo (1902) se separa de Unión Nacional por no estar de acuerdo con la acción política fijada por sus dirigentes. Sus ideas liberales se radicalizan: contra el planteo de la cuestión social en el trabajo, la explotación, la propiedad y el estado como instrumento de dominación. Funda el Partido Ra-



Textos de Manuel González Prada

"Nuestros indios"

La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social [...]
La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduele al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos o el animo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores. Si el indio aprovechara en rifles y cápsulas todo el dinero que desperdicia en alcohol y fiestas, si en un rincón de su choza o en el agujero de una peña escondiera un arma, cambiaría de condición, haría respetar su propiedad y su vida. A la violencia respondería con la la violencia...

(Ensayo escrito en 1904 e incorporado a *Horas de Lucha* en la 2ª edición.)

"El intelectual y el obrero"

Cuando preconizamos la unión o alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que a titulo de una jerarquía ilusoria el intelectual se erija en tutor o lazarillo del obrero. A la idea que el cerebro ejerce función más noble que el músculo debemos el régimen de las castas...
¿Qué persigue un revolucionario? Influir en las multitudes, sacudirlas, despertarlas y arrojarlas a la acción. Pero sucede que el pueblo, sacado una vez de su reposo, no se contenta con obedecer el impulso inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores... Se ha dicho que la Humanidad, al ponerse en marcha, comienza por degollar a sus conductores; no comienza por el sacrificio, pero suele acabar con el ajusticiamiento, pues el amigo se vuelve enemigo, el propulsor se transforma en rémora.

(Discurso leído el 1º de mayo de 1905 en la Federación de Obreros Panaderos.)

"La anarquía"

Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del estado y la propiedad individual.

dical e intensifica su actividad como propagandista del anarquismo inmerso en las luchas e inquietudes de su país. Descubre la raíz socio-económica del problema indígena y proclama la alianza de los intelectuales y obreros para lograr la emancipación humana y la libertad individual mediante la revolución mundial violenta.

Pese a que, como señalamos, el desarrollo industrial del Perú es muy incipiente, cosa que retarda la formación del movimiento obrero en el país, hacia fines del siglo XIX y principios del XX se opera, como producto de la inversión de capitales imperialistas, un crecimiento en la actividad textil. A partir de los talleres iniciales se ha ido produciendo una concentración (cien operarios en cada uno) y se instala la primera fábrica de tejidos con características modernas (1901). El incremento del cultivo del algodón (1904-1908) permite también el desarrollo de la industria textil algodonera, que pronto pasa a manos de una compañía inglesa: W. R. Grace y Cía. El sistema de trabajo que implantan ésta y otras empresas imperialistas es el del trabajo a destajo y de los "contratistas", lo que lleva a no efectivizar al obrero, pagarle un salario ínfimo y exigir una jornada de trabajo de diez a doce horas diarias. Esto permite a las compañías disponer de un ejército de reserva que les da un mayor margen de ganancia al mantener bajos los salarios y estimular la competencia entre los mismos obreros y obreras, las cuales perciben de un 40 a un 60 % menos. Junto a este proceso aumenta el número de grupos anarquistas y de periódicos que realizan una constante tarea de educación social. Surgen nuevas organizaciones mutualistas, agrupadas en la Asamblea de Sociedades Unidas (A.S.U).

En 1904 estalla en Lima la primera huelga, dirigida por los anarquistas. El surgimiento de las primeras fábricas posibilita la organización sindical por gremios, con las caracteristicas de sociedades de resistencia que luchan por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo; lu-

chas de tipo económico a través de acciones colectivas por la elevación de salarios y disminución de las horas de trabajo. El método de lucha será la huelga.
Luego del fracaso del Partido Radical, González Prada comienza a escribir en **Los Parias** (1904-1909), y desde allí hace una intensa propaganda de agitación planteando que la huelga debía evolucionar hasta generalizarse. A partir de 1905 la C.A.U.U. se vuelve colaboracionista y sostenedora del statu quo y del poder constituido. Algo similar ocurre con la A.S.U.

Intensificación de las luchas obreras

La prédica social del anarquismo influye en la organización obrera durante todo este período, incrementándose después de la Primera Guerra. La huelga pasa a ser el instrumento eficaz para el logro de reivindicaciones. Las sociedades de resistencia y los sindicatos, las nuevas formas organizativas, que irán dejando atrás a las asociaciones mutualistas.
Hacia 1906 los estibadores de El Callao, duramente reprimidos luego de su declaración de huelga, se reorganizaban en sociedad de resistencia (1913) concretando, bajo esta forma organizativa, una nueva huelga general que adquiere vastas proporciones. De estas luchas surge la "Federación Marítima y Terrestre", con sede en El Callao y un subcomité en Lima. El gobierno no debe ceder y dicta una ley que concede a los trabajadores de la dársena la jornada de ocho horas. En 1915 la Federación desaparece, luego de librar una serie de luchas.
Próxima a desencadenarse la Primera Guerra se forman los primeros sindicatos textiles y de zapateros. La huelga llega al proletariado azucarero del valle de Chicana, pero, al igual que en Huacho, es sangrientamente reprimida por el gobierno.
La coyuntura de guerra favorece al Perú en la medida que provoca grandes demandas de algodón,

Manuel González Prada: "Antipolíticos"

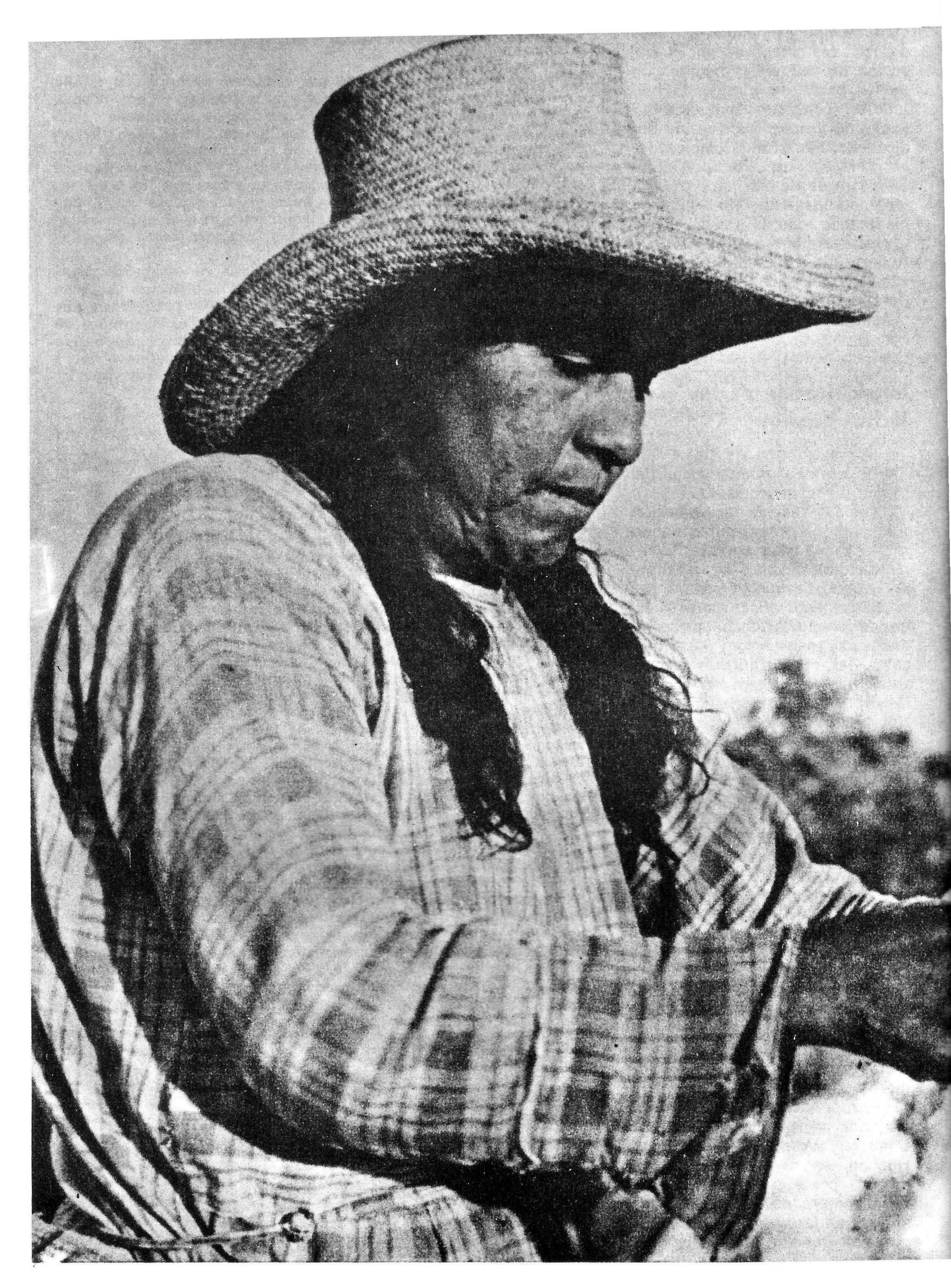
El interés que el político toma por el obrero siempre que estalla un conflicto grave entre el capital y el trabajo se ve hoy mismo, no muy lejos de nosotros, con los operarios de la Dársena: ¿qué hacen los partidos mientras los huelguistas del Callao luchan por conseguir un aumento de salario o el cumplimiento de obligaciones solemnemente contraídas? Nada; y tiene que suceder así mañana, como sucede hoy, porque una cosa son los intereses de la política y otra cosa son los intereses del proletariado. Aunque se predique la igualdad y la confraternidad, el mundo sigue dividido en clases enemigas que viven explotándose y despedazándose. [...]
Uno de los grandes agitadores del siglo XIX no cesaba de repetir: "Trabajadores del mundo, uníos todos". Lo mismo conviene decir a todas horas y en todas partes, lo mismo repetiremos aquí: "Desheredados del Perú, uníos todos". Cuando estéis unidos en una gran comunidad y podáis hacer una huelga donde bullan todos —desde el panadero hasta el barredor— ya veréis si habrá guardias civiles y soldados para conteneros y fusilaros.

(Articulo escrito en 1907 y publicado en el libro *Anarquía*.)

José Carlos Mariátegui: "La crisis mundial y el proletariado peruano"

En esta gran crisis contemporánea el proletariado no es un espectador; es un actor. Se va a resolver en ella la suerte del proletariado mundial. De ella va a surgir, según todas las probabilidades y según todas las previsiones, la civilización proletaria, la civilización socialista, destinada a suceder a la declinante, a la decadente, a la moribunda civilización capitalista, individualista y burguesa. [...]
Y si el proletariado, en general, tiene necesidad de enterarse de los grandes aspectos de la crisis mundial, esta necesidad es aún mayor en aquella parte del proletariado socialista, laborista, sindicalista o libertario que constituye su vanguardia; en aquella parte del proletariado encargada de la dirección de las grandes acciones proletarias; en aquella parte del proletariado a la que toca el rol histórico de representar al proletariado peruano en el presente instante social; en aquella parte del proletariado, en una palabra, que cualquiera que sea su credo particular, tiene conciencia de clase, tiene conciencia revolucionaria. [...]
Vosotros sabéis, compañeros, que las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional Obrera reformista, colaboracionista, evolucionista y otra Internacional Obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria. Entre una y otra ha tratado de surgir una Internacional intermedia; pero que ha concluido por hacer causa común con la primera contra la segunda. En uno y otro bando hay diversos matices; pero los bandos son neta e inconfundiblemente sólo dos. El bando de los que quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía y el bando de los que quieren realizar el socialismo conquistando íntegramente para el proletariado el poder político. [...]

(Junio de 1923.)





Las haciendas agrícolas de la zona costera —ligadas al comercio de exportación— se dedicaron casi exclusivamente al cultivo de algodón y de caña de azúcar. El sistema de salarios encubría un endeudamiento permanente del trabajador, a través del "enganche" y otras formas de relación semiservil. En la fotografía: un aspecto de la cosecha de algodón.



lana, petróleo, cobre, azúcar, aumentando la producción de cultivos agrícolas. A nivel social la guerra tiene un significado muy distinto: los precios de los artículos importados, muchos de ellos necesarios para la subsistencia como el trigo, sufren grandes aumentos y ello afecta, fundamentalmente, al sector obrero y a la clase media. La crisis social repercute, a su vez, en la vida política del país, agudizando la crisis de los partidos políticos de la oligarquía ("civilismo") y de sus colaboradores liberales, que han gobernado al país durante cien años de vida republicana, repitiendo, con ligeras variantes, una misma política en función de los intereses económicos y sociales del latifundismo terrateniente, ligado a los intereses comerciales y financieros de Inglaterra y, más tarde, al capitalismo monopolista.
Durante todo este período, las luchas obreras específicas, mancomunadas a las luchas políticas de los estudiantes, dan su respuesta a la oligarquía mediante una oposición sistemática a las dictaduras que, encaramadas en el poder del estado, representan directa e indirectamente a aquella.
Cuando los anarco-sindicalistas crean el "Comité Pro Ocho Horas", con motivo de la huelga de 1918 en la fábrica de tejidos El Inca (Lima), generalizada en casi todo el país, la Federación de Estudiantes da su apoyo oficial a las reivindicaciones obreras.
Al extenderse por toda América el movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en Córdoba, Argentina, en 1918 los estudiantes peruanos inician una huelga, a principios de 1919, que recibe el apoyo de los trabajadores industriales. A su vez, el movimiento estudiantil presta una colaboración activa a los obreros en huelga al constituirse el "Comité Pro Abaratamiento de la Subsistencia", bajo la dirección de los anarco-sindicalistas. Los estudiantes, entre ellos Haya de la Torre, coordinan las reuniones con los dirigentes obreros y a pedido de éstos, luego de la represión del gobierno de Pardo, negocian con el ministro de Fomento. La resolución de obreros y estudiantes mantiene la huelga general, en la que actúan como vanguardia los sindicatos textiles, los obreros marítimos y panaderos (Federación de Panaderos Estrella del Perú) y la Federación de Zapateros. Finalmente el gobierno debe ceder y decreta la jornada de ocho horas, la Ley de accidentes de trabajo y la Ley de protección a la mujer y al niño.
Este estrecho frente de lucha entre obreros y estudiantes universitarios va a dar características muy especiales y únicas al movimiento obrero y populista del Perú.
Entre tanto habia surgido un grupo de propaganda socialista nucleado alrededor del diario opositor **El Tiempo**, muy popular por entonces. En él se hallaban José Carlos Mariátegui, César Falcón, Humberto del Aguila, quienes imprimen al diario un contenido social. Con objetivos de propaganda publican, con otros intelectuales, dos números de la revista **Nuestra Epoca** (mediados de 1918) y crean, junto con un ex-miembro del Partido Radical (Luis Ullea), un Comité de Propaganda Socialista, entablando relación con obreros sindicalistas y estudiantes. Al año siguiente (1919) se disuelve, luego de una intensa discusión en la que se reflejan distintas tendencias —mientras unos plantean continuar con la propaganda otros quieren transformarse en partido— y algunos se adhieren al movimiento leguiista (que derrocará a Pardo) mientras Mariátegui y Falcón se separan del grupo.
Pese a ello, en forma conjunta o individual, el "grupo" difunde el materialismo histórico en el Perú. Influidos por el marxismo y por los sucesos de la Revolución Rusa, desempeñarán un papel importante en la lucha ideológica peruana durante la década de 1920. Pero no sólo serán importantes a nivel de las ideas sino también a nivel de la práctica, ya sea en la universidad, ya sea fuera de ella. La síntesis de esta línea estará dada por la figura de José Carlos Mariátegui.
La lucha obrera y estudiantil se acrecienta en momentos en que Augusto Leguía inicia su "gobierno de los Once Años" al derribar con un golpe de estado al segun-

Víctor Raúl Haya de la Torre en 1924. En 1926 Haya integrará el grupo fundador del APRA, al que definirá como "el Kuomintang latinoamericano".

José Carlos Mariátegui: "El 1º de Mayo y el frente único"

El 1º de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un inmenso frente único internacional a todos los trabajadores organizados. En esta fecha resuenan, unánimente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: "Proletarios de todos los países. uníos". En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria. [...]
Ultimamente se han producido algunos intentos secesionistas. Y urge concertarse para impedir que estos intentos prosperen, para evitar que socaven y minen la naciente vanguardia proletaria del Perú. Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de factor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único. [...] El frente único [...] no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. Es una acción contingente, concreta, práctica [...] considera exclusivamente la realidad inmediata. [...] Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación. [...] Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha común contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria.

(1º de mayo, 1924.)

"Mensaje al Segundo Congreso Obrero de Lima" (enero de 1927)

Al Segundo Congreso Obrero le toca echar las bases de una Confederación General del Trabajo que reúna a todos los sindicatos y asociaciones obreras de la república que se adhieran a un programa clasista. [...] Hay que formar conciencia de clase. Los organizadores saben bien que, en su mayor parte, los obreros no tienen sino un espíritu de corporación o de gremio. Este espíritu debe ser ensanchado y educado hasta que se convierta en espíritu de clase. [...]

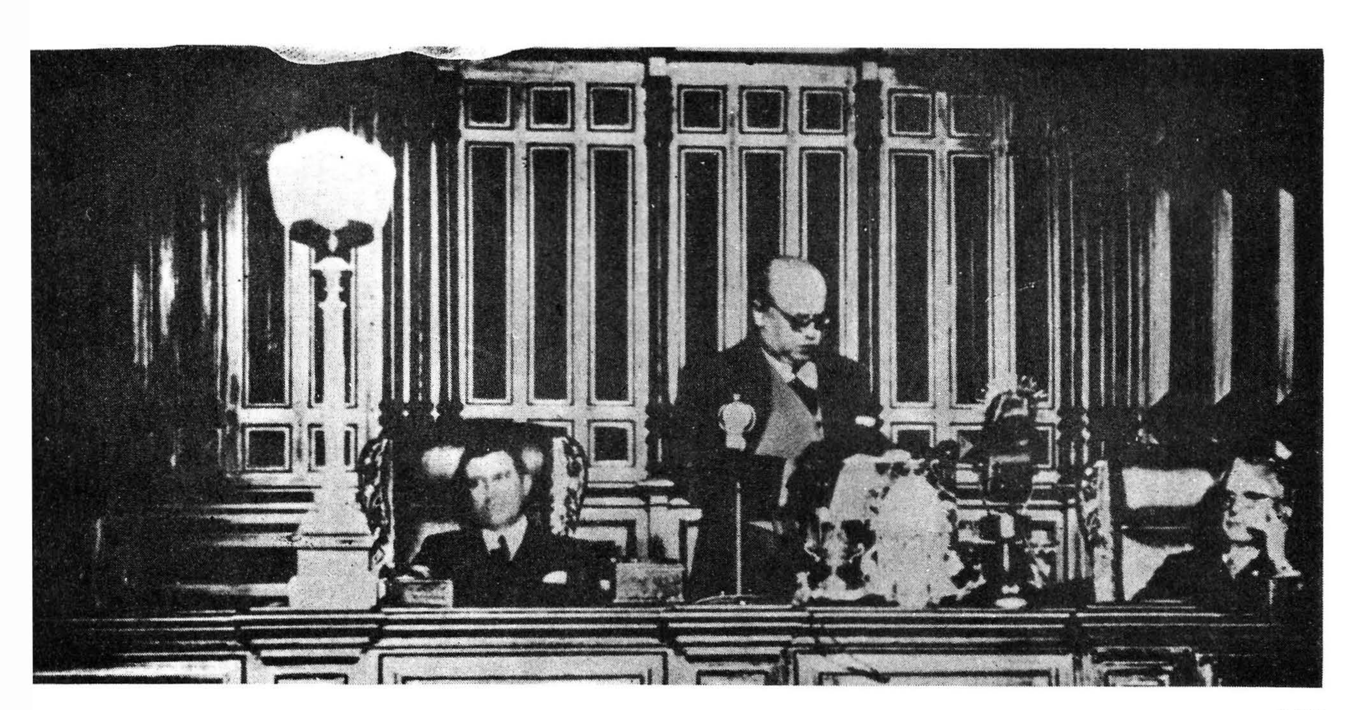
(Enero de 1927.)

Programa de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), mayo 1924

1. Acción contra el imperialismo yanqui.
2. Por la unidad política de América Latina.
3. Por la nacionalización progresiva de tierras e industrias.
4. Por la internacionalización del Canal de Panamá.
5. Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas.

Arriba: José Carlos Mariátegui, director de la revista "Amauta". Mariátegui acusaba al APRA de oportunismo, sosteniendo que la principal tarea de un grupo político debía ser la reivindicación de la tierra a través de una organización clasista del campesinado en alianza con el movimiento obrero. En la fotografía de abajo se ve al presidente peruano Oscar Benavídez pronunciando un discurso en 1938.

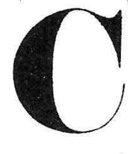


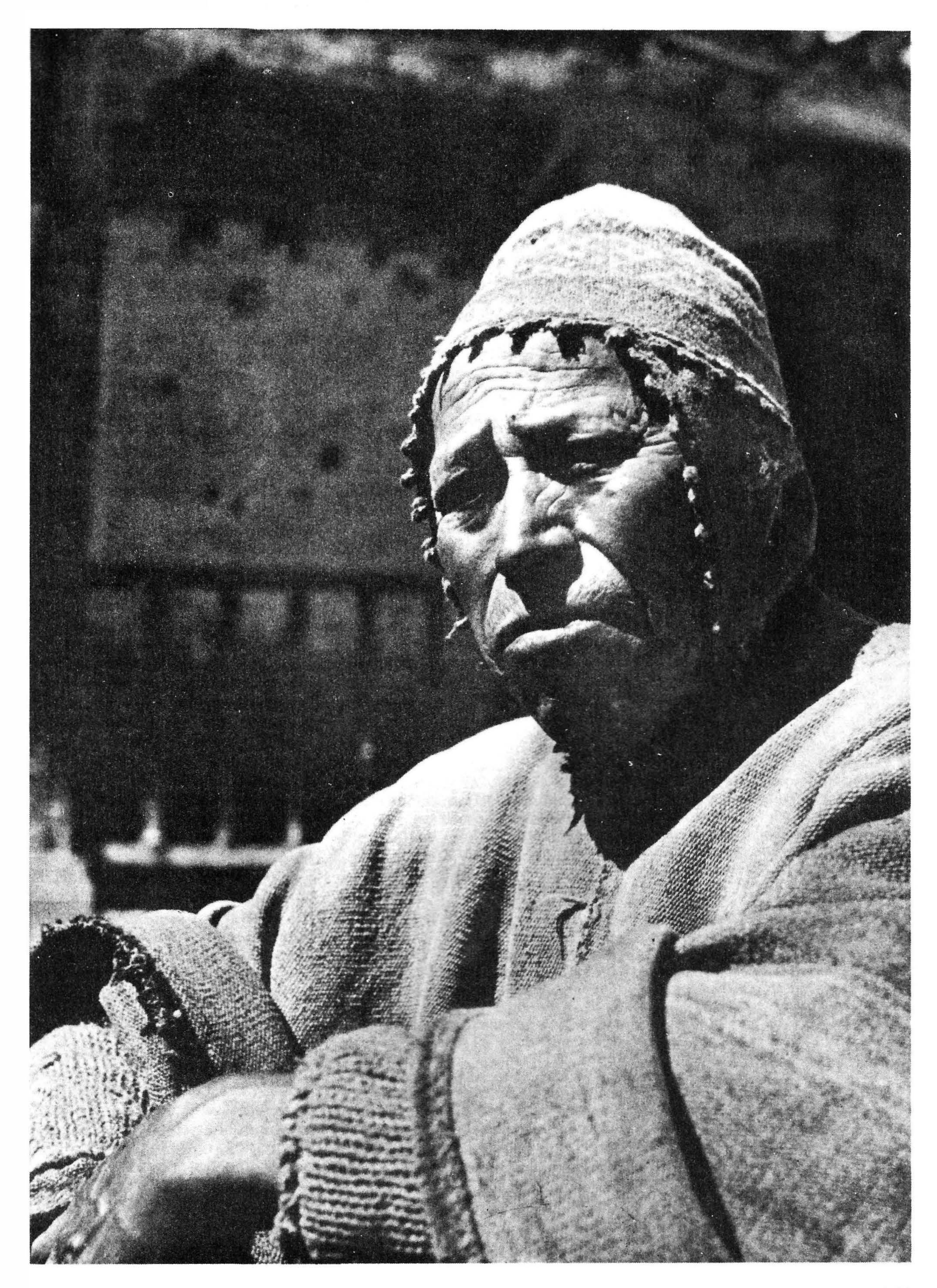


"La condición de los oprimidos puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduele al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores."
Manuel González Prada.

do gobierno civilista de José Pardo, que ya finalizaba su mandato presidencial.
La "Federación Regional Peruana", surgida de la huelga por las ocho horas, convoca al Primer Congreso Obrero (1921), pronunciándose: 1) por la destrucción del capitalismo y la formación de una sociedad de productores libres; 2) por la función meramente administrativa de los órganos judiciales del estado burgués; 3) contra todos los partidos políticos, tanto burgueses como obreros. En lo inmediato, la Federación —de tendencia anarco-sindicalista— se propone la conquista de todas las mejoras posibles mediante la acción colectiva dentro del orden existente.
En el mismo año, el movimiento estudiantil, liderado por Haya de La Torre, realiza el Primer Congreso de Estudiantes de Lima, Arequipa y Cuzco y vota por la creación de universidades populares. Inmediatamente se concreta la propuesta con la apertura de la Universidad Popular González Prada, bajo la dirección de Haya. Aún no se halla estructurado su pensamiento antiimperialista, pero ya hay visos del mismo cuando dice en esta ocasión: "La Universidad Popular se inspirará en la justicia social". Y en Juliaca, Departamento de Puno, afirma: "la Reforma Universitaria irá hacia el pueblo, hacia las provincias, hacia el Perú peruano con las Universidades Populares [. . .] Las Universidades populares significan [. . .] una justa redistribución de esa riqueza cultural que nosotros solos no deseamos acaparar, enseñando en estas nuevas, libres y gratuitas aulas para el pueblo, cumpliremos con una obligación de verdadera justicia social".
Las universidades no orientan ideológicamente al proletariado, sino que interrelacionan con éste sus objetivos, y en esa tarea son los estudiantes los que aprenden y profundizan su conocimiento de la realidad social peruana.

La consolidación de la alianza obrero-estudiantil contra la dictadura de Leguía


Como lo señaláramos anteriormente, uno de los problemas más graves del Perú lo constituye la situación de expoliación y miseria del campesinado y la explotación y pauperización del proletariado agrícola. La respuesta de éstos había sido y seguía siendo la lucha desorganizada en rebeliones ferozmente reprimidas, como las treinta y tres que se suceden entre 1921 y 1922. Hacia esta fecha, y con intenciones de paliar dicho problema, se crea el Comité Pro Derecho Indígena Tahuantinsuyo, que, según lo señala Mariátegui, "no llegó siquiera a convertirse en un movimiento. . . " y sólo "fue una fórmula abstractamente humanitaria". Desde entonces, bajo los auspicios del gobierno y con la asistencia de varios grupos de comunidades, se reúnen periódicamente congresos indígenas que atacan y acusan abiertamente al gamonalismo, a las autoridades y a la Iglesia. Será recién en los años posteriores a 1926 cuando los estudiantes y algunos sectores del movimiento obrero manifestarán su real apoyo a los campesinos, contribuyendo a su organización.
La "Federación Regional Peruana" se transforma en "Federación Obrera Local de Lima" (1922) y "aunque por el nombre parecía destinada únicamente a los obreros de Lima, se preocupó de los problemas de los obreros de provincias (consignado en el Manifiesto de la "Confederación General de Trabajadores del Perú" a la clase trabajadora, mayo de 1929).
En tanto, y en momentos en que las Universidades Populares se hallan en su apogeo (comienza a publicarse **Claridad** como órgano de difusión y agitación estudiantil), llega Mariátegui de Europa, donde ha profundizado su conocimiento del marxismo.
Un hecho señala el cambio de la



Manifiesto a los trabajadores de la república lanzado por el comite pro 1º de Mayo (Mayo, 1928)

Compañeros
Salud.

El 1º de Mayo es y será, más que un motivo de recordación de la masacre de Chicago, el día en que el proletariado de todo el Universo efectúa el balance de sus actividades y el recuento de sus acciones para, después de una crítica sincera, marcar el camino a seguir en el nuevo año a comenzar.

El proletariado del Perú también tiene esta obligación y por eso, después de estudiar día a día sus movimientos, podemos declarar que el balance arroja un enorme déficit. ¿Y en qué nos fundamos para decir esto? En las acciones de los sindicatos, en las acciones de las federaciones. Dentro del año hemos tenido una serie de movimientos mal planteados y peor conducidos. En la totalidad de sindicatos y federaciones ha habido una marea de retroceso. Hemos visto cómo en la mayoría de estos sindicatos y federaciones, los obreros han sido despojados, por los patrones, de sus más preciosas conquistas. [. . .]

Mientras la burguesía se ha armado de todos sus adelantos reaccionarios el proletariado sigue actuando como ayer, con sus mismas organizaciones "a la antigua". Y de ahí sus fracasos, de ahí su retroceso [. . .] es preciso que el proletariado reaccione; es preciso que reconstruya sus organismos, pero dentro de un criterio clasista; es preciso que el proletariado cree sus cuadros sindicales a base de la organización de empresa, a base de la organización por industria; no podemos seguir con organismos a base de oficios; la experiencia mundial, precisamente, nos muestra que esta forma de organización ya ha llenado su rol dentro de la revolución social; hoy, que el capitalismo da su formidable ofensiva con sistemas de racionalización, el proletariado tiene que reconcentrarse, tiene que centralizarse, y éste tiene que hacerlo a base de los comités de empresa, de los comités de fábricas; y hoy más que nunca, porque ya vemos que dentro del horizonte proletario asoma la base siniestra del oportunismo, del reformismo burgués [. . .] (las) conquistas tiene que efectuarlas el proletariado al igual que las jornada de ocho horas [. . .] mediante una fuerte organización de clase. [. . .] El obrero de la ciudad tendría que dar el ejemplo, organizándose. Pero no podrá sostener sus luchas solo. Y es preciso que ayudemos a organizarse a los campesinos, a esos miles de asalariados, para los cuales no hay leyes de accidentes de trabajo ni jornadas de ocho horas; tenemos que fomentar y ayudar la organización de los mineros, de los obreros de los yacimientos petroleros [. . .] tenemos, en fin, que unirnos con todo el proletariado de la república para emprender nuestras conquistas. De ahí que al hablar de organización nueva tenemos que comprender que es a base de su centralización en una central única del proletariado. [. . .] Aquí surge otro problema. El proletariado tuvo su Federación Regional, su Federación Local, nuestra gloriosa Federación Obrera Local de Lima, organismos estos que fracasaron debido en parte a la desidia de nosotros mismos, pero más que todo por haber sido constituidos dentro de un criterio que no correspondía a nuestro medio. Y fracasaron por estar moldeados dentro de un criterio anarco-sindical, que en su afán de mantenerse "puros", actuaban hasta cierto punto dentro de un marco de ilegalidad, cosa que aprovechó hábilmente la burguesía y el estado, para caer sobre ésta en la forma que todos conocemos [. . .] debemos crear nuestra prensa; cada federación debe tener su órgano, cada sindicato su vocero [. . .] así como la burguesía tiene su prensa, el proletariado debe tener la suya, que es la única que podrá defender sus intereses, denunciar los abusos que con los trabajadores se comete, y servirá como el mejor medio, por hoy, de hacer propaganda de organización. [. . .]

actividad estudiantil: de las reivindicaciones específicas se pasa a la acción política. Una fecha indica ese hito: 23 de mayo de 1923, día fijado por Leguía para la consagración pública del Perú al Corazón de Jesús. Obreros y estudiantes se lanzan a la calle en son de repudio. La Guardia Republicana, bajo órdenes del gobierno, acalla violentamente a los manifestantes y la metralla da muerte al obrero Salomón Ponce y al estudiante Manuel Alarcón Vidalón.

Meses después, encarcelado Haya de la Torre, los sindicatos y estudiantes declarados en huelga claman por la libertad del líder y de otros dirigentes obreros. El paro se prolonga hasta que se logra la libertad de los obreros, la apertura de la Universidad Popular y la deportación de Haya.

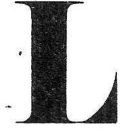
Mariátegui asume entonces la dirección de **Claridad** y transforma al vocero estudiantil en órgano de la "Federación Obrera Local". El propósito de Mariátegui durante los años siguientes será el de crear un Partido Socialista y organizar a los trabajadores en una central única. A través de artículos, reportajes, conferencias, y como investigador de la realidad peruana conforme al materialismo histórico, inicia una tarea de educación proletaria analizando la situación de crisis mundial y la lucha ideológica entre las tendencias reformistas y revolucionarias europeas.

La guerra y la revolución rusa habían puesto fin a la lucha ideológica entre las tendencias socialdemocrática y reformista y la sindicalista revolucionaria, surgida por el colaboracionismo del socialismo (social-democracia) con los gobiernos burgueses. Esta política había caracterizado a la Segunda Internacional. El surgimiento de la Tercera Internacional (1919), que agrupa a los revolucionarios tanto del socialismo como del sindicalismo esclarece el conflicto y la polémica ideológica y política pasa a oponer reformistas y revolucionarios. Mariátegui dedica todo su empeño para lograr la unidad del proletariado revolucionario, que se debatía en el seno de la Federación Obrera Local en una lucha estéril e inconducente

donde seguía predominando el anarco-sindicalismo, tendencia cuya influencia se había extendido al campo. En este año de 1923, después que el Congreso Anual Pro Derecho Indígena vota la derogación de la ley de conscripción vial y la separación de la iglesia del estado, los anarquistas constituyen la Federación Regional de Obreros Indios.

En mayo de 1924 Haya funda en México el A. P. R. A. (Alianza Popular Revolucionaria Americana), con el propósito de organizar una alianza latinoamericana de los países dependientes del imperialismo. El antimperialismo es propagandizado y difundido por Haya a través de sus artículos en diarios y revistas y en sus viajes como asilado, impulsando y contribuyendo a organizar filiales del APRA en algunos países latinoamericanos (Argentina, México, París). Este movimiento, cuyo origen había sido el movimiento de Reforma Universitaria, se inscribe en un principio dentro del marxismo, pero se diferencia de este al preconizar una nueva interpretación para la historia de América y en especial del Perú, basado en el relativismo de Einstein y de Toynbee. Esta teoría del "Espacio - Tiempo - Histórico Americano", elaborada durante su asilo en la embajada de Colombia (1949 a 1954), dará basamento a su doctrina indoamericanista. Corresponde esta al segundo período de Haya, cuando en épocas de la Segunda Guerra Mundial cambia de política apoyándose en su teoría y se transforma en difusor de la política rooseveltiana del "Buen Vecino". Pero, durante el primer período, mientras la dictadura de Leguía favorece las inversiones y préstamos extranjeros para el plan de desarrollo de una economía capitalista de explotación y contribuye a una mayor polarización social y centralización política, Haya refuerza sus planteos antimperialistas denunciando la política de agresión y penetración monopolista en los países de América Latina.

La formación de la "Unión Sindical Peruana" y la represión de junio de 1926

eguía se encargará de que su reelección (1924) se realice sin grandes oposiciones. Primero elimina del escenario político, mediante el destierro, al candidato más firme: su primo; luego las fuerzas del ejército y policía evitan, mediante el fusilamiento de su cabecilla, la intentona de un movimiento para derrocar a Leguía; y, por últmo, se sofoca la campaña de manifiestos de los estudiantes reprimiendo a la vanguardia estudiantil y obrera mediante el destierro de los dirigentes.

Entre tanto, Mariátegui, ahondando en el análisis de las clases sociales, inicia una campaña de propaganda sobre el proletariado, denunciando la política del anarco-sindicalismo en un planteo de superación clasista por medio del frente único sindical.

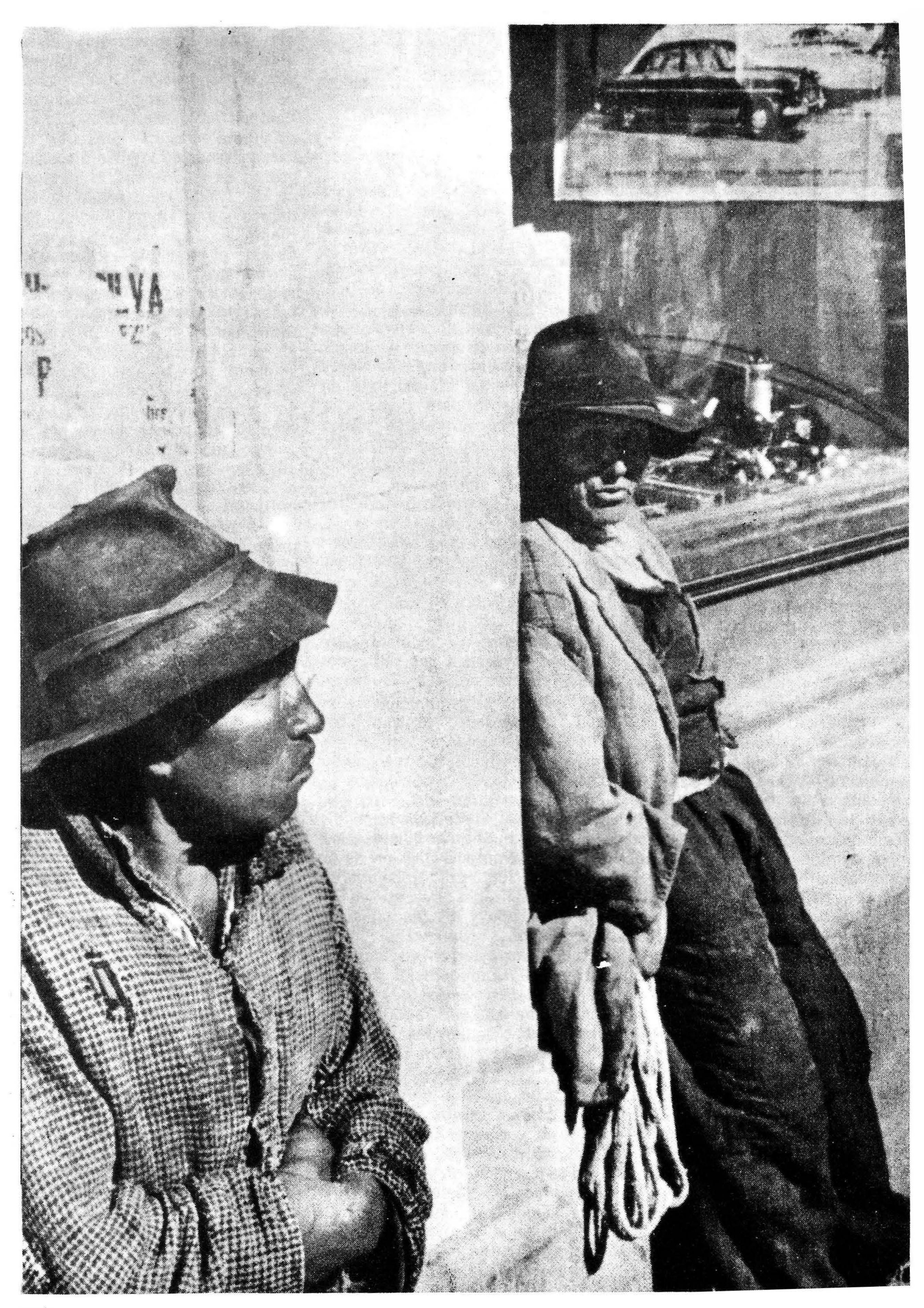
No obstante la prohibición de la actividad sindical, los trabajadores ferroviarios se organizan en la "Confederación Obrera Ferrocarrilera" (1925) nucleando a 8.000 ferroviarios de Trujillo, Guadalupe y El Callao. Hacia fines de ese año las disidencias internas llevan a la división de la Confederación. Los trabajadores no especializados quedan en la Confederación y los maquinistas, fogoneros, conductores y empleados ferroviarios en general forman la "Confederación de Trabajadores Ferroviarios del Perú", más numerosa que la otra fracción. Ambas actúan reconociendo las leyes y la autoridad gubernamental.

Pese a la represión, las vanguardias obreras, campesinas y estudiantiles continúan su actividad. Se funda el APRA peruano (1926) bajo la dirección de Antenor Orrego y Alcides Spelucin y surge **Amauta** como tribuna de esclarecimiento ideológico antimperialista de este movimiento, bajo la dirección de Mariátegui. Desde allí, y ante la convocatoria al segundo congreso obrero llamado por la Federación Obrera Local de Lima, Mariátegui propone la "unidad proletaria" en base a un programa clasista. Después de tres semanas de intensa discusión acerca de la orientación ideológica se decide transformar la Federación en "Unión Sindical Peruana".

Es este el momento escogido por el ministro de gobierno, presionado por la embajada de los Estados Unidos, para desatar una represión en gran escala contra los militantes más activos del movimiento obrero, universitario e intelectual. Muchos son apresados, otros tantos deportados; Mariátegui es puesto prisionero al tiempo que se clausura **Amauta**. Son disueltas la Federación Obrera Local, la Federación Textil y todas las organizaciones con características semejantes. Todo transcurre con el aval y beneplácito de la prensa "civilista" y del mutualismo amarillo.

La represión plantea, y en forma urgente a los distintos sectores, la necesidad de una mayor definición política y una revisión de métodos de lucha y de formas de organización.

El grupo que había sido deportado a México comienza a plantear la necesidad de la constitución de un partido nacionalista libertador. Haya, definiendo al APRA como el Kuomintang latinoamericano, plantea la necesidad de transformarlo en un partido que, mediante elecciones, llegue al poder e instale un capitalismo de estado que independizase económicamente al país, desarrollando la gran industria y por ende al proletariado. Su planteo se basa en el análisis de la inexistencia del capitalismo y de un proletariado desarrollado que pudiera llevar a cabo la revolución social. El año 1928 señala, como el mismo Haya lo dice, un cambio en las tesis políticas del aprismo: "he preconizado una nueva interpretación de la historia [...] no por alardes intelectuales [...] sino por una pragmática necesidad política".



El surgimiento del Partido Socialista y de la Central Sindical del Proletariado Peruano


fines de 1927 reaparece **Amauta**; en ese año se forma en Cuzco un grupo de acción proindígena, el "Grupo Resurgimiento", compuesto por intelectuales, artistas y algunos obreros, quienes publican en aquel periódico un manifiesto sobre los crímenes del gamonalismo. El "Grupo Resurgimiento" significa la apertura de una nueva etapa en la consideración del problema indígena. Los indígenas, desde entonces, dejan de derivar su tutela a clases ajenas a ellos mismos y comienzan a buscar los medios propios para luchar por sus reivindicaciones. Mariátegui plantea entonces que la principal tarea es la reivindicación de la tierra a través de una organización clasista del campesinado en alianza con el movimiento obrero por la instauración de un gobierno de obreros y campesinos. En este grupo participan ex miembros del Comité Pro Derechos Indígena y socialistas.

En tanto, en el movimiento obrero se acentúa la tendencia hacia una organización sin influencias anarco-sindicalistas, por la que brega incansablemente Mariátegui. Desde **Amauta** acusa de oportunista la postura del APRA al abandonar la lucha de clase del proletariado, subordinando su independencia de programa y acción a la fusión con organismos políticos de la clase media.

La polémica con Haya culmina con el rompimiento definitivo y la definición categóricamente marxista de **Amauta** (setiembre 1928). Inmediatamente Mariátegui funda el Partido Socialista con el objetivo de contribuir a la organización de los obreros y campesinos en lucha contra el imperialismo y la burguesía, realizando transitoria y tácticamente alianzas con la pequeña burguesía cuando ésta represente un movimiento de masas. A pesar de su simpatía por la Revolución Rusa decía: "tenemos que dar vida con nuestra propia realidad al socialismo latinoamericano". De ahí que se niegue a dar el nombre de "comunista" al partido, lo que le acarreará la condenación en la Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Montevideo en 1929.

Polemizando con el aprismo y con quienes fundarían a su muerte el Partido Comunista, concibe al marxismo como "un método de interpretación histórica de la sociedad actual". Pone al desnudo lo que llama "disfraz de nacionalismo" y a quienes, escudándose en una supuesta postura nacionalista, "invocan abstractamente una peruanidad que no intentan, antes, definir" y que posibilitan la permanencia del statu quo.

Aparece **Labor**, periódico que lentamente se transforma en el instrumento de reorganización sindical, y surgen, en Ica, la "Federación Regional del Sur" y, en Trujillo, el "Sindicato Regional del Trabajo", con el objetivo de crear una central sindical.

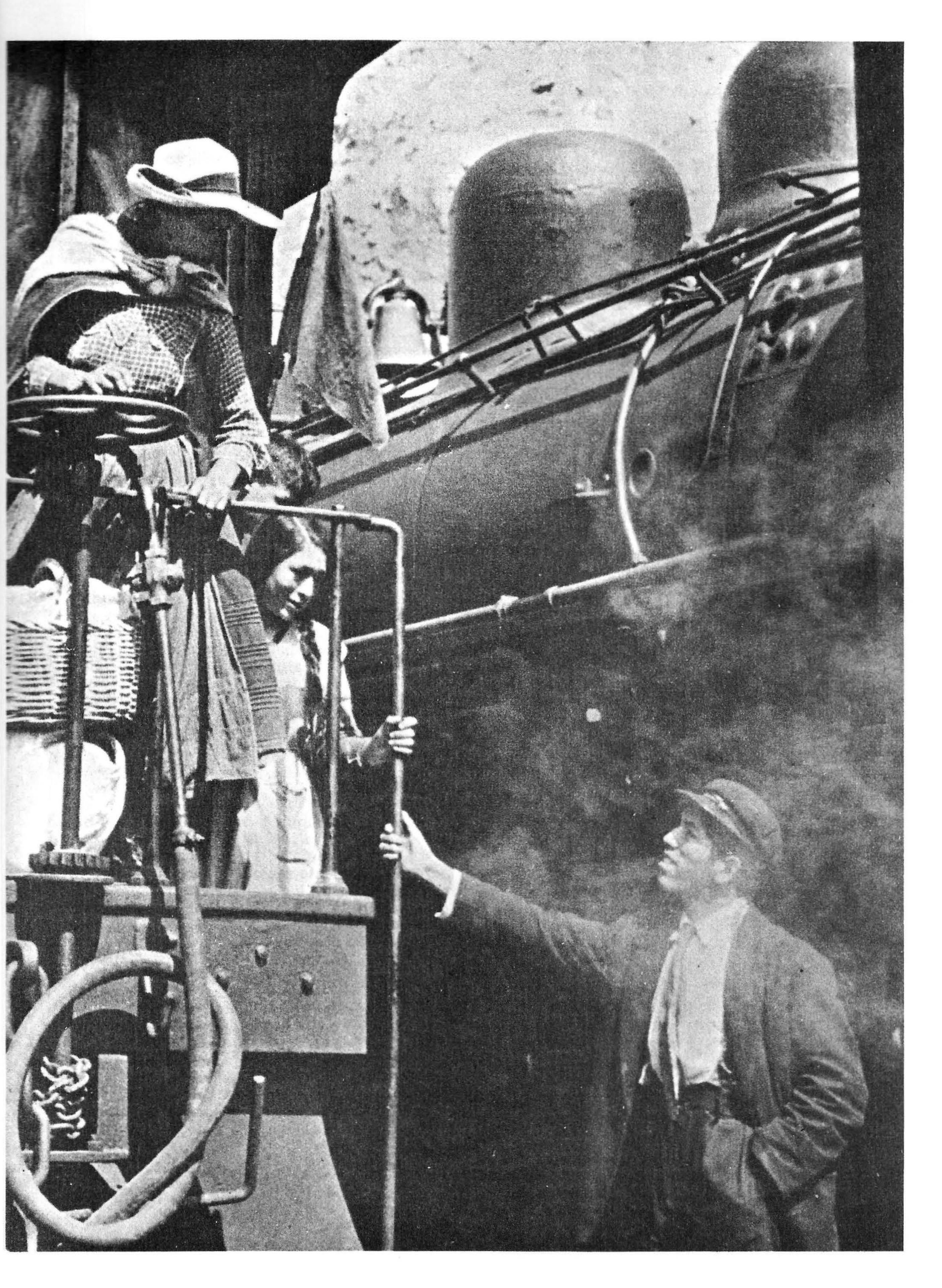
Es recién a fines de abril de 1929, con la realización de asambleas populares y la creación del Comité Pro 1º de Mayo, que se sientan las bases para la organización sindical única. Transformado en "Comité Pro Confederación General de Trabajadores del Perú" extiende su influencia a El Callao y a mediados de mayo se constituye el "Comité Provisional de la Confederación General de Trabajadores del Perú", integrado por delegados de las Federaciones de Choferes, Textil, Yanaconas y Unificación de Obreros Cerveceros, por Lima; Federación de Obreros Ferroviarios de Chosica, Federación de Tripulantes del Cabotaje, Sociedad de Estibadores y Sindicato de Trabajadores en Madera, por El Callao. Dicho comité contó con la adhesión de la Sociedad Marítima Confederada, la Unificación de Cerveceros Callao y Sociedad de Albañiles, Gremio de Fideeros y Molineros, Sociedad del Ferrocarril Inglés, Industriales del Mercado del Callao y Federación de Panaderos del Perú.

El Comité Provisional señala la

Aún en fecha tan cercana como 1961 se calculaba que el porcentaje de industrialización era sumamente bajo: el 62 o/o de la población vivía de la actividad agrícola. El sector indígena —que compone el porcentaje mayoritario de los trabajadores rurales— alcanza al 49 o/o de la población total, mientras que los mestizos integran el 37 o/o.

En 1930 Haya escribe: "El Indoamericanismo es la expresión de la nueva concepción revolucionaria de América, que pasado el período de las conquistas ibéricas y sajonas se estructura en una definida organización económica, política y social, sobre la base nacional de sus masas indígenas, que representan desde la época precolombina la base de nuestra productividad, la médula de nuestra vida colectiva".





iniciación de una nueva etapa del movimiento obrero peruano que deja atrás su experiencia anarcosindical y entra en un proceso de organización sindical basada en el principio de la lucha de clases y de "unidad proletaria". A este comité le cupo la elaboración de los estatutos de la Confederación General de Trabajadores del Perú (C.G. T. P.), en la que Mariátegui tuvo participación preponderante, al igual que en el "Manifiesto a la clase trabajadora del país".
La C.G.T.P., haciendo un análisis de la realidad peruana, insiste en la organización sindical por industrias para la lucha por reivindicaciones económicas y por la defensa de los intereses de clase. Teniendo en cuenta la existencia de relaciones precapitalistas en la industria, trabajo semiservil de mujeres y domiciliado de jóvenes, plantea la organización inmediata creando cuadros juveniles y secciones femeninas con el objetivo de elevar la conciencia de clase para el logro de reivindicaciones inmediatas. La situación del proletariado agrícola y del campesinado "precisa la formación de cuadros sindicales formados por trabajadores agrícolas que den vida a Comités de Hacienda, a Sindicatos de Trabajadores Agrícolas, a una Federación Nacional de Ligas Campesinas".
El "Manifiesto de la C.G.T.P." implica una definición ideológica basada en una concepción teórica marxista y significa la asunción de la lucha de clase de los obreros organizados contra su antagónica: la clase capitalista.
Mariátegui concibe la C.G.T.P. y el P.S. como la vanguardia de la lucha antifeudal y de la lucha antimperialista, dentro de un planteo de revolución democrática burguesa. Planteando el papel de las fuerzas que históricamente concurren a la liberación nacional, diferencia con vigor el papel de una vanguardia obrera y campesina, que encarna fielmente la línea del movimiento, respecto de la actuación vacilante de una burguesía, que intenta principalmente disputar la hegemonía del movimiento mismo y mantener sus propios privilegios. Todo el esfuerzo de Mariátegui por organizar al movimiento obrero continúa con

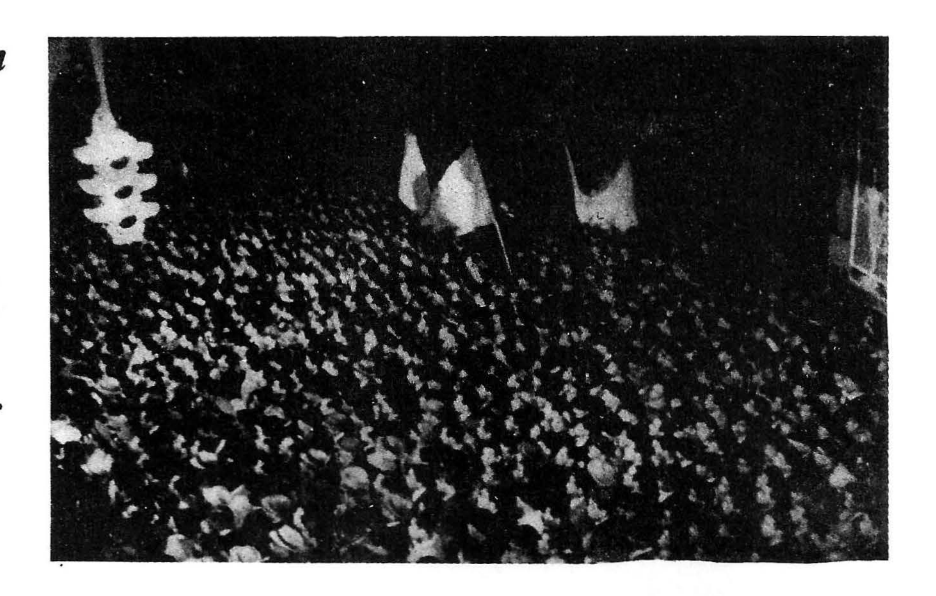
Reivindicaciones inmediatas de lucha planteadas por la C G T P (1929)

a) Respeto y cumplimiento de la jornada de ocho horas, para el trabajador de la ciudad, el campo y las minas.
b) Jornada de 40 horas semanales para las mujeres y menores de 18 años.
c) Amplio derecho de organización obrera.
d) Libertad de imprenta, de prensa, de reunión y de tribuna obrera.
e) Prohibición del empleo gratuito del trabajo de los aprendices.
f) Igual derecho al trabajo, igual tratamiento y salario para todos los obreros, adultos y jóvenes, sin distinción de nacionalidad, raza o color, en todas las industrias y empresas.

Estatutos de la confederación general de trabajadores del Perú (setiembre, 1929) Declaración de principios - orientación

1. — En todos los países donde impera o predomina el sistema capitalista en la producción, constatamos objetivamente la división de la sociedad en dos clases fundamentales, separados por antagonismo irreconciliable: la burguesía explotadora y el proletariado explotado.
2. — Los intereses de la burguesía y los del proletariado son no sólo diferentes sino completamente opuestos. Dentro del sistema capitalista no podrían ser satisfechas jamás las aspiraciones de los proletarios: sólo dentro de una sociedad que no esté dividida en clases, el obrero podrá alcanzar su emancipación integral.
3. — El camino hacia nuestra liberación definitiva, hacia la construcción de una sociedad sin clases, no puede ser otro que el de la lucha constante y tenaz contra la opresión capitalista, contra el adversario de clase en todas las formas y en todos los frentes.
4. — Frente a la oposición profunda entre nuestros intereses y aspiraciones y los de la burguesía capitalista, nosotros, los proletarios, no podemos esperar dentro de la actual sociedad sino las concesiones que obtengamos mediante la unidad orgánica y disciplinada de nuestra clase y la lucha enérgica por nuestras propias reivindicaciones ¡La emancipación de los trabajadores no podrá ser obra sino de los trabajadores mismos!
5. — La lucha en la que estamos empeñados no es solamente la de los trabajadores del Perú; es la misma lucha llevada a cabo por el proletariado de todo el mundo, en el terreno de clase. Nuestra lucha, pues, no es solamente regional o nacional, sino que está ligada a la lucha mundial de los trabajadores.
6. — El sistema capitalista ha llegado actualmente a su época de imperialismo —última etapa del capitalismo—. El mundo se divide en países imperialistas y países coloniales; nosotros, proletarios de un país semicolonial, tenemos el deber de luchar enérgicamente contra el imperialismo en todos sus aspectos, sobre el terreno de clase, vinculando esta lucha a nuestras reivindicaciones y a la lucha antimperialista del proletariado del mundo.
7. — El primer problema que se nos plantea es el de nuestra organización dentro del terreno de clase, de la unidad de todos nuestros esfuerzos con los de todos los trabajadores, sin distinción de nacionalidad, raza, color, sexo, edad ni ideología. Nuestro fin es trabajar incansablemente por alcanzar la unificación de todas las fuerzas obreras del país y su incorporación al movimiento mundial de los trabajadores. "Proletarios de todos los países, uníos".

Arriba: Manifestación aprista.
En la foto inferior: Belaúnde Terry, promotor de una ley de Reforma Agraria ampliamente resistida.







Haya de la Torre en un acto partidario: "Los apristas hemos visto con profunda simpatía la modificación de la política gubernativa norteamericana. Su cambio de frente ha sido beneficioso para las buenas relaciones entre ambas Américas".

la organización de la "Oficina de auto-educación obrera" con el objeto de formar a los militantes obreros revolucionarios y a las masas campesinas; en la divulgación de artículos que analizan la situación mundial, desenmascarando por un lado al imperialismo y por otro al reformismo de ciertas organizaciones sindicales de los países latinoamericanos; en la polémica incansable con el APRA y en la adopción consecuente del marxismo revolucionario al adherirse el P.S. a la Tercera Internacional.

El movimiento obrero organizado durante la década de 1930

La caída del gobierno, en momentos de la crisis de Wall Street, se preparó —después de un intento de asesinato a Leguía— con la oposición de todos los sectores políticos: civilistas, antiguos leguistas, apristas y socialistas, y con la sublevación de la guarnición de Arequipa dirigida por Sánchez Cerro, quien precipitó el derrocamiento del gobierno mediante un golpe de estado.

La CGTP presenta inmediatamente a la nueva junta militar una serie de demandas, entre otras la libertad de los presos sindicales, el reconocimiento de los derechos obreros básicos y la abolición de las formas de trabajo forzado. Por breve tiempo la CGTP continúa sus actividades en forma legal y organiza nuevos sindicatos.

Al mismo tiempo, el Partido Socialista, transformado en Partido Comunista luego de la muerte de Mariátegui, incrementa su actividad y conjuntamente con la CGTP constituye las Universidades Populares, a semejanza de las organizadas a principios de la década de 1920.

Regresan al país los exiliados peruanos y se reorganiza la sección del APRA que publica la revista del mismo nombre, con el objetivo de realizar una campaña tendiente a la fusión de los distintos grupos de izquierda.

Surge el PAP (Partido Aprista Peruano), que muy pronto logrará una amplia base de apoyo entre los campesinos, la clase media y los trabajadores urbanos. En los sindicatos comienzan a disputarse la conducción el PAP y el PC.

A partir de la muerte de Mariátegui, el partido, bajo el secretariado de Eudosio Ravines, adhiere ortodoxamente a la línea de la Internacional Comunista y ataca al aprismo por ser "un instrumento de la burguesía" y por "domesticar a los trabajadores, sembrar la confusión, practicar la colaboración de clase, traicionar los intereses del proletariado a la burguesía y al imperialismo". Al mismo tiempo, los apristas y los grupos de la izquierda no alineados atacan la conducción de la CGTP por su subordinación a la línea del PC.

En el mes de setiembre el gobierno civilista de Sánchez Cerro, alarmado por el incremento de las actividades apristas y del PC, dicta un decreto de "sedición", inicia la persecución y pone en prisión a algunos de los dirigentes apristas que habían vuelto del exilio, como Seoane, Cox y Spelucín.

En un clima de intensificación política ante el llamado a elecciones presidenciales y legislativas, la oposición al gobierno se intensifica y una serie de pronunciamientos militares derriba a Sánchez Cerro, preparando su candidatura como contrincante de Haya de la Torre. Este regresa al país bajo la Junta de Gobierno presidida por Samanez Ocampo, después de ocho años de destierro, y recorre el país aumentando vertiginosamente el número de adherentes al PAP. El fraude electoral dio como resultado oficial del escrutinio 155.378 votos para Sánchez Cerro, apoyado por el civilismo y algunos sectores populares urbanos, y 106.551 votos para Haya de la Torre (el aprismo acusó al PC de haber dado su apoyo al presidente electo). El PAP logra incorporar veintisiete miembros al Congreso, pero el civilismo no estaba dispuesto a permitir la participación política del aprismo y, a fines de ese año, las oficinas apristas son clausuradas y se intenta asesinar al líder aprista. A

Mariátegui plantea en "Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana" que el problema de la miseria del indio es el mismo problema de la tierra, el mismo problema de la existencia de una estructura económico-social y política tradicional.

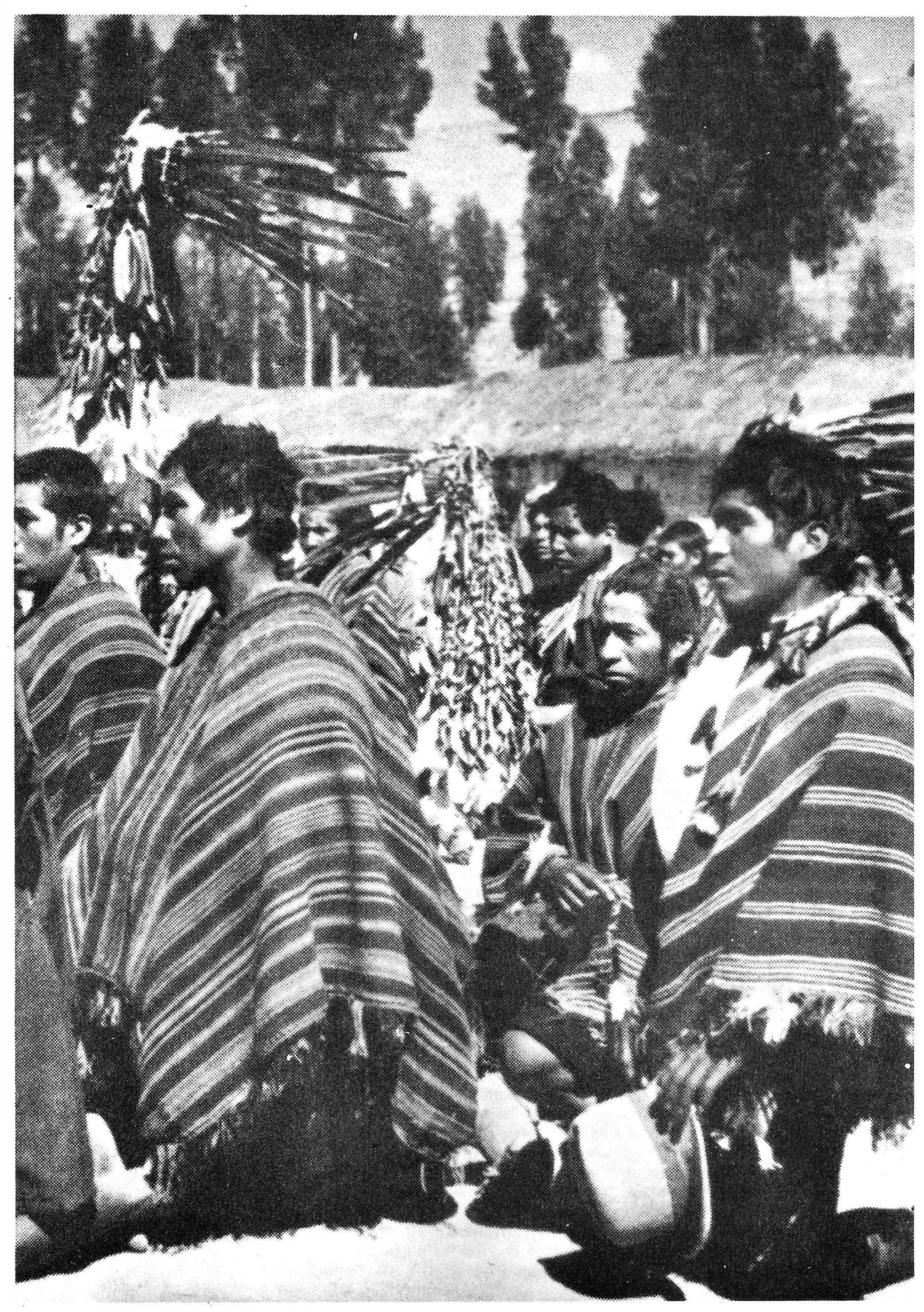
Definición de la CGTP

8. — La Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), es la Central Sindical de los organismos sindicales del proletariado del país que reconozcan y practiquen la lucha de clases.
9. — La Confederación General de Trabajadores del Perú está adherida a la Confederación Sindical Latinoamericana.
10. — La CGTP proclama como principio básico de organización el sistema sindical de lucha de clases, con organismos permanentes que mantengan acción, disciplina y cotización efectivas y que se desenvuelvan bajo el constante control de las masas.

Haya de la Torre: La política de "buen vecino"

Se ha dicho y se ha escrito por ahí que el aprismo había abandonado su posición antiimperialista para alinearse incondicionalmente en el frente democrático que encabeza y conduce el presidente Roosevelt. [. . .]
Desde 1933, con el advenimiento del presidente Roosevelt, se produce un saludable e insólito cambio de frente en la política de Washington hacia nuestros pueblos. La política del Buen Vecino, enunciada vagamente en los primeros años de la administración del mandatario demócrata, se define y fortalece después. Aparece claro el deseo de establecer un sistema de relaciones más justas entre ambas Américas. [. . .]
Ante este "viraje" promisor del panamericanismo —que en mucho representa una victoria de la cruzada antiimperialista indoamericana— el aprismo encaró la nueva realidad, sin exageradas ilusiones, pero libre de prejuicios intolerantes. [. . .]
En este sentido los apristas no han cambiado de actitud y —por fortuna— el gobierno de los EEUU sí. La política imperialista del "big stick" de los republicanos cambió radicalmente con el advenimiento del presidente Roosevelt y hemos de creer que mucho influyó en ese cambio la actitud de todos los antiimperialistas de nuestra gran patria indoamericana. [. . .]
Los apristas hemos visto con profunda simpatía esta modificación de la política gubernativa norteamericana. Su viraje, su cambio de frente ha sido beneficioso para las buenas relaciones entre ambas Américas. [. . .]

(De: *La defensa continental*, 1941.)



fines de 1932 son deportados los parlamentarios apristas y detenido Haya de la Torre.

La respuesta fue la sublevación de la marinería de los cruceros "Grau" y "Bolognesi" y el movimiento revolucionario popular en Trujillo, extendido a Huaraz. Pero las fuerzas armadas sofocaron estos intentos revolucionarios y establecieron cortes marciales, que condenaron a la pena de muerte a ciento dos personas en Trujillo. Luego de la detención de Haya y de la mayoría de los dirigentes apristas el PAP pasó a funcionar en la clandestinidad. Si bien el PC gozó de libertad política, a principios de 1933, por su participación en manifestaciones contra la amenaza de guerra con Colombia, fue encarcelado Eudosio Ravines.

A los pocos meses es asesinado Sánchez Cerro, supuestamente por los apristas, y el Congreso elige al general Oscar Benavídez (al mando de todas las fuerzas para concluir el período presidencial. Una ley de amnistía deja en libertad a los presos políticos y pone en funcionamiento, por breve tiempo, a los partidos políticos. La lucha ideológica entablada entre el PAP y el PC continúa, cada vez con mayor intensidad, hasta que en 1934 los sindicatos controlados por los apristas son expulsados de la CGTP provocando la división del movimiento obrero organizado. Los apristas forman entonces la Confederación Sindical de los Trabajadores Peruanos (CSTP).

La libertad política dura poco tiempo. A mediados de 1934 la represión contra los elementos apristas lleva a éstos a actuar nuevamente en la clandestinidad.

Mientras tanto la Internacional Comunista cambia de política iniciando el período de formación de los Frentes Populares. Consecuentemente con esto, el PC peruano se orienta hacia un frente con el aprismo en base a un programa de diez puntos que incluye demandas laborales, una amnistía general, el desconocimiento de la deuda, externa, la nacionalización de empresas imperialistas, las alianzas con los países de América Latina para la liberación nacional. El APRA rechaza la propuesta por temor a ser dominado por el PC y, en las elecciones de 1936, encontrándose en la ilegalidad, vota en secreto a Luis Antonio Eguiguren, en tanto que el PC vota al "Frente Nacional", que eleva como candidato a Jorge Prado. Pero el Colegio Electoral anula las elecciones, que dan el triunfo al candidato votado por el aprismo, y prorroga el mandato de Benavídez hasta 1939, disolviendo el congreso y dándole facultades al ejecutivo para dictar decretos-leyes.

El veto político lleva a los apristas, al igual que al PC, a la búsqueda de alianzas, que repetirán una y otra vez, ya con un representante de la burguesía, ya con uno de la oligarquía. En 1939 ambos partidos, en función de la guerra y del "peligro fascista", votan al conservador civilista Manuel Prado, quien, con la ayuda del ejército y la policía y en defensa de los intereses "del comercio, la agricultura en gran escala, la industria y las finanzas", retiene el gobierno hasta mediados de la década siguiente, en la que se abre una nueva etapa histórica en el mundo.

Conclusión

En el movimiento sindical, la alianza tácita entre el PC y los gobiernos de turno para debilitar al aprismo, durante la década de 1930, hecho institucionalizado cuando Benavídez hizo elegir diputado al dirigente sindical del PC Juan P. Luna, culminó con el establecimiento de la C.T.P. (Confederación de Trabajadores del Perú) como único organismo de los trabajadores, del cual Luna fue secretario general (1944).

Después de la derrota del Eje, el aprismo cambia de ideología y política y se convierte en el mejor aliado de los Estados Unidos. Pese a esto su prestigio anterior y el funcionamiento en la legalidad, después de subir al gobierno Bustamante Rivero, le permitirán mantener su influencia en el campesinado y consolidar su peso en el movimiento obrero.

La lucha entre apristas y comunistas continúa durante toda la década de 1940 en medio de huelgas y revoluciones y con las consecuentes represiones, cárceles, destierros y asesinatos ejecutados por los gobiernos dictatoriales, mientras el bajo nivel de vida de los trabajadores permanece sin mejoras y las demandas sociales sin solución.

Bibliografía

Víctor Alba, **Historia del movimiento obrero en América Latina**, Libreros Mexicanos Unidos, 1964.
Robert Alexander, **Communism in Latin America**, University Press, Nueva Jersey, 1957.
Jorge Masabre, **Chile, Perú, Bolivia independientes**, Salvat, Barcelona, 1948.
Carlos Malpica, **Crónica del hambre en el Perú**, Ed. Moncloa, Lima, 1966.
Harry Kantor, **El movimiento aprista peruano**, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1964.
José Carlos Mariátegui, **El proletariado y su organización**, Grijalbo, México, 1970.
José Carlos Mariátegui, **Ideología y política**, Amauta, Lima, 1971.
Augusto Salazar Bondy, **Historia de las ideas en el Perú contemporáneo**, tomo II, Ed. Moncloa, Lima, 1967.
Manuel González Prada, **Ensayos escogidos**, Patronato del Libro Peruano, Lima, 1956.
Víctor Raúl Haya de la Torre, **Adónde va Indoamérica**, Buenos Aires, 1954.
Víctor Raúl Haya de la Torre, **Por la emancipación de América**, Buenos Aires, 1957.
Víctor Raúl Haya de la Torre, **Toynbee frente a los panoramas de la historia**, Buenos Aires, 1957.
Silvia Cragnolino, **Haya de la Torre: el indoamericanismo en América Latina**, en **Historia de América en el siglo XX**, tomo II, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.

Del fascismo a la revolución frustrada

Eduardo Viola

Durante casi un cuarto de siglo el régimen fascista gobierna Italia afirmando gradualmente la hegemonía del capital monopólico.

Después de la Marcha sobre Roma, del 27 de octubre de 1922, el fascismo asciende al poder y en él se mantendrá hasta su caída definitiva, en 1945. En toda esta etapa hay que distinguir dos períodos: el primero, que va de 1922 a 1928, es el del "fascismo plebeyo" y durante él actúa como fuerza social predominante la pequeña burguesía; el segundo, que abarca de 1928 hasta la caída, se caracteriza por el desplazamiento de la pequeña burguesía y por la afirmación, organizada por el fascismo, de la hegemonía del capital monopolista.

Ascenso y caída del "fascismo plebeyo"

El primer gobierno encabezado por Mussolini es una coalición que incluye a los representantes políticos del capital medio. Comienza entonces el copamiento del aparato del estado por el fascismo, proceso que culminará con las leyes ultrafascistas de 1926. La política económica de Mussolini, en este período, será la de contemporizar con el capital medio y la de realizar algunas concesiones a la pequeña burguesía, a pesar de las presiones del gran capital, a través de la poderosa Cofindustria, a favor de una política que acelere la concentración y centralización del capital.

Durante el verano de 1923 se acentuaron las tensiones entre el "ala derecha" (Rocca) y el ala izquierda del fascismo (Farinacci, Rossoni), mientras en todos los estratos de la administración pública se incorporaban supervisores fascistas, lo que prácticamente duplicaba los puestos de la administración. En 1926 fueron disueltos todos los partidos políticos dando origen al régimen de partido único. A partir de ese momento el gobierno estuvo compuesto exclusivamente por fascistas.

A medida que supera la resistencia del capital medio el fascismo toma las primeras medidas en beneficio del gran capital: derogación de la ley sobre el carácter nominativo de los títulos negociables, privatización de los servicios telefónicos y de los seguros de vida, liberación de los alquileres, modificación regresiva del régimen impositivo y suspensión de los proyectos de reforma agraria. A mediados de 1924, cuando el régimen aún no estaba definitivamente consolidado, se produce el asesinato del líder socialdemócrata Matteotti, hecho que provocará la última reacción del pueblo italiano contra el fascismo. Se crea entonces, una situación de relativa parálisis en el aparato fascista que no es aprovechada por la oposición, cuyos diputados se retiran del parlamento y forman uno paralelo en el Aventino que no afecta mayormente al régimen. En enero de 1925 el régimen se consolida y Mussolini pronuncia un discurso en el que asume toda la responsabilidad por el asesinato de Matteotti.

Durante el año 1926 se produce la ofensiva del "ala izquierda" fascista en procura de la "segunda revolución anticapitalista". Reivindican la necesidad de implantar un estado corporativo, a través de corporaciones de las distintas ramas de la producción donde estén representados patrones y obreros. El gran capital resiste esta ofensiva manteniendo la autonomía de su organización corporativa, la Cofindustria. En octubre de 1925 se firma el acuerdo del Palacio Vidoni, entre la Cofindustria y la Confederación de Sindicatos Fascistas, mediante el cual se reconoce a estos últimos como únicos representantes de los obreros en la discusión de los convenios de trabajo. Este es el golpe final para el sindicalismo socialista. Quedaron definitivamente abolidos los comités de fábricas, a los cuales los sindicalistas fascistas intentaron reemplazar por síndicos fascistas que controlaran y vigilaran la actividad de los industriales. Pero éstos se opusieron frontalmente por temor a que la medida cercenara el derecho de propiedad y obstaculizara la gestión de la empresa. A partir de entonces se consolida la Cofindustria y quedan definitivamente sepultados los intentos

Dos imágenes de la Marcha sobre Roma, en octubre de 1922. En los primeros años de la década del veinte el "fascismo plebeyo" otorga algunas concesiones a la pequeña burguesía y la mediana industria.

del capital medio de estructurar una organización corporativa que lo diferencie del gran capital y que le permita asumir una defensa más eficaz de sus intereses. Finalmente, en 1928, culmina la ofensiva del gran capital contra el "fascismo plebeyo" cuando Mussolini obliga a Rossoni a abandonar su puesto de secretario general de los sindicatos fascistas.

El período de estabilización del fascismo



A pesar de ser el fascismo el organizador de la hegemonía política del gran capital, mantiene siempre una relativa autonomia con respecto a él. El partido fascista será siempre un partido de masas y recurrirá permanentemente a la movilización de las mismas. Los 800.000 miembros con que contaba en 1928, se habían transformado en 3.000.000 en 1940. Por otra parte, contrariamente a lo que afirman los autores que hacen el planteo del "totalitarismo fascista", el fascismo nunca se fusionó con el aparato del estado. En su primer período en el poder es el Partido Fascista el que domina las ramas del aparato represivo de estado (ejército, policia, administración) aun cuando se producen importantes luchas entre el partido y las diversas ramas del aparato. Durante el segundo período, el del fascismo estabilizado, es el aparato de estado, que ha sufrido transformaciones, el que subordina al Partido Fascista. Como dice Poulantzas "el predominio del aparato de estado no se realiza de cualquier modo [. . .] es una rama particular del aparato represivo de estado la que domina las otras ramas y así al conjunto de los aparatos de estado, incluso los aparatos ideológicos. Esta rama no es ni el ejército ni la burocracia administrativa; es la policía política. Cuando se une al término 'policía' el de política no es simplemente para indicar la importancia de la represión política, sino para señalar el papel ideológico capital que corresponde a la rama policiaca del aparato de estado fascista. El fascismo establecido va acompañado igualmente de una reorganización de las relaciones en el seno de los aparatos ideológicos de estado. En primer lugar es la mutua autonomía relativa de esos aparatos la que, paralelamente a su autonomía relativa respecto del aparato represivo de estado, queda sometida a revisión." Los aparatos ideológicos de estado que tendrán una función principal durante el fascismo serán: el Partido Fascista, la familia y los medios de comunicación de masas. "El partido fascista —escribe Poulantzas— sirve a la vez de correa de subordinación estricta de los aparatos ideológicos al aparato represivo y de eslabón de cohesión centralizada de los aparatos ideológicos que domina. Habiendo servido antes el partido fascista de medio de control del aparato de estado, deviene en adelante de manera esencial al medio de control de los aparatos ideológicos por el aparato de Estado."

La familia se convierte en una de las piezas esenciales de los aparatos ideológicos de estado dado su papel en la formación de la ideología autoritario-jerárquica del fascismo. La escuela y la iglesia pierden importancia como aparatos ideológicos: la escuela nunca pudo ser fascistizada por completo en Italia y la iglesia, aunque mantuvo muchas de sus prerrogativas, fue permanentemente controlada por el aparato fascista. La policía política (OVRA) dependía directamente de los dirigentes fascistas y sus atribuciones eran amplísimas, extendiéndose a expensas del cuerpo de policía clásico (carabineros). La policía política se prolongaba a través del MVSN (Milicia Voluntaria de Seguridad Nacional). Esta fue paulatinamente depurada de los elementos "izquierdistas" que habían participado en la lucha del fascismo por el ascenso al poder. En 1927 la milicia pasó a ser un cuerpo armado del estado, directamente dependiente del Duce.

Durante el fascismo se produjo un importante desarrollo de las fuerzas productivas en Italia. Se expandió, fundamentalmente, la industria pesada, en especial en

la década de 1930 y debido a la política de rearme bélico. La industria italiana, que producía a costos muy superiores a los del mercado mundial, se hizo relativamente eficiente debido al importante proceso de concentración y centralización del capital. La proporción de la producción industrial en el producto nacional pasó de 25,3 % en 1921 a 31,8 por ciento en 1929 y a 34,1 % en 1940. El índice de desarrollo del capital en la industria, entre 1920 y 1939, fue de 2,58, mientras que en la agricultura era de 1,50. El fascismo encontró una fuerte resistencia entre los propietarios agrarios semifeudales del sur, dado que la expansión plena del capital monopolista era incompatible con la supervivencia de formas feudales y semifeudales. Debido a ello los propietarios de la tierra del sur se fueron transformando en terratenientes capitalistas y los aparceros se transformaron en obreros agrícolas. Esta penetración masiva del capitalismo en la agricultura permitió una notable elevación de la producción. La cosecha de cereales pasó de 4,85 millones de toneladas en 1909-13 a 7,59 millones de toneladas en 1935-39, y esto permitió el autoabastecimiento en la producción de alimentos.

La política económica del fascismo benefició, dentro del bloque en el poder, al gran capital y a los capitalistas agrarios del norte, desplazando al capital medio y a los propietarios agrarios del sur, que, hasta el advenimiento del fascismo, habían ejercido la hegemonía política.

La pequeña-burguesía, clase-apoyo, base de masas del fascismo, fue en realidad bastante perjudicada en sus intereses económicos por la política fascista. Los salarios reales de los empleados (pequeña-burguesía dependiente) descendieron significativamente. El mismo deterioro sufrió la pequeña-burguesía independiente urbana y rural (campesinos parcelarios, arrendatarios medios y pequeños). No obstante la pequeña-burguesía siguió adhiriendo con firmeza al fascismo, hecho que se explica por razones político-ideológicas. En efecto, el carácter específico de la ideología fascista es la afirmación indirecta de la ideología imperialista (del gran capital) a través del predominio directo de la ideología pequeño-burguesa. "Si la ideología imperialista —señala Poulantzas— parece en contradicción con las formas 'normales' de la ideología pequeño-burguesa (justicia social, electoralismo, etc.), puede perfectamente corresponder a las formas revestidas por la ideología de una pequeña burguesía en rebelión (movimiento fascista), lo cual no es el caso de la ideología liberal clásica. Del fetichismo del poder al estado fuerte, del nacionalismo agresivo y exacerbado a la estadolatría y al culto del 'jefe', del antiparlamentarismo al corporativismo y al autoritarismo, otros tantos rasgos comunes de la ideología imperialista y de la pequeña-burguesía en rebelión; rasgos comunes que giran principalmente en torno del papel del estado." Sin embargo, estos puntos en común de ambas ideologías, dentro de la ideología fascista, no deben hacer olvidar las contradicciones internas de la misma, debido en última instancia a las contradicciones entre los intereses del gran capital y los de la pequeña-burguesía. En definitiva esta contradicción entre la situación económica de la pequeña-burguesía y su adhesión político-ideológica al fascismo se procesará a través de una paulatina ruptura de los lazos de representatividad entre la pequeña-burguesía y el fascismo, ruptura que solo se hará manifiesta hacia el momento de la caída del fascismo.

El movimiento obrero

Durante los primeros años del régimen fascista se produjo la liquidación definitiva de las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera. La C.G.L. (Confederación General del Trabajo), dirigida por los socialistas de derecha, siguió existiendo hasta 1926, a pesar de haber disminuido notablemente su influencia, y ello dificultó el avance del sindicalismo fascista. De todas maneras su política de no enfrentamiento al régimen no le sirvió para sobrevivir. El fascismo necesitaba controlar férreamente a la clase obrera. "La C.G.L. —apunta Horowitz— realizó su último congreso en diciembre de 1924. Fue un conjunto de sesiones sombrías y pesimistas. Ninguna de las facciones ni la mayoría confederalista ni los maximalistas ni los comunistas veía ninguna esperanza de mejorar en el futuro inmediato [. . .] Para todos los propósitos prácticos el derecho de huelga había cesado de existir en 1925 y los acuerdos firmados con sindicatos de la C. G.L. eran todavía una rareza. Por fin, en enero de 1927, la dirección disolvió la C.G.L. No obstante, la fracción comunista de la central sindical, de limitadísima influencia, condenó la autodisolución y llamó a proseguir la lucha sindical en forma clandestina. La C.G.L. se afilió a la Internacional Sindical Roja y acompañó en adelante los virajes políticos del Komintern.

A fines de 1922 había 500.000 desocupados en Italia. La C.G.L. había pasado de 2.000.000 de afiliados a 800.000 y los efectivos del P.S.I. habían caído de 73.000 en octubre de 1922 a 10.000 en abril de 1923. También el P.C.I. (7.000 miembros) perdía militantes aceleradamente.

En noviembre de 1922 se realizó en Moscú el Cuarto Congreso de la IC, donde se planteó la política de fusión de todos los partidos obreros no socialdemócratas, lo cual, en Italia, significaba impulsar la fusión del PCI y el PSI. Para ello se formó una comisión de fusión integrada por Tasca, Scoccimaro y Gramsci por el PCI y Serrati, Tonetti y Maffi por el PSI. Posteriormente el proyecto de fusión se debilitó debido a la detención de Serrati y al obstruccionismo de la derecha del PSI (Nenni) y de la izquierda del PCI (Bordiga). Comienzan entonces a manifestarse los primeros síntomas de ruptura política entre Bordiga y Gramsci, quien pasa a formar parte del Comité Ejecutivo de la IC. En febrero de 1923 se produce una ola de detenciones de militantes comunistas en Italia, incluido Bordiga, y la organiza-

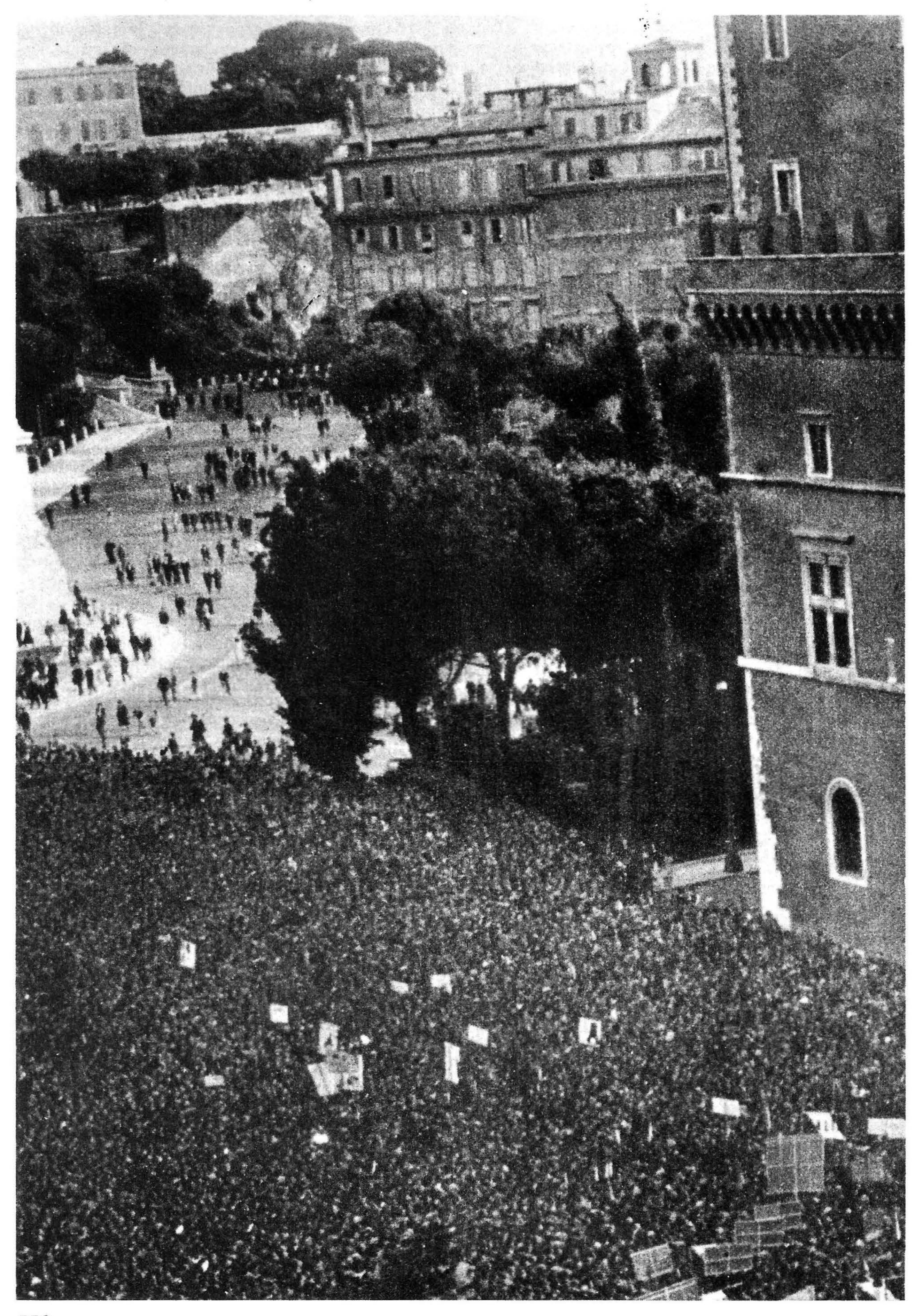
ción queda profundamente desarticulada. Terraccini es el encargado de dirigir la reorganización apoyado desde Moscú. Se refuerza el peso del grupo Ordine Nuovo con la entrada de Togliatti y Scoccimaro al Comité Ejecutivo del PCI.

La política de Frente Único fue desde el comienzo resistido por la tendencia de Bordiga, mayoritaria en el PCI. En abril de 1923 Bordiga, desde la cárcel, escribe un manifiesto contra la política de Frente Único que provoca una gran confusión entre los militantes del partido. Simultáneamente Gramsci, desde Moscú, esboza una línea de aplicación de la política de la IC, en lucha a la vez con la derecha (Tasca) y con la izquierda (Bordiga). La vacilación del resto del grupo Ordine Nuovo dificulta el trabajo político de Gramsci, que comienza a aceptar la idea de reorganizar el partido desde Moscú. "Habiendo sido detenido el Ejecutivo del partido —escribe Gramsci— en Moscú se esperaron en vano durante un mes y medio informaciones que estableciesen con exactitud cómo habían ocurrido los hechos, con qué límites había chocado la policía al destruir la organización, qué medidas había tomado el Ejecutivo en libertad para reanudar los vínculos de organización y reconstruir el aparato del partido. Después de una primera carta en la que se decía que todo había sido destruido y que la central del partido había de reconstituirse no se recibieron más informaciones concretas sino únicamente cartas polémicas sobre la cuestión de la fusión, escritas con un estilo que parecía tanto más arrogante e irresponsable cuanto más su autor había creado, con la primera carta, la impresión de que el partido no existía más que en su persona [se refiere a Bordiga]. Se planteó brutalmente la cuestión del valor del centro del partido italiano. Las cartas recibidas fueron criticadas duramente y se me preguntó qué podía yo sugerir [. . .] Yo también estaba bajo la desastrosa impresión de las cartas [. . .] Por esto llegué a decir que si se consideraba que la situación era realmente la que aparecía objetivamente en el material de que disponíamos, sería mejor acabar de una vez y reorganizar el partido desde fuera con elementos nuevos elegidos por la Internacional."

Así es que en la Cuarta Conferencia del C.E. ampliado de la IC (junio, 1923) se discute la "cuestión italiana" y Gramsci acuerda con Zinóviev organizar un nuevo C.E. italiano que elimine la mayoría bordiguiana. A causa de esto Togliatti asume la dirección del partido en Italia. Por sus cartas de la época es visible que Gramsci temía este "acto de autoridad" (así llamó a la reorganización).

La estructura del PCI seguía siendo golpeada: en setiembre es detenido en pleno el nuevo C.E. en Milán, pero es puesto en libertad tres meses después. Lentamente se va recuperando el PCI: a comienzos de 1924 sus efectivos han aumentado a 12.000 miembros. Bordiga, que ha salido en libertad sigue conservando la mayoría en el Comité Central y en la base del partido, a pesar de haber perdido el control del C.E.; continúa con su política de oposición a la línea de la IC, para lo cual escribe un nuevo manifiesto. La intervención desde arriba de la IC sobre el PCI había provocado descontento entre las bases del partido y sobre ese malestar se apoya Bordiga en su pugna con el centro de la IC. Por otra parte, frente al ultraizquierdismo de Bordiga, "la derecha del PCI —escribe Sacristán—, inspirada en el empirismo de Tasca, concebía la política de fusión de la IC como liquidadora del PCI y del PSI y formación de una corriente popular socialcomunista. Esta visión liquidadora empujaba al núcleo del centro (o sea al equipo gramsciano de Ordine Nuovo a coincidir con el grupo izquierdista, pese a la diferencia política cada vez más patente entre ellos. Y así Togliatti, Scoccimaro y Terraccini estuvieron inicialmente dispuestos a firmar el manifiesto de Bordiga en función de la lucha contra la derecha.

Gramsci, en cambio, que evidentemente había ya elaborado su visión política de la situación y había reconocido el principio de la "lucha en dos frentes", se opuso resueltamente al manifiesto por razones más generales, incluso por las características momentáneas de la situación italiana: el convencimiento de que el extremismo de Bordiga equivalía a un estéril desconocimiento del desarollo histórico en curso y la necesidad de preservar la unidad de la IC. El incidente del manifiesto —de larga gestación, pues hubo dos versiones de él, gracias al interés de Bordiga por arrastrar a los ordinovistas— acabó de hacer cuajar en Gramsci la decisión de reconstruir la dirección del PCI sobre la base del núcleo de Ordine Nuovo. Así lo escribió explícitamente en carta a Togliatti: "Yo creo que nuestro grupo debe quedarse a la cabeza del partido porque estamos realmente en la línea del desarrollo histórico." Tras varios incidentes, el grupo de Ordine Nuovo siguió a Gramsi, no firmó el manifiesto de Bordiga, se separó así claramente de este y sentó las bases del nuevo núcleo dirigente del PCI. El ingeniero Bordiga era hombre de pensamiento esquemático y mecanicista pero al mismo tiempo poseía un carácter íntegro, tenaz, combativo y generoso de sus energías. Los hombres de Ordine Nuovo apreciaban mucho esas características, especialmente al contrastarlas con la conducta, mucho más reservada, de los dirigentes derechistas, como Tasca o Graziadei. Las respetaban, además, porque Bordiga había sido el más eficaz promotor de la constitución del PCI, y hasta el símbolo del partido durante los primeros años. Gramsci era entonces mucho menos conocido que su apreciado contrincante. Todo esto explica que, aun después de la dura batalla que libró contra él desde 1923 hasta 1926, Gramsci siguiera su amistad con Bordiga en el común destierro de Ponza, y que, todavía en 1930, un año antes de expulsarlo, la dirección togliattiana del PCI hiciera gestiones para recuperar a Bordiga." La concepción de Bordiga sobre la revolución siempre tuvo fuertes connotaciones jacobinas y blanquistas, de allí que pensara al partido como una superélite de revolucionarios profesionales que dirigían en coyunturas revolucionarias a una masa amorfa e inorgánica.



O sea, una concepción totalmente opuesta a la de Gramsci, lo que estaba en la base de sus frecuentes enfrentamientos.

Gramsci, Togliatti y el Partido Comunista

En la histórica carta que Gramsci dirige a Togliatti y Terracini desde Viena, el 9 de febrero de 1924, pasa revista a una serie de problemas de la coyuntura de la lucha de clases. Refiriéndose al problema de la lucha de fracciones en el seno del PCUS Gramsci tiende en ese momento a inclinarse por las posiciones de la Oposición de Izquierda: "Todo el mundo sabe que ya en 1905 Trotski pensaba que podia verificarse en Rusia una revolución socialista y obrera, mientras que los bolcheviques pensaban sólo en establecer una dictadura politica del proletariado aliado con los campesinos, dictadura que sirviera de continente al desarrollo del capitalismo, sin tocar a este en su estructura económica. También es manifiesto que en noviembre de 1917, mientras Lenin con la mayoria del partido habia pasado a la concepción de Trotski y pensaba ocupar no sólo el gobierno político sino también el industrial, Zinóviev y Kámenev se mantuvieron en la opinión tradicional del partido [. . .] En la reciente polémica producida en Rusia se aprecia que Trotski y la oposición en general temen seriamente una revuelta a la vieja mentalidad, lo cual seria desastroso para la revolución. Piden una mayor intervención del elemento obrero en la vida del partido y una disminución de los poderes de la burocracia y quieren en el fondo asegurar a la revolución su carácter socialista y obrero e impedir que se llegue lentamente a esa dictadura democrática, continente de un capitalismo en desarrollo." Luego Gramsci planteaba la necesidad de un nitido centralismo en el funcionamiento de la IC y reconocia que "Los estatutos de la IC dan al partido ruso la hegemonia de hecho en la organización mundial." Esto parecia observarlo con cierto temor pero lo consideraba inevitable dado que "hay que tener en cuenta la situación de superioridad en que se encuentran los camaradas rusos, los cuales [. . .] cuentan con una masa de información más abundante y más precisa. Por eso sus orientaciones se basan en un fundamento material que nosotros no podremos conseguir hasta después de la revolución y eso da a su supremacía un carácter permanente y difícilmente vulnerable". Continúa advirtiendo a Terracini el peligro que significa el manifiesto de Bordiga dado que "es el comienzo de una batalla a fondo contra la Internacional y que en él se pide la revisión de todo el desarrollo táctico ocurrido desde el Tercer Congreso", y prosigue afirmando: "niego resueltamente que la tradición del partido sea la que se refleja en el manifiesto. Se trata de la tradición de la concepción de uno de los grupos que han formado nuestro partido, pero no de una tradición del partido". Posteriormente Gramsci criticaba el modelo de organización y de funcionamiento partidario que había predominado bajo la dirección bordiguiana, planteando el problema del aislamiento del partido con respecto a las masas y su burocratización: "El error del partido ha consistido en poner en primer plano y abstractamente el problema de la organización, lo cual, además, ha significado solo la creación de un aparato de funcionarios ortodoxos para con la concepción oficial. Se creía y se sigue creyendo que la revolución depende solo de la existencia de un aparato asi, y se llega incluso a creer que esa existencia puede determinar la revolución. El partido ha carecido de actividad orgánica de agitación y de propaganda, lo cual habria debido merecernos, en cambio, la mayor preocupación, y facilitar la formación de verdaderos especialistas en este campo [. . .] Toda participación de las masas en la actividad y en la vida interna del partido que no fuera la de las grandes ocasiones y por orden formal del centro se ha visto como un peligro para la unidad y para la centralización. No se ha conce-

Frente al Palazzo Venezia de Roma una multitud se da cita para escuchar la palabra del Duce.

bido el partido como resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizada y directiva del centro, sino como un algo en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo y al cual llegarán las masas cuando la situación sea propicia y la cresta de la oleada revolucionaria alcance su altura o bien cuando el centro del partido considere que debe abrir una ofensiva y se incline hasta las masas para estimularlas y llevarlas a la acción". Esta profunda crítica de Gramsci a la estructura del partido italiano ponía sobre el tapete el problema fundamental de la política y la organización de los partidos comunistas de Europa Occidental, y puede decirse que en sus aspectos fundamentales conserva plena vigencia hoy en día. Así, hacía referencia a la especificidad de la sociedad occidental con respecto a la rusa en el sentido del fuerte desarrollo del nivel ideológico de la superestructura: "el desarrollo del capitalismo ha determinado la formación no solo de amplios estratos proletarios, sino también, y por lo mismo, de la aristocracia obrera, con sus anexos de burocracia sindical y de grupos socialdemócratas. La determinación, que en Rusia era directa y lanzaba a las masas a la calle al asalto revolucionario, en occidente se complica con todas estas sobrestructuras políticas creadas por el superior desarrollo del capitalismo, hace más prudente y más lenta la acción de las masas y exige, por tanto, al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más complicadas y de más respiro que las que necesitaron los bolcheviques en el período comprendido entre marzo y noviembre de 1917". Por último, Gramsci termina dando indicaciones concretas sobre formas organizativas y trabajo político. Hace referencia a la necesidad de abandonar el ultraizquierdismo, de tener en cuenta las contradicciones en el seno de la burguesía en la medida en que estas pueden ser aprovechadas por el proletariado para el derrocamiento del fascismo, de abandonar la ilusión de que la caída del fascismo será

Intervención de Gramsci en la Comisión Política preparatoria del Congreso del Partido Comunista de Italia (Acto de la reunión, fines de 1925) (fragmento)

Gramsci. — Expone brevemente los principios generales en los que se basa el proyecto de tesis presentado por la Central del partido al Congreso. Adelanta una justificación histórica del valor que tiene el trabajo de "bolchevización" de los partidos del proletariado, empezando después del V Congreso mundial y del Ejecutivo ampliado de abril de 1925. Hay una analogía fundamental entre el trabajo de "bolchevización" que hoy se está realizando y la acción ejercida por Carlos Marx en el movimiento obrero. Se trata, hoy como entonces, de luchar contra toda desviación de la doctrina y de la práctica de la lucha de clase revolucionaria, y la lucha se desarrolla en el campo ideológico, en el organizativo y en el que se refiere a la táctica y a la estrategia del partido del proletariado. Pero en nuestro partido la discusión más amplia se ha tenido en el plano organizativo: eso se explica porque hoy es ése el plano en el cual las consecuencias de las diversas posiciones ideológicas y tácticas parecen inmediatamente evidentes a todos los camaradas, incluso a los menos preparados para una discusión puramente teórica.

Todos los puntos de desacuerdo que existen entre la Central del partido y la extrema izquierda pueden reunirse alrededor de tres problemas fundamentales:

1. El problema de las relaciones entre el Centro dirigente del partido y la masa de los camaradas inscritos en él;
2. El problema de las relaciones entre la clase obrera y las demás clases anticapitalistas.

Todas esas relaciones deben establecerse de un modo exacto si se quiere llegar a la conclusión histórica de la dictadura del proletariado. Pues para llegar a esa conclusión es necesario que la clase obrera se convierta en clase dirigente de la lucha anticapitalista, que el Partido Comunista dirija a la clase obrera en esa lucha, y que esté construido internamente de tal modo que pueda cumplir ésa su función fundamental. Cada uno de los tres problemas indicados se relaciona, pues, con el problema fundamental de la realización de la tarea revolucionaria del Partido Comunista.

Con los dos primeros problemas se vincula la cuestión de la naturaleza del partido y de los órganos que los dirigen. Consideramos que al definir el partido es hoy necesario *subrayar el hecho de que es una "parte" de la clase obrera, mientras que la extrema izquierda descuida y subestima este lado de la definición del partido, para dar, en cambio, importancia fundamental al hecho de que el partido es un "órgano" de la clase obrera.* Nuestra posición deriva del hecho de que consideramos que hay que dar el mayor relieve a la circunstancia de que el partido está unido a la clase obrera no sólo por vínculos ideológicos, sino también por lazos de carácter "físico". Y esto está en estrecha relación con las tareas que deben atribuirse al partido respecto de la clase obrera.

Según la extrema izquierda, el proceso de formación del partido es un proceso "sintético"; para nosotros es, en cambio, un proceso de carácter histórico y político, estrechamente ligado con todo el desarrollo de la sociedad capitalista. La diversa concepción lleva a determinar de modo diverso la función y las tareas del partido. Todo el trabajo que el partido debe realizar para elevar el nivel político de las masas, para convencerlas y llevarlas al terreno de la lucha de clase revolucionaria, queda subestimado y obstaculizado por la errada concepción de la extrema izquierda, por la separación inicial que produce entre el partido y la clase obrera.

La equivocada concepción que tiene la extrema izquierda de la naturaleza del partido tiene innegablemente un carácter de clase. No ya que, como ocurrió en el Partido Socialista, se tienda a dar el predominio en la organización política del proletariado a la influencia de otras clases, sino en el sentido de que se

da una estimación equivocada del peso que deben tener en el partido los diversos elementos que lo componen. La concepción de la extrema izquierda, que pone en el mismo plano a los obreros y a los elementos que proceden de otras clases sociales y no se preocupa de salvaguardar el carácter proletario del partido, corresponde a una situación en la cual los intelectuales eran los elementos política y socialmente más avanzados, y estaban, por tanto, destinados a ser los organizadores de la clase obrera. Hoy, según afirmamos nosotros, los organizadores de la clase obrera deben ser los obreros mismos. Por tanto, al definir el partido hay que subrayar particularmente la parte de la definición que da importancia a la intimidad de las relaciones que existen entre el partido y la clase de la cual surge.

Este problema de naturaleza teórica ha dado pie a la discusión sobre la organización por "células", o sea, según la base de la producción. Este ha sido incluso el punto tocado por el mayor número de camaradas en la discusión preparatoria del Congreso. Todos los argumentos de carácter práctico que hacen útil e indispensable la transformación de las organizaciones del partido sobre la base de las células han sido, pues, ampliamente expuestos, y los camaradas los conocen. La extrema izquierda presenta objeciones, las principales de las cuales consisten en una sobrestimación del problema que estriba en superar la concurrencia entre diversas categorías obreras, o sea, el problema de la unificación clasista del proletariado. Es verdad que existe ese problema, pero es un error hacer de él un problema fundamental que haya de determinar la forma que el partido dé a su organización. Además, ese problema ha encontrado ya en Italia una resolución en el terreno sindical, y la experiencia ha demostrado que la organización por fábricas permite luchar con la mayor eficacia contra todo residuo de corporativismo y de espíritu de categoría. En realidad, si el problema que la extrema izquierda parece presentar como fundamental y que determina sus preocupaciones fuera de verdad un problema esencial en el actual período histórico en Italia, entonces realmente los intelectuales estarían organizativamente en la vanguardia del movimiento revolucionario. Pero no es así.

Otra cuestión fundamental es la de las relaciones que deben establecerse. Este es un problema que no puede ser resuelto sino por el partido de la clase obrera mediante su política.

En ningún país puede el proletariado conquistar y conservar el poder con sus solas fuerzas; por tanto, tiene que conseguir aliados, o sea, tiene que llevar a cabo una política que le permita oponerse en cabeza de las demás clases que tienen intereses anticapitalistas y guiarlas en la lucha por derribar la sociedad burguesa. La cuestión es de particular importancia en Italia, donde el proletariado es una minoría de la población trabajadora y está distribuido geográficamente de tal modo que no puede pensar en llevar adelante una lucha victoriosa por el poder sino después de haber dado una solución exacta al problema de sus relaciones con la clase de los campesinos. En el próximo futuro nuestro partido tendrá que dedicarse de un modo particular al planteamiento y la resolución de este problema. Por lo demás, exige una reciprocidad entre el problema de la alianza de obreros y campesinos y los problemas de la organización de la clase obrera y del partido; estos últimos se resolverán más fácilmente si el primero se encuentra en vías de solución. El problema de la alianza entre los obreros y los campesinos ha sido ya planteado por la Central del partido, pero no puede decirse que todos los camaradas hayan comprendido [illegible] en sus términos y tengan la capacidad de trabajar por su resolución, especialmente en las zonas en que habría que trabajar más y mejor, o sea, en el sur. Así, por ejemplo, la extrema izquierda critica toda la acción que la Central ha desarrollado con Miglioli, dirigente de la izquierda campesina del Partido Popolare. Esas críticas demuestran que la extrema izquierda no entiende los términos ni la importancia del problema de las relaciones entre el proletariado y las demás clases anticapitalistas. La acción desarrollada por el partido con Miglioli se ha realizado, precisamente, con la finalidad de abrir camino a la alianza entre los obreros y los campesinos para la lucha contra el capitalismo y contra el Estado burgués.

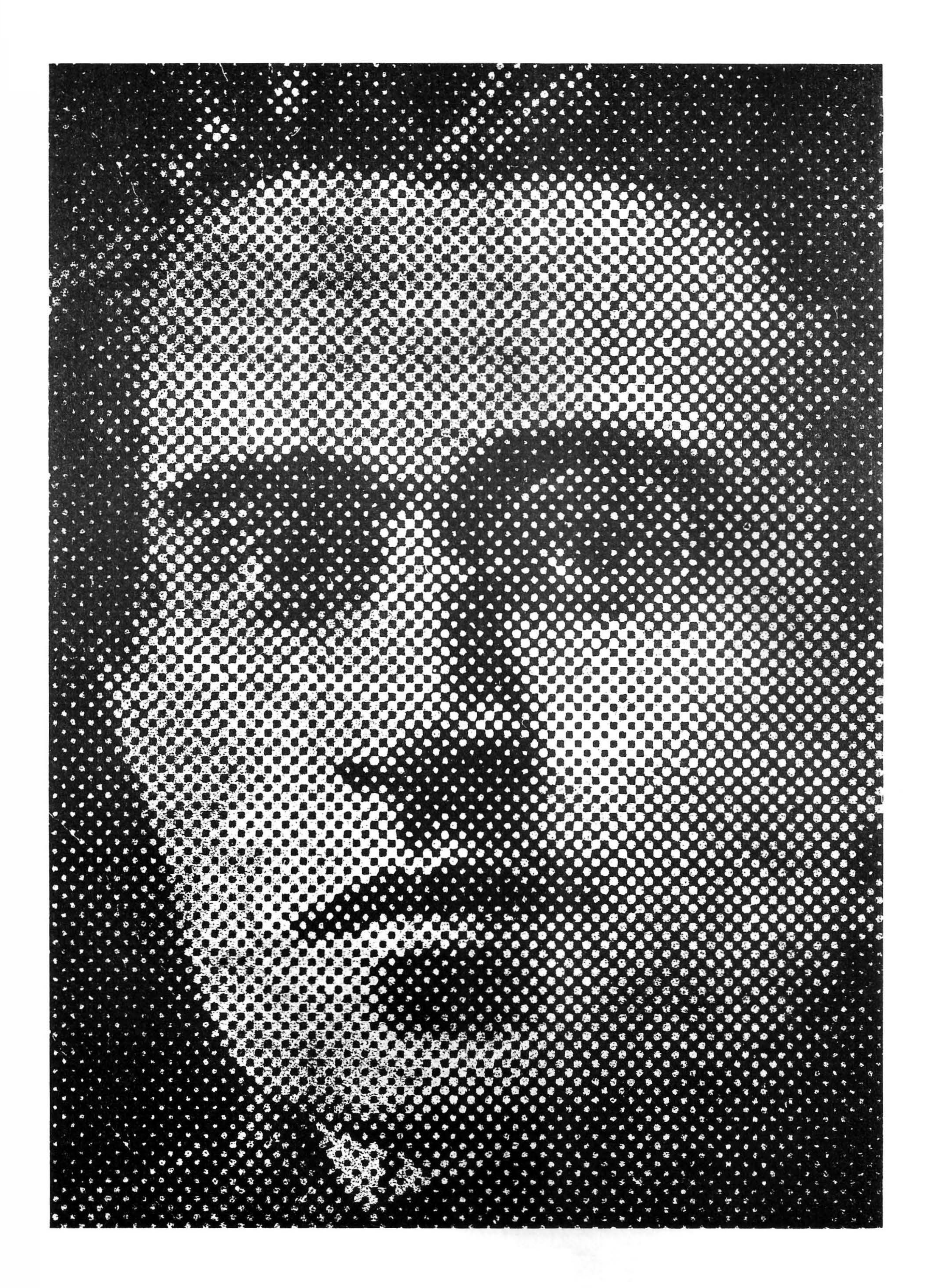
seguida inmediatamente por la dictadura del proletariado. Gramsci veía lúcidamente las raíces profundas de la pervivencia del reformismo en importantes sectores de la clase obrera: "Predomina la opinión de que la recuperación proletaria no puede ni tiene que producirse más que en beneficio de nuestro partido. Yo creo, en cambio, que en el momento en que se produzca esa recuperación nuestro partido seguirá siendo minoritario, que la mayoría de la clase obrera seguirá a los reformistas y que los burgueses demócratas liberales tendrán todavía mucho que decir. No dudo de que la situación es activamente revolucionaria ni de que, por tanto, nuestro partido conseguirá esa mayoría en un tiempo determinado; pero ese período, que acaso no sea largo cronológicamente, será, sin duda, denso en fases suplementarias que tendremos que prever con una cierta exactitud para poder maniobrar y para no caer en errores que prolonguen los sufrimientos del proletariado." Indudablemente Gramsci minimizaba la fortaleza del fascismo, posición compartida por todos los comunistas de Europa en esa época.

A principios de 1924 la relativa recuperación del PCI se manifiesta en la aparición del periódico **L'Unità** en Milán y la reaparición quincenal de **L'Ordine Nuovo** en Roma, dirigido desde Viena por Gramsci. En las elecciones generales de abril de 1924 el PCI obtiene el 3,5 % de los votos (19 diputados, Gramsci por Venecia). En la segunda quincena de mayo se realiza en la ciudad de Como la Primera Conferencia Nacional del PCI en preparación del Tercer Congreso. Togliatti presenta el informe político y Gramsci ataca la política ultraizquierdista, pero la mayoría de los delegados siguen a Bordiga, quien continúa teniendo una gran autoridad en la base del partido, que cuenta ya con cerca de 20.000 miembros y supera por primera vez en efectivos al PSI.

En junio se realiza el quinto Congreso de la IC. A partir de este momento el centro de la Internacional comienza a intervenir abiertamente en los partidos na-

"El desarrollo del capitalismo ha determinado la formación no solo de amplios estratos proletarios, sino también de una aristocracia obrera, con sus anexos de burócratas sindicales y de grupos socialdemócratas."
Antonio Gramsci.

cionales. Togliatti y Bordiga pasan a formar parte del C.E. de la IC, se nombra desde Moscú un nuevo C.E. con mayoría de L'Ordine Nuovo, y éste, posteriormente, elige a Gramsci secretario general del PCI. En la segunda mitad del año Gramsci viaja por todo el país con el objeto de reorganizar el partido, cuyos efectivos siguen creciendo en una coyuntura favorable ante la parálisis del fascismo después del asesinato de Matteotti. En noviembre los diputados comunistas que se habían retirado al Aventino vuelven al parlamento para utilizarlo como caja de resonancia.
En enero de 1925 el fascismo retoma la ofensiva política aumentando la represión y dificultando enormemente el trabajo político de comunistas y socialistas. En marzo Gramsci asiste al quinto C.E. ampliado de la IC. Allí se produce su ruptura con Trotski y la asimilación de Bordiga a la línea de Trotski. Pocos meses después los bordiguianos se constituyen como fracción y envían una carta a **L'Unità** anunciando la formación de un "comité de enlace de la izquierda del partido". La IC responde inmediatamente condenando por fraccionismo al grupo de Bordiga y ordenando la disolución del comité. Gramsci trata de evitar una ruptura y para ello se reúne con Bordiga en Nápoles, pero no llega a un acuerdo político.
Aunque el PCI se fortalece en lo que se refiere a su organización, la promulgación de las leyes ultrafascistas (supresión de comisiones internas, prohibición de huelgas, ilegalidad a los sindicatos no fascistas) lo obliga a una actividad totalmente clandestina. En esas condiciones, el Tercer Congreso del PCI (enero de 1926) debe ser realizado en Lyon (Francia). Es el primero que se realiza desde el ascenso del fascismo al poder. Gramsci presenta el informe político, en el que plantea la necesidad del frente único, la alianza obrero-campesina y la imposibilidad de luchar por la dictadura del proletariado como alternativa inmediata al fascismo. Gramsci diferenciaba el bloque de las clases dominantes —formado por el capital monopolista, los grandes propietarios agrarios y el capital medio— y el bloque de las clases explotadas, integrado por la clase obrera y los campesinos. Planteaba la existencia de contradicciones en el seno de las clases dominantes y afirmaba que ello podía favorecer la caída del fascismo, pero no daba cuenta de la hegemonía del capital monopolista en el seno del fascismo dado que lo incluía en igualdad de condiciones a los agrarios. Es en este congreso que Gramsci plantea por primera vez, en su justa medida, el problema del campesinado meridional y de la alianza obrero-campesina, asunto que había sido soslayado siempre en el seno del partido. Los bordiguianos se oponen de plano a las posiciones de Gramsci: niegan la necesidad del frente único y plantean la lucha por la inmediata dictadura del proletariado. Cuando se realiza la votación la posición de Gramsci es apoyada por el 90 % de los delegados. Se elige entonces el nuevo C.E., que es integrado por Gramsci, Togliatti, Scoccimaro, Terracini, Ravera, Longo, Ravazzoli, Camilla y Grieco. Gramsci es nombrado secretario general y Togliatti representa al PCI en el C.E. de la IC. El Congreso significó, por un lado, el triunfo definitivo de la IC sobre Bordiga (quizá quien más resistió la política de subordinación de los partidos nacionales al centro de la Internacional) y con ello el final de la llamada "cuestión italiana". Por otro lado significó la consolidación del grupo dirigente del PCI proveniente de L'Ordine Nuovo. En marzo Bordiga planteó en el C.E. de la IC. la libre organización de fracciones en el seno de los partidos comunistas, propuesta que fue rechazada de plano.
En ese año, 1926, las luchas en el seno del PCUS repercutían fuertemente sobre el partido italiano. En octubre, el Buró Político encomienda a Gramsci la redacción de una carta al Comité Central del PCUS con el fin de hacer un llamado a la unidad del partido. Decía Gramsci: "Hoy no sentimos ya la seguridad del pasado; nos sentimos inevitablemente preocupados; nos parece que la actitud actual del bloque de



L'AZIONE COMUNISTA

ORGANO DEL PARTITO COMUNISTA D'ITALIA

ESCE IL SABATO

L'INFAME ASSASSINIO DEL NOSTRO DIRETTORE

L'unanime ed energica protesta del proletariato fiorentino



SPARTACO LAVAGNINI

oposición y la virulencia de las polémicas exigen la intervención de los partidos hermanos [. . .] las masas trabajadoras quieren ver una única unidad de combate que trabaje en la perspectiva general del socialismo. Solo en cuanto las masas occidentales europeas ven a Rusia y al partido ruso desde este punto de vista aceptan gustosamente y como un hecho históricamente necesario que el PCUS sea el partido dirigente de la Internacional". Y continuaba planteando que después de haber estudiado detenidamente la situación y los términos de la pugna teórico-política "consideramos fundamentalmente justa la línea política de la mayoría. [. . .] La actitud de la oposición afecta [. . .] el corazón mismo de la doctrina leninista y de la acción política del PCUS. [. . .] En la ideología y en la práctica del bloqueo de oposición renace plenamente toda la tradición de la socialdemocracia y del sindicalismo, la que ha impedido hasta ahora al proletariado occidental organizarse como clase dirigente. [. . .] Los camaradas Zinóviev, Trotski y Kámenev han contribuido poderosamente a educarnos para la revolución, nos han corregido algunas veces muy enérgica y severamente y han sido nuestros maestros. A ellos especialmente nos dirigimos, como a los mayores responsables de esta situación, porque creemos estar seguros de que la mayoria del CC del PCUS no desea supervencer en esa lucha, sino que está dispuesta a evitar las medidas excesivas". No aparecen claros en el material conocido de Gramsci las razones de este viraje producido desde las posiciones de 1924, favorables a la Oposición, hacia las posiciones de 1926, favorables al grupo dirigente encabezado por Stalin. Es probable que estas posiciones se deban más a las polémicas en el seno de la Internacional que a las que se producían en el interior mismo del partido soviético, dado que Gramsci visualizaba las posiciones de Trotski como acercándose peligrosamente a las de Bordiga.

De todas maneras, es claro que consideraba necesaria la permanencia de la Oposición en el seno del Partido, oponiéndose implícitamente a la política de Stalin tendiente a la depuración y la expulsión de los oposicionistas.

A principios de noviembre el fascismo desata una fulminante ola represiva en toda Italia. Cientos de cuadros comunistas y socialistas son detenidos o deportados y muchos otros buscan el camino del exilio. Gramsci es detenido y condenado posteriormente a veinte años de cárcel. A comienzos de 1927 se constituye el "Centro exterior del PCI", bajo la dirección de Togliatti, y la actividad del partido en Italia se hace dificultosa y heroica. En Paris comienza a publicarse en marzo **Lo Stato Operario**, órgano del centro exterior. Terracini, Scoccimaro y Bordiga también se hallan en la cárcel. Tasca vuelve a la dirección del PCI con el apoyo de Bujarin.

En julio de 1928 se realiza el Sexto Congreso de la IC, y comienzan la política "ultraizquierdista" y la lucha contra la tendencia bujarinista, lo que provoca la expulsión de Tasca al año siguiente. En marzo de 1930 el P.B. del PCI discute la nueva política de la IC y su aplicación a la situación italiana, lo que lleva a una profunda división en la votación final. Votan por el apoyo a la política de la IC. Togliatti, Longo, Ravera y Secchia; en contra, Ravazzoli, Leonetti y Tresso, que poco después son expulsados del partido. También es expulsado Bordiga, quien había recuperado su libertad. Con todo esto se consolida definitivamente el liderazgo de Togliatti. Gramsci, que es informado en la cárcel por su hermano del nuevo curso de los acontecimientos, se muestra en desacuerdo con la politica de la IC. En marzo de 1931 se celebra en Alemania el Cuarto Congreso del PCI, que aprueba la línea de la Internacional. "Se mandan noticias a Gramsci —escribe Sacristán— escritas con tinta simpática en una revista inglesa. Según testimonio de un posterior expulsado del PCI Gramsci no se muestra de acuerdo. La información es probablemente verdadera porque por otros indicios se ve a Gramsci elaborando ya una política de amplias alianzas con el objetivo primero democrático de una Asam-

El período de afianzamiento del fascismo está marcado por la cruenta ofensiva lanzada contra la oposición. Los asesinatos políticos son frecuentes. La portada del periódico "L'Azione Comunista" denuncia el asesinato de su director, Spartaco Lavagnini, a manos de una escuadra fascista.

blea Constituyente". Esto no implicaba que Gramsci pensara en la viabilidad histórica de una revolución democrática-burguesa; por el contrario, entendía que un régimen burgués que siguiera a la caída del fascismo sería transitorio hacia la dictadura del proletariado y que la única alianza sólida posible era la alianza obrero-campesina. Ahí había dicho en su última intervención en el Comité Central, en agosto de 1926: "Si bien es verdad que políticamente el fascismo puede ser sucedido por la dictadura del proletariado, porque ningún partido o coalición intermedia está en condiciones de dar satisfacción, ni siquiera mínima, a las exigencias económicas de las clases trabajadoras que irrumpirán violentamente en la escena política en el momento de la ruptura de las relaciones existentes, no es cierto, ni siquiera probable, que el paso del fascismo a la dictadura del proletariado sea inmediato".

En realidad, la política ultraizquierdista, que equiparaba al fascismo con la socialdemocracia y que provocó la tragedia del movimiento obrero alemán, aparecía en Italia como absurda y casi imposible de aplicar. De allí que encontrara más resistencias que en los otros partidos comunistas. El viraje forzado realizado por Togliatti se entroncó con la tendencia —presente desde el comienzo— a subestimar el carácter de masas del fascismo y a negar la situación de aplastamiento político, militar e ideológico en que se encontraba el proletariado. Escribía Togliatti en **Stato Operario** (1931):

"Excluimos la perspectiva de una pretendida fase transitoria [. . .] no podemos ni debemos trabajar con la perspectiva de que la situación se desorrollará de tal modo que las masas trabajadoras y su vanguardia gocen de un período de legalidad o semilegalidad del movimiento, durante el cual podrán reorganizar sus fuerzas sin verse diaria y profundamente hostilizados por el enemigo.[. . .] La lucha por la revolución proletaria, la lucha por el derrocamiento del régimen capitalista, la lucha por el socialismo y la tarea que la historia asigna hoy a la

Intervención de Gramsci en la Comisión Política preparatoria del Congreso del Partido Comunista de Italia (fragmento)

El problema de las relaciones entre el proletariado y las demás clases anticapitalistas no es más que uno de los problemas de la táctica y de la estrategia del partido. También sobre otros puntos existe un desacuerdo profundo entre la Central y la extrema izquierda. La Central estima que la táctica del partido debe determinarse por la situación y por el propósito de conquistar una influencia decisiva en la mayoría de la clase obrera, para poderla guiar realmente a la revolución. La extrema izquierda, en cambio, sostiene que la táctica tiene que determinarse por preocupaciones de naturaleza formal, y que el partido no debe plantearse en todo momento el problema de la conquista de la mayoría, sino limitarse durante largos períodos a una simple acción de propaganda de sus principios políticos generales.

El mejor ejemplo de la naturaleza y la amplitud del desacuerdo se tiene en la táctica seguida por el partido tras el delito Matteotti, y en las críticas que la extrema izquierda dirige a esa táctica. Es un hecho que en un primer momento, o sea, inmediatamente después del asesinato de Matteotti, la oposición constitucional era el factor dominante de la situación, y que su fuerza procedía esencialmente de la clase obrera y de los campesinos. Por tanto, era en sustancia la clase obrera la que se encontraba en una posición equivocada y se movía sin tener consciencia de su propia función y de la posición política que le correspondía en el cuadro de las fuerzas en pugna. Era necesario hacer cobrar a la clase obrera consciencia de su función y de su posición. ¿Qué actitud había de tomar con ese objeto nuestro partido? ¿Habría bastado con lanzar consignas de propaganda y con realizar una campaña de crítica ideológica y política contra el fascismo y contra la oposición constitucional (Aventino)? No, eso no habría sido suficiente. La propaganda y la crítica política que se realizan en los órganos del partido tienen un ámbito de influencia muy restringido: no llegan mucho más allá de la masa de los inscritos. Era necesario llevar a cabo una acción política, y esa acción política tenía que ser distinta respecto del fascismo y respecto de la oposición. De hecho, la misma extrema izquierda afirma que los factores de la situación en aquel momento eran tres: el fascismo, la oposición y el proletariado. Eso quiere decir que teníamos que hacer una distinción entre los dos primeros, y plantearnos —no sólo teóricamente, sino también prácticamente— el problema de disgregar socialmente, y luego políticamente, la oposición, para arrebatarle la base que tenía en las masas. Con este objetivo se emprendió la acción política del partido respecto de la oposición. Es un hecho que para el proletariado y para nosotros en aquel momento existía un problema fundamental: derribar el fascismo. Las masas seguían en grandísima parte a la oposición precisamente porque querían derribar el fascismo con el método que fuera. Y, en realidad, no hay que negar que si el Gobierno Mussolini hubiera caído, cualquiera que fuera el medio con que se le derribara, se abría abierto en Italia una crisis política bastante profunda cuyos desarrollos no habría podido nadie prever ni frenar. Pero la oposición lo sabía también perfectamente, y por eso excluyó desde el primer momento "un" modo de derribar al fascismo, que era el único posible, a saber, la movilización y la lucha de masas. Excluyendo ese único modo posible de derribar el fascismo, la oposición sostuvo en realidad al fascismo, fue el puntal más eficaz del régimen en disolución. Pues bien, nosotros, con la acción política orientada a la oposisión (salida del Parlamento, participación en la asamblea de la oposición, nacida de ella), conseguimos probar a las masas ese hecho, cosa que no se habría conseguido de ningún modo con una simple actividad de propaganda, de crítica, etc. Nosotros estimamos que la táctica del partido debe tener siempre el ca-

rácter que tuvo entonces nuestra táctica: el partido tiene que llevar a las masas los problemas de un modo real y político, si es que quiere obtener resultados.
El problema de la conquista de una influencia decisiva en la mayoría de la clase obrera y el de la alianza entre los obreros y los campesinos están estrechamente relacionados con el problema militar de la revolución, que hoy se nos plantea de un modo muy particular, dada la ordenación de las fuerzas armadas que tiene la burguesía italiana a su servicio. Ante todo, hay un ejército nacional extremadamente reducido y en el que existe un enorme porcentaje de oficiales para controlar la masa de los soldados. En la mejor de las hipótesis, y de acuerdo con lo que es posible prever, el ejército podría mantenerse neutral. Pero, además del ejército, están los cuerpos armados, numerosísimos (policía, *carabinieri*, *Milizia nazionale*) y muy difícilmente influibles por el proletariado. En conclusión: de 600.000 hombres armados que la burguesía tiene a su servicio, 400.000 por lo menos son inconquistables para la política de la clase obrera. La correlación de fuerzas existente entre el proletariado y la burguesía no puede, por tanto, alterarse sino mediante una lucha política que lleve a cabo el partido de la clase obrera y que le lleve a vincularse con la mayoría de la población trabajadora y a dirigirla. La concepción táctica de la izquierda es un obstáculo para la realización de este deber.
Todos los problemas que se han presentado en la discusión entre la Central y la extrema izquierda están relacionados con la situación internacional y con los problemas de la organización internacional del proletariado, o sea, de la Internacional comunista. *La extrema izquierda* asume en este terreno una actitud singular, parcialmente análoga a la de los maximalistas, porque *considera a la Internacional comunista como una mera organización de hecho a la que se opone la "verdadera" Internacional, que todavía habría que crear.* Este modo de presentar las cuestiones contiene ya en sí potencialmente un problema de escisión. Las actitudes tomadas por la extrema izquierda en Italia antes y después de la discusión preparatoria del Congreso (fraccionismo) han dado, por lo demás, la prueba de ello.
Hay que examinar cuál es la situación de nuestro partido como organismo internacional. En 1921 nuestro partido se constituyó en el terreno indicado por las tesis y las resoluciones de los dos primeros Congresos de la Internacional comunista. ¿Quién se ha separado de esas tesis para tomar una posición en pugna con la de la Internacional? No la Central del partido —que es hoy fundamentalmente la misma que fue elegida en los Congresos de Livorno y de Roma—, sino un grupo de dirigentes del partido, los que constituyen la tendencia de extrema izquierda. La posición de este grupo es errada, y el partido, oponiéndose a ella y condenándola, no hace sino continuar su tradición política.
La amplitud de la discusión ya hecha y que aún se deberá hacer en el Congreso con los camaradas de extrema izquierda se debe al hecho de que estos camaradas, para individualizarse en el partido como fracción, han sentido la necesidad de diferenciarse a propósito de todos los problemas que podían ponerse en discusión, realizando al mismo tiempo una acción que habría podido llevar a la disgregación de la base del partido. Esa acción tendrá que ser condenada por el Congreso, y excluida su misma posibilidad para el futuro.
La discusión que se desarrollará en este Congreso tiene una importancia enorme porque afecta a todos los problemas de la revolución italiana e interesa, por tanto, profundamente al desarrollo de nuestro partido. Las decisiones que se tomen en él caracterizarán la actividad del partido durante todo un período histórico. Por tanto, es necesario que cada camarada tenga conciencia de la responsabilidad proletaria y revolucionaria que cae sobre él.

clase obrera constituyen el único contenido posible de la lucha contra el fascismo".
Según testimonios de Lisa y Ceresa —compañeros de prisión de Gramsci— su posición en ese momento se expresaba en el siguiente análisis: "El fascismo ha hecho retroceder al proletariado y a todo el pueblo italiano hacia las posiciones más atrasadas; el proceso de la lucha de clases en Italia se desarrollará pues siguiendo la línea de las libertades destruidas por el fascismo [. . .] la presión de las masas podrá llegar a influir en una parte de los mismos dirigentes fascistas que viven más en contacto con los trabajadores. Al mismo tiempo se producirá una activación de las corrientes de oposición antifascistas-burguesas y el paso a la oposición de las corrientes flanqueadoras, que intentarán aprovechar las ventajas de la reanudación del movimiento de las masas, pero procurando que este movimiento no salga de los límites del estado burgués. ¿Se puede pues, hablar de un paso directo de la dictadura fascista a la dictadura del proletariado? No, no se puede hablar sin caer en el esquematismo".
Gramsci resistió la asimilación política y teórica del stalinismo, a diferencia de Togliatti, el otro miembro destacado del grupo ordinovista, grupo de importancia fundamental en el desarrollo del movimiento obrero italiano y mundial.
Gramsci fue uno de los más grandes pensadores marxistas y, junto con Lenin, Trotski y Rosa Luxemburgo, constituyó el grupo de los más importantes dirigentes socialistas del primer tercio del siglo XX.
Los amargos últimos años de su vida, pasados en la cárcel, con su cuerpo minado por enfermedades de todo tipo, no le impidieron continuar su gran obra de revolucionario. Los **Cuadernos de la Cárcel** son un aporte fundamental al desarrollo creador del marxismo y fuente inagotable para los marxistas contemporáneos. Uno de sus aportes más importantes se da en el análisis del problema de la democracia obrera y de la participación activa y consciente de las masas en el proceso revo-

lucionario. Esta es una constante de su pensamiento y de su práctica, desde la fundación de **L'Ordine Nuovo** y de la etapa de la defensa de los Consejos Obreros.
La otra gran veta teórica desarrollada por Gramsci, intrínsecamente relacionada con lo anterior, se refiere a las relaciones entre la estructura y la superestructura, problema poco desarrollado por los clásicos del marxismo. Sus trabajos sobre ideología, sobre las relaciones entre estructura política y estructura ideológica, sobre los conceptos de hegemonía y bloque histórico, sobre los intelectuales orgánicos, constituyen un material imprescindible para resolver los problemas teóricos y prácticos de la revolución contemporánea.
Durante el periodo bordiguiano, el economicismo (separación de lo económico de lo político y subestimación de esto último) fue la concepción vigente en el PCI. El intento de Gramsci por superar el economicismo será revertido cuando Togliatti asuma la dirección del partido. En realidad, el periodo específicamente gramsciano del PCI va desde 1924 hasta 1928, etapa durante la cual, a pesar de las difíciles condiciones objetivas, el partido intenta desarrollar una política de masas creadoramente adecuada a la realidad italiana.
El PSI siguió fuertemente marcado por el economicismo, que se manifestó, en el primer periodo del fascismo, en su política legalista, tendiente a un derrocamiento constitucional del fascismo. La decadencia del PSI, comenzada en el período de fascistización, se acentuará durante el primer periodo del fascismo, llegando a límites extremos en la década del treinta.

El estado fascista y la clase obrera

Con respecto a la clase obrera, el fascismo actúa en dos niveles: por un lado, represión político-militar, por otro, absorción ideológica. Esto último, que se realiza a partir del elemento anticapitalista pequeño-burgués presente en la ideología del fascismo, es de gran importancia. A este elemento se le sumarán los "temas" específicamente proletarios incorporados por el ala plebeya del fascismo. Este aspecto obrerista estará presente no sólo durante el proceso de fascistización, sino también durante el primer período del fascismo, hasta su estabilización, a partir de la cual declinará ante la ideología pequeño-burguesa expresada en el corporativismo.
Según Poulantzas la ideología corporativista del fascismo presenta varios aspectos: "a) residuos auténticos de la ideología feudal; comunidad mística de vínculos personales que ocultan la explotación de clase; b) aquel que deriva de las ilusiones suscitadas por las condiciones de vida de los pequeños productores en el periodo de la manufactura c) aquel de tipo reformista, de colaboración de clases; d) la ideología corporativista puede en ciertas circunstancias y bajo una forma desviada expresar aspiraciones proletarias auténticas. Bajo la ilusión de la fábrica como célula económica cerrada al mundo de la autoridad política, este corporativismo expresa la aspiración de una conquista del poder y de una eliminación de la autoridad, de la propiedad y la dirección".
En definitiva, el fascismo logró neutralizar la ideología de la clase obrera a través de una compleja reorganización de los aparatos ideológicos del estado, de la reabsorción del paro y de una sistemática división de la clase obrera en categorías estratificadas por el salario. Además, la clase obrera, en el nivel de la explotación económica, sólo fue una de las víctimas del fascismo y no precisamente la principal. Por el contrario, quienes más sufrieron la política económica del fascismo fueron el campesinado pobre y la pequeña burguesía urbana, dependiente e independiente. El incremento de la explotación de la clase obrera fue, en lo fundamental, relativo y no absoluto; es decir, no hubo una caída del salario real sino un aumento en la proporción de las ganancias en la distribución del ingreso nacional, debido al aumento de la productivi-

Arriba: Antonio Gramsci según una caricatura publicada en "Avanti". Abajo: portada de un número de "L'Ordine Nuovo", "reseña semanal de cultura socialista", dirigido por Gramsci.



La Terza Internazionale in Francia

L'ORDINE NUOVO

Rassegna settimanale di cultura socialista

Istruitevi, perchè avremo bisogno di tutta la nostra intelligenza
Agitatevi, perchè avremo bisogno di tutto il nostro entusiasmo
Organizzatevi, perchè avremo bisogno di tutta la nostra forza

Segretario di Redazione:
ANTONIO GRAMSCI

14 FEBBRAIO 1920

Redazione e Amministrazione: Via XX Settembre, 19 - TORINO
Gli Abbonamenti: Annuale L. 10; Semestrale L. 5, trimestrale L. 3; decorrono dal 1° d'ogni mese.
Per l'estero aumento del 50 %.
Abbonamento sostenitore L. 20 annuale; L. 10 semestrale.

ANNO I. - N. 37.

Un numero: Cent. 20 - Conto corr. con la Posta.

SOMMARIO

Lo strumento di lavoro

La Rivoluzione comunista attua l'autonomia del produttore e nel campo economico e nel campo politico. L'azione politica della classe operaia (rivolta a instaurare la dittatura, a creare lo Stato operaio) acquista valore storico reale solo quando è funzione dello sviluppo di condizioni economiche nuove, ricche di possibilità, *avide* di espandersi e di consolidarsi definitivamente. Perchè l'azione politica abbia buon esito deve coincidere con un'azione economica. La Rivoluzione comunista è il riconoscimento storico di fatti preesistenti economici, che essa rivela, che essa difende energicamente da ogni tentativo reazionario, che essa fa diventare diritto — ai quali, cioè, dà una forma organica

contatto fisico e spirituale con le masse proletarie e con la realtà storica, sono dei retori verbosi e vacui, incapaci a ogni specie di azione e a dare un qualsiasi giudizio concreto. Poichè hanno perduto ogni contatto con la realtà proletaria, si comprende perfettamente che abbiano finito col persuadersi, in buona fede e sinceramente, che la missione della classe operaia sia compiuta quando il suffragio universale abbia permesso la costituzione di un ministero con Turati che emana una legge per dare accesso alle urne alle prostitute o con Enrico Ferri che riforma il regime disciplinare dei manicomi e dei reclusori.

Cronache dell'« Ordine Nuovo »

E' inutile negarlo, stiamo attraversando un perio-



Declaración de la fracción sindical comunista de la C.G.T.I. ante la medida de autodisolución tomada por la dirección (febrero de 1926)

Los enemigos de la clase trabajadora han anunciado con grandes voces de alegría la clausura de la CGL. En realidad sólo se trata de la deserción de algunos de los dirigentes que por largo tiempo han sido extraños a las luchas y aspiraciones del proletariado, y traficantes con la clase enemiga. Esta deserción es mucho más vergonzosa puesto que coincide con la supresión de los partidos y de la prensa proletaria y con el encarcelamiento y deportación de miles de obreros antifascistas. Las Federaciones Nacionales, reunidas en convención dan un mentís a la burguesía por su alegría prematura y hacen un llamado a los trabajadores de todas las categorías para que se reúnan en torno a la antigua y gloriosa CGL, la cual nunca ha sido el patrimonio privado y transferible de ningún dirigente de ningún partido, sino que ha sido y sigue siendo la organización del proletariado italiano, abierta a todos los trabajadores y a todas las facciones políticas de la lucha de clases. En sus oficinas, finalmente, ya no tienen cabida los sirvientes de los camisas negras.
(Tomado de Horowitz: *Historia del movimiento obrero italiano.*)

El P.C.I. por la defensa nacional y la guerra de liberación (agosto de 1942)

La continuación de la guerra es contraria a los intereses de Italia y responde sólo a las exigencias del imperialismo alemán y de la pandilla nazi.
La aspiración unánime y más urgente del pueblo italiano es la paz. A la realización de la paz se opone la presencia en Italia de las tropas alemanas. Su afluencia continua indica la firme intención del gobierno nazi de intervenir en las cuestiones políticas de nuestro país en favor de los fascistas, y constituir un obstáculo a la libre iniciativa del pueblo italiano en favor de la paz.
Es necesario, por consiguiente, destruir todo obstáculo a la pronta realización de la paz. A dicho objeto conviene lo siguiente:
a) romper inmediata y decididamente todo pacto de alianza y de colaboración con Alemania;
b) concluir un acuerdo de armisticio con las Naciones Unidas;
c) prepararse a rechazar con la fuerza toda iniciativa o intervención alemana o fascista que tienda a oponerse a la voluntad de paz del pueblo italiano;
d) en caso de conflicto armado con las fuerzas alemanas: todas las formaciones militares, incluso las que se encontraran en territorio provisionalmente ocupado por los alemanes, han de recibir la orden de oponerse por todos los medios y con toda su fuerza al usurpador, rechazando toda idea de compromiso o de capitulación;
e) organizar la colaboración armada del ejército y de la población, procediendo a la formación de unidades populares, las cuales, repitiendo las gloriosas tradiciones garibaldinas del Risorgimento, den a la guerra un claro y preciso carácter de liberación y a la vez de independencia nacional;
f) establecer en todas las localidades contactos y acuerdos entre los mandos militares y las representaciones del frente nacional para hacer frente a todas las exigencias de la lucha;
g) fomentar una política de fraternización entre el ejército y la población, impidiendo todo acto de hostilidad por parte de las fuerzas armadas contra las masas populares;
h) liquidar todas las supervivencias fascistas en el aparato del Estado, de la administración y del ejército, desarmando la Milicia voluntaria para la seguridad nacional y eliminando de los puestos de mando a todos los fascistas y los fascistizantes. Al propio tiempo hay que llevar a los puestos de mayor responsabilidad hombres de fe democrática comprobada, dispuestos a luchar a fondo contra el ocupante alemán y sus instrumentos: los fascistas italianos.
(Tomado de Giolitti: *El comunismo en Europa.*)

El régimen fascista prepara sus ejércitos para la guerra. Al respecto, el Partido Comunista Italiano afirma: "El proletariado italiano no tendrá paz, no tendrá pan ni será libre si no se combate en primer lugar y hasta la victoria al capitalismo italiano. ¡Abajo la guerra imperialista!"

dad del trabajo. En efecto, entre 1922 y 1935 los salarios de los obreros industriales, con algunas oscilaciones, se mantuvieron estables, mientras caían fuertemente los de los asalariados no productivos y de los obreros agrícolas.

Debido a la fuerte resistencia que opuso el proletariado italiano, su integración corporativista al estado fascista estuvo lejos de ser total y fue mucho menos acentuada que en Alemania. Esto explica el importante resurgir de la lucha obrera durante la guerra, período en el cual, por otra parte, hubo una fuerte caída en el salario real de los obreros industriales.

El fascismo realizó en su primer período una política selectiva, de ataque a las organizaciones políticas de la clase obrera y de relativa tolerancia hacia las organizaciones sindicales, apoyando incluso algunas huelgas económicas en la industria metalúrgica en 1924 y 1925. Los enfrentamientos entre los sindicatos fascistas y la burguesía se tornaron bastante agudos en determinados momentos. El golpe definitivo contra el sindicalismo fascista se dio en 1928, cuando fue disuelta la Confederación Sindical Fascista y fue depurado radicalmente el aparato sindical fascista de elementos "izquierdistas", empezando por su líder, Rossoni. Durante la década de 1930 el aparato sindical fascista logrará mantener neutralizada a la clase obrera aunque sin evitar del todo la agitación gremial.

La resistencia guerrillera y la caída del fascismo

El período de los primeros años de la década de 1930 será en Italia de total parálisis en lo que se refiere al socialismo y al comunismo.

En octubre de 1934 se firma el pacto de unidad de acción entre el PCI y el PSI, que preanuncia el nuevo viraje de la IC hacia la política de los Frente Populares. Togliatti, en carta a Grieco, en marzo de 1935, plantea una acción y

Discurso de Togliatti (abril de 1944)

A dicho propósito queremos disipar cualquier incertidumbre que pudiera todavía subsistir. Nosotros tenemos un programa para el mañana de Italia. Bastará por ahora que tracemos sus grandes líneas, reservándonos concretarlo con el tiempo. El objetivo que una vez terminada la guerra nosotros propondremos realizar al pueblo italiano será el de crear en Italia un régimen democrático y progresista. Para la realización de dicho objetivo, nosotros llamaremos a la lucha a los obreros y los campesinos, a los intelectuales y a las jóvenes generaciones. Queremos que Italia se reconstruya, y se reconstruya rápidamente, en interés del pueblo. Sabemos cuál es la magnitud de las destrucciones que se han producido en el tejido social italiano, y sabemos, por consiguiente, que si nos propusiéramos otro objetivo no cumpliríamos con los deberes que tenemos para con la nación, que busca en nosotros su guía. Convocada el día de mañana una asamblea constituyente, nosotros propondremos al pueblo hacer de Italia una república democrática, con una Constitución que garantice a todos los italianos todas las libertades: la libertad de pensamiento y la de palabra, la libertad de prensa, de asociación y de reunión; la libertad de religión y de culto, y la libertad de la pequeña y la mediana propiedad para desenvolverse sin ser aplastadas por los grupos ávidos y egoístas de la plutocracia, o sea, del gran capitalismo monopolista. Esto quiere decir que nosotros no propondremos en absoluto un régimen basado en la existencia o el dominio de un solo partido. En una Italia democrática y progresista habrá de haber y habrá distintos partidos, correspondientes a las distintas corrientes de ideales e intereses existentes entre la población italiana; nosotros propondremos, sin embargo, que estos partidos, o por lo menos los que entre ellos tengan una base en el pueblo y un programa democrático y nacional, mantengan su unidad para hacer frente a toda tentativa de renacimiento del fascismo. No queremos alejar de la nación ni a los demócratas, ni a los liberales, sino sólo a los fascistas. El régimen democrático y progresista que proponemos y a cuya construcción queremos colaborar y colaboraremos de todos modos, habrá de ser un régimen fuerte, que se defienda con las armas contra cualquier intento de suprimir o pisotear las libertades populares. Esta nueva democracia habrá de poner fuera de la ley todo vestigio de fascismo, cualquiera que sea, y habrá de adoptar además medidas para extirpar las raíces de donde salió el fascismo en el pasado, y de donde podría volver a nacer en el futuro. Por ello proponemos que, después de la guerra, la Asamblea constituyente italiana decida una profunda reforma agraria, que cree en el campo una nueva situación en favor del pequeño y el mediano campesino, destruya todo residuo feudal, de la tierra y los medios de cultivarla a los campesinos que hoy carecen de ellos, y no permita ya más al gran propietario y al especulador oprimir a los trabajadores agrícolas y a la clase media rural y servirse de su propia posición económica para dominar la vida política y empujar al país hacia una política reaccionaria. Los grupos plutócratas, responsables de la instauración del régi-

men fascista en Italia y autores directos de la catástrofe nacional de hoy, habrán de castigarse y ponerse en la imposibilidad de causar daño. Los bienes de aquellos que han traicionado a la patria poniéndose al servicio del extranjero, serán confiscados en favor del Estado, y el Estado habrá de impedir, basándose en medidas decretadas por el pueblo, que un pequeño grupo de hombres, ávidos, egoístas y corrompidos, puedan una vez más concentrar en sus manos todas las riquezas del país y servirse de ellas para suprimir la libertad e imponer una política contraria al interés nacional. Nosotros pedimos que la Italia democrática y progresista del mañana renuncie para siempre a toda política de conquista, a toda aventura y a toda intriga imperialista. Esta fue, de hecho, la piedra angular de todo el edificio del fascismo, el origen primero de todos nuestros males. Italia habrá de hacer una política de paz con todos los pueblos, de colaboración con las grandes naciones democráticas; y en primer lugar con la gran Unión Soviética, que es el baluarte de la democracia y de la paz en el mundo entero.

La política que nosotros proponemos es la única compatible con un rápido nuevo auge económico, a través de un desarrollo constante del nivel de existencia de las masas obreras y campesinas y suprimiendo todas las formas de parasitismo económico y social. Esta política permitirá a Italia conseguir bienestar, tranquilidad y paz.

Luchar por la democracia significa para nosotros querer y realizar la destrucción del fascismo, cortar todas las raíces de las que éste surgió, y renovar nuestro país de modo tal que un régimen análogo al del fascismo no pueda renacer nunca más.

He aquí, pues, lo que significa para nosotros el término "democracia progresista", detrás del cual se nos acusa de esconder quién sabe qué malévolas intenciones. Democracia progresista es la que mira no hacia el pasado, sino hacia el porvenir. Democracia progresista es la que no da tregua al fascismo, sino que destruye toda posibilidad de retorno del mismo. Democracia progresista será en Italia la que destruya todos los vestigios feudales y resuelva el problema agrario, dando la tierra a quien la trabaja; la que arranque a los grupos plutocráticos toda posibilidad de volver una vez más, concentrados en sus manos todos los recursos del país, a tomar el gobierno del mismo en sus manos, para destruir las libertades populares y lanzarse a una serie de trágicas aventuras de bandidajes. Democracia progresista es la que liquidará el atraso económico y político del mediodía, barriendo los grupos reaccionarios que constituyen la expresión de dicho atraso y de él viven; es la que reconocerá los derechos de Sicilia y Cerdeña a un régimen autónomo en una Italia unida e independiente. Democracia progresista es la que organizará un gobierno del pueblo y para el pueblo, y en la que todas las fuerzas sanas del país tendrán su lugar propio, podrán afianzarse y avanzar hacia la satisfacción de todas sus aspiraciones.

(Tomado de Giolitti: *El comunismo en Europa.*)

una propaganda antifascista, pero no de partido, y le recomienda buscar contactos incluso con la oposición a Mussolini dentro del fascismo. Comienza así, en 1935, con el programa de la Asamblea Constituyente, la política de Reconciliación Nacional del PCI.

A medida que se estrechaba la alianza de Mussolini con la Alemania nazi se ampliaba el llamado a la resistencia hecho por el PCI. Un comunicado de febrero de 1938 se declara "contra el plan hitleriano de subyugación a Austria y contra el eje Roma-Berlín" y hace un llamamiento a todos los italianos "por un Frente de la libertad, de la democracia, de la defensa popular y de la independencia nacional".

Pero, cuando se firma el pacto de no agresión soviético-alemán, el PCI se encuentra en una situación extremadamente difícil pues debe pasar de "la lucha antifascista" al carácter "interimperialista de la guerra". Mientras tanto el PSI se orientaba a apoyar a Francia e Inglaterra, aunque no abiertamente: especulaba con una posible inversión de las alianzas, es decir, con el paso de Mussolini al bando "democrático". Se produce entonces un hondo distanciamiento entre el PSI y el PCI. En el PSI la tendencia de izquierda (Nenni) intenta llegar a un acuerdo con el PCI, a lo que se opone la derecha (Tasca). Decía el PCI en un manifiesto: "El proletariado italiano comprende que no tendrá paz, que no tendrá pan ni será libre si no combate en primer lugar y hasta la victoria al capitalismo italiano porque este es su enemigo [. . .] Abajo la guerra imperialista: ¡Viva la revolución proletaria y el socialismo! La Unión de los Soviets será defendida por los trabajadores italianos y de todo el mundo".

Cuando en junio de 1940 Italia entró en la guerra, junto a Alemania, el PCI acusó al fascismo de vender el pueblo al imperialismo alemán, y exigió la ruptura del pacto con Alemania y la salida de sus tropas. Una vez producida la invasión alemana a la URSS se recompone rápidamente el pacto de unidad con el PSI y se incluye en él también al grupo "justicia y libertad", formado por pequeños-burgueses radicalizados. En

Togliatti a los comunistas italianos

De vuelta finalmente a mi país, donde está hoy mi lugar de combate, quiero que mis primeras palabras sean de salutación a los camaradas del Partido comunista, del partido al que he consagrado toda mi capacidad y toda mi existencia. Un saludo cordial a todos los compañeros, a los viejos y tenaces militantes de las organizaciones clandestinas bajo la tiranía fascista, a los gloriosos egresados de las cárceles y de los campos de concentración y a los nuevos reclutas, a los jóvenes que hoy se agrupan bajo nuestra bandera, seguros de hallar en el Partido comunista la dirección que necesita la clase obrera, que necesita, para salir de la trágica situación presente, el conjunto de nuestro país.

Un saludo particularmente afectuoso a los obreros y a los comunistas de Nápoles. ¡Bravo, comunistas napolitanos! En una situación dificilísima, vosotros, solos o casi solos, habéis sabido cumplir con vuestro deber. Por vez primera en la historia del movimiento comunista de masa, vinculado al pueblo, unido, disciplinado. Todo el partido, toda la Italia proletaria y popular os están agradecidos. ¡Adelante, con entusiasmo, con decisión y con cordura política, por la vía en la que habéis entrado! El pueblo de vuestra ciudad necesita vuestro apoyo, vuestra guía, para superar las duras pruebas del momento y unirse por completo en la lucha por la salvación de nuestro país.

Muchas de las cosas que ya he visto aquí, apenas regresado, me han oprimido el corazón.

Nuestro país ha sido llevado no sólo a la derrota, sino a la ruina y a la humillación por los canallas fascistas, por aquellos que los llevaron al poder y allí los han mantenido por más de veinte años, hasta que todo se hundiera. Nuestra misión, hoy, es clara. Corresponde a las fuerzas populares devolver al país todo lo que ha perdido: su unidad, su libertad, su independencia, su bienestar, su dignidad. Y la clase obrera y su partido se sentirían humillados si no ocuparan las primeras filas de esta lucha por la salvación y el renacimiento de la nación.

Hemos de expulsar a las bandas de los asesinos alemanes del suelo sagrado de nuestro país.

Hemos de aplastar y destruir para siempre todos los residuos del inmundo régimen fascista, autor de la catástrofe nacional.

Hemos de crear una Italia nueva, libre, democrática, en la que estén abiertas al pueblo todas las vías del progreso político y social.

Para conseguir dichos objetivos —y para conseguirlos pronto, lo más pronto posible—, nosotros queremos que se unan todas las fuerzas francamente nacionales. Nosotros combatimos por la unidad de la nación, redimida de la vergüenza del fascismo, porque sabemos que esta unidad es la mejor garantía de un rápido fin de los sufrimientos del pueblo y de un renacer activo de todo el país.

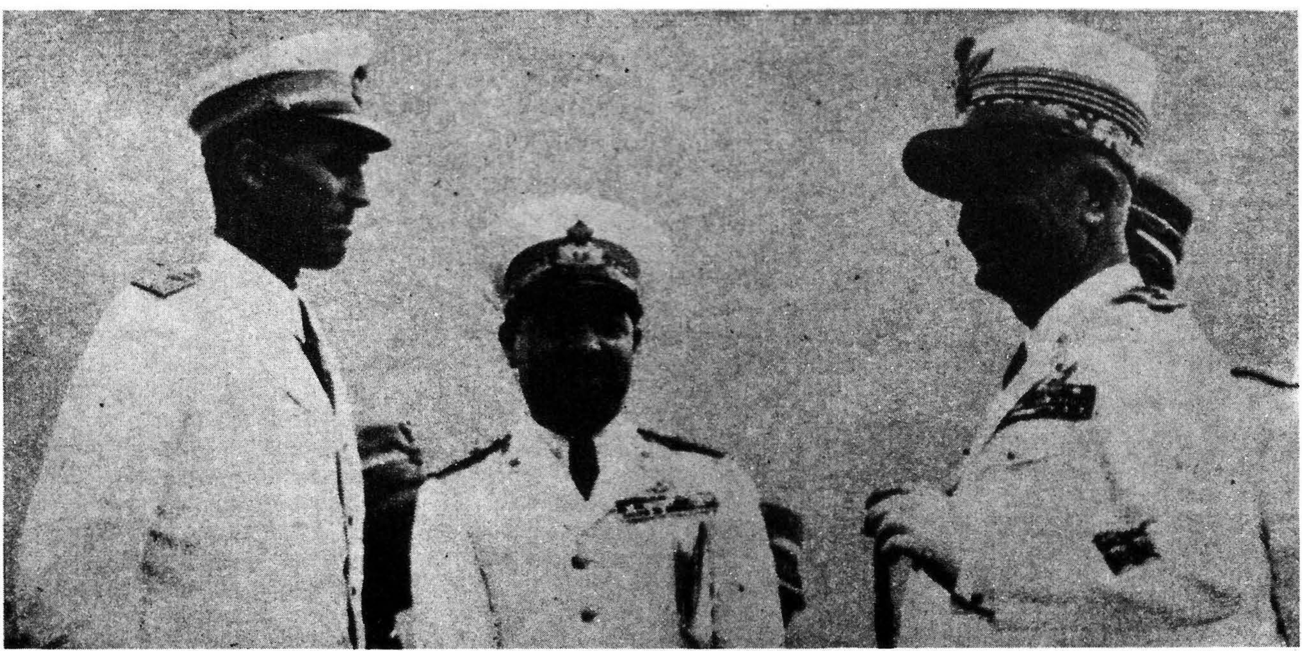
Sé que hay capas cada vez más vastas del pueblo, de los obreros a los campesinos, de los intelectuales de vanguardia a las masas de las nuevas generaciones, miran hacia nuestro partido con confianza y esperan mucho de nosotros. Yo daré todas mis fuerzas, camaradas, a fin de que el Partido comunista sepa satisfacer dicha expectación, sepa ser digno de esta confianza.

¡Al trabajo, camaradas! ¡Al frente de la nación en lucha por su libertad y por su resurrección, nuestro puesto está en la primera línea!

(Nápoles, 2 de abril de 1944)

(Tomado de Giolitti: *El comunismo en Europa*.)

La expansión italiana en Africa: el duque Amedeo d'Aosta pasa revista a las tropas destinadas a Etiopía. En la ilustración inferior se ve a los tres jefes militares más importantes de la campaña africana: el duque d'Aosta, Italo Balbo y Badoglio. Este último se hará cargo del gobierno tras la caída de Mussolini.



Portada de un periódico político francés de la época que alude a la acción de Gramsci. En la última etapa de su vida el dirigente comunista afirma que "el fascismo ha hecho retroceder a todo el pueblo italiano hacia las posiciones más atrasadas; el proceso de la lucha de clases se desarrollará, pues, siguiendo la línea de las libertades destruidas por el fascismo".

un documento de octubre de 1941, firmado por las tres organizaciones se decía: "la lucha decisiva entre las fuerzas de la humanidad libre y el fascismo está empeñada en todo el frente [. . .] La victoria de Inglaterra, de la URSS, de Estados Unidos y de los demás pueblos aliados será la victoria de la causa de la independencia y de la democracia, será la victoria de Italia y seguirá a su liberación [. . .] Dirigimos nuestro llamamiento a todas las corrientes liberales, democráticas, católicas, inspiradas en ideales de lealtad y fraternidad. De la acción coordinada de todos saldrá la nueva Italia de la paz, de la independencia, de la libertad y del trabajo".

Durante el año 1942 la lucha antifascista se desarrolla en toda Italia, en especial en el norte. En la primera mitad de 1943 se produce un potente movimiento huelguístico con centro en Turín, que se propaga a Milán y Génova y que abarca a más de cien mil obreros. Mientras tanto los aliados desembarcan en Sicilia. Los representantes políticos de la burguesía italiana abandonan el fascismo y se orientan hacia los aliados. Mussolini es derrocado por un golpe de estado y Badoglio asume las riendas del poder intentando contener y aplastar el movimiento de masas antifascista. La caída de Mussolini extiende en amplitud y profundidad el movimiento antifascista: los partidos antifascistas salen a la legalidad, los sindicatos fascistas pasan a ser controlados por socialistas y comunistas, se constituyen comisiones obreras por elección en las fábricas, se generalizan las huelgas y se exige la libertad de los presos políticos.

Los alemanes ocupan el norte y el centro de Italia y liberan a Mussolini, que funda la "República Socialista de Saló", en la cual intenta volver a las tradiciones plebeyas "anticapitalistas" de la primera época del fascismo, dado que el gran capital se orienta ahora hacia los aliados. El gobierno de Badoglio se instala en el sur bajo la protección de los ejércitos aliados y declara la guerra a Alemania en octubre de 1943. Badoglio intenta, hasta último momento, firmar una paz por separado con Alemania y los aliados y utilizar de lleno el aparato de estado fascista para reprimir el movimiento revolucionario.

Hasta la primavera de 1944 los alemanes mantuvieron ocupado el centro de Italia; luego se concentraron en el norte y el centro fue ocupado por los aliados. A partir de noviembre de 1943 la movilización de masas y la lucha armada comienzan a adquirir una gran dimensión en el norte. "Estallan —señala Claudín— importantes huelgas en Piamonte, Lombardía, Liguria y Toscana. A iniciativas de la dirección comunista del norte, y con el apoyo del Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia [que incluye a los Partidos Socialistas, Comunista, de Acción, Liberal y Demócratacristiano], en marzo de 1944 se declara la huelga general en el territorio ocupado por los alemanes. El PSI y el PCI lanzan un llamamiento conjunto. Más de un millón de trabajadores participan en el movimiento —el más importante de este género, durante la Segunda Guerra Mundial, en la Europa ocupada— afrontando todos los riesgos. En Turín la huelga dura ocho días. Simultáneamente a las acciones huelguísticas y a otras formas de lucha de masas el movimiento guerrillero se desarrolla con mucha rapidez. En el verano de 1944 hay ya unos cien mil hombres en las unidades combatientes," La tradición combativa del proletariado turinés resurgía con el máximo vigor después de dos décadas de adormecimiento. Decía Longo: "Debido a la gran envergadura del movimiento de masas, en muchas regiones había de hecho dualidad de poder: los órganos de las autoridades fascistas, que se desacreditaban cada vez más, y los órganos de poder antifascista, que existían de manera ilegal pero gozaban de gran popularidad entre la población. Y además de estas regiones en donde existía la dualidad de poder, durante todo el período de la ocupación nazi hubo otras zonas en el norte de Italia completamente liberadas de las autoridades fascistas, alemanas o italianas. Estaban dirigidas por organismos democráticos de poder, elegidos libremente bajo la protección de las fuerzas guerrilleras". La revolución proletaria


ROMAIN ROLLAND
ANTONIO
GRAMSCI
CEUX QUI MEURENT DANS
LES PRISONS DE MUSSOLINI

avanzaba en Italia dirigida por la vanguardia combatiente comunista y con el apoyo de la gran masa del pueblo. Se enfrentaba victoriosamente con el poder burgués en declinación, con el fascismo italiano o alemán, y comenzaba a enfrentarse con el poder burgués de recambio apoyado por el ejército yanqui.

Los cuadros y la dirección del PCI en Italia se mostraban decididos a llevar el proceso revolucionario hacia una ruptura con el capitalismo: "La misión y la función de la clase obrera en el momento actual es ponerse a la vanguardia de la lucha por la liberación nacional, y a través de esta lucha conquistar tal influencia en el pueblo italiano que le permita convertirse en la fuerza dirigente por una efectiva democracia popular. Esta debe ser la política del Partido Comunista."

Después de prevenir contra el "infantilismo ultraizquierdista y el sectarismo", el documento de octubre de 1943 continuaba: "Pero sería un error aún más grave, en sentido oportunista, subestimar el problema de la dirección política en el complejo de fuerzas dentro del cual la clase obrera, y por una mal entendida unidad acceder a las exigencias de las fuerzas reaccionarias, cuyos representantes son Badoglio y la monarquía, a las cuales puede reconocérseles una función auxiliar pero no directiva en la lucha contra el fascismo y por la liberación nacional." Para esa misma época, Togliatti exiliado en Moscú desde hacía varios años, escribía un artículo en **Pravda** donde llamaba a apoyar las medidas tomadas por los aliados con el apoyo de Stalin y a formar un gobierno de unidad nacional presidido por Badoglio.

La contradicción entre las directivas de Stalin y las posiciones de los comunistas italianos se va a hacer manifiesta cuando Togliatti desembarque en Nápoles, a fines de marzo de 1944, y se produzca un cambio significativo en la línea del PCI, cambio que pasará a la historia como el "viraje de Salerno". Dicen los biógrafos comunistas de Togliatti que éste entonces "propone a p l a z a r el problema de las instituciones (problema de abolición de la monarquía y de todo residuo del estado fascista

Primer llamamiento a la unión del pueblo italiano contra la guerra y el fascismo (fragmento)

Un grupo de militantes de las siguientes organizaciones: Partido socialista italiano, Movimiento *Giustizia e Libertà*, Partido comunista de Italia, reunidos en una localidad de la frontera italiana, decididos a cumplir con su deber de italianos y de hombres libres en esta hora decisiva para los destinos de Italia y del mundo, han reconocido unánimemente que la lucha contra la guerra de Hitler y de Mussolini pone al primer plano de la actualidad la exigencia fundamental de la unión del pueblo italiano para una paz separada inmediata de Italia con las potencias atacadas y agredidas por ésta, para la independencia del país respecto del hitlerismo que subyuga a Europa, para el restablecimiento de la libertad política. En esta unión para la lucha, los antifascistas están decididos a aliarse con todos los movimientos sociales, políticos, religiosos, culturales, que por una u otra razón estén dispuestos a imponer el cese a la guerra que el fascismo conduce en interés de Hitler y de la rapaz plutocracia mussoliniana.

En consecuencia de lo cual, los reunidos han decidido constituir un Comité de acción para la unión del pueblo italiano. Mientras invitan a todos los grupos y las corrientes políticas a concurrir a su acción y a participar en este Comité, dirigen a todos los italianos el siguiente llamamiento:

¡Italianos!

Después de seis años de guerra ininterrumpida, después de la aventura de Etiopía, de la agresión contra España, de la invasión de Albania, después del ataque ignominioso a Francia y la guerra contra Inglaterra, después de la agresión contra Grecia y seis meses después de los cruentos combates sin honor y sin gloria en Albania y el Epiro, después de haber prestado la mano al nazismo en la destrucción de la independencia de Yugoslavia, Mussolini ha contrafirmado la orden de Hitler de guerra contra la Unión Soviética, ha precipitado al país en la más inicua, catastrófica y antinacional de las empresas, y ha enviado divisiones italianas contra pueblos que nos son y siempre nos fueron amigos.

La esforzada y heroica defensa de la Unión Soviética, contra la que se rompe la insolencia hitleriana, la potente y tenaz voluntad británica de proseguir la lucha hasta el aplastamiento del nazifascismo, el poderoso concurso de los Estados Unidos de América, la insurrección permanente de los pueblos de los países ocupados, son factores indudables de la inevitable victoria de la libertad contra el nazifascismo. En el umbral ya del tercer invierno de guerra —el segundo para nosotros— el mito de la guerra-relámpago ha decaído, y Hitler y Mussolini andan en busca de pretextos para disimular el fracaso de sus planes y arrastrar a sus pueblos al abismo de una guerra cada vez más larga y sangrienta.

Decenas y más decenas de miles de muertos, centenares de miles de heridos y prisioneros, la economía del País botada a la ruina definitiva, soldados enviados a morir en Rusia y en la frontera de Egipto, tropas que montan la guardia en Grecia y Yugoslavia por cuenta del extranjero, como los croatas la montaban hace un siglo en Milán y Venecia por cuenta de los Habsburgos, obreros deportados a Alemania, otros condenados a trabajos forzosos en el País, los productos de nuestro suelo acaparados por los nazis, la ración del pan inferior a la de la Francia vencida, el envilecimiento del pensamiento, una suma infinita de privaciones y sacrificios: todo esto impuesto no por Italia, sino por Hitler, en su desvarío insen-

sato de dominación del mundo y contra los intereses históricos de la nación italiana.
En el sedicente nuevo orden europeo, organizado por las columnas blindadas de la Gestapo, no parece haber lugar para la independencia italiana. Ya las hordas hitlerianas se abaten sobre Italia y acampan en nuestro suelo; los esbirros de la Gestapo controlan toda la vida del país, la economía italiana se subordina cada día más a las exigencias alemanas. El gobierno de Mussolini, para mantenerse aferrado al poder contra la voluntad del pueblo, no ha vacilado de hecho en vender a Italia al extranjero. Una Europa de Estados independientes y de pueblos libres es condición de la paz, de la libertad, de la independencia de nuestro país, no dominado por más tiempo por el hitlerismo ni rodeado de pueblos enfurecidos por el odio y la revolución, sino de pueblos amigos, interesados en la prosperidad común.
La alta traición de Mussolini en perjuicio del País ha de cesar. La unión del pueblo lleva en sí misma los elementos de fuerza y de decisión capaces de conquistar la paz y de asegurar la independencia a la Nación, a sus hijos la libertad y a sus trabajadores el pan.
La lucha decisiva entre las fuerzas de la humanidad libre y el fascismo está empeñada en todo el frente. La pérfida maniobra hitleriana, orientada a dividir las fuerzas democráticas con el pretexto de la sedicente "cruzada antibolchevique", tratando de batirlas separadamente y de disimular las desmesuradas ambiciones nazis de dominio, ha fracasado. Nuestro pueblo ha de ocupar su lugar de combate con aquellos que han enarbolado el estandarte de la independencia y de la libertad. La victoria de Inglaterra, de la Unión Soviética, de los Estados Unidos y de los demás pueblos aliados, será la victoria de la causa de la independencia y de la democracia, será la victoria de Italia y seguirá a su liberación.
¡Italianos!
Los antifascistas han luchado durante veinte años contra la política mussoliniana. En estos veinte años de lucha han pagado muy caro el derecho de atestiguar la voluntad irreprimible del pueblo italiano en decidir sus destinos. Los mejores de nosotros han sido asesinados por orden de Mussolini: Matteotti, Améndola, Gramsci, Rosselli. Sacerdotes, como don Minzoni, han caído bajo el hierro y el bastón fascistas. Miles de antifascistas sufren desde hace años en las cárceles y las islas de deportación. En la brigada Garibaldi los antifascistas han combatido en las filas del ejército popular español, lavado con la sangre de sus muertos la mancha hecha al honor italiano por Mussolini con la agresión contra el pueblo de España.
Nosotros, antifascistas, hemos estado en ocasiones en desacuerdo respecto de la apreciación de determinados problemas y situaciones. Hoy, unidos fraternalmente por la más sagrada de las causas, queremos contribuir al esfuerzo común para abatir las barreras que separan entre ellos a los italianos de ideales, de clases, de partidos políticos y de religiones distintos, puesto que todos tienen en común el amor de la libertad y de la paz, el amor de su País.
Dirigimos nuestro llamamiento a todas las corrientes liberales, democráticas, católicas, inspiradas en ideales de libertad y de fraternidad. Nos dirigimos asimismo a todos aquellos que no quieren soportar por más tiempo la tremenda responsabilidad de la política actual del gobierno fascista, a todos aquellos que, engañados por la propaganda fascista, abren los ojos a la realidad, a las grandes masas juveniles que despiertan a la conciencia política en este trágico momento de la historia italiana.

entre otros) hasta que pueda convocarse una Asamblea Constituyente, poner en primer plano la unión de todas las corrientes políticas e ir a la creación inmediata de un gobierno de unión nacional." Y agregan: "La mayor parte de los presentes quedaron estupefactos, pero Togliatti expuso sus proposiciones de manera tan clara y convincente que nadie pudo hacer objeciones". Evidentemente el viraje de Salerno fue un plato muy difícil de tragar para los dirigentes comunistas de Italia del sur y mucho más para los del Norte. De todas maneras los dirigentes aceptaron la nueva directiva de Togliatti, que aparecía como delegado de Stalin, recubierto de todo el prestigio que le daban las victorias que estaba obteniendo el ejército rojo frente a las tropas hitlerianas. Así Togliatti no sólo venció las resistencias de los comunistas, sino también las de los socialistas y accionistas, formándose, en abril, el gobierno de unión nacional presidido por Badoglio con la participación de todos los partidos antifascistas. En la formación de este gobierno tuvo también fundamental importancia la presión de los "tres grandes". Roosevelt, Churchill y Stalin.
"La Unión Nacional —dice Claudín— se puso en marcha. El PCI, aureolado con el doble prestigio de partido de la revolución y de partido de gobierno, comenzó a crecer rápidamente. Y, con ritmo no menos veloz, tal vez más, comenzaron a constituirse las nuevas fuerzas políticas de las viejas clases dirigentes, explotando a fondo la magnífica cobertura que les proporcionaban las fuerzas de izquierda, la posibilidad única que se les deparaba de amalgamar la ideología tradicional, el opio religioso, con las reverdecidas aspiraciones de libertad y democracia, y hasta con el socialismo; comenzaron a engrosar rápidamente esas nuevas fuerzas políticas de las viejas clases dirigentes, asimilándose los residuos del fascismo, incorporándose la antigua y experimentada burocracia civil, la aún más antigua burocracia clerical y los instrumentos armados del viejo estado."
En junio se produce la liberación de Roma y Badoglio es sustituido

Le 27 Avril 1937
le fascisme italien a tué Gramsci !

« ...Il est le chef [illegible] même de son bourreau le désigne. Son [illegible] sera inscrit dans l'histoire, à côté de celui de Matteotti... »

ROMAIN ROLLAND



Le 27 avril, Gramsci, le chef des travailleurs italiens, est mort. Gramsci a été tué par dix années de réclusion, de vexations, de souffrances.

Cette destruction lente et monstrueuse de la vie humaine menace aussi Terracini, Parodi, Scoccimarro, Li Causi, et tant d'autres emprisonnés politiques et « amnistiés » envoyés aussitôt aux îles de déportation.

Sauvez-les !

Honorez la mémoire d'Antonio Gramsci en réclamant leur libération, en élevant votre voix, en exigeant l'amnistie véritable.

**LE COMITÉ INTERNATIONAL
D'AIDE AUX VICTIMES DU FASCISME ITALIEN.**

Dans le courant de la semaine prochaine, un grand meeting aura lieu à la mémoire de Gramsci, pour l'amnistie, contre l'intervention en Espagne. VENEZ-Y.

Un volante hace referencia a la muerte de Gramsci en la cárcel fascista. Encarcelado en reiteradas oportunidades, murió el 27 de abril de 1937.

por Bonomí al frente del gobierno. Bonomí había sido en 1921 uno de los jefes de gobierno que había abierto al fascismo el camino hacia el poder.) El 3 de junio se firma en Roma el pacto de unidad sindical por el cual se constituye la Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL), integrada por las fracciones sindicales comunista, socialista y demócratacristiana. Cada una de las tres fracciones tendría igual representación en los cuerpos ejecutivos a pesar de la neta mayoría de los comunistas en la base. Los estatutos establecían que era independiente de los partidos políticos y que funcionaba sobre la base de la democracia interna. Se proponía como objetivos inmediatos: la defensa de los intereses más urgentes de los trabajadores, el desarrollo de la organización en los territorios liberados, el apoyo máximo a la guerra de liberación, la asistencia a los obreros en lucha en los territorios ocupados, "la ayuda a la reconstrucción del país, de la cual los trabajadores no podían quedar marginados". En el sur hubo una fuerte ola de sindicalización, pero un tanto de arriba hacia abajo, debido a la ausencia de tradición sindical prefascista, lo cual favorecía el predominio de los demócratacristianos. Además, la sindicalización en esta zona incluía más que a obreros industriales, casi ausentes de la estructura productiva, a asalariados no productivos y semimarginales urbanos. La excepción era Nápoles, donde el PCI será muy poderoso. Paralelamente se desarrollaba un importante movimiento campesino.

Una vez liberada Roma el frente se estabilizará al norte de la capital durante varios meses. Mientras los guerrilleros continuaban su heroica lucha, hostigando continuamente a las tropas alemanas y saboteando la producción bélica, los aliados retrasaban su avance especulando con el desgaste mutuo de los nazis y los guerrilleros. A esa altura de los acontecimientos la burguesía angloamericana temía más al ejército guerrillero que al nazi.

Durante todo el año 1944 la izquierda antifascista se fortalecía día a día, en especial el PCI. La situación económica, caracterizada por una desenfrenada especulación, por la inflación y desabastecimiento de productos esenciales, deterioraba fuertemente el nivel de vida de los sectores populares. Hacia fines de 1944 era evidente el deterioro del gobierno Bonomí entre los sectores populares, a tal punto que la propaganda fascista en el norte se apoyaba sobre esta desilusión con respecto al "gobierno democrático". El mismo Togliatti debía reconocer que "La fuerza del gran capitalismo, las grandes organizaciones de los industriales, de los agrarios y de los banqueros, están en su puesto [. . .] tratan de conducir al país en una dirección que no tiende a satisfacer los intereses de los trabajadores en un espíritu de unidad nacional". Rápidamente el aparato del estado burgués se reconstruía y adaptaba, en el centro y sur del país, y las clases dominantes se reagrupaban detrás del Partido Demócratacristiano, que contaba con el apoyo de la iglesia, del ejército aliado y de la alta burocracia estatal. En noviembre, el PDC, fortalecido, lanza un virulento ataque contra los comunistas, lo que provoca una crisis del gobierno Bonomí y la consiguiente salida del gabinete de los socialistas y accionistas que se hallaban a la izquierda del PCI. Los comunistas permanecen para garantizar la "unidad nacional" y Togliatti es nombrado vicepresidente del gobierno, puesto honorífico pero que proporciona a las clases dominantes una excelente cobertura frente al descontento popular. Como lo señala Claudín, "hacía falta toda la capacidad de maniobra política de Togliatti, toda su dialéctica justificativa frente a los comunistas y las masas italianas, todo su manejo en las esferas de la alta política y, muy especialmente, todo el prestigio revolucionario del Partido Comunista, toda su virginidad antirreformista, para poder mantener el equilibrio entre las exigencias de la solidaridad gubernamental (que incluía, muy en primer término, la sumisión a los aliados) y la solidaridad con las masas trabajadoras". Es evidente que la crítica del PDC se dirigía a los militantes comunistas de base y no a su dirección, lo cual pres-

Arriba, a la izquierda: guerrilleros italianos en las montañas del norte. A la derecha: Palmiro Togliatti, uno de los más importantes dirigentes antifascistas. En la foto de abajo: vista interior de la planta de aviones "Savoia". Aun cuando no llegó al nivel de la producción alemana o norteamericana, la industria bélica italiana ocupó durante la década del treinta a gran número de trabajadores.

Primer llamamiento a la unión del pueblo italiano contra la guerra y el fascismo

Mientras pesa sobre nuestro País la amenaza de un nuevo invierno de guerra y de una intensificación de las operaciones militares en el Mediterráneo y en el frente oriental, no hay que perder un minuto más para efectuar la unión del pueblo italiano alrededor del siguiente programa:
denuncia del pacto de alianza con Hitler;
paz separada e inmediata con Inglaterra, la U.R.S.S. y con los demás países atacados por el fascismo:
retiro de las tropas italianas de combate y ocupación de la U.R.S.S. y de todos los demás frentes de guerra;
fuera Mussolini del poder;
libertad de prensa, de asociación y de palabra;
restitución al pueblo italiano de su prerrogativa soberana de darse el gobierno que responda a su voluntad y a sus intereses.
¡Soldados, marinos, oficiales del ejército y de la marina, uníos en vuestras secciones y en los barcos para imponer el fin de la guerra, no combatáis por una guerra injusta y antinacional, uníos para poner vuestras armas al servicio de la independencia italiana!
¡Obreros, técnicos, ingenieros, uníos en las fábricas, obstaculizad por todos los medios la producción de guerra que sirve para forjar las cadenas de la esclavitud de Italia; ferroviarios, impedid, obstaculizad el transporte de los materiales de guerra!
¡Obreros, empleados, técnicos, luchad por el aumento de los salarios y los honorarios, por la jornada de ocho horas; toda hora de trabajo en menos es un proyectil para los enemigos de la independencia italiana!
¡Trabajadores, consumidores, comerciantes, uníos contra el aumento incesante de los precios, contra las restricciones alimenticias, contra la pandilla aviesa de los jerarcas fascistas y de los grandes especuladores, que acumulan millones!
¡Campesinos, agricultores, defended los productos de vuestro trabajo, exigid que sean reservados para el consumo nacional y no para los ejércitos del opresor extranjero. Liberaos de la servidumbre de las acumulaciones, no paguéis las tasas que sirven para financiar la guerra y para mantener a los jerarcas y ladrones!
¡Mujeres, defended a vuestros hijos, a vuestros maridos, a vuestros hermanos, impedid que los manden al frente, imponed su desmovilización, luchad para conseguir un subsidio suficiente para vivir, exigid pan para vuestros niños!
¡Intelectuales, poned fin a la sumisión hitleriano-fascista del pensamiento, gritad la verdad como es vuestra misión, defended la cultura italiana y las altas tradiciones del Risorgimento pisoteadas por el fascismo!
¡Maestros y estudiantes, haced de los gimnasios, de los liceos y de las universidades hogares de lucha contra el hitlero-fascismo y su guerra!
¡Jóvenes, uníos para luchar con el impulso heroico de vuestra juventud, para sacudir el manto de plomo del militarismo fascista que pesa sobre la juventud destinada al matadero por la política de Mussolini!
¡Italianos!
De la acción coordinada de todos, de nuestros comunes sacrificios, del fomento y la coordinación de toda lucha, por pequeña que sea, surgirá irresistible y subvertidora la oleada de la voluntad popular de la que ha de salir y saldrá la nueva Italia de la paz, de la independencia, de la libertad y del trabajo.
En la frontera italiana, octubre de 1941.

Autores del llamamiento:
Serenzi y Dozza, del P.C.I.
Nenni y Saragat, del P.S.I.
Trentin y Fausto Nitti, de "Giustizia e Libertà".

(Tomado de Giolitti: *El comunismo en Europa.*)





taba inestimables servicios a las clases dominantes.
Debido al estado de ánimo popular, los Comités de Liberación, a nivel local y provincial, tendían a acentuar su poder, independientemente de las directivas del gobierno central, lo cual se acercaba peligrosamente a la dualidad de poderes. La actitud de la dirección del PCI era la de canalizar institucionalmente este proceso "evitando ciertamente un desdoblamiento de poderes". Lo que más preocupaba a la burguesía italiana era una posible toma del poder por parte de las fuerzas guerrilleras en el norte, cuando se produjera la derrota alemana. A impedir ello se dirigió la orden del estado mayor de suspender todas las operaciones militares en el norte hasta el avance del ejército aliado. No obstante, la resistencia prosiguió, a pesar de las presiones de Togliatti a favor del acatamiento. A pesar de las poderosas ofensivas llevadas a cabo por las tropas hitlerianas las fuerzas guerrilleras resistieron heroicamente la embestida en el duro invierno de 1944-45 y se adelantaron, con la insurrección general, al avance del ejército aliado. El ejército guerrillero derrotó con sus propias fuerzas, independientemente del ejército anglonorteamericano, a las poderosas divisiones alemanas acantonadas en el norte italiano. Así lo relata Longo, uno de los principales dirigentes del PCI en el norte: "Más de 30.000 guerrilleros iniciaron a principios de abril de 1945, los combates activos en el norte de Italia y una tras otra liberaron Polonia, Módena, Parma, Piacenza, Génova, Turín, Milán, Verona, Padua y toda la región de Venecia, antes de llegar las tropas aliadas. Los guerrilleros salvaron las empresas industriales y las comunicaciones que los alemanes se preparaban a destruir, hicieron decenas de miles de prisioneros y se apoderaron de considerable armamento. Los guerrilleros establecieron en todos los lugares el poder de los Comités de Liberación Nacional y ejecutaron a los principales cabecillas del fascismo italiano [. . .] Durante diez días, hasta la llegada de las tropas y las autoridades aliadas, los Comités de Liberación Nacional dirigieron en el norte de Italia toda la vida política, social y económica. El servicio de policía corrió a cargo de las unidades guerrilleras no ocupadas en operaciones militares de persecución y desarme de las unidades alemanas. [. . .] Cuando las autoridades aliadas llegaron al norte con sus tropas comenzaron a separar de los puestos importantes a los hombres de la Resistencia nombrados por los Comités de Liberación Nacional, sustituyéndolos por funcionarios del viejo aparato administrativo. Por lo que se refiere al gobierno de Roma, en cuanto los aliados le transmitieron la dirección de todo el país, se apresuró a sustituir a todas las personas colocadas por los Comités de liberación en cargos de responsabilidad por supuestos especialistas, es decir, por funcionarios del viejo aparato administrativo". O sea que, durante diez días, el proletariado y las masas populares tuvieron el poder en el norte de Italia: habían destruido el aparato estatal, tenían en sus manos las principales industrias y una fuerza armada de 300.000 combatientes organizados y bien aprovisionados de armas de todo tipo tomadas a los alemanes. Además de todo esto, tenían un ejército guerrillero en el poder al otro lado de la frontera, en Yugoslavia, y al ejército rojo en la frontera austriaca. Pero debido a los acuerdos de Yalta, ejecutados fielmente bajo la dirección de Togliatti, Italia caía bajo la esfera de influencia anglonorteamericana, y lo más que podían esperar los revolucionarios italianos era la instauración de una "democracia amplia", pero burguesa en definitiva.
Así el aparato estatal burgués fue reconstruido, las empresas devueltas a sus propietarios, las tierras a los latifundistas, y los guerrilleros fueron desarmados con el eficaz apoyo de la dirección del PCI. Decía Togliatti en diciembre de 1945: "A todos nos une el acuerdo de no recurrir a la violencia en la lucha entre los partidos. Este acuerdo exige el desarme de todos, y nosotros fuimos los primeros en hacerlo tomando medidas para su realización por las unidades guerrilleras".

Bibliografía

Poulantzas, Nicos: **Fascismo y dictadura.** Bs. As. Ed. Siglo XXI, 1972.
Gramsci, Antonio: **Antología.** Selección y notas de M. Sacristán. México, Siglo XXI, 1970.
El Comunismo en Europa. Selección de documentos de A. Giolitti. México, UTEHA, 1961.
Claudín, Fernando: **La crisis del movimiento comunista.** Francia, Ruedo Ibérico, 1970.
Guerin, Daniel: **Fascism and Big Business.** New York, 1939.
Fiori, G.: **Vida de Antonio Gramsci.** Barcelona, Península, 1968.
Horowitz, Daniel: **Historia del movimiento obrero italiano.** Bs. As., Marymar, 1967.
Trotski, León: **El fascismo.** Bs. As. Ed. Carlos Peréz, 1971.
Sarti, Roland: **Fascismo y burguesía industrial.** Barcelona, Fontanella, 1973.
Portelli, Hugues: **Gramsci y el bloque histórico.** Bs. As. Siglo XXI, 1973.
Togliatti, Palmiro: **Escritos políticos.** México, Era, 1970.

Marcha de hambre sobre Londres

Haydée Román

La crisis del Partido Laborista ilustra claramente las limitaciones del reformismo frente a los problemas esenciales que aquejan a la organización obrera.

A lo largo de la década de 1920 el movimiento obrero británico experimenta cambios decisivos en su orientación política, en su estructura orgánica y, por consiguiente, en su capacidad de negociación.

El giro hacia la izquierda, durante los "años revolucionarios" que inauguran la primera posguerra, llegaría a su punto máximo en el Congreso Sindical de Scarborough (1925), que avaló la creación del Comité Anglo-Ruso. A fines de 1924 había visitado la U.R.S.S. una delegación de dirigentes obreros encabezada por A. A. Purcell y Fred Bramley, secretario del T.U.C. (Trade Unions Congress). Su propósito era asistir al Sexto Congreso Obrero y preparar un informe detallado del resultado de sus cuidadosas investigaciones en el campo laboral. Allí tuvieron oportunidad de discutir con los sindicalistas soviéticos y tratar en profundidad la cuestión de la unión obrera a nivel internacional. Se arbitraron algunas medidas para orientar la acción conjunta de ambos movimientos con el objetivo de consolidar la unidad internacional del movimiento obrero organizado. En una declaración fechada en Moscú el 17 de noviembre de 1924 los representantes británicos acordaron: "1) exigir a la Federación Sindical Internacional de Amsterdam que accediera a convocar de inmediato una conferencia 'libre e incondicional' con la asistencia de representantes del movimiento obrero soviético; 2) asegurar —tanto para el Presidium del movimiento ruso como para el Consejo General del T.U.C. británico— el pleno poder de actuar conjuntamente con el propósito de promover la unión internacional." Cuando la delegación regresó a Londres, el Consejo General avaló por unanimidad su actuación y la declaración citada.

Pero un clamor de protestas airadas, donde confluían las críticas de la socialdemocracia continental y la prensa burguesa británica, cayó sobre el Consejo General y sus bien intencionados esfuerzos para unificar las fuerzas dispersas del movimiento obrero internacional. En medio de esta atmósfera inamistosa, cargada con los ataques de sus enemigos naturales y las reconvenciones de quienes se esperaba que fuesen sus aliados, el Consejo General continuó su tarea. Procuraba reunir a la Intersindical de Amsterdam y a los sindicalistas soviéticos en una conferencia incondicional donde pudieran tratarse los principales puntos de desacuerdo entre ambas organizaciones, como un primer paso para el establecimiento de la completa unidad sindical a nivel internacional.

Por su parte, los dirigentes de Amsterdan se oponían a esta reunión a menos que previamente los soviéticos acordaran afiliarse a la Intersindical aceptando la constitución vigente, la cual comprendía aquellos puntos de disidencia cuya discusión se reclamaba. Desde un principio la posición de Amsterdam fue decididamente parcial. Sus líderes, violentamente enfrentados con el comunismo, solo estaban dispuestos a aceptar a los soviéticos en condiciones tales que, según sus propias suposiciones, podían convertir a los sindicatos rusos en una palanca contra el comunismo en la misma U.R.S.S. La primera reunión entre los miembros del Consejo General de la Intersindical y del T.U.C. se celebró en Amsterdam en febrero de 1925. A pesar del vibrante discurso que, en nombre de la delegación británica, pronunció Bramley no logró conmover a la mayoría, que se mantenía aferrada a su posición: ni afiliación ni conferencia sin la aceptación de las condiciones fijadas. Bramley, que previamente había declarado no pertenecer a la izquierda, urgió al Consejo a que abandonara sus prejuicios "en aras del fortalecimiento de todos los trabajadores del mundo". Durante casi un año se sucedieron las reuniones y las discusiones giraron en torno de diversas fórmulas, que no lograron que Amsterdam cambiara su posición.

Entre tanto, el Comité General del T.U.C. y los soviéticos habían decidido formar un Comité Conjunto Anglo-Ruso, lo cual se concretó

a fines de 1925. La declaración aprobada proponía que, en caso de persistir Amsterdam en su negativa de convocar a una conferencia con asistencia de los representantes soviéticos y sin fijarles condiciones, "el Consejo General tomaría a su cargo la convocatoria de una conferencia, esforzándose por promover la unión internacional mediante su influencia mediadora entre el sindicalismo ruso y el Consejo de Amsterdam". Era esta la propuesta que había recibido la aprobación unánime y entusiasta del Congreso de Scarborough.

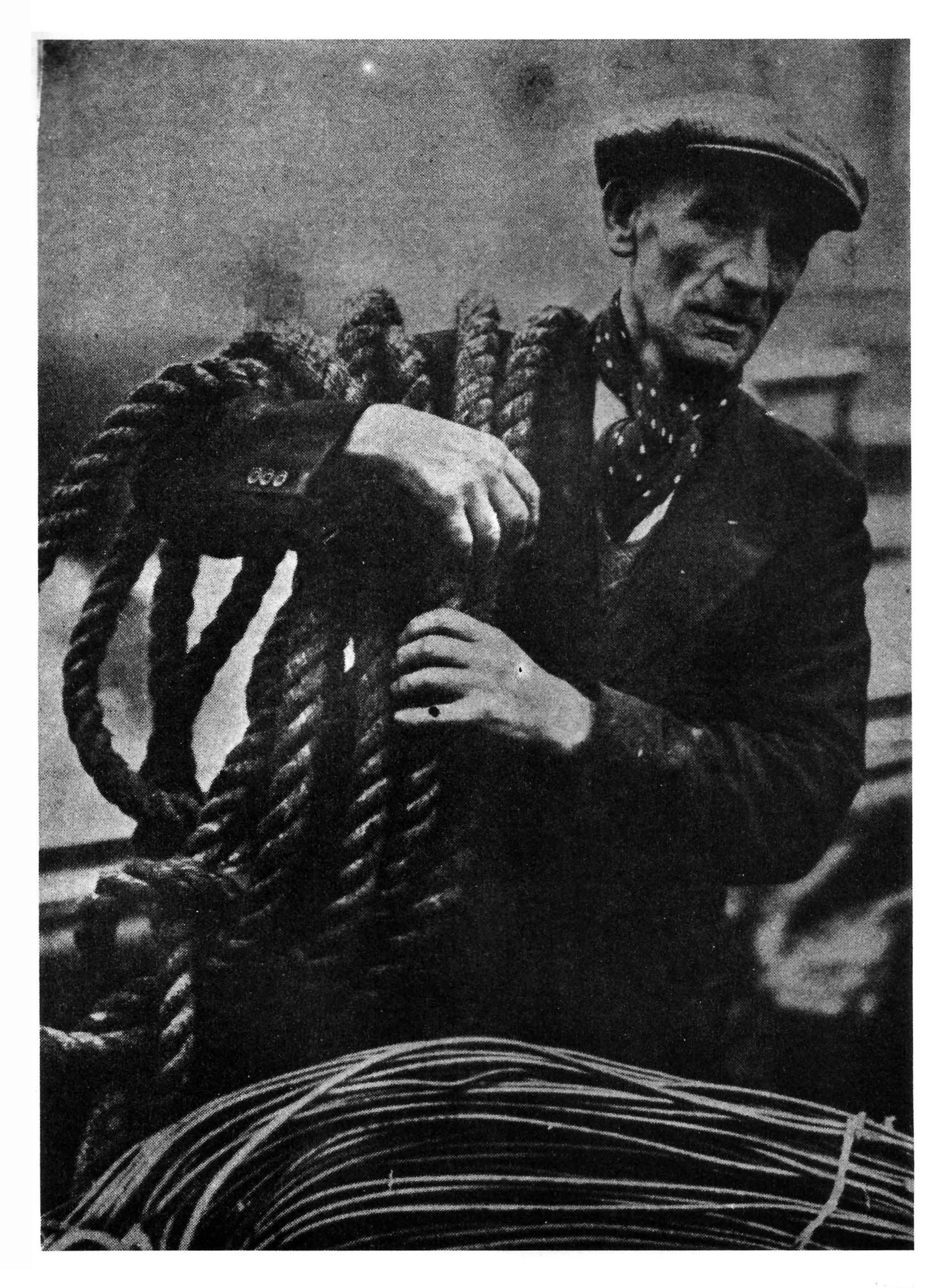
Al reunirse en Berlín en diciembre de 1925, después de fracasar un último intento por persuadir a Amsterdam, el Comité Anglo-Ruso acordó que la implementación de esta cláusula fuera "uno de los primeros pasos a darse" y estableció que el Comité se reuniera nuevamente a principios del año siguiente. Sin embargo, ni se implementó la cláusula ni volvió a reunirse el Comité Anglo-Ruso tal como estaba previsto. Quizás la incesante propaganda antisoviética desalentó a los miembros más ortodoxos del Consejo General. **The Times** les había señalado que sus acciones "podían causar un daño irreparable al sindicalismo del continente, que, aunque dificultosamente, había levantado un baluarte contra la expansión hacia Occidente del comunismo entre la clase trabajadora". El **Daily Telegraph** señaló que sus esfuerzos "significaban una humillación nacional". Simultáneamente, en el seno del Consejo General se fortalecían las fuerzas que frenaban su acción en ese sentido. Bramley murió y después de las elecciones generales de 1925 aumentó el número de los cautelosos. Finalizada la huelga general, el Congreso General procuró mantener el receso del Comité Anglo-Ruso. Pese a la sostenida presión por parte de los sindicalistas soviéticos, solo se reunió una vez más, en julio de 1926. La oficina local del comité impidió la asistencia de los delegados rusos al Congreso de Bornemouth, en setiembre de ese año, y el mensaje sumamente crítico enviado por Tomski sólo sirvió para aumentar la hostilidad de los dirigentes británicos. Ni siquiera el allanamiento de las oficinas de Arco Ltd. —empresa soviética que atendía el comercio con Gran Bretaña— y la ruptura diplomática del gobierno británico con la U.R.S.S., apartaron al Consejo General de su intención evidente de dar por terminada una asociación que se había vuelto indeseable. Finalmente, el congreso reunido en Edinburgo, en 1927, aprobó una declaración formal de ruptura con los sindicalistas soviéticos, disolviendo el Comité Conjunto Anglo-Ruso.

Ataques a la democracia sindical

La capitulación de los dirigentes del T.U.C., que temían perder el control de la huelga general, había abierto una profunda brecha entre los miembros del Consejo General y las bases más radicalizadas. La cautela precedió a la política netamente conciliadora y negociadora adoptada por el T.U.C. después de 1926. No fue ajena a este viraje la progresiva reducción del número de obreros sindicalizados, acelerada por la desmovilización y la crisis industrial. Desde mediados de la década, la deserción posterior al fracaso de la Triple Alianza (mineros, ferroviarios y trabajadores del transporte), en 1921, había hecho descender el número de miembros de los sindicatos de 8.348.000 en 1920 —la cifra más alta alcanzada hasta 1946— a 5.219.000 en 1926, mientras el total de sindicatos afiliados al T.U.C. disminuía de 213 a 204 en el mismo período.

Por lo demás, el T.U.C. sólo agrupaba a "una minoría entre las categorías privilegiadas del proletariado". En 1926, de casi 15 millones de trabajadores, apenas algo más de un tercio estaban sindicalizados, pese a que el "movimiento proletario —como lo definiera Rosa Luxemburgo— no puede ser concebido jamás como el movimiento de una minoría organizada. Toda verdadera gran lucha de clases debe fundarse en

El giro hacia la izquierda que signó los años de posguerra llegó a su punto máximo en el Congreso Sindical de Scarborough, que avaló la creación del Comité Anglo-ruso.



Las ilustraciones presentan a varios personajes del gabinete macdonalista. Arriba, Greenwood y Buxton en 1929. Abajo, los principales jefes laboristas a la salida del Parlamento. Entre ellos se ve a MacDonald y Henderson.

el apoyo y la colaboración de las más amplias capas, una estrategia que no tomara en cuenta esta colaboración [. . .] se vería condenada a un lamentable fracaso". En todo caso, el recurso arbitrado para compensar las escasas afiliaciones que debilitaban al movimiento obrero —las amalgamas entre varios sindicatos— solo agudizó los problemas inherentes a una dirección burocrática, encargada de administrar organismos gigantescos, financieramente poderosos, y cada vez más aislada de los intereses y necesidades de las bases. Una parte considerable de los trabajadores dudaba de las ventajas de la cooperación entre empresarios y obreros preconizada por el "mondismo" y se hizo inevitable que los dirigentes oficiales se lanzaran a contratacar la oposición militante de aquellos sindicatos que se iban reuniendo en torno a las banderas del Movimiento Minoritario. Aunque el gobierno de Baldwin mantenía en prisión a su líder —Harry Pollit— el grupo de delegados que adherían a su programa logró imponer un fuerte sentimiento favorable a la línea militante —contraria a la conciliación de clases— en el Congreso de Bournemouth de 1928. Sin embargo, no pudieron impedir que la mayoría decidiese prohibir a los consejos laborales locales que se afiliaran al Movimiento Minoritario para impedir que, "a corto plazo, este se convirtiese en la mayoría", según las palabras de un delegado próximo al consejo general. Para evitar este riesgo, el T.U.C. resolvió la expulsión de los partidarios de la militancia activa, especialmente comunistas o miembros del Movimiento Minoritario, a quienes, pese a haber sido elegidos democráticamente, se les prohibió desempeñar cualquier cargo en los sindicatos.

El progreso del "mondismo" acompañado por la subversión de los procedimientos democráticos en la vida interna de los sindicatos, se reflejaría en un significativo descenso del total de afiliados. Entre 1926 y 1928 el T.U.C. perdió medio millón de miembros mientras la dirección de la central obrera se mostraba incapaz de detener el proceso de deterioro constante sufrido con respecto a las condiciones laborales.

El "macdonalismo" frente al Socialismo

En este momento la posición del Partido Laborista se reducía a las tentativas de Ramsay Mac Donald para imponer su política liberal a expensas de la unidad partidaria. Sin embargo, los macdonalistas debían esforzarse cada vez más para mantener oficialmente la línea anticomunista aprobada por la Conferencia de Liverpool en 1925, que excluía a los miembros del Partido Comunista de las filas del P.L. Durante 1926 se había extendido un movimiento nacional de izquierda que, al poco tiempo, estuvo en condiciones de informar que cuarenta y ocho secciones locales del P.L. apoyaban su programa.

En la Conferencia de Birmingham de 1928 los macdonalistas presentaron un nuevo programa —**Labour and the Nation (El trabajo y la Nación)**— que era la contraparte política del "mondismo" sindical. El tradicional **slogan** de la nacionalización había sido reemplazado por el de las "corporaciones públicas". Phillip Snowden anunció entonces: "de esta forma iremos construyendo nuestro socialismo, a través de una corporación pública controlada por los mejores expertos y empresarios en función de los intereses públicos". Era difícil encontrar la línea divisoria entre esta propuesta y el programa del Partido Liberal del Libro Amarillo, que respaldaba la "empresa pública" considerándola como el modelo futuro de organización industrial. Por otra parte, la eliminación de todo interés de clase en sus consideraciones sobre la política internacional permitió al Partido Laborista describir su programa como el único verdaderamente nacional.

Para los socialistas estos fueron años sumamente difíciles. El Partido Laborista Independiente, que







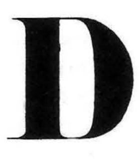


En la ilustración de la izquierda: Ramsay MacDonald. En las ilustraciones de la derecha se ve a Winston Churchill dialogando con el ministro Stanley Baldwin —arriba—, y en la otra foto junto a Lloyd George.

aún seguía siendo la agrupación socialista más importante, comenzó a reflejar, con muchas vacilaciones y bastante oscuridad, las tendencias izquierdistas que prevalecían entre las bases. Sin embargo, la política del "Socialismo en nuestro tiempo", continuadora de la propaganda por el salario vital, mostraba una línea muy contradictoria que expresaba la propia crisis interna del P.L.I. tanto como la creciente tensión en sus relaciones con el P.L. Para el P.L.I., el camino de la clase obrera inglesa hacia el socialismo pasaba por una era de prosperidad que se lograba con la fijación por el estado de los precios y los salarios. Mientras los antiguos líderes, como Snowden y MacDonald, abandonaban al partido que los había formado, los nuevos dirigentes del P.L.I. renunciaron a presentarse como alternativa del macdonalismo, aunque sí lo hicieron con respecto al comunismo. En 1928 la **Socialist Review** escribía que la función del P.L.I. era "atraer las crecientes fuerzas verdaderamente importantes y agresivas de la clase trabajadora y que, en ese momento, dudaban penosamente si debían entrar o no al P. Comunista".

El P.C., por su parte, aunque las consecuencias de la huelga general habían confirmado plenamente las conclusiones de sus análisis, fracasó por completo en el intento de capitalizar la oportunidad que se le ofrecía para ganar autoridad entre los sectores decisivos de las fuerzas laborales. En cierta medida acrecentó su influencia. Hacia fines de 1926 el número de sus afiliados, siempre escaso, se había duplicado, pasando de 5.000 a más de 10.000. También aumentó rápidamente la circulación de su prensa. Pero falló en su objetivo de hacer tomar conciencia a este gran movimiento espontáneo que marchaba hacia el P.C. trabando su extensión y consolidación. Establecida la conexión, las bases se escurrieron. Entre sus principales dirigentes predominaban aquellos miembros provenientes de las sectas socialistas y, por lo tanto, fuertemente marcados con los rasgos propios del sectarismo dogmático, que les impedía apreciar sin vacilaciones la necesidad que entonces tenía el partido de cambiar su táctica para facilitar la aproximación de los trabajadores. Por supuesto, las circunstancias distaban de ser fáciles. Las represalias y el prolongado desempleo hacían estragos entre las bases del P.C. y sus partidarios más cercanos. El nivel de la profundización teórica permanecía muy bajo. Hacia 1927 estalló una aguda lucha ideológica interna, que se prolongaría durante dos años, acerca de la política a seguir. La "nueva línea" triunfante, enmarcada en la concepción de la Tercera Internacional —que consideraba inminente la revolución socialista en Europa—, agudizó el sectarismo afirmando la independencia del P.C. con respecto al P.L. y al T.U.C. y objetivamente se sumó a la oposición contra los laboristas al caracterizar a sus dirigentes como "social-fascistas". Apartados del movimiento de masas representado por el laborismo, los comunistas británicos asumieron una política de sectarismo extremo, naturalmente abierta a las tendencias ultraizquierdistas que convertirían su proclamada independencia en un cerrado aislamiento.

Segundo Gobierno Laborista



Durante los primeros meses de 1929 se agravaron los conflictos laborales locales y sus manifestaciones fueron severamente reprimidas por la policía. El Movimiento Nacional de Trabajadores Desocupados organizó una Marcha Nacional del Hambre sobre Londres y los trabajadores de la capital acogieron a los desocupados con una demostración multitudinaria como no se veía desde 1926. El gobierno, que había amenazado a los manifestantes con la privación de los beneficios acordados por los seguros de desempleo, tuvo que capitular.

La persistencia de la desocupación, agravada por el error de los

conservadores al restablecer el patrón oro en paridad con la libra, influyó poderosamente en el electorado para volcarlo contra el gobierno conservador en las elecciones generales de mayo de 1929. Por primera vez el P.L. obtuvo la mayoría, con 289 bancas contra 260 de los conservadores, y MacDonald volvió a formar gobierno. Al igual que en 1924, su administración mantuvo una actitud prescindente, cuando no desfavorable, con respecto a los conflictos laborales y a los intereses de la clase trabajadora que lo había apoyado.

Según su programa electoral, "el P.L. sostenía que intentar abaratar la producción atacando el nivel de vida de los trabajadores de la nación no sólo es socialmente desastroso, sino también altamente perjudicial para la prosperidad económica del conjunto de la comunidad". Sin embargo, cada paso del segundo gobierno de MacDonald fue un hito en el camino hacia el "desastre social". Su total ineficacia para obtenerlo quedaría demostrada de inmediato durante los conflictos de las fábricas textiles. En la rama textil privaban las empresas pequeñas y medianas, jaqueadas por las condiciones impuestas por el capitalismo monopolista, y los patrones pretendían transferir a los trabajadores las peores consecuencias de la crítica situación que atravesaban mediante la reducción de los salarios o el aumento de la productividad por obrero. En todos los casos los arbitrajes del gobierno favorecieron al empresariado. Los obreros tampoco encontrarían apoyo en los sindicatos oficiales. Durante el conflicto de los tejedores de la lana los dirigentes nacionales rechazaron la propuesta de las bases en el sentido de establecer comités de huelga en las mismas tejedurías y terminaron por abandonar la dirección de la lucha, dejando que los sindicatos locales negociaran los acuerdos por separado y como pudieran.

Durante 1929 y 1930 se extendieron considerablemente los conflictos y huelgas locales en la industria minera. Por supuesto, la cuestión principal era la vuelta a la jornada de siete horas. Los mi-

Estructura y fuerza del sindicalismo británico

El número total de sindicatos en Gran Bretaña es 1.036 y sus miembros alcanzan a 5.295.000, de los cuales cerca de 4.500.000 son hombres y casi 800.000 mujeres. Estas cifras oficiales del ministerio de Trabajo (para 1936) dan 214 uniones afiliadas al Congreso de Sindicatos, comprendiendo más de 4.000.000 de trabajadores sindicalizados. Los sindicatos restantes agrupan a empleados nacionales o de los gobiernos locales (271 sindicatos con 519.000 miembros), excluidos por el Acta de 1927 de su afiliación al T.U.C., parcialmente los cuerpos de maestros aspirantes a "profesionales" (25 uniones con 246.000 miembros) y periodistas (la Unión Nacional de Periodistas con 5.000 miembros, más del 90 % de los trabajadores de prensa del país). Fuera de éstos, algunos cientos de pequeñas uniones locales con reducido número de miembros y poca importancia.

Aun dentro del T.U.C. la concentración es mayor de lo que sugieren las cifras anteriores; más de las tres cuartas partes de los miembros afiliados están comprendidas en los veinte sindicatos mayores: aquellos con 50.000 o más miembros. Hay cinco sindicatos que cuentan con 250.000 o más, y entre ellos alcanzan casi los 2.000.000 de afiliados. Ellos son la Federación de Trabajadores de Minas de Gran Bretaña (518.000), la Unión de Trabajadores del Transporte (523.000), la Unión Nacional de Ferroviarios (338.000), la Unión Nacional de Trabajadores Municipales (340.000) y la Unión Amalgamada de Ingenieros (maquinistas) (250.000). Del número total de trabajadores ocupados (aproximadamente 15.000.000 de personas) cerca de un tercio están sindicalizados. Respecto a este promedio general existen variaciones considerables en varias industrias.

El estado de la organización es aproximadamente como sigue: entre la minería del carbón el 75 %; ferrocarriles 80 %; hierro, acero y hojalata 34 %; metalúrgicas y eléctricas (incluyendo construcción de barcos, automóviles y aviones) 30 %; textiles de algodón 63 %; lana y otros textiles (incluyendo rayon) 22 %; vestido 17 %; zapaterías 70 %; alimentación, bebidas y tabaco 6 %; maderas y fabricación de muebles 25 %; imprentas y papeleras 48 %; construcción y obras públicas 23 %; comercio, distribución, finanzas y seguros 14 %.

(Tomado de: Allen Hutt, *The Post-War History of the British Working Class*.)

La sindicalización y el T.U.C.

Año	Nº total de sindicatos	Nº total de miembros	Nº total de sindicatos afiliados al T.U.C.	Nº total de miembros afiliados al T.U.C.
1926	1.164	5.219.000	204	4.163.994
1927	1.159	4.919.000	196	3.874.842
1928	1.142	4.806.000	202	3.673.144
1929	1.133	4.858.000	210	3.744.320
1930	1.121	4.842.000	210	3.719.401
1931	1.108	4.624.000	209	3.613.273
1932	1.081	4.444.000	208	3.367.911
1933	1.081	4.392.000	210	3.294.581
1934	1.063	4.590.000	211	3.388.810
1935	1.049	4.867.000	214	3.614.551
1936	1.036	5.295.000	214	4.008.647
1937	1.032	5.842.000	216	4.460.617
1938	1.024	6.053.000	217	4.669.186
1939	1.019	6.298.000	223	4.866.711

(Tomado de: Henry Pelling, *A History of British Trade Unionism*.)

neros habían depositado todas sus esperanzas en la promesa electoral del P.L.: "la desastrosa ley por la cual el gobierno **tory** agregó una hora a la jornada laboral debe ser derogada". Pero el gobierno laborista no estaba dispuesto a cumplirla: "tienen que hacer frente a los hechos consumados" adelantó el canciller Snowden. Sólo después de una fuerte y continuada presión se concedió a los mineros las siete horas y media, aunque el alcance de su vigencia aparecía limitado por ciertas enmiendas que,de hecho, permitían la extensión de la jornada. A. Cook planteó la cuestión con toda exactitud cuando a principios de 1931 dijo que "el sentimiento general era que el gobierno no había hecho todo lo que podía para proteger a los mineros". Los trabajadores de muchas otras industrias también se hallaban expuestos a la ofensiva desatada por los empresarios para paliar los efectos de la crisis y tampoco hallaron el menor indicio de protección en el gobierno laborista. En 1923 Mac Donald en persona había declarado que si un gobierno laborista "no complace a su pueblo con su trabajo es mejor que permanezca en la oposición". Durante su segundo gobierno lograría la coincidencia del gran cuerpo organizado de "su pueblo" —el movimiento obrero—, pero en torno al descontento creciente. En **Labour and the Nation** se había afirmado: "una de las primeras tareas del P.L. será rechazar las cínicas medidas de la legislación clasista mediante la cual los conservadores procuraron mutilar la fuerza del sindicalismo tanto en el campo político como en el gremial". Pronto se advirtió que el gobierno no tenía mucha prisa en dejar al T.U.C. que recuperara su perdida fortaleza. A los principales dirigentes laboristas se les hacía cada día más difícil abstenerse de hacer públicas sus críticas, y en la conferencia nacional del P.L. de 1930 terminó aprobándose por unanimidad una moción del mismo Ernest Bevin que exigía la derogación de la Ley Sindical de 1927, pues los "sindicatos querían inequívocamente la completa restauración de las condiciones anteriores a 1927". Crecientemente presionado, en mayo de 1931 el gobierno accedió a los reclamos del T.U.C.

Los desocupados



A poco de asumir el gobierno laborista, el colapso de la bolsa de valores de Nueva York iniciaba la gran crisis económica del sistema capitalista a nivel mundial. A mediados de 1930 se hizo evidente la necesaria revisión del acuerdo sobre reparaciones de guerra que debía pagar Alemania y que ya resultaba impracticable. Se detuvo totalmente el flujo de capital norteamericano que estaba ingresando a Europa, especialmente a Alemania, desde la adopción del Plan Dawes en 1924. El súbito repliegue de estos capitales reveló que sin ellos toda la estructura crediticia europea corría el grave riesgo de hundirse. En Gran Bretaña las consecuencias del **crack** norteamericano se irían manifestando por etapas. Hacia 1930 las cifras del desempleo subían aceleradamente al compás de los gastos del gobierno, incrementados por las mejores condiciones de los subsidios que habían introducido los laboristas. Simultáneamente, la extensión mundial de la depresión incidía con efectos desfavorables en las exportaciones inglesas, pues a fin de mejorar su balanza comercial Inglaterra había recurrido a la reducción de las importaciones. Por otra parte, la crisis afectó seriamente la balanza de pagos y, apegado a las fórmulas tradicionales del liberalismo económico más ortodoxo, el gobierno echó mano a la deflación para hacer bajar los precios ingleses y alentar la afluencia de capitales extranjeros. El veterano dirigente laborista Philip Snowden, a cargo de la tesorería del reino, con una actitud similar a la del más rancio banquero de la City se oponía tenazmente a que el gobierno incrementara sus erogaciones impidiendo todo gasto que pudiera evitarse. Como resultaba aparentemente más barato, en cuanto a desembolso inmediato, se consideró preferible mantener el paro forzoso de un número creciente de desocupados antes que darles un trabajo útil en los suprimidos proyectos de extensión de las obras públicas, lo cual hubiera aumentado la ocupación y con ello el poder adquisitivo del mercado interno.

A mediados de 1930, cuando se cumplía el primer año de gobierno laborista, el desempleo registrado había ascendido de 9,6 %, en junio de 1929, al 15,4 %; pero a fines del año 1930 ya alcanzaba a 2 millones y medio de personas. Desde un primer momento el gobierno había encomendado a un equipo integrado por el dirigente ferroviario J. H. Thomas (designado ministro para el desempleo) y otras figuras, como el laborista de izquierda George Lansbury y Sir Oswald Mosley, la tarea de estudiar e implementar un programa coherente que resolviera el agudo problema de la desocupación. Sin esperanzas de llegar a un acuerdo conjunto, Mosley tomó la iniciativa redactando un memorándum que, aprobado por dos miembros de la comisión, fue sometido al gabinete, el cual lo rechazó. Mosley, que proponía una política más audaz encaminada a aumentar la ocupación, renunció a su cargo en el gobierno y prosiguió su campaña solo. En 1931 publicó un folleto **A National Policy** (Una política nacional) donde exponía sus propuestas, que, por entonces, contaban con el apoyo de conocidas figuras de izquierda como John Strachey y Aneurin Bevan. Poco después, al no poder lograr la adhesión de la mayoría de los representantes laboristas del parlamento, Mosley abandonó el P.L. para crear el "Nuevo Partido", que pronto se convertiría en núcleo embrionario del fascismo británico. Strachey y Bevan, al igual que otras figuras del laborismo, se alejaron de Mosley casi de inmediato.

Entretanto, el gobierno no acertaba a conjurar el problema del desempleo. Este, en cuanto síntoma de la recesión económica, sólo podría superarse en el marco de la reactivación económica global. A fines de 1930 creó una

comisión especial cuyo informe proporcionaría los fundamentos de la Ley de Anomalías de 1931, destinada a atizar el descontento popular contra el laborismo, sobre todo en el Lancashire, pues reducía considerablemente el número de trabajadores, especialmente el de las mujeres casadas, con derecho a percibir subsidios.

La crisis del Partido Laborista



lo largo de 1931 la agudización de la crisis iría profundizando la brecha abierta entre el movimiento y los dirigentes hasta romper finalmente la precaria unidad que existía entre estos últimos. En febrero de 1931 Snowden —totalmente identificado con los sectores dominantes— había anunciado que, ante la grave situación de las finanzas nacionales, era necesario equilibrar el presupuesto, aun recurriendo a medidas desagradables y drásticas que incluirían "el sacrificio de todos"; es decir, se pensaba descargar el peso de la crisis sobre la clase trabajadora y los sectores más bajos de la clase media. Esta declaración provocó la protesta de un grupo de veintitrés diputados laboristas, que formaron un bloque para oponerse al gobierno. MacDonald había designado un comité económico especial, con mayoría de conservadores y liberales, que estudiaría las medidas adecuadas para reducir los gastos públicos. Presentó un informe con un déficit considerablemente inflado, aconsejando enjugarlo en más del 50 % mediante economías en los seguros que recibían los desocupados. Por su parte, MacDonald presidía el Consejo Consultivo Económico, en el que además de Lord J. M. Keynes figuraban Thomas y otros ministros. Keynes insistía en la fijación de aranceles que redujeran las importaciones sin dejar de acrecentar los recursos de la tesorería, pero, además de la negativa de MacDonald a aceptar conclusiones de este tipo, Snowden rechazaba sistemáticamente todo intento de apartarse de la ortodoxa línea deflacionista.

A mediados de agosto, presionado por la crisis financiera, el comité económico del gabinete, integrado por Mac Donald, Snowden, Thomas, Henderson y otros, decidió reducir en un 10 % los seguros para desempleo. El 20 de agosto, y a pedido de Henderson, consultó al consejo general del T.U.C. Este reaccionó de inmediato bajo la influencia de Bevin, partidario de la teoría de Keynes acerca de la necesidad por parte del estado de impulsar la reactivación económica para mantener el poder adquisitivo de los consumidores. Ese mismo día una diputación del consejo general, encabezada por Bevin y Walter Citrine, entrevistó al comité del gabinete y le adelantó su rotunda oposición a cualquier reducción en los gastos públicos, rechazando en bloque la política deflacionista seguida hasta entonces por el gobierno. Su actitud reforzó la postura de Henderson y otros ministros, que ya dudaban de la eficacia de la política reaccionaria de Snowden.

Para seguir adelante con sus proyectos y superar la crisis del gabinete, MacDonald necesitaba reestructurarlo. El 23 de agosto presentó su renuncia al rey, pero, al día siguiente, junto con Snowden, Thomas y Sankey formó el primer gobierno "nacional", con apoyo de conservadores y liberales. El desembozado tutelaje que por entonces ejercía Bevin, a través del T.U.C., sobre el debilitado y confuso P.L. le permitió lanzar una campaña de desprestigio contra MacDonald y sus colegas, dirigida a sustraerle todo el apoyo de cualquier rama del movimiento obrero. En setiembre de 1931 fueron expulsados del P.L. por el Ejecutivo Nacional.

Sacudido por la deserción de sus líderes más conocidos, el conjunto del movimiento laborista —desde la cúspide hasta las bases— permaneció extraordinariamente firme, pero, como bien observó el historiador G. D. H. Cole, "la ruptura con el macdonalismo era más instintiva que racional". De parte de los dirigentes no existió ningún intento

Habitación de una casa de los suburbios londinenses. Alrededor de los distritos fabriles crecen los "slums" —barrios miserables—, donde se hacinan los obreros.




TRADES UNION
LIBERTY

serio de demostrar las profundas razones que habían llevado al colapso del P.L. Además, el mismo Henderson no se mostraba, en principio, contrario al tipo de coalición que MacDonald había estructurado. Ante el congreso de sindicatos reunido en Bristol en setiembre de ese mismo año, al referirse al creciente poder de los intereses financieros manifestó que "si ellos podían formular una política correcta en esa materia" él creía que "había un gran número de empresas manufactureras en este país dispuestas a apoyarlos". La declaración de Henderson no despertó ninguna reacción por parte del T.U.C., que, una vez más, acababa de avalar, por amplia mayoría, la línea del mondismo, pese a las críticas de algunos delegados como Ellis Smith (de los matriceros), quien inquirió mordazmente sobre "cómo podía el congreso condenar a MacDonald, Snowden y Thomas por colaborar con los partidos políticos opositores cuando el consejo general estaba actuando del mismo modo en el campo industrial". La crisis del P.L. incidió en el resultado de las elecciones generales de octubre de 1931, que dieron el triunfo a los conservadores fortaleciendo a MacDonald.

Según Cole, el P.L. no sólo había quedado despojado de sus figuras más significativas en la consideración de los electores menos politizados, sino que también había demostrado carecer de una política adecuada para remediar los efectos de la crisis. Tomado por sorpresa, repudió la política de MacDonald sin ofrecer ninguna alternativa propia que fuera viable. De todos modos, es muy improbable que la hubiese presentado ya que sus líderes reconocidos habían estado de acuerdo, en líneas generales, con el macdonalismo, cuya lógica secuela fueron las propuestas por MacDonald repudiadas por el T.U.C.

La única alternativa eficaz para la clase trabajadora era la lucha sistemática, sostenida vigorosamente por un movimiento obrero unido. Sólo esto hubiera servido de antídoto a la desmovilización que cundió después de la defección de MacDonald. Pero la adopción de dicha política alternativa implicaba esa ruptura elaborada y profundizada con el marcdonalismo, que era justamente lo que faltaba.

Polarización de tendencias en el movimiento obrero


Si la política de acuerdo con las organizaciones patronales adoptada por la burocracia sindical le impidió llevar adelante una oposición realmente sólida y eficaz contra el macdonalismo, que de hecho era el complemento adecuado político del mondismo sindical, tampoco las fuerzas de la izquierda dieron señales efectivas de ser capaces de asumir ese papel. Se lograron algunos éxitos iniciales con la campaña organizada por el Movimiento Minoritario para obtener una "Carta de los trabajadores". La propuesta se limitaba a un programa que comprendía demandas "por el aumento del beneficio por desempleo, extensión de los servicios sociales, la jornada de siete horas y un salario mínimo a nivel nacional, rebaja de los alquileres y la construcción de un millón de casas a cargo del estado". En abril de 1931 se reunió en Londres la primera convención nacional de la Carta: asistieron 718 delegados representantes de 316 organizaciones y se decidió lanzar una campaña sostenida con mucho entusiasmo, pero carente de una base suficientemente firme y extendida entre los obreros organizados. Apenas una sexta parte de los asistentes a la convención representaba a los trabajadores sindicalizados: 146 delegados de 68 sindicatos locales. El problema planteado por la necesidad de combinar la militancia activa con la fuerza organizada del movimiento existente, aún seguía sin resolver.

La experiencia del segundo gobierno de MacDonald había agudizado la crisis latente en las relaciones entre el P.L. y el P.L.I. En la Conferencia nacional del P.L. de 1930 la moción del P.L.I.,

Desocupados desfilando por las calles de Londres en marzo de 1930, durante el segundo gobierno laborista. En primer término, a la izquierda, se ve un estandarte del Partido Comunista Británico y más atrás, uno de las "trade unions".

1932: un contingente de escoceses, víctimas de la desocupación, se unen a la "Marcha nacional de hambre contra el gobierno nacional". Ya en 1931 el desempleo registrado alcanzaba a dos millones y medio de ingleses.




SCOTLAND
TO
LONDON

que criticaba "la timidez y vacilaciones del gobierno que se rehusaba a aplicar remedios socialistas", fue completamente derrotada por 1.803,000 votos contra 334.000. Durante su propia conferencia anual de 1931 el P. L.I. discutió su desafiliación del P.L., pero esta propuesta fue rechazada por 173 votos contra 37. En las negociaciones entabladas por ambos partidos para establecer las pautas que regirían la disciplina partidaria quedó demostrado que el mundo de la cuestión residía en el derecho de los diputados del P.L.I. a oponerse al gobierno, ya que los dirigentes del P.L. querían acabar totalmente con dicha oposición interna. Finalmente, la conferencia del P.L. de 1931 aprobó medidas estrictas en ese sentido.

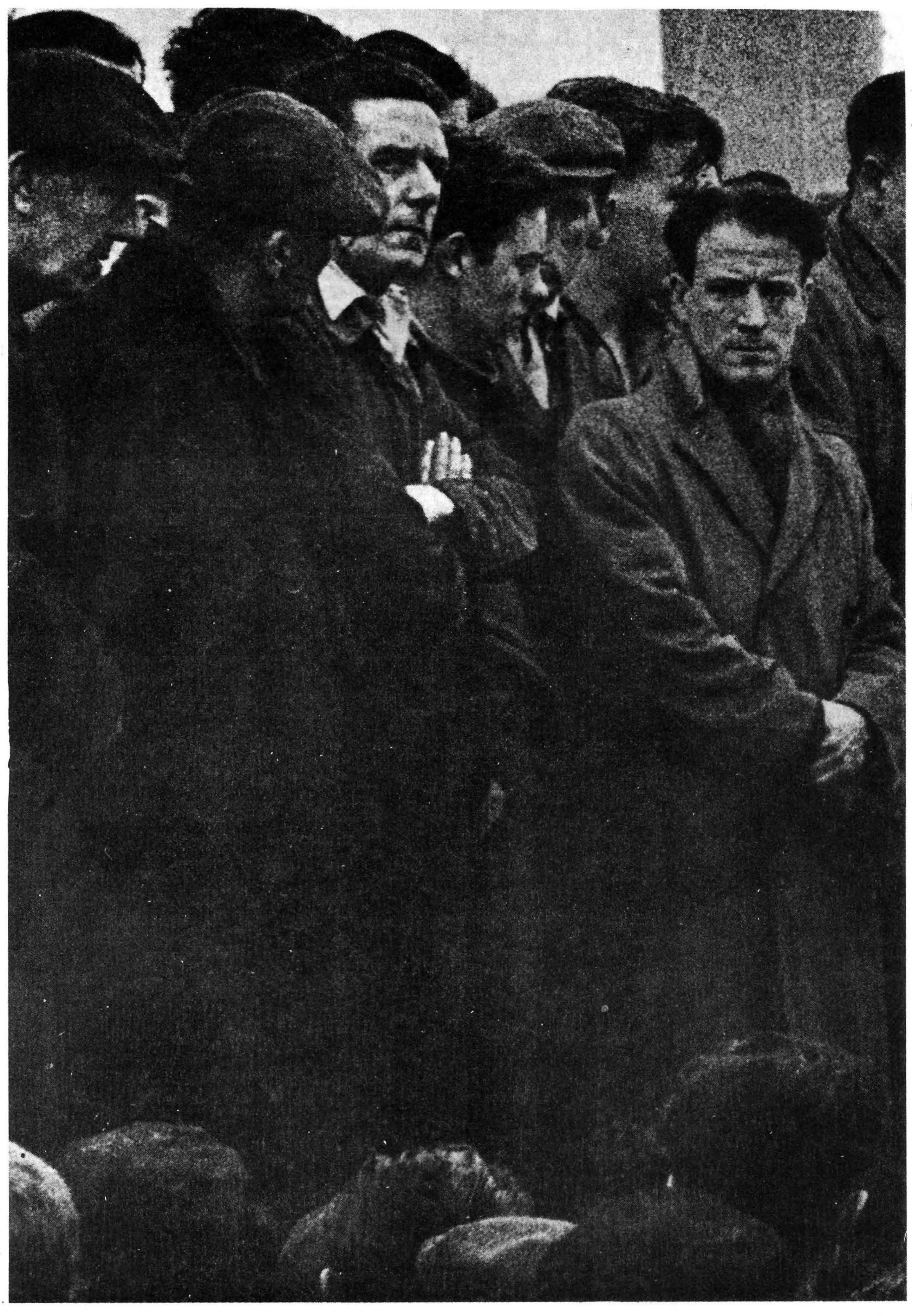
En el campo de la prensa obrera se dieron algunos acontecimientos sintomáticos de las nuevas tendencias que iban polarizando el movimiento. El 1º de enero de 1930 los comunistas lanzaron su primer periódico —el **Daily Worker**—, que a partir de un comienzo dificultoso, debido a que tuvo que enfrentar graves obstáculos, como el **boicot** impuesto por las agencias noticiosas, iba a convertirse a lo largo de la década en el vocero más influyente de la izquierda militante. Tres meses después apareció el primer número del nuevo **Daily Herald**, publicado por Odhams Press, millonario trust editor al cual el T.U.C. y el P.L. habían transferido el periódico. Los términos del acuerdo con Odhams estipulaban que el control político del **Daily Herald** quedaría a cargo del T.U.C. y el P.L. conjuntamente, mientras Odhams retenía el 50 % de las acciones. Encuadrado en los cánones de la técnica publicitaria más moderna, el nuevo Herald no tardaría en sobresalir compitiendo exitosamente con los más grandes periódicos británicos. En 1933 fue el primer diario que alcanzó una circulación regular de 2.000.000 de ejemplares y Bevin, autor del acuerdo con Odhams, continuó desempeñando el papel principal en la orientación de su política editorial.

Resistencia de las bases

En los últimos meses de 1931 se agudizaron los conflictos sociales a un punto tal que superaron la tensión vivida durante el auge revolucionario de la inmediata posguerra. La gestión del gobierno "nacional" procuró resguardar los ingresos de las clases dominantes británicas de la furia de la crisis, a costa, naturalmente, del proletariado y las clases populares. El pueblo entonces volvió a la lucha encabezado por los trabajadores más castigados por la depresión: los desocupados, los sectores empobrecidos de las capas medias, los maestros y profesionales, y hasta los policías. El gobierno recreó la atmósfera propia de los tiempos de emergencia suspendiendo las tradicionales fórmulas constitucionales. Mediante la coacción se impusieron las reducciones del 10 % sobre los seguros para desempleo, se bajaron los salarios de todos los empleados públicos y se aplicaron arrasadoras "economías" en los servicios sociales y en el presupuesto de los gobiernos locales. Las fuerzas laborales dieron muestras evidentes de su capacidad y deseo de resistir, pero sin la dirección del movimiento organizado, sus luchas no podían superar los límites de las variadas formas de la movilización más o menos espontánea en torno de las marchas de desocupados organizadas por los disciplinados militantes de izquierda.

En esta guerra iba a tener un papel naturalmente hegemónico la masa reciente de los tres millones de desocupados, los cuales a sus múltiples motivos de descontento agregaban la protesta contra los **Means Test** (examen de recursos introducidos por el gobierno "nacional"). Entre los desocupados registrados, más de un millón fueron afectados de inmediato por esta encuesta, consistente en un complejo cuestionario preparado para escarbar cada detalle de la situación y de la vida del trabajador individual y

En los astilleros de Glasgow, un delegado sindical incita a los caldereros a la huelga.



su familia. Pronto totalizaron cientos de miles los despojados de los beneficios. Durante el primer año de vigencia del **Means Test** sólo al 50 % de los encuestados se les garantizó un seguro, pero inferior al promedio habitual; al resto se les negó todo tipo de beneficio. Creció aceleradamente el número de los necesitados del socorro público. El empobrecimiento y la carestía se extendieron con rapidez. La Asociación Médica Socialista informó entonces que el seguro de desempleo y el socorro de pobres "eran completamente insuficientes para resguardar la salud fisiológica de sus beneficiarios".
La guerra librada por los desocupados contra las reducciones de los beneficios se desarrolló mediante dos grandes campañas. La primera la protagonizaron los desocupados, conjuntamente con los servidores del estado, los maestros y otros empleados públicos, desde setiembre a octubre de 1931. Luego la ofensiva contra el Examen de Recursos, lanzada el 12 de noviembre, iba a ser el punto de partida para un amplio y enérgico movimiento de protesta de los desempleados. Comenzó localmente, pero pronto tomó alcance nacional, llegando a su punto más alto a fines de 1932. Desde un principio, los mitines y las demostraciones que se celebraron en todo el país sin solución de continuidad fueron ampliando el número de los participantes, a la vez que generaban un espíritu altamente combativo, como no se veía desde los días de la huelga general. Simultáneamente se acentuó la represión ejercida por las fuerzas policiales para dispersar las manifestaciones, pero aún más notable —en una Inglaterra todavía sumamente respetuosa de los representantes del orden— fue la disposición de los trabajadores para enfrentarlas y hacerlas retroceder a puñetazos, con piedras, palos, barretas o cualquier herramienta que en sus manos pudiera transformarse en arma.
A mediados de 1932 el movimiento contra el Examen de Recursos se centralizó en torno a dos operativos dirigidos por los militantes del P. Comunista: la

La lucha de los desocupados

El 1º de octubre de 1936 se realizó una manifestación de desocupados en Glasgow Green. Wal Hannington, el líder del Movimiento Nacional de Trabajadores Desocupados describió como sigue lo que allí ocurrió:
"La policía intentó impedir la demostración y como los militantes se habían formado para realizar la marcha a través de la ciudad, la policía montada y los cuerpos de infantería cargaron contra la multitud de trabajadores inermes. Sin embargo, los trabajadores lucharon ferozmente; los rieles de acero que rodean el Green fueron arrancados y usados como armas. El ataque improcedente, sin que mediara la menor provocación, había encendido el espíritu de lucha de los obreros de Glasgow, que pelearon sobre las avenidas principales su derecho de marchar hacia el Green: la batalla, iniciada en el Green, se extendió rápidamente a lo largo y a lo ancho del centro de la ciudad. La furia duró varias horas, se registraron cuantiosos daños como saldo, las vidrieras de los negocios quedaron destrozadas, hasta que, pasada la medianoche, se apaciguaron los ánimos y la batalla llegó a su fin".
En Bristol, las luchas [contra el examen de recursos a que eran sometidos los desocupados] culminaron en junio de 1932 con un encuentro que fue narrado como sigue por el "Evening Post" local:
"Los manifestantes se reunieron por la noche sobre el Welsh Back y después del mitin, donde cantaron "Bandera Roja" y la "Internacional", se pusieron en marcha, con los estandartes desplegados, calle Bridge arriba hacia la calle Castle. Eran escoltados por tres o cuatro policías, pero no se produjeron choques hasta que la multitud llegó a cubrir la mitad de la distancia que la separaba de la calle Castle. [...] Sorpresivamente, desde los costados de la calle y las puertas de los negocios emergió un poderoso cuerpo de refuerzos policiales esgrimiendo sus bastones. Se lanzaron contra la gente que ocupaba las calles. Bajo sus cargas los hombres caían a diestra y siniestra y las mujeres que se habían mezclado entre la muchedumbre fueron atropelladas por los manifestantes en su desordenada carrera para ponerse a salvo. [...] Luego llegó una tropa de policía montada cargando a través de la calle Castle desde la calle del Mercado Viejo, dispersando a los últimos manifestantes. En pocos minutos las calles quedaron vacías, a no ser por los hombres que yacían con las cabezas rotas, gimiendo sobre el pavimento y en los portales donde se habían refugiado".
En las calles del barrio obrero de la localidad de Birkenhead, vecina a la ciudad de Liverpool, los desocupados y la policía lucharon intermitentemente durante varios días con sus noches en setiembre de 1932. Así informaba "The Times" acerca de los sucesos:

"Durante la serie de batallas campales entre la multitud y la policía, nueve agentes y otras siete personas fueron llevadas al hospital. [...] La policía intentó disolver las manifestaciones, pero se encontró con una lluvia de botellas, piedras, trozos de plomo, cabezas de martillos y otros proyectiles. [...] Dondequiera que la policía era vista recorriendo una calle los amotinados desaparecían dentro de las casas, desde cuyas ventanas las mujeres arrojaban toda clases de objetos. [...] en una calle levantaron la tapa de la entrada a una alcantarilla y tendieron un alambre a través de la calle. Varios policías se cayeron. [...] Uno de los ómnibus que transportaba refuerzos policiales tenía todas sus ventanas rotas".

Al llegar refuerzos de otras localidades vecinas, la policía efectuó requisas nocturnas en los barrios obreros de Birkenhead durante tres noches seguidas, llegando al clímax la noche del domingo 18 de setiembre. Tan grande fue el escándalo que el Tribunal de Defensa Internacional de los Trabajadores montó una investigación especial. De las evidencias surgidas de las declaraciones de los testigos durante dicha investigación merece citarse el siguiente testimonio de la señora Davin, esposa de un veterano, inválido del ejército:

"Pero la peor noche de todas fue la del domingo, alrededor de la 1 y 30 del 18 de setiembre. Estábamos en la cama profundamente dormidos, en los edificios Mosphet, no habiendo podido dormir las dos noches anteriores y mi esposo se sentía muy mal. Mi anciana madre, de 68 años y paralítica, no podía dormir, estaba demasiado aterrorizada. Tengo cinco hijos, una hija de 19 años, una de 15, un hijo de 17, uno de 12 y uno de 6. Repentinamente mi anciana madre chilló; ella no puede hablar. Todos nos despertamos por el ruido de los motores de unos pesados vehículos que resultaron ser Black Marias (los carros patrulleros). Se encendieron las luces de las casas y se abrieron las ventanas para ver lo que ocurría. Los policías gritaban: '¡Apaguen las luces!' y '¡Cierren esas ventanas!' Las hordas policiales se precipitaron hacia las escaleras, echaban abajo las puertas, los gritos de las mujeres y los chicos eran terribles. Podíamos oír el ruido de los golpes de los bastones. En seguida nuestras puertas fueron golpeadas por pesados instrumentos. Mi marido se arrojó de la cama sin siquiera tener tiempo de calzarse los pantalones y abrió la puerta. No bien lo hizo, doce policías penetraron en el cuarto, derribándolo, con su pobre cabeza rota y pateándolo cuando estaba en el suelo. Todos nosotros estábamos con ropa de cama. El lenguaje de la policía era aterrador. Intenté impedir que golpearan a mi esposo. Entonces comenzaron a golpearme con sus bastones por todo el cuerpo y los brazos. Cuando ellos me golpearon a mí, a mi Jim, los chicos y yo nos quejábamos, y la policía gritó '¡Cierren la boca, bastardos!'

(Tomado de: Allen Hutt, *The Post-War History of the British Working Class.*)

campaña a fin de conseguir firmas para un petitorio que reclamaba su abolición y la preparación de una Marcha del Hambre. El 27 de octubre convergían sobre Londres desde todas partes de la isla los integrantes de la marcha, en dirección al Hyde Park. Una multitud de 100.000 londinenses les dio la bienvenida. El gobierno había movilizado todas las fuerzas de seguridad de la ciudad para centralizarlas en el lugar de la concentración. Sin que mediara ningún tipo de provocación o advertencia la policía descargó sus bastones sobre la pacífica multitud de manifestantes. "Repentinamente, sin ninguna razón aparente —relataría luego el cronista del **New Stateman & Nation**— la policía montada, junto con la de infantería comenzó a cargar contra la multitud a diestra y siniestra [...] tanto sobre los desocupados que integraban la manifestación como contra los inocentes espectadores y los desprevenidos paseantes. La gente se vio forzada a salir corriendo para escapar de las patas de los caballos de la policía o evitar ser golpeada por sus bastones. En ninguno de estos mitines existió el menor desorden capaz de justificar una represión tan brutal por parte de la policía."

Sin embargo, la batalla más recia sería la del 1º de noviembre, cuando multitudinarias manifestaciones acompañaron a los delegados encargados de entregar al parlamento la petición nacional. La presión de la muchedumbre obligó a cortar y desviar el tránsito. Los incidentes de la semana anterior habían caldeado los ánimos. La multitud desbordó los cordones policiales y, encolerizada, se lanzó a voltear los automóviles, y arrancó partes de la carrocería de los tranvías detenidos para defenderse de las cargas de la policía. Se contaron por cientos los heridos y cincuenta personas fueron arrestadas y condenadas al día siguiente a cumplir hasta seis meses de prisión por atacar a las fuerzas del orden. También fueron detenidos los principales organizadores y dirigentes del Movimiento Nacional de Trabajadores Desocupados, al cual, poco tiempo después, un

alto tribunal de la Corte declaraba ilegal. Mientras tanto, entre los obreros ocupados seguía empeorando la situación de los textiles del Lancashire, que prosiguieron su lucha casi aislados.
Estos sucesos no dejaron de afectar a la cúpula del sindicalismo oficial. En el congreso de sindicatos de 1932 se hizo evidente la creciente oposición a la política del consejo general, en especial a su colaboración con la Federación de Industrias Británicas en la redacción de un memorándum conjunto para la Conferencia Imperial de Ottawa. Por otra parte, dentro de los mismos sindicatos despuntaban algunos signos de cambio: reaparecía entre las bases la vieja aspiración de obtener una participación más amplia en la dirección de los negocios y particularmente en la conducción activa y en el liderazgo de los conflictos. Esta tendencia, percibida durante la huelga de los obreros textiles de la industria algodonera, también se presentó entre los estibadores y los ferroviarios, aunque su importancia potencial fue mayor que sus logros efectivos, excepto en el caso de los conductores de ómnibus de Londres. A mediados de 1932, éstos se enteraron de que los dirigentes oficiales de su sindicato —Trabajadores del Transporte— habían estado negociando los términos de un nuevo acuerdo sin dar parte a la conferencia de delegados. Ante el requerimiento de las bases, el sindicato presentó el 1º de agosto un informe escrito que confirmó las peores expectativas acerca de las exigencias de la empresa. Los garajes se convirtieron en escenario de reuniones masivas que rechazaron enérgicamente los términos propuestos. La mayoría de los conductores respondió a la iniciativa de un garaje que había convocado a un mitin de delegados para el 12 de agosto con el propósito de mantener la lucha abandonada por los dirigentes oficiales. Ese día nació el movimiento de base de los choferes de Londres, que contaba con la representación de treinta y cuatro grupos locales. El movimiento organizó una serie de movilizaciones masivas que culminó en manifestaciones en Hyde Park y Trafalgar Square con la participación entusiasta y sin precedentes de los choferes locales. El 30 de agosto, presionada por las constantes manifestaciones que se sucedían frente a las puertas de la Casa del Transporte (que Bevin había hecho construir en 1928 como sede del sindicato y del ejecutivo nacional del P.L.), la conferencia de delegados oficiales admitió una diputación del movimiento de base. Era indudable que los trabajadores estaban dispuestos a seguir luchando por sus reivindicaciones. Así lo comprendió la patronal, que abandonó por el momento sus proyectos de reducción de salarios. En 1933 el movimiento de base mantuvo una huelga, rápidamente declarada ilegal por el sindicato y la patronal que sólo reconocía a éste, y a pesar de estas dificultades el conflicto sirvió para reforzar y extender la influencia del movimiento de base, como lo demuestra la circulación de 10.000 ejemplares de su boletín mensual, el **Busman's Punch**.

La crisis de los sectores de izquierda

Desde la formación del gobierno "nacional" hasta fines de 1932 habían crecido en intensidad los conflictos sociales. Más de 1.300 hombres y mujeres trabajadoras fueron arrestados por causas políticas. De ellos, 421 totalizaron condenas por 923 meses de prisión. Con el caso de Thomas Mann, detenido en diciembre de 1932, Gran Bretaña incorporó el principio continental del "arresto preventivo": el veterano líder fue encerrado sin que hubiese ningún cargo contra él. En este contexto desfavorable el P.L. debió asumir la tarea de revalorar sus viejos principios. Entre sus cuadros se levantaban las voces disidentes rechazando el gradualismo. Herbert Morrison afirmaba que "la reforma social bajo el capitalismo tiene limitaciones" y

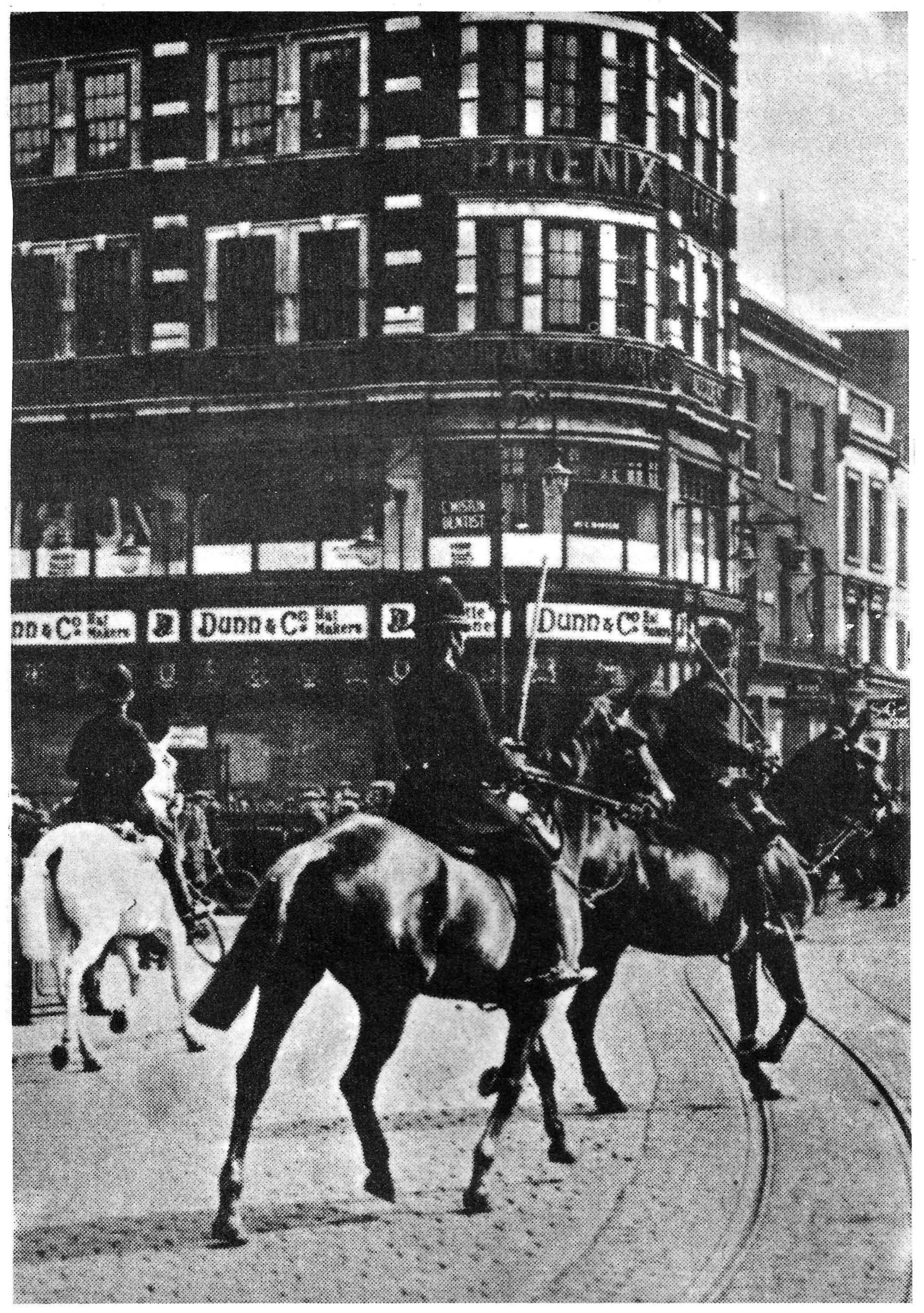
Mineros de Gales. La Federación de Trabajadores Mineros de Gran Bretaña —integrante del TUC— contaba a principios de la década del 30 con 518.000 afiliados.

"Repentinamente y sin ninguna razón aparente la policía montada comenzó a cargar contra la multitud, tanto sobre los desocupados que integraban la manifestación como contra los espectadores y los desprevenidos paseantes. En ninguno de los mitines existió desorden como para justificar una represión tan brutal de parte de la policía."
Del periódico "New Statesman & Nation", refiriendose a la marcha de hambre del 27 de octubre de 1932.

que era necesario "implantar primero el socialismo". A fin de evitar toda posible reiteración de la crisis sufrida por el partido en 1931, la conferencia nacional de 1932, a instancias de Sir Charles Trevelyan, resolvió que "los dirigentes del próximo gobierno laborista y la sección parlamentaria del P.L. al asumir el poder estaban obligados a promulgar de inmediato una legislación claramente socialista y que el Partido debía permanecer o caer del gobierno y la Casa de los Comunes por los principios en los cuales había creido". Entretanto habían llegado a su punto crítico las relaciones entre el P.L.I. y el P.L.
Mientras la mayoria de los lideres del P.L.I. no deseaba forzar una salida, el conjunto de sus miembros estaba ansioso por desafiliarse del P.L. Con la formación del Comité Político Revolucionario, a principios de 1932, comenzó a organizarse un ala izquierda definida. Integrado por los dirigentes más jóvenes y activos de Londres, este Comité insistía en la necesidad de una completa ruptura con las tradiciones del partido y su reemplazo por una nueva política revolucionaria de base netamente marxista. Aunque criticaba acerbamente al P.C., era partidario de formar con él un frente unido contra el fascismo, que por entonces avanzaba arrolladoramente en el continente.
En la Conferencia anual del P.L.I. de 1932 se impuso la línea izquierdista logrando la desafiliación del partido al P.L. Pero la falta de claridad en los fundamentos contribuyó a sembrar la confusión entre las bases. Para aprovecharla, la minoría derrotada proyectó de inmediato la formación de un nuevo núcleo socialista encuadrado dentro del P.L. y en la Conferencia de Leicester, en octubre de 1932, quedó establecida la Liga Socialista. Aunque minoritaria por el escaso número de sus miembros, la Liga contaba con intelectuales de prestigio tales como H. N. Brailsford y Sir Stafford Cripps; también absorbió a la Sociedad de Información y Propaganda Socialista, fundada el año anterior por G. D. H. Cole con la participación de Ernest Bevin.
Entre 1928 y 1932 los comunistas ingleses habían adoptado una política de sectarismo extremo caracterizando como "socialfascistas" a los dirigentes del P.L. y del T.U.C. Precisamente sus ataques a este último les permitió capitalizar el apoyo de los obreros no sindicalizados. El P.C. también ganó terreno entre algunos sectores mineros de Escocia y entre los obreros textiles afectados por la crítica situación de esta industria y organizó con éxito a los trabajadores no calificados a través de los movimientos de base que exteriorizaban su creciente descontento en paros combativos y tumultuosos manifestaciones de protesta. Sin embargo, en la medida en que su sectarismo le había impedido franquear las puertas de los sindicatos oficiales, avanzó muy poco entre las filas del movimiento obrero organizado y se lo visualizaba como un núcleo aglutinador de los desocupados antes que por un partido de trabajadores.

Política del T.U.C. después de la crisis de 1929-1932

La lenta recuperación económica que despuntaba a partir de 1932 se debió —en Inglaterra como en todas partes— a la intervención del estado. Se inscriben en esta política que tendía a proteger la industria: la devaluación de la libra, la Conferencia de Ottawa —que aseguraba los mercados coloniales—, los tratados bilaterales (como el Pacto Roca-Runciman concretado con la Argentina) que reforzaban la dependencia de los países semi-coloniales, la reducción de las tasas de interés y, después de 1936, un vigoroso programa de rearme. Como observó **The Economist**, en marzo de 1939, en un artículo titulado "La cartelización de Inglaterra": "desde 1932 el estado ya no apareció ante la industria solamente con la vestidura de monitor o de gendarme; ha tenido favores que dispensar"; se ha re-


PHOENIX
Dunn & Co Hat Makers
Dunn & Co Hat Makers

Dos imágenes de los disturbios provocados por el hambre en Londres. Los convoyes de carne —amenazados por trabajadores hambrientos— son custodiados por efectivos del ejército.

volucionado "la actitud de la industria frente al estado" y "el policía se ha convertido en Papá Noel".

Durante esta década la acción del T.U.C. se fue encuadrando progresivamente dentro de los lineamientos políticos del estado moderno, cuyas funciones prioritarias son las de "regulación" y "orden" y donde la fracción monopolista de la burguesía ha pasado a ser hegemónica.

Como condición indispensable de su nueva función reguladora de la economía, el estado necesita reforzar el ejercicio a través de la policía, el ejército y la legislación respectiva, de su función política tradicional de garante del orden social, cambiando los alcances y la finalidad de la misma. Mientras en el estado clásico liberal esta función se limitaba a guardar o restablecer el orden eventualmente trastornado por el agudo estallido de los conflictos sociales, en el estado monopolista moderno se reprime con fuerza todo intento de movilización de las masas, en tanto toda acción de éstas lleva implícita la negación de ese nuevo orden cuyo objetivo es la desmovilización y la despolitización. De ahí que el gobierno "nacional" —considerado por sus contemporáneos como el más reaccionario que había conocido Gran Bretaña desde hacía varias generaciones— acentuara la violencia de la represión y quebrara la larga tradición de respeto a las libertades civiles consagradas por la legislación inglesa promulgando la "Ley de incitación al desorden". Una vez superados los efectos más agudos de la crisis el gobierno iría extendiendo su papel de empresario público sobre sectores de "interés general" no rentables: salud e higiene públicas, transporte, etc., para hacer más soportable el conjunto del sistema a las clases dominadas. De ese modo, como una necesidad política de las clases dominantes, que incluso puede no coicindir con sus intereses económicos inmediatos, el estado fue incorporando dentro de su dinámica propia una proporción más o menos apreciable de los intereses de las clases subordinadas, hasta encuadrar a los sindicatos dentro del **establishment** británico.

En este contexto recuperó su verdadera dimensión la peligrosa tendencia que se preanunciara en el "mondismo" y, dentro del marco del estado, la burocracia sindical pactó con el capital monopolista la fijación de los salarios, para permitir a éste calcular los costos que independizaran sus ganancias del juego de los precios.

Esta nueva función del movimiento obrero organizado explica su creciente influencia sobre el P.L., ahora más que nunca reducido a mera rama política del T.U.C. y, como partido clasista, limitado a procurar la obtención de algunas ventajas en el seno de un régimen político-social cuyos fundamentos no cuestionaba. La fuerza del T.U.C. hizo posible mantener, y hasta aumentar, los salarios reales de los obreros que conservaron su trabajo, aun durante la fase más aguda de la crisis y pese al ingente ejército industrial de reserva, apoyándose en el funcionamiento de los **Trade Boards,** organismos gubernamentales integrados por representaciones paritarias de empresarios y obreros más dos o tres funcionarios del gobierno, cuyas funciones eran fijar los salarios mínimos y servir como instancia en los conflictos. Sin embargo, importa tener en cuenta que, además de la fortalecida capacidad defensiva de la clase obrera organizada, el aumento de los salarios reales durante este período se debió, en gran parte, a la disminución del costo de la vida a raíz de la baja de los precios internacionales de los productos alimenticios, en especial del trigo. En otras palabras, la posibilidad de mantener el nivel de vida de la "aristocracia obrera" británica dependía estrechamente de la superexplotación de los trabajadores de los países dependientes, sometidos a los efectos del intercambio desigual en beneficio de las potencias imperialistas.

Pero estas ventajas, sólo asequibles al 40 % de la clase asalariada que había permanecido inmune al desempleo agudizado durante la depresión, determinaron la división del proletariado





Otra "Marcha de Hambre", esta vez en Hyde Park, en 1934. Las manifestaciones combativas de los obreros ingleses —acosados por la miseria— contradecía el tibio reformismo del laborismo oficial.

Una estación de ferrocarril es ocupada por huelguistas. El gobierno —jaqueado por las manifestaciones de descontento— acentúa la represión y promulga la "Ley contra las incitaciones al desorden".



Los fascistas británicos

"El *New Party*, fundado por Sir Oswald Mosley en 1930, a menos de un año de su creación se había convertido en un cuerpo que tomó abiertamente la denominación de Unión Británica de Fascistas, cuyos miembros uniformados lucían las clásicas camisas negras al estilo italiano. En abril de 1933 Mosley se entrevistó en Roma con Mussolini, conjuntamente con Goering y otros jefes nazis.
La dirección oficial del movimiento obrero británico prefirió ignorar a Mosley y cuando la Unión de Fascistas organizó una concentración a realizarse en el Olimpia Exhibition Hall, el 7 de junio de 1934, el T.U.C. sugirió que para desalentar a los fascistas lo mejor sería no hacer nada. Los comunistas y activistas de izquierda en general pensaban lo contrario y en esto contaban con el apoyo de amplios sectores entre las filas trabajadoras londinenses. La contra-demostración en el Olimpia, junto a la brutalidad desplegada por los fascistas, conmovió a todo el país despertando una ola de fuerte sentimiento antifascista que se extendió más allá de los cuadros de la clase obrera. Cuando en setiembre de ese año (1934) los *blackshirts* (camisas negras) procuraron recuperar su empañada reputación mediante una movilización masiva en Hyde Park, nuevamente partió de la izquierda tanto la convocatoria como la campaña "para hundir a los camisas negras en el mar del activismo organizado de la clase obrera".
El sol resplandecía sobre una luminosa tarde de setiembre y convergían los contingentes desde todos los barrios de Londres, avanzando a paso vivo y alegremente detrás de sus rojos estandartes. Difícilmente podré olvidar mi júbilo cuando el grupo del cual formaba parte enfiló desde la Avenida Rayswater hacia el Park. Cuando mirábamos a la derecha, al otro lado del suave declive que se extiende justamente más allá de la avenida de árboles a lo largo del paseo, era imposible ver algo del abierto espacio sembrado de césped y ahora cubierto enteramente por lo que parecía un sólido mar de gente. Allí se habían congregado 150.000 londinenses para saludar a los manifestantes y dar muestras de su repudio al fascismo. Tan inmensa era la multitud antifascista que su gran tamaño provocó la exaltación y el entusiasmo nacidos de la confianza en el gran número.
Frente a las crónicas detalladas y algo *temerosas* que al día siguiente aparecieron en los periódicos —el tory *Daily Sketch* tituló la nota sobre la demostración: "la más grandiosa nunca vista en Hyde Park", acorde con la descripción del liberal *Manchester Guardian* de la "mayor multitud reunida en Hyde Park de la que se tenga memoria"— el *Daily Herald* (periódico oficial del T.U.C.) agregó muy poco con su solemne declaración que "el fiasco de Mosley se debió principalmente a la espléndida organización policial y al buen sentido de los trabajadores londinenses, que observaron las directivas del T.U.C. y no participaron en la contra-demostración".

(Tomado de: Allen Hutt, *The Post-War History of the British Working Class.*)

británico entre tales privilegiados y una mayoría que sufría las peores consecuencias de la crisis. Esta irreductible división explica la desconcertante y contradictoria coexistencia de una miseria obrera que levantaba oleadas de protesta, canalizada en multitudinarias "marchas del hambre" y espontáneas revueltas masivas de los que luchaban por su derecho a la subsistencia, con el movimiento laborista oficial —tanto en su rama sindical como política—, el cual giraba ideológica y políticamente hacia un reformismo burgués que lo aislaba de las corrientes sociales y políticas que convulsionaban al resto de Europa. Desde esta perspectiva, el T.U.C. se opuso tenazmente a los intentos del P.C. de lograr la unidad del movimiento obrero. Desde 1932 a 1934 había cambiado gradualmente la posición del P.C., que en todas partes propugnaba la formación de un frente unido integrado por todos los sindicatos y los partidos de la clase obrera contra la amenaza del fascismo. En 1933, después del acceso de Hitler al poder en Alemania, el P.C. propuso formalmente su constitución al P.L. y al P.L.I. El T.U.C. se apresuró en salirle al paso a través del Consejo Nacional Conjunto (coordinador de la política de la central obrera con la del P.L.), que publicó un manifiesto de neto corte liberal burgués, **Democracy versus Dictatorship** (Democracia vs. Dictadura), donde reafirmaba su confianza en los principios constitucionales y se oponía por igual al fascismo y al comunismo caracterizando a la dictadura del proletariado como una extrema reacción de la izquierda.
Asegurado el campo político, el T.U.C. se lanzó a frenar los avances del P.C. en el terreno sindical. En 1934 el consejo general envió a los sindicatos adheridos la llamada "circular negra", que obligaba excluir a los delegados comunistas de los consejos laborales locales que desearan conservar el reconocimiento formal del T.U.C. Mediante este expediente, más próximo a un chantaje que a una exhortación, la central obrera disciplinó a los consejos locales que temían per-





Winston Churchill y Clement Attlee serán las figuras que dominarán el panorama político inglés en los años siguientes a la caída del gabinete laborista.

der la capacidad de negociación garantizada institucionalmente por su pertenencia al T.U.C.
Ya hacia fines de la década el T.U.C. entró decididamente en los mecanismos de consulta y organización creados por el estado para regular la industria.

El rearme

El T.U.C. influyó considerablemente en la línea política asumida oficialmente por el P.L. en las cuestiones internacionales de Gran Bretaña. En 1934 el consejo general del T.U.C., el ejecutivo nacional y el comité parlamentario del P.L. emitieron una declaración —**Ward and Peace** (Guerra y Paz)— que desautorizaba al pacifismo puro y a los intentos de declarar una "huelga general internacional" como recurso de la clase obrera para evitar la guerra, estableciendo claramente "el deber irrenunciable de apoyar a nuestro gobierno hasta las últimas consecuencias en el cumplimiento de su obligación de tomar parte en la acción colectiva contra cualquier agresor que intentara quebrar la paz".
Al igual que durante la Primera Guerra los elementos pacifistas abundaban más entre los intelectuales que entre los sindicalistas. Ya en 1935, después del ataque de Mussolini a Etiopía y en vísperas de las elecciones generales, al P.L. se le hizo cada vez más embarazoso conservar como su dirigente máximo visible a George Lansbury, pacifista declarado que presidía el bloque parlamentario de oposición desde la crisis de 1931. En la conferencia anual del P.L. Lansbury se opuso a la declaración emitida por el partido sobre política internacional y que, a instancia de Bevin, sería confirmada por la mayoría de los delegados.
Lansbury presentó su renuncia y fue reemplazado por Clement Attlee, quien, junto con Stafford Cripps, había sido su principal asistente en el parlamento.
Las elecciones consolidaron al gobierno "nacional", ya que éste, abogando por la causa de la seguridad colectiva a través de la acción de la Liga de las Naciones, había arrebatado al P.L. su carta de triunfo en ese momento. Sin embargo, al fracasar en sus intentos por coaccionar a Italia con la amenaza de las sanciones de la Liga durante los meses posteriores, el gobierno de Baldwin se inclinaría a abandonar esa política en el curso de 1936, mientras el P.L. permanecía adscripto a la política de seguridad colectiva a través de la Liga o bien, si ésta se mostraba ineficaz, mediante alianzas con aquellos estados que se mostraran dispuestos a resistir la agresión. Con el rápido rearme de Alemania a lo largo de 1936 se volvió urgente para el P.L. asumir una postura definida acerca de la cuestión.
Los socialistas doctrinarios desconfiaban de que el gobierno "nacional" usara un arma tan peligrosa como la guerra para otros fines que no fueran los de la lucha interimperialista; los pacifistas sentimentales sentían que el rearme era moralmente incorrecto y todos los elementos del partido comprendían que, de hecho, significaba la postergación de sus proyectos de reforma social. Nuevamente el consejo general del T.U.C. tomaría la iniciativa. En la conferencia del P.L. de 1936 Bevin se lanzó resueltamente en apoyo del rearme, pero recién al año siguiente la conferencia del P.L. decidió que el partido apoyara la política de rearme y confirmó la demanda del ejecutivo nacional que abogaba por la disolución de la Liga Socialista de Stafford Cripps, que hasta entonces había urgido sobre la necesidad de formar un Frente Unido con los comunistas. En este punto la línea general de la mayoría de los dirigentes laboristas permanecía invariable; mientras por una parte se inclinaban a mantener la desunión del movimiento obrero acentuando los ataques contra el P.C., por otra hallaban cada vez más puntos de acuerdo que de conflicto con el enemigo formal: el gobierno. A partir de 1938 el consejo general del T.U.C. colaboró con el gobierno en los planes de movilización y defensa antiaérea. Su adhesión a la política de las clases dominantes era total y se identificaba con las premisas ideológicas del nacionalismo burgués propio de las potencias imperialistas. De ahí que, a diferencia del continente, donde el fascismo ganaba las masas empobrecidas, los camisas negras de Sir Oswald Mosley, lejos de ser una necesidad para consolidar la hegemonía del capital monopolista, ni siquiera llegaron a convertirse en un peligro serio para el régimen demoliberal porque en la Gran Bretaña de entonces la burguesía y el sistema capitalista nunca estuvieron real y masivamente amenazados.

Bibliografía

Hutt, Allen: **The Post-war History of the British Working Class.** New York, Coward-MaCann, 1938.
Pelling, Henry: **A History of British Trade Unionism.** Penguin Books, 1963.
Cole, G. D. H.: **Historia del pensamiento socialista.** México, Fondo de Cultura Económica, 1961. Tomo V.
Luxemburg, Rosa: **Huelga de masas, partido y sindicatos.** Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente Nº 13, 1970.
Poulantzas, Nicos: **Hegemonía y dominación en el estado moderno.** Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969.
Dobb, Maurice: **Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.** Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 1971.

Las movilizaciones obreras en España (1914 - 1936)

Perla L. Haimovich

"¡En pie de guerra el proletariado contra la conjura monárquica y fascista!" Proclama de la CNT, 14 de febrero de 1936.

En medio de la Europa capitalista, España continuaba siendo, durante las primeras décadas del siglo XX, uno de los países más atrasados del continente.

La independencia de sus últimas colonias americanas, hacia fines del siglo XIX, derrumbó su papel centralizador del capitalismo comercial y la decadente monarquía no vio peligrar su hegemonía. En un país netamente agrícola, con una industria escasamente desarrollada y regionalmente limitada, creció una burguesía débil, incapaz de impulsar a España por los caminos del progreso capitalista.

La neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial modificará notablemente la situación del país. Convertida en proveedora de productos alimenticios para los países en guerra, la industria extractiva y la textil, fundamentalmente, crecieron en forma considerable. Pero en general la naciente industria española no iba más allá de la etapa manufacturera. Solo la industria metalúrgica del país vasco reunía las características de la gran industria capitalista. La industria textil, cuyo centro más importante era Cataluña, que ocupaba proporcionalmente el mayor número de obreros se hallaba desperdigada en una gran cantidad de pequeñas fábricas y talleres. Esta última característica puede hacerse extensiva a toda la industria española. Dadas sus características de exportadora de productos del suelo España se presentaba como campo apto para recibir inversiones de capitales extranjeros, que se colocaron, fundamentalmente, en explotaciones mineras y en los servicios públicos.

El fin de la guerra y después la crisis de 1930 afectarán profundamente su estructura industrial, demostrando su debilidad. Entonces la burguesía, dependiente del capital extranjero y ligada estrechamente a la nobleza terrateniente, se ubicará junto a las filas del viejo y decadente orden existente.

Pero el desarrollo de la industria, aun con sus limitadas características, implicó la formación de un proletariado industrial importante, de más de dos millones y medio de obreros en 1934. Junto a él se hallaba un sector artesanal poderoso, con más de un millón de miembros, y de gran influencia en la estructura política. Por otro lado, dos millones de obreros agrícolas, ligados por numerosos lazos a los trabajadores urbanos, y un millón y medio de pequeños propietarios de parcelas que no superaban la hectárea, explotados bajo un sistema semifeudal, se sumaban a la estructura de clases en España. El principal problema de España lo constituía el sector agrario. Una mínima casta privilegiada, poseedora de inmensas extensiones de tierra, dominaba el ritmo económico del país a costa de la miseria de millones de campesinos. Como lo señala Gerald Breman "se podían distinguir dos problemas agrarios esenciales: el de las pequeñas tenencias del Norte y del Centro, a menudo demasiado pequeñas para la subsistencia de quienes las trabajan (aplastados por los impuestos del foro, característica eminentemente feudal), y el de los grandes dominios del sur, explotados mediante el trabajo de obreros a quienes la abundancia de mano de obra permitía ofrecer tan solo sueldos de hambre". Este último sector es el que promovió, sucesivamente, rebeliones desde una perspectiva no nacional, local, a veces con matices reaccionarios, que expresaban la aguda confrontación de clases en el campo.

Otro dos sectores que cumplen un papel relevante en la historia española son el clero y el ejército. Durante esta etapa la Iglesia parecía no haber superado la pauta de la Edad Media. Un ejército de 20.000 curas, frailes y monjas, mantenido con los millones de pesetas que recibía del Estado y con la explotación de miles de hectáreas en el campo y los beneficios provenientes de su intervención en el comercio y la banca, controlaba fundamentalmente el área de la "enseñanza pública" en un país que contaba con doce millones de analfabetos es decir, la mitad de su población total. El ejército, que después de la guerra contra Napoleón se había convertido en refugio de los hijos de las

selectas familias de la oligarquía, había comenzado a intervenir en política para defender sus privilegios. A pesar de su limitadísima capacidad de fuego, era suficiente para ahogar en sangre cualquier intento reivindicativo de los trabajadores. Pero dentro de la estructura del ejército existían contradicciones que habrían de influir en el curso de los acontecimientos". Así, las armas más complejas, como la artillería, asimilaría más las ideas republicanas que las armas tradicionales, como la caballería, inclinada habitualmente a apoyar a la monarquía. Las primeras décadas del siglo XX, así como todo el siglo XIX, caracterizaron a la historia española por los sucesivos golpes revolucionarios palaciegos, por los continuos cambios de regímenes políticos y por las renovaciones interminables de gabinetes ministeriales. Pero la debilidad de las otras clases sociales permitió a la monarquía salir airosa de cada uno de estos conflictos y perpetuar el sistema. Una oligarquía poderosa, que confluirá durante la república en el Partido de la Renovación Española, cobertura legal de la insurrección de 1936, dirigida por José Sotelo y Antonio Goicochea la Comunidad tradicionalista, también monárquica, y apoyada por pequeños agricultores de Navarra, y el movimiento carlista serán sus expresiones políticas.

También forman parte de la estructura social una burguesía industrial débil y minoritaria y una pequeña burguesía no menos débil, que incluye comerciantes no muy prósperos y funcionarios de los servicios y profesionales liberales. Esta debilidad también la encontramos en las organizaciones políticas que los representan. Los republicanos, nucleados en el Partido Radical no constituyen un grupo homogéneo: . . . " el ala izquierda de la burguesía —señalaba Trotski en 1931—, sobre todo la representada por la juventud intelectual, se ha asignado como fin, hace ya tiempo, la trasformación de España en república [. . .] En sus sectores dirigentes, los republicanos españoles se distinguen por un programa social extremadamente conservador: su ideal lo ven en la Francia reaccionaria de hoy, creyendo que con la república vendrá la riqueza, y no están dispuestos, ni son capaces de ello, a seguir el camino de los jacobinos franceses: su miedo ante las masas es más fuerte que su odio a la monarquía". Una de sus fracciones se alineará con las derechas autónomas en 1933, mientras la otra, encabezada por Azaña, concurrirá al Frente Popular con los partidos obreros. Además existían muchos partidos y movimientos republicanos autonomistas (catalanes, vascos) que respondían a las características centrífugas de las provincias españolas, produce del atraso de la economía nacional, de la falta de integración económica con respecto a los relaciones comerciales e industriales entre las provincias, que acentuaban el descontento en las distintas regiones y fomentaban las tendencias separatistas.

Las organizaciones obreras



El desarrollo relativo de la industria española, gracias a la coyuntura favorable producida en la Primera Guerra Mundial, crea una nueva correlación de fuerzas al forjar un poderoso proletariado que impulsaría el crecimiento de los sindicatos y de los partidos revolucionarios. La debilidad de la burguesía, en todos sus sectores, colocaba al proletariado como la única clase que, apoyándose en el campesino, era capaz de disputar el poder a la oligarquía. La organización sindical del proletariado había adquirido importantes dimensiones. En todas las ciudades los obreros estaban afiliados a sindicatos que respondían a distintas orientaciones ideológicas.

El anarquismo

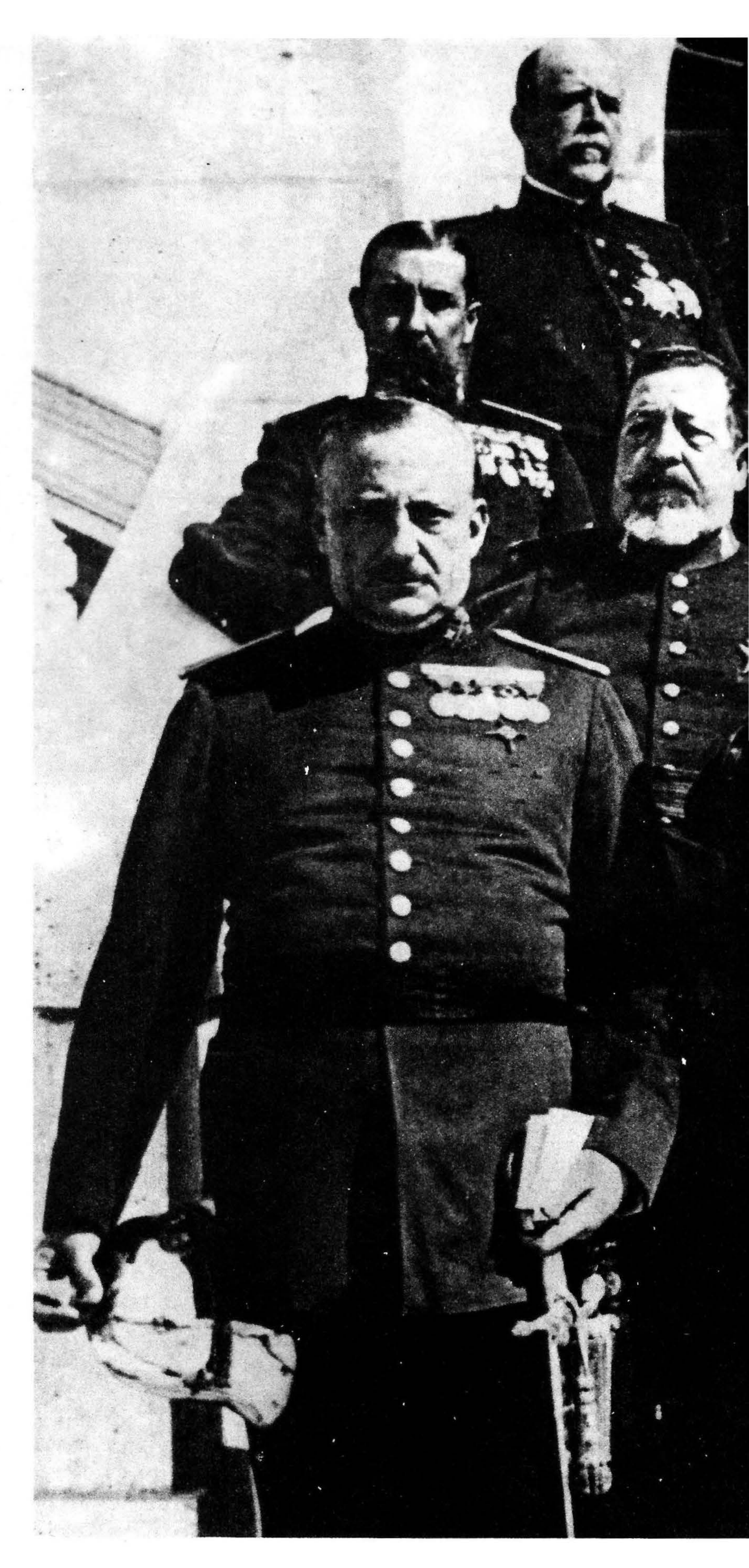


El anarcosindicalismo y su poderosa inserción en los trabajadores españoles respondía a la a la situación de atraso que vivía el país: su tendencia comunalista

1909: un nutrido grupo de sindicalistas durante una reunión organizativa. La agitación obrera de ese año tuvo su punto culminante en la "semana trágica" barcelonesa.



1922: el rey Alfonso XIII y su estado mayor en una ceremonia oficial. A la derecha del monarca se encuentra el general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, que un año después se constituirá en dictador.





penetraba fácilmente entre los obreros rurales sin tierra y su tendencia sindicalista entre los numerosos artesanos y obreros manufactureros. Ambas tendencias coincidían en propiciar un comunismo libertario, logrado por el desencadenamiento espontáneo de la rebelión de los explotados, y rechazaban toda posibilidad de organización de un partido centralizador y cualquier forma de estado.

En 1917, con centro en Cataluña y apoyada por sindicalistas franceses, nació la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). El impacto de la Revolución Rusa determinó que, en 1919, la CNT se adhiriera a la Internacional Comunista y enviaron una delegación al Segundo Congreso de la Tercera Internacional, que se realizó en Moscú el 15 de julio de 1920. Pero la definición de conceptos tales como "dictadura del proletariado", "centralización orgánica", etc., no correspondían en absoluto con las expectativas de los anarquistas españoles. Su relación con la I.C., formal por sobre todo, se mantuvo hasta que el Congreso Nacional de Zaragoza, de 1922, decidió su separación definitiva, tanto de la I.C. como de la Internacional Sindical Roja. De esta ruptura surgirían en el seno de la CNT los dos fundadores del Partido Comunista Español: Andrés Nin y Joaquín Maurín.

La CNT era sin duda una organización poderosa: en 1918 contaba ya con más de un millón de afiliados. Su principal zona de influencia hacia 1930 era Cataluña. En Andalucía controlaba el sindicato de braceros; en Madrid, los de los obreros de la construcción; los portuarios de Valencia y los trabajadores de zonas periféricas más pobres adherían al anarquismo. Gran influencia tenía la CNT entre los campesinos más pobres, en quienes pesaba aún "la tradición del comunalismo aldeano, teñido de localismo y de espíritu cooperativo". La fuerza de la CNT se daba en Andalucía, en la zona del Levante y Valencia y también en Aragón. Fueron en estas zonas donde, al instaurarse la república, se intentaron formar "comunas libertarias".

La CNT estaba conformada por sindicatos locales. Rechazaba la formación de federaciones por industria porque consideraba que el centralismo llevaría necesariamente a la conformación de una burocracia dominante. Recién en 1931 la CNT rectificará esta posición ante la imposibilidad de oponer a un capitalismo cada vez más centralizado organizaciones obreras aisladas.

En 1927 se organizó la Federación Anarquista Ibérica (FAI), la cual, en defensa de la pureza del anarquismo, desplazó del seno de la CNT a la tendencia sindicalista, que bregaba por una mayor atención a las reivindicaciones económicas de los trabajadores. Este grupo, dirigido por Angel Pestaña, fue expulsado de la CNT cuando, en 1931 publicó un manifiesto, titulado **Los Treinta**, en el que proclamaba la independencia política de los sindicatos. El grupo de los "trentistas" formó entonces los "Sindicatos de la Oposición", que tuvieron peso significativo en Asturias, en el Levante y en algunas ciudades de Cataluña. Poco antes de la revolución de 1936 el grupo fue reincorporado a la central y logró imponer nuevamente la línea anarcosindicalista y la independencia de los sindicatos de cualquier organización política. Trotski, que analizó detenidamente todo ese proceso español, afirmaba: "La Confederación Nacional del Trabajo agrupa indiscutiblemente a su alrededor a los elementos más combativos del proletariado [. . .] Pero al mismo tiempo no debemos hacernos ninguna ilusión respecto de la suerte del anarcosindicalismo como doctrina y como método revolucionario. El anarcosindicalismo, con su carencia de programa revolucionario y su incomprensión del papel del partido, desarma al proletariado. Los anarquistas "niegan" la política hasta que esta les toma por el pescuezo: entonces dejan sitio libre para la política de la clase enemiga".

Los anarcosindicalistas caracterizaron al proceso abierto en 1931 como una revolución puramente burguesa y sin medir sus contradicciones internas, adoptaron una táctica que se opuso a cualquier tipo de colaboración y que pro-

Manifestación en Madrid en celebración del 1º. de mayo. La CNT se constituyó en la organización obrera de mayor peso. En 1918 nucleaba más de un millón de afiliados.



nunció la lucha frontal contra el gobierno.

El Partido Socialista Obrero Español

El PSOE fue fundado en 1879 sobre la base de un programa muy moderado y propiciando la participación constitucional. Surgió como una organización sumamente débil, que en 1910 sólo contaba con 42.000 afiliados. Cuando en 1890 se promulgó la ley electoral, año que coincidió con una importante ola de huelgas, el PSOE decidió su participación en las elecciones parlamentarias y proclamó su rechazo de la huelga general como arma política. Siguiendo la línea socialdemócrata alemana, el PSOE resolvió crear una organización sindical dependiente del partido. Así nació en 1888, sobre la base de un grupo de pequeños sindicatos, la Unión General de Trabajadores (UGT). La organización de la UGT tenía caracteristicas netamente distintas a las de la CNT. Desde el principio bregó por la formación de sindicatos por oficio o por industria, centralizados nacionalmente, tratando de hacer contratos colectivos de trabajo, organización de mutuales, etc. Es decir, de montar un aparato sindical que, dependiendo del partido, sirviera de puente de conciliación con el gobierno y la patronal. Tales intentos encontraron escollos importantes en las caracteristicas localistas de las distintas provincias españolas. Los acontecimientos de 1909 en Cataluña, donde anarquistas, socialistas y sindicalistas se unieron a fin de resistir el reclutamiento de tropas para emprender la tercera guerra en Marruecos, dieron un fuerte impulso a la UGT. Hubo grandes manifestaciones callejeras, ataques contra iglesias y una huelga general que culminó con la "Semana trágica" de Barcelona, cuando el ejército asesinó a muchos trabajadores y realizó arrestos masivos. Su intervención en estos acontecimientos, como asi también en muchos movimientos

Cronología de España, 1902-1936

1902: Sube al trono Alfonso XIII.
1902/17: Descomposición del sistema canovista. Surgen nuevas generaciones de políticos ante la crisis de los partidos liberal y conservador.
1909: Semana Trágica: revueltas obreras contra la guerra con Marruecos.
1911: Constitución de la Confederación Nacional de Trabajo (anarquista) en Barcelona.
1916: Nacen las Juntas de Defensa militares como órganos de poder.
1917: Asamblea de Parlamentarios en Barcelona con el objetivo de reformar la constitución. Choques entre la Junta y el movimiento obrero. Huelga general organizada por la CNT y la UGT sofocada por el ejército. El gobierno de Barcelona es intervenido por la Junta.
1916/1922: Ola de huelgas obreras en demanda de elevación del nivel de vida y contra la guerra que se prolongará hasta 1927.
1921: Se funda el Partido Comunista Español.
Agitación social constante con centro en Barcelona y el campo andaluz: huelgas, lock-outs, enfrentamientos violentos entre obreros y patrones.
1923: Golpe militar del general Primo de Rivera y dimisión del gobierno de García Prieto. Primo de Rivera intenta establecer un régimen estable con el apoyo del ejército, la burguesía, los terratenientes y el clero.
1923-26: El Directorio Militar restablece el "orden público reprimiendo a las organizaciones obreras y sindicatos.
1924: Se crea la "Unión Patriótica", partido único base de apoyo del gobierno. Se organizan las Corporaciones según el modelo fascista y los "comités paritarios", órganos de resolución de los conflictos laborales. Colaboración del Partido Socialista y de la UGT en el gobierno de P. de Rivera.
1926: Termina la guerra de Marruecos. Conformación de nuevos mandos militares en la zona ocupada. Sustitución del Directorio por un Consejo civil; se crea una Asamblea Nacional Consultiva para preparar el proyecto de reforma de la constitución de la monarquía española, que es presentado en 1927. Fundación de la F.A.I.
1929: El anteproyecto es rechazado. Pérdida de base de apoyo de primo de Rivera, agudizada su crisis por la crisis económica mundial.
1930. Huelga obrera general con apoyo de las fuerzas republicanas. Dimisión de Primo de Rivera y reemplazo por el general Berenguer, a quien el rey encomienda la formación del nuevo gobierno.
Agosto: Pacto de San Sebastián entre republicanos, socialistas y catalanistas de izquierda.
Octubre: Brotes republicanos en el ejército.
Diciembre: Alzamiento republicano de la guarnición de Jaca, que es sofocado. CNT y UGT lanzan la orden de huelga general. Grupo de intelectuales republicanos forman el grupo "Al servicio de la República".
1931: Enero. Dimisión de Berenguer y reemplazo por Aznar. Llamado a elecciones municipales.
Abril: Elecciones municipales, donde triunfa la coalición de republicanos y socialistas. El Comité Revolucionario presidido por Niceto Alcalá Zamora envía un ultimátum al rey, que, sin dimitir, abandona el país. El Comité Revolucionario asume como Gobierno Provicional y proclama la República.
Mayo: Se proclama la libertad de cultos. Azaña, ministro de guerra, inicia reformas militares.

28 de junio: Elecciones generales: triunfa la coalición de republicanos de izquierda y socialistas.
4 de julio: Huelga de telefónicos dirigida por la CNT; se extienden huelgas generales por toda la república.
18 de agosto: Proyecto de Constitución para la república presentada en las Cortes.
9 de diciembre: Las Cortes aprueban la nueva Constitución. Azaña forma el gobierno con apoyo de socialistas y republicanos liberales.
31 de diciembre: Suceso de Castilblanco: choque entre la guardia civil y campesinos.
1923: Nuevas leyes laicas: divorcio, secularización de los cementerios, expulsión de los jesuitas.
5 de enero: Choque entre la guardia civil y obreros en Arnedo.
10 de agosto: Sublevación de general Sanjurjo, que es aplastada. Huelga general.
Setiembre: Estatuto de Cataluña que garantiza autonomía lingüística y administrativa.
15 de setiembre: Ley de Bases de la Reforma Agraria. Se crea el Instituto de Reforma Agraria (IRA), encargado de aplicar la ley de expropiación y distribución de tierras.
1933: Masacre de anarquistas en Casas Viejas.
Abril: Elecciones municipales donde se consigna un avance de los partidos de derecha, quienes piden la dimisión de Azaña. Se convoca a elecciones generales. Gil Robles crea la Confederación de Derechas Autónomas, que nuclea a Renovación Española de Calvo Sotelo y Comunión Tradicionalista (carlistas).
Octubre: José Antonio Primo de Rivera funda la Falange española.
19 de noviembre: Elecciones Generales en las que triunfa el Partido Radical de Lerroux, quien forma el gobierno con la CEDA. Se inicia el "Bienio Negro", así bautizado por los republicanos y socialistas: aplazamiento de la reforma agraria, baja de salarios, represión del movimiento obrero.
1934: Marzo. La CNT declara la huelga en Zaragoza.
Abril: Amnistía a los militares sublevados en agosto. Crisis entre el gobierno y Cataluña (Companys).
Junio: Huelga general y enfrentamiento de los trabajadores con el ejército. Los trabajadores son derrotados con gran represión.
Octubre: En la cuenca de Mieres (Asturias) estalla la revolución obrera liderada por la Alianza Obrera, que se extiende por toda la provincia. Después de más de una semana de lucha sangrienta los obreros son derrotados por el ejército.
1935: Crisis del gobierno. Dimisión del gabinete. Portela Valladares forman el nuevo gobierno. Despues de pocas semanes disuelve las Cortes, renuncia y fija fecha para las elecciones generales.
16 de febrero de 1936: Triunfa en las elecciones el Frente Popular: Izquierda Republicana (Azaña), Unión Republicana (Martínez Barrio), Esquerra Catalana (Companys), Partido Socialista (L. Caballero y Prieto), POUM (Nin) y P.C.E. Abstención de la CNT.
18 de febrero: Azaña, nuevo presidente de la república. Forma el gobierno. Huelgas obreras por la libertad de los presos políticos. El gobierno y los Cortes aprueban la amnistía, el restablecimiento de la Generalidad de Cataluña,la reanudación de la reforma agraria.
Marzo, abril, mayo y junio: Continuas revueltas obreras, tomas de tierras y enfrentamientos armados entre trabajadores y falangistas.
12 de julio: Asesinato de Calvo Sotelo, uno de los líderes de la conspiración militar que se gestaba.

huelguísticos durante las dos primeras décadas del siglo, extendió la influencia del PSOE.
La Revolución Rusa produjo un profundo sismo en el partido, que hizo dudar a muchos de sus militantes de la eficacia del camino parlamentarista. Enviada una delegación al congreso de la Internacional, la mayoría decidió su no adhesión rechazando las "21 condiciones". García Quejido y Mora, los fundadores de la UGT, rompieron con el partido para confuir con otros sectores en la fundación del Partido Comunista Español. Rechazada su adhesión al Comintern, la UGT se afilió a la Federación Internacional Sindical de Amsterdam, de línea socialdemócrata.
Durante la dictadura de Primo de Rivera se produjo un nuevo sismo en el Partido Socialista. Interesado en dividir al movimiento obrero y conseguir una base social de apoyo, Primo de Rivera invitó a los socialistas a colaborar con su gobierno. Así, Largo Caballero, dirigente máximo de la UGT, se convirtió, en 1924, en consejero de estado del directorio militar, sobre la base de aprovechamiento de las libertades que podía otorgarle la dictadura. Lo cierto es que la UGT logró ampliar su influencia mientras la CNT era duramente reprimida y pasaba a la clandestinidad. Esta colaboración enfrentó a la tendencia de Indalecio Prieto, liberal ligado a los republicanos, con el sector "participacionista" de Caballero, ligado a la monarquía. Con la caída de Primo de Rivera, en 1930, las dos tendencias del socialismo se unieron a los republicanos para iniciar un movimiento que derrocara la monarquía. Con la instauración de la república Largo Caballero participó del gobierno de Azaña como ministro de Trabajo.
Cuando en 1934 las elecciones dieron un giro de la república a la derecha el sector del Largo Caballero siguió el vuelco popular hacia la izquierda abandonando sus posiciones socialreformistas y conciliadoras con las clases dominantes, lo que reactualizó las controversias internas con Indalecio Prieto. En 1934 Caballero organizó la creación de un frente

Largo Caballero, dirigente máximo de la UGT. A partir de 1924 ese organismo obrero amplió su influencia y, cuando se instauró la república, Largo Caballero participó del gobierno de Azaña como ministro de Trabajo.

único de partidos y sindicatos, la "Alianza Obrera", frente que sólo contó con la adhesión del PCE y de la CVT en Asturias. Este frente era el que habría de dirigir la huelga general de octubre contra el acceso de la CEDA al poder.

La represión que siguió al levantamiento de Asturias sirvió para redefinir las divisiones dentro del PSOE, que subsistían como característica estructural del partido sin quebrar su centralización. Largo Caballero, encarcelado, se acercó a las posiciones marxistas, abandonando su adhesión a las posiciones tradicionales de la socialdemocracia europea. Sensible al vuelco de las masas obreras y campesinas hacia una unidad clasista, rechazó el reformismo y a partir de ahí se convirtió en uno de los líderes del proceso revolucionario.

Especialmente en las filas de la Juventud Socialista acusó fuerte impacto el pronunciamiento por la dictadura del proletariado, como resultado del fracaso de la política de colaboración de clases que había llevado adelante el PSOE con los partidos republicanos en el poder. El periódico de la UGT, **Claridad**, expresó claramente esta radicalización en un artículo publicado en 1934 bajo el título "Discurso a los Trabajadores": "Creo que la Segunda y la Tercera Socialistas están virtualmente muertas; está muerto el socialismo reformista, democrático y parlamentario que representaba la Segunda Internacional; también ha muerto ese socialismo revolucionario de la Tercera Internacional, que recibía para el mundo entero el santo y seña de Moscú. Estoy convencido que debe surgir una Cuarta Internacional que funda a las dos primeras, tomando de una la táctica revolucionaria y de la otra el principio de las autonomías nacionales. . ."

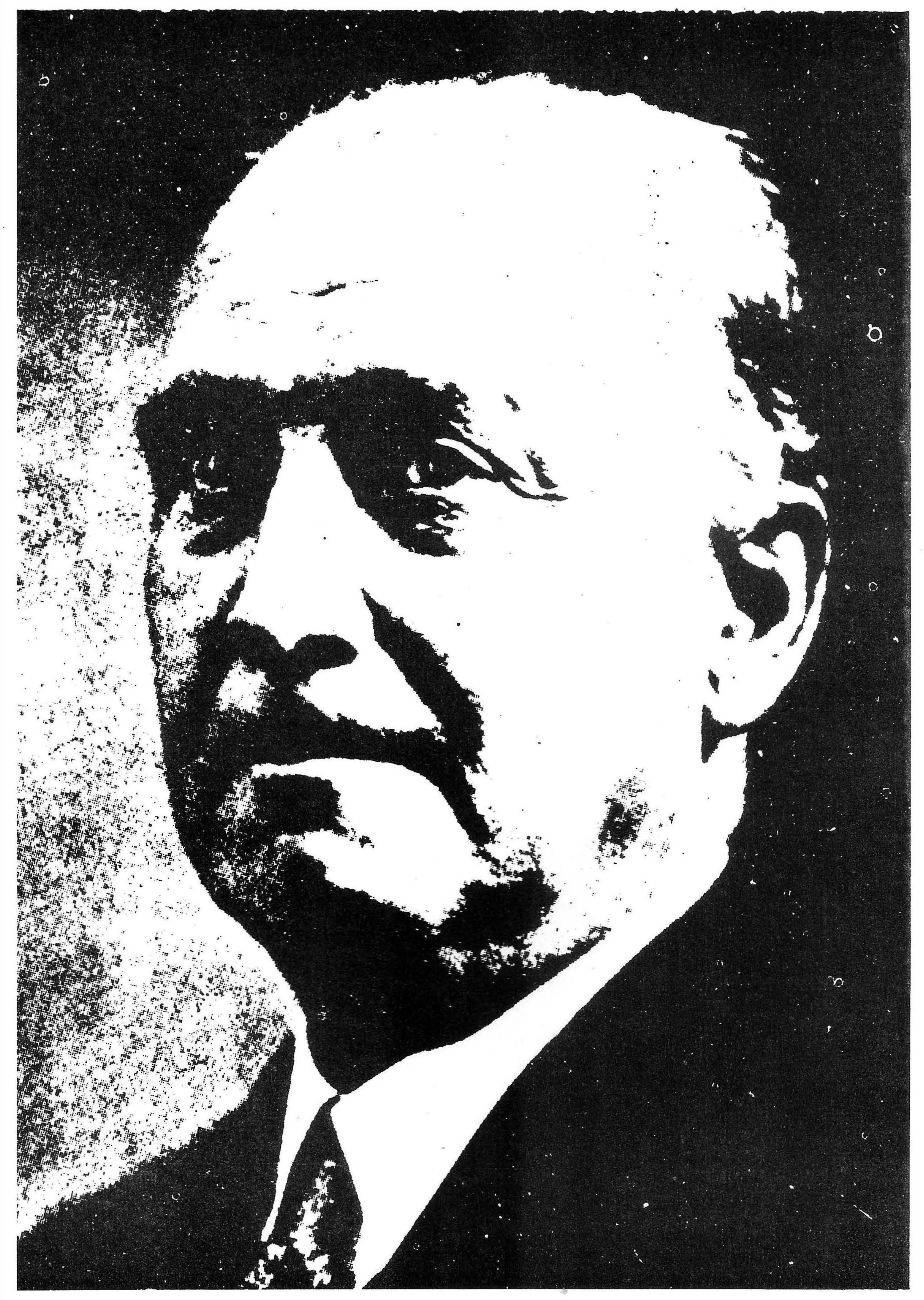
La UGT había crecido en forma considerable: en 1934 cuenta con más de 1.250.000 afiliados. Sus fuertes eran los mineros de Asturias y de Río Tinto; los obreros metalúrgicos de Bilbao y Madrid, Córdoba, Sevilla y Málaga; los jornaleros de Badajoz, Cáceres y Sevilla; así como también los obreros ferroviarios, los obreros fabriles de Valencia y los obreros rurales de la región central.

Las organizaciones comunistas



El Partido Comunista Español se constituyó por la confluencia de tres tendencias separadas después de la Revolución Rusa de los dos grandes nucleamientos obreros españoles: las juventudes socialistas de Andrade y de Portela, los socialistas minoritarios y el grupo de la CNT de Nin y Maurín. El partido que se organizó siguiendo el modelo bolchevique y dependiente de la Internacional Comunista era un grupo minoritario dentro de un movimiento obrero que se nucleaba en torno a las dos grandes y tradicionales organizaciones. "El nuevo partido —dice Claudín— apareció desde el primer momento como responsable de una nueva división del ya tan dividido movimiento obrero español. División que no era el resultado orgánico del movimiento mismo, de una elaboración teorica y de una lucha política enraizada en las condiciones originales del proceso revolucionario español, sino impuesta por la importación de doctrinas y métodos cultivados en otras latitudes. El PCE quedó aislado con el agravante de que se consideraba en posesión de todas las claves de la revolución española". La repercusión de la lucha interna del partido ruso, después de 1824, y luego la represión, durante la dictadura de Primo de Rivera, que obligó al PCE a pasar a la ilegalidad, produjeron graves consecuencias en el partido español: en 1930 había perdido el 90 % de sus militantes iniciales, que en 1922 alcanzaban a 10.000. Como tantos otros partidos comunistas europeos, el PCE se vio sometido a los continuos vaivenes de la política de la Internacional Comunista, a sus caracterizaciones de la etapa de la revolución y del papel que debía desempeñar el partido.

Antes de la instauración de la república el PCE perdió una de sus



En la foto superior: Miguel Primo de Rivera, su hermano José Antonio y Dámaso Berenguer. Abajo: una hilera de ciudadanos aguarda su turno para sufragar, durante el acto electoral de 1931.

organizaciones más importantes y cambativas: la Federación Catalano-Balear, que se fusionó con el Partido Comunista Catalán conformando el Bloque Obrero y Campesino encabezado por Maurín. El PCE quedó así desconectado de la zona industrial más importante de España y su escasa inserción en el movimiento obrero español se limitó a una pequeña minoría de mineros asturianos y a algunos sindicatos de Málaga, Cádiz y Sevilla.
La primera respuesta a la constitución de la república por parte del PCE puede resumirse en las siguientes consignas: "¡Abajo la república burguesa de los generales y el clero! ¡Por la república de los soviets de obreros, soldados y campesinos!" Hasta 1934 el PCE aplicó consecuentemente la línea de la I.C. desprendido del "tercer periodo": partidos republicanos, de izquierda, de derecha, monárquicos, clericales, socialistas, todos respondían a la caracterización de socialfascistas como núcleos homogéneos contrarrevolucionarios contra los que el movimiento obrero debía luchar para imponer la república de los soviets.
Los escasos sindicatos bajo su control se agrupan en una nueva central, la confederación General de Trabajadores Unitarios (GGTU) afiliada a la Internacional Sindical Roja. Para estos la Alianza Obrera era el "centro de reunión de fuerzas reaccionarios y de santa alianza de la contrarrevolución". El cambio de política del Komintern, en setiembre de 1934, que abandonó la caracterización de los "socialfascismos" por la línea de los frentes populares, posibilitó la alianza con el PSOE y en 1935 la conformación del Frente Popular. Su activa participación en la insurrección asturiana acrecentó su prestigio entre las filas del movimiento obrero. Los sindicatos de la GGTU fueron disueltos y la mayoría de sus integrantes se incorporó a la UGT o a la CNT.
Por otro lado, las Juventudes Socialistas Unificadas, organizadas por la confluencia de la juventudes socialistas y las juventudes comunistas, se adhirieron en masa al PCE aportándole una importante base militante. En 1930, como consecuencia directa de la lucha interna en el PCUS, Andrés Nin y Andrade habían nucleado tras de sí a un sector de comunistas adheridos a la Oposición de Izquierda de Trotski en "Izquierda Comunista". Hasta 1934 se dedicaron, fundamentalmente, a un trabajo teórico sobre la realidad española que expresaban a través de la publicación de la revista **Comunismo.** Este grupo, a pesar de su debilidad numérica, pues contaba en 1932 con sólo 2000 militantes, influye entre los obreros del PSOE, la CNT y de la UGT, principalmente en Cataluña, Madrid, las dos Castillas, Bilbao, Austurias, Salamanca, Andalucía y Extremadura. Su objetivo era el de la construcción de una dirección revolucionaria y la promoción de una política de frente único obrero.
En 1934 este grupo rompe con Trotski, cuya posición era penetrar en el PSOE para constituir internamente el ala izquierda, y se unifica con el Bloque Obrero y Campesino de Maurín conformando el Partido Obrero de Unificación Marxista. (POUM). El Bloque de Maurín de Cataluña había roto con el PCE al oponerse a la línea del tercer período de la I.C. y se acercaba a movimientos pequeñoburgueses nacionalistas catalanes. Con la confluencia del Bloque con la Izquierda Comunista se concretaba un nuevo reagrupamiento de los sectores políticos del movimiento obrero español.

Las luchas obreras

La neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial y su consecuencia directa, el aumento considerable de las exportaciones de productos a los países en guerra, se tradujo en los dos primeros años de guerra en una relativa prosperidad. Pero la guerra submarina determinó la pérdida de considerables cargamentos y esto se tradujo, a partir de 1916, en un agudo aumento del nivel de precios internos que afectó seriamente el nivel de vida de los

trabajadores españoles. Como consecuencia de ello la CNT y la UGT iniciaron campañas en demanda de mejoras salariales. En abril y mayo de 1916 se produjeron huelgas salvajes en Madrid y en otras localidades. En julio se desarrolló una huelga de ferroviarios a nivel nacional a los que se unieron los mineros asturianos. El gobierno decretó el estado de sitio, suspendió las garantías constitucionales y movilizó a los ferroviarios. El proletariado español siguió librando combates contra el alto costo de la vida. En marzo de 1917 se repitieron los estallidos huelguísticos, acompañados por manifestaciones callejeras. La intensificación de la represión no logró menguar las señales de descontento.

La situación de efervescencia obrera llevó a las dos centrales sindicales a realizar un "pacto revolucionario" a fin de coordinar las huelgas y manifestaciones obreras. En agosto de 1917 ambas centrales hicieron un llamado a la huelga general que fue unánimemente cumplido en todo el país. La movilización obrera y la crisis del aparato del estado monárquico, así como de los partidos tradicionales, confluían para crear en España un agudo estado de crisis general. El ejército apareció como la única fuerza capaz de recomponer la situación: reprimió sangrientamente al movimiento obrero en huelga y conformó un gabinete que pudo mantener el equilibrio hasta la capitulación alemana.

Una nueva ola de huelgas se produjo en 1918: iniciada por los trabajadores de los servicios de energía de Barcelona, la huelga se extendió a otras industrias y llegó a abarcar toda Cataluña.

Las autoridades de Barcelona intentaron llegar a un acuerdo con los trabajadores accediendo a sus demandas, pero el ejército, única autoridad posible, intervino la provincia. Las movilizaciones obreras por la jornada de ocho horas continuaron casi en forma ininterrumpida, a pesar de la dura represión del ejército de los lockouts patronales, quienes se habían reunido en un fuerte sindicato para resistir las demandas obreras. En abril de 1919, por decreto real,

Texto del Pacto de la Alianza Revolucionaria entre la UGT y CNT

"Las organizaciones que suscriben, UGT y CNT, convienen entre sí en reconocer que frente a la situación económico-política del régimen burgués en España se impone la acción mancomunada de todos los sectores obreros, con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social. A tal fin, cada organización de las que suscriben queda comprometida a cumplir el compromiso fijado en este pacto, bajo las condiciones siguientes:

"Primera. Las organizaciones firmantes de este pacto trabajarán de común acuerdo hasta conseguir el triunfo de la revolución social en España, estableciendo un régimen de igualdad económica, política y social, fundado sobre los principios socialistas federales.

"Segunda. Para la consecución de este fin se constituirá en Oviedo un Comité ejecutivo, en representación de todas las organizaciones adheridas a este pacto, el cual actuará de acuerdo con otro nacional y del mismo carácter para los efectos de la acción general en toda España.

"Tercera. Como consecuencia lógica de las condiciones primera y segunda de este pacto, queda entendido que la constitución del Comité nacional es premisa indispensable (en caso de que los acontecimientos se desenvuelvan normalmente) para emprender toda acción relacionada con el objetivo de este pacto, por cuanto el mismo trata y pretende la realización de un hecho nacional. El Comité nacional que ha de constituirse será el único que autorizadamente podrá ordenar al que puede en Oviedo los movimientos a emprender en relación con el general en toda España.

"Cuarta. Se constituirá en toda Asturia un comité de cada localidad, cuya composición deberá estar integrada por delegaciones de cada una de las organizaciones firmantes de este pacto y aquellas otras que, adhiriéndose, sean admitidas en el Comite ejecutivo.

"Quinta. A partir de la fecha en que este pacto sea firmado, cesarán todas las campañas de programa que pudieran entorpecer o agriar relaciones entre las partes aliadas, sin que esto signifique dejación de la labor serena y razonada de las diversas doctrinas preconizadas por los sectores que integran la Alianza Revolucionaria, conservando, al tal fin, su independencia colectiva.

"Sexta. El Comité ejecutivo elaborará un plan de acción que, mediante el esfuerzo revolucionario del proletariado, asegure el triunfo de la revolución en sus diversos aspectos, y consolidándola según las normas del convenio establecido.

"Séptima. Serán cláusulas adicionales al presente pacto todos los acuerdos del Comité ejecutivo cuyo cumplimiento es obligatorio para todas las organizaciones representadas, siendo estos acuerdos de obligada vigencia tanto en el período preparatorio de la revolución como después de triunfar. Sobreentendiéndose que las resoluciones del referido Comité ejecutivo se inspirarán en el contenido de este pacto.

"Octava. El compromiso contraído por las organizaciones que suscriben terminará en el momento en que haya sido implantado el régimen señalado en el apartado primero con sus órganos propios, elegidos voluntariamente por la clase trabajadora y por el procedimiento que haya preceptuado la obra dimanante de este pacto.

"Novena. Considerando que este pacto constituye un acuerdo de organizaciones de la clase trabajadora para coordinar su acción contra el régimen burgués y abolirlo, aquellas organizaciones que tuvieran relación orgánica con partidos burgueses las romperán automáticamente para consagrarse exclusivamente a la consecución de los fines que determina el presente pacto.

"Décima. De esta Alianza Revolucionaria forma parte, por estar previamente de acuerdo, la Federación Socialista Asturiana.

"28 de mayo de 1934."

Discurso de Largo Caballero (fragmento 1936)

Hay otros que dicen que los socialistas hemos transigido y se ha llegado a un programa republicano. Cierto; en ese programa no hay ninguna conclusión socialista, netamente socialista. Podrá haber algunas reivindicaciones inmediatas, que nosotros no rechazamos, pero soluciones netamente socialistas no hay ninguna. Hemos transigido, pero creemos que el tiempo justificará nuestras proposiciones y comprenderán luego nuestros aliados que éste era precisamente el momento oportuno para ir al fondo de los problemas, evitando así vernos dentro de un par de años en la misma situación que ahora, pues nuestra obligación era disminuir los privilegios de todos nuestros enemigos, para que no pudieran levantar más cabeza. *(Prolongados aplausos.)* Pero lo hecho, hecho está.

También se habla de que hemos hecho una reserva mental para proseguir nuestro camino. ¡Estaría bueno! ¿De cuándo acá ha pensado alguien que por una coalición electoral íbamos a renunciar a todos nuestros ideales y a toda nuestra marcha en la acción política que debemos seguir? Lo declaramos, y se dice en el programa, que sin renunciar a ninguna de nuestras ideologías y postulados vamos a esa coalición. Nosotros no dejamos de ser socialistas marxistas, ni dejaremos de luchar por las reivindicaciones de salario, horas de trabajo y las demás condiciones de mejoramiento de la clase obrera. ¿Cómo puede haber alguien que haya sospechado que nosotros íbamos a ir a una coalición vendiendo nuestra ideología y nuestra táctica, como vulgarmente se dice, por un plato de lentejas? ¡No, no y no! Hay que decirlo claramente. Y al decirlo claramente no creo que pueda haber recelo por parte de nadie. ¿Es que creían que íbamos a dejar de ser lo que somos? Porque yo tengo que preguntar a nuestros enemigos: si os vais a coaligar republicanos, centristas, republicanos conservadores, tradicionalistas y monárquicos de Alfonso XIII; si vais a ir todos en esa olla podrida (según expresión al referirse de nosotros), ¿es que los monárquicos y tradicionalistas piensan renunciar a trabajar por la restauración monárquica en España por el hecho de ir en coalición? Pues si ellos no renuncian a restaurar la monarquía en España, ¿por qué, con qué derecho se nos pide a nosotros que renunciemos —que no podríamos hacerlo— a nuestra ideología? Y digo que no lo podríamos hacer porque hay que afirmar que, precisamente, es en nosotros donde hay una idea y por ella se trabaja. Nosotros no somos ningún Madrigal, ni somos ningún otro elemento, que hoy pueden estar con Lerroux, y mañana pueden estar con Portela, y pasado con Alba; no somos de esa naturaleza, no cambiamos de color fácilmente.

los obreros lograron la jornada de ocho horas mientras que a los mineros se les otorgaba una jornada de siete. Este logro no determinó la declinación de la combatividad de los trabajadores. Para entonces, tanto anarquistas como socialistas deliberaban su posible inclusión en la Internacional Comunista, reflejando el impacto producido en las organizaciones obreras españolas por el triunfo de la revolución bolchevique.

La ola de huelgas iniciadas en 1916 continuó durante cuatro años. A fines de diciembre de 1919 estalló una nueva huelga general en Barcelona como protesta por la discriminación de activistas que puso en marcha la patronal. Más de cien dirigentes sindicales fueron detenidos y el 6 de enero de 1920 el interventor militar declaró disueltos todos los sindicatos. El fin de la colaboración entre la UGT y la CNT llegó cuando esta última declaró la huelga general como protesta por la brutal represión ejercida por el gobierno de Barcelona contra los sindicalistas que se habían enfrentado a los "sindicatos libres" organizaciones creadas por los patrones. La huelga contó inicialmente con el apoyo de la UGT y se extendió a Madrid, Bilbao y Zaragoza. A los pocos días la UGT revocó la declaración de huelga y esta fue extinguiéndose hasta su fracaso total. Con esta movilización y su fracaso terminó la ola de huelgas del período señalado.

La crisis militar en Marruecos, las continuas rencillas palaciegas, la impotencia de los parlamentarios —que reflejaban la debilidad de todos los sectores representados— llevaron nuevamente al ejército a intentar restaurar un sistema que se resquebrajaba desde la base. En 1923 Miguel Primo de Rivera, apoyado por los conservadores catalanes, ocupó el gobierno, intervino las provincias y se lanzó a reprimir con diversos métodos al movimiento obrero. La CNT declaró la huelga general como protesta por el golpe, pero, a pesar de su hegemonía en Cataluña, su misma posición contraria a la centralización impidió que tal movimiento tomara proporciones. La UGT se negó a colaborar y la huelga fue aplastada.

En diciembre de 1924 el Partido Socialista pasó a colaborar directamente con el gobierno a través de Largo Caballero, quien fue nombrado consejero de estado. A pesar de levantarse el estado de sitio la CNT debió permanecer en la clandestinidad, desde donde planeó, periódicamente, conspiraciones y atentados.

En 1926 el gobierno promulgó un Código por el cual se establecía una organización corporativa del trabajo que funcionaría como árbitro obligatorio en los conflictos laborales. Los seis años de dictadura de Primo de Rivera ahogaron y comprimieron todas las formas de descontento e indignación. Pero la dictadura llevaba en sí el vicio incurable de la monarquía española: fuerte frente a cada una de las clases por separado, era impotente con respecto a las necesidades históricas del país. Esta fue la causa de que la dictadura se quebrara contra los escollos submarinos de las dificultades financieras y de otro género antes de que fuera alcanzada por la primera oleada revolucionaria. La caída de Primo de Rivera (en enero de 1930) despertó todos los descontentos y todas las esperanzas. Fue así como el general Berenguer se convirtió en el portero de la revolución.

La República

En enero de 1930 Primo de Rivera fue reemplazado por el general Berenguer. En agosto de 1930 los republicanos y socialistas firmaron el Pacto de San Sebastián, por el cual se establecía un plan de acción revolucionaria contra la monarquía. La UGT, subordinada al Pacto, se comprometía a lanzar la consigna de huelga general en el momento que aquella lo requiriese.

En diciembre se produjo un proceso semiespontáneo de huelgas, que estallaron en diversos sectores —artesanos, obreros, campesinos— y que se extendieron por todo el país.

En abril de 1931, Aznar, sucesor de Berenguer, convocó a elecciones generales y en todas las ciudades se impusieron los candidatos republicanos. La república es instaurada por una amplia coalición de liberales, conservadores, radicales, apoyados por una gran masa social que anhelaba revertir el estancamiento español. También un sector del ejército dio su apoyo a la república y el clero —inmenso y poderoso aparato no sólo de control ideológico, sino también económico— no asumió en un primer momento una actitud hostil.

La caída de la monarquía española el 14 de abril de 1931, colocó a España en una situación tan confusa e híbrida que resultó difícil de caracterizar para todas las organizaciones del país. "A poco de ser proclamada la República del clero —dice Claudín— parecía un crematorio de iglesias y los generales comenzaron a conspirar contra la República de los generales. En un esfuerzo de clarificación, la nueva constitución proclamaba que se trataba de una 'república de trabajadores de toda clase'. Pero los 'trabajadores de primera clase' se apresuraban a enviar sus capitales al extranjero mientras que los de tercera declaraban huelgas y ocupaban fincas terratenientes con el notorio propósito de reducirla a una república de una sola clase. La Constitución define a España como un "estado integral donde se admiten las 'autonomías' y las nacionalidades periféricas, que soportan desde el siglo XVI el centralismo castellano, tienden a que el estado integral se desintegre en tres o cuatro. Azaña anuncia la sorprendente nueva de que España ha dejado de ser católica y las cortes, que hacen de Azaña Jefe de gobierno, eligen presidente de la república al muy católico Alcalá Zamora."

En realidad la revolución que dio por liquidada la monarquía había sido llevada adelante con las luchas obreras y sus grandes huelgas. Pero estas, a pesar de su fuerza, al no contar con una organización centralizada ni con un programa revolucionario que respondiera a sus expectativas, se debilitaban en la lucha por el poder y fueron aprovechadas por la débil burguesía, la cual, en sus programas, no intentaba tocar la

Arriba: obreros detenidos en Zaragoza con motivo de una huelga anarquista, 1931. En la foto de abajo: manifestación de la CNT en el mismo año.

C.N.T
LOS SIN TRABAJO TENEMOS,
HAMBRE
PAN PARA NUESTROS HIJOS



Joaquín Calvo Sotelo dirigió el oligárquico partido "Renovación Española". Participó también en la conspiración militar de 1936 y fue baleado en julio de ese año.

estructura de propiedad vigente ni quitar los privilegios de la iglesia ni del ejército. Las reformas impuestas por el nuevo gobierno —separación de la iglesia del estado y reforma que la privaba del monopolio de la educación pública, implantación del voto universal, ley de expropiación con compensación de propiedades rurales sin cultivar— produjeron impacto en dos sectores sociales. Por un lado, irritaron a conservadores y clericales, que retiraron su apoyo al gobierno y comenzaron a organizar sus aparatos políticos. Así, Gil Robles organizó la Confederación de Derechas Autónomas (CEDA); José Antonio Primo de Rivera, la Falange Española, y Calvo Sotelo, la Renovación Española. Por otro lado, las masas obreras y campesinas, que no veían que la república tomara medidas que resolvieran sus problemas, continuaron con las movilizaciones.

Las movilizaciones se produjeron en gran escala en Cataluña y Bilbao, entre los obreros fabriles y mineros. También se sucedieron insurrecciones campesinas donde se realizaron ensayos de comunismo libertario. Grupos de campesinos propietarios de pequeñas parcelas acordaron trabajar en común y repartirse por igual los beneficios. Las autoridades municipales fueron destituidas y reemplazadas por comités efectivos, que intentaron aislarse del resto del país. Hubo también ocupaciones de tierras por los campesinos, lo que obligó muchas veces al gobierno a legalizar la apropiación de hecho. Se ocuparon escuelas religiosas, desalojando a sus autoridades clericales, sin esperar a que el gobierno tomara la iniciativa.

De todas las movilizaciones surgían líderes locales. En cuanto a las centrales sindicales, la CNT se puso al frente de los trabajadores y la UGT debió muchas veces ceder al impulso de sus bases. Todo este proceso facilitó una sindicalización masiva de los trabajadores y ambas centrales crecieron en forma considerable.

En agosto de 1932 un primer intento de golpe militar dirigido por el general Sanjurjo indicó el avance de la contrarrevolución. La intentona fracasó cuando los trabajadores impusieron la huelga general. En Sevilla, los trabajadores que exigían el castigo a los conjurados fueron baleados por la policía: la burguesía republicana demostraba así cuál era su mayor temor.

Las elecciones de 1933 constituyeron una derrota para los republicanos de izquierda y Azaña fue desplazado por el Partido Radical de Derecha (Lerroux) y por la CEDA (Gil Robles).

Al instaurarse la república los nacionalistas catalanes fundaron su partido, la Esquerra catalana, en el que confluyeron distintos partidos republicanos autonomistas. Contaba también con el apoyo del sindicato campesino la "Unión de rabassires" (tipo especial de aparceros). A diferencia del Partido Nacionalista Vasco, que nucleaba a la burguesía y la oligarquía, el autonomista catalán estaba formado por la pequeña burguesía y contaba con el apoyo de campesinos y obreros. El estatuto de autonomía de la Generalidad de Cataluña había sido aprobado en 1931, pero en 1934, al subir el nuevo gobierno, fue suspendido. Los separatistas encabezaron un levantamiento apoyados por la FAI, pero fueron aplastados por el ejército tras una brutal represión.

En Asturias, concentración importante de explotaciones mineras y una de las secciones mejor organizadas del movimiento obrero español, es donde estalló la rebelión obrera más importante del período republicano preludiando la revolución. Es allí donde Largo Caballero pondrá en marcha, desde la UGT, su nueva orientación marxista revolucionaria organizando la "Alianza Obrera", frente único de partidos y sindicatos que contó con la adhesión de la CNT y de los comunistas y que fracasó en Cataluña y Madrid. En octubre de 1934 los trabajadores se levantaron en protesta por el acceso al poder de la CEDA y organizados en las primeras milicias tomaron Oviedo. Ante el enfrentamiento con el ejército, y aislada de las organizaciones obreras del resto del país, la rebelión fue sofocada con tal encarnizamiento que miles de obreros fueron asesina-

En la foto de arriba: cadáveres de los campesinos anarquistas asesinados en Casas Viejas en 1933 por las fuerzas gubernamentales. Abajo: un grupo de mineros participantes en la insurrección asturiana de 1934 es detenido por la guardia civil.

dos y muchos más terminaron confinados en campos de concentración. El saldo fue de 3.000 trabajadores muertos, 7.000 heridos y 40.000 presos. "La represión [. . .] no llegó a aplastar el sentimiento revolucionario que había inspirado el movimiento. La insurrección de Asturias será para los trabajadores españoles, tanto anarquistas como socialistas, una epopeya ejemplar, el primer intento de los obreros para tomar el poder por organismos de clase —sus comités revolucionarios—, de reclutar sus tropas, de armar a los obreros, en una palabra, de edificar su propio estado contra el estado de la oligarquía. Su lema: U. H. P. (Unión de Hermanos Proletarios) se convirtió en el de toda su clase."

El Frente Popular

El presidente de la república, Alcalá Zamora, impotente para controlar la crisis que inundaba el país, decide disolver las Cortes fijando fecha para las elecciones el 16 de febrero de 1936.

En abril de aquel año el PCE postula la formación de un Bloque Popular Antifascista. Después de la insurrección asturiana, el bloque derechista, que controlaba el gobierno, había extremado la represión, que no solo alcanzaba al proletariado y a sus organizaciones políticas y sindicales sino también a los republicanos de izquierda.

Tal situación, y la inminente ofensiva de la alianza de la oligarquía con la burguesía y el ejército, favoreció dicho proyecto y el Frente se constituyó con los partidos republicanos de Azaña y de Martínez Barrio, el PSOE, las Juventudes Socialistas, la UGT, el POUM y el Partido Sindicalista de Angel Pestaña. La CNT y la FAI seguían rechazando la intervención electoral y no participaron en el Frente Popular, pero se abstuvieron por primera vez de boicotear las elecciones y dejaron en libertad a sus adherentes.

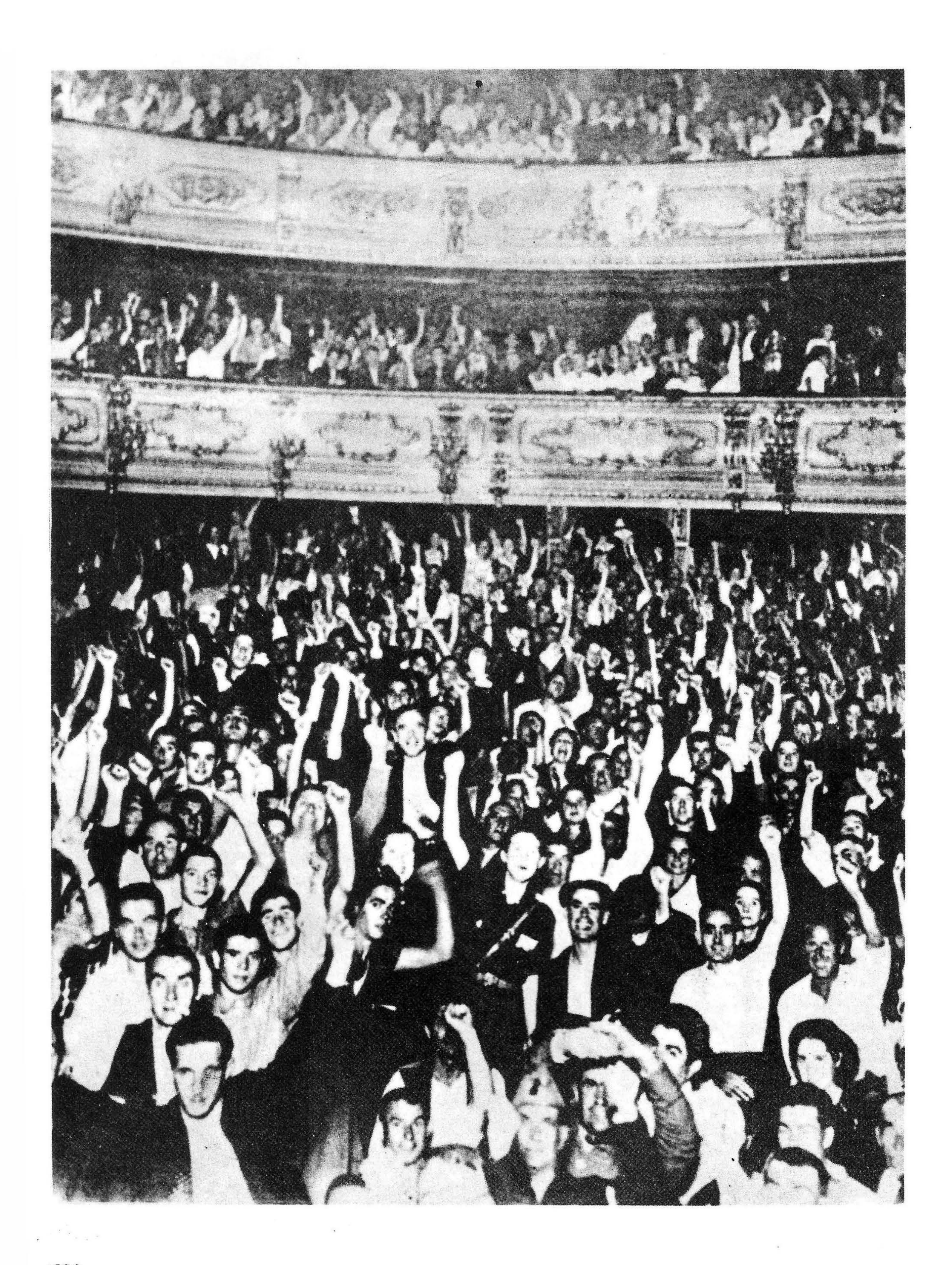
La posibilidad de obtener la amnistía de los millares de presos políticos y la anulación de las leyes represivas decidió a la poderosa fracción de Largo Caballero del PSOE y a la UGT a incluirse en el Frente y logró también los votos de los anarcosindicalistas.

El programa presentado por el Frente era de corte liberal. Ninguna propuesta intentaba quebrar el sistema capitalista y se excluían las medidas, propuestas por los caballeristas, de nacionalización de la tierra y de la banca y el control obrero de la industria, así como también medidas reivindicativas como el seguro de huelga.

Dice Brué al respecto: "Este programa, indiscutiblemente moderado, en el que, como escribe Ramos Oliveira, 'cada punto parecía una huida', llevaba consigo, no obstante, una exigencia que encontró una gran aprobación y permitió una verdadera movilización popular: la de la amnistía total para los insurrectos de 1934 y la reintegración, con indemnización, de todos los trabajadores echados de su trabajo. Por la intención de liberar, en primer lugar, a los 30.000 obreros todavía encarcelados y hacer aprobar, al mismo tiempo, su gesto revolucionario los amigos de Caballero y el POUM —mantenedores de la Alianza Obrera— justificaron su adhesión al Frente Popular: no querían ver en ello más que una alianza electoral sin mañana". Además, invocaban su exclusiva intención de asegurar la derrota electoral de la derecha y el deseo de "no separarse de las masas".

En el compromiso firmado el 15 de enero de 1936 los partidos obreros concedían a los partidos republicanos el derecho exclusivo de ejercer el gobierno.

El fundamento del PCE con respecto a la conformación del Frente Popular se basaba en la concepción de la revolución por etapas. "El Popular antifascista —diría Togliatti— es la forma más original del desarrollo de la revolución española en su etapa actual, es decir, en su etapa democrático-burguesa." Y para tal etapa los núcleos de la pequeña burguesía y aun de la burguesía eran los sectores que podían liderarla en forma eficaz. Una vez cumplida esa primera etapa, en que el partido y las masas debían apoyar el programa del Frente Po-



Valencia, setiembre de 1936. En el Teatro Príncipe se celebra un mitin organizado por la CNT.

pular —que por otra parte no respondía a la solución de los acuciantes problemas de los trabajadores—, la lucha comenzaría para imponer la revolución proletaria. Pero la situación social española había llegado a una aguda polarización de clases: por un lado, el bloque constituido por los sectores más importantes de la burguesía, gran parte de las clases medias y núcleos de la pequeña burguesía urbana y rural que tenían obreros a su servicio, aliados con la oligarquía terrateniente, el ejército y el clero; por el otro, el proletariado urbano y rural, que había pasado masivamente a posiciones revolucionarias, que "ya no creía en programas mínimos, en las medias tintas. Puede decirse, sin exagerar, que su 'programa mínimo' era la revolución social. Con toda la confusión ideológica, política y táctica que se quiera, pero con una idea muy clara: expropia cuanto antes a los capitalistas y terratenientes, no solo a los grandes sino a los medianos e incluso a los pequeños". También, como lo señala Claudín, "otras capas sociales adoptaban posiciones radicales: la gran masa de campesinos pobres, semibraceros y parte de los pequeños campesinos que explotaban su mísero pedazo de tierra sin mano de obra asalariada; fracciones importantes de empleados, funcionarios, profesionales, etc.; es decir, de las capas pequeño-burguesas explotadas, así como un núcleo apreciable de la juventud universitaria y de la intelectualidad. También en esas capas había cundido la decepción respecto a los políticos republicanos liberales".

Las elecciones del 16 de febrero dieron el triunfo al Frente Popular. En las Cortes, el FP obtuvo 277 bancas contra 132 de la derecha y 32 del centro.

Después del triunfo las masas demostraron que estaban mucho más allá de los postulados del Frente Popular. Lanzadas a las calles, abrieron las cárceles y liberaron a los presos políticos en Madrid, Valencia, Oviedo y en todas las otras ciudades donde había encarcelados, sin esperar la amnistía del gobierno.

El 19 de febrero se iniciaron en el país huelgas por reincorporación inmediata de los obreros y empleados despedidos por causas políticas, por mejoras salariales y de condiciones de trabajo, por el despido de jerarcas al servicio de la patronal. Los ferroviarios exigieron la nacionalización de los ferrocarriles y, en muchos casos, los obreros fabriles pidieron el control de las fábricas. Las huelgas de carácter reivindicativo tomaban rápidamente carácter político: huelgas de solidaridad que se extendían por España como un reguero de pólvora. Además de las huelgas se sucedían los ataques a las iglesias y órdenes religiosas, se paralizaban las fábricas y los comercios cerraban sus puertas. Entre junio y julio de 1936 hubo un promedio increíble de huelgas: de 10 a 20 por día; y el número de huelguistas alcanzó muchas veces a 500.000 trabajadores. "El 95 % de las huelgas que tuvieron lugar entre febrero y julio de 1936 —relata Maidanik —fueron ganadas por los obreros. Grandes manifestaciones obreras desfilaban por las calles exigiendo pan, trabajo, tierra, aplastamiento del fascismo y victoria total de la revolución. Se crearon las primeras empresas colectivas. Los mitines congregaban a decenas de miles de personas y los obreros aplaudían con entusiasmo a los oradores que anunciaban la hora no lejana del hundimiento del capitalismo y llamaban a 'hacer como en Rusia'. De las huelgas se pasaba a la ocupación de las empresas cerradas por los propietarios. La ocupación de las calles, de las empresas y de las tierras, la incesante acción huelguística, impulsaba al proletariado urbano y agrícola hacia las más elevadas formas de la lucha política."

Tal descripción es clara: el nivel de aspiraciones de las masas trabajadoras españolas no solo sobrepasaba, sino que demostraba la no correspondencia absoluta con los aspectos programáticos del Frente Popular, cuyo motivo era establecer una democracia burguesa que asegurara la supervivencia de un orden social asentado en el mantenimiento de la propiedad privada.

Al establecerse de hecho este poder de las masas trabajadoras, los grupos fascistas se lanzaron a

Dos aspectos de la huelga general de mayo de 1936 en la capital española.

Textos de Largo Caballero

"El socialismo no va contra la pequeña propiedad de quienes la poseen para trabajarla ellos". "Ni va contra el pequeño comercio ni contra la pequeña industria". La farsa del reparto de la tierra

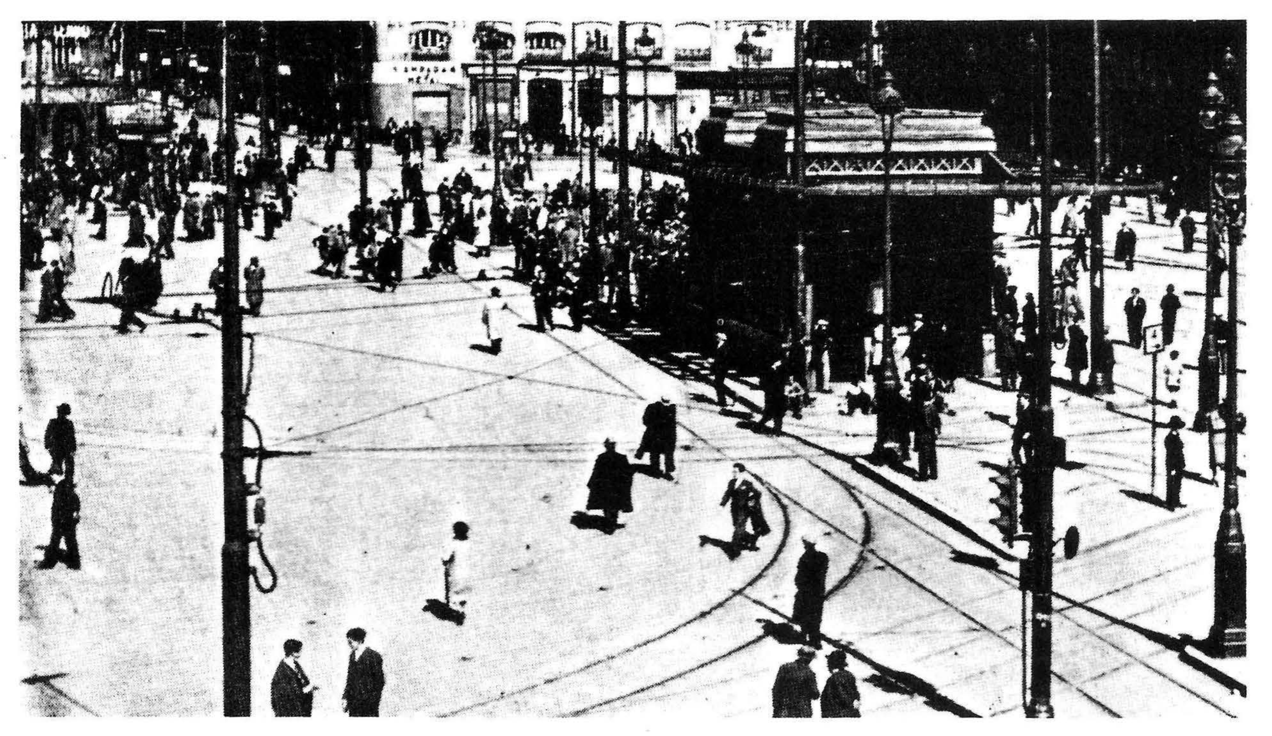
Como veis, camaradas al proponer nosotros la nacionalización de la tierra, no vamos contra la pequeña propiedad de quienes la poseen para trabajarla ellos. Y cuando pedimos que la tierra expropiada sea entregada en usufructo a las organizaciones obreras, también respetamos los pequeños arrendamientos. Por una razón: porque estamos convencidos de que, en el caso de una nacionalización de la tierra, los pequeños propietarios que se creen emancipados por tener una hectárea de tierra para trabajarla, comprenderían que, si es verdad que hoy se han emancipado de la esclavitud patronal, son esclavos de la misma tierra, de la que hay que emanciparlos también; y eso lo harían voluntariamente. No vamos contra la pequeña propiedad, ni vamos contra el pequeño comercio, ni vamos contra la pequeña industria, porque, a pesar de llamarnos ilusos, sabemos muy bien que la transformación de la sociedad no se puede hacer súbitamente, en veinte y cuatro horas, sino que habría que empezar por las grandes industrias, por las grandes propiedades, y luego después las pequeñas propiedades y las pequeñas industrias y el pequeño comercio se convencerían de que tenían que entrar en el régimen común. En cambio, ellos tienden a repartir la tierra individualmente entre los trabajadores, cosa que se ha hecho en la historia de nuestro país muchas veces, que defienden los católicos, y que León XIII también defendía; pero es porque saben que luego, a la larga, vuelve a concentrarse la tierra en pocas manos, ya que la usura se encarga de ir expropiando a los pequeños propietarios, los cuales, en la misma organización del intercambio de productor, se ven forzados a vender los suyos anticipadamente a los grandes terratenientes o a los grandes usureros, con lo cual quién sale beneficiado no es el que trabaja la tierra y la riega con el sudor de su frente, sino los otros, los que prestan el dinero a un tanto por ciento muy elevado o los que van acaparando, por medio de hipotecas, todas las pequeñas tierras de los modestos trabajadores.

Más de media España en manos de los latifundistas.
Consecuencia: más de la mitad de las tierras cultivables están yermas

Nosotros defendemos esto porque queremos dar fin al régimen feudal de la tierra en nuestro país. Me vais a perdonar que os lea —es cuestión de segundos— los últimos datos acerca de cómo está repartida la propiedad de la tierra. Las tierras catastradas —las que se pueden catastrar, mejor dicho— están repartidas de la siguiente manera:

El 45,23 por 100, en manos de 27.912 propietarios.
El 54,76 por 100 está difundida entre 1.427.
Hay 590.000 propietarios de menos de una hectárea.
527.583, que poseen de una a cinco hectáreas.
3.871 que tienen de quinientas a mil hectáreas.
1.752, que poseen de mil a dos mil quinientos hectáreas.
817, que detentan de dos mil quinientas a cinco mil hectáreas.
Y 350 dueños de más de cinco mil hectáreas.
Tierras cultivadas, 20.334.276 hectáreas.
Tierras incultas, 23.642.514 hectáreas.
Imposibles de cultivar, 5.000.000 hectárets.

Es decir, que en España hay más tierras incultas que cultivadas. Este es el resultado que nos da el sistema de propiedad que existe hoy . Y nosotros queremos nacionalizar la tierras para que no quede ni una hectárea sin cultivar. *(Muy bien. Grandes aplausos)*, para que el cultivo de la tierra no sea a voluntad y capricho de cada uno de sus propietarios, sino con arreglo a los intereses nacionales, y se puedan llevar a la tierra otros cultivos de carácter industrial que puedan ser un complemento incluso para absorber mucha de la crisis de trabajo que hay en la agricultura. Es decir, que nosotros, al pedir la nacionalización de la tierra, no lo hacemos simplemente por el deseo de expropiar a los propietarios, a los grandes terratenientes, no; lo hacemos por interés nacional y por interés de clase obrera, principalmente.



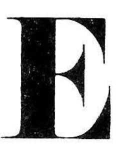
Barcelona: las agrupaciones políticas socialistas ratifican su adhesión a la Tercera Internacional.




INTERNACIONAL COMUNISTA
COMUNISTA CATALUNYA FEDERACIO
TALA PROLETARI UNIO SOCIALISTA CATALUNYA
AVISO
COMITE

disputarles el poder mediante la lucha armada.
La Falange se convirtió así en el refugio de muchos conservadores que observaban que los republicanos en el poder, que el programa del Frente Popular, que en un principio no los había alarmado, no eran garantía para la pervivencia de un sistema que asegurara sus privilegios. Entonces se lanzaron a la acción directa. Con el terror, atacando criminalmente locales partidarios y sindicales, barrios obreros, asesinando militantes y dirigentes obreros, intentan revertir un proceso que se había abierto con la acción de las masas revolucionarias, dispuestas a imponer sus derechos.
En la Falange, que intentaba emular a las organizaciones fascistas, confluyeron la Juventud del Partido de la Renovación Española y de la Acción Popular. Pero la única esperanza que concebían las clases dominantes para evitar la revolución socialista que parecía inminente lo constituía el ejército, y su intervención comenzó a concretarse ante los ojos de todos prácticamente al día siguiente del triunfo del Frente Popular.

Las organizaciones obreras en el preludio revolucionario


El PSOE estaba profundamente dividido. El ala caballerista concentraba tras de sí a la gran mayoría del partido y la UGT. Su periódico, **Claridad**, afirmaba constantemente su posición con respecto a las características violentas que debía asumir la revolución para lograr el triunfo del socialismo y afirmaba que "el proletariado no debe limitarse a defender la democracia burguesa, sino que debe asegurar por todos los medios la conquista del poder político, para realizar, a partir de él, su propia revolución social. En el período de transición de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, la forma de gobierno será la dictadura del proletariado". La dirección de la revolución sería ejercida por el PS, como

Textos de Largo Caballero ante las elecciones del 16 de febrero de 1936

Trabajadoras y trabajadores:

Como otras veces, sean mis primeras palabras de saludo a todos los trabajadores perseguidos por la clase capitalista sin otro delito que haber defendido sus ideales. En este saludo no hago distinción ni de ideas ni de sexos: el saludo es para todos.

No he visto más sentido político que el que poseen las masas obreras

Cuando yo recibí en la cárcel la invitación para venir a Linares a celebrar el acto de inauguración de la Casa del Pueblo, la emoción que yo experimenté fue inmensa. Los detalles que me daban de la forma en que se había construido este edificio, me llegaron al alma. Vosotros habréis oído hablar algunas veces de que Largo Caballero es un hombre frío, insensible; pues yo tengo que decir que no creo que nadie pudiera emocionarse más que yo me emocioné cuando recibí esa invitación. Ello fue debido —aparte del sacrificio personal que significaba para los camaradas construir el edificio, aparte del símbolo que significa la construcción de una Casa del Pueblo, en Linares o en cualquier otra ciudad— a que, al recibir la noticia, me dio la impresión, confirmada hoy, de que el proletariado español es una gran esperanza para el triunfo de nuestros ideales. Los que creyeron que al proletariado español se le podría sojuzgar, que se le podría dominar, habrán observado los actos de abnegación y sacrificio para la construcción del edificio Casa del Pueblo y los realizados para llegar a este comicio, que significan que hay dentro de la conciencia de ese proletariado la decisión absoluta de trabajar sin descanso hasta el logro de sus ideales.
Eso es lo que más me emocionó a mí. ¡Abrir el pecho a la esperanza! Hay quien no tiene fe en las masas obreras: las acusan de ignorantes, las acusan de irreflexivas. Pero yo, enemigo de halagar, ni a masas ni a particulares, yo tengo que decir que, desde hace bastante tiempo, no he visto más instinto político, más sentido político, que el que poseen las masas obreras. Y también tengo que declarar que no he visto tampoco ni más reflexión en las masas obreras, porque en cualquier parte donde hubiera ocurrido lo que ha sucedido en España, a estas horas no sabríamos cuál hubiera sido el camino que habríamos emprendido.

La doctrina y la táctica: unidad, pero unidad ideológica

Al venir aquí yo, debo deciros, a los camaradas de Linares especialmente, que, construida la Casa del Pueblo, albergadas en ella las Sociedades obreras y políticas del proletariado, no os déis por satisfechos con tener ese edificio. La propiedad de un edificio tiene poca importancia. Ese edificio hay que aprovecharle para educar en él a la clase trabajadora en sus ideales redentores. Y hay que tener paciencia y decisión. Una de las cosas indispensables es la unidad orgánica. A la Casa del Pueblo de Linares deben ir todos los trabajadores de Linares, sin excepción ninguna. No hay motivo —no lo hubo nunca, pero ahora menos que nunca— para que haya separación entre unos y otros trabajadores, llámense socialistas, llámense comunistas, llámense sindicalistas. Unidad orgánica; pero a esta unidad hay que llevar, también, una unidad ideológica. Una unidad orgánica sin una unidad ideológica será una cosa amorfa, será una cosa que, al menor contratiempo, se disgregue y desaparezca. Una unidad ideológica, y más si esta ideología está arraigada por un estudio de la verdadera situación histórica de la clase trabajadora en nuestro país, aunque vengan todas las represiones que quieran traer los elementos que estén en el Poder, jamás podrá destruirse.

Llamarse socialista no significa nada. Para ser socialista hay que serlo marxista; hay que serlo revolucionario

Y la unidad ideológica ha de ser en la mayor puridad de nuestras propias ideas. Ya sabéis que ahora se habla de teorías revolucio-

narias y no revolucionarias. Para muchos, eso parece que es una cosa inventada por algunos compañeros. No es una cosa baladí; no es una cosa pueril. Nosotros tenemos que ir a las verdaderas fuentes de nuestras ideas y sacar de ellas toda la enseñanza que sea necesaria para nuestra lucha, y no podemos renunciar, de ninguna manera, a lo que verdaderamente somos: socialistas. Pero tened presente que hay mucha gente que se llama socialista. ¿No habéis oído hablar, por ejemplo, de católicos socialistas? Cuando alguna vez discutís con alguien, ¿no os han dicho, para cortar la discusión: ¡A mí déjeme usted; si yo soy más socialista que usted! Digo que no basta decir que se es socialista. Nuestro principal maestro, el fundador del socialismo científico, combatía otro socialismo, que era el socialismo utópico. Y ese fundador del socialismo científico, para diferenciarse de los socialistas de entonces, de los socialistas utópicos, tuvo que llamarse comunista. *(Muy bien. Se oyen vivas a Carlos Marx.)* No consideraría tan baladí la cuestión cuando no quiso confundirse con otros socialistas de aquella época y se llamó comunista. Pues se da el caso de que en España los fundadores del socialismo eran discípulos de Carlos Marx, y se inspiraban todos, en la crítica del régimen actual, en *El capital*, y en la orientación política, en *El manifiesto comunista*; es decir, que para los socialistas españoles, las fuentes de sus ideales están en *El capital*, en la crítica, y en *El manifiesto comunista*, en la orientación política. Esta es también la fuente de sus ideales para muchos trabajadores que tienen otro título que el nuestro, otro nombre, pero que, realmente, no les separa de nosotros una gran diferencia. ¡Qué digo, ninguna diferencia!

Lo fundamental: la conquista del poder no puede hacerse por la democracia burguesa

En la teoría, se mantiene que la clase trabajadora tiene que apoderarse del Poder político. Esto no es una cosa inventada hoy; en el programa socialista de hace muchísimos años está, como primer punto, la conquista del Poder político para la clase trabajadora. ¿Y para qué quiere ésta el Poder político? Nuestros enemigos nos acusan de que, con el Poder político, queremos establecer la dictadura del proletariado, no para reformar, sino para transformar el régimen actual. Ya en otra ocasión manifesté que muchas veces, sobre todo en nuestro país, que más se fija en las palabras que en su sentido, se considera la conquista del Poder para implantar la dictadura del proletariado como una aberración y una enfermedad. Incluso hay socialistas que hablan en contra de todas las dictaduras. *(Se oyen gritos de "¡Muera el fascismo!")* Y nosotros, como socialistas marxistas, discípulos de Marx, tenemos que decir que la sociedad capitalista no se puede transformar por medio de la democracia capitalista. ¡Eso es imposible!

Esta es la diferencia que puede haber entre algunos camaradas y otros. "Hay quien tiene todavía la esperanza de que el capitalismo va a ceder en su actuación y va a dejar el camino libre al socialismo marxista para la instauración de un nuevo régimen; y otros creemos, porque la historia así nos lo dice, que eso no es posible, que no hay ninguna clase que, voluntariamente, estando en el Poder, abandone ese Poder y se lo entregue a otra clase. Ese Poder lo defenderá hasta última hora, y si se quiere conquistar, habrá que conquistarlo, no ya como dijo Marx, sino incluso como decía nuestro querido maestro en España, Pablo Iglesias: revolucionariamente. *(Se oyen vivas a Pablo Iglesias.)* Revolucionariamente, porque la nobleza, por ejemplo, no abandonó por sí el Poder ante la clase burguesa, sino por la revolución, y la clase burguesa no abandonará el Poder, el usufructo del Poder, más que ante la revolución. Esa es la discrepancia. Y no basta decir que no se niega eso; lo que hace falta es mantenerlo en todo momento y llevar a la mente de la clase trabajadora la idea de que sólo con su propio esfuerzo es como puede lograr la conquista del Poder y la transformación de la sociedad capitalista en una sociedad socialista. *(Muy bien.)* Porque si eso no se lleva a la mente de la clase trabajadora, por muy crecido que sea su número, si no tiene, como decía antes, una ideología ni un principio teórico bien fundamentado, esa masa, al primer choque con el enemigo, se disgregará y no habrá posibilidad de defenderlo.

principal partido obrero español, pero propugnaba la creación de un partido unitario con el Partido Comunista y también la unificación de las dos centrales sindicales.

La fracción caballerista contaba con sus propias fuerzas de choque, las Juventudes Socialistas, que el 1º de mayo desfilaron en la manifestación obrera uniformadas y bajo las consignas de "gobierno obrero" y "por un ejército rojo". "La debilidad principal del caballerismo —observa Claudín— es que carecía de una táctica eficaz de lucha por el poder. Esperaba que el desgaste y el fracaso del gobierno republicano haría caer el estado en sus manos como fruta madura. Y subestimaba la amenaza del otro poder que fraguaba el asalto contrarrevolucionario." En tanto, el otro sector socialista, liderado por Indalecio Prieto, si bien minoritario dentro del partido, seguía detentando la dirección valiéndose de maniobras burocráticas. Atacaba duramente a Caballero acusándolo de que su posición violenta, su llamado a la constitución de un ejército obrero, a huelgas revolucionarias, solo lograrían separar a la clase media de las filas del Frente Popular e irritarían al ejército. Para él, el gobierno de coalición debía realizar una reforma agraria e impulsar la industrialización dentro de los límites del capitalismo. El planteo de la dictadura del proletariado era para Prieto una manifestación de "infantilismo" a través de la cual solo se lograría socializar la miseria. Su posición no haría más que acercarlo a los republicanos y alejarlo cada vez más de los trabajadores.

El PCE percibía claramente el peligro de la contraofensiva contrarrevolucionaria que se gestaba. Dada la situación objetiva de la lucha de clases en España solo cabían dos alternativas: una dictadura militar que podría asumir o no características fascistas, pero que inevitablemente significaría el aplastamiento del proletariado y también de la república, o la revolución proletaria. Y la primera alternativa de ninguna manera podía ser evitada con una "república democrático-burguesa",

La CNT frente a los rumores de golpe militar

"*¡En pie de guerra el proletariado contra la conjura monárquica y fascistas!* Día por día va tomando mayores proporciones la sospecha de que los elementos derechistas están dispuestos a provocar una militarada. Hasta incluso es del dominio público, ya que hay periódicos de izquierda que no cesan de lanzar advertencias sobre las maniobras, secretas en principio y descaradas en la actualidad, que los militares reaccionarios despliegan en cuarteles y en los ámbitos civiles y eclesiásticos de la contrarrevolución... Marruecos parece ser el foco mayor y epicentro de la conjura. La acción insurreccional está supeditada al resultado de las elecciones. El plan teórico y preventivo lo pondrán en práctica si el triunfo electoral lo consiguen las izquierdas. Nosotros, *que no defendemos la República, pero que combatiremos sin tregua al fascismo, pondremos a contribución todas las fuerzas de que disponemos para derrotar a los verdugos históricos del proletariado español.* Además, no dudamos en aconsejar que, allá donde se manifiesten los legionarios de la tiranía en insurrección armada, se llegue, sin vacilar, a una inteligencia con los sectores antifascistas, procurando enérgicamente que la prestación defensiva de las masas derive por derroteros de verdadera revolución social, bajo los auspicios del Comunismo Libertario. Estad todos alerta. Si los conjurados rompen el fuego, hay que llevar el gesto de oposición a las máximas consecuencias, *sin tolerar que la burguesía liberal y sus aliados, marxistas quieran detener el curso de los hechos,* en el supuesto de que la rebelión fascista sea derrotada a las primeras intentonas. Si por el contrario la lucha es dura, la recomendación resulta vana, porque nadie se detendrá hasta que una u otra potencia sea eliminada; y en trance de vencer el pueblo, las ilusiones democráticas dejarán de ser tales; y si al revés, la pesadilla dictatorial nos aniquilará. Abriendo alguien las hostilidades, en serio la democracia sucumbirá entre dos fuegos, por inactual, por desplazada del terreno de la lucha. O fascismo o revolución social. Vencer a aquél es obligación de todo el proletariado y de los amantes de la libertad, con las armas en la mano; que la revolución sea social y libertaria debe ser la más profunda preocupación de los confederales. De nuestra inteligencia, *unidad de pensamiento y acción,* depende que seamos los inspiradores más autorizados de las masas y que éstas pongan en práctica modos de sociabilidad que conjungen con el espíritu de las ideas libertarias y sean ellas el valladar inexpugnable contra el instinto autoritario de blancos y rojos. Desde ahora, durante el tiempo que resta hasta la reapertura del parlamento —si subsisten los motivos de peligro que apuntamos—, los militantes deben suscitar concentraciones frecuentes en cada localidad, por conducto de sus órganos habituales de relación, y estar en contacto con los comités confederales para que éstos les informen de la marcha de los acontecimientos y pueda emprenderse una actividad coordinada. Aunque sea de una manera irregular, hay que demostrar voluntad de combate. Todo, antes que permanecer vacilantes y que por incredulidad nos arrebaten la existencia las hordas negras, nos carguen de cadenas a los más... y el resto cargue con la pesadumbre perpetua de verse humillado, por no haber apreciado justamente los momentos actuales y desdeñado el puesto en la batalla que se le advierte. Una vez más: ¡Ojo avizor, camaradas! Vale más prevenir con coraje, aun equivocándose, que lamentar por negligencia. *El Comité nacional.* Zaragoza, 14 de febrero de 1936."

Dos actos partidistas del Frente Popular tras el triunfo de 1936. En la parte superior de la página, a la derecha, se ve al dirigente obrero comunista Andrés Nin.





cuando la débil burguesía democrática española estaba excluida de hecho de la lucha por el poder. Y el PCE, negando la fuerza revolucionaria del proletariado español, llamaba a la unidad de partidos y sindicatos para consolidar el gobierno republicano. Para el PCE lo que estaba en peligro no era la revolución proletaria, cuya viabilidad era considerada imposible, sino el sistema parlamentario burgués, que inexorablemente debía ser la primera etapa por cumplir antes de la revolución obrera. Para el PCE las masas debían movilizarse para exigir del gobierno republicano el cumplimiento del programa del Frente Popular, pero, por otro lado, las frenaba haciendo llamados a la paz social para evitar conflictos que pudiesen provocar la reacción. José Díaz, secretario general del partido, diría en un discurso de junio de 1936 a los obreros. "La huelga es un arma poderosa de que dispone [el proletariado] para obtener un aumento de salarios o mejores condiciones de vida . . . [Pero hay que reflexionar bien antes de lanzarse a una huelga] sobre los medios de resolver los conflictos sin recurrir a ella [. . .] pues nos encontramos hoy día en un período en que los patrones provocan y atizan huelgas por razones de sabotaje y en que los elementos fascistas se introducen como agentes provocadores en algunas organizaciones para servir a los fines de la reacción". El PCE hacía llamados también a la formación de una unidad, pero sobre la base de un partido constituido con la condición inexcusable de su subordinación incondicional a los postulantes de la Internacional Comunista.
Claudín, ex militante del PCE, señala desde su perspectiva: "la coalición que triunfó electoralmente no podía resolver la tarea eminentemente revolucionaria de aplastar a la contrarrevolución armada. Para ello hacía falta otro tipo de coalición, otra estrategia. La coalición de las organizaciones revolucionarias del proletariado: Partido Comunista, izquierda socialista, anarcosindicalismo; la estrategia de tomar el poder, aprovechando precisamente la debilidad del gobierno republicano. Si el PCE hubiera intentado este camino, y hubiera fallado por oposición de caballeristas y anarcosindicalistas, habría salvado su responsabilidad histórica".
Por otra parte, la corriente anarcosindicalista del movimiento obrero español nucleado alrededor de la CNT subestimaba la posibilidad de un golpe fascista a la república del Frente Popular porque seguía sin diferenciar entre las distintas formas que podía asumir el estado: cualquiera de ellas era igualmente represora y debía ser rechazada. No obstante, en mayo de 1936 realizó un congreso desde el que propuso a la UGT la realización de un "pacto revolucionario" a fin de "destruir completamente el régimen político y social que regula la vida del país dejando la cuestión de cómo organizar el nuevo régimen social a la libre elección de los trabajadores reunidos libremente". De todas maneras, la CNT seguía oponiéndose a cualquier tipo de alianza con los partidos obreros. Todo esto sucedía a dos meses del levantamiento militar y de las conclusiones del congreso no salió ninguna directiva para sus bases ante la conocida e inminente ofensiva de las clases dominantes.
Mientras el golpe se gestaba el gobierno frentista oscilaba entre su temor al fascismo y su temor a la revolución obrera. No había otra salida para España y el gobierno "volteјеó por el país, detuvo alternativamente a falangistas y después a anarquistas, cerró alternativamente los locales de uno y luego de otros y, en todo caso, se negó a golpear seriamente a los generales porque entonces no podría menos que armar a los obreros y se negó, no menos enérgicamente, a infligir golpes graves al movimiento huelguista y a la agitación obrera y campesina para no entregarse, del mismo golpe, como rehén a los generales".
El triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 había lanzado a España a una situación donde los tres principales protagonistas eran: el gobierno republicano, débil, con una base social de apoyo oscilante y heterogénea, que no podía según su programa resolver los problemas urgentes; las masas trabajadoras, que desbordantes se apoderaban día a día de las calles, las fábricas y los campos; y por último, la oligarquía y la gran burguesía, que contaban con un ejército que empezaba a conspirar para volver las cosas a su lugar.

Bibliografía

Broué, Pierre y Témile, Emile: **La Revolución y la guerra de España.** México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
Cole, O.D.E.: **Historia del Pensamiento socialista.** México, F.C.E., 1962.
Broué, Pierre: **Trotsky y la Guerra civil Española.** Buenos Aires, editorial Jorge Alvarez, 1966.
Jackson, G.: **La república española y la guerra civil.** México, Grijalbo, 1967.
Claudín, Fernando: **La crisis del movimiento comunista, de la Komintern al Kominform.** Francia, editorial Ruedo Ibérico, 1970.
Trotsky, León: **Mis Peripecias en España.** Buenos Aires, editorial Pucará, 1968.

El Frente Popular en Francia

Hugo Moreno

Aunque frenado por el reformismo de sus dirigentes, la experiencia del Frente Popular francés fue una muestra clara de la vitalidad del movimiento obrero.

Después del período de ascenso revolucionario que condujo a la victoria de la Revolución Rusa de 1917 siguió un período de reflujo de la revolución y de estabilización relativa del capitalismo. Varios factores convergieron para crear esta situación. El capitalismo demostró tener más fuerza de lo que se creía, y la crisis de la dirección obrera contribuyó a su sobrevivencia. La economía europea logró salir de la encrucijada, aunque el capitalismo norteamericano desplazó a la vieja burguesía. En Italia y en Alemania se impuso el fascismo. En la URSS el dilema de la viabilidad de los métodos socialistas parecía resolverse favorablemente para el estado obrero, aunque a un elevado costo: la supresión de la democracia socialista.

No obstante, el crack financiero de 1929-33 precipitó al capitalismo en la mayor crisis económica de su historia. Estaba claro que el régimen democrático burgués no podía obtener las fuerzas que anidaban en su seno. El fascismo en Italia y Alemania, el New Deal en Estados Unidos; con diferentes formas, el capitalismo debía reconocer la necesidad insoslayable de la intervención del estado para asegurar la marcha de la economía. La planificación socialista en la URSS daba sus primeros pasos remontando la penuria económica de los años veinte. La necesidad de una nueva cruzada contra el "bolchevismo" estaba planteada. El nazismo fue su expresión más elocuente. La contrarrevolución tomaba esa forma. De allí que la década de los años treinta presentaba, sobre toda la Europa "democrática", el fantasma del fascismo como contrapartida de los fallidos intentos revolucionarios del proletariado en la década anterior.

La situación del movimiento obrero era realmente crítica. Dividido en sus alas socialdemócrata y comunista, la desmoralización había hecho estragos en sus filas después de las crueles derrotas de los años precedentes. En las capas medias, la crisis pesaba aún con mayor fuerza. Por su lugar en la estructura social, carente de la seguridad de clase que tenía el proletariado, la pequeña burguesía había caído en el pánico y la desesperación. En esas capas encontró eco, en una primera etapa, la propaganda fascista.

El centro del movimiento obrero europeo había sido, tradicionalmente, Alemania. Con la derrota del proletariado alemán y el advenimiento del nazismo el centro se desplazó a Francia. La extensión rápida del fascismo planteaba la necesidad inmediata de una respuesta obrera. Ni socialistas ni comunistas lograron formular un proyecto correcto para enfrentar este peligro. En esas condiciones, en los primeros años treinta la Internacional Comunista lanzó la idea del Frente Popular. En medio del reflujo general, el progreso de un movimiento de masas, antifascista, bajo el lema de "unidad de las izquierdas", no podía despertar otra cosa que renovadas esperanzas. En Francia el movimiento por el Frente Popular alcanzó su máxima expresión.

La crisis francesa de 1934

En pocos países el proyecto del fascismo parecía tener tan pocas posibilidades como en la Francia "democrática". "Francia no es Alemania", se repetía por todos lados. La tradición parlamentaria, las elecciones, las libertades democráticas, eran vistas como garantías más que suficientes. Los hechos, sin embargo, derrumbaron todos estos mitos. La lógica de la lucha de clases se impuso sobre las ensoñaciones. El fascismo también levantó cabeza en Francia. Nada extraño, ya que surgía precisamente del hundimiento de la democracia burguesa. La ruptura del equilibrio europeo puso a luz, ante los ojos de las masas, la decrepitud del viejo imperio francés. La crisis del capitalismo se descargó sobre el pueblo. Para sostenerse necesitaba imponer un "estado fuerte". La burguesía era tan incapaz de mantener

Tras el triunfo de la revolución proletaria de 1917 crece la alarma entre las clases dominantes de toda Europa. Este afiche francés de 1919 previene a la población de los "peligros" del bolchevismo.

la "democracia" como de asegurar el pan y la paz al pueblo.
Las primeras bandas fascistas hicieron su aparición. La pequeña burguesía, desesperada, aportaba el material humano. La gran burguesía las apoyaba y organizaba contra el movimiento obrero. Las bandas se agrupaban bajo diversos nombres: los **Camelots du Roi**, la **Croix de Feu**, las **Jeunesses Patriotes**, la **Union Nationale des Combattants.** El triunfo de Hitler, al asumir el mando de la Cancillería del Reich, les dio un nuevo impulso. No tardaron en pasar a la acción directa. En diciembre de 1933 salió a luz el **affaire** Staviski. Este personaje, estafador ocupado en la emisión fraudulenta de bonos, realizó durante años sus actividades al amparo de prominentes parlamentarios. Se descubrió que varios diputados estaban implicados, incluido el ministro de Colonias, Dalimier. El escándalo dio pie a la derecha para lanzar su ofensiva antiparlamentaria. En enero de 1934 Staviski se suicidó, pero el movimiento ya se había echado a andar. A fines de ese mismo mes Chautemps, líder radical que presidía el gabinete, presentaba la renuncia.
Su reemplazante fue Eduard Daladier, otro radical. Hombre de mucha energía, pretendió poner coto a las bandas fascistas. Ordenó la deposición del prefecto de policía de París, Jean Chiappe, acusado de connivencia con los fascistas. La medida provocó una nueva crisis. Las ligas salieron a la calle. El 6 de febrero de 1934, mientras Daladier presentaba un informe en el parlamento solicitando un voto de confianza, una enorme manifestación derechista se concentró frente al Sena y desde allí pretendió avanzar sobre el Palacio Borbón con el propósito de ocuparlo. La policía reprimió el intento con un grave saldo: 17 muertos y cientos de heridos. El complot fracasó. El Palacio Borbón continuó como sede parlamentaria, pero la democracia había sufrido un nuevo golpe. Al día siguiente Daladier presentaba la renuncia.
El ex presidente Doumergue se hizo cargo de la nueva reorganización del gobierno. La burguesía francesa tuvo un respiro. Doumergue, a quien volveremos a encontrar más adelante, se presentó como el árbitro capaz de asegurar un gobierno de "Unidad Nacional". Pura falacia. En realidad, la dinámica del proceso se decidía en otro terreno, en las calles, sometida a la inexorable lucha de clases. El intento "bonapartista" de Doumergue se hundió en el vacío: renunció en noviembre de 1934. Le sucedió como presidente del consejo un político reaccionario. Flandin, quien tampoco duró mucho en el cargo. La inestabilidad ministerial era un claro índice de la crisis: cinco gabinetes se sucedieron en dieciocho meses.

Del Tercer Período al Frente Popular


En el movimiento obrero creció un poderoso movimiento de resistencia. A las acciones derechistas de febrero de 1934 respondieron los obreros con huelgas y manifestaciones que exigían la disolución de las bandas fascistas. El Partido Socialista S.F.I.O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera) bregaba desde hacía tiempo por un acuerdo con los comunistas. Estos, sin embargo, todavía respondían a los esquemas del Tercer Período de la Internacional Comunista. Al llamado de los socialistas respondieron en **L'Humanité:** "Más que nunca nosotros fraternizaremos con los obreros socialistas, más que nunca nosotros los llamamos a una acción común con nosotros **denunciamos a los jefes socialistas,** servidores de la burguesía, último sostén de la sociedad capitalista. . ."
Pero esta línea no se mantuvo mucho tiempo más. Diversas circunstancias impulsaron a la unidad de acción de comunistas y socialistas. En primer término, hay que señalar el profundo sentimiento unitario que existía en las bases obreras. El fracaso del Tercer período, con la tragedia del proletariado alemán, era demasiado reciente. Los obreros


comment voter
contre le
bolchevisme?
0.fr 50 EN VENTE DANS
TOUTES LES LIBRAIRIES
Edité par le GROUPEMENT ECONOMIQUE
des Arrondissements de SCEAUX & SAINT-DENIS

Edouard Daladier —a la derecha— presidió el gabinete francés en 1934. Sus intentos de limitar la acción de las bandas fascistas provocaron la reacción de la derecha, que se concentró frente al Palacio Borbón con el propósito de ocuparlo. En esa oportunidad la policía debió actuar, dejando un saldo de diecisiete muertos.





franceses, comunistas y socialistas, apretaban filas. Estaba claro que el "principal" enemigo era el fascismo. En junio de 1934 este sentimiento se expresó rotundamente: dos concentraciones convocadas separadamente por el PC y el PS convergieron espontáneamente en un gigantesco mitin de más de cien mil obreros parisienses. El acercamiento entre las direcciones también seguía a la misma línea.
Por otra parte, el 31 de mayo de 1934, un artículo de **Pravda** reproducido por **L'Humanité** indicacaba un cambio de rumbo en la política de la Internacional Comunista. En el artículo se argumentaba sobre la necesidad de llevar a cabo discusiones con las **direcciones** socialdemócratas. Poco después, Thorez, secretario general del PC francés, decía: "Nosotros lanzamos la idea de un vasto reagrupamiento popular por el pan, por la libertad y por la paz. A cualquier precio, para batir el fascismo **constituyamos un amplio Frente Popular**".
El viraje hacia el Frente Popular formaba parte de la nueva estrategia diplomática de la Unión Soviética. El censo de Hitler implicaba una amenaza directa para la seguridad del estado obrero. Stalin procuró mover todos los hilos posibles para asegurar la sobrevivencia de la URSS. Claro está que dentro de los límites de su concepción política, en la que la idea de la revolución mundial había sido abandonada hacia tiempo. En ese cuadro se inscribe la incorporación de la URSS a la sociedad de las Naciones el 18 de setiembre de 1934 y, más tarde, el pacto franco-soviético.
La política del Frente Popular se correspondía, aplicada por los PC en cada país, a la política internacional del estado soviético. La alianza con la burguesía "democrática" era su eje.
Un discurso de Thorez en la Cámara de Diputados ejemplifica elocuentemente: "Nosotros, comunistas, renovando la tradición jacobina, estaríamos dispuestos a aportaros nuestro apoyo, **Monsieur le président** Herriot, si usted o cualquier otro jefe de su partido, quiere asumir la dirección de un gobierno radical

León Blum, los socialistas y el Frente Popular

Opinión de Charles Maurras, ideólogo de la extrema derecha en L'Action Française *del 9 de abril de 1935:*
Ese judío alemán, naturalizado o hijo de naturalizados, que decía a los franceses en plena Cámara que los odiaba, no debe ser tratado como una persona normal. Es un monstruo de la República democrática. Es un detritus humano que debe ser tratado como tal...
La hora es demasiado trágica para comportar la reunión de una corte marcial que no podría reflexionar. M. Reibel solicita la pena de muerte para los espías. ¿Resulta inmerecida para los traidores?
Me diréis que un traidor existe en nuestro país: ¿Lo es Blum?
Es suficiente el que haya usurpado nuestra nacionalidad para descomponerla o desmembrarla. Este acto de voluntad, agrava su caso.

Opinión de Jean Guéhenno en Le Populaire *del 18 de febrero de 1936:*

Esos hombres odian en vos lo que os hace particularmente estimable a nuestros ojos, el respeto que tenéis del pueblo. Algunas veces os he oído decir en los mitines y puedo deciros hoy que sufrís por nosotros, lo que hace que os escuchemos con más emoción que a cualquier otro: es que siempre os dirigís a nuestra razón.
Siempre empezáis hablando con la voz un poco baja, que parece exigir la atención. En vano nosotros gritamos: "Más fuerte, más fuerte." Nunca obtendremos de vos un estallido de voz. Y entonces escuchamos, se establece el silencio al mismo tiempo que vuestra palabra se hace más perceptible y más clara, y en ese silencio, con un tono que significa vuestra, nuestra invencible voluntad, definís simplemente, sin ninguna grandilocuencia, esa justicia que llevamos con nosotros, y planteáis las condiciones de su victoria.
Si el odio de los hombres os ha elegido, es porque lleváis nuestras certezas, es porque se ve aliarse en vos una admirable cultura y un sentimiento popular de la justicia, es porque aparece claramente en vos que la revolución no es más que el acompañamiento de la razón y la última exigencia de la sabiduría.
Yo admiro particularmente que el objeto de vuestro estudio, antes de ser el de Marx o de Engels, haya sido el de Stendhal y de Goethe; del Stendhal que recomendaba no pasarse la vida odiando y teniendo miedo, del Goethe que quería siempre más luz. Estáis en nuestro campo porque es el que posee más lucidez y valor. Estas son las virtudes que os gustan. Que un hombre de vuestra clase esté con nosotros es el símbolo de la grandeza de nuestra causa. Tal hecho es la prueba de que el instinto de las gentes sencillas que somos nosotros está de acuerdo con el pensamiento de los sabios y que el futuro de los más altos valores de la humanidad están en nuestras manos.

(De L. Bodin y J. Touchard, *Front populaire 1936*, Paris, Colin, col. Kiosque, 1961.)

Marceau Pivert definió en Le Populaire, *el 27 de mayo de 1936, el programa de Gauche révolutionnaire:*

Que no nos vengan a cantar canciones de cuna: todo un pueblo está ya en marcha, con paso seguro, hacia un magnífico destino. En la atmósfera de victoria, de confianza y de disciplina que se extiende por el país, sí, todo *es posible* para los audaces. Todo es posible, y nuestro Partido tiene ese privilegio y esa responsabilidad a la vez, de ser llevado en cabeza del movimiento. Que marche, que empuje, que rompa, que ejecute y ningún obstáculo se le resistirá.

Lo que desean en el fondo de su conciencia colectiva, millones y millones de hombres y de mujeres, es un cambio radical, a corto plazo, de la situación política y económica. No se podría retrasarlo impunemente para más adelante bajo el pretexto de que el programa de la reunión general no lo ha definido explícitamente.
Las masas están mucho más adelantadas de lo que se cree; no están lastradas con consideraciones doctrinales complicadas, sino de un instinto seguro, apelan a las soluciones más sustanciales, esperan obtener mucho y no se conformarán con una tisana de malvavisco llevada sigilosamente a la cabecera de la madre enferma. Al contrario, las operaciones quirúrgicas más arriesgadas contarán con su consentimiento; ya que saben que el mundo capitalista agoniza y que es preciso construir un mundo nuevo si se quiere acabar con la crisis, el fascismo y la guerra...
Todo es posible: el crecimiento de los efectivos y del resplandor del Partido, el reforzamiento de su unidad, el absoluto respeto de su libertad interior, la total disciplina de su acción exterior, la valentía y la energía de sus delegados en el Gobierno, el apasionado ardor de los entusiasmos provocados por sus sucesivas decisiones.
Todo es posible: el crecimiento de los efectivos y del resplandor
Estamos en una hora que sin duda no volverá a pasar en el minutero de la historia.
Así pues, ya que todo es posible, ¡adelante, camaradas!

(De G. Lefranc, *Histoire du Front populaire*, París, Payot, 1965.)

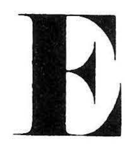
L. Blum defiende en un discurso pronunciado en el Luna Park, el 6 de setiembre de 1936, la política de no intervención en la guerra de España:

Tenemos amigos que tratan a la conducta del Gobierno de débil y peligrosa, debido a su misma debilidad. Hablan de nuestra debilidad, de nuestras capitulaciones. Es, según dicen, por esa costumbre, la cómoda costumbre de las concesiones a las potencias beligerantes, como se han creado en Europa los verdaderos peligros de la guerra. Ellos nos dicen que es preciso, al contrario, resistir, envarar y exaltar la voluntad nacional, que es por su orgullo, por la exaltación del sentimiento patriótico como se puede asegurar actualmente la paz.
Amigos míos. Conozco ese lenguaje, lo he oído anteriormente.
Soy un francés —ya que soy francés— orgulloso de su país, de su historia, alimentado como cualquiera, a pesar de mi raza, con su tradición. Nunca consentiré en que nada altere la dignidad de la Francia republicana, de la Francia del Frente Popular. No descuidaré nada para asegurar su defensa. Pero, cuando hablamos de orgullo nacional, olvidamos, unos y otros, que, mediante una incesante propaganda efectuada desde hace quince años, hemos enseñado a este pueblo que uno de los elementos constitutivos, necesarios, del honor nacional era la voluntad pacifista...
Todo lo que encierra entre franceses el sentimiento de solidaridad frente a un posible peligro, lo concibo. Pero la excitación del sentimiento patriótico del conjuntamiento preventivo en vistas de un conflicto que en el fondo de sí mismo se considera como fatal e inevitable, ¡esto no!; para esto, no habrá nunca, y lo digo bien alto, contra todo riesgo, ni mi apoyo ni mi consentimiento. No creo, y nunca admitiré, que la guerra sea inevitable y fatal. Hasta el último límite de mi poder, y hasta mi último suspiro, si es preciso, haré todo lo posible para apartarla de este país.

(L. Blum, *L'Exercice du pouvoir*, París, Gallimard, 1937; pág. 186.)

—puesto que el grupo radical es el más importante de los grupos de izquierda de esta Cámara—, de un gobierno radical que aplicase realmente la política del Partido Radical".

El Frente Popular en Francia


l impulso de la contraofensiva obrera cobraba, día a día, nuevo vigor. El descontento por la política del gabinete presidido por Laval, los efectos de la crisis económica, los choques con las bandas fascistas, todo exacerbaba la lucha de clases. Fascismo o revolución era el dilema que estaba planteado en el fondo de la situación. El Frente Popular se materializó sobre esa base. El 14 de julio de 1935 la idea del "Rassemblement Populaire" se hizo realidad en un gigantesco mitin en la Plaza de la Bastilla. Dos grandes banderas presidían la concentración, una tricolor, la otra roja, con una inscripción: "Concentración Popular del 14 de julio de 1935".
Poco después quedaba constituido el comité dirigente de la coalición, integrado por representantes de diez grandes organizaciones: el Partido Comunista, el Partido Socialista, el Intergrupo de los partidos socialistas no —S.F.I.O. (socialistas de Francia, socialistas independientes, republicanos socialistas), el Partido Radical y el Radical Socialista, la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU), la Liga por los Derechos del Hombre, el Movimiento de Amsterdam-Pleyel, el Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas y el Movimiento de Acción Combatiente (grupos de veteranos de la guerra).
En el seno del agrupamiento existian, lógicamente, diversos proyectos. El historiador Georges Lefranc los esquematiza asi: 1) los partidarios de **reformas de estructuras:** sindicalistas de la CGT, socialistas S.F.I.O. y los delegados de la Unión Socialista Republica-

El ministro radical Daladier hace uso de la palabra durante una sesión parlamentaria.

na; 2) los partidarios de un **programa reformista de reivindicaciones:** comunistas, sindicalistas de la CGTU, los delegados de Amsterdam-Pleyel y los radicales. El temor a que las clases medias se desplazaran hacia el fascismo era el elemento moderador de este grupo; 3) finalmente, una **tendencia conciliadora:** delegados de la Liga por los Derechos del Hombre y del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas.

La discusión del programa

Los primeros meses del Frente Popular se caracterizaron por la discusión programática. Los delegados de la CGT y de la S.F.I.O. habían aportado un proyecto que incluía la nacionalización de los ferrocarriles, de los seguros, de las minas y empresas eléctricas; la organización nacional del crédito y el control obrero de los bancos; el control de las industrias claves para determinar los precios y el costo de producción.

Este programa que se encontraba, digamos así, a la "extrema izquierda" del Frente Popular no tuvo éxito. Obviamente, los sectores burgueses lo rechazaban. No obstante, el programa moderado aprobado por el Frente presentaba un conjunto de reivindicaciones de importancia. El texto estaba dividido en tres partes: un preámbulo, una parte política y otra económica.

Las reivindicaciones políticas más significativas eran: amnistía general, desarme de las bandas fascistas paramilitares, respeto del derecho sindical, prolongación de la escolaridad obligatoria hasta los 14 años, moralización de la vida pública con una ley de incompatibilidades parlamentarias, reforma de la prensa y la radiodifusión, constitución de una comisión de investigación parlamentaria sobre la situación en los territorios de ultramar (incluida Argelia). En el mismo plano, para asegurar la paz, el programa formulaba un llamado a las masas trabajadoras, pedía colaboración con la Sociedad de las Naciones, exigía la nacionalización de las industrias bélicas y la supresión del comercio privado de armas y, siguiendo el principio del pacto franco-soviético, propugnaba la extensión del sistema de pactos abiertos.

En el aspecto económico, las reivindicaciones del Frente Popular incluían: la institución de un fondo nacional de huelga, retiro para los viejos trabajadores, reducción de la duración de la semana de trabajo sin disminución del salario, y un plan de trabajos públicos para superar la desocupación. Al mismo tiempo, frente a la crisis agrícola y comercial, reclamaba: la revalorización de los productos de la tierra, la reducción de los precios, la creación de una Oficina Nacional Interprofesional de los Cereales, el sostenimiento de cooperativas agrícolas, el crédito agrícola, la reducción de las deudas impositivas, etc.

La campaña electoral

Con este programa el Frente Popular se lanzó a la campaña para las elecciones generales de 1936. La coalición de izquierda presentó un polo de alternativa ante las masas. El resultado de las elecciones lo ejemplifica. En la primera vuelta el Frente Popular obtuvo 6.421.000 votos contra 4.233.000 votos de la derecha. Pero este dato es aún insuficiente para apreciar la magnitud del progreso de las fuerzas populares. Hay otro elemento mucho más significativo: los comunistas duplicaron su caudal electoral. De 783.098 votos en 1932 pasaron a 1.466.949 en 1936. La clase obrera francesa presionaba al PC para que asumiera una política mucho más resuelta. Aún tenía confianza en el partido que hablaba en nombre de Lenin y del primer estado obrero del mundo. Por otra parte, no fue menor el progreso de los socialistas. Con dos millones de votos se convirtieron en el partido mayoritario del Frente Popular.

La segunda vuelta, realizada el 3 de mayo de 1936, no hizo otra



cosa que reafirmar la victoria popular. La composición del parlamento cambió radicalmente. El Frente Popular se aseguró una amplia mayoría. Los porcentajes son elocuentes: la derecha de la U.S.R. obtuvo 26 diputados sobre los 45 que tenía; los radicales, 116 diputados, lo que significaba una pérdida de 43 bancas; los socialistas S.F.I.O. aumentaron a 116 diputadas sobre 97 que tenían; el Partido de Unidad Proletaria obtuvo 10 diputados sobre 11 que tenía antes; y, finalmente, el Partido Comunista logró 72 diputados, con lo que ganó 62 bancas.

Consecuencias de la victoria electoral de 1936

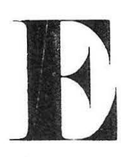
El resultado electoral reflejaba la nueva correlación de fuerzas en el seno de la sociedad francesa. La contraofensiva obrera había paralizado a la derecha. La derrota de la U.S.R. era elocuente. La clase obrera, con el método de la movilización, contratacando, había demostrado que tenía la autoridad social suficiente para atraer a la pequeña burguesía. En los hechos, la experiencia alemana había dejado sus enseñanzas. Al mismo tiempo, el resultado electoral demostraba que el principal polo de atracción del Frente Popular estaba constituido por los dos partidos obreros.

Sin embargo, la victoria electoral del Frente Popular no alegraba por igual. En Moscú, por ejemplo, el comisario de Asuntos Extranjeros, Litvinov, declaraba al corresponsal de **Temps** y del **Petit Parisien** "... El gran éxito de los comunistas franceses puede, como un boomerang, volverse contra la colaboración franco-soviética..." No era un comentario aislado sino una orientación para que los comunistas franceses hicieran "buena letra".

Los socialistas, por su parte, se apresuraron a reclamar la jefatura del nuevo gobierno. El candidato de la S.F.I.O. era León Blum, un socialista humanista, cuya concepción del socialismo no iba más allá de un reformismo moralizador. No era, por cierto, la mejor expresión de la formidable fuerza constituida por la base social del Frente Popular.

En el congreso del Partido Socialista realizado durante ese período León Blum sintetizó claramente su pensamiento político: "Mi gobierno, dijo, no tiene el mandato ni la intención de proceder a la expropiación revolucionaria de la propiedad capitalista. [...] Si esta experiencia tiene un sentido es el de probar en qué medida, hasta qué grado, es posible realizar alguna cantidad de progreso social y de igualdad humana en el interior del régimen republicano, en el interior del régimen de sociedad y de propiedad que es el de Francia". León Blum era un perfecto socialista parlamentario, un centrista que entre la revolución y el fascismo buscaba una línea media... Veremos después cuál fue el camino que emprendió cuando la revolución se puso a la orden del día, no digamos en Francia, sino un poco más allá: en España.

El movimiento de masas



En el seno de las masas trabajadoras eran muy diferentes los sentimientos que imperaban. Los obreros no tenían mucha confianza en sus direcciones, menos aún en León Blum. Esto se hizo evidente inmediatamente después del triunfo electoral. Nadie esperó que se constituyera el nuevo gobierno para presentarle sus reivindicaciones. Una vez más se demostraba que la dinámica de la historia no pasaba por el parlamento ni por las oficinas de los partidos ni por las redacciones de los periódicos ni por los círculos intelectuales. Era en las fábricas y los barrios obreros donde residía la potencia formidable del movimiento popular. Las masas no tardaron en pasar a la acción creando en el camino nuevos organismos y utilizando las estructuras sindicales para imponerles un nuevo contenido.

La unificación de la CGT, vieja aspiración de la clase obrera fran-

Edouard Herriot abandona la casa de gobierno después de haber presentado su dimisión al cargo que ocupaba.







El presidente de la república, Auriol, el presidente de la Asamblea Nacional, Herriot, y el presidente del Consejo, Pleven, durante la celebración del 14 de julio.

La creación de comités de fábricas fue un paso adelante en la estrategia del movimiento obrero francés. En la ilustración de arriba puede verse un grupo de obreros de una planta Renault, a la salida de una asamblea general. Abajo, un pintoresco desfile organizado por la CGT.

cesa, se operó en aquel período. Desde 1934 existían tratativas entre la CGT y la CGTU con ese objetivo. Finalmente, entre el 2 y el 8 de marzo, tuvo lugar el congreso de reunificación. En total, las dos centrales unificadas agrupaban más de un millón de obreros, una fuerza gigantesca.

Después de la victoria electoral del 3 de mayo esta fuerza se puso en movimiento. Lo "espontáneo" de la acción puede relativizarse mucho. Es válido en cuanto no hubo grupo organizado que la propiciara y dirigiera, pero representaba claramente el nivel alcanzado por la madurez de la clase obrera. Así dio comienzo la gran huelga general y las ocupaciones de fábricas de mayo-junio de 1936, una verdadera apertura prerrevolucionaria que colocó al proletariado en la antesala del poder obrero.

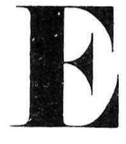
Las ocupaciones de fábricas

Un incidente en una empresa de El Havre, la fábrica Breguet, dio comienzo a un ascenso impresionante del movimiento de masas. El despido de algunos operarios fue el detonante. Los 600 obreros paralizaron sus tareas. No se quedaron ahí: pasaron a la ocupación de la planta. Un Comité de Fábrica, elegido en asamblea, se hizo cargo de la situación. El ejemplo se extendió como reguero de pólvora. En pocos días decenas y cientos de fábricas fueron ocupadas. Los Comités de Fábrica se extendieron por todo el país. Los obreros los hacían funcionar como sus centros de decisión política; eran verdaderos embriones de un poder proletario.

En pocos días el movimiento había alcanzado un apogeo enorme. La incorporación de los 35.000 obreros de las fábricas Renault, el gigantesco complejo metalúrgico que concentraba la vanguardia proletaria, fue el paso culminante. Miles y miles de trabajadores se plegaron a la huelga general, abarcando el conjunto de la producción y los servicios. Desde los mineros hasta los empleados de hoteles, Francia estaba paralizada... y ocupada.

F. Claudín cita un testimonio elocuente de uno de los protagonistas de aquellas jornadas: Jouhaux, secretario general de la CGT: "El movimiento ha sido desencadenado sin que se sepa exactamente cómo ni cuándo. Hemos asistido a una explosión del descontento de las masas populares, que burladas, comprimidas durante años y años, habían refrenado su descontento, y que en la atmósfera libre creada con la afirmación popular del 3 de mayo encontraron la posibilidad de manifestarlo". En medio de semejante clima social prerrevolucionario León Blum asumió el gobierno. Los acontecimientos lo sobrepasaban de lejos. Sin embargo, el 4 de junio constituyó su primer gabinete integrado por socialistas y radicales. Los comunistas se autoexcluyeron, aunque expresaron su apoyo al gobierno frentepopulista. De conjunto, socialistas, radicales y comunistas, salvo un pequeño sector de la izquierda de la SFIO, procuraron inmediatamente encontrar una salida a la situación. Duclos, miembro del buró político del P.C.F., declaraba: "Nosotros obedecemos a una doble preocupación: en primer lugar, evitar todo desorden; en segundo lugar, lograr que se entablen negociaciones lo antes posible para un arreglo rápido del conflicto".

Las negociaciones



En tanto, León Blum daba comienzo a sus gestiones de negociación. El 7 de junio convocó a su despacho del Hotel Matignon a representantes de la CGT y de la Confederación General de la Producción Francesa, organización patronal. La burguesía estaba aterrorizada, pero no quería ceder ante los reclamos obreros. El marco de la situación, sin embargo, se iba haciendo cada vez más difícil para encontrar una solución pacífica. No había indicios de que el movimiento decayera. Al contrario, nuevas capas de trabajado-

RENAULT

CGT
TIXIDRE



León Jouhaux, secretario general de la CGT, se refiere a las jornadas de 1936 con estas palabras: "Hemos asistido a una explosión del descontento de las masas populares, que, burladas y comprimidas durante años y años, habían refrenado su descontento y que en la atmósfera libre creada con la afirmación popular del 3 de mayo encontraron la posibilidad de manifestarlo".

Socialistas muniqueses y antimuniqueses

León Blum expresa, en Le Populaire *del 1º de octubre de 1938, su alivio después de Munich:*

No hay en Francia ni un solo hombre ni mujer que pueda rechazar a Neville Chamberlain y a Edouard Daladier su parte del tributo de gratitud. La guerra está descartada. El azote se aleja. La vida ha vuelto a su normalidad. Se puede reemprender el trabajo y volver a conciliar el sueño; se puede disfrutar de la belleza del sol de otoño. ¿Cómo no comprendería este sentimiento de liberación, puesto que yo mismo lo experimento?

Paul Faure dirigente de la CGT, declara en Le Populaire *del 2 de octubre su apego al pacifismo tradicional:*

Como anteayer y al igual que ayer, he pensado, hemos pensado, en el Partido Socialista, que era preciso contemporizar, negociar, apelar a todas las fuerzas morales y espirituales del mundo para evitar el recurso a las armas. Hemos estado al lado del Gobierno francés en todas las tentativas efectuadas en esta dirección. Hemos aplaudido a M. Chamberlain. Al igual cuando Jaurès dirigía sus miradas hacia el presidente Wilson, León Blum dirigía patéticas llamadas al presidente Roosevelt, llamadas que no han quedado sin responder ni, sin duda, han dejado de tener un efecto benefactor en la marcha de los acontecimientos. Hemos aplaudido al Papa. Hubiéramos aplaudido al diablo.

R. Lazurik, en La Justice *del 7 de noviembre, escribe que es necesario un acuerdo con los dictadores:*

En cuanto a los acuerdos de Munich, continúo aprobándolos. No olvido que han impedido la guerra. No olvido el inmenso alivio con que los ha acogido el pueblo... Y ahora ¿qué debemos hacer? Es preciso aprovechar la tregua, el armisticio obtenido para ganar la paz. Si no es posible actualmente una conferencia internacional de desarme, sí que se puede pensar en este momento en reunir a Stalin y Hitler; es preciso intentar un acercamiento directo con nuestros adversarios.

En el Congreso Sindical de Nantes, noviembre de 1938, Delmas, del Sindicato de Maestros, preconiza la negociación:

Hasta el último momento, mientras exista una esperanza, un movimiento sindical tiene como deber tradicional el oponerse a la guerra, el favorecer hasta el fin la negociación y el arbitraje... Munich, se ha dicho, es la rendición, es el desmembramiento de la nación. No es justo si no se mira desde el punto de vista de la nación. Munich es otra cosa. Es el levantamiento espontáneo de las conciencias humanas, tanto en los países totalitarios como en los democráticos. La explosión de alegría que ha provocado Munich, debido a que se ha producido tanto en Alemania como en Italia, en Francia como en Gran Bretaña, me permite afirmar que los pueblos, sea cuál sea el régimen a que están sometidos, han efectuado, en ese momento, el plebiscito de la paz.

Testimonios tomados de: Jacques Droz, Historia del Socialismo. *Edinia, Barcelona, 1968.*

Herriot —arriba, a la izquierda— y León Blum —en las otras dos fotos—, importantes protagonistas de la política francesa en los años treinta.

res continuaban sumándose a la huelga y a las ocupaciones. El 10 de junio, delegados metalúrgicos de setecientas fábricas aprobaron un ultimátum: exigían la aceptación inmediata de las reivindicaciones. En caso contrario pedirían al gobierno la nacionalización de las empresas y su funcionamiento bajo control obrero. El 11 de junio más de dos millones de obreros parados y miles de fábricas ocupadas respaldaban la exigencia.

La situación era magnífica para el movimiento obrero. Era evidente que los planteos reivindicativos sobrepasaban el nivel económico. La huelga general iba cobrando una fisonomía claramente política y las ocupaciones eran su expresión más contundente: estaban cuestionando el poder capitalista. Las premisas fundamentales de la revolución habían madurado rápidamente. Los de "abajo" no estaban dispuestos a seguir viviendo como antes y los de "arriba" tampoco podían hacerlo.

No obstante, el movimiento de masas no siguió avanzando en forma rectilínea. Los obreros que ocupaban las fábricas no sabían qué hacer con ellas en sus manos. El movimiento se encontró en una disyuntiva: de las fábricas pasar al cuestionamiento del sistema capitalista o retroceder. En vano la izquierda del SFIO intentó alcanzar el primer objetivo. El "todo es posible" repetido por Marceau-Pivert, líder de la Federación del Sena de la SFIO, carecía de la autoridad necesaria para arrastrar al conjunto de la clase obrera. Las masas respondían aún a sus viejas direcciones, particularmente a la mayoría del Partido Socialista, y las capas más avanzadas que se acercaron al Partido Comunista buscando una política más revolucionaria no tuvieron respuesta.

"Saber terminar una huelga"

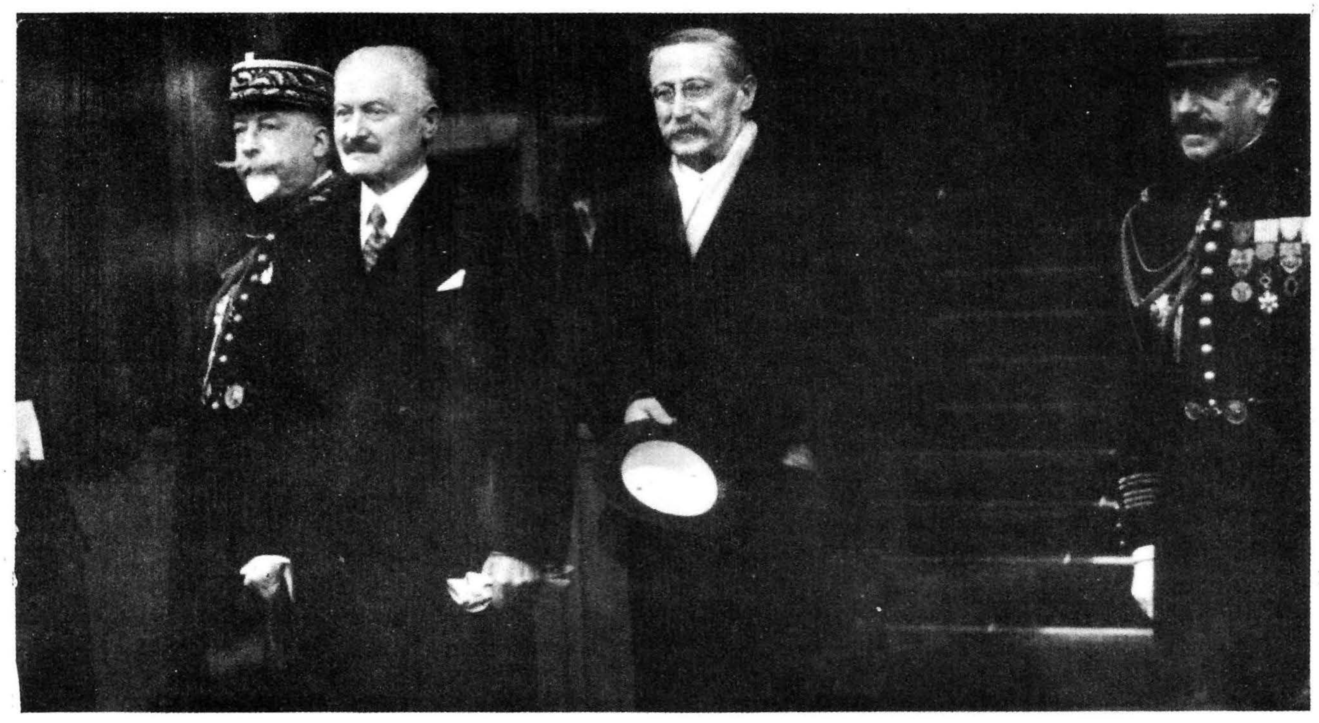
as tratativas de Blum con la CGT y la burguesía llevaron a los acuerdos. La gran patronal era consciente del peligro que enfrentaba y aprovechó la mano tendida por el gobierno de Blum. No en vano la prensa burguesa alertaba acerca del conflicto como para que no hubiera lugar a dudas. El **Temps** señalaba en esos días: "La huelga general es la gran maniobra de la revolución". La burguesía retrocedió en toda la línea aceptando las propuestas sindicales.

Los dirigentes de la CGT, por su parte, también tenían un gran interés en llegar a un arreglo lo más pronto posible. Cuando vieron los primeros indicios de que la patronal cedía se apresuraron a cantar la victoria. La cosa estaba muy clara: "El Frente Popular no es la revolución", decía **L'Humanité.** En esa misma línea intervenía Thorez en una reunión de los comunistas de París: "Si bien es importante conducir bien un movimiento reivindicativo, hay que saber también terminarlo. Ahora no es cuestión de tomar el poder. Todo el mundo sabe que nuestro objetivo sigue siendo, invariablemente, la instauración de la república francesa de los consejos de obreros, campesinos y soldados. Pero no es para esta noche ni tampoco para mañana por la mañana". Y agregaba respondiendo explícitamente a Marceau-Pivert: "No, no todo es posible".

La opinión del Partido Comunista tuvo un peso considerable en el desarrollo de los acontecimientos. Desde 1934 su crecimiento en el movimiento obrero había sido poderoso. El resultado electoral de 1936 es elocuente. Esa autoridad se mantenía, al mismo tiempo, en la medida en que, aun apoyando la gestión del gobierno de Blum, no había aceptado integrar el gobierno. Su compromiso con el gobierno de coalición burguesa era mucho menor que el del Partido Socialista. De ahí que su propuesta de levantar la huelga general, formulada en un plenario de delegados metalúrgicos, tuviera éxito. Asumida esta decisión, el resto de la clase obrera tuvo que replegarse. El trabajo se reanudó, aunque el espíritu de combate de las jornadas de mayo-junio persistió durante varios meses más.



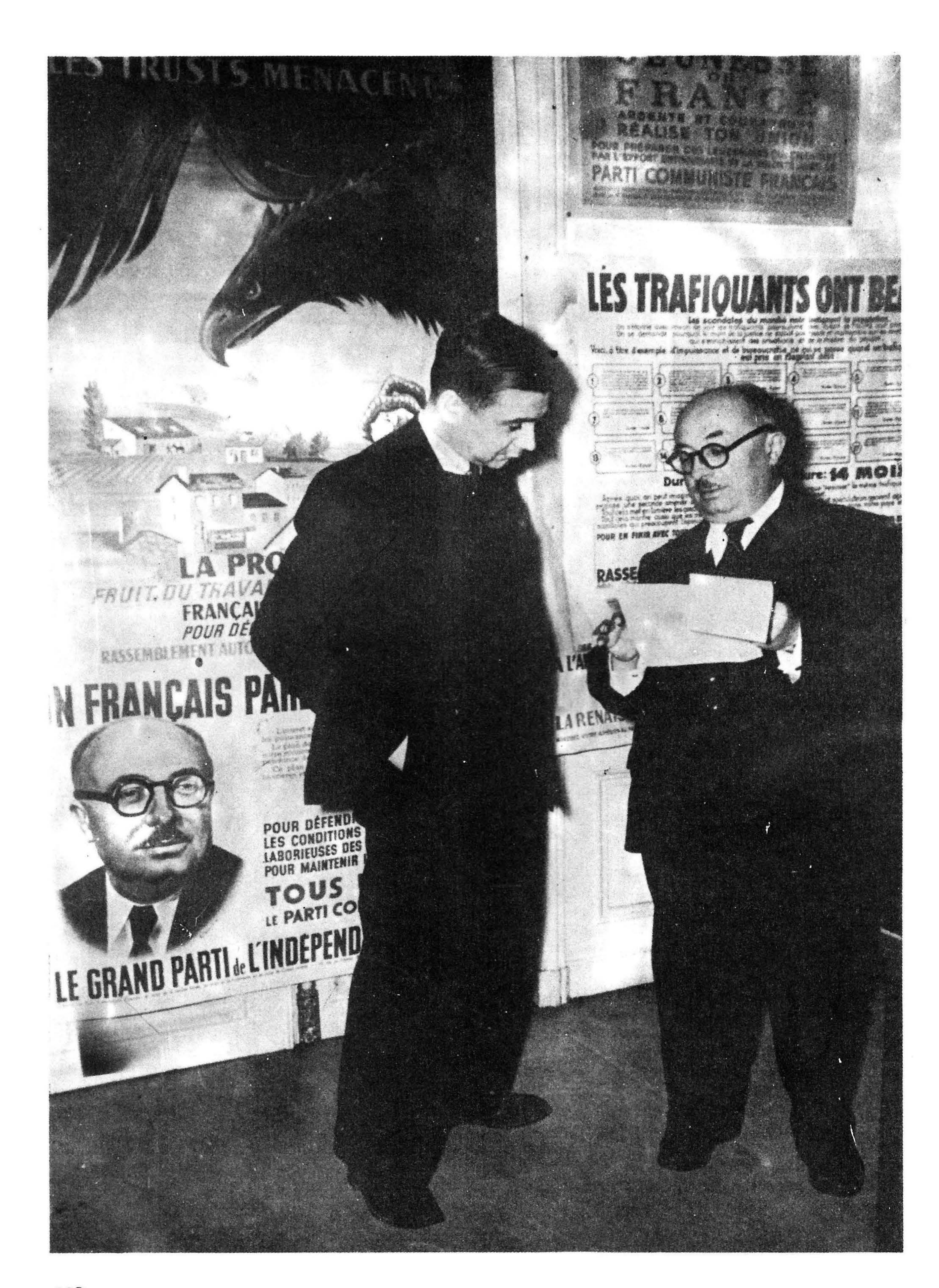








Los dirigentes comunistas Waldeck Rochet y Jacques Duclós en un acto de la CGT.


LES TRUSTS MENACENT
FRANCE
RÉALISE TON UNION
PARTI COMMUNISTE FRANÇAIS
LES TRAFIQUANTS ONT BE
LA PRO
FRUIT DU TRAVA
FRANÇAI
POUR DÉF
RASSEMBLEMENT AUTO
N FRANÇAIS PAR
POUR DÉFENDI
LES CONDITIONS
LABORIEUSES DES
POUR MAINTENIR
TOUS
LE PARTI CO
LE GRAND PARTI de L'INDEPEND
RASSE
LA RENAI

Duclós conversa con su asistente Lafitte en la sede del Partido Comunista Francés. En las elecciones de 1936 los comunistas duplicaron su caudal electoral con respecto a los resultados de 1932.

Los Acuerdos de Matignon

El retroceso obrero no fue acompañado por la desmoralización, como había ocurrido en Alemania y en otros países. Al contrario, los Acuerdos de Matignon representaban un triunfo sindical de enorme importancia. Los obreros sentían que habían impuesto su programa. El fascismo fue contenido y la patronal cedió conquistas fundamentales: respeto a los derechos sindicales, aumento de salarios, jornada de trabajo de cuarenta horas, vacaciones pagas, contratos colectivos.

Sin embargo, los Acuerdos de Matignon tuvieron poca vigencia. Las leyes inexorables de la economía los redujeron pronto a promesas incumplidas. La crisis económica del capitalismo mundial, que repercutía gravemente en Francia reduciéndola a una potencia de segundo orden, no podía solucionarse con meras reformas. El gobierno de Blum intentó aplicarlas. Algunas fueron de importancia; por ejemplo, la nacionalización del Banco de Francia. Pero las medidas contra sectores de la gran burguesía se hicieron manteniendo la estructura del régimen y el respeto a la propiedad privada. El estado continuó en manos de la clase dominante. La "participación" de los socialistas en el gobierno no cambió el carácter de clase del estado. La contrarrevolución tuvo así oportunidad para levantar cabeza y anular la mayoría de las conquistas que había impuesto el movimiento obrero.

La guerra de España y la "no intervención"

La crisis del gobierno de Blum se precipitó, al mismo tiempo, por un acontecimiento externo: la guerra y la revolución española. Blum había llegado al gobierno casi al mismo tiempo que comenzaba la última de las revoluciones europeas previas a la guerra mundial. El drama de España pasó con enorme fuerza en los acontecimientos de Francia y de Europa en aquellos años. desde la victoria electoral del Frente Popular español se había formado un gobierno republicano apoyado por socialistas y comunistas que emprendió medidas reformistas. Sin embargo, las masas españolas tomaron en sus manos el proceso y rebasaron totalmente los límites del gobierno republicano. La revolución se puso a la orden del día. Y al mismo tiempo la contrarrevolución el ejército español se lanzaba al golpe fascista acaudillado por Franco.

La reacción popular en Francia pasó a la acción. El 17 de julio fue inmediatamente favorable a la causa republicana. Los obreros franceses manifestaron su inequívoca solidaridad y exigieron al gabinete de Blum que apoyara al gobierno republicano español. En un primer momento esta ayuda se hizo realidad. Pero por poco tiempo. El envío de una docena de aviones bombarderos franceses a la España republicana exacerbó a la derecha. Un sector de los radicales y los socialistas conservadores, que tenían mayoría en la dirección del partido, se opusieron a continuar ayudando a España. Blum se encontró en una encrucijada. Al mismo tiempo, el gobierno conservador de Inglaterra exigía a Francia una explícita declaración de no intervención.

Sometido a semejante presión, el gobierno del Frente Popular mostró claramente su debilidad histórica: la hegemonía que tenía en su seno la burguesía, a través del partido radical y la derecha socialista. Blum pensó entonces en aceptar el compromiso de la "no intervención" como forma de contener la ya activa participación de Alemania e Italia en favor de Franco. Así nació el famoso "Comité de No Intervención", integrado por Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y la URSS, a cuyo amparo las potencias fascistas continuaron su apoyo a Franco mientras la revolución española era asfixiada. A mediados de 1937 la situación en Francia estaba definida. El movimiento

obrero retrocedía y el período "progresista" del Frente Popular había llegado a su fin.

La crisis del Frente Popular

El apoyo de las masas al Frente Popular expresaba, en primer lugar, su voluntad para imponer una salida a la crisis que vivía Francia. El programa del Frente Popular, que hemos reseñado más arriba, sintetizaba esa aspiración. Al mismo tiempo, ya vimos la dinámica propia que las masas impusieron para su aplicación. Las jornadas de mayo-junio de 1936 fueron su expresión más elocuente. Los trabajadores no se limitaron a "esperar" que el parlamento aprobara las leyes sociales inscriptas en el programa que habían votado. Desde las fábricas ocupadas impusieron los Acuerdos de Matignon.

El gobierno de Blum se encontró así sometido desde el principio a una enorme presión. Por un lado, las masas, que habían retornado al trabajo pero exigían el cumplimiento de los acuerdos; por otro lado, la burguesía, que había firmado su aceptación pero se resistía a cumplir con los acuerdos. Todo esto en el contexto de una situación económica general completamente desfavorable para Francia.

Los Acuerdos de Matignon habían significado, entre otras cosas, las siguientes medidas: 1) aumento general de los salarios; 2) disminución de la jornada de trabajo de cuarenta y ocho a cuarenta horas semanales; 3) una política económica de grandes obras públicas para superar la gran desocupación; 3) la creación de una "Oficina de los Cereales" con el objeto de favorecer al campesinado.

No obstante, estas medidas se frustraron al poco tiempo. El aumento de salarios, que debía ampliar el mercado para reanimar la economía, pronto fue anulado por la devaluación monetaria. A pesar de sus promesas en contrario, Blum procedió a revaluar el franco. Las grandes obras públicas quedaron meramente como proyectos: el estado carecía de los fondos para su iniciación. La "Oficina de los Cereales" no pudo impedir al aumento del precio de los productos agrícolas, con lo cual la carestía de la vida siguió aumentando. Así, al cabo de pocos meses el gobierno del Frente Popular se encontró en una encrucijada.

Al respecto, señala G.D.H. Cole: "¿Qué le sucedía a la economía francesa que ni siquiera podía soportar las más moderadas reformas productivas? Sufría, en primer lugar, de una crónica inestabilidad en sus finanzas públicas, debida en parte a la considerable evasión de los impuestos, especialmente por las clases ricas y los campesinos, y, en parte, a que la Cámara de Diputados no quería fijar los impuestos necesarios para regularizar la situación. Se habría producido un intervalo de recuperación después de la estabilización del franco por Poincaré, en 1928; pero cuando la depresión mundial afectó a los franceses se habían liquidado esas ventajas y los déficits presupuestarios habían vuelto. Además, Francia tenía que hacer frente a dificultades económicas y financieras al mismo tiempo".

En esas condiciones el gobierno de Blum tenía las patas muy cortas para llevar adelante su proyecto reformista. No podía conciliar sus intenciones de mejorar la suerte de los trabajadores sin afectar profundamente la estructura capitalista del país. En los primeros meses de 1937 esta situación tendió a manifestarse en una reanudación de los conflictos obreros. Los patrones se negaban a aplicar en sus fábricas los Acuerdos de Matignon y los obreros, por su parte, exigían su cumplimiento. Las huelgas estallaron, pero con una diferencia en relación a la etapa anterior: eran defensivas. Se trataba de **mantener** lo que habían conquistado en mayo-junio de 1936.

Arriba: el estandarte de la CGT simboliza la unión de los obreros fabriles con los "empleados de cuello y corbata". La escena corresponde a una marcha en apoyo al Frente Popular. En la foto inferior: la caída del Frente Popular marcó un punto de detención para el movimiento obrero francés y la democracia. Varios dirigentes políticos fueron expulsados. La foto muestra a Duclós y Raoul Calas esperando la deportación.



La crisis del Frente Popular estalló a fines de 1937, caracterizándose por la frecuencia y magnitud de las huelgas. Varias fábricas fueron ocupadas por sus trabajadores y la agitación se multiplicó vertiginosamente. La respuesta del gobierno no se hizo esperar. La represión policial aumentó y se efectivizó la clausura de periódicos socialistas y comunistas. En la foto, fuerzas policiales en la puerta del edificio de "L'Humanité", en marzo de 1938.

La caída del gobierno de Blum

Al mismo tiempo que el proletariado pasaba a la defensiva las ligas fascistas reaparecieron. Bajo el nombre de Partido Social Francés habían mantenido una existencia semi-legal. En marzo de 1937 se animaron a realizar una concentración en Clichy. Sin embargo, los trabajadores no permanecieron impasibles. Comunistas y socialistas prepararon de inmediato una contramanifestación.

El 16 de marzo nuevamente las masas salieron a la calle, en Clichy, expresando su voluntad antifascista. Al mismo tiempo, reclamaban por el cumplimiento de las conquistas económicas y sociales. La manifestación fue duramente reprimida por la policía: cinco muertos y más de doscientos heridos. La fuerza policial que formalmente respondía a Dormoy, ministro del Interior y miembro de la SFIO, había disparado contra los obreros socialistas y comunistas. En el gobierno de Blum estalló la crisis.

La política a medias tintas que pretendía llevar a cabo Blum demostraba su fracaso. El jefe de estado intentó entonces dar un vuelco a su gestión: solicitó al parlamento "poderes especiales" para superar la situación. En vano, ya que la debilidad del Frente Popular se hacía cada vez más manifiesta. En Diputados el proyecto de Blum logró salir airoso, pero se enterró en el Senado. Fue derrotado por 188 votos contra 72. El primer gobierno del Frente Popular hacía agua. El 22 de junio Blum presentó su renuncia. Con él se hundía el proyecto reformista.

El último período del Frente Popular

De hecho el Frente Popular había tocado fondo. Sin embargo, aún logró sobrevivir un corto período. Los radicales asumieron entonces la dirección del gobierno. Camille Chautemps fue elegido presidente del Consejo de Estado. Se trataba de realizar un gobierno radical con el apoyo de socialistas y comunistas. En una primera estapa participó incluso Blum con el cargo de vicepresidente del Consejo. Pero el gobierno tomó rápidamente rumbo hacia la derecha.

En la SFIO se produjo una importante crisis. La base socialista no aceptaba considerar al gobierno de Chautemps como representantes del Frente Popular. El ala izquierda de la SFIO rompió abiertamente con el partido, constituyendo poco después el Partido Socialista Obrero y Campesino. Las huelgas se sucedieron y muchas fábricas fueron tomadas por los obreros. El gobierno resolvió desocuparlas por la fuerza pública. En diciembre los servicios públicos estaban paralizados, y el 29 de ese mes París se encontró sin transportes y sin electricidad. En enero de 1938 la SFIO retiró su colaboración al gobierno: sus ministros renunciaron. El 15 todo el gabinete dimitió.

Llegaba el último período del Frente Popular. El presidente de Francia apeló una vez más a León Blum para intentar superar la crisis. Pero ya era tarde. La situación internacional pasaba a desempeñar un papel predominante. Blum intentó formar un gabinete apelando a la izquierda: ofreció a Thorez un ministerio. Sin embargo, su intento fracasó. Un mes más tarde un proyecto de Blum para superar la crisis económica con una "economía de guerra" fue derrotado en la Cámara de Diputados y en el Senado. El 10 de abril de 1938 Blum renunció a su cargo por segunda vez.


l'Humanité



Arriba: Edouard Daladier se entrevista con el canciller alemán Joachim Von Ribbentrop. Abajo: los ministros George Pernot, Pierre Laval y Ernest Lafont abandonan el edificio del consejo ministerial.

Francia en la encrucijada

La quiebra del Frente Popular condujo a un nuevo gobierno presidido por Daladier. A pesar de que este era considerado "hombre del Estado Mayor" logró atraer, en un primer momento, un considerable apoyo en el parlamento. Incluso los comunistas le dieron su voto. Pero no tardó en manifestarse como un gobierno abiertamente derechista. Daladier decidió suprimir el régimen de cuarenta horas de trabajo semanal, así como numerosas conquistas obreras. Desde abril de 1938 socialistas y comunistas pasaron a la oposición. La firma de los acuerdos de Munich, el 30 de setiembre de 1938, suscriptos por el gobierno francés, marcaba claramente su fisonomía.

Los decretos-leyes de Daladier reimplantando la semana de seis días, la supresión de los convenios colectivos, la aplicación de sanciones para el rechazo de las horas extras, etc., suscitaron una ola general de protesta. En noviembre estallaron huelgas en las minas del norte, en la industria química y metalúrgica, en París. El movimiento alcanzó su culminación con la ocupación de Renault por sus obreros. Sin embargo, el gobierno no se amilanó; dispuso la intervención militar y la planta de Renault fue desalojada violentamente. El 25 de noviembre una huelga general dispuesta por la CGT terminaba en un semifracaso. La patronal pasó a la ofensiva con un lock-out que dejó a más de 800.000 obreros sin trabajo. El movimiento obrero estaba en reflujo, sin duda alguna.

Por otra parte, el gobierno de Daladier se constituyó sobre la base de un gobierno de tipo "Unión Nacional" apoyado por los radicales y la derecha. La ocupación de Austria por Hitler, en marzo de 1938, planteó la proximidad de la guerra. En esa circunstancia los acuerdos de Munich manifestaron su falacia. Bajo su amparo se había dejado libre el camino de Hitler hacia la guerra.

En Francia la suscripción del tratado de Munich produjo una crisis en el movimiento obrero. Los socialistas se dividieron en **muniquistas** y **antimuniquistas** según aceptaran o se opusieran a Munich. Los comunistas, por su lado, en una primera etapa defendieron a toda costa la línea del pacto franco-soviético y en consecuencia votaron contra los acuerdos de Munich. Pero cuando la URSS sorprendió el pacto germano-soviético el P. Comunista francés a la justificación de la política exterior soviética, aunque aprobó los créditos militares. El 1º de setiembre Alemania nazi invadió Polonia. Al día siguiente Francia entraba en guerra.

La derrota de la República Española, fracasada la revolución obrera y campesina, fue el último acto del drama en que se hundió Europa en los años posteriores. En Francia, a pesar de que el P. Comunista continuó acrecentando sus fuerzas, la clase obrera se replegó definitivamente. El gobierno de Daladier fue la pasarela hacia la ocupación nazi y el régimen fascista de Vichy. El movimiento obrero, no obstante, no fue aplastado. Resurgiría bajo las duras condiciones impuestas por la ocupación, constituyendo la columna vertebral de la **Resistencia** antinazi. En su seno, los **maquis** lucharon por imponer el mismo objetivo del movimiento de 1936.

Conclusión

La constitución del Frente Popular en Francia y su triunfo en 1936 constituyeron uno de los episodios más importantes en la historia del movimiento obrero europeo entre las dos guerras. La combinación de una serie de condiciones históricas explican su fracaso. En primer lugar, hay que señalar el contexto internacional de la época: la derrota y el reflujo del proceso mundial revolucionario comenzado en los años veinte . En segundo lugar, la política conciliadora de los partidos obreros, que se sometieron a su alianza en los radicales, particularmente la social democracia de





Pierre Laval durante el juicio que se le siguió, a la finalización de la guerra, por alta traición.

la SFIO. No obstante, el Frente Popular en Francia y la Revolución Española demostraron la poderosa vitalidad del movimiento obrero internacional. La crisis de dirección que frenó en el pantano del reformismo al formidable movimiento de masas de 1936 no disminuye la importancia del acontecimiento.

El camino hacia la victoria está sembrado de derrotas, solía decir Rosa Luxemburgo. El fracaso del Frente Popular en Francia forma parte de las duras derrotas a que se vio sometido el movimiento obrero desde el fracaso de la revolución alemana de 1923. La nueva etapa, sin embargo, demostró que la experiencia no había pasado en vano. La clase obrera aprendió la lección, a pesar de que el ritmo de la transformación socialista del mundo fue mucho más lento de lo que esperaban algunos teóricos. Durante la guerra, y particularmente después de la **Liberación**, la clase obrera francesa amasaría su experiencia, en una lucha ideológica que tiene por objeto, aún hoy, resolver una cuestión fundamental: Reforma o Revolución. El derrumbe automático del capitalismo se ha demostrado imposible. Lo que faltó en 1936 para que el proletariado francés se hiciera dueño de la victoria que había conquistado en las fábricas y las calles aún continúa sin resolverse: programa y dirección revolucionaria.

El Frente Popular de 1936, con sus conquistas y retrocesos, fue un jalón decisivo en ese proceso.

Bibliografía

Georges Lefranc: **Le Front Populaire.** París, Presses Universitaires de France, 1965.

G. D. H. Cole: **Historia del pensamiento socialista.** México, Fondo de Cultura Económica, 1963, T. VII.

Fernando Claudín: **La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform.** París, Ruedo Ibérico, 1970.

León Trotsky: "Ou va la France?" en: **Ecrits 1928-40.** París, Quatrieme Internationale, 1958, t. II.

Wolfgan Abendroth: **Historia Social del movimiento obrero europeo.** Barcelona, Estela, 1970.

Michel Branciard: **Societé Francaise et luttes de classes 1914-1967.** París, Chronique Sociale de France.

La revolución española

Perla Haimovich

Tras una larga y penosa lucha la dictadura franquista aplasta las conquistas logradas por el movimiento obrero español.

La coyuntura política española de 1936-1939 y que tiene su antecedentes más determinantes en el proceso abierto con la instauración de la república en 1931 llevará al país a un agudo enfrentamiento de clases que dividirá a España no sólo socialmente sino en dos regiones geográficas, cuyos límites se irán definiendo con el transcurso de la guerra. A la aguda radicalización de los sectores explotados corresponderá, en el campo nacionalista, una gran concentración política alrededor de los núcleos derechistas, en los que se apoyará el ejército para realizar su proyecto político de aplastamiento de las masas revolucionarias por medio de la instauración de una dictadura basada en el terror.

Estos grupos eran la Falange de Primo de Rivera, los Carlistas tradicionalistas de Fal Conde, los monárquicos de Calvo Sotelo y otros grupos de extrema derecha de importancia menor.

La figura del general Francisco Franco se irá destacando sobre los otros jefes militares de la sublevación (Mola, Queipo del Llano) y concentrará "los poderes absolutos del estado" desde su puesto de "generalísimo" y de "Caudillo" del Movimiento que se convertirá en su monolítica base de apoyo: la Falange.

El programa del gobierno provisional de la España nacionalista erigido en octubre de 1936 y que tenía su sede en Salamanca sintetizaba las dos tendencias mayoritarias que hasta ese momento compartían el poder bajo Franco: la Falange y los carlistas. Sostenía así su objetivo de constituir un gobierno totalitario, la posibilidad de la restauración monárquica y la "unidad de la Nación", junto con los principios corporativistas del falangismo de trabajo obligatorio, garantías contra los excesos del capitalismo, salarios justos y posible participación de los obreros en los beneficios de las empresas, sobre la base del sometimiento del movimiento obrero, impedido de actuar libremente.

Al prolongarse la guerra, las contradicciones de los sectores políticos que apoyaban al Movimiento militar se agudizaron y Franco comprendió la importancia de cohesionar su frente, lo que indudablemente le traería incomparables ventajas frente a una república sectorizada por serias disidencias internas.

En este camino Franco logró la disolución de todos los partidos políticos de derecha y el 19 de abril de 1937 lanzó el decreto por el cual se imponía la existencia del Partido Unico. Después de reprimir algunas resistencias de sectores del viejo falangismo que se oponían a su coexistencia con los monárqlicos y la Iglesia entroncada fuertemente con aquella, Franco convirtió a la Falange en el "movimiento militante inspirador y base del estado español" nacional-sindicalista. La Falange, con una estructura absolutamente verticalista, encuadró en su seno a diversas organizaciones de la juventud, de las mujeres, de estudiantes universitarios (se creó un Sindicato Unico Universitario). A nivel de la producción económica el sindicato agrupaba en forma obligatoria a obreros, empleados y patrones, dirigido por los funcionarios nombrados directamente por la Falange.

Un fuerte control ideológico, ejercido fundamentalmente por la iglesia por medio del monopolio de la enseñanza, desempeñó un papel de suma importancia en la consolidación del estado. La religión ahuyentó así el fantasma del "materialismo" y promovió el "espíritu"; el militarismo que se introdujo en todos los resortes de la sociedad evitó la indisciplinas; por último, un sentimiento exacerbado de nacionalismo ultramontano educó a la población en la "defensa y reconquista de la hispanidad", de la oligarquía y la burguesía. Y como telón de fondo, un sistema de terror y represión que desde el primer momentc se mostró dispuesto a proceder con el salvajismo más despiadado.

Al terminar la guerra, el Nuevo Estado de Franco se estructuró definitivamente sobre sus fundamentales pilares: el Ejército, la Iglesia y la Falange. El triunfo de la dictadura militar dejó un

Los generales sublevados Franco y Mola se entrevistan en la ciudad de Burgos. El golpe militar es la dura respuesta a la voluntad expresada en las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular.

saldo de más de un millón de muertos, 350.000 exiliados y cárceles abarrotadas de presos políticos (llegó a haber 300.000). Esto además de un pueblo sumido en un agudo atraso y miseria, pero con un estado que se definía a sí mismo como "estado Nacional-Sindicalista, totalitario, autoritario, imperialista y ético-misional" y que, tras el aplastamiento del movimiento obrero, puede mantenerse aún casi inconmovible después de treinta y cinco años.

La sublevación de abril

El proceso que estalla en abril de 1936 con la sublevación del ejército liderado por Franco es consecuencia de la inmensa y creciente movilización de masas que se produce a partir del triunfo electoral del Frente Popular y que demuestra que las aspiraciones de éstas excedía en mucho los límites del programa que habían votado. Durante los tres años de sacrificios, privaciones, muertes, traiciones y fracasos que vivió el pueblo español se desarrollaron dos procesos ligados íntimamente a los que algunos sectores pertenecientes al frente republicano se empeñaron en separar: la revolución y la guerra. En ellos nos detendremos, es decir, en los aspectos que hacen esencialmente a la Revolución Española: los organismos de poder de masas, las milicias populares, las conquistas y transformaciones logradas en ese breve y riquísimo período.

Con la sublevación y el comienzo de la guerra la alternativa única era: o "se hacía la revolución para ganar la guerra" o "se ganaba la guerra para hacer la revolución". En la medida en que las masas mantuvieron durante el primer período un relativo control de la situación, en medio del desorden y la confusión, la primera alternativa parecía imponerse. Pero tal situación no encontró, de hecho, una expresión consciente, la conformación de un poder obrero revolucionario. Entre las dos perspectivas que se abrían para España —comunismo o fascismo— la revolución titubeó y abrió las puertas a la contrarrevolución, que introdujo, como una cuña, una tercera alternativa: la república democrático-burguesa. A costa de imponer, inevitablemente, tal etapa, la revolución proletaria fue aplastada para dar paso a esa república democrático-burguesa que se desangrará hasta hacer caer a todo el pueblo español bajo una dictadura militar fascista.

Frente a la sublevación militar

Mientras el gobierno insistía en reducir a un rumor la información sobre el inminente golpe militar que se preparaba, desde Marruecos, el 18 de julio de 1936 Franco lanzaba la consigna de "Salvar a España". Contaba con la adhesión de muchas unidades militares, de la Legión Extranjera española y de un ejército de moros dispuesto a invadir España. Sevilla cae entonces en manos de los rebeldes. La revolución de los militares avanza mientras el gobierno hace llamados a la tranquilidad agradeciendo los ofrecimientos de ayuda para la defensa que le hacen las organizaciones obreras que exigían la entrega inmediata de armas. "Gracias a las medidas de previsión tomadas por el gobierno —afirma un comunicado— puede decirse que un vasto movimiento antirrepublicano ha sido abortado. La acción del gobierno será suficiente para restablecer la normalidad." Los Partidos Socialista y Comunista explicitan su posición frente a los hechos: "El momento es difícil, pero no desesperado. El gobierno está seguro de poseer los medios suficientes para aplastar la tentativa criminal. En el caso de que estos medios fuesen insuficientes, la República tiene la promesa solemne del Frente Popular. Este está decidido a intervenir en la lucha a partir del momento en que la ayuda sea pedida. El go-



bierno manda y el Frente Popular obedece". Era evidente que la situación revolucionaria planteada a partir de la instauración del gobierno del Frente Popular en mayo y acelerada ahora con el estallido de la sublevación militar ponía aun más a la orden del día la única alternativa posible: o el proletariado se adueñaba del poder o la república desaparecía bajo una dictadura militar contrarrevolucionaria. No había cabida en la realidad española para una república democrático-burguesa que republicanos, socialistas y comunistas intentaban defender frenando la insurrección por un lado e impidiendo, por el otro, que se armara al proletariado.

Mientras el primer ministro, Cáceres Quiroga, presentaba su renuncia al presidente Azaña, el 19 de julio, la CNT y la UGT hacían el llamado a la huelga general. Azaña encargará a Martínez Barrio la dirección del nuevo gabinete, que estará compuesto exclusivamente por republicanos derechistas en un intento de serenar y negociar con los militares sublevados. Al conocerse la conformación del nuevo gabinete, millares de manifestantes se congregaron espontáneamente exigiendo armas para enfrentar a los militares. Pero en el ánimo de Martínez Barrio, así como en el de Cáceres Quiroga, no estaba la intención de convertirse en porteros de la revolución obrera y sí el de evitarlo, aun a costa de la república. Azaña entregó el gobierno a Giral, quien disolvió el ejército y decretó la distribución de las armas a las organizaciones obreras.

Las derrotas más graves las sufrieron los militares en Barcelona, Madrid, Málaga, las provincias vascas y Valencia.

Cataluña: cuando comenzaron a difundirse los rumores sobre la sublevación, representantes de la CNT y de la UGT de Barcelona solicitaron al gobierno de la generalidad la distribución de armas. Ante la negativa, el 17 de julio los militantes asaltaron los cuartos de armas de distintos barcos anclados en el puerto de Barcelona. Apenas se confirmó la noticia del levantamiento, la CNT lanzó la orden de huelga general y los obreros se lanzaron a la requisa de cuanta arma o elemento pudiese servir para la lucha. Almacenes, buques, talleres, fueron asaltados por las multitudes, que escaparon al control de sus propios dirigentes, quienes, como Durruti y García Oliver, trataban inútilmente de organizar las brigadas y el reparto de armas para evitar enfrentamientos con la guardia civil. No obstante ello, la guardia se plegó al movimiento y repartió armas entre los trabajadores. Finalmente, el 19 de julio, las tropas dirigidas por Goded y los falangistas iniciaron la sublevación. Así describe Brué la defensa de Barcelona: ". . . para los obreros barceloneces, que eran muchísimos, había llegado el momento —largo tiempo temido, finalmente deseado y esperado— del arreglo de cuentas. Desde la barceloneta, desde los barrios del puerto acudieron para cerrar el camino a los insurgentes. Mal armados, cuando no iban con las manos desnudas, sin dirección centralizada, no conocían más que una táctica, que consistia en echarse para adelante y, sufrieron graves pérdidas. Pero los muertos y los heridos fueron inmediatamente reemplazados y la multitud sumergió a los soldados. Los militantes obreros estaban en primera fila y cayeron por docenas. El secretario de la Juventud Socialista Unificada Catalana, Francisco Graells, el de las juventudes del POUM, Germinal Vidal, el secretario de los anarquistas de Barcelona, Enrique Obregón, cayeron en la plaza de Cataluña, donde los sublevados ocupaban los edificios más importantes, el hotel Colón, la Central telefónica, El Eldorado. Allí fueron verdaderamente sitiados: el valor es tan contagioso como el miedo y los cálculos de los militares profesionales se vinieron abajo ante una multitud que no temía la muerte, ante esas masas que se lanzaron a descubierto bajo el fuego de las ametralladoras y se apoderaron de ellas, dejando en las plazas y en las calles centenares de cadáveres . . .". Los soldados empezaron a amotinarse y a cambiar de bando, los edificios fueron reconquistándose y en la mañana del 20 de julio los obreros se habían apoderado no solo de los

Arriba, a la izquierda: Dolores Ibarruri, "la Pasionaria", durante un discurso. A su lado se ve uno de los militantes del Partido Obrero Unificado.
Abajo: una unidad republicana en maniobras es visitada por el dirigente socialista Largo Caballero.




OUM



Barcelona, julio de 1936. Sobre un tanque arrebatado al ejército, un integrante de las milicias populares ha pintado la sigla CNT. En una mano, la bandera roja y negra; en la otra, un fusil.

cuarteles y sus armas sino de toda la ciudad. Grupos armados se movilizaron hacia otros pueblos y ciudades de la provincia y evitaron la sublevación. No quedaba en Barcelona otro poder que el de los obreros armados. No existía ya ni guardia civil ni ejército que dependiera del gobierno de la Generalidad. Companys, al frente del gobierno ante los delegados obreros reconoce su debilidad y ofrece su renuncia. El gobierno estaba a la mano de las fuerzas trabajadoras revolucionarias, pero los anarquistas se negaron a tomarlo y aceptaron la colaboración de los republicanos, quienes más tarde se volverían en su contra. Mientras los socialistas y comunistas proponían a Companys la formación de "milicias de la Generalidad" que reforzarían la independencia del gobierno frente a los militantes de la CNT y el POUM, Companys aceptó el poder de hecho, basado en los obreros armados, en los comités-gobierno sobre los que se constituyó el Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña, que quedó conformado de la siguiente manera: tres representantes de la CNT, tres de la FAI, uno del POUM, uno de los rabassaires, uno de la Esquerra, tres de la UGT y uno del PSUC. Tal representación, que no respondía a la real correlación de fuerzas de las distintas organizaciones —la CNT tenía indiscutiblemente la hegemonía sobre el movimiento obrero—, fue resultado de la negativa de ésta a tomar el poder, lo que la llevó a una política de colaboración con quienes horas antes habían estado dispuestos a entregarse a los militares antes de armar a los trabajadores anarquistas mismos.

De todas maneras, el Comité Central ejercería en la primera etapa de la revolución el poder real en Cataluña en todos los órdenes: funciones legislativas, ejecutivas en todos los planos, económicas, educativas, de guerra, transporte, abastecimiento, industrias de guerra, justicia. El Comité Central era, de hecho, el gobierno obrero de la revolución obrera.

Madrid: En Madrid las milicias obreras se adueñaron de las ca-

La entrevista entre Companys y los representantes de la CNT y la FAI

Sofocado el movimiento en Barcelona, Companys llamó a la CNT y a la FAI a su despacho de la Generalidad. García Oliver, militante influyente entre los más, acudió entre otros al llamamiento. De esta entrevista ha dado él mismo la siguiente referencia:
"Ibamos armados hasta los dientes: fusiles, ametralladoras y pistolas. Descamisados y sucios de polvo y de humo. 'Somos los representantes de la CNT y de la FAI, que Companys ha llamado —le dijimos al jefe—; y esos que nos acompañan son nuestra escolta...' Companys nos recibió de pie, visiblemente emocionado. Nos estrechó la mano, y nos hubiese abrazado si su dignidad personal, afectada vivísimamente por lo que pensaba decirnos, no se lo hubiera impedido. La ceremonia de presentación fue breve. Nos sentamos, cada uno de nosotros con el fusil entre las piernas. En substancia, lo que nos dijo Companys fue lo siguiente: Ante todo, he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros, después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos...' Meditó un momento, y prosiguió lentamente: 'Pero la verdad es que, perseguidos duramente hasta anteayer, hoy habéis vencido a los militares y fascistas. No puedo, pues, sabiendo cómo y quiénes sois, emplear un lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si por el contrario creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha, que si bien termina hoy en la ciudad, no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social.' (...)
La CNT y la FAI se decidieron por la colaboración y la democracia, renunciando al totalitarismo revolucionario que había de conducir al estrangulamiento de la revolución por la dictadura confederal y anarquista. Fiaban en la palabra y en la persona de un demócrata catalán y mantenían y sostenían a Companys en la presidencia de la Generalidad; aceptaban el Comité de Milicias y establecían una proporcionalidad representativa de fuerzas para integrarlo que, aunque no justa —se le asignaban a la UGT y Partido Socialista, minoritarios en Cataluña, iguales puestos que a la CNT y al anarquismo triunfante—, suponía un sacrificio con vistas a conducir a los partidos dictatoriales por la senda de una colaboración leal que no pudiese ser turbada por competencias suicidas."

(Tomado de José Peirets, *La CNT en la Revolución Española.*)

Arriba: manifestación organizada por la CNT en protesta por los bombardeos de Barcelona y Almería. Al repudio a la intervención nazi en la guerra española se agrega una consigna: "¡Viva la unidad del proletariado!" Abajo: desfila la brigada de milicianas "Rosa Luxemburgo".

lles antes de que el ejército atinara a iniciar la rebelión. En los primeros días de julio se habían producido huelgas importantes. Los obreros tranviarios se habían apoderado de la compañía, que pasó a funcionar bajo su control y propiedad. El 1º de julio 70.000 obreros de la construcción iniciaron una huelga dirigida por las dos centrales sindicales. Ante la resistencia patronal a aumentar los salarios los huelguistas se organizaron para asegurar su abastecimiento obligando a los comerciantes a entregarles alimentos. Ante la impotencia de la policía, la Falange intervino atacando a los obreros, quienes asumieron la necesidad de la organización armada. Cuatro días más tarde el gobierno arbitraba la solución del conflicto otorgando a los obreros el aumento solicitado. La UGT decidió la vuelta al trabajo mientras que la CNT continuó la huelga, ya no por reivindicaciones laborales sino como "una prueba de fuerza con la burguesía y el estado, una verdadera huelga insurreccional". Al estallar la sublevación los obreros de la construcción se lanzaron a la ofensiva recuperando los locales que habían sido cerrados por la policía. El 19 las dos centrales declararon la huelga general y tomaron prisioneros a los militantes conocidos como hostiles al gobierno. El 20 los rebeldes, acantonados en el Cuartel de la Montaña, fueron atacados por una multitud enardecida. Muchos trabajadores cayeron ante la falta de organización, de armas y de capacidad de combate, pero finalmente invadieron el cuartel, fusilaron a los oficiales y se repartieron las armas.

Valencia: El gobierno del Frente Popular admitió su debilidad aun frente a su guarnición militar, la cual, encerrada en sus cuarteles, no se decidía a concretar la sublevación. Se nombra entonces un Comité Ejecutivo, constituido por un delegado de cada partido y dos por cada central sindical. El 19 de julio había comenzado la huelga y la movilización general de los trabajadores. El gobierno central envió a Valencia una junta delegada cuyo objetivo era lograr la negociación con el general Monje, jefe de la guarnición, y para ello requería la disolución del comité y el levantamiento de la huelga y del sitio a los cuarteles por los obreros. "El comité se dividió: la CNT, el Partido Socialista, la UGT y el POUM querían rechazar el ultimátum gubernamental. La Izquierda Republicana y el Partido Comunista estimaban que el Comité debía poner un ejemplo de disciplina y someterse a la autoridad legal del gobierno, encarnada en Valencia por la Junta Delegada." El Comité Ejecutivo se negó finalmente a disolverse, mientras desde Barcelona y Madrid los sindicatos les enviaban las armas que el gobierno y la Junta se negaban a entregar. Después de quince días, la CNT y la UGT resolvieron la vuelta al trabajo: los obreros se negaron a cumplir la orden y el 27 de julio se lanzaron al asalto de los cuarteles, apoyados por soldados que se amotinaron contra sus oficiales y pasaron a integrar las milicias. El conflicto de poderes, que tan abiertamente se había planteado en Valencia, quedó resuelto en los hechos: el gobierno capituló, la Junta delegada fue disuelta y el poder fue reconocido al Comité Ejecutivo que asumió características similares al Comité Central de Cataluña.

El "movimiento" iniciado por Franco contó con triunfos y fracasos a lo largo y ancho de España. Brué afirma "que fue menos en la acción de los rebeldes que en la reacción de los obreros, de los partidos y de los sindicatos, y de su capacidad de organizarse militarmente, en una palabra, en su perspectiva política misma, donde residió la clave del resultado de los primeros combates. En efecto, cada vez que las organizaciones obreras se dejaron paralizar por el cuidado de respetar la legalidad republicana, cada vez que sus dirigentes se contentaron con la palabra dada por los oficiales estos últimos vencieron". Así el ejército triunfó en Burgos, Cádiz, Granada, Huelva y Galicia. La demora en la re-

solución del conflicto de poderes en Valencia determinó la consolidación del ejército en Zaragoza. Ante el copamiento de Aragón, la CNT y la UGT lanzaron a sus gremios a la huelga general y a la organización armada en los barrios obreros. Pero su resistencia solo duró una semana antes de ser definitivamente liquidada.

Trágica fue la toma de Sevilla, que contaba con las dos centrales sindicales organizadas poderosamente. Desconcertados, los obreros perdieron la iniciativa y sus grupos de asalto fueron aniquilados por la guardia civil y los falangistas, que en pocos días asesinaron a más de 9.000 obreros. Oviedo, capital de Asturias revolucionaria, cayó por la confianza en la lealtad de su guarnición. Las centrales sindicales habían enviado para la defensa de Madrid sus guardias más combativas y todas sus armas. Se hallaron así sin protección, y miles de obreros de elevada formación combatiente quedaron aislados del resto de España.

Hacia los últimos días de julio España se había dividido. La resistencia obrera, la sublevación de los soldados, habían hecho fracasar el golpe en los centros más importantes del país, y se producía aquello que el ejército había querido evitar: la revolución obrera. El gobierno republicano se vio privado de su organización armada. Las milicias que defendían la república eran milicias obreras y eran éstas las que realmente detentaban el poder. Pero no se trataba de un poder republicano: el capitalismo empezaba a ser destruido en las zonas en que la rebelión había fracasado. Los medios de producción pasaron, de hecho, a los trabajadores. En las ciudades y en el campo los medios de producción y las tierras eran apropiados por los obreros y campesinos. Nuevos órganos de poder aparecían por todos lados, nacidos desde la base de un movimiento popular que luchaba contra la opresión burguesa: comités de defensa, de guerra, ejecutivos, de salud pública, órganos antifascistas que eran elegidos en las fábricas, en los barrios, en las aldeas en asambleas generales, con desorden, sin un programa preciso, pero con efectividad.

Las milicias populares



Durante los primeros cuarenta y cinco días que siguieron al golpe militar la zona republicana no conoció otro orden que el impuesto por los trabajadores armados. Hombres, mujeres y ancianos recorrían las calles ostentando sus armas y muchas veces hacían justicia en forma desordenada y espontánea: oficiales, falangistas, conocidos líderes de las clases dominantes, curas, policías, eran fusilados en sus casas, en las calles, en sus oficinas. Las iglesias eran incendiadas o destinadas a nuevos usos de la comunidad y sus tesoros pasaban a financiar las acciones revolucionarias. Los hoteles de lujo eran convertidos en escuelas, los conventos en hospitales. El poder del estado estaba realmente deteriorado y se encontraba a merced de las masas. En el plano militar, el gobierno no tenía ejército. Las milicias habían nacido en parte por iniciativa de los partidos y sindicatos y en parte espontáneamente.

La primera milicia había nacido en Barcelona a instancias de la CNT. Una vez controlada la sublevación en Cataluña, Durruti organizó la primera columna con seis mil milicianos que recorrerían el frente. En Valencia, el Comité Ejecutivo organizó la "Columna de hierro", la "Desesperada", la "Columna Fantasma". Los jefes de las primeras columnas, sobre todo las que se movilizaban al frente, eran dirigentes políticos y sindicales. En general, ninguno tenía formación militar, aunque en muchos casos suboficiales subalternos que adherían a la república actuaban como respaldo técnico. La característica más importante era que cada partido o sindicato organizaba sus propias columnas y esa descen-

En la foto superior: Largo Caballero y Enrique Líster marchan junto con los integrantes de una milicia popular. Abajo: un grupo de mujeres madrileñas se prepara para recibir instrucción militar.

tralización aportaba una seria desventaja ante un enemigo centralizado. En Madrid, los comunistas organizaron el famoso Quinto Regimiento y la Izquierda Republicana el Regimiento de Acero. También cada organización articuló sus propias milicias de retaguardia, encargadas de mantener el orden en las zonas alejadas del frente.
El gobierno de Giral intentaba encuadrar a los milicianos bajo su gobierno y en los primeros días de agosto trató de movilizar a las columnas madrileñas. Los mismos milicianos, la CNT, la UGT, POUM, salvo el PCE, reaccionaron violentamente contra el intento de la constitución de un ejército regular. El 20 de agosto Largo Caballero decía desde **Claridad:** "pensar que otro tipo de ejército debe sustituir al que combate realmente y que, en cierta medida, controla su propia acción revolucionaria es pensar en términos contrarrevolucionarios". Y la CNT declaraba: "queremos ser milicianos de la libertad, no soldados en uniforme. El ejército ha sido un peligro para el país; sólo las milicias populares protegen las libertades públicas: ¡milicianos sí! ¡soldados nunca!"
Este intento del gobierno aceleró aun más la organización de las bases y en muchas partes los sindicatos y partidos impulsaron la creación de "consejos de obreros y soldados". Estos organismos cumplían la función de control sobre los mandos y técnicos militares y se fueron extendiendo en muchos cuerpos armados. Nacidos en Barcelona, a instancias del Comité Central de Milicias, se formaron en Levante, Madrid y aun en la derrotada Andalucía. También en Barcelona surgió la iniciativa de la formación de las Patrullas de Control, con la función de asegurar el orden revolucionario y compuestas por militantes de las organizaciones obreras. El desmantelamiento del ejército regular y el armamento de los trabajadores son una de las condiciones para la destrucción del estado burgués. Tal condición estaba dada, ostensiblemente, en julio de 1936 en España, allí donde la sublevación del ejército había fracasado. Pero el estado re-

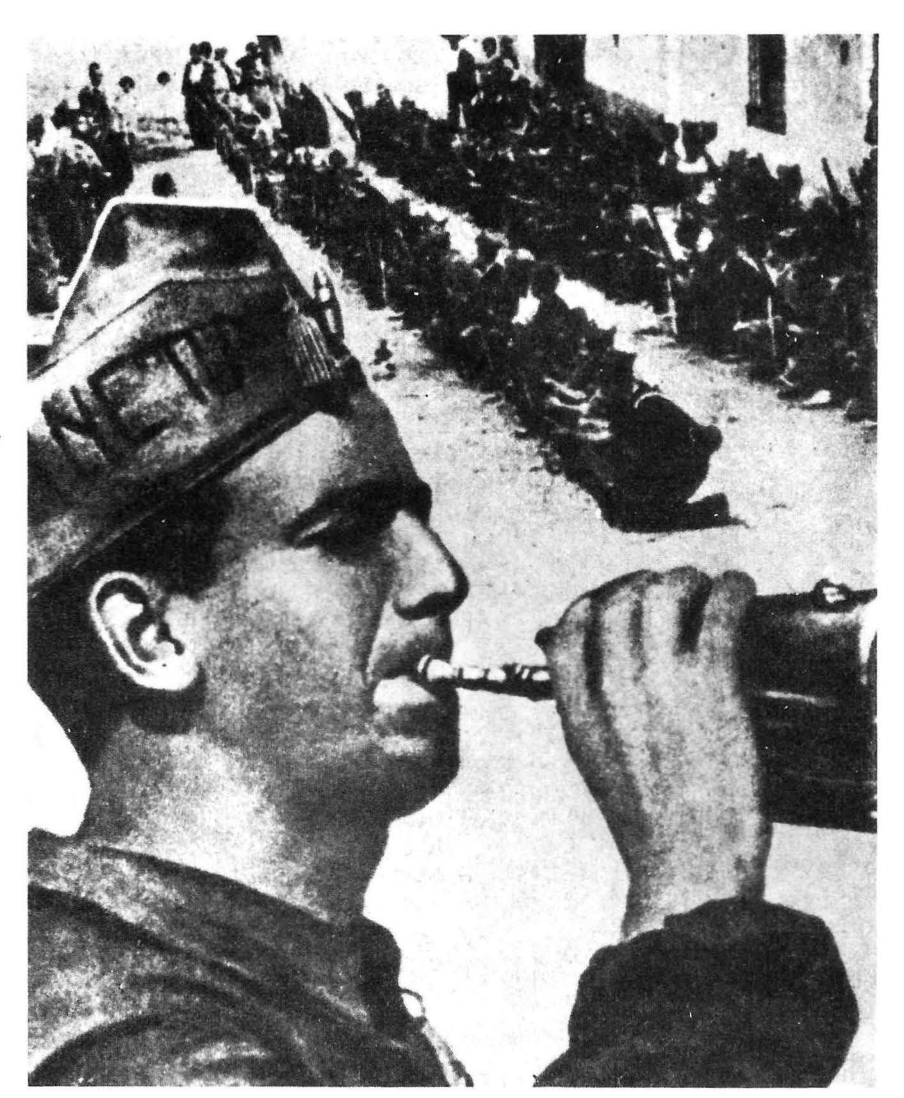
Pacto firmado entre la CNT y la UGT el 26/11/1936

"Reunidas las representaciones del Comité nacional de la CNT de España y la Comisión ejecutiva de la UGT para determinar conjuntamente el criterio que les merecen los diversos problemas que la clase obrera tiene planteados, señalando, a la vez, las normas que estimen indispensables establecer para llegar a la solución inmediata de los mismos, acuerdan unánimemente dirigirse a todos los organismos sindicales para exigir la máxima cordialidad en sus relaciones, garantizándose mutuamente el derecho de cada obrero de sindicarse en aquella organización que mejor sepa interpretar sus sentimientos y sus ideales, y respetándose también el derecho de cada sindicato a orientar su actuación como corresponde a sus postulados clasistas.
Los problemas fundamentales afectan al pueblo en general y muy particularmente al proletariado; problemas cuya trascendencia no puede escapar a nadie y de los cuales enumeramos unos cuantos: La guerra, las incautaciones, la colectivización, la tierra, el transporte, la industria, la economía, los municipios, el comercio, etc.
Reseñamos éstos que significan la entraña de la vida social de los pueblos. Cuando la clase obrera y democrática de España tiene ante sí a su enemigo secular, amparado y protegido por el fascismo internacional, no puede tolerarse que nadie trate de afianzar su prestigio ni acrecentar sus fuerzas numéricas desgarrando violentamente las de sus afines en ideas. Unos y otros, la CNT y la UGT, precisan que se comprenda que si se inician las discusiones entre ambas representaciones del proletariado para buscar solución a los problemas arriba enunciados, es obligado, por tanto, que los obreros enrolados en ambas Sindicales se guarden entre sí la tolerancia y respeto que como hombres se merecen. No sería posible que nuestros esfuerzos en pro de la unidad tuvieran buenos resultados si al compás de nuestras discusiones se producen choques entre las fuerzas que representamos. Es de una lógica tan aplastante el argumento, que consideramos no precisa de mayores explicaciones. Por esto, termina esta nota pública recomendando a los trabajadores y a las Juntas directivas y a los Comités responsables de la Unión General de Trabajadores y de la Confederación Nacional del Trabajo que impidan por todos los medios discusiones y rozamientos entre los trabajadores, y que todos tengan la vista fija en el frente de batalla, que anuncia nueva etapa de fraternidad como nunca el pueblo conoció.

Que nadie olvide que en estas horas presentes sólo la unión del proletariado puede conducirnos a la victoria. Las representaciones de la UGT y de la CNT darán en plazo brevísimo su opinión sobre las cuestiones de más palpitante actualidad, y mientras ese instante llega, exigen de los organismos que representan disciplina en el cumplimiento del deber, acatamiento a las normas que señala el gobierno legal de la República, única forma de obtener la victoria, que queremos conquistar y que conquistaremos. Por el Comité nacional de la CNT: M. R. Vásquez, secretario; Macario Royo, por Aragón; Galo Diez, por el norte; Claro J. Sendón, por Levante; N. Báez, por Cataluña; Manuel Amil, por el Centro, y Avelino G. Entrialggo, por Asturias. Por la Comisión ejecutiva de la UGT: José Díaz Alor, vicepresidente; Pascual Tomás, vicesecretario; Felipe Pretel Iglesias, tesorero; Carlos Hernández, Manuel Lois, Mariano Muñoz, Amaro del Rosal y Ricardo Zabalza, vocales. Valencia, 26 de noviembre de 1936."

(Tomado de José Peirets, *La CNT en la Revolución Española.*)

La organización militar del pueblo español traduce un espíritu de lucha y una disciplina ejemplares. En la fotografía inferior aparecen los generales republicanos Miaja y Líster entre los oficiales del Quinto Regimiento de Madrid.





Cartel de reclutamiento del ejército popular.

publicano, que era incapaz de sostenerse por sí solo, siguió existiendo formalmente porque ninguna de las organizaciones obreras intentó reemplazarlo por el poder obrero. Unos porque estaban en contra de cualquier tipo de gobierno, otros porque creían que la revolución debía encauzarse en el cumplimiento de la "etapa" democrático-burguesa" que a España le **correspondía** recorrer.

Las transformaciones revolucionarias

Las colectivizaciones en la industria: En las semanas que siguieron al alzamiento militar el poder del pueblo y la debilidad de la estructura permitieron aceleradísimos procesos de colectivización tanto en la industria como en el agro. Las propiedades de la iglesia fueron las primeras en ser expropiadas cuando no destruidas. Muchos dueños de fábricas habían huido al extranjero y aun antes de la sublevación, a raíz de los acontecimientos que siguieron al triunfo del frente popular, habían colocado sus capitales a buen recaudo. Muchas fábricas importantes se encontraban paralizadas y una vez pasados los primeros días del alzamiento y estabilizada un tanto la situación se comenzaron a tomar medidas para la reactivación de la producción. Todo esto siempre enmarcado en las características de descentralización, librada cada medida a la iniciativa de cada sindicato o incluso de cada grupo de obreros.
Por eso las medidas de reformas de la propiedad variaron según la supremacía de una u otra tendencia: en Cataluña, donde la CNT era la organización más poderosa, el 70 % de las empresas fueron incautadas y sindicalizadas; lo mismo sucedió en el Levante. En cambio en Madrid, donde era preponderante la UGT, las empresas más importantes eran intervenidas y puestas bajo control de una comisión compuesta por delegados gubernamentales y sindicales, y lo mismo sucedió en Asturias con el comercio y la industria. El País Vasco constituía una excepción en toda la España republicana. Dominaba ahí el Partido Nacionalista, que representaba a la burguesía industrial más fuerte de España y que pudo controlar tanto la ofensiva del ejército como al movimiento revolucionario obrero y mantener la propiedad privada.
En Cataluña fue donde el proceso de colectivización de la industria se dio con mayor profundidad. Durante cuatro meses las fábricas fueron administradas y controladas por los propios trabajadores. En octubre de 1936 una asamblea representativa de 600.000 obreros impuso al gobierno catalán un decreto por el cual se institucionalizaba la socialización de las empresas —que de hecho habíase concretado en los meses anteriores— y se imponía el control estatal. "Fueron objeto de socialización —dice Guerín— las fábricas que empleaban a más de cien personas (las que daban trabajo a un número de cincuenta a cien obreros podían socializarse a requerimiento de las tres cuartas partes de éstos), las empresas cuyos propietarios habían sido declarados 'facciosos' por un tribunal popular o las habían cerrado y, por último, los establecimientos que eran tan esenciales para la economía nacional que no podían dejarse en manos de particulares (en rigor de verdad se socializaron muchas firmas que estaban endeudadas)." Cada fábrica incautada era dirigida por un comité de control integrado por quince miembros representantes de distintas secciones y que eran elegidos por los obreros en asamblea general y tenían un mandato de dos años. Este comité designaba un director-delegado que ejecutaba sus mandatos. También cada comité estaba integrado por un delegado del gobierno. Pero en los primeros meses de la revolución el poder real de las empresas era ejercido por los trabajadores mientras que los delegados oficiales se convertían en figuras decorativas y representantes de un poder que no existía. Los nuevos funcionamientos de la dirección y control de las empresas adquirieron formas infinitamente variadas en cada fábrica, región o localidad. En cuanto al sistema de retribuciones, en algunas empresas —por ejemplo, la industria de la pesca en Gijón—


JUNTA DELEGADA DE DEFENSA
DE MADRID
DELEGACION DE PROPAGANDA Y PRENSA
2
PARRILLA
EL EJERCITO POPULAR ES EL
EJERCITO DE LA REPUBLICA

los trabajadores no recibían sueldo alguno. Los comités de abasto (a los que los pescadores entregaban su producción) proveían de alimentos e indumentaria contra presentación de una cartilla. En otras fábricas, como la Ford Motor Ibérica, el comité fijaba un tope de salarios manteniéndose la diferenciación según la función. En otras, los salarios variaban según los beneficios logrados por la empresa y se repartían según un coeficiente diferente para cada categoría.
En otras fábricas se anuló toda diferenciación jerárquica y se implantó el salario uniforme, según el criterio anarquista.
El comité resolvía también lo referente a la organización del trabajo, el tiempo de jornada, los descuentos, el destino de esos fondos.
El proceso de colectivización agudo que se vivió en Cataluña no se dio en la misma forma en el resto de la España republicana, pero de todas maneras, en los primeros meses, en todas las empresas que aún seguían bajo propiedad privada funcionaban comités obreros de control. A pesar de la amplitud de las colectivizaciones no se logró modificar la estructura económica. Esto sucedió por varias razones: los bancos, el crédito y el comercio exterior permanecieron en manos del sector privado; la autonomía de cada empresa, la falta de centralización en el plan productivo llevó a una creciente competencia entre las distintas colectividades y se pudieron observar diferencias notables. Algunas colectividades eran ricas, lo que les permitía pagar altos salarios y aumentar la producción y otras, pobres y sin apoyo estatal, debieron reducir aun más los salarios y tenían dificultades en la obtención de materias primas. Esto llevaría a la conformación de tendencias que derivaban hacia una especie de capitalismo sindical ya que cada unidad productiva centraba sus esfuerzos en función de sus intereses particulares.

Las colectivizaciones en el campo:
En el campo también se produjeron cambios de diferente carácter, según las zonas que demostraban una vez más la escasa integración de los revolucionarios y la improvisación que reinaba en sus acciones.
Inmediatamente después del triunfo del Frente Popular se iniciaron las tomas de tierra por los campesinos. Después de la revolución del 19 de julio muchos hacendados, así como los industriales, hicieron abandono de sus tierras. Los campesinos, nucleados en mayor medida en la CNT y también en la UGT, resolvieron seguir cultivando las tierras por sus propios medios y las colectividades comenzaron a surgir casi espontáneamente. Las expropiaciones y colectivizaciones se hicieron algunas veces bajo formas violentas. Tal fue el caso de Aragón, donde al paso de la Columna de Durruti se realizó una matanza masiva de grandes propietarios. En esta provincia se constituyeron cerca de 450 colectividades, que agruparon a 400.000 campesinos, y fue allí donde los anarquistas pudieron desarrollar más ampliamente su experiencia "libertaria". En el campo catalán sólo pudieron concretarse muy pocas comunas campesinas ya que esta era una zona de pequeña y mediana propiedad y la colectivización fue resistida.
En la región del Levante, donde la dirección era compartida por las dos centrales sindicales, se formaron cerca de 900 comunas. En Castilla, 300 que integraban a 100.000 campesinos.
El funcionamiento que se impuso en general, pues hubo una infinidad de variaciones, era el siguiente: en cada localidad los campesinos elegían en asamblea general un comité administrativo encargado de dirigir la actividad económica. Todos los bienes materiales, excepto los de uso personal (ropas, utensilios, muebles) pasaron a ser de propiedad colectiva. Se estableció un sistema de salario uniforme en función de las necesidades de cada familia. En algunas comunas el dinero fue reemplazado por bonos, que eran canjeados por los productos en el mercado de la comuna.
Muy separadas están las opiniones con respecto a las características que asumió el proceso de colectivización. Los anarquistas sostenían que era producto de la tendencia voluntaria de los campesinos a colectivizarse y que en

El periódico "Solidaridad Obrera" informa sobre la marcha de la columna de Durruti por Aragón. En esta zona los levantamientos obreros, en la ciudad y el campo, fueron incontenibles. Muchos terratenientes pagaron con sus cabezas los años de opresión y despojo.

SOLIDARIDAD OBRERA

EN EL FRENTE DE ARAGON

LA COLUMNA DE DURRUTI

Cataluña en pie de guerra. El campo catalán. En tierras de Aragón. Bujaraloz. El delegado de las centurias. Un hijo de Bujaraloz. Nueva estructuración económica. Las Centurias. El avance de la columna. En el cuartel general. Adios a nuestros camaradas





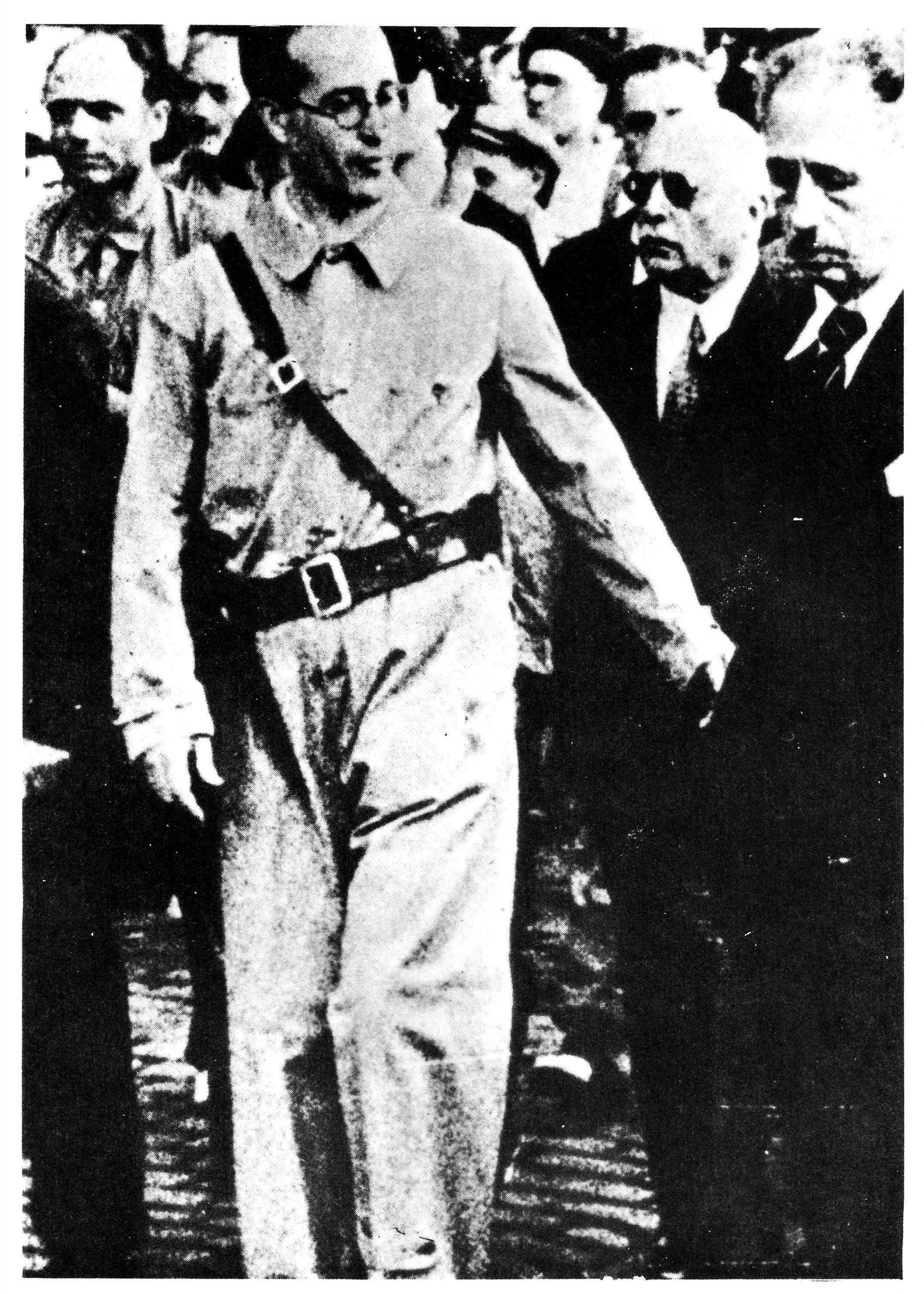


Diego Abad de Santillán, dirigente anarquista, y don Luis Companys en julio de 1936.

Estatutos de la colectividad de Granadella, Lérida, 1936

"La Cultural obrera CNT de este término, en asamblea general, y después de leídos los Estatutos que a continuación se expresan, encaminados a la vida colectiva y a trabajar en común, los aprueba.
Artículo 1º Esta sociedad tiene por objeto regirse de una manera libre e independiente, trabajar la tierra incautada, que, juntamente con la que aportarán los compañeros, se trabajará en Colectividad.
Art. 2º Esta Colectividad defenderá y divulgará tanto la parte moral como material y espiritual de todos los compañeros que la componen. Asimismo asistirá a todos los enfermos, tanto de medicina como de cirugía, en todos los aspectos.
Art. 3º Dentro de la Colectividad han de figurar todos los compañeros, de ambos sexos, que tengan de dieciocho años hasta la edad limitada, como individuales.
Art. 4º Esta Colectividad, a fin de desarrollarse de la manera más amplia posible, se dividirá en diferentes secciones como son: abastos, construcción, agricultura, avicultura, horticultura, estadística, ganadería y gastronomía. Podrá ingresar algún otro ramo no previsto.
Art. 5º La Colectividad acuerda aceptar a todos los compañeros que quieran ingresar en la misma, tanto si aportan como si no, quedando al salir, caso de no querer continuar, del mismo modo que entraron.
a) Si entra con deudas, tendrá que pagarlas la Colectividad; y si es acreedor, ingresará la cantidad al fondo de la misma. Si por diferentes causas no quisiera continuar, al salir habrá de pagar lo que la Colectividad le pagó, o cobrar lo que ingresó de una manera prudencial, y siempre que existan fondos o no represente ello dificultad económica para la Colectividad.
b) La colectividad entiende que habrá tres formas de pagar las deudas contraídas por los compañeros que viven en ella. A saber:
Primera. Se pagarán todas las deudas, previo el estudio de una comisión nombrada al efecto.
Segunda. Hay deudas que han de pagarse por necesidad, por ser producto del trabajo.
Tercera. Hay deudas que no han de pagarse, por considerarse casos de usura o por afectar dichas deudas a personas que han ayudado, de manera directa o indirecta, al fascismo.
Art. 6º Todas las personas que compongan la Colectividad han de aportar a la misma todo cuanto posean: maquinaria, herramientas, toda clase de cereales, productos del campo y el dinero que se tenga disponible.
Art. 7º Esta Colectividad creará unos comedores, que no serán obligatorios. De momento se habrá de procurar comida para los compañeros que vivan solos. Podrán utilizar los comedores los que voluntariamente lo deseen.
Art. 8º A todo compañero que tenga que salir de la localidad por necesidades de fuerza mayor, la Colectividad le facilitará los medios necesarios y correrán a su cargo los gastos.
Art. 9º La Colectividad establecerá un subsidio de dos pesetas semanales para todos los productores que tengan dieciocho años cumplidos, y de una peseta a los mayores de quince años; se entregará también una peseta a los mayores de dieciocho años, con miras a pequeños gastos particulares.
Art. 10º La Colectividad establecerá el retiro obrero para los miembros que lleguen a los setenta años, proporcionándoles además, cuanto necesiten.
Art. 11º Se concederá el derecho excepcional a los que, por motivos de enfermedad, se vean obligados al retiro aun antes de la edad requerida.
Art. 12º Lo no previsto en estos estatutos podrá ser acordado en asamblea extraordinaria convocada al efecto. En la Villa de Granadella, el 7 de octubre de 1936."

(Tomado de José Peirets, *La CNT en la Revolución Española.*)



Dos imágenes de la participación de la CNT en el gobierno. Arriba, miembros de la CNT integrantes del gobierno provisional de Cataluña. Abajo, Federica Montseny y Juan García Oliver, ministros del gobierno nacional y delegados por la CNT.

ningún caso se ejercía presión sobre los pequeños propietarios, que, en muchos casos, se mantuvieron separados de las comunidades. Para otros —comunistas y republicanos— la colectivización fue impuesta por el terror de las milicias y por los grupos de acción anarquistas. Pero, tal como lo señala Brué, "el terror es uno de los fermentos de la revolución y la discusión en torno a si esta última es voluntaria o forzada casi no tiene sentido. Por último, toda colectivización fue, al mismo tiempo, "voluntaria" y "forzada", cada vez que fue decidida por la mayoría. Los que no tenían nada que perder "forzaron" indudablemente a los que poseían algo. Añadamos, por último, que las colectivizaciones tuvieron, sin duda alguna, menos adversarios en las primeras semanas de la revolución que después de varios meses de funcionamiento, en las condiciones poco favorables de la guerra y bajo la constante amenaza de los requisamientos".

La UGT y, fundamentalmente, la CNT impulsaban la colectivización de las fábricas, minas, tierras, allí donde su fuerza lo permitía, despertando la inquietud de las direcciones del Frente Popular —republicanos, socialistas (Prieto) y comunistas—, ya que para éstos la colectivización constituía un peligro para el frente de clases que propugnaban, e insistían en la necesidad de defender la propiedad del pequeño campesino y del pequeño industrial.

El entusiasmo por las colectivizaciones y socializaciones tanto en el campo como en la industria chocó inevitablemente con dificultades económicas y políticas. Políticas porque la falta de una dirección organizadora y planificadora centralizada impidió que se ordenara la producción. Cuando se comenzó, después de setiembre de 1936, la construcción de un poder central, este se hizo sobre la base de la restauración de la república burguesa y en detrimento del poder revolucionario de las masas trabajadoras.

En Málaga, Valencia, Aragón y Asturias se habían creado consejos de Economía encargados de la dirección económica provincial. Pero aun en los momentos en que pudieron ejercer su autoridad, chocaron con las dificultades económicas: —falta de fondos, de créditos, de materias primas—, pues los bancos y el comercio exterior seguía estando fuera del control estatal.

Los comités-gobierno: El gobierno frentista, una vez estallada la revolución, se convirtió en un organismo sin poder pues el poder real lo ejercían las masas organizadas en los comités-gobierno. Inicialmente estos comités eran realmente expresión de la voluntad revolucionaria de los trabajadores y no expresaban en su conformación diferenciaciones de afiliación política. Fueron el resultado de la organización defensiva de los trabajadores que habían elegido sus propias direcciones. Dice Brué: "Todos los comités, cualesquiera que fuesen sus diferencias de nombre, de origen, de composición, presentaban un rasgo común fundamental. Todos, en los días siguientes a la sublevación, se apoderaron localmente de todo el poder, atribuyéndose funciones lo mismo legislativas que ejecutivas, decidiendo soberanamente en su región, no solamente en lo tocante a los problemas inmediatos, como el mantenimiento del orden y la regulación de los precios, sino también las tareas revolucionarias de la hora: socialización o sindicalización de las empresas industriales, expropiación de los bienes del clero, de los facciosos o, más simplemente, de los grandes propietarios, distribución de las cuentas bancarias, municipalización del alojamiento, organización de la información, escrita o hablada, así como de la enseñanza y de la asistencia social". Pero por falta de homogeneidad política las desavenencias llevan rápidamente a estos comités a ser controlados por los sindicatos y partidos que pugnaban por lograr la hegemonía en el proceso, y poco a poco fueron perdiendo sus características de organismos democráticos de poder de masas y convirtiéndose en "comités de alianza" sometidos a la autoridad de las direcciones sindicales y partidarias, mientras se resolvía la disyuntiva de quién debía enfrentar la contrarrevolución: si los

Primer bando del comité de milicias antifascistas de Cataluña

"Constituido el Comité de Milicias antifascistas de Cataluña, de acuerdo con el decreto publicado por el gobierno de la Generalidad en el *Boletín Oficial* de hoy, ha tomado los siguientes acuerdos cuyo cumplimiento es obligatorio para los ciudadanos:

1. Se establece un orden revolucionario, para el mantenimiento del cual se comprometen todas las organizaciones integrantes del comité.

2. Para el control y la vigilancia, el comité ha nombrado los equipos necesarios para hacer cumplir rigurosamente todas las órdenes que de éste emanen. Con tal motivo, los equipos llevarán la credencial correspondiente que atestiguará su personalidad.

3. Estos equipos serán los únicos acreditados por el comité. Todo aquel que actúe al margen será considerado faccioso y sufrirá las sanciones que el comité determine.

4. Los equipos nocturnos serán rigurosos contra los que alteren el orden revolucionario.

5. Desde la una a las cinco de la madrugada, la circulación quedará limitada a los siguientes elementos:
a) A todos los que acrediten pertenecer a cualquiera de las organizaciones que constituyen el Comité de Milicias.
b) A las personas que vayan acompañadas por alguno de estos elementos y que acrediten su solvencia moral.
c) A los que justifiquen el caso de fuerza mayor que les obliga a salir.

6. A fin de reclutar elementos para las Milicias antifascistas, las organizaciones que constituyen el comité quedan autorizadas para abrir los correspondientes centros de alistamiento y de adiestramiento. Las condiciones de este reclutamiento serán detalladas en un reglamento interior.

7. El comité espera que, dada la necesidad de constituir un orden revolucionario para hacer frente a los núcleos fascistas, no tendrá necesidad, para hacerse obedecer, de recurrir a medidas disciplinarias."

organismos de masas y sus milicias o si las fuerzas que querían reconstruir el poder del estado republicano en todos los niveles.

¿Ganar la guerra o hacer la revolución?

Las milicias eran el brazo armado de la revolución proletaria, pero sus déficits a nivel militar (descentralización, falta de armamentos) las colocaba en inferioridad de condiciones con respecto al ejército de Franco. La alternativa estaba entonces entre la estructuración de un ejército basado en las milicias, con oficiales que representaran fielmente las expectativas de los trabajadores, o de un ejército, también centralizado, pero organizado verticalmente, donde los obreros y sus organismos se subordinaran al gobierno republicano burgués. El debate expresó ostensiblemente las expectativas de las distintas organizaciones nucleadas contra la ofensiva militar. La iniciativa de la organización de un nuevo ejército, independiente de las milicias, partió de Azaña y fue apoyada por los socialistas de Prieto y el PCE. Prieto sostenía que ni España ni la clase obrera española estaban maduras para el socialismo y que sólo un ejército verticalista, dependiente del gobierno, podía evitar que España perdiese sus posibilidades de desarrollo capitalista en manos de la oligarquía. Los comunistas, obedientes a la I.C., que en ese momento se preocupaba por aliarse con las burguesías liberales de Francia e Inglaterra en contra del avance fascista, sostenían que para derrocar al fascismo era indispensable mantener la alianza con aquellos sectores y que ni Francia ni Inglaterra verían con buenos ojos una revolución proletaria en España. El 6 de agosto, **Mundo Obrero**, diario del PC, escribía: "Es absolutamente falso que el movimiento obrero actual tenga por objeto la instauración de la dictadura del proletariado una vez terminada la guerra. No puede afirmarse que nuestra participación en la guerra tenga un

motivo social. Los comunistas somos los primeros en rechazar tal afirmación. Estamos movidos exclusivamente por el deseo de defender la República democrática". Como declaración oficial, **L'Humanité**, de París, aclaraba aun más la posición de la I. C.: "El Comité Central del Partido Comunista Español nos encarece informemos al público, en contestación a los fanáticos y tendenciosos relatos publicados por ciertos periódicos, que el pueblo español no está luchando por la dictadura del proletariado, sino que sólo conoce una meta: la defensa del orden republicano, respetando al mismo tiempo la propiedad privada". El problema del armamento resultaba también un obstáculo para las fuerzas milicianas. Los militares nacionalistas eran abastecidos por Alemania e Italia, cada vez en mayor escala, con armas, aviones y asistencia técnica y luego aun con tropas. Los republicanos no recibieron, en un primer momento, ninguna ayuda en virtud del pacto de no-intervención establecido entre el gobierno del Frente Popular francés, Inglaterra y la URSS.

Stalin quería mantener la alianza con las potencias europeas demoliberales con el fin de contener la ofensiva del nazismo y la URSS no incrementaría su ayuda a los republicanos españoles hasta no tener la plena seguridad de que el resultado de la guerra no iría más allá del mantenimiento de una república democrático-burguesa, es decir, a no ser que la lucha se limitara a enfrentar a Franco y dejara de ser también una lucha por la revolución.

Los militantes del PCE siguieron, no obstante, participando decididamente de las acciones revolucionarias e interviniendo en la conformación de los comités-gobierno, mientras sus direcciones se aliaban con los republicanos y socialistas de Prieto, que propugnaban la conformación de un estado republicano fuerte que centralizara todo el poder.

Largo Caballero, desde la UGT, criticaba las posiciones del PCE y de Prieto oponiendo una política vaga en la que afirmaba que debía constituirse un gobierno obrero basado en el poder de los sindicatos.

La CNT, que objetivamente había abandonado su línea de rechazo a cualquier forma de gobierno con su participación mayoritaria en el C.C. de Cataluña, propuso en Madrid la conformación de una Junta Nacional de Defensa integrada por la UGT y la CNT. El POUM mantenía su posición del carácter socialista de la revolución española y bregaba por la instauración de un poder proletario.

A fines de agosto de 1936, en el marco de una nueva ofensiva del ejército y de la caída de Badajoz, se presentaban ante todas las organizaciones obreras dos alternativas: o se sobreponía el objetivo de la revolución obrera sin contar con el apoyo de la URSS y con la aprobación de las potencias "democráticas" europeas o se privilegiaba el objetivo de la guerra, reforzando el aparato de la república deteniendo la revolución. Largo Caballero apareció ante todos como la única posibilidad de sintetizar y resolver la controversia. Por su prestigio entre las masas, Largo Caballero ofrecía cierta garantía de que la revolución proletaria llegaría a su objetivo; para socialistas, republicanos y comunistas, Caballero era el único capaz de lograr la restauración del estado, su centralización, en tanto no contaba con un programa claro ni con una organización estructurada que pudiera homogeneizar el gobierno obrero que propugnaba.

Tanto la CNT como el POUM, incapaces de constituir el necesario gobierno central basado en los organismos revolucionarios existentes, brindaron a la burguesía, con su propia colaboración, la posibilidad de utilizar el prestigio de Caballero como líder de los trabajadores para revivir el aparato estatal burgués. Dice Pairets: "Al frente de un gobierno de amplia representación popular, Caballero dará prestigio a las malparadas instituciones republicanas, rejuvenecerá el estado, realizará los objetivos imposibles de realizar hasta entonces: la militarización de las milicias, la puesta de estas en manos del gobierno y el desarme de la retaguardia. Después desaparecerá como un bólido para ceder el puesto a la contrarrevolución". Constituido el gobierno de Caballero con la colaboración de todos los sectores —la CNT se incorporó al gobierno central en noviembre— su tarea se centró en la organización centralizada de la zona republicana en todos los aspectos, es decir en poner fin, objetivamente, a la autonomía de los comités obreros y las milicias.

Los revolucionarios catalanes se plegaron al nuevo acuerdo. Se formó el gobierno de la Generalidad integrado por representantes de los sindicatos y partidos presidido por un republicano. El C.C. de las Milicias quedó subordinado al gobierno central con el aval del POUM y de la CNT y finalmente, el 1º de octubre, resolvió disolverse. El nuevo gobierno de la generalidad dispuso por decreto la disolución de todos los comités-gobierno de la provincia.

En Valencia, el Comité Ejecutivo, sostenido por el POUM y una fracción del CNT, se resistió durante un tiempo a su disolución, pero debió ceder ante los ataques de las direcciones centrales y fue reemplazado por un gobernador socialista de izquierda y un alcalde la CNT. Lo mismo sucedió en Aragón, cuyo Consejo de Defensa fue declarado ilegal. Atacado por socialistas y comunistas, el propio comité regional de la CNT terminó acatando al gobierno. Los demás comités regionales se subordinaron sin resistencias al poder central. Los nuevos gobernadores eran nombrados directamente por el gobierno central. Los comités-gobierno fueron reemplazados por consejos municipales compuestos por un sistema de representación paritaria por los partidos y sindicatos, lo que de ninguna manera reflejaba la distribución real de los trabajadores y reemplazaba la democracia vigente por el verticalismo. Una vez lograda la centralización de las distintas regiones, el gobierno se abocó a la tarea de lograr el control de los grupos armados y a la creación de un ejército regular y de un cuerpo policial dependiente del estado. El 20 de setiembre el gobierno dictó un decreto por el cual todos los

Decreto de colectivizaciones

(Fragmento)

Empresas Colectivizadas

"Art. 2º Serán obligatoriamente colectivizadas las empresas industriales y comerciales que el día 30 de junio de 1936 ocupaban a más de cien asalariados, y asimismo aquellas que, ocupando una cifra inferior de obreros, sus patronos hayan sido declarados facciosos o hayan abandonado la empresa. No obstante, las empresas de menos de cien obreros podrán ser colectivizadas si se ponen de acuerdo la mayoría de los obreros y el propietario o propietarios. Las empresas de más de 150 obreros y menos de 1.000 podrán también ser colectivizadas, siempre que así lo acuerden las tres cuartas partes de los obreros.

El Consejo de Economía podrá acordar también la colectivización de aquellas otras industrias que, por su importancia dentro de la economía nacional o por otras características, convenga substraerlas de la acción de la empresa privada.

Art. 3º A los efectos del artículo precedente, la declaración de elemento faccioso únicamente podrán hacerla los Tribunales populares.

Art. 4º Se considerará elemento obrero, a los efectos integrantes del número total de trabajadores que formen la empresa, todo individuo que figure en su nómina, cualquiera que sea su concepto y tanto si realiza un trabajo intelectual como manual.

Art. 5º Pasará a la empresa colectivizada todo el activo y pasivo de la anterior empresa.

Art. 6º A los efectos de la colectivización, las empresas constituidas por organizaciones autónomas de producción y venta y aquellas otras que posean diversos establecimientos y fábricas continuarán formando una organización totalitaria, y únicamente podrán separarse con la expresa autorización del Consejero de Economía de Cataluña.

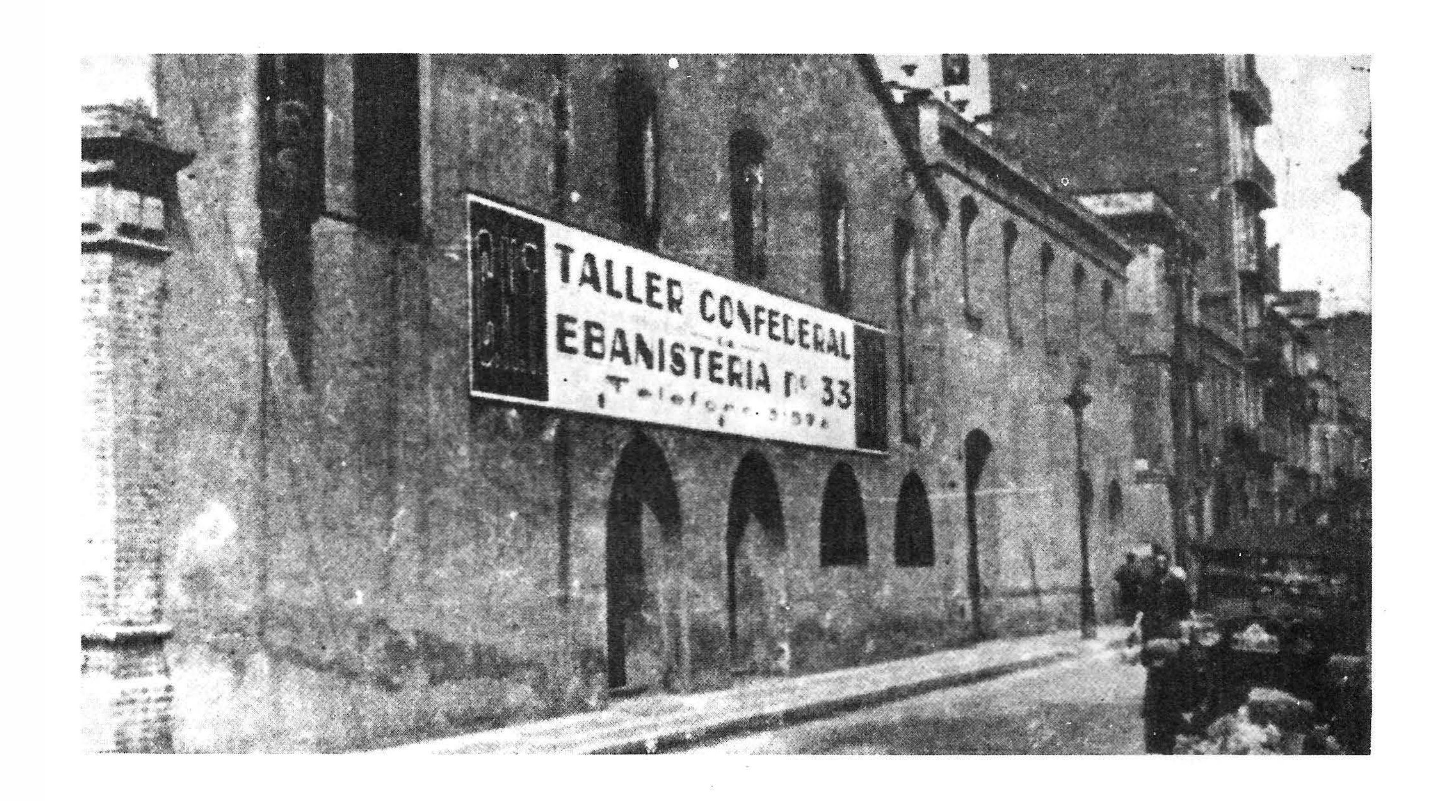
Art. 7º Serán adaptados al servicio de la empresa colectivizada sus antiguos propietarios o gerentes, que se destinarán al puesto donde, por sus aptitudes de gestión o de técnicos, sea más conveniente su colaboración.

Art. 8º En el momento de producirse la colectivización no podrá suprimirse de la empresa ningún obrero, pero sí cambiarles de lugar con la misma categoría, si las circunstancias así lo exigen.

Art. 9º En las empresas donde hay intereses de súbditos extranjeros, los Consejos de empresa y los Comités de control, en cada caso, lo comunicarán a la Consejería de Economía, y ésta convocará a todos los elementos interesados o a sus representantes para tratar sobre el asunto y resolver lo que corresponda para la debida salvaguarda de aquellos intereses".

Fragmento del Decreto de colectivización de las Industrias y Comercios y control de las empresas particulares", promulgado por el gobierno de Cataluña, 24 de octubre de 1936.

Arriba: un taller de ebanistería de Barcelona, expropiado y colectivizado por sus trabajadores. Abajo: llamamiento a incorporarse a la columna confederal "Los aguiluchos".



¡A ZARAGOZA!

Inscripción para la columna confederal y anarquista «Los Aguiluchos»

Se está organizando una columna de compañeros que han de partir para el frente de Zaragoza y que dirigirá el camarada García Oliver.

Los compañeros que quieran inscribirse deben presentarse en el cuartel de Pedralbes.

Esta columna partirá para el frente de Caspe dentro de tres días, y los compañeros que se inscriban deben ir provistos de su propio fusil y municiones, una muda de ropa limpia, jabón, toalla, etc., etc.

Los grupos que tengan ametralladora, pueden inscribirse en grupo.

J. GARCÍA OLIVER
(Del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. — Departamento de Guerra)

Barcelona, 18 de agosto de 1936.

Arriba: mujeres y ancianos, todo el pueblo unido en las filas de la milicia popular.
En la foto inferior: "Muerte de un soldado", fotografía de Robert Capa.

organismos armados confluían en el cuerpo único de las "Milicias de Retaguardia", con lo cual quedaba constituida una fuerza policial única. Las milicias fueron militarizadas paulatinamente a partir de setiembre, casi bajo presión: solo los cuerpos movilizados recibían armas. De hecho se restableció un ejército regular, que, de indudable eficacia en el plano militar, revertía toda la organización democrática impuesta por los obreros en beneficio del sistema de las jerarquías y la disciplina.
Por otro lado, el gobierno, por intermedio del ministro anarquista García Oliver, procedió a la legalización de las conquistas de la revolución y con ello selló también sus posibilidades de expansión. Además muchas veces disminuyó las medidas tomadas por los trabajadores. Lo cierto es que, en poco tiempo, el aparato estatal fue reconstruido, pero en las manos de la burguesía. Fue entonces, en octubre, cuando empezaron a llegar a España las primeras armas rusas y las Brigadas Internacionales.
Mientras la CNT y el POUM eran neutralizadas, el PCE y el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña, sucursal del PCE) se convertían en los partidos de más peso político en el proceso español. Cuando el acento estuvo puesto en el aspecto militar, el PCE, con su disciplina y el aporte de consejeros y técnicos comunistas de la URSS y del PC de otros países, se convirtió en el "partido militar de la República". En poco tiempo el partido pasó, de 30.000 militantes a comienzos de la guerra civil, a un millón en junio de 1937.

La defensa de Madrid

La ofensiva militar contra Madrid, iniciada el 7 de noviembre, refuerza aún más el papel hegemónico que venía logrando el PCE. Asentado sobre la organización, militarmente eficaz, del Quinto Regimiento, la defensa de Madrid en los primeros días quedó en manos del PCE. Unos días antes, frente al inminente ataque militar, se constituyó una Junta de Defensa, en la que participaron representantes de todos los partidos "antifascistas". No obstante, el PCE vetó el ingreso del POUM, acusándolo de "trotsquista y enemigo de la Unión Soviética" y, además, de "agente del fascismo internacional". Estaba en juego el equipamiento bélico, y tanto socialistas como anarquistas acataron la decisión.
La defensa de Madrid fue la epopeya revolucionaria más grandiosa vivida durante el proceso revolucionario. El gobierno de Largo Caballero debió trasladarse con urgencia a Valencia después que las tropas regulares republicanas sufrieran las primeras derrotas en el frente madrileño. El gobierno dejó al general Miaja como delegado en la Junta de Defensa y encargado de defender la capital. La Junta se constituyó en Madrid bajo la hegemonía del Partido Comunista. Este comprendió que, sin una real movilización de las masas, Madrid no tardaría en caer. Para ello apeló al sentimiento del pueblo trabajador madrileño haciendo llamados a la lucha por la "revolución proletaria". Es importante destacar la actuación de Dolores Ibarruri, "La Pasionaria", que logró la movilización de millares de mujeres madrileñas. Los comités de defensa se formaban barrio por barrio, todo el pueblo recuperó las armas que habia perdido en aras de la centralización del ejército republicano. Se formaron nuevamente, como en julio, comités de abastos, de comunicaciones, de justicia. En la defensa de Madrid es donde hacen su aparición orgánica las Brigadas Internacionales, que, integradas por militantes revolucionarios de países de todo el mundo, tuvieron un papel decisivo en esa acción.
Todas las columnas, incluidas las del POUM, recibieron el armamento necesario para el combate. También la columna de Durruti, proveniente del Frente de Aragón, marchó hacia Madrid, y fue allí donde el líder anarquista moriría luchando. El ejército no logró doblegar la férrea defensa y, después de más de un mes, el ataque terminó para dar paso al sitio. El

pueblo madrileño, había vencido a costa de millares de muertos y de la destrucción de la ciudad por los bombardeos aéreos ordenados por Franco. Aquí volvió a revertirse la situación. La guerra volvió a convertirse en un problema militar y las buenas relaciones mantenidas durante noviembre entre comunistas, anarquistas y poumistas ya no fueron tales.
Mientras tanto la guerra continuaba. El 7 de febero de 1937 las tropas de Franco tomaron Málaga y casi un mes más tarde las milicias obreras derrotaban a las tropas italianas en Guadalajara utilizando métodos de propaganda revolucionaria obrera entre las filas del enemigo. El 27 de abril la aviación alemana destruye con sus bombardeos la ciudad vasca de Guernica.

Barcelona, mayo de 1937: la derrota de la revolución

Desde octubre de 1936 el proceso había sufrido un profundo cambio. Largo Caballero, que había asumido la presidencia del Consejo con la intención de restaurar el aparato estatal, lo había logrado, pero su obra día a día se convertía en el instrumento más eficaz para detener la revolución, cosa que no estaba en sus planes. Además, su gobierno se encontraba en serias dificultades en otros órdenes: la ofensiva del ejército nacionalista se hacía cada vez más fuerte; también la crisis económica resultaba cada vez más aguda, irritando a las capas pequeñoburguesas, que tanto en el campo como en las ciudades emitían fuertes críticas y aun algunos levantamientos contra las colectivizaciones, aportando así una base social importante a la fracción contrarrevolucionaria del frente antifascista. Por otro lado, comenzaron a crecer oposiciones de izquierda en casi todas las organizaciones obreras. El centro de todo este proceso se vivirá en Cataluña.
En el seno del POUM comenzaron a surgir críticas sobre la participación del partido en el gobierno de la Generalidad (del que había sido excluido en noviembre) proveniente de la Juventud del partido y expresadas a través de su órgano, **Juventud Comunista**, proceso que la autoridad de Nin pudo frenar. Pero el partido era, cada vez más, objeto de los ataques del PC y del PSUC, los que impusieron la no reinclusión del POUM en el gobierno. La Juventud Comunista Ibérica comenzó a trabajar con el fin de lograr una unidad con la CNT y UGT para lograr la defensa de las conquistas revolucionarias. Confluyente con este movimiento, surgió de la CNT una agrupación, "Los amigos de Durruti", que coincidía con los planteos de la JCI y del POUM y que en su diario decía: "La guerra y la evolución son dos aspectos que no se pueden separar. En ningún caso podemos tolerar que la revolución sea aplazada hasta el final del conflicto militar". En febrero la JCI y las Juventudes Libertarias (JL) concretaron un Frente de la Juventud Revolucionaria que desde Cataluña se extendió a otras provincias. Por otra parte, en la J. S. U. su secretario general, Carrillo, hacía un llamado a la constitución de una Alianza de la Juventud Antifascista que nuclearía a republicanos, comunistas y socialistas, sobre la base de la "lucha por la libertad, por la democracia y contra el fascismo y por la independencia de la patria contra el invasor extranjero". Esto produjo una crisis en el seno de la JSU, que agrupaba a la vanguardia de la juventud revolucionaria que se había encuadrado tras el PCE. En Valencia, Asturias, así como en la regional del Levante, la JSU rompió con Carrillo y se adhirió en masa al Frente de la Juventud Revolucionaria. Lo que sucedía entre la juventud se repetía entre los sectores nucleados en la UGT, en la CNT, en el mismo aparato del gobierno de Caballeros. Dos posiciones se enfrentaban con creciente violencia, las mismas que estuvieron planteadas desde el comienzo de la sublevación, pero ahora la correlación de fuerzas se inclinaba cada vez más a favor de los partidarios de la república democrático-burguesa. El

Francisco Franco. Su ascenso al poder costó la vida a más de un millón de españoles.



papel de árbitro que le habían hecho desempeñar a Caballero no tenía ya razón de ser.

El 25 de abril fue asesinado un militante del PSUC. Esto sirvió al PSUC para lanzar la ofensiva: acusó a los anarquistas, y el día del entierro sus columnas desfilaron armadas "como demostración de fuerzas". Companys mandó detener a varios dirigentes anarquistas acusándolos de intervención en el asesinato y en otra localidad hubo enfrentamientos entre anarquistas y carabineros con un saldo de ocho anarquistas muertos. Se prohibió cualquier manifestación para el 1º de Mayo y se publicó la orden gubernamental de desarme de todas las milicias obreras no integradas al aparato policial.

La tensión iba en aumento hasta que, finalmente, estalló cuando, el 3 de mayo, las tropas comandadas por el PSUC desalojaron a mano armada a los anarquistas de la Central Telefónica, que controlaban desde la sublevación y que pertenecía a la American Telegraph and Telephone Co. La CNT se apresuró a impedir el choque, evitando que sus militantes opusieran resistencia. Pero los obreros estaban ya en las calles: iniciaron espontáneamente la huelga y levantaron barricadas por todas partes sin que ninguna organización se pusiera al frente. Al día siguiente los obreros eran dueños de toda Barcelona y el POUM, el Frente Revolucionario de la Juventud y los Amigos de Durruti sacaban comunicados de adhesión a los obreros, mientras la CNT y Companys hacían llamados a la tranquilidad y a deponer las armas, las que debían ser levantadas contra el único enemigo: el fascismo.

Caballero envió a García Oliver y a Federica Montseny, ministros y dirigentes anarquistas de prestigio, a parlamentar con los obreros y el gobierno mientras, por orden de Prieto, anclaban navíos de guerra en el puerto de Barcelona. El día 6 Companys proclamó el cese de hostilidades con un "ni vencedores ni vencidos", asegurando que el pacto con la CNT implicaba tanto el retiro de la fuerza pública como de los civiles armados. El POUM acató el

La revolución en la industria

Una de las industrias más características de Cataluña, concentrada en Barcelona, Badalona, Sabadell y Tarrasa, es la del Textil. Solamente en Barcelona, la CNT controlaba más de 40 000 obreros de esta especialidad. Sobre 23 000 obreros en toda la región, la CNT controlaba más de un 70 %.
La primera fase revolucionaria en la industria textil fueron los comités de control. Un documento publicado por el Sindicato Unico del Fabril y Textil de Badalona (septiembre de 1936) definía sus funciones en la forma siguiente:

"*Misión de los Comités de control en estos momentos.* Saber cuál es el valor exacto de nuestro trabajo y la relación que existe entre lo que producimos y consumimos, para poder establecer el equivalente en el intercambio que pudiera realizarse. 2) Saber el valor que en concepto de impuesto impone el Estado a las industrias y al comercio, para poder determinar el sobrecargo el valor del costo de producción; incluyendo, como es natural, el costo de materias primas y de dirección técnico-administrativa. Esta es la misión del Comité de control: indagar lo difícil, fiscalización de todos los resortes, estudio de todas las energías, conocimiento de todos los fraudes, conocer el valor exacto de cantidad y calidad de la materia empleada en la producción actual, para determinar con seguridad la producción del futuro. Para lograr tales fines, se ha creado en Badalona un Comité central de control y Economía del fabril y textil y derivados de esta industria.

1. Este comité, de acuerdo con las líneas generales marcadas por el Sindicato Fabril y Textil, tendrá competencia plena para organizar el control de las industrias en general y en las mejores condiciones posibles, asumiendo la misión de relacionarse con los distintos órganos de control de todas las fábricas y talleres. Este comité lo designará siempre el sindicato, bajo cuyo control y responsabilidad actuará y estará compuesto por tantos miembros como crea necesario para cumplir su cometido.

2. Se creará en cada fábrica o taller un Comité de control compuesto por tantos obreros y técnicos como la Junta central y los obreros crean necesarios. Este comité atenderá y facilitará al Comité central de control todos cuantos datos le sean solicitados por éste.

3. El Comité de control de cada fábrica tendrá siempre conocimiento exacto del estado económico de la casa, controlando todo cuanto tenga relación con la producción para poder determinar con exactitud el verdadero valor de la producción colocada en los lugares de venta.

4. Controlarán el origen y la clase de las demandas o pedidos, el precio de primeras materias. También controlarán el valor de las transacciones sucesivas de productos antes de llegar al mercado, así como el precio de venta y el producto líquido del negocio.

5. El Comité de control ha de saber lo siguiente: a) Existencia de maquinaria; clases de las mismas y valor en pesetas. b) Cantidad de materia prima semanal. c) Especialidad de producción y cantidad de la misma semanal. d) Punto de procedencia de las diversas materias primas necesarias a la industria y precios de las mismas puestas en fábrica.

6. Lugar de colocación y venta de los productos fabricados y precio de venta de los mismos.

7. Importe de los salarios semanales y mensuales.

8. Personal obrero empleado en la fábrica y despacho, por especialidad y sueldos mensuales.

9. Gastos de toda clase de impuestos de fábrica y despacho.

10. Existencia de materia prima y productos fabricados.

11. Estado económico general de la casa, activo y pasivo.

12. Relación semanal y mensual de gastos generales de fábrica y despacho, así como de ingresos; también las entradas y salidas de materia prima y productos fabricados.

13. Relación semanal de bajas en el trabajo por accidentes o enfermedades.

14. Relación semanal o mensual de todos los casos no previstos en este cuestionario.

Cumplida y superada la primera fase de los Comités de control, pasarán éstos a ejercer las funciones técnicas y administrativas, encargándose, bajo su propia responsabilidad, de la organización y dirección del trabajo, determinando el procedimiento de fabricación más conveniente a la colectividad. En este momento, el Comité central de Economía fabril y textil asumirá las funciones de organismo superior de la Industria textil, regulando la adquisición de primeras materias y la venta o intercambio de toda la producción, para cuyas funciones este comité se pondrá de acuerdo con el Comité de Abastos local.
Comités de fábrica. Estos comités cuidarán del orden en las fábricas, procurando que todos los obreros cumplan con su deber. También velarán porque el trabajo se realice en las mejores condiciones de higiene y seguridad. El Comité de fábrica atenderá todas las quejas de los obreros y procurará ponerse de acuerdo con el Comité de control para atender los deseos de los obreros en todo lo posible. Si no se ponen de acuerdo lo comunicarán a la Junta de Sección para llegar a una solución satisfactoria.
También cuidará el Comité de fábrica de que los obreros se respeten entre sí y respeten a los comités de control en el orden del trabajo puesto que todos son obreros y trabajan en favor de ellos mismos. Los comités de fábrica cuidarán de que todos los obreros estén sindicados y tengan sus carnets de cotización al corriente. También velarán porque las sociedades mutuas atiendan debidamente a los obreros en caso de enfermedad o accidente. Un delegado del Comité de fábrica asistirá a las reuniones plenarias del Comité de control y cuando se reúna todo el Comité de fábrica asistirá un delegado del Comité de control, a fin de estar siempre de acuerdo ambos comités. Los Comités de fábrica se relevarán cada seis meses.
Delegados de cotización. Estos delegados tienen la misión de cotizar las cuotas de los obreros en general, y habrá tantos como se crea oportuno para lograr una cotización segura y rápida. Estos cargos se relevarán cada mes. La misión del delegado es respetar a todos los asociados procurando facilitar la cotización a todos ellos. Todos los obreros y obreras tienen la obligación de cotizar todas las semanas llevando la cantidad de cotización al delegado de la cotización. Estos cargos son obligatorios".

(Tomado de José Peirets, *La CNT en la Revolución Española.*)

pacto y así explicó en documentos y en **La Batalla** su contradictoria posición: "...fue tal el curso de la lucha armada, el impulso de los obreros revolucionarios tan grande y tanta la importancia de las posiciones estratégicas conquistadas que se hubiera podido tomar el poder [...] pero nuestro partido, fuerza minoritaria dentro del movimiento obrero no podía tomar sobre sí la responsabilidad de lanzar la consigna, tanto más cuanto los dirigentes de la CNT y la FAI invitaban de manera urgente a los obreros a abandonar la lucha, en alocuciones difundidas por las radios de Barcelona, sembrando la confusión y el desorden entre los combatientes". El POUM hacía también su llamado a abandonar la lucha y volver al trabajo. Decía: "habiendo sido aplastada la tentativa de provocación por la magnífica reacción de la clase obrera, la retirada se impone". Lo que los anarquistas no "quisieron" hacer y los poumistas no "pudieron" hacer tuvo como resultado en un primer momento una campaña contra los "provocadores trotskistas y agentes del fascismo" que incitaba a la represión. Largo Caballero se negó: su diario **Adelante** decía el 11 de mayo: "Si el gobierno tuviese que aplicar las medidas de represión a que lo incita la sección extranjera del Komintern obraría como un gobierno de Gil Robles o Lerroux, destruiría la unidad de la clase obrera y nos expondríamos al peligro de perder la guerra y minar la revolución [...] Un gobierno integrado en su mayoría por representantes del movimiento obrero no puede utilizar métodos propios de gobiernos reaccionarios y fascistas". Pero, acosado por comunistas, prietistas y republicanos, Caballero quedaría sin base de apoyo; el 15 de mayo presentaba su renuncia.

El gobierno de Negrín y represión a la oposición

El nuevo gobierno que conducirá la defensa de la república será encabezada por Juan Negrín. "Socialista a la 'occidental', era un gran burgués y un universitario distinguido...", como lo describe Brué. Defensor de la propiedad privada, adversario de las colectivizaciones y de los "incontrolables", se convirtió en el candidato ideal para los miembros del bloque "antifascista" del exterior y del interior de España. Tanto la CNT como la UGT se negaron a participar en el nuevo gobierno.

Durante los primeros meses del gobierno de Negrín la dirección caballerista de la UGT pudo ser desplazada por Prieto, con la ayuda del aparato estatal, y así se logró, con las nuevas direcciones, la participación de la central sindical en el gobierno.

El Consejo de Defensa de Aragón, cuya dirección era hegemonizada por la CNT y la FAI, a través de la presidencia de Joaquín Ascaso, y que había logrado mantener cierta autonomía durante el gobierno de Caballero, se convirtió también en objetivo de la represión. El Consejo fue sustituido por un gobernador civil republicano, mientras los dirigentes anarquistas eran encarcelados, incluido Ascaso, que fue acusado de "robo de joyas". Prieto —ministro de defensa de Negrín— envió la 11ª división con la misión de disolver los comités y las colectividades, tal como lo reclamaban los partidos del Frente Popular. La sede del Comité de Defensa CNT-FAI fue tomado por las tropas después de horas de resistencia por parte de sus ocupantes.

Por un decreto del 23 de junio de 1937 el gobierno instituyó tribunales especiales "destinados a reprimir los crímenes de espionaje y alta traición" y decretó la disolución de los tribunales populares. El ejército popular de Caballero se convirtió en un ejército regular de tipo tradicional, en el que se prohibía a los militares la participación en política y a los oficiales obreros detentar grados superiores.

La garantía de un gobierno fuerte, que ya controlaba definitivamente los excesos de la revolución, permitió que muchos terratenientes regresaran y reclamaran la revolución de sus tierras, avalados por la ley, pues en Cataluña, por ejemplo, fue abolido el decreto de colectivizaciones en octubre de 1936. Las industrias mineras y metalúrgicas fueron recuperadas del control obrero e intervenidas por el estado.

El 28 de febrero de 1938, **The Economist** podía ya comentar: "La intervención del estado en la industria, como va en contra de la colectivización y del control obrero, restablece el principio de la propiedad privada".

A medida que los organismos de poder de masas fueron perdiendo el control de la dirección del proceso y se fueron restableciendo todos los resortes del estado burgués, el derrotismo se extendió en los sectores campesinos y pequeñoburgueses de la zona republicana. Este derrotismo alcanzaba a la vanguardia obrera, que veía como sus puestos de dirección eran ocupados por los republicanos burgueses con el fin de corregir los "excesos" revolucionarios y de lograr el tan ansiado apoyo de las repúblicas "democráticas". Pero, aun derrotada la revolución, tal ayuda no llegó. Por el contrario, en los primeros meses de 1938, Mussolini acordaba con Inglaterra retirar sus tropas italianas de España una vez concretada la victoria de Franco y Francia, en junio, cerraba su frontera.

Frente a esto, la ayuda bélica a Franco siguió aumentando por parte de Alemania e Italia ante los preparativos para el lanzamiento de la Segunda Guerra Mundial. Bilbao cayó en poder de los franquistas en junio y Gijón en octubre de 1937. La victoria republicana en Teruel, en febrero de 1938, sólo sirvió para retardar la agonía republicana. En abril, el frente de Aragón fue arrasado y los franquistas llegaron al Mediterráneo, mientras el gobierno se trasladaba a Barcelona, que estaba ya aislada del resto del país. Desde allí Negrín lanzará su programa de los "13 puntos", que, apoyado por el PCE, intentaba convencer desesperadamente al mundo occidental de que el triunfo de la república implicaría mantener entre límites aceptables para ellos el proceso español. Pero las potencias capitalistas veían con claridad que la única garantía para evitar la revolución de ese proletariado que había agachado la cabeza temporariamente, era el triunfo de Franco y no la supervivencia de la república mantenida por los sectores más débiles de la burguesía española. Negrín acuerda entonces el retiro de las Brigadas Internacionales y, a partir de noviembre, la URSS suspende los envíos de armas a España. En enero de 1939, Barcelona, que había sido la capital de la revolución, cae en poder de Franco. Se cierra así el período de aplastamiento definitivo del proletariado, que empezó en mayo de 1937. El 20 de marzo Franco realiza, por las calles de Madrid, el "Desfile de la Victoria".

Bibliografía

Broué, Pierr y Témime, Emile: **La Revolución y la guerra de España**, México, F. C. E., 1962.
Peirats; José: **La CNT en la Revolución española**, París, Ruedo Ibérico, 1971.
Claudín, Fernando: **La Crisis del Movimiento Comunista; de la Komintern al Kominform**, París, Ruedo Ibérico, 1970.
Dolléans, Edouard: **Historia del Movimiento Obrero**, Bs. As., EUDEBA, 1961, T. III.
Guerin, Pierre: **Trotsky y la Guerra civil Española**, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1966.
Trotsky, León: **La lección de España, última advertencia. La tragedia de España**, Bs. As., Ed. Pucará, 1968.
Cole, G. D. H.: **Historia del Pensamiento socialista**, México, F. C. E., 1962.

El socialismo austríaco

Enrique Bourges
Fernando Suárez

El crecimiento de la socialdemocracia será la característica más marcada del movimiento obrero austríaco entre la primera guerra mundial y la invasión nazi de 1938.

El imperio austro-húngaro estaba amenazado por la disolución mucho antes de 1914. En 1910 contaba con 51 millones de habitantes, que aumentaban a razón de 250.000 por año, pero ningún grupo nacional alcanzaba a constituir la cuarta parte del total. Los dos grupos más numerosos, alemanes y magiares, sumaban respectivamente 12 y cerca de 10 millones; había también cerca de 8 millones y medio de checos y eslovacos divididos entre los sectores autríacos y húngaros de la monarquía dual. Servios, croatas y eslovenos sumaban, en total, 7 millones, también con una parte en Austria y otra en Hungría. Los cinco millones de polacos estaban casi todos bajo dominio austríaco, así como la gran mayoría de los 4 millones de ucranios y rutenos. Había más de 3 millones de rumanos, en gran parte sometidos a Hungría, y más de 750.000 italianos sujetos a Austria y, finalmente, cerca de 250.000 valacos y gitanos, grupos raciales y lingüísticos totalmente diferentes, dispersos sobre todo en la parte húngara del reino dual.

El movimiento obrero austríaco tiene muchos puntos de coincidencia, en el desarrollo de sus organizaciones políticas y sindicales, con el movimiento obrero alemán. A pesar de ello, y además de las diferencias en el ritmo de desarrollo, la característica que más los identifica es el carácter plurinacional del estado Austríaco. Estas circunstancias marcarán toda la primera época del crecimiento de la socialdemocracia y de las polémicas surgidas en su seno.

Hacia el comienzo de la guerra

La socialdemocracia austríaca era uno de los partidos marxistas más importantes de Europa. Contaba con dirigentes de primera línea en el nivel internacional, con 540.000 asociados en los sindicatos y casi 150.000 en el partido y habían obtenido en las últimas elecciones más de un millón de votos y 82 representantes parlamentarios.

Los socialistas austríacos habían tratado, durante mucho tiempo, de encontrar la forma de reconocer las peculiaridades culturales de las diversas nacionalidades sin desintegrar la unidad, buscando concretar un movimiento común, tanto en los aspectos políticos como en las cuestiones sindicales.

Antes de la guerra, el Partido Socialdemócrata austríaco se enorgullecía de ser una "Pequeña Internacional". En efecto, era una federación de partidos en la cual cada uno de ellos representaba una nacionalidad particular y autónoma en sus propios asuntos, pero unidos todos en un congreso partidario que mantenía reuniones periódicas de los partidos federados y actuaba como un solo partido en el parlamento (Reichsrath) austríaco.

El socialismo austríaco, sin embargo, no tenía unidad de organización con el socialismo húngaro y, en definitiva, estaba conformado fundamentalmente por los alemanes, checos y polacos. Otras nacionalidades desempeñaban un papel menor. El Partido Socialista húngaro tenía su mayor fuerza en Budapest y estaba dominado principalmente por intelectuales judíos.

En cambio, la socialdemocracia checa, opuesta al Partido Nacional Socialista checo, compuesto fundamentalmente por la clase media, formaba parte del congreso socialdemócrata austriaco; pero la mayoría de los sindicatos checos de la región de Bohemia se habían separado en la Central Sindical Austriaca en 1907 y se habían asociado al movimiento nacional checo. Esta separación fue apoyada y patrocinada por el Partido Socialdemócrata checo bajo la dirección de Antonin Nemec, a pesar de que ese partido seguía perteneciendo al Partido Socialdemócrata federal austríaco. Sin embargo, en otras regiones de Austria los trabajadores checos permanecieron afiliados a la Central Sindical Austríaca de Viena.

Esta división dio origen a debates en el Congreso Socialista Internacional de Austria de 1910, que decidió en contra de los separatistas checos, pero estos se negaron a aceptar las resoluciones de la Internacional e insistieron en mantener su organización sindical aparte, argumentando que, si bien reconocían la necesidad de partidos nacionales autónomos y de una estructura federal, los sindicatos austríacos eran muy centralizadas y se negaban a aceptar cualquier sistema de autonomía regional. La central sindical respondió a ese argumento planteando que como con frecuencia eran empleados trabajadores checos, alemanes y de otras nacionalidades en el mismo establecimiento, era impracticable dividir los sindicatos por nacionalidades sin destruir su efectividad en la defensa de los intereses comunes de la clase trabajadora.
El problema presentado por los polacos no fue tan grave porque los polacos austríacos de Galitzia estaban en mucha mejor situación bajo el gobierno austríaco que sus connacionales de las Polonias rusas y alemanas. El principal problema en esa zona era el de la minoría ucrania, que se encontraba oprimida por los polacos y compartía los mismos sentimientos nacionales que los ucranios sujetos a la dominación rusa. Pero el pueblo ucranio de Galitzia era fundamentalmente campesino, de mentalidad primitiva y la socialdemocracia gozaba de escasas simpatías en su seno. El movimiento socialrevolucionario ruso, de base campesina, y especialmente el sector ucranio de este movimiento, les resultaba más atractivo que la democracia marxista del partido austríaco.
De esta manera, las relaciones entre alemanes y checos constituían el eje del problema para el Partido Socialdemócrata austríaco y el nacionalismo checo —fundamentalmente de ideología burguesa— había logrado dividir fuerzas, al menos en el campo sindical. La socialdemocracia checa, aunque se mantenía confederada con la austríaca, había logrado constituir un movimiento sindical independiente y, aunque el Partido Socialdemócrata austríaco había conseguido resolver la situación constituyéndose como federación de partidos nacionales con una dirección común y mantenía, sobre esa base, la adhesión de la mayoría de los trabajadores organizados de Moravia y Bohemia y de los numerosos grupos de obreros checos que trabajaban en Viena y otras zonas, no pudo llegar a impedir el desarrollo de una importante tendencia separatista en el movimiento socialdemócrata checo. La existencia mayoritaria de alemanes en la dirección de la socialdemocracia austríaca hizo que estos conflictos se convirtieran en inevitables, sobre todo, por la real influencia ejercida por la socialdemocracia alemana en el pensamiento y la acción de sectores del partido austríaco, influencia lógica si se tiene en cuenta el poder y la masividad de los alemanes, que habían sido el modelo y al mismo tiempo el sector dominante en el socialismo europeo y en la Segunda Internacional hasta 1914. Dirigentes como Engelbert Pernerstorfer —de origen alemán— planteaban la inevitabilidad de la caída del estado austríaco y pensaban que la parte alemana de Austria debería integrarse entonces en el imperio alemán. Ahora bien, estas tendencias pangermanistas llevaban inevitablemente a un conflicto con los checos, pues en regiones como Moravia y Bohemia los checos y alemanes estaban tan mezclados entre sí que era imposible la unificación de los austroalemanes con Alemania sin que debiera sujetarse a los checos a Alemania, lo cual, además, haría definitiva su separación de los eslovacos de Hungría. Esta política no podía ser aceptada por los checos y tampoco lo era por parte de un importante sector de nacionalidad alemana integrante de la socialdemocracia austríaca.
Por estas razones, la mayoría de los socialistas austríacos era partidaria de la idea de un estado austríaco modificado, que contemplaría la absoluta igualdad de los grupos nacionales y respetaría las autonomías culturales. Es decir, una organización del estado similar a la del partido. Pero, por otro lado, estaban muy interesa-

Soldados austríacos en el frente de batalla. Como resultado de la Gran Guerra el imperio se desmembró. Los distintos grupos nacionales proclamaron sus independencias, que fueron reconocidas por las potencias vencedoras.

dos por mantener tanto el estilo intelectual, esencialmente alemán, del Partido Socialdemócrata austríaco, como las mejores relaciones con la socialdemocracia alemana, actitud que resultaba inevitable si se tiene en cuenta el contacto permanente que existía entre ambos partidos y el hecho de que importantes dirigentes de la socialdemocracia alemana, como Kautsky y Rudolf Hilferding, eran austríacos de nacimiento y otros, como Adolf Braun y Friedrich Stamfer, ocupaban puestos de relieve en la prensa socialdemócrata alemana. La tesis de la unidad de estado en las condiciones descriptas era sostenida por dos de los líderes de mayor importancia del partido: Víctor Adler —conocido también por sus descubrimientos en el campo de la psiquiatría—, que falleció en 1918, y Karl Renner, que publicó en 1916 su **Libro de la Regeneración de Austria,** en el que definía como "utopía" la formación de pequeños estados nacionales de carácter independiente, posición sustentada por el líder del ala izquierda del partido, Otto Bauer, quien a su regreso de Rusia, donde había permanecido cautivo, comienza una campaña contra aquellas posiciones tomando partido en favor de la reunión de asambleas constituyentes en las que cada nación asumiría sus destinos futuros. Esta última tesis se complementaba con la primera ya que permitía al sector pro-alemán abogar por la unificación de Austria propiamente dicha al imperio alemán.

La posición de la socialdemocracia austríaca frente a la guerra

Cuando en 1914 estalló la llamada Primera Guerra Mundial, el Partido Socialdemócrata austriaco se ubicó del lado patriótico. Aunque inicialmente, los socialistas protestaron contra las condiciones que imponía el gobierno austríaco a Servia mediante el ultimátum y se inclinaran por mantener al margen a rusos y alemanes para que el conflicto no se ampliara y pudiera resolverse sin la guerra, cuando la situación llegó a su desencadenamiento bélico tanto Víctor Adler como el resto de los principales dirigentes y la mayoría partidaria se inclinaron por el lado alemán. Sin embargo, la mayoría de los partidarios del socialismo de origen eslavo no podían adoptar una actitud similar ya que Rusia había logrado presentar a la guerra como una defensa del eslavismo. Por esa razón, muchos eslavos meridionales tendían a simpatizar con Servia y consideraban a Rusia como una posible fuente de apoyo para las causas de la independencia nacional. Estas posiciones tuvieron su mayor expresión en el caso checo, y muchos de los socialistas de esta nacionalidad tendieron a ver en la guerra una oportunidad para el logro de la liberación nacional. No era este el caso de los polacos, que temían un levantamiento ucranio que les hiciera perder su propia hegemonía y, por esta razón, permanecieron cercanos a las posiciones austríacas.

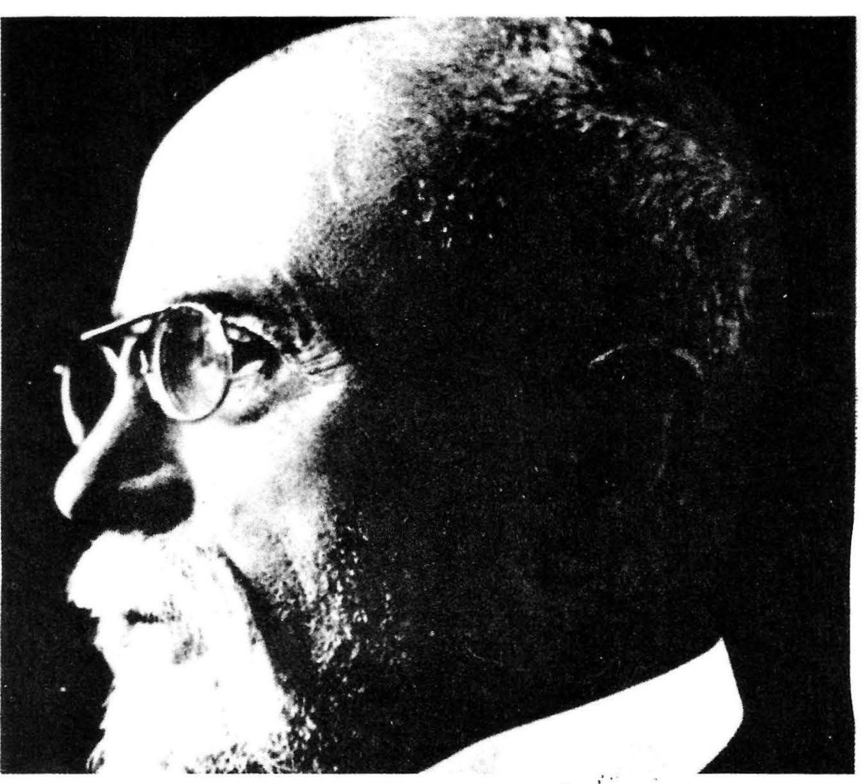
A pesar de las tendencias centrífugas, en la primera parte de la guerra ninguno de los grupos nacionales era lo suficientemente fuerte como para intentar rebeliones con resultado positivo, aunque así lo desearan.

Los obreros permanecieron produciendo en sus lugares de trabajo para sostener al imperio austro-húngaro —fundamentalmente a su ejército— y los soldados conscriptos obedecieron las órdenes de reclutamiento. Pero esta situación inicial fue dejando paso a una tendencia negativa cada vez mayor de parte de los sectores eslavos y, a medida que se hacía evidente la imposibilidad de una rápida victoria por parte de las fuerzas del Eje, los nacionalistas checos comenzaron a buscar coincidencias con los aliados, con el objetivo de preparar las condiciones para un futuro reconocimiento de la independencia checa. En esta política lograron ganar a un sector del socialismo checo, encarnado en el Partido Socialista, pero no pudieron hacer lo mismo, en un principio, con el sector checo del Partido

Francisco José, emperador de Austria-Hungría durante más de cuarenta años.







Arriba, a la izquierda: tropas germanas en Viena. en 1915. A la derecha se ve a Tomás Masaryk, líder del nacionalismo checo. Abajo: el centro de la ciudad de Viena en 1916.

Socialdemócrata austríaco, que se mantuvo junto al sector alemán en su política respecto a la guerra. Al prolongarse el conflicto, los pueblos de Austria-Hungría comienzan a sufrir crecientes privaciones, fundamentalmente en los aspectos alimenticios. Aunque la región húngara no se ve demasiado afectada, las regiones montañosas e industriales de Austria son víctimas del hambre y se imponen a las tropas los famosos "días sin carne"; así, el racionamiento insuficiente y la pésima situación sanitaria desmoralizan tanto al ejército como al resto de la población. Pronto los checos comienzan a desertar en número creciente y Masaryk, líder del nacionalismo checo, comienza a integrar unidades checoslovacas armadas para servir en los ejércitos aliados. Los checos residentes en los Estados Unidos comienzan a financiar el movimiento nacionalista y éste logra obtener promesas de reconocimiento de un estado independiente por parte de los gobiernos aliados.

Hacia fines de 1916 y comienzos de 1917 comienzan a perfilarse en el seno de la sección austríaca del partido tendencias opositoras a la línea oficial que respalda a Alemania. En octubre de 1916 el militante socialdemócrata Fritz Adler, hijo de Víctor, dio muerte al presidente del Consejo de Estado, conde Stürgkh, como manifestación contra la guerra y en protesta contra la actitud de éste, que se había negado a participar en una conferencia de los partidos convocada con el objeto de restablecer el gobierno constitucional. Adler aprovechó la oportunidad de su juicio para pronunciar un célebre discurso en el que denunciaba la política belicista y marcaba la necesidad del socialismo internacional como política para la socialdemocracia. Esta acción logró apoyo popular y aumentó la fuerza de la tendencia pacifista dentro del partido. Poco después murió el emperador Francisco José y fue sucedido por Carlos, partidario del otorgamiento de reformas que dieran a las nacionalidades mayores derechos dentro del imperio.

Al mismo tiempo se produce, en febrero de 1917, la primera revolución rusa que alimentó grandes esperanzas entre los socialistas, especialmente entre los de origen eslavo.

Recrudecen en ese año las tendencias independentistas de las nacionalidades, lo que se manifiesta en la demanda de los representantes polacos, ante el parlamento único, de una Polonia unida e independiente, mientras los checos reclaman un estado autónomo, como parte de una nueva Austria-Hungría federal, fundada en la igualdad y libertad de los grupos nacionales, al mismo tiempo que los eslovenos piden la unión de los eslavos meridionales dentro del imperio unificado, pero gozando de autonomía.

Estos hechos anuncian ya la desintegración del imperio, que fracasa en el intento de establecer una paz por separado con los aliados ante la renuencia e incluso la amenaza de los alemanes. Se produce entonces la revolución bolchevique en Rusia, que aumenta la tensión interna, y pocos meses después la paz de Brest-Litovsk, firmada por separado por los dirigentes soviéticos, que abandonan la guerra interimperialista. Este tratado de paz traerá nuevas consecuencias que aumentan la crítica situación interna: por un lado enfurece a los polacos de Galitzia pues reconoce una Ucrania independiente, y los nacionalistas ucranios habían logrado la cesión de una pequeña región por parte del imperio para integrarla a la nueva nación, al mismo tiempo que se estatuía un estado austro-ucranio autónomo en la Galitzia oriental y Bukovina; por otro lado, desata una huelga de magnitud inesperada en Viena como protesta a las condiciones excesivamente duras impuestas por los imperios centrales a los Soviets. A esto se une la desastrosa situación del ejército Austro-húngaro, minado también por la lucha interna de las nacionalidades y por la propaganda de los aliados y de los prisioneros repatriados de Rusia, así como por la subalimentación. Las deserciones llegarán a 300.000 en el interior, durante 1918, formándose auténticas bandas, llamadas las "reservas verdes", que vivían del pi-

Masaryk propulsó la creación de unidades checoslovacas armadas para servir en los ejércitos aliados. Los checos alistados en las filas del ejército alemán desertaron en forma progresiva, pasándose masivamente al otro bando.

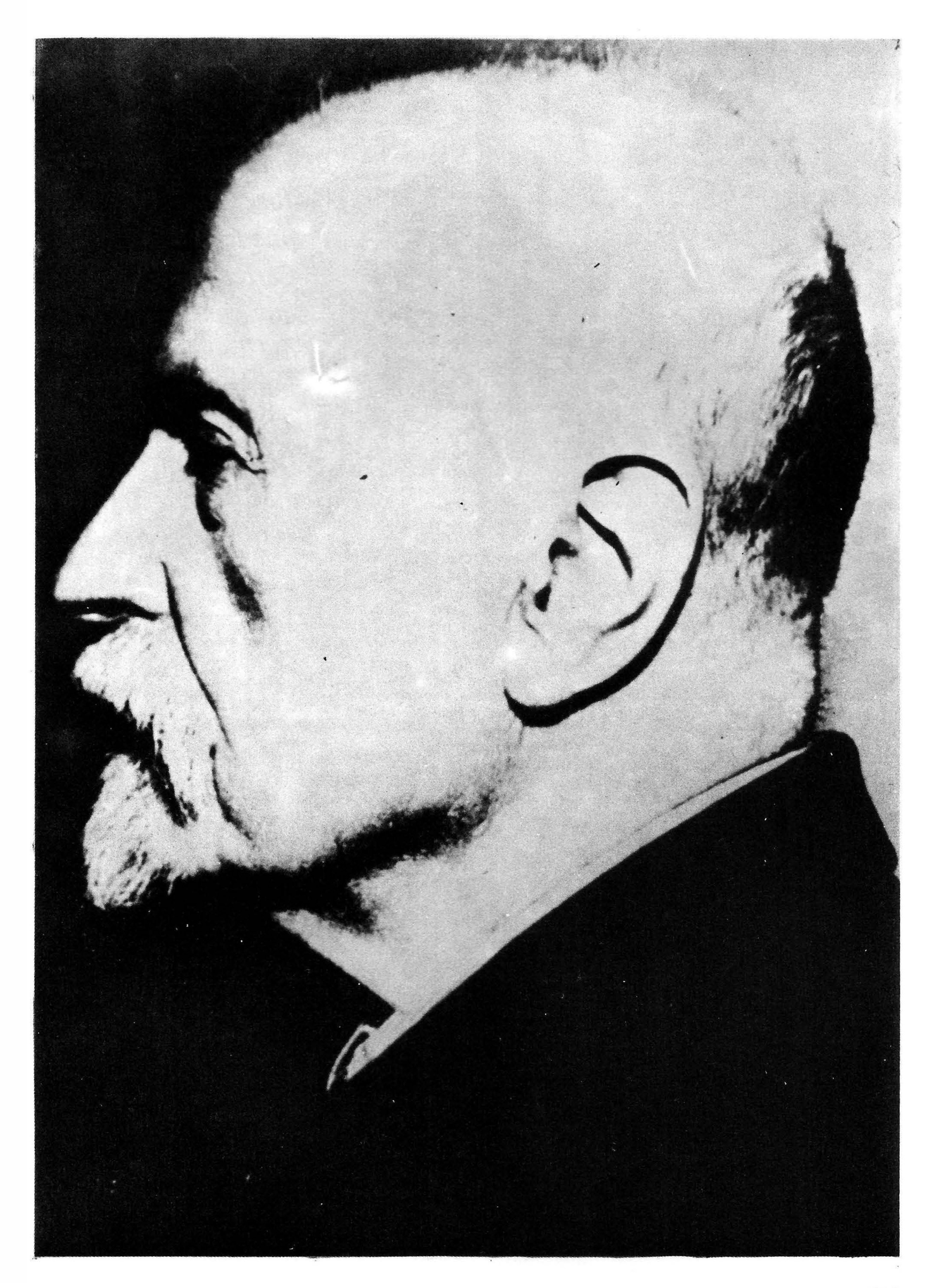
llaje. A las huelgas obreras se agregarán los motines en los cuarteles, entre los instructores del Danubio y entre las mismas tropas combatientes, que en algunos casos se retiran del frente dejando amplias brechas a sus espaldas. Tal es el caso de la insurrección de cuarenta naves de la flota en la Bahía de Cattaro, que fracasó y dio lugar a una sangrienta represión. A pesar de todo, y del ingreso de los Estados Unidos en la guerra, el imperio mantuvo su actividad bélica, fundando sus esperanzas en la gran ofensiva alemana de principios de 1918. Al fracasar ésta la desintegración se hizo inevitable. En setiembre se rompió el frente búlgaro a consecuencia del tratado de paz por separado entre los aliados y Bulgaria y el gobierno austriaco intentó, en un último esfuerzo, mantener la unidad anunciando que Austria sería reconstituida como federación de estados libres, y, el 3 de octubre, se asoció con los alemanes para pedir el armisticio al presidente norteamericano Wilson. Los polacos proclamaron pronto su independencia y lo mismo hicieron los checos, formando un gobierno provisional en París, que contó con el reconocimiento aliado. Así sucedía con el resto de los integrantes, a pesar de la resistencia húngara a abandonar las tierras bajo su dominio. En la propia Austria, el sector alemán estableció su estado nacional y la socialdemocracia, a través de Víctor Adler, pidió que se lo aceptara como estado federal en el Reich alemán. La caída del imperio no fue, sin embargo, el producto de la acción de la socialdemocracia austriaca. Los estados sucesores se formaron en los meses de octubre y noviembre sobre una base nacional.

Las huelgas del 1918, motivadas en gran parte por el hambre y el descontento popular a causa de la guerra, paralizaron las fábricas de municiones y dieron lugar a grandes manifestaciones que pedían pan y paz, pero no llegaron a convertirse en insurrecciones por la falta de claridad, tanto de sus dirigentes como de los soldados encargados de reprimirlas. Estos eran de origen campesino y eslavo y tenían un escaso grado de conciencia política. En consecuencia, las masas austriacas, que en su acción habían comenzado a romper con el legalismo de la socialdemocracia y los sindicatos, carecían al mismo tiempo de una dirección política acorde con su práctica y creían aún en estos organismos, a los que consideraban como propios. Así, su resurgimiento tuvo el carácter de una gran explosión, pero no llegó a convertirse en la primera fase de una revolución social.

Austria de posguerra y el papel de la socialdemocracia

Como hemos visto, en toda la Europa Central la preponderancia de los problemas nacionales dejaba en un segundo plano las preocupaciones acerca de la revolución social. Los partidos socialistas debieron entonces adaptarse en la mejor forma posible a una situación que ellos no habían contribuido directamente a crear.

El 12 de noviembre, un día después de la abdicación del emperador, se proclamó formalmente la república austro-alemana, como consecuencia de un levantamiento en Viena. Se eligió entonces un comité ejecutivo encabezado por el dirigente socialdemócrata Karl Renner y se proclamó a la república como parte componente de la República Alemana. La nueva república reclamó jurisdicción sobre los territorios del antiguo imperio habitados por alemanes e hizo hincapié en las regiones de Bohemia y Moravia, que eran a su vez reclamados por la nueva república checoslovaca, todo lo cual resultaba indispensable para lograr una existencia económica estable. Pero los aliados no aceptaron las pretensiones austriacas: el tratado de Saint-Germain, de setiembre de 1919, roconocia la "independencia" de Austria considerándola heredera de la disuelta monarquía y, por lo tanto, responsable de la guerra. De este modo, el nuevo estado no logró



Cuadro de nacionalidades del imperio - Año 1900

Alemanes	9.170.939
Húngaros	9.576
Bohemios, moravos, eslovacos	5.955.397
Polacos	4.239.152
Rutenos	3.375.576
Croatas y servios	711.380
Eslovenos	1.192.780
Rumanos	230.963
Italianos y latinos	721.102
Otros	517.903
TOTAL	26.144.708

Legalidad y violencia en el pensamiento de Otto Bauer

Declaración de Otto Bauer en el Congreso realizado en la ciudad de Linz, en 1926.

"Si el Partido Socialdemócrata ha conseguido conquistar en un primer combate la república democrática tiene ahora el deber de utilizar estas conquistas de la democracia para reagrupar a la mayoría de la nación alrededor de la clase obrera, para derrocar la dominación de la clase burguesa y para dar a la clase obrera la dirección de la república democrática.
La socialdemocracia austríaca persigue la conquista del poder en una república democrática, no para derrocar la democracia, sino para adaptar el aparato del estado a las necesidades de la clase obrera, y utilizarlo como arma de poder, con el fin de arrancar a la propiedad feudal y al gran capital industrial los medios de producción y de cambio y hacer de ellos el bien común de toda la nación...
El Partido Socialdemócrata conducirá, pues, al poder hacia las formas de la democracia con todas las garantías de ésta. Sin embargo, si la burguesía quisiera oponerse a esta transformación de la sociedad que la clase obrera está obligada a realizar, sea mediante el sabotaje sistemático de la economía, sea mediante la alianza con las fuerzas contrarrevolucionarias extranjeras, entonces la clase obrera se verá obligada a romper la resistencia de la burguesía mediante los medios que le ofrece la dictadura."

En O. Gulick, *Oesterreich von Habsburg zu Hitler*, Viena, 1951. (Citado por Jacques Droz, op. cit. p. 254.)

Arriba, a la izquierda: una foto poco conocida del emperador Francisco José. A la derecha puede verse al joven Carlos de Habsburgo, que ocupó el trono del imperio a la muerte del anterior. Abajo: la baronesa Bertha Von Suttner durante un acto antibelicista.





Viena: el edificio del Parlamento en 1916.

siquiera conservar ni a los alemanes de Bohemia y Moravia ni a los del Alto Adigio y no pudo tampoco unificarse con Alemania. Para compensar estas pérdidas, le fue otorgada, a costa de Hungría, la región del Bungerland. La configuración de las fronteras fue entonces el resultado de la arbitrariedad de los vencedores, que convirtieron a Austria en un pequeño estado con alrededor de seis millones de habitantes, de los cuales dos millones residían en la ciudad de Viena y sus alrededores. Esta situación la arrastró a un grave problema económico de orden estructural, dado el estrecho tamaño y el carácter esencialmente agrícola de su nuevo territorio. La limitación señalada se correspondía con similares dificultades para la socialdemocracia en el plano político pues mientras los socialistas controlaban Viena y algunas otras ciudades del interior, en el resto del país se hacía sentir la influencia del Partido Socialcristiano, católico y antisemita, y la del Partido Nacionalista alemán.

Las elecciones para la Asamblea Constituyente de febrero de 1919 dieron el triunfo a los socialdemócratas: 69 diputados contra 63 de los socialcristianos y 26 de los nacionalistas. A pesar de los antagonismos señalados Karl Renner pudo constituir un gabinete de coalición integrado por Otto Bauer, cabeza del ala izquierda de la socialdemocracia, mientras que otro socialdemócrata, Karl Seitz, resultaba elegido presidente del nuevo parlamento y, con ese carácter, pasaba a presidir la república austríaca.

La socialdemocracia, sin lograr la mayoría, constituía la fuerza dominante en los primeros días de la república y tenía el control político de la ciudad de Viena. Había llegado al poder gracias a la revuelta de las masas contra el viejo orden y se adueñaba así de los restos del viejo imperio. Siguiendo el ejemplo ruso, algunos dirigentes de la clase obrera planteaban que la república debía apoyarse en la autoridad de los consejos (Soviets) que habían surgido en las fábricas y en el ejército. Sin embargo, los socialdemócratas se negaron a hacerlo y, aunque otorgaron a los soldados plenos derechos civiles —inclusive el derecho a sindicalizarse—, eligieron cuidadosamente a los oficiales con el fin de asegurar que el pequeño ejército que tenían fuera leal a la república. Apoyándose en el consejo de trabajadores dirigido por F. Adler, para lograr lo cual habían proclamado la jornada de ocho horas y construido los comites de fábricas, se propusieron construir el nuevo orden con las formas de una democracia parlamentaria. A pesar de la fuerza del sentimiento revolucionario entre los obreros, lograron obtener el apoyo mayoritario para esa política. Un pequeño sector se separó por estos motivos y fundó el Partido Comunista Austríaco. Al mismo tiempo se producía una revolución de tipo bolchevique en Hungría, encabezada por Bela Kun, quien presionó sobre los austríacos para que siguieran su ejemplo. Pero a los dirigentes socialistas les pareció que una victoria de esta corriente significaría para Austria un conflicto con sus vecinos, el fin del abastecimiento aliado y la guerra civil. Por lo tanto se opusieron enérgicamente. La amenaza constituida por el "peligro rojo" empujó hacia la derecha a los sectores campesinos y burgueses. Austria era, fundamentalmente, un pais de pequeñas y medianas propiedades agrícolas más que de grandes dominios, y esto limitaba las posibilidades políticas de la colectivización agraria, permitiendo además el robustecimiento de las tendencias pequeñoburguesas en ese ámbito. Una vez que la constitución de 1920 estuvo elaborada las elecciones dieron el triunfo a los social-cristianos, quienes de allí en adelante, y hasta la desaparición de la independencia, no abandonaron la responsabilidad del poder gracias al apoyo de los pequeños partidos burgueses que le aseguraban la mayoría. Desde la oposición, la socialdemocracia controlaba Viena y su provincia, en cuya ciudad las elecciones municipales de 1923 le dieron 78 bancas —para concejales— sobre un total de 120.





El austro-marxismo y el auge de la ciudad de Viena



A pesar de la extrema dificultad de la situación económica, la socialdemocracia pudo realizar, en la ciudad de Viena, una política constructiva que hizo de ella la ciudad más progresista de toda Europa, la admiración de los socialdemócratas de todo el mundo. Para costear programas realmente importante de viviendas obreras, de educación, o de otros servicios sociales, se puso en práctica un sistema de impuestos locales que afectaba a las clases pudientes. Se mantuvieron los alquileres a un nivel bajísimo y los grandes bloques de departamentos para trabajadores, construidos a costa del erario público, se convirtieron en uno de los rasgos más característicos de la nueva Viena. Toda la ciudad gozó del beneficioso influjo de la buena administración de los ediles socialistas. La obra cultural del partido también fue importante. Se organizaron bibliotecas de préstamos, conciertos y universidades populares. Se elevó a un alto grado de bienestar a sectores que habían estado hasta entonces sumidos en la miseria y la ignorancia. La reforma escolar, en particular dirigida a la construcción de un gran número de escuelas primarias y de escuelas piloto, fue una de sus grandes realizaciones.

El socialismo impregnó al conjunto de la vida intelectual de la **Viena Roja**, consciente de su superioridad sobre las formas trasnochadas de cultura o de recreo que la Iglesia Católica había puesto al servicio de la mediana y pequeña burguesía. De ahí cierto anticlericalismo, cierta tendencia **laicista** de la que se hace eco el periódico del Partido **Arbeiter-Zeitung** (Diario de los Trabajadores). Surge una poesía proletaria con A. Pezold, mientras escritores como Wildgans, Schnitzler, S. Zweig, sin ser socialistas, intentan expresar literariamente los problemas que preocupan a las masas. Los medios socialistas prestan la mayor atención a los trabajos filosóficos del Círculo de Viena, al psicoanálisis de Freud, Stekel, al movimiento pacifista de Bertha Von Suttner, a las polémicas del ensayista K. Kraus contra la prensa capitalista de Viena, a la música de A. Schoemberg. A su vez, en las jóvenes generaciones católicas se forma un grupo de **socialistas religiosos**, a los que animan las mismas preocupaciones.

Junto a esto se desarrolló una poderosa milicia armada notablemente organizada: la **Liga de la Defensa de la República**. Todos estos procesos contribuyeron, al mismo tiempo, a provocar cierto inmovilismo en el movimiento obrero.

En el plano ideológico la historia del socialismo austríaco está signada por la primera república, por el núcleo de los austro-marxistas, que forman no solo una importante corriente de ideas sino una **fuerza práctica** que dirigió la transformación de Viena entre 1918 y 1934.

En este sector de la socialdemocracia la personalidad más representativa es la de Otto Bauer, importante dirigente socialdemócrata que trascendió el plano nacional para convertirse es uno de los principales dirigentes europeos. Partidario a ultranza de la unidad del partido, y por lo tanto de la búsqueda de formas que apuntaban la unificación con los comunistas, trató de mantener una polémica con estos que no implica ya rupturas definitivas. Se oponía a la teoría de la **dictadura del proletariado**, pero, en el congreso de la socialdemocracia en la ciudad de Linz, en 1926, puso en claro que si la burguesía trataba de atentar contra las conquistas del movimiento obrero tal tentativa debía ser aniquilada por la fuerza. El empleo defensivo de la violencia era entonces, para Bauer, legítimo. Frente a esta corriente de izquierda se alzaba un sector de derecha encabezado por K. Renner, quien estimaba indispensable aproximarse a los partidos burgueses y actuar directamente en el estado en beneficio de las clases trabajadoras. Estas tesis fueron las triunfantes

Karl Renner —a quien se ve en la ilustración— integró en febrero de 1919 un gabinete de coalición junto al líder socialdemócrata Otto Bauer.

y sentaron las bases para el acuerdo con el socialcristianismo. Pero la política antisoviética permitió al mismo tiempo a los antisocialistas, que en un primer momento habían permanecidos dispersos, reafirmarse y reorganizarse a expensas del partido socialdemócrata. Después que los socialistas abandonaron el gobierno, en 1920, este se reconstruyó con mayoría de socialcristianos, volviéndose cada vez más reaccionario a medida que la iglesia y las clases medias fueron desplazando a los dirigentes campesinos. La socialdemocracia se constituyó en los años siguientes en la oposición parlamentaria, primero frente al gabinete socialcristiano de Mayl y después frente al gabinete de funcionarios encabezado por Schober, que duró hasta 1922 y que fue sustituido luego por otro gabinete mucho más reccionario y antisocialista, encabezado primero por el socialcristiano monseñor Ignatz Seipel y, posteriormente, por Ramek.

En estos años las relaciones entre los socialistas y los opositores empeoraron. Al principio, los socialistas tuvieron la ventaja, dentro de las limitaciones impuestas por la necesidad del reconocimiento y de la ayuda financiera de los aliados. Pero luego, al quedar esos limitados en su influencia a la ciudad y la provincia de Viena y algunas ciudades del interior, el antisocialismo pudo reagrupar sus fuerzas y no sólo expulsar a los socialdemócratas del gobierno del estado sino también empezar a construir, fundamentalmente en los distritos rurales, fuertes movimientos reaccionarios que podían llegar a utilizar métodos violentos contra los socialistas en el beneplácito del gobierno socialcristiano. La más importante de estas fuerzas era el Heimwehr (Guardia Patriótico), inspirado por sectores terratenientes y dirigido por el principe Ernst Starhemberg, quien organizó formaciones especiales militarizadas en oposición a la **Liga de Defensa de la República.** En consonancia con los alcances del Partido Socialdemócrata, la Liga apenas existía fuera de las principales ciudades, mientras el Heimwehr contaba con grandes recursos monetarios y con el apoyo de altos personeros del régimen, era mucho más móvil y estaba capacitado para concentrar fuerzas en cualquier región donde resultare necesario. No siempre el Heimwher coincidió con la política del gobierno ya que este intentó a veces mantener su violencia dentro de ciertos límites; tampoco fue, en un principio, el brazo armado de la Iglesia Católica, pero cuando monseñor Seipel fue canciller y se dedicó abiertamente a destruir al socialismo, el Heimwehr se convirtió en su auxiliar más importante actuando cada vez más violentamente tanto en el campo como en las pequeñas ciudades.

Decadencia del socialismo austríaco

Iniciado el año 1927 se da todo una serie de violencias provocadas por las fuerzas irregulares del Heimwehr, siendo toleradas y casi promovidas por el gobierno del eclesiástico doctor Seipel. Ejemplo de ello fueron los sucesos motivados por la absolución de los miembros del Heimwehr que habían sido acusados de asesinato en los choques de Schattendorf, en el Burgeland. Estas absoluciones despertaron gran indignación entre los trabajadores, que marcharon en grandes manifestaciones por el centro de Viena; la multitud, en su mayoría desarmada, fue atacada por la policía, con un saldo de más de ochenta y cinco muertos y más de mil heridos. Como lo señalamos el canciller Seipel aprobaba en un todo al Heimwehr, cuyos dirigentes planteaban abiertamente la destrucción de la república democrática mediante un levantamiento armado. El canciller sólo esperaba el momento oportuno para llevar adelante tal determinación. Sin embargo, en el Partido Social-Cristiano había miembros que estaban de acuerdo en participar en un gobierno parlamentarric y garantizarlo, aunque con el tiempo esto posición se fue debilitando al tener cada vez

En la década del 20 surgieron en Austria distintos grupos paramilitares destinados a hostilizar a los partidos socialistas. El más importante fue el Heimwehr (Guardia Patriótica), dirigido por el príncipe Ernst Starhemberg, a quien se ve durante una ceremonia militar.



En los primeros años de la década del 30 se produce en Europa el nacimiento del nazismo. En las elecciones austríacas de 1932 los nazis aparecen como una fuerza poderosa, logrando su éxito a expensas del Heimwehr —que dio su apoyo al movimiento— y del Partido Socialcristiano, que en Viena perdió la mitad de sus diputados en favor de los nazis.

mayor influencia en el partido Seipel, quien hacía pública su determinación de acabar con la constitución democrática y con los socialistas, Planteaba la necesidad de modificar las instituciones austríacas de acuerdo con un modelo que inplicaba la restauración del poder de la iglesia. Contaba como aliados, además del Heimwehr, a la liga Campesina y a los nacionalistas pangermanos.

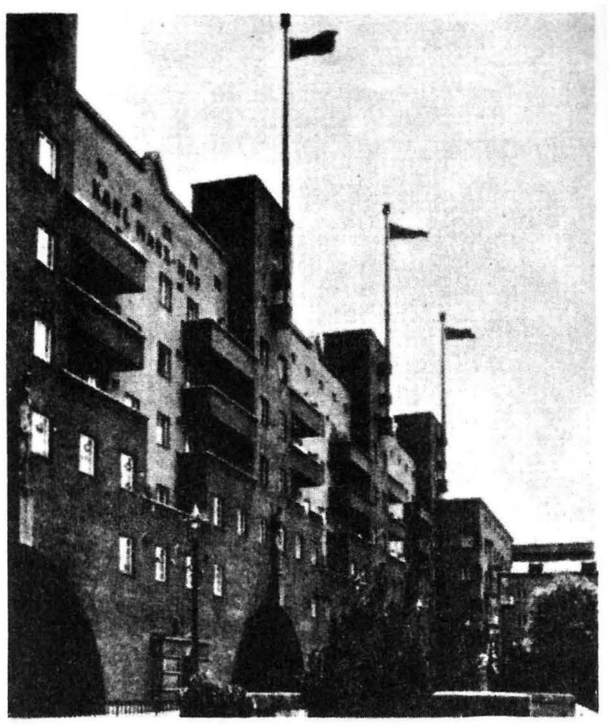
Los socialistas mantenían su poder en Viena y también eran bastante fuertes en otras ciudades industriales, pero eran débiles en las zonas y distritos rurales. La consecuencia práctica de esta situación era la de estar en permanente minoría en el parlamento frente a las fuerzas aliadas que apoyaban al canciller. Los dirigentes socialistas austríacos, después de las matanzas de julio de 1927, consideraron la necesidad de tomar alguna determinación pues sus partidarios, alterados por los hechos, les exigían una respuesta. La discusión se planteaba en torno a si había llegado el momento de recurrir a la fuerza siendo consciente de que el uso de ella los llevaría a la guerra civil.

Un balance sobre la situación interna y sobre la relación de fuerzas en caso de un enfrentamiento los hacía dudar: no tenían fuerza en la campaña, o sea, contaban con poco abastecimiento de alimentos; no tenían tampoco un ejército bien armado y disciplinado como el constituido por los soldados irregulares del Heimwehr. En el plano internacional se debían cuidar las relaciones con la Sociedad de las Naciones, de la cual contaban con ayuda económica, y, en caso de provocar una guerra, serían seguramente desaprobados. Los reaccionarios austríacos hacían acusaciones contra los socialistas austríacos de querer implantar en el país un régimen comunista, cosa que no era cierta pues los socialistas no solo no eran comunistas sino que tampoco simpatizaban con el comunismo. Sin embargo, ciertos estadistas extranjeros daban crédito a las acusaciones de la reacción. En caso de que se lograra imponer un gobierno socialista que surgiera del triunfo de una guerra civil seguramente no hubiera sido apoyado por algunos gobiernos.

Ante estas circunstancias los dirigentes socialistas buscaron una alternativa que demostraba una acción fuerte y masiva y optaron por lanzar una huelga general, a la que se respondió en forma masiva. Esa huelga general debía obligar al gobierno de Seipel a renunciar o a convertirse en un movimiento revolucionario; de otro modo fracasaría. Seipel, confiando en que los socialistas no llegarían a un enfrentamiento armado, dejó que la huelga siguiera su curso negándose a hacer concesiones. El resultado fue que los huelguistas volvieron al trabajo sin lograr nada y que el canciller Seipel aumentó su control y su influencia política.

Después de los sucesos de 1927. Seipel permaneció en el poder por un año y medio más. Luego renunció y fue sustituido por un miembro menos intransigente del partido Social-Cristiano, pero siguió dirigiendo la política entre bastidores. Se presentaron nuevos proyectos de enmiendas a la Constitución "invitando" una vez más a los socialistas a transigir. Estos concedieron, en 1929, que el presidente fuera elegido directamente por el pueblo en vez de ser escogido por el parlamento. Esta era una idea de Seipel, que quería promover una revisión de la Constitución que eliminara todos los elementos democráticos y los sustituyera por lo que él llamaba la verdadera democracia. Principalmente quería que se ampliaran los poderes del presidente, que hasta entonces era sólo una figura decorativa, para convertirlo en un gobernante supremo y con derechos exclusivos para designar y despedir. También propiciaba Seipel una revisión del sistema de votación con el fin de dar representación a grupos e intereses especiales y no a las mayorías numéricas. La salida para esta política era un estado corporativo donde las demandas de la Iglesia fueran atendidas. De ahí las constantes negociaciones de Seipel y sus sucesores con los socialistas partidarios de la democracia parlamentaria vigente.





Arriba, a la izquierda: el canciller Dollfuss y un grupo de jefes del ejército austríaco en una visita a una fábrica de armamentos. A la derecha: vista del barrio obrero "Karl Marx", construido por las autoridades municipales vienesas. Abajo: manifestación de desocupados en 1932.

Los socialistas, al aceptar la elección del presidente, lo hicieron con la condición de que el cambio no se aplicara en las próximas elecciones, que, como vamos a ver serían las últimas, sino en las posteriores. Se descartaron los demás cambios porque constitucionalmente no se podía enmendar la Constitución sin una mayoría de las dos terceras partes del parlamento, imposible de lograr sin el apoyo de los socialistas.

En 1929 ocupó la cancillería Schober, que había sido jefe de policía durante la represión de 1927, y que trató de negociar una unión aduanera con Alemania. Esta Anschluss (Unión) —unidad total con el Reich alemán— había sido propuesta en el programa del Partido Socialista de 1919, pero había sido prohibida por el tratado de paz, que exigía a Austria permanecer independiente. Debemos hacer notar que en la nueva Austria casi toda la población era alemana por su idioma y por raíz cultural. De modo que una unión aduanera con Alemania permitiría a Austria fortalecerse económicamente y mantener contactos más estrechos con la socialdemocracia alemana por parte de los socialistas austríacos. Pero la negociación de Schober fue vetada por los franceses.

El gobierno de Schober cayó en una disputa con el Heimwehr. Este había intentado tomar el control del sindicato de ferroviarios, que estaba en manos de los socialistas por la fuerza, y había exigido la designación de un administrador general de ferrocarriles que se le uniera en la campaña. El gobierno de Schober se negó a tal nombramiento y fue depuesto, siendo sustituido por K. Vaugoin, gran aliado de la Heimwehr. Schober intentó formar un grupo intermedio entre católicos y socialistas, junto con otros partidos pequeños, y logró el apoyo suficiente como para quitar a Vaugoin la mayoría parlamentaria. El gobierno, viendo el riesgo que corría, no quería llamar a elecciones, pero se vio en la necesidad de efectuarlas ante la amenaza de los socialistas de recurrir a las armas. El resultado no dio mayoría al gobierno y el Heimwehr, que se presentó como partido independiente, mostró su debilidad al obtener solamente ocho asientos en el parlamento. El gobierno se vio en la necesidad de renunciar y fue sustituido por un gabinete social-cristiano. moderado. El Partido Social-Cristiano, que había sufrido grandes pérdidas en las elecciones, estaba a punto de desintegrarse, pese a que tenía gran apoyo campesino. Su política de alianzas y transacciones con el Heimwehr había provocado en él un desgaste político profundo.

El auge del fascismo austríaco


n 1931 se produce la quiebra del Credit Anstalt, gran banco austríaco controlado por los Rothschild. Este golpe hizo tambalear aún más la débil economía austríaca, afectada desde 1918 como consecuencia de la pérdida de los antiguos mercados. Este golpe, que señala también el comienzo de la depresión económica mundial, prolongó sus efectos en Austria por varios años, debilitando el poder de negociación de los sindicatos, sin que por esto perdieran el control sobre los trabajadores industriales en la mayor parte del país. Sin embargo, una empresa industrial, la Alpine Montan-Gesellschaft, aprovechó la oportunidad para desintegrar los sindicatos socialistas entre sus empleados y reorganizarlos en sindicatos adheridos al Heimwehr. Esta compañía fue comprada después por capitalistas alemanes, quienes, al ascender Hitler al gobierno, en 1933, pusieron estos sindicatos bajo la dirección nazi austríaca, dotando así a ésta del primer núcleo obrero importante bajo su control.

Es, sin embargo, durante los primeros años de la década de 1930 cuando una nueva corriente ideológica comienza a tener importancia en el panorama político austríaco: comienza el auge del nazismo en una zona de la opinión pública. Por ejemplo, en las elecciones regionales y municipa-

El ala conservadora de la socialdemocracia expresa su opinión respecto a las relaciones con los partidos burgueses

En el congreso partidario realizado en la ciudad de Viena, en el año 1927, Karl Renner, prominente figura del partido, plantea las ventajas de una coalición con los partidos burgueses.

Llegamos ahora a la definición de nuestra política y a mi disentimiento con las concepciones de Otto Bauer. Quiero decir únicamente esto: se ha manifestado en el curso de los últimos diez años, en el seno de la socialdemocracia, una nueva interpretación del estado. Cada uno de nosotros conoce las antiguas fórmulas, según las cuales el estado es el ejecutor de la voluntad de la clase dominante; pero esto era exacto hasta alrededor de 1890, tal vez incluso hasta 1918, pero seguramente no ahora. Ciertamente, el gobierno de Seipel puede ser visto como la expresión de la clase dominante, pero ni siquiera esto es cierto; ya que la existencia de una fuerte oposición estableció un límite en el poder del gobierno y favoreció el progreso de la clase trabajadora, a pesar de la presión de arriba. Habría motivos para desesperarse si la larga lucha que ha llevado a cabo la clase obrera desde 1849, cada vez con más energía y amplitud, no hubiera obligado al estado a asumir nuevas funciones.

Examinemos estas funciones. El antiguo estado policíaco y militar que no tenía ninguna prerrogativa social y que no conocía más que la práctica de la caridad era verdaderamente la expresión de las clases dirigentes. Pero las cosas han cambiado. Toda una serie de funciones estatales, la seguridad social, los seguros, la administración escolar, están en su mayor parte al servicio del proletariado...

Sería mentir a la clase obrera el hacerle creer en exceso en la virtud de la acción revolucionaria, y el disimularle el carácter positivo, en el plano revolucionario, de la administración estatal. Es por lo que resulta falso afirmar que la reconducción de una coalición (con los partidos conservadores) sería una desgracia. La coalición desplaza el terreno de la lucha de la calle a la tribuna del parlamento, de igual forma la coalición transfiere la lucha de clase del parlamento al gabinete del ministro, en el que se libra, por el interés de la clase obrera, un combate apasionante y tenaz."

De. J. Hannak, *Karl Renne und seine Zeit*, Viena, 1965. (Tomado de Jacques Droz, op. cit., p. 255.)

En julio de 1934 se produjo un intento nazi de golpe de estado. Bandas armadas atacaron la Cancillería y mataron a Dollfuss. En la foto, los cadáveres de los guardias que intentaron repeler el ataque.



Arriba: fuerzas gubernamentales ocupan las calles para defender el gobierno del golpe nazi, junio de 1934.
En la foto de abajo: en marzo de 1938 los alemanes marcharon sobre Viena, poniendo fin a la experiencia republicana de Austria. La foto muestra la Plaza de los Héroes en Viena ocupada por tropas nazis.

les efectuadas en toda Austria, en 1932, los nazis, que todavía no habían subido al poder en Alemania, hicieron su aparición como una fuerza poderosa. Lograron su éxito a expensas del partido Social-Cristiano, que en Viena perdió la mitad de sus diputados en favor de los nazis y de un sector del Heimwehr que se adhirió al nazismo alemán.
A partir de este momento dos corrientes del fascismo comenzaron a luchar por el gobierno austríaco. Ambas coincidían en un objetivo: derrocar al régimen democrático de la república. Pero se diferenciaban en que, mientras una de las corrientes luchaba por mantener la independencia de Austria bajo un régimen reaccionario dominado por representantes del antiguo régimen imperial —las clases terratenientes y los banqueros y financieros de Viena—, la otra corriente quería la unión con Alemania nazi.
Entre estas dos corrientes fascistas se encontraban los socialistas, que, si bien siempre habían propiciado el Anschluss con Alemania, ahora veían que tal unión solo significaba el sometimiento a una Alemania nazi en lugar de una participación con autonomía en la república de Weimar.
En 1932 Seipel murió, pero sus objetivos fueron plenamente asumidos por quien lo sucedió, E. Dollfuss, quien logró la cancillería e integró un gabinete con la mayoría de un solo voto en el parlamento. Como resultado quedaba incapacitado para promulgar una legislación realmente a su favor. Los proyectos de reforma que planteaba Dollfuss eran, decididamente, una versión clerical del fascismo, basada en una estructura de estamentos que reemplazaba la representación parlamentaria. Y no pasó mucho tiempo en el gobierno cuando se le presentó una oportunidad para prescindir de una vez por todas del parlamento. Esto sucedió cuando el gobierno, por falta de fondos, a raíz de la crisis económica, decidió pagar los salarios a los ferroviarios en tres cuotas. Los ferroviarios convocaron a una huelga de dos horas, como protesta formal, y el gobierno aprovechó para despedir a los miembros más activos del sindicato. Al llevarse el problema al parlamento la posición del gobierno fue derrotada por un solo voto, pero luego se descubrió que se había producido un error en el voto de uno de los diputados. Surgió entonces la discusión sobre si la votación había sido válida o no, y como consecuencia de tal situación se agravó la disputa, lo que trajo como resultado la renuncia de las autoridades del parlamento, entre ellas el socialista K. Renner. Al no quedar nadie autorizado por la Constitución para convocar a la Cámara, el gobierno aprovechó la circunstancia para sostener la opinión de que no podía convocársela nuevamente y que ésta seguía existiendo solo nominalmente. Esta situación se produjo el 4 de marzo de 1933, un día antes de que Hitler obtuviera la mayoría en las elecciones generales de Alemania.

La dictadura: persecución de la socialdemocracia y de los sindicatos

El vacío provocado por el no funcionamiento del parlamento trajo como consecuencia directa que Dollfuss se convirtiera de canciller de una república democrática en dictador. En Austria existían en ese momento tres fuerzas que predominaban y que luchaban por la conquista del poder: los socialistas, que conservaban su fuerza pero que no la aumentaban; los nazis, que ya habían absorbido a la mayoría de los antiguos nacionalistas o pangermanistas y a una parte del Heimwehr y que seguían creciendo en todo el país, y, por último, la alianza de los democristianos y del Heimwehr, que perdía bastante terreno y que era la base de sustentación de Dollfuss. En realidad, la dictadura de éste dependía de que Alemania e Italia se mantuvieran desunidas en su política con respecto a Austria.
Hitler había expresado su intención de absorber a Austria en el Reich pangermano mientras que Mussolini no quería que las fuer-

Kurt Von Schuschnigg trató infrucuosamente de conducir a Austria por un camino independiente, ya que su intento fracasó ante la invasión nazi.

zas alemanas dominaran el paso de Brenero, con acceso directo a Italia. Dollfuss confiaba en el apoyo italiano para poder llevar adelante su peculiar fascismo católico, que difería radicalmente tanto del italiano como del alemán en la medida en que no contaba con el apoyo de un partido de masas. El sistema político propiciado por Seipel, y ahora continuado por Dollfuss, era verdaderamente inadecuado para una sociedad moderna pues la Iglesia había perdido totalmente el control en la clase obrera industrial y lo mismo estaba ocurriendo con un gran sector del campesinado. La forma con que se pretendía organizar la sociedad en estamentos estaba totalmente fuera de la realidad ya que no tomaba en cuenta las barreras de clases. Pero el nuevo dictador era consciente de que, para poder llevar adelante su reforma social, debía quebrar en primer lugar la estructura sindical, que era la espina dorsal del Partido Socialista. Su lucha fue una batalla con dos frentes: contra los socialistas y contra los nazis, que querían el Anschluss y aceptaban únicamente a Hitler como líder. En cierto momento realizó acuerdos con los nazis para hacer frente a los socialistas, pero en otras etapas del proceso los nazis respondieron al gobierno con atentados y bombas, lo que obligó a reprimirlos.

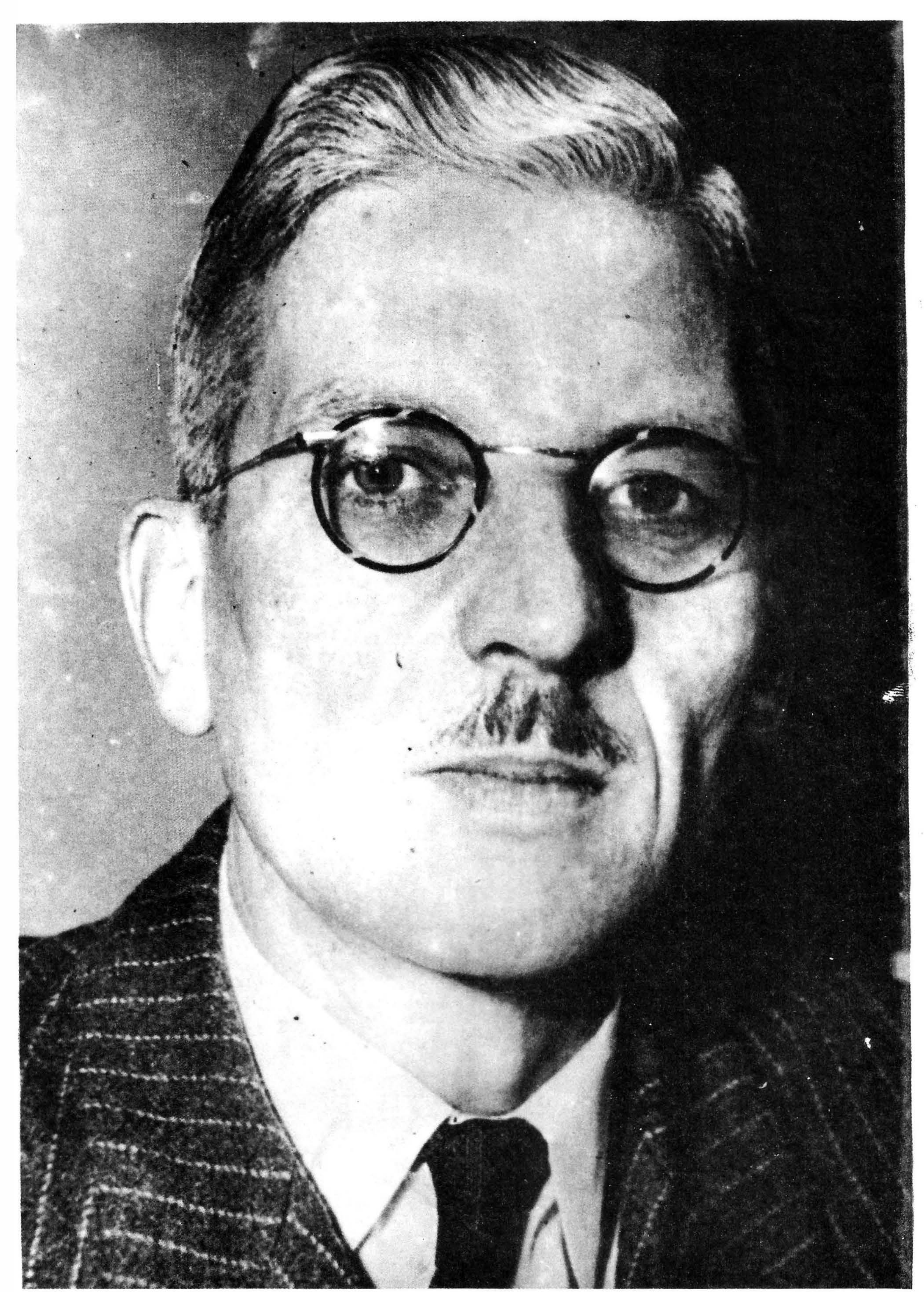
Pero la lucha principal se dio contra los socialistas, tratando de disolver el Schutzbund (Liga de Defensa de la República) por medio de requisas y cateos de armas y culminando con la ocupación de las oficinas del Partido Socialista en Linz, en febrero de 1934. Esto provocó el levantamiento de los socialistas de Linz, que se extendió a otras regiones, aunque no a todo el país. En Viena el comité central del partido decidió convocar a una huelga general, poco efectiva debido al gran desempleo existente. Sólo una parte del Schutzbund de Viena recurrió a las armas y participó en el levantamiento, que duró cuatro días, pero perdió toda posibilidad de triunfo ante la utilización de la artillería por parte del gobierno. La huelga fue un fracaso y los derrotados fueron violentamente reprimidos, algunos fusilados y otros ahorcados.

Si bien la mayoría de los socialistas no había participado en el levantamiento, el Partido Socialista y los sindicatos fueron señalados como los culpables. El partido fue disuelto y sus oficinas ocupadas y los sindicatos sufrieron la misma suerte. Los dirigentes principales pasaron a la clandestinidad. Otto Bauer escapó a Checoslovaquia. Deutsch, jefe del Schutzbund, también escapó al extranjero. Pero, pese a la disolución del partido, los socialistas siguieron controlando los sindicatos industriales. Por su parte, los sindicatos socialcristianos, a los que se les permitía continuar actuando mientras eran absorbidos por una nueva reestructuración organizativa controlada por el gobierno, comenzaron a tener relaciones con dirigentes del socialismo y más de una vez negociaron acuerdos por cuestiones inmediatas de salarios y condiciones de trabajo. De esta situación nació la llamada "Unión Unificada", la cual, pese a tener su base en los sindicatos católicos, se convirtió en una organización con gran influencia socialista.

En los meses que siguieron al levantamiento, Dollfuss, presionado por los jefes del Heimwehr, prosiguió la persecución de los socialistas, a pesar de las críticas de algunos de sus propios partidarios, no conformes con medidas tan extremas.

En julio de 1934 se produjo un intento nazi de golpe de estado. Bandas armadas tomaron la Cancillería y mataron a Dollfuss. Las tropas del gobierno cercaron a los insurrectos, que tuvieron poco apoyo popular tanto en Viena como en el interior y que fueron apresados. Los jefes principales de la asonada fueron ahorcados, pero no hubo represalias en masa. El fracaso del golpe nazi se produjo, principalmente, porque las tropas se mantuvieron leales al gobierno. Otra razón, que también influyó, fue que Mussolini ordenó la marcha de dos divisiones italianas hacia la frontera en el Paso de Brenero.

Mientras tanto, Hitler había formado una Legión Austríaca compuesta por refugiados nazis de



La dominación nazi produce en Austria situaciones inéditas: los propietarios de comercios deben gestionar ante la municipalidad de Viena documentos que certifiquen su origen no judío, a fin de conservar la licencia de trabajo.







Arthur Seiss-Inquart, nombrado secretario del Interior del gobierno de Schuschnigg por iniciativa de Hitler.

Sectores de la socialdemocracia austríaca se oponen a la guerra

El socialista Fritz Adler, que comparece ante el tribunal acusado del asesinato del primer ministro Stürgkh, denuncia la pasividad e incluso la connivencia de la socialdemocracia con la política belicista del imperio.

"La burguesía austríaca no es patriótica; es nacionalista. Y nosotros hemos visto a los socialistas plegarse a la política imperialista de la burguesía. En el liceo comprendí que el mayor de todos los pecados, el pecado contra el espíritu es el más frecuente en Austria. En el pasado era el estado de espíritu de Metternich, y hoy el de Lüger, quien dice: "Por qué el hombre tiene necesidad de un programa? Todo en la política no es más que negocios" El austríaco no tiene ninguna convicción. Y si quieren saber ustedes lo que me ha traído aquí les diré que es el hecho de que este espíritu de mentira ha penetrado en mi propio partido, que está representado en él por el doctor Karl Penner, quien ha introducido en él esta traición respecto a nuestros principios, y sentimos una gran vergüenza al percatarnos de que esto pesa sobre nosotros.

En el transcurso de esta crisis he tratado siempre de apartarme, de situarme en oposición con cuantos han traicionado nuestro partido. Tales son las verdaderas causas de mi acto...

Es verdad que quise hacer una demostración por una paz sin indemnizaciones ni anexiones... Quise igualmente hacer una demostración en favor de la táctica revolucionaria. Durante toda la vida he sido un revolucionario. Siempre he considerado la política del día como un medio para alcanzar la revolución, y no la revolución como una mera fase de la política del día. Desde que pienso políticamente he puesto toda mi esperanza en los frutos de la guerra de clases, que existe también en este mundo... Tanto si es Gran Bretaña o Alemania la que llega a la dominación del mundo, otras guerras seguirán, pero el punto de vista de la Internacional está por encima de todo esto, por cuanto a él está ligado el futuro de los pueblos, la idea de la humanidad."

Tomado de Jacques Droz, *Historia del Socialismo*, Barcelona, 1968.

Austria y que estaba lista para cruzar la frontera. Pero cuando se enteró de la movilización italiana cambió de parecer internándola nuevamente en Alemania. De esta forma los nazis austríacos quedaron librados a su suerte.

La muerte de Dollfuss produjo importantes cambios en la política del gobierno austríaco. Su sucesor fue Von Schuschnigg, miembro de la baja nobleza de Tirol, devoto cristiano y de ideas bastantes avanzadas. No tenía nada en común con los "duros" del gobierno anterior, y trató de llevar adelante una política de pacificación, pues pese a ser antisocialista no estaba de acuerdo con la represión violenta del socialismo. Pero no había en Austria, en 1934, una clase moderada de aristócratas que sirviera de apoyo a un gobierno como éste, y sólo se podía mantener como un gobierno independiente mientras sus dos poderosos vecinos no llegaran a un acuerdo o, más bien, mientras Mussolini estuviera dispuesto a protegerlo contra Alemania. En este momento, 1934-1935, los franceses hacían los mayores esfuerzos por mantener desunidas a la Alemania nazi y a la Italia fascista e inclusive por incluir a Italia en un frente antinazi junto con Francia e Inglaterra.

Pero muy pronto los dos dictadores llegaron a un acuerdo y el mantenimiento de Austria como estado independiente pasó a depender sólo de la voluntad de Hitler.

En febrero de 1938, Hitler llamó a Schuschnigg y le ordenó que nombrara al nazi austríaco Von Seiss-Inquart como secretario del Interior, mostrándole las órdenes que se impartirían a las tropas alemanas de invadir Austria en el caso de que se negara a tal nombramiento. Se entablaron entonces discusiones en toda Austria, principalmente en los medios sindicales y en las fábricas, con el consentimiento del gobierno. Así, los católicos, que habían tratado por todos los medios de borrar al movimiento obrero, tuvieron que llegar a un acuerdo con él como única posibilidad de organizar la resistencia en gran escala.

Schuschnigg decidió entonces hacer un plebiscito para que se emitieran las opiniones en pro o en contra de la independencia de Austria, ya amenazada. Esta actitud del gobierno precipitó el golpe nazi. Las alemanes marcharon sobre Viena el 11 de marzo de 1938 y Schuschnigg renunció sin llevar a cabo ningún intento de resistencia. De esta forma llegó a su fin la República Austríaca, que solo volvería a reconstituirse hacia fines de la Segunda Guerra Mundial.

Bibliografía

Droz, J.: **Historia del Socialismo.** Barcelona, Edima, 1968.
Crouzet, M.: **Historia General de las Civilizaciones.** Barcelona, Destino, 1961, Vol. VII.
Cole, D. D. H.: **Historia del Pensamiento Socialista.** México F. C. E., 1960, Vols. IV, V, VII.
Dolleans, E.: **Historia del Movimiento obrero.** Buenos Aires, EUDEBA, 1961, Vol. III.
Friedlaender, H. E. y Oser, J.: **Historia Económica de la Europa Moderna.** Méjico F. C. E., 1957.
Trotski, L.: **El Fascismo.** Buenos Aires, CEPE, 1972.
Abendroth, W.: **Historia Social del Movimiento Obrero Europeo.** Barcelona, Estela, 1970.

Indice de ilustraciones

Indice general

Huelga general en Gran Bretaña

Material documental

El movimiento obrero argentino en la Década Infame

Material documental

El socialismo de los países escandinavos

Material documental

El movimiento obrero norteamericano entre la crisis y la guerra

Material documental

Aprismo y socialismo en el Perú

Del fascismo a la revolución frustrada

Marcha de hambre sobre Londres

Las movilizaciones obreras en España (1914-1936)

El Frente Popular en Francia

La revolución española

Material documental

El socialismo austríaco

Material documental

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 1986
en los Talleres Gráficos LITODAR
Viel 1444 - Capital Federal